KEILY FOX



Te odio, pero abrázame fuerte

Te Odio, pero abrázame fuerte

Keily Fox



Derechos de autor © 2025 Keily Fox

Título: Te Odio, pero abrázame fuerte
© Keily Fox, 2025

Edición, maquetación y corrección: 2025 Marian Manzano
Diseño de la cubierta: 2025 Cálice Servicios Editoriales
Primera edición: Enero, 2025

Web Autora: www.keilyfox.com
Instagram y Facebook: @keilyfoxescritora

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Agradecimientos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Epílogo
Libros de este autor
Acerca del autor

Agradecimientos

Escribir es un acto profundamente solitario. Pasamos horas encerrados en un mundo ficticio, dando vida a personajes que, aunque reales en nuestra imaginación, nunca podrán ofrecernos consuelo en los momentos de duda. En esta profesión, aunque maravillosa, la soledad es una compañera constante, y las inseguridades se cuelan en cada rincón: ¿Será esto lo suficientemente bueno? ¿Llegará esta historia a tocar a alguien?

De modo que, en esa soledad, uno aprende a valorar más que nunca a las personas que están presentes en la vida real, quienes te sostienen cuando flaqueas, quienes creen en ti incluso cuando tú no lo haces, quienes te recuerdan que tu trabajo tiene sentido. Sin ellos, esta montaña rusa de emociones sería aún más difícil de transitar. Por eso tengo tanto que agradecer, porque sin todas esas personas, nada sería posible.

Mi primer agradecimiento es para mi marido y mis hijos, mi roca y mi refugio. Gracias por vuestra paciencia infinita, vuestro amor y apoyo son el suelo firme bajo mis pies y la fuerza que me impulsa a seguir adelante.

Mi lucecita, mi portadista y creadora de magia, **Luce Monzant G**., mil gracias por conseguir que mis bebés luzcan tan hermosos en cada ocasión. Eres ese rayito de sol que los ilumina para que brillen con luz propia.

A mis maravillosas lectoras cero…, ¿qué puedo deciros que no os haya dicho ya? No tengo palabras para agradeceros tanto compromiso conmigo y mis chicos. Gracias por vuestra honestidad, vuestra mirada atenta y vuestro entusiasmo en cada página. No solo me ayudáis a mejorar la historia, sino que también me dais la confianza de que vale la pena contarla. Vuestra compañía y apoyo incondicional es inestimable. Como siempre, quiero regalaros unas palabras a cada una de vosotras, siempre respetando el orden de finalización de lectura.

Beatriz Moreno, los años han pasado y te has convertido en una mujer increíble, pero siempre serás mi «benjamina». Gracias por darme siempre una visión diferente de mis escritos, tus opiniones son un soplo de aire fresco que necesito mucho.

Hace la friolera de 33 años que la vida nos reunió, **Chus Martín,** y eres un referente para mí en tantos sentidos… Gracias por estar siempre ahí para mí, por tu entusiasmo para mis chicos, por las risas y por cada una de tus acertadas opiniones, que estimo mucho.

Paola Gómez Piñeiro, (@loslibrosdemama), eres esa persona que la vida puso en mi camino como un regalo inesperado y maravilloso. Tu apoyo, tu entusiasmo y tu capacidad de entender la esencia de cada una de mis historias son invaluables. Gracias por estar siempre ahí, con tu calidez y tu luz, haciéndome sentir que este camino nunca lo recorro sola.

Mi pitonisa particular, **Jelly Reynoso**, (@lovekiss_mx), mi gran amiga, gracias por tu apoyo constante y tus sabios consejos. Has sido un imprescindible en mi vida desde que comencé mi andadura en este arduo camino. Y sé que en algún momento tus propios escritos van a brillar con luz propia, así que quiero ser la primera en desearte mucha suerte.

Rocío Parra, gracias por estar siempre dispuesta a abrirle tu corazón a mis chicos. Amo tu forma de entender las historias, siempre me entusiasman nuestras conversaciones para desentrañar cada línea, cada secreto escondido. Espero que sigamos compartiendo muchas más.

Esther Silveira (@estebecca_libros), gracias por aceptar unirte a esta locura de viaje. Ha sido genial poder contar contigo, me has aportado esa perspectiva fresca que necesitaba. Tu entusiasmo ha sido inestimable. Gracias por hacer que este proyecto sea aún más especial con tu energía y mirada nueva.

Además, quiero darles un agradecimiento especial a todas esas personas, algunas amigas cercanas ya, que transitan el camino conmigo abriéndome las puertas en sus muros y grupos de lectura, convirtiendo mis historias en un viaje increíble.

Mis queridas **Secuestradoras de Libros y Almas (Teresa / María / Teresa),** gracias por formar parte de mi vida, por abrirme siempre las puertas de par en par, por leerme con tanto cariño, ¡por ser y estar! Vuestras lecturas conjuntas siempre son un chute de energía extra que no tengo palabras para agradecer. El buen rollo que se respira en cada lectura es muy especial. **Gracias a todas y cada una de las chicas que participáis** y me arropáis en cada ocasión. Vosotras sabéis quienes sois.

Ceci Blackstone, (@coffee2019books), tus lecturas conjuntas son mi amuleto de la buena suerte imprescindible. Gracias por convertir cada lectura en una experiencia única y especial, por trabajar cada detalle con tanto esmero y por llenar el proceso de diversión y entusiasmo.

Gracias, **Tere Lahoz**, por ese chute de energía que siempre me aportas y esa chispa ingeniosa y única que siempre me hace sonreír, y que me recuerda que la escritura no solo se trata de palabras, sino también de los lazos que forjamos mientras las compartimos.

Patri Guarino, tu apoyo y entusiasmo siempre es incalculable y valioso, gracias por la confianza que consigues transmitirme cuando más lo necesito.

Hay tantas personas que me recuerdan a diario por qué amo escribir que sería imposible mencionaros a todas, como mis chicas de **Universo Keily**, por ejemplo, **Caro, Yohana, Helena, Lolitha, Aimee, Ana, Jasminia, Nina, Niyireth, Marisol, Deyanira, Ivonne, Luisa, Ale, Loli, Chus, Jelly, Paola, Ceci… ��**

Y, por supuesto, **a ti, querido lector,** gracias por escogerme, por sumergirte en estas páginas y dar vida a esta historia con tu imaginación. Nada de esto tendría sentido sin tu mirada, sin tu tiempo, sin tu corazón abierto de par en par dispuesto a dejarse emocionar. Cada comentario, cada emoción compartida y cada minuto que dedicas a mis historias son el mayor regalo que un escritor puede recibir…

…Porque sin ti esta historia no existiría. ¡Gracias por ser el alma de cada palabra escrita!

Para ti, que lees estas páginas,
das vida a cada palabra
y logras que toda historia cobre sentido
¡Gracias por acompañarme en este viaje!

Prólogo

Ocho meses atrás…

Atrapada, así se sentía, y era una sensación que odiaba.

Miró a su alrededor y observó el ya destartalado *loft* donde llevaba viviendo casi dos años, en pleno corazón de Manhattan, que se veía ahora medio desmontado y metido en cajas de cartón, aguardando el momento de su partida.

Detestaba tomar decisiones bajo presión. Desde que salió de su Kentucky natal, tres años atrás, siempre tuvo claro que algún día regresaría a casa, pero habría querido decidir el momento, en lugar de verse obligada a huir para refugiarse en su antigua vida.

Sin poder disimular cierto disgusto, cogió asiento frente al sofisticado equipo informático que hablaba a gritos del tipo de persona que lo manejaba a diario. Un total de seis monitores rodeaban la silla, mostrando terminales de código, gráficos de red y mapas de tráfico a tiempo real. A un lado sobre la mesa, la torre de PC, robusta y con visibles luces LED verdes y azules, albergaba hardware de última generación. Un teclado mecánico retroiluminado y un ratón ergonómico con botones personalizados completaban el equipo, mientras discos duros encriptados y dispositivos USB descansaban de forma ordenada al lado, listos para la acción; una acción… que debía terminar justo en aquel instante.

La chica se centró en los enormes monitores, aún tenía trabajo por delante aquella tarde hasta borrar todo rastro de su paso por Nueva York; al menos cualquier cosa relacionada con la persona que era entre aquellas paredes. Cuando se subiera al avión que la llevaría de regreso a casa, solo debía quedar constancia de la chica que, para todos los efectos, había vivido aquellos últimos años en la mejor zona de Staten Island, disfrutando de una vida cómoda y sin estrés.

Sin más dilación, programó el borrado de todos los discos duros y se detuvo, a falta de un único clic, para tomarse un instante para despedirse. Los dos últimos años de su vida habían sido intensos, pero había llegado el momento de dejarlos atrás. Némesis debía desaparecer por un largo tiempo, quizá para siempre.

—Adiós, amiga —susurró, y apretó el botón que aniquilaría a su alter ego en solo unos cuantos minutos.

Mientras observaba el estropicio, se sintió rara. No, no le agradaba que alguien más decidiera su futuro, pero una parte de ella anhelaba con demasiada intensidad regresar a casa. Cerró los ojos y se imaginó galopando por los extensos páramos del rancho Michaelson, sin más preocupaciones que disfrutar del viento en el rostro y la sensación de libertad que lo acompañaba.

Sonrió y se le escapó un suspiro de deleite, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por el pitido de aviso de una de las cámaras de seguridad que tenía ocultas en el exterior del edificio.

Desde fuera, el recién llegado miró hacia el destartalado y viejo buzón junto a la puerta e hizo un simpático saludo con la mano, muy consciente de que estaría siendo observado. La chica

sonrió frente al exagerado amaneramiento de su amigo, que lo hacía parecer adorable, y apretó el botón de apertura del portal, que era el único punto del edificio al que podías acceder de lo que aparentaba ser un modo convencional, a ojos del mundo exterior. Para entrar en el *loft* sin que te invitaran a hacerlo había que pasar por un complejo sistema de control biométrico, que nadie excepto ella podía atravesar, ni de entrada ni de salida.

Cruzó el espacio hasta la puerta, desconectó la alarma y activó la compleja apertura mediante el escaneo de su huella digital.

—Ay, Nemo, como siempre, me salen canas esperando a que me abras —protestó Bowie colándose en el *loft* con su habitual y llamativo contoneo de caderas.

—Y tú, como siempre, tan exagerado —declaró divertida, cerrando de nuevo a cal y canto.

El chico lanzó uno de los extremos de su fular por encima de su hombro de forma teatral.

—Vas a echar de menos mis exageraciones, amore.

La chica asintió y exhaló con fuerza.

—No será solo eso lo que eche de menos —admitió apenada, pero no tardó en darse cuenta de su error cuando los pucheros de Bowie fueron inmediatos—. No, no, por favor.

Pero era tarde. Su amigo y su acostumbrado histrionismo sollozaban ya de forma incontrolable.

—Ay, amore, ¿qué voy a hacer sin ti? —lloriqueó—. Mi vida dejará de tener sentido a partir de mañana.

—¡Mira que te gusta un drama! —Rio.

—¿Con quién voy a ir al cine a ver los clásicos? —insistió, sollozando muy compungido.

—Con el reponedor del súper, que no te quita ojo.

Aquello cortó el llanto como por arte de magia.

—¿El de los congelados? —Ella asintió, y Bowie sonrió—. ¿Tú también lo has notado?

—Ese descongela los guisantes en cuanto te pone los ojos encima.

El chico la miró con un divertido gesto de satisfacción y canturreó:

—Tú sí que sabes alegrarme el día —hizo una pausa y esbozó un gesto pícaro—, claro que las noches no me importaría pasarlas en el Polo Norte…

Ella rio.

—…con el del súper…

—Ya.

—…lo digo por lo de los congelados y…

—Lo entendí a la primera.

—Por si acaso.

La costumbre de Bowie de explicar todas sus bromas e insinuaciones era algo que molestaría a mucha gente, pero a ella siempre le divertía.

Caminaron juntos hasta el fondo de la habitación y cogieron asiento frente a las pantallas, donde el borrado de datos aún iba por el cincuenta por ciento. Durante unos largos segundos, ambos observaron en silencio el contador donde avanzaba el porcentaje.

—Creo que me está dando un chungo —susurró Bowie con tristeza sin dejar de mirar los monitores—. ¿Estás segura de querer acabar con todo, amore?

—No hay otra opción —opinó—, es el momento de dejarlo. Minelli tiene razón. Ya no hay forma de que nos dejen en paz —suspiró—. Si nos negamos a seguir colaborando con ellos, tarde o temprano nos encontrarán, y jamás nos permitirían irnos de rositas.

—Nos prometieron una bandera blanca.

—Algo que no cumplirán —le recordó—. Minelli se ha arriesgado mucho para alertarnos.

—Por ti, divina, que lo tienes loco.

—¡No digas tonterías!

—Se lo juega todo —replicó—, y no se va a llevar ni un polvo de consolación.

—¡Bowie! —lo amonestó, pero no pudo evitar reír frente al gesto de inocencia—. ¿Tú es que solo piensas en una cosa?

—Cuando no estoy trabajando sí —miró los monitores de nuevo—, y es evidente que no voy a trabajar en breve.

Ambos observaron el avance del borrado y aguardaron hasta que llegó casi al cien por cien.

—Ahí van dos años de justicia poética —lloriqueó Bowie

—El trabajo está hecho, eso no nos lo quita nadie.

—Eso es verdad —ambos sonrieron—, pero no poder contárselo a nadie no ayuda a entablar conversaciones.

—¿Querrías hablarlo con alguien?

—Me facilitaría mucho el ligar —bromeó—, pero la posibilidad de acabar en la cárcel me enfría la libido lo suficiente como para cerrar mi boquita de piñón, llámame raro.

—Y mira que es difícil conseguir que te calles.

Bowie le lanzó una mirada de fingida ofensa, arrancándole una carcajada.

—A ver, Nemo, ¿qué dices tú cuando un ligue te pregunta a qué te dedicas? —se interesó, y frunció el ceño de forma exagerada—. Ah, no, espera, que para que te pregunten primero tendrías que salir con alguien.

—Qué gracioso.

—No era mi intención —sonrió ahora—. Con lo divina que eres, deberías tener a los hombres haciendo cola.

—¿Sí? ¿Dónde? —bromeó—. ¿A la puerta de Némesis?

Bowie chasqueó la lengua con un claro sonido desaprobatorio.

—Todo será distinto a partir de ahora, supongo. —La miró con curiosidad—. Ya no tendrás que disimular que eres un *pivonazo*.

La chica rio.

—¡No soy un *pivonazo*!

—Discrepo.

—Némesis lo es —le recordó—, por eso yo no puedo serlo.

—Ya no serás ella.

—Tendré que disimular durante un tiempo.

—¡No vas a regresar a casa hecha un adefesio! —protestó Bowie—. Me niego a permitirlo.

—¿Y cómo vas a impedirlo? —se mofó divertida.

—Prendiéndole fuego a todo lo que haya en tu armario que no pase mi *glamurómetro*.

—Pues me vas a dejar desnuda.

—Es posible que te quite hasta los coleteros —amenazó.

—¿Por qué?

—¡Porque no deberías volver a recogerte el pelo en toda tu vida! —dijo con énfasis.

—¿Algo más? —interrogó resignada.

—Sí, tus gafitas de pasta pienso tirarlas por el retrete.

La chica soltó una carcajada

—Estás como una cabra.

—Se acabó disfrazarte de bibliotecaria aburrida.

Aquello sí terminó por afectarle. Se puso seria y miró a su amigo con cierta preocupación.

—Debo pasar desapercibida un tiempo, Bowie, lo sabes tan bien como yo.

—Es casi imposible que alguien reconozca a Némesis en ti —le recordó—. Por sexis que os mostréis ambas, la peluca, el maquillaje, las gafas de sol…, todo en vosotras es diferente.

—¿Cuántos clics tardarías tú en quitarme todo eso en una simple imagen?

Bowie se sacudió una pelusa del hombro con fingida altivez.

—¡Pero yo soy el mejor puñetero informático de la historia!

—Eso es verdad —rio—, y el más modesto.

—Sí, y el más gay, corazón, no se te olvide, porque si no lo fuera serías la primera a quien le daría un buen meneo.

La carcajada de la chica resonó en todo el espacio.

—Necesitas un reponedor de congelados potente, amore —insistió Bowie—, de los que habría salvado a nuestro Leo en el *Titanic* —la miró con picardía—, y con eso me refiero a un hombre…

—Sí, ya

—…uno caliente y vigoroso…

Ella suspiró.

—…que derrita un iceberg y te eche un buen…

—¡Que sí, que lo pillé desde el principio!

El tipo sonrió y añadió:

—Por si acaso. —Y ambos rompieron a reír, sin remedio, pero fue solo hasta que la miró de reojo y carraspeó para indagar—: Qué hay de ese…, ¿cómo lo llamabas? ¿Insoportable y odioso tonto del culo?

Ella no se hizo la despistada.

—¿Qué pasa con él? —preguntó como quien habla del tiempo, esforzándose por parecer inmutable, aunque su pulso acabara de acelerarse por la simple mención.

—Vas a volver a verlo.

—Es muy probable, ¿y?

Sonó fría mientras en su interior maldecía haberse tomado un whisky de más cierta noche, como para aflojarle la lengua para hablarle de quien no debía.

—¿Necesitas que te lo explique? —se reiteró Bowie.

—No, por favor —fingió horrorizarse—, podríamos estar aquí hasta mañana.

—Pero no sueltas prenda.

—No hay nada que decir —aseguró—. Excepto que, si el mundo entero se extinguiera mañana y solo quedáramos él y yo, podríamos ir dando por finiquitada la especie.

Bowie la miró con cierta desilusión.

—Chica, qué decepción —se quejó—. Aquella vez que lo mencionaste me pareció…

—Pues no.

—¿No tiene un polvo?

—No.

—¿Ni uno pequeñito?

—Ni eso.

—Mira que dándole la espalda y con un buen lubricante…

Ella soltó una carcajada.

—¿Podemos dejarlo aquí? —rogó entre risas—. No quiero que se me venga algo así a la cabeza cada vez que lo vea.

«Sería lo único que me faltaba», pensó, mientras que, por alguna extraña razón, se sentía

arder. Solo imaginárselo tras ella era… desconcertante, aunque estaba segura de que aquel desconcierto se le pasaría en el mismo momento en el que él pronunciara el primer *coletitas* en lugar de su nombre, y a partir de ese instante solo querría pegarle.

Suspiró con sonoridad

—En realidad, daría igual que para mí él fuese el tipo más sexi del planeta.

—No le muestres a la bibliotecaria —sugirió—, sino a Némesis.

—Ambas son la hermana pequeña de su mejor amigo —desveló, y esbozó una sonrisa algo triste—, pero además la última es su Moriarty.

—¿Por qué? Ni que fuera un poli.

Ella sonrió, pero no dijo una palabra, algo que no pasó desapercibido para Bowie.

—¡No! ¡Me dejas muerto! —casi gritó—. ¿El insoportable y odioso tonto del culo es un poli?

La chica asintió.

—¿Y va mucho por tu casa?

—Antes sí, y supongo que sigue haciéndolo.

—Entonces habrá que apagar el *glamurómetro* y posponer un poco la hoguera con tu ropa —sonó alarmado—. He aniquilado cada retazo del *vlog* y de Némesis en las redes durante los últimos días, pero nunca se sabe.

Por fortuna, el pitido que anunciaba que el borrado se había completado los distrajo un poco. La chica se puso al teclado e hizo algunas comprobaciones.

—¿Qué más vas a hacer? —interrogó Bowie con curiosidad al verla insertar un USB en la torre.

—Voy a volcar un virus para rematarlo —contó—. No puedo llevármelo y no quiero arriesgarme.

Bowie asintió y volvió a hacer pucheros.

—Ay, mi Nemo, me temo que la despedida ya es inevitable.

—Nos veremos de nuevo.

—¿Cuándo?

—Quizá a la vuelta de un año podamos quedar para tomarnos un café como personas normales.

Bowie lloriqueó.

—¿Podemos añadir un cine a la cita?

—Por supuesto, y escogeremos la peor película de la historia para poder cambiarle el final como nos dé la gana, como siempre.

El chico se abanicó con la mano con un gesto exagerado, en un afán por secar sus ojos acuosos.

—Ay, se me va a correr toda la pintura de ojos —sollozó—, y voy a tener que regresar a mi casa como un mapache.

—Igual no era día para tanto maquillaje. —Rio, y Bowie la miró como si se hubiera vuelto loca—. Vale, no he dicho nada, ve directo a casa y listo.

—Quería pasar a derretir algunos guisantes —agregó entre lágrimas.

—Ah.

—Me refiero a pasar por el súper… —lloró ahora con más histrionismo.

—Lo sé.

—…por lo del tipo de los congelados y…

—Ya te entendí.

Ambos se pusieron en pie.

—Por si acaso —agregó el chico ya rompiendo a llorar mientras se abrazaban con fuerza, contagiándola sin remedio.

—Mándame un mensajito en clave de vez en cuando, amore —rogó entre hipidos—, para saber que estás bien.

—Eso está hecho —aceptó.

—Genial, y me informas en clave también de si ya echaste un buen polvo.

La carcajada de la chica inundó la estancia.

—No tienes remedio.

—No te quejarás, eso ha quedado tan clarito que no tengo ni que explicártelo —ambos rieron.

—Intentaré convertirme en Némesis de vez en cuando —prometió.

—No, diva, convertirte no —suspiró y la miró a los ojos ahora más serio—, di mejor que te permitirás ser tú misma de vez en cuando, y no olvides nunca que la bibliotecaria es el disfraz, no te pierdas en ella —rogó, y sonrió con ternura—. Némesis es una gran mujer, eres una gran mujer, de la que solo tienes que esconder el nombre, porque todo lo demás es increíble, diga lo que diga el resto del planeta.

Las lágrimas de la chica rodaron de forma inevitable por sus mejillas.

—Y ha sido un absoluto honor intentar cambiar el mundo contigo, mi amore.

Y el honor era mutuo. Iba a echar mucho de menos a su fiel compañero de aventuras, al igual que sabía que le iba a costar un triunfo mantenerse lejos de los ordenadores sin hacer de las suyas, pero estaba dispuesta a respetar su retiro…

…por suerte o por desgracia, a veces la vida tiene curiosas formas de recordarnos quiénes somos.

Capítulo 1

En la actualidad.

La Oficina del Sheriff estaba tranquila aquella mañana de miércoles. Tras varios días de actos conmemorativos por todo el condado de Rockcastle, en los que siempre parecía surgir una especie de locura colectiva que acababa saturando las celdas, al fin había llegado la calma, y todos esperaban que durara lo suficiente como para poder ponerse al día con el papeleo.

—Aquí te dejo todos los expedientes listos para firmar, jefe —indicó una de las asistentes administrativas colándose sin llamar en el despacho, en el que siempre estaba la puerta abierta.

Luke Keller levantó la vista de los informes y la miró con un gesto de resignación. La montaña de documentación que aún debía revisar y firmar era, de lejos, lo que peor llevaba de su trabajo como sheriff.

—Gracias, Mary Beth, déjamelos… —observó la mesa, en la que apenas quedaba un hueco libre para un alfiler, y suspiró— por ahí, por donde puedas.

—Han sido unos días de locos —sonrió la chica con un gesto risueño, contemplando al hombre que había detrás del escritorio con la misma adoración con que lo haría una quinceañera —, pero hoy parece que todo va a estar en calma.

—Sí, a ver lo que tarda alguien en cargarse la paz —murmuró Luke.

«Lo que espero que sea pronto», añadió para sí, intentando no resoplar de hastío. No estaba hecho para pasar las horas muertas encerrado en un despacho, enterrado en burocracia. Hacía ya rato que sentía su mullido sillón de escritorio tan incómodo como la silla de un faquir. Y algo similar le sucedía al perro que descansaba junto al ventanal del despacho, que se ponía en pie con premura siempre que veía a Luke moverse en la silla, como si estuviera listo para la acción en cuanto lo decidiera.

—Aún nos queda un rato de aburrimiento, Yako —le dijo al animal, que volvió a tumbarse soltando un sonido lastimero—. Sí, créeme que te entiendo, amigo.

Intentó centrarse de nuevo en el expediente que tenía delante, pero no le dio tiempo. El agente Morgan se coló en el despacho con un gesto que indicaba problemas.

«Por fin se nos acabó la calma», pensó Luke para sí, aunque el alivio solo le duró hasta que escuchó decir:

—August Silver está fuera.

Al sheriff se le escapó un improperio. Aquello era justo lo que le faltaba en ese momento. Apretó los puños, igual que hacía siempre que aquel tipo se cruzaba en su camino de cualquier manera.

—¿Y qué narices quiere?

—Viene a interponer una denuncia.

—Pues tómale declaración.

—Lo he intentado —admitió el chico—, y Adams y Duncan también, pero se empeña en que lo atiendas tú.

A Luke se le escapó un gruñido. La prepotencia de Silver era conocida por todos, y la mala relación que había entre ellos también, pero como sheriff no podía negarse a verlo, aunque no iba a darle asiento en su despacho si podía evitarlo.

Se puso en pie, caminó hacia afuera con paso firme, se detuvo de forma intencionada en varias de las mesas para intercambiar pequeñas minucias con algunos de sus agentes y al fin se enfrentó al tipo que lo observaba con un gesto ácido tras el mostrador de la entrada.

—Silver —saludó Luke con una ligera inclinación de cabeza

—Sheriff —recibió idéntico gesto.

—Estoy hasta arriba de papeleo, cualquiera de mis agentes puede tomarte declaración —comenzó diciendo.

—Quiero que lo hagas tú —insistió.

—Lo lamento, pero…

—Vengo a poner una denuncia contra Alexandra Michaelson —se apresuró Silver a decir.

Luke contuvo un gruñido, muy consciente de que el tipo le estaba echando un pulso con total premeditación.

—Hablemos en mi despacho. —Acabó haciéndole un gesto para que pasara delante.

Con una expresión mezcla preocupación y resignación, lo observó alejarse y murmuró para sí:

—Joder, coletitas, ¿qué demonios se te ha ocurrido ahora?

Yako le dio una bienvenida nada agradable en cuanto entraron en el despacho. El modo en que el perro saludaba a aquel tipo siempre que se lo topaban incluso le enorgullecía. Escondiendo una sonrisa, tuvo que terminar ordenándole al animal que dejara de gruñir y enseñar los dientes.

Cuando al fin tomaron asiento, Luke fue directo al grano.

—Tú dirás.

—Esa maldita mujer…

—Párame el cuento ahí —interrumpió el sheriff con aplomo—, vamos a respetar a la señorita Michaelson, si no te importa.

Silver lo miró con un gesto de desagrado.

—Sí, se me olvidaba que no eres objetivo con respecto a ningún Michaelson —sonrió con prepotencia—, pero esta vez no podrás eludir tus responsabilidades con esa mujercita.

Sin dilación, Luke se puso en pie de nuevo

—Sé cuáles son mis responsabilidades —replicó, intentando contener su furia—, pero tú quizá deberías aprender algo de civismo y educación antes de seguir con esta conversación.

El tipo lo contempló sin moverse de la silla, y ambos se mataron con la mirada durante unos largos segundos.

—No he venido a buscar problemas —acabó cediendo Silver en un tono más conciliador, algo que no se reflejaba en su gesto agrio.

El sheriff cogió asiento de nuevo, muy a su pesar, aunque deseoso de saber cuál era la acusación que lo llevaba hasta allí.

—La señorita Michaelson —comenzó Silver en un tono sarcástico— ha allanado mi propiedad de nuevo, se ha colado en mi establo, de nuevo, y ha dejado salir a todos mis caballos ¡por tercera maldita vez este mes!

«Mierda, Lexi…».

—Presuntamente, supongo —intervino Luke.

—No, hoy no es solo presuntamente, sheriff —afirmó con una sonrisa prepotente—. Por eso

estoy aquí para acusarla.

Aquella sonrisa preocupó a Luke.

—Quiero que la detengas de forma inmediata —apostilló Silver con énfasis.

—Y lo haré —aseguró el sheriff—, en cuanto me lo demuestres con alguna prueba.

—No debería necesitarlas.

—Dada la mala relación entre vosotros, será tu palabra contra la suya, entenderás que eso no sirva de mucho.

—He dicho que no debería necesitar pruebas —sonrió—, no que no las tenga.

Luke asintió y le hizo un gesto en señal de espera, aguardando esas pruebas un tanto inquieto.

—En vista de los últimos problemas, la semana pasada hemos vuelto a activar las cámaras de seguridad del exterior del establo —contó, y fue evidente que se sintió complacido con el gesto serio de Luke. Ambos sabían que aquellas cámaras habían pasado años paradas, usadas solo como efecto disuasorio—. De modo que solo es cuestión de tiempo que System Secure me mande las pruebas para que la señorita Michaelson pueda rendir cuentas.

Con su furia en aumento y sin poder disimular el gesto de preocupación, Luke se puso en pie e intentó sonreír con aplomo.

—Estaré encantado de registrar la denuncia cuando dispongas de las imágenes.

Algo que podría ser un farol por parte de Silver… o no.

—Pero…

—Envíamelas y yo mismo pasaré a tomarte declaración por tu rancho —sugirió Luke—, para que no tengas que dar otro viaje hasta aquí.

«Y de paso podré fisgonear un poco por allí, algo que siempre resulta interesante», aquello solo lo pensó, pero Silver era demasiado listo como para no leer entre líneas.

—No es necesario —apostilló el tipo poniéndose en pie también, y el perro lo imitó, soltando otro gruñido—. A estas alturas voy a darme el gustazo de dejarlo todo bien atado hoy mismo —miró a Yako—; además, no quiero que te arriesgues a tener cualquier tipo de accidente en mis tierras del que puedas echarme la culpa.

«Hijo de puta», tuvo que contenerse para no sacarlo de su despacho a puntapiés. Ambos sabían el sutil dardo envenenado que le estaba lanzando, pero tuvo que morderse la lengua, responder era arriesgarse a terminar perdiendo los nervios del todo, algo que no se podía permitir…

…pero algún día haría a aquel cabronazo pagar por todo lo que le debía. Al fin y al cabo, August Silver era el motivo principal por el que había luchado por la estrella de sheriff que llevaba en la solapa.

Cuando Luke se bajó del coche patrulla en el rancho Michaelson, miró a su alrededor buscando alguna cara conocida, a ser posible la de Scott, su mejor amigo. Era urgente que hablara con él sobre la afición de la pequeña de los Michaelson a tocarle las narices a alguien como August Silver.

«Ya no es tan pequeña», le recordó con cierta mofa la parte de su cerebro que cada vez se empeñaba con más ahínco en molestarle con aquel detalle sin importancia, algo a lo que no pensaba prestarle ninguna atención, ni ahora ni nunca.

Apartando aquellos pensamientos, miró hacia la enorme y preciosa casa rústica que se izaba unos metros más allá, aguardando a que alguien, aunque fuera desde la segunda planta, lo hubiera visto llegar y saliera en breve a recibirlo, pero no sucedió. Entonces optó por caminar

hacia el establo, donde sería más fácil encontrar a alguien, y se acercó a acariciar a uno de los caballos que asomó la cabeza por la puerta de su box para saludarlo. El animal era de una elegancia soberbia, como todos los que había en aquel establo, y Luke lo observó con admiración. El rancho Michaelson era uno de los más grandes de Kentucky, se dedicaba a la cría de purasangres de carreras, y de allí habían salido la mitad de los caballos campeones actuales, era un sueño pasear por sus instalaciones si eras amante de aquellos animales. Para Luke, además, el rancho era como una segunda casa, en la que había pasado las horas muertas, sobre todo cuando Scott, Alek y él mismo eran adolescentes. Siempre estaban en algún punto del rancho, inventando fechorías o escondiéndose de la pequeña Lexi, hermana de Scott, que se empeñaba en perseguirlos por todas partes.

—Podría pasar horas acariciándote —escuchó de repente apenas en un susurro, y frunció el ceño.

Reconoció la voz al instante, y ya no sonaba como la de aquella niña, pero… sí igual de dulce, claro que esa dulzura jamás la usaba con él. ¿Con quién demonios estaba? Afinó el oído. El sonido provenía de alguno de los boxes cercanos.

—Te gusta, ¿eh? —musitó ella de nuevo, y soltó una carcajada risueña que molestó a Luke de un modo ilógico—. Eres tan adorable. Me muero de ganas de sentarme sobre ti y…

—¡Alexandra Michaelson, sal aquí ahora mismo! —exigió Luke en un tono crispado.

En el establo se hizo el silencio.

—¿Es que no he hablado claro? —insistió tras unos segundos.

—¡Lárgate de mi establo, Luke Keller! —gritó Lexi, con la voz exenta de la dulzura que mostraba unos segundos atrás.

—No me obligues a entrar a buscarte.

—No estoy visible.

—Pues vístete si tienes que hacerlo y sal de ahí, porque no pienso repetirlo.

Aguardó, haciendo gala de un gran autocontrol, teniendo en cuenta que lo único que le apetecía en aquel momento era adentrarse en la cuadra y sacar de allí a guantazos al tipo al que iba dirigida aquella dulzura.

—Como si a mí me importara mucho lo que tú…

—Cierra la boca ya, coletitas —interrumpió—, no tengo todo el día.

Sabía que si aquel *coletitas* no la sacaba de allí, nada lo haría, y no se equivocó. Lexi salió al pasillo como alma que lleva el diablo, con la ira más fiera escrita en sus ojos.

—No tienes ningún derecho a…

—Tengo todo el derecho a defender la honra de la que considero casi como mi hermana pequeña —volvió a interrumpir, y la miró de arriba abajo.

Una hermana pequeña muy… diferente en aquel momento. Era la primera vez en mucho tiempo que la veía con el pelo suelto, ¿y qué coño había pasado con las gafas que solía llevar?

—Tú eras lo que me faltaba —se quejó Lexi, y apretó los dientes con furia—. Serías un hermano mayor odioso.

—No sería de los que te permitiría retozar en el establo a plena luz del día, eso desde luego —la observó de arriba abajo—, y creo que Scott estaría de acuerdo conmigo.

Lexi lo fulminó con la mirada, pero Yako se coló en el establo justo a tiempo para que no llegara la sangre al río. El perro corrió hasta Lexi, pletórico de felicidad, y la saludó como si la chica fuera su persona favorita en el mundo, algo que parecía mutuo. Entre risas, se agachó frente al animal y lo acarició, intentando esquivar lametazos.

Mientras tanto, Luke observaba a Lexi a conciencia, siendo ahora consciente de más

diferencias notables en ella. Iba vestida de negro al completo, con unos leggins, una camiseta entallada y cazadora de cuero, y estaba sexi como un demonio, tanto o más que la mujer que salió del rancho tres años atrás. En los últimos meses, desde el regreso de Lexi, se había preguntado por qué se empeñaba en vestirse como la esposa de un pastor. La chica que se marchó de allí era mucho más atrevida, y le causaba bastante curiosidad la razón del cambio. Ella había negado de forma categórica que un regreso tan precipitado respondiera a un motivo, pero para Luke, incluso para Scott, puesto que lo habían hablado entre ellos en varias ocasiones, estaba claro que había algo que ella se negaba a contarles, y solo esperaban que no se estuviera callando alguna experiencia traumática que la obligara a esconder a la mujer que era.

«Una muy hermosa», pensó Luke contemplando aquellos ojos con una mezcla impresionante de verde y avellana, que se izaron para mirarlo en aquel momento.

«Hermosa e intocable», se encontró recordándose ahora, aunque mantenerse a raya jamás había sido un problema, dada la afición de Lexi a tratarlo como si le debiera dinero, pero debía reconocer que él mismo se encargaba de recordárselo muy a menudo para que a ella no se le olvidara.

—A mí no me haces tanta fiesta —le dijo Luke a Yako en un tono ácido.

Lexi lo malinterpretó aposta.

—Es que a él sí me alegro de verlo —sonrió con fingida inocencia—, ah, perdón, que le hablabas al perro.

—Muy graciosa, pero eso no te va a salvar del rapapolvo.

—Tú sabes que la fiesta en la que te colaste sin invitación la semana pasada era la de mi veintiocho cumpleaños, ¿verdad?

—Y tú sabes que hay sitios más privados que un establo para lo que estabas haciendo, ¿no?

La chica guardó silencio, lo miró con el entrecejo fruncido y acabó esbozando una sonrisa maliciosa.

—Probaba al nuevo mozo de cuadra —declaró—, no creo que haya mejor sitio que el establo para eso, ¿acaso es delito, sheriff? Porque, dejando a un lado la moralidad de cada uno, este establo es propiedad privada.

Luke apretó los dientes y la miró con un gesto crítico.

—Resulta curioso que menciones la propiedad privada, porque no pareces entender su significado —apostilló—. August Silver me ha hecho una visita hace una hora para acusarte de haberte colado en la suya, de nuevo.

—¿Yo? No sé de qué estás hablando —aseguró con un gesto inocente que de no estar tan enfadado Luke incluso habría aplaudido—. Ese tipo está loco —carraspeó—, pero ya que hablamos de él…

—No hablamos de él, Lexi —interrumpió el sheriff con hastío—, hablamos de ti y de tu afición a hacer siempre lo que te da la gana, que te va a meter en un problema serio un día de estos, del que no podré sacarte por mucho que quiera.

La chica tragó saliva y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Acaso moverías un dedo para ayudarme? —sonó incrédula.

—No creo, solo era una forma de hablar.

La vio apretar los dientes con fuerza y sonrió, obligándola a contraatacar.

—Eres un imbécil.

—Sí, pero un imbécil con una placa.

—*Buah*, como si eso fuera a impresionarme.

—¿Por qué querría impresionarte? —terció—. Solo lo digo porque esta placa, que tan poco

te impresiona, me obligará a detenerte si se pone una denuncia probada en tu contra.

Aquello pareció desconcertarla un poco, y, por primera vez, sonó con un ligero titubeo, aunque intentó encubrirlo bajo una capa de frío desinterés

—Solo por curiosidad, cuando dices denuncia probada…

Luke soltó ahora un suspiro de resignación.

—Silver afirma disponer de imágenes.

—¿Imágenes mías…?

—En su propiedad, forzando la puerta de su establo y soltando a todos sus caballos, ¿te suena? —ironizó.

—Eh…, no.

—¿No? ¿Estás segura de que no te has disfrazado de ladrona profesional para eso? —se mofó, mirándola de nuevo de arriba abajo.

Aquello desconcertó a Lexi de forma evidente, que no parecía recordar el aspecto que presentaba en aquel momento. La vio morderse los labios tal y como hacía siempre que estaba inquieta o la pillaban en un renuncio, y observó que se atusaba el cabello con cierto nerviosismo, como si hasta ahora no hubiera sido consciente de que no lo llevaba recogido.

Luke la contempló con curiosidad. Resultaba increíble que la amenaza de una denuncia por allanamiento pareciera preocuparle menos que su aspecto. Aquella mujer comenzaba a resultar un enigma ambulante, y eso era cada vez más preocupante para él, dada su afición a querer resolverlos.

—Yo no me he disfrazado de nada —sonó indignada tras unos segundos.

—Si lo que querías era aparecer irreconocible en el vídeo, has hecho un buen trabajo —opinó—, será complicado identificarte en las imágenes como la mojigata que sueles ser, pero…

Lexi le arreó un manotazo.

—¡Cuidado, coletitas, o tendré que detenerte antes de tiempo por agresión a la autoridad!

—¡Qué autoridad ni qué ocho cuartos! —se quejó, e intentó golpearlo de nuevo, esta vez para agradecerle el *coletitas*, pero Luke fue más rápido e interceptó su brazo en el aire—. ¡Suéltame!

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos largos segundos.

—No he venido a intercambiar insultos, Lexi —aclaró sin soltarla—. Si esas imágenes existen, estás metida en un lío serio.

—¿Sí? Y a ver, ¿dónde dice Silver tener las imágenes? —interrogó como si hablara del tiempo—, ¿por qué no las ha entregado ya?

—Al parecer, se las tienen que mandar desde la empresa de seguridad —explicó—, que es quien gestiona las cámaras, pero solo es cuestión de tiempo.

—*Buah*, seguro que es un farol, ¿cómo se llama la empresa esa que dices?

—No me acuerdo.

—Guau, qué memoria tan portentosa la tuya —ironizó.

—No gasto memoria para las cosas que puedo anotar en un *post-it* —declaró molesto—, pero sí te digo que no parece habérselo inventado, me sonaba mucho el nombre, aunque no lo recuerde ahora mismo. Esto te puede traer muchos problemas, no puedes seguir así.

La vio tragar saliva y enfadarse un segundo después.

—Ese Silver es quien debería estar en problemas —acabó gritándole, tirando de su brazo con un movimiento enérgico para recuperarlo—. Es inhumano cómo tiene a sus caballos, compartiendo boxes de cuatro en cuatro donde solo hay sitio para uno. ¡Apenas si pueden moverse ni para girarse!

—Lexi…

—Yo también hice fotos —le recordó entre dientes—, que a ti te importaron una mierda.

—No es verdad.

—¡¿Y qué has hecho al respecto?!

—Sabes de sobra que lo investigué a fondo cuando lo denunciaste, pero todo parecía en orden al acudir a comprobarlo.

—¡Porque te estaban esperando!

—Algo que no habría pasado si a ti no te hubiera dado por colarte allí cada dos por tres para hacer de las tuyas —señaló—. Lo pusiste sobre aviso.

—¡Y ni aun así ha dejado de maltratarlos!

—Poco puedo hacer si siempre que me presento allí me encuentro a los caballos en libertad, pastando por el rancho.

—¡Porque de alguna forma se anticipa a tu llegada!

Luke suspiró y miró el gesto acalorado de la chica, con la que no se podía razonar en lo concerniente a aquel tema. Nadie deseaba más que él colgarle algo a Silver, cualquier cosa, pero el tipo era listo.

—En este momento estará regresando a todos los caballos a su encierro —se lamentó Lexi —, cazándolos de uno en uno.

—Y Shadow te duele más que ninguno, ¿verdad? —adivinó Luke.

—¡Ese caballo pertenece a este rancho! —rugió—. Es el único punto de conexión que me queda con mi padre, y ese miserable solo lo quiere para hacernos daño, por eso se niega a vendérnoslo, aunque Scott le haya ofrecido una cifra mucho más que justa por él.

Aquello no era discutible. Ambos sabían cuánta verdad había implícita en sus palabras, pero Lexi estaba obsesionada con aquel animal desde que dos meses atrás lo había descubierto vagando sin rumbo por sus tierras, tras escaparse del establo de Silver en un descuido, y habría reconocido a un potrillo de Azabache, el caballo de su padre, en cualquier parte. Maxwell Michaelson había fallecido seis años atrás y Azabache hacía ya tres, de modo que entendía que aquel potrillo fuera muy especial para ella. Además, el vínculo entre el animal y la chica había sido instantáneo, hasta el punto de que el caballo iba en su busca en cada una de las excursiones que podía hacer fuera de aquel establo. Gracias a su afán por verlo, Lexi había descubierto el maltrato que aquel indeseable le daba al resto de sus animales, y no estaba dispuesta a permitirlo. Luke sabía que ella abriría la puerta de aquel establo una y mil veces, aunque solo fuera para brindarles a los animales unas horas de libertad, lo tenía mucho más que claro y no podía culparla por ello, pero las cosas se estaban poniendo muy serias y peligrosas.

—Tengo muy claro que Silver es despreciable —aseguró Luke entre dientes.

—Pero no piensas hacer nada al respecto —increpó—. Tenemos que dejar que se salga con la suya.

—Estoy atado de pies y manos.

—¡Porque quieres!!

—¡Porque ser el sheriff no me autoriza a hacer lo que me dé la gana! —le gritó, muy molesto frente a su mirada acusatoria—. Hay normas que respetar. Las puñeteras leyes están para algo, no sé si sabes lo que son. ¡Yo no soy como ese dichoso hacker que tanto defiendes y pareces admirar!

Lexi lo observó con obstinación. Aquel era otro punto en el que discreparían hasta la saciedad.

—¡Al menos él hace algo!

—Sí, saltarse la ley como le da la gana, pero eso solo será hasta que le dé caza.

—¿Tú? —Soltó una carcajada desprovista de humor—. ¡Podrías tener frente a ti al hacker más famoso de la historia y mirarlo con cara de panoli sin darte cuenta de nada!

—Joder, coletitas, el día menos pensado te planto las esposas —dijo entre dientes.

Ahora sí echaba humo por las orejas. Aquel hacker era un tema que lo exacerbaba. Tres meses atrás, el tipo se había colado con total impunidad en la red de varias instituciones del condado, incluida la propia comisaría, para robar información confidencial de una investigación en curso que afectaba de lleno a los Michaelson.

—¿Me amenazas con detenerme? ¡Menos lobos, Caperucita! —se burló Lexi—. Tú mucho *lalala*, pero luego *lilili*.

Y aquello acabó de sacarlo de sus casillas.

—¡Mira tú por dónde ese día va a ser hoy! —rugió Luke llevándose la mano al cinturón para tomar sus esposas.

—¡Venga ya! —Lo miró con terquedad.

—Alexandra Michaelson, quedas detenida por conducta desordenada.

—¿Qué? —exclamó furiosa—. ¿Qué mierdas es eso?

—Gritos, insultos y salidas de tono hacia un oficial de la ley. —Avanzó un paso hacia ella con las esposas en la mano.

Lexi reculó y lo encaró.

—La libertad de expresión está protegida por la Primera Enmienda.

—Vaya, qué entendida en leyes de repente —declaró Luke mordaz—, no me sorprende, dada la afición que pareces tener por saltártelas.

—Si te acercas más, te juro que te…

—¿Quieres añadir amenazas a la lista? —La observó con acritud.

Lexi frunció el entrecejo y lo miró ahora un poco más preocupada.

—No te atreverás.

—Vuélvete.

Al no obtener respuesta, él mismo se encargó de tomarla de un brazo, cerrarle sobre la muñeca un lado de las esposas y llevársela a la espalda para ajustarle la otra. Una vez esposada, la obligó a mirarlo y se enfrentó a una Lexi desconcertada, que de repente no parecía tener claro si quería seguir gritándole o romper a llorar. A Luke le costó un esfuerzo sobrehumano soportar aquella mirada sin rajarse.

—Pídeme disculpas y me lo pienso —se encontró diciendo, sintiéndose un poco absurdo.

—¡Ni muerta! —Apretó los dientes y lo miró con fiereza.

—Perfecto, entonces ya podemos irnos.

Tiró de su brazo para obligarla a caminar hacia afuera del establo, y solo entonces ambos repararon en el pequeño de cinco años que observaba la escena con curiosidad desde la puerta, con su habitual caballito de peluche bajo el brazo.

—¿Estáis jugando a los polis, tía Lexi? —interrogó el pequeño Max con una sonrisa risueña —. ¿Puedo jugar yo también?

—No lo sé, prueba a insultar a Luke, igual tienes suerte.

—¡Lexi! —protestó el sheriff, y miró al pequeño—. ¿Y tu papá, Max?

—No está —explicó el niño, que se despistó ahora un poco para saludar al perro.

—¿Noto cierta inquietud en tu voz? —se burló la chica por lo bajo.

—Me importa un bledo lo que Scott vaya a decir al respecto.

—No te lo crees ni tú.

Sí, en eso llevaba razón, no le apetecía tener que contarle a su amigo nada de todo aquello, pero no por eso iba a echarse atrás.

—¿Quién está cuidando de ti, Max? —preguntó Luke ahora mirando al niño.

—El abuelito Conrad —señaló en la distancia, y ambos vieron al anciano que los saludó desde debajo de la sombra de un árbol.

—¿Le devuelves el saludo por mí? —ironizó Lexi mirando a Luke—, yo no puedo hacerlo por razones obvias. —Sonrió con cinismo—. Al menos podrías haber tenido la deferencia de esposarme por delante.

—No te mereces ningún trato de favor —opinó—, aún no he escuchado una disculpa.

—Ni la escucharás.

—Eres de lo más desesperante, coletitas.

Lexi bufó frente al apelativo.

—¿Por qué Luke siempre te dice coletitas, tía Lexi? —indagó Max ahora, recordándoles su presencia allí.

La chica clavó una mirada iracunda sobre Luke.

—Porque le encanta hacerme enfadar.

—Pero coletitas no es un insulto —dijo el niño mirándolos un tanto confuso.

—¿Lo has oído? —sonrió Luke ahora, y le explicó al pequeño—. Resulta, Max, que cuando era una niña, tu tía siempre llevaba cogidas dos coletas.

—¿Siempre?

—Sí, y tan tirantes que incluso llevaba una sonrisa en el rostro.

—¡No es verdad, imbécil! —se defendió Lexi.

—No hace falta que sigas haciendo méritos —susurró Luke solo para ella—, ya te ganaste las esposas

El pequeño Max sonreía con una expresión traviesa.

—Bueno, tu tía y yo tenemos que irnos —contó Luke, tirando de ella hacia el coche.

—¿A la cárcel? —indagó el pequeño.

—Exacto, a la cárcel —aceptó Luke.

—¿Y puedo pasar antes al baño o es mucho pedir? —inquirió Lexi ahora con una expresión más seria.

—Te será difícil hacerlo esposada.

—Pues quítamelas unos minutos —sugirió.

—Quizá si escucho mi disculpa…

Izando el mentón, la chica lo mató con la mirada.

—En realidad puedo aguantar —se obcecó.

Luke sentía ganas de estrangularla. Al parecer, Lexi no tenía intención de dar su brazo a torcer e iba a obligarlo a llevar aquella locura mucho más allá.

—Perfecto, hora de irse.

—Dame un segundo para hablar con mi sobrino —lo miró cuando estaba a punto de subirse al jeep oficial—, ¿es posible o tampoco?

Soltando un gruñido, Luke asintió, y Lexi se agachó frente a Max para decirle algo al oído, esforzándose para que el sheriff no escuchara una palabra. Un segundo después, vieron correr al pequeño hacia el establo.

—¿Qué demonios le has dicho?

—Que le lleve un mensaje a mi mozo de cuadra —repuso con una sonrisa irónica.

Luke la observó con atención y cautela. Había algo que se le estaba escapando y era muy

consciente de ello, y la expresión de repentina tristeza de la chica era demasiado intensa.

—Pídeme una maldita disculpa, Lexi —murmuró Luke, sonando ahora casi a súplica.

—No —negó—, solo dame unos segundos más.

—¿Para qué?

Obtuvo su respuesta cuando un caballo salió a toda velocidad del establo y se detuvo en la distancia para mirar a Lexi; era negro como la noche, negro… como una sombra.

—Corre, Shadow —la escuchó murmurar—, y escóndete bien.

Luke miró a la chica con asombro, y tuvo que controlarse para no rendirse ante ella cuando vio cómo apretaba los dientes, luchando contra las lágrimas, mientras observaba al potrillo alejarse a toda velocidad.

—Tu mozo de cuadra corre rápido —opinó Luke ahora con resignación—. Joder, Lexi, si Silver encuentra a ese caballo en tu establo…

—Yo no soy responsable de que Shadow me busque cuando consigue escapar. —Se encogió de hombros.

—Siempre y cuando no puedan demostrar que lo has soltado tú —la miró con preocupación —, en cuyo caso no solo podrían acusarte de allanamiento, sino de robo también.

—Sí, sacaros acusaciones de la manga parece ser un don para muchos —lo miró con ira—, allanamiento, robo, conducta desordenada…

—¡Ni se te ocurra compararme con ese cabronazo!

—Me llevas esposada, ¿no? —recalcó lo evidente.

—¡Porque eres muy cabezota!

—¿Y eso no es abuso de autoridad?

—Abuso de autoridad sería darte el guantazo que pareces estar buscando.

—Ah, sí, ¿y cuántos?

—¿Es que querrías más de uno? ¿Eres masoca o qué?

—No, que entre cuántos me van a sujetar a mí para que puedas llevar a cabo tal hazaña —lo enfrentó furiosa—, porque te aseguro que nos íbamos a pegar a medias.

Lexi lo miró con ferocidad. Y en aquel justo instante, observando su larga melena al viento, sus preciosos y enormes ojos echando fuego y el hermoso rostro enarbolado por el calor de la discusión, la deseó con toda su alma.

«Hermosa e intocable», le gritó su conciencia a pleno pulmón.

Soltando un suspiro, mezcla resignación y desesperación, la obligó a volverse.

—¿Qué haces? —interrogó Lexi, confundida.

—Voy a quitarte las esposas.

—No, no, espera un momento, ¿por qué? —Se revolvió y lo miró de frente.

Luke la observó con desconcierto.

—¿Cómo que por qué? ¿Es que de verdad quieres que te detenga?

—¿Te estás rajando, Luke Keller?

—Pues mira, sí —aceptó—, ya me he cansado de ti por hoy, no te quiero cerca más tiempo, coletitas, me sacas de quicio. Eras mucho menos molesta cuando tenías diez años.

Sin duda, Luke esperaba una reacción a la altura del agravio, pero no el puntapié que recibió en la espinilla.

—¡Estás como una cabra! —gritó, acariciándose la pierna, que le dolía como un demonio.

—¿Nos vamos? —fue todo lo que dijo ella en respuesta—. Estoy impaciente por hacerme esas fotos sujetando mi número de ficha policial, confío en que me saquéis mona. —Se giró hacia el coche—. ¿Me abres la puerta o esperas que lo haga con los dientes?

Capítulo 2

Lexi Michaelson se negó a hablar durante todo el trayecto en coche, fingiendo estar muy enfadada con Luke. Lo que solo ella sabía era que aquello no era una táctica para molestarlo, sino la única forma de poder pensar en sus próximos pasos con detenimiento y algo de sangre fría.

Era muy consciente de que podía estar metida en un lío que iba mucho más allá de lo imaginable. Si aquellas imágenes existían y la denuncia prosperaba, su vida podía complicarse rápido en poco tiempo. Lo último que necesitaba era a policías y jueces estudiando su pasado con lupa, poniendo su vida bajo inspección, para decidir si merecía o no una condena.

Sabía que se había comportado de forma un tanto irracional con Luke en los establos y se sentía pesarosa; bueno, solo un poco, en realidad, pero él mismo, sin saberlo, le había brindado una posible solución a todos sus problemas si las cosas salían como pretendía, algo que aún estaba por verse.

Nerviosa, tragó saliva y se preguntó si todo aquello podía acabar siendo solo el comienzo de su infierno personal. Esconder un pasado como el suyo no era tarea fácil, el más mínimo cabo suelto podía provocar que alguien tirara de la madeja hasta sacarla a la palestra.

Se regañó por permitir que un miserable como Silver la sacara de sus casillas hasta el punto de ser tan descuidada. Como Némesis, siempre se había caracterizado por ser minuciosa y valorar todas las posibilidades y posibles problemas antes de actuar. Jamás hacía nada que no hubiera analizado al milímetro, pero parecía que sin un ordenador de por medio no pensaba con la misma claridad, y ya no podía permitirse más errores. Si algo se torcía, solo era cuestión de tiempo que Luke sumara dos más dos y reconociera en ella al hacker que llevaba tres meses persiguiendo. Sabía que el chico tenía una mente aguda, por mucho que se hubiera burlado de él, y solo necesitaría el más mínimo indicio para cazarla, y debía reconocer que no tenía ni idea de qué haría él si eso sucedía.

Cuando salió de Nueva York, hacía ocho meses, jamás había sido su intención ponerse en la piel de Némesis de nuevo, pero tres meses atrás se había visto obligada a salir de su retiro para ayudar a su familia, algo de lo que no se arrepentiría nunca. El problema fue que para hacerlo tuvo que colarse sin permiso en demasiados ordenadores, algo que Luke no encajó nada bien, aunque había podido mantenerse oculta y salir airosa.

Se tensó cuando el coche patrulla se detuvo frente a la comisaría y observó con atención la actitud de Luke, aunque desde el asiento trasero no le veía el rostro. Él no se movía, ni siquiera había hecho intento de salir del vehículo, se limitaba a callar, mirando al frente, y ella estaba cada vez más inquieta.

—No sé qué…

—Guarda silencio, Lexi —la interrumpió en un tono seco.

La chica obedeció. Llegados a aquel punto tenía que valorar muy bien su siguiente paso, pero incluso a ella se le escapaba aquella situación de las manos.

—¿Vamos a pasar la mañana en el coche? —se aventuró al fin.

«Porque el tiempo apremia», pensó, aunque aquello no lo dijo.

Luke guardó silencio unos eternos segundos más.

—¿De verdad quieres entrar ahí esposada? —interrogó al fin, sin mirarla.

—Yo… —tragó saliva y admitió— no.

Más silencio.

—Tienes una habilidad especial para sacarme de quicio, Lexi —declaró ahora, aún sin volverse.

—Bueno…, reconozco que puedo ser algo…

—Exasperante, irritante, molesta.

—Eh, ¡qué tú tampoco eres el santo Job!

—¿Ves lo que digo? —Al fin se giró a mirarla con irritación—. Este es el momento en el que deberías asentir y guardar silencio, pero no, si te callas, revientas.

—E imagina cómo lo pondría todo —sonrió a medias—, no sacarías la sangre de la tapicería con nada, tendrías que cambiar de coche.

—Igual en otro momento me habría reído —ironizó.

—¿Y ahora no? Porque ha sido gracioso.

Lo escuchó gruñir entre dientes mientras se bajaba del coche y aguardó, inquieta, a que le diera la vuelta al vehículo y llegara hasta su puerta. Cuando la abrió, lo observó desde su asiento con atención. Él la miraba desde arriba a su vez, en silencio, era posible que intentando decidir qué hacer con ella, y era una visión inquietante… y sexi hasta decir basta. ¡Joder, jamás se acostumbraría a verlo de uniforme sin acalorarse! Bueno, ni en vaqueros, ni tampoco en… ¡*bah*!, nunca se acostumbraría a verlo sin que su cuerpo le hiciera la ola, sin más. Como ahora, que incluso estando esposada y metida en un problema del quince, no podía dejar de admirar aquella sensualidad de póster porno que exudaba por cada poro de su piel. Sus ojos, de un azul cobalto asombroso en contraste con su negro pelo, la observaban con intensidad, valorando la situación, quizá incluso decidiendo en qué celda iba a alojarla; y ella no podía dejar de preguntarse si el torso de Luke seguiría siendo tan firme como la última vez que lo vio en bañador, casi cuatro años atrás, donde recordaba haber pensado que se podría lavar a la piedra sobre aquellos abdominales tan bien delineados; una imagen que la había acompañado durante toda su estancia en Nueva York. Y tenía toda la pinta de seguir estando muy en forma, porque el uniforme le caía como un guante, como si estuviera hecho a medida para su metro ochenta y siete de testosterona y masculinidad.

—Sal del coche con disimulo —ordenó él de repente, sacándola del trance.

Lexi intentó hacerlo con la mayor dignidad posible, pero llevar las manos esposadas a la espalda le jugaba un poco en contra, y Luke acabó tirando de ella para ayudarla, provocando que cayera sobre él, lo que lo obligó a abrazarla para que pudiera estabilizarse.

—No se aproveche de la situación, sheriff —bromeó Lexi para esconder su azoramiento cuando su cuerpo respondió al abrazo como si fuera intencionado.

—Gírate —fue la seca respuesta, y casi la obligó a hacerlo.

Lexi se apoyó contra el coche y sintió a Luke a su espalda demasiado cerca, con la evidente intención de esconder las esposas todo lo posible a ojos curiosos.

—Voy a quitártelas —le dijo casi al oído, llevando las manos hasta sus muñecas.

—Joder… —murmuró Lexi sin pretenderlo, sintiendo demasiadas mariposas aleteando en la pelvis como para llamarse a engaño. Aquella situación era demasiado sensual como para obviarlo.

—¿Qué pasa?

Decidió que bromear era el mejor escudo.

—Esta situación es… inquietante —confesó.

—¿Por estar esposada en plena calle?

—No, porque igual tengo que terminar preguntándote aquello de *¿esa es tu arma reglamentaria o es que te alegras de verme*?

Tras ella se hizo el silencio absoluto, lo que la incomodó un poco, pero no tanto como cuando escuchó a Luke declarar:

—Nunca me alegraría tanto de verte, créeme.

«Zas, toma corte», gritó su sentido del ridículo.

—Todo un alivio —le salió solo, aunque lo que de verdad quería era enterrar la cabeza en la arena.

Un segundo después, Luke se colgó las esposas de la cintura, y ella se giró hacia él mientras de forma inconsciente se acariciaba las muñecas.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Luke le tomó las dos manos para comprobar si todo estaba bien y observó unas rojeces muy pronunciadas alrededor de ambas muñecas, que le acarició con la yema de los dedos. Lexi tiró de las manos cuando la caricia se le hizo demasiado dulce.

—El acero inoxidable suele contener níquel —sonó arisca—, al que soy muy alérgica.

—Joder, ¿por qué no me lo has dicho antes? —Volvió a tomarle las manos.

—¿Y privarte de la diversión?

—¿Me ves reírme? —interrogó muy serio.

—No es para tanto, Luke —suspiró, recuperando de nuevo sus manos con un movimiento firme.

—¿Te duele?

—Me escuece un poco —admitió.

—Ven, vamos adentro —la tomó de la mano y tiró de ella hacia el interior de la comisaría—, a ver si encuentro algo que echarte para aliviarte un poco.

Entraron en el edificio con premura. Lexi intentaba seguirle el paso, pero él casi volaba hacia su despacho, tirando de ella, impidiéndole saludar a todo el mundo con normalidad. ¿Sería consciente de que la llevaba de la mano? Porque la gente parecía un tanto perpleja y con razón, incluso ella lo estaba.

Luke entró en su despacho y ahora sí la soltó.

—Quédate aquí —dijo tras un segundo—. Voy a ver si tenemos algo en el botiquín.

Salió como una exhalación del despacho, dejándola a solas, justo en el lugar en el que quería estar. Sonrió y le agradeció a la vida su buena suerte.

Se acercó a la mesa y revisó cada centímetro con la mirada. El desorden podría haberle jugado muy en contra si el taco de post-it que buscaba no fuera de un amarillo chillón, que sobresalía como un neón por encima del blanco de los folios.

«System Secure», leyó en el primer post-it del taco con total claridad, y su memoria reaccionó como la de un robot: empresa de vigilancia, muy económica, con una capacidad de almacenamiento enana, lo que se traducía en un cifrado básico que podría piratear mientras se pintaba las uñas. El problema era que para eso necesitaba…

…miró el ordenador de Luke…

—¿Qué tal, Lexi? —Se coló el agente Morgan en el despacho con una sonrisa.

…algo de tiempo a solas, y no debía de quedarle demasiado si Silver se había puesto muy pesado para obtener esas imágenes.

—¿Cómo estás? —Le sonrió al chico.

—No tan precioso como tú.

—Vaya, gracias —sonó divertida—, creo.

El agente rio, algo cohibido ahora.

—Tienes que venir a visitarnos más a menudo —siguió diciendo.

«Bueno, lo que se decía de visita… no estaba», pensó, y solo entonces fue consciente de que se había estado rascando las muñecas casi sin darse cuenta, que le escocían ahora como un demonio.

—Tenemos un café pendiente —insistió Morgan.

Lexi asintió llevándose las manos a la espalda para ocultar las rojeces. Lo último que necesitaba era que se diera cuenta para que no saliera nunca de aquel despacho.

—Sacaré un hueco —asintió la chica.

—Voy a anotarte mi teléfono para que puedas llamarme y…

—Ya se lo doy yo, no te preocupes —interrumpió Luke ahora regresando al despacho, y Morgan saltó como lo haría un gato asustado, y salió de allí casi a la carrera, como si fuera un adolescente pillado infraganti intentando ligarse a la hermana del jefe.

—Lo has asustado, pobre.

—Si le gustas lo suficiente, volverá a la carga —opinó, y le tomó las muñecas.

—¿Eso quiere decir que no vas a pasarme su número?

—Sí, eso quiere decir exactamente. —Frunció el ceño—. Joder, Lexi, esto está cada vez peor y no encuentro nada para ponerte, quizá debería llevarte al médico.

Su preocupación le arrancó una sonrisa sincera.

—Solo necesito una pomada con corticoides —explicó—. ¿Podrías ir a la farmacia a por una?

—Vamos los dos, le enseñas a Andy las muñecas…

—No quiero tener que dar explicaciones.

Vio el gesto de pesar del chico y se sintió fatal, pero no se dejó influir.

—Tardaré diez minutos —asintió Luke, alejándose ya hacia la puerta.

—¿Podrías cerrar? —pidió—. Se las he podido esconder a Morgan, pero cada vez me pican más y…

—Sí, no te preocupes —salió del despacho—, no tardaré.

Cerró la puerta tras él y Lexi sonrió con ternura. Un segundo después corrió a sentarse frente al ordenador, y se sopló las rojeces con fuerza y cierta desesperación mientras aguardaba a que encendiera.

«Joder, en la prehistoria debían de tener procesadores más rápidos», se quejó, irascible ya por culpa de la picazón.

Por fortuna, cuando se centró en su cometido, todo su sistema nervioso pareció equilibrarse y sus dedos volaron por el teclado hablando un idioma ininteligible para casi el resto de los mortales.

Cuando quince minutos más tarde la puerta del despacho se abrió de nuevo y Luke se coló dentro, la chica se sobresaltó.

—¿Qué haces? —preguntó el sheriff con curiosidad.

Ella se dejó caer hacia atrás abatiendo el respaldo del sillón de escritorio y puso los pies sobre la mesa, cruzando uno sobre otro.

—Tengo la absoluta certeza de que el asesino es el mayordomo —dijo enronqueciendo la voz y engolándola al máximo.

—En contra de lo que digan las novelas de detectives, el mayordomo nunca suele tener

motivos —sonrió Luke, y protestó—: y yo no hablo así.

El chico le dio la vuelta a la mesa para llegar hasta ella y miró la pantalla del ordenador, donde Lexi tenía abierta una partida del Solitario.

—¿Es que no puedes estar ociosa ni quince minutos?

—Necesitaba centrarme en algo más que en rascarme —declaró con un gesto inocente.

Luke soltó la pomada en el escritorio y le tomó las muñecas, que presentaban un aspecto cada vez más feo. Después, cogió asiento en la mesa frente a ella.

—En la farmacia me han asegurado que esto debería aliviarte rápido. —Sacó el tubo de la caja, pero cuando Lexi fue a cogerlo, él la esquivó—. Yo te la echo.

—Puedo hacerlo yo.

Pero Luke no cedió, y ella no tuvo más remedio que claudicar. Con suma delicadeza, él untó la pomada por toda la zona dañada mientras la chica intentaba que la cercanía y la calidez no le afectaran.

—¿Se te alivia un poco el picor? —interrogó.

—Aún no.

Casi no le salía la voz del cuerpo, que ardía de la cabeza a los pies de la forma más absurda.

«Joder, solo te está untando crema, lo siguiente no es bajarte las bragas», se dijo acalorada. «Coño, y ese tipo de pensamientos tampoco ayudan».

Para su asombro, el chico se inclinó un poco y sopló sobre la zona.

—¿Así mejor?

Lexi tragó saliva. Aquello era lo que le faltaba.

—No, en realidad no. —Tiró de sus manos con demasiada brusquedad y fue incapaz de mirarlo.

—Lexi… —susurró Luke, y no tuvo más remedio que volver a izar la vista—, sabes que jamás te haría daño adrede, ¿verdad?

El gesto de culpa era evidente y aquello la trastocó aún más.

—Sí.

—De verdad lo siento.

—Yo… también he debido de hacerte daño —se sentía muy abatida—, ¿te duele la pierna?

Luke sonrió a medias y soltó un suspiro de resignación.

—¿Cómo se te ocurre patearme, coletitas?

«Porque necesitaba que me trajeras contigo», habría querido responder, recordando ahora que su imprudente misión había sido completada con éxito, y sintiéndose repentinamente eufórica.

—Tú sabes que ese coletitas va a impedir que te pida disculpas, ¿no?

—¿Ibas a pedírmelas?

—Puede.

Los ojos de Luke parecían refulgir en aquel momento, ¿o acaso eran imaginaciones suyas? No tuvo tiempo de comprobarlo. Morgan se coló de nuevo en el despacho en ese instante, sobresaltándolos a ambos.

—Al fin tengo algo, jefe —declaró con una sonrisa de oreja a oreja en un tono de euforia.

Se ganó la atención de Luke de inmediato, que lo entendió sin más pistas.

—¿Sobre el hacker? —Morgan asintió—. ¡Por fin una buena noticia esta mañana, para variar!

Para Lexi, no era tan agradable.

«Joder, menudo día llevo, ¡y me lo quería perder!».

Capítulo 3

Lexi miraba de uno a otro con una expresión neutra, aunque el corazón acelerado, intentando no piar para no recordarles su presencia allí, pero no coló. El agente miró hacia la chica con inquietud, y Luke sonrió con sarcasmo.

—Puedes hablar, Morgan —concedió, e ironizó—, seguro que Lexi estará encantada de saber lo cerca que estamos de pillar a ese tipo tan… intocable.

Ella apretó los dientes y no pudo callarse.

—Ese tipo, como lo llamas, lo único que hizo fue ayudar al que, hasta donde yo recuerdo, es tu mejor amigo.

—Sí, saltándose una decena de leyes en el proceso.

—Ay, es verdad, qué tonta, quizá no lo estoy valorando bien —sonó irónica—. Mi hermano es inmensamente feliz tras seis años de infierno, Alyssa es mi hermana y mi amiga, a la que quiero con locura, y tengo un sobrino maravilloso al que adoro —suspiró de forma teatral—, pero tenemos que encontrar y condenar al que nos ayudó a conseguir todo eso, menudo desaprensivo, ¡a la horca con él!

Luke resopló.

—Es obvio que jamás nos pondremos de acuerdo en este tema—opinó—. Bueno, en ninguno en realidad.

—Es que eres muy intransigente.

—¿Yo? —casi graznó.

—¡Sí, tú, solo agradécele el gesto y olvídate ya de ese tipo!

—¡Y una mierda!

—Lo ves como una afrenta personal, ¿no? —acusó—, sientes que te pasó por encima y usurpó tu terreno, y no lo soportas.

—Vale, ¡lárgate de aquí, Lexi! —se ofuscó ahora.

—No, de verdad quiero escuchar lo que tiene que decir, sea bueno o malo.

Ambos miraron a Morgan, del que se habían olvidado durante la discusión y que parecía algo violento.

—Vale, venga, Morgan, alégrame el día —exigió Luke.

—Bueno, a ver… —declaró el agente con cautela.

Lexi rio por lo bajo.

—Eso no suena muy halagüeño —canturreó.

—Si quieres quedarte, estate calladita —la amonestó Luke con un gesto irritado—. Y tú, Morgan, suéltalo ya.

—Digamos que tengo dos noticias… —arrancó diciendo el agente.

El sheriff soltó un gruñido.

—Odio esa frase —se quejó.

—Y haces bien —apostilló Lexi—, la mala noticia siempre suele ser peor.

Luke la mató con la mirada, y la chica fingió cerrarse los labios con una cremallera imaginaria y sonrió divertida frente al gesto asesino. Morgan la miraba ahora embobado.

—Joder, esta conversación no avanza —se exasperó Luke viendo el rostro de adoración de

su agente, y tuvo que chasquear los dedos para recuperar su atención.

Morgan acabó sonriendo y dijo de carrerilla:

—Ya sé quién está detrás de los ataques.

Luke lo miró ahora perplejo, y Lexi tragó saliva.

—¿Tienes el nombre del hacker? —Morgan asintió y Luke se dejó llevar por el optimismo —, pero ¡eso es genial! ¿Cómo se llama?

—Némesis —confesó casi con orgullo

—¡Toma ya! —exclamó Lexi fingiendo diversión, aunque en realidad la cosa acababa de dejar de tener ni puta gracia—. ¡El premio gordo!

Morgan apenas podía contener su entusiasmo.

—Dios, ¡esto es lo más emocionante que me ha pasado nunca! —Miró a la chica, que era obvio que lo entendía mejor que el sheriff.

—Sí, ¡*yuju*! —ironizó Luke—. ¿Me compartís el cuento?

—¡Es que Némesis es una leyenda, jefe! —contó el agente con una sonrisa.

—Es un delincuente —le recordó—, ¿podrías no hablar de él como si fuera una estrella del rock?

—De ella —aclaró Morgan.

—¿Es una mujer? —sonó tan alucinado que Lexi no pudo contenerse.

—¿Por qué te sorprende tanto? —interrogó—. ¿Acaso las mujeres somos menos capaces?

—De delinquir, dices —se mofó—, no, de hecho, tenéis una mente mucho más afilada y maquiavélica.

—¡Me parto!

—Pero, no sé, confieso que no me había parado a contemplar esa posibilidad —admitió incómodo—, quizá porque estoy acostumbrado a llamarlo el hacker, en masculino. —Miró a Lexi y apostilló—. Sí, ya sé que es absurdo.

—Yo no he dicho nada.

—No hace falta, ya me siento un incompetente sin tu ayuda —replicó con resignación—, como con todo lo relacionado con ese tipo, bueno, ¡tipa, al parecer! —regresó su mirada a Morgan—, pero da igual, ¿cómo la encontramos?

—¡Ja! —se le escapó a Lexi.

Y Morgan también lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—De ninguna manera —aclaró el agente—, no podemos.

Eso era, sin duda, lo último que Luke esperaba escuchar, Morgan continuó diciendo:

—Esa es la mala noticia, jefe —aclaró—. Cuando era un hacker cualquiera, quizá teníamos una posibilidad, pero…

—No quiero peros —interrumpió—, habrá alguien real, con un nombre real, tras esa Némesis, supongo.

—Sí, claro.

—Entonces tendrá que estar en alguna parte —opinó Luke, irritado.

—En cualquier punto del planeta —objetó el agente.

—Mira, pues ya tienes una pista.

Morgan exhaló aire con fuerza.

—No sabes hasta qué punto me pides un imposible, jefe.

—En este mundo hay pocas cosas imposibles —concluyó—. Encuentra algo de lo que tirar.

El agente pareció valorarlo.

—Quizá puedo bajar a la red oscura para buscar información —dijo casi para sí.

A Lexi se le cortó la digestión.

—¿Qué carajos es eso de la red oscura? —preguntó Luke.

—Es una pequeña parte de lo que se llama el Internet profundo, que no está indexada por los motores de búsqueda tradicionales, y…

—¡En cristiano, Morgan! —protestó.

—Es como una especie de bajos fondos.

Luke soltó un improperio.

—Ah, qué guay —sonrió mordaz—, que hay toda una cloaca virtual invisible al ojo humano en alguna parte, ¡y me lo quería perder!

Se le veía muy irritado, y en cualquier otro momento Lexi habría disfrutado de lo lindo metiéndose con él, pero tenía mayores preocupaciones. Incluso cuando tres meses atrás tuvo que salir de su retiro, había tenido mucho cuidado para que nadie la vinculara con Némesis, de la que le había costado demasiado trabajo borrar todo rastro hasta hacerla desaparecer. Que alguien removiera el avispero y se pusiera a hacer preguntas sobre ella era un quebradero de cabeza que no necesitaba.

Miró a Morgan con una incontenible curiosidad y tuvo que morderse la lengua para no freírlo a preguntas allí mismo. Había tenido mucho cuidado en cada incursión que hizo en Kentucky, y solo unas pocas personas conocían su identidad, gente que jamás abriría la boca, así que se moría por saber qué la había delatado y sacado al ruedo.

—Has hecho un trabajo estupendo, Morgan —felicitó al agente con una sonrisa enorme—. Algún día tienes que contarme cómo has llegado a la conclusión de que Némesis es vuestro hacker, tengo mucha curiosidad, siempre he supuesto que ese tipo de gente sabía camuflar muy bien su rastro.

Morgan la miró con una expresión de orgullo evidente, encantado de poder impresionarla un poco.

—Eso es secreto de sumario —alardeó—. Y si te cuento mis secretos, igual me quitas el puesto, sé que estudiaste algo de informática.

Lexi rio.

—¿Y crees que podría trabajar con él? —dijo por lo bajo señalando a Luke.

Ahora fue Morgan quien rio.

—No, supongo que no.

—Tu puesto está a salvo, no te preocupes.

—¡No sé cómo contengo el ataque de risa! —repuso Luke, y miró a Morgan—. Tú a currar.

El chico salió del despacho a toda prisa.

—Y tú… —posó sus ojos sobre Lexi—, ¿no tienes nada que hacer?

—¿Ya no estoy detenida?

—¡Vete al pedete, coletitas!

Lexi soltó una carcajada divertida.

—¿Y de qué carajos conoces tú a la tal Némesis? —indagó ahora—. No me lo digas. ¡Compartís caldero y escoba!

—¡Qué chispa! —se burló Lexi—. En Payasos Sin Fronteras están buscando gente.

—Preséntate voluntaria, seguro que estarás súper graciosa si te coges tus dos coletas, y ¿entonces?

—¿Qué?

—Némesis.

—Estudié informática, Luke —le recordó—, y hay poca gente que se mueva en ese mundo

que no haya oído hablar de ella.

Y no era por alardear, sino una verdad como un templo.

—¿Y qué tiene de especial?

Lexi no se sentía nada cómoda ya. Aquello no era lo mismo que actuar a sus espaldas por necesidad, pero algo tenía que decirle.

—Si voy a defenderla para que te enfades de nuevo…

—Prometo no hacerlo.

—No es verdad, prefiero que le preguntes a Morgan, seguro que estará encantado de…

—Sí, de ponerla en un pedestal, al parecer —interrumpió malhumorado—, y lo contraté para encontrarla, no para hacerle un altar.

Aquello sorprendió a Lexi.

—¿Contrataste a Morgan solo para dar con el hacker?

Luke pareció avergonzado.

—Necesitaba otro agente —explicó—, y aproveché para escoger a alguien formado en esa área. Morgan trabajó en delitos informáticos en Denver.

«Joder con Morgan, y parecía medio tonto», pensó Lexi, ahora entendía que hubiera dado con el cabo suelto, fuera el que fuese. Pero había algo que le preocupaba mucho más que Morgan.

—¿Tanto te obsesiona todo esto, Luke? —interrogó con seriedad.

El sheriff la observó con una expresión incómoda y le costó aceptar:

—No soporto la impunidad —declaró muy serio, y un destello de dolor asomó a sus ojos—, quien cometa un delito debe pagarlo, punto, no puede salir gratis.

Lexi lo observó con una repentina claridad mental.

—Entiendo.

Incómodo, Luke asintió, y Lexi rememoró el día, más de quince años atrás, en el que habían encontrado a Sammuel Keller, el padre de Luke, muerto en una zanja con una herida de arma blanca en el estómago, además de evidentes signos de agresión. Jamás habían cogido a los culpables.

Lo observó con pesar. Así que aquel podía ser el motivo por el que a Luke le obsesionaba tanto hacer cumplir la ley. Suspiró preocupada. Mal asunto.

Mary Beth se personó en el despacho en aquel momento.

—August Silver ha regresado y quiere verte de nuevo.

Tanto Luke como Lexi se miraron entre sí, muy tensos.

—No salgas de aquí —le pidió el chico—, lo atenderé fuera.

Lexi asintió. Ni siquiera ella podía estar segura en aquel momento de cómo iba a terminar todo aquello. Creía haber llegado a tiempo, pero…

Capítulo 4

Cuando Luke se plantó de nuevo delante de Silver, no podía evitar estar nervioso. Si la denuncia prosperaba y se veía obligado a detener a Lexi, no sabía cómo iba a poder encajarlo, solo pensarlo lo enfermaba.

—¿Dos veces en un día? —le dijo Luke al tipo, llegando hasta el mostrador—. ¿Buscas que te meta en nómina?

—Podría comprarme este sitio con todos dentro. —Sonrió con prepotencia.

—No todo está a la venta, Silver.

—Casi todo.

Luke apretó los puños. Las ganas de romperle los dientes eran cada vez más acuciantes, y le sobraban los motivos.

—¿A qué debemos el honor de tu presencia de nuevo? —ironizó el sheriff.

—Me han dado un chivatazo —contó, mirándolo incisivo—. Al parecer, han visto a esa pequeña arpía bajarse de tu jeep, y hay quien dice que la traías esposada.

—La gente tiene demasiado tiempo libre —sonrió Luke—, además de mucha imaginación.

—Entonces, ¿no está aquí?

—Eso no es asunto tuyo —aseguró en un tono frío—. ¿Algo más?

Se sostuvieron la mirada durante unos largos segundos.

—Quiero verla —insistió.

—No.

—Defendiéndola a capa y espada hasta el último momento, ya veo —escupió entre dientes, y esbozó una sonrisa lasciva—. Es muy hermosa, así que no te culpo, yo mismo le daría… protección de la buena, no te digo que no.

Luke tuvo que hacer acopio de toda su fortaleza para no saltar por encima del mostrador y cerrarle la boca.

—Cuidado, Silver —lo asesinó con la mirada—, porque no me importaría nada tener que hacer noche en una de mis celdas.

—No, por Dios —rio el tipo—, reserva ese espacio para la señorita Michaelson.

Luke avanzó un paso con la intención de cumplir sus amenazas, pero una voz tras él se ganó la atención de ambos.

—Te veo muy ocioso para tener tantos caballos que atrapar, Silver —declaró Lexi alto y claro desde la puerta del despacho—. Me han dicho que han vuelto a escaparse.

«Mierda, Lexi, ¿es que nunca puedes hacerme caso?». Luke la miró con un gesto de censura, que ella ignoró por completo, como hacía siempre.

—Maldita niñata —repuso Silver entre dientes—. Esta vez no vas a salirte con la tuya.

—¿Debería saber de qué hablas? —interrogó la chica en un tono de pura inocencia, caminando ahora hasta el mostrador—. Yo solo sé que tus caballos corren lo más lejos posible de tu establo en cuanto tienen la oportunidad, claro que no puedo culparlos.

Era evidente que Silver se estaba conteniendo para mantener la calma, pero en su rostro se podía leer la rabia que bullía en su interior.

—Muy pronto serás tú quien no podrá correr a ninguna parte —rechinó los dientes—, salvo

en círculos, dentro de tu celda.

El azar quiso que su teléfono sonara justo en aquel instante. El tipo lo sacó de su bolsillo, consultó el visor y sonrió con una prepotencia que para Luke no presagió nada bueno.

—Mira, parece que tu sino ya está aquí —regresó sus ojos al sheriff —, ve redactando la denuncia, tendrás esas imágenes en unos minutos.

Luke miró a Lexi con un gesto de preocupación, estaba muy pálida ahora. Aprovechando que a ambos los tapaba el mostrador, le tomó la mano para darle ánimos y se la apretó con fuerza. La chica lo miró y sonrió a medias, aunque la sonrisa no iluminó del todo sus preciosos ojos.

—¡No lo estás diciendo en serio! —rugió Silver, que había ido perdiendo la sardónica sonrisa a medida que escuchaba las noticias del otro lado de la línea—. ¿Y cómo es posible que no aparezcan? ¡Me asegurasteis que todo quedaba grabado!

Cuando se alejó unos metros de ellos, los chicos se miraron entre sí con curiosidad y guardaron silencio para poder escuchar lo mejor posible.

—¿Y para qué demonios os pago? —siguió gritando Silver, furioso—. ¡Tomaré medidas, ni lo dudéis! Tendréis noticias de mis abogados.

Tras colgar el teléfono, el tipo se acercó al mostrador con rabia contenida.

—¡Eres una maldita niñata con suerte! —fue directo hacia Lexi—, pero la suerte suele ser efímera, por regla general.

Luke salió de detrás del mostrador para enfrentarlo cara a cara.

—¿Eso es algún tipo de amenaza, Silver? —inquirió entre dientes—. Porque tengo una celda libre, y va a seguir siendo así, al parecer, ¿o tienes algunas imágenes que enseñarme?

Con una expresión de rabia que se reflejaba en sus ojos, Silver paseó su mirada de Luke a Lexi y acabó largándose de allí con paso firme.

—¡Joder! —Soltó la chica el aire que había estado conteniendo—. Ha faltado muy poco.

Luke la miró con una mezcla de alivio y expresión condenatoria. No tenía claro si en aquel momento quería zarandearla o abrazarla hasta dejarla sin aire.

—¡No me regañes! —se quejó la chica antes de que dijera una sola palabra.

—Joder, Lexi, ¿sabes la suerte que has tenido? —le susurró para que nadie más pudiera oírlo.

—Sí, eso parece. —Se mordió los labios con nerviosismo.

A pesar de respirar hondo varias veces, Luke no pudo controlar del todo su estado de ansiedad.

—Necesito tomar el aire —repuso, y salió a la calle.

Lexi lo siguió y caminó hasta él, que se había apoyado en el coche patrulla con un gesto serio.

—Luke…

—Si vuelves a colarte en ese rancho, el que te encierra soy yo —declaró en un tono irritado —. ¿Me estoy explicando?

—Sí.

—Prométeme que jamás se te ocurrirá volver.

—Ya te he dicho que te he entendido.

Él la miró con el ceño fruncido y una expresión perspicaz. Lexi miraba hacia el otro lado de la calle con un gesto que se le hacía demasiado inocente.

—Mírame —exigió, y la chica obedeció a regañadientes—. Repite conmigo: prometo que jamás volveré a cometer la estupidez de colarme en el rancho Silver.

—Sí.

—¡Usa las palabras, maldita sea! —se exaltó ahora—. ¡Quiero oírtelo decir con todas las letras! —aguardó, y estalló—. ¡Que te comprometas!

—Es que…

—Nada de lo que empiece por *es que* me interesa.

—Luke…

—Ese tipo es peligroso, Lexi —se exasperó—, y sabe cubrirse muy bien las espaldas.

Sintiendo su silencio demasiado sospechoso, tiró de ella para obligarla a mirarlo, pero la pilló desprevenida, perdió el equilibrio y fue a parar a sus brazos por segunda vez aquel día, y de nuevo tuvo que sujetarla para que no cayera. Se miraron a los ojos desde demasiado cerca, y, poco a poco, el enfado de Luke se fue disipando.

—Te prometo que seguiré buscando la forma de sacar de ese establo a cada caballo —le aseguró—, pero tienes que darme tiempo.

La chica parecía absorta en él y lo miraba con una expresión de… ¿qué era aquello que leía en sus ojos? No lo sabía, pero le aceleraba el pulso.

—Lexi…

—¿Qué?

Ella entreabrió los labios, y Luke se quedó en blanco. Las palabras se evaporaron por completo, hasta que lo único que escuchaba en su cabeza era el sonido de su propio corazón, bombeando sangre, mientras sus brazos se acomodaban cada vez más a cada curva de su cuerpo.

—Tía Lexi, ¿ya te han soltado de la cárcel? —escucharon decir desde abajo en un tono risueño.

Ambos tardaron unos segundos en romper el hechizo para mirar al niño que los observaba con una sonrisa. Casi por inercia, Luke soltó a la chica y ella se alejó un paso.

—Max, ¿qué haces aquí? —preguntó extrañada.

Cuando miraron a su alrededor, descubrieron a Scott y Alyssa unos metros más allá, caminando hacia ellos.

—¿Qué narices es lo que está pasando? —interrogó Scott paseando su mirada de uno a otro.

Luke se sintió como si los hubieran pillado revolcándose en un pajar, aunque en realidad solo había pecado de pensamiento.

—Nada, no sé lo que parecía, pero no es real.

Vio que su amigo fruncía el ceño con evidente desconcierto.

—¿A qué te referías? —tanteó Luke, sintiéndose de lo más absurdo, y aún más cuando miró a Lexi y comprobó que la chica lucía una sonrisa divertida en el rostro.

—Max aseguraba que te la habías llevado a la cárcel —aclaró Scott, y miró a Lexi—. Entiendo que es solo la imaginación de un niño, pero llevo una hora llamándote.

—Es que hemos salido con prisas y me he dejado el móvil cargando.

—¿Y por qué tantas prisas? —indagó Alyssa, pero entonces le vio las muñecas y esa pregunta pasó a un segundo plano—. ¡¿Qué te ha pasado?!

Luke no sabía dónde meterse. Por si no se sentía ya fatal…

—A ver, yo no sabía de su alergia al níquel y…

—¿Perdona? —Scott lo miró con irritación—. ¿El niño tenía razón? ¿Le has puesto a mi hermana unas esposas?

Aquello comenzaba a resultar surrealista.

—Solo pretendía darle una lección que se merecía mucho —aclaró Luke en un tono serio.

Por el gesto de Scott, no parecía estar muy de acuerdo.

—¡No me jodas, Luke!

—Vale ya, solo ha sido un juego —interrumpió Lexi lo que sin duda podía convertirse en una discusión seria, y miró a Luke—, ¿verdad?

Le habría gustado poder decir que sí y olvidarse de todo lo sucedido aquella mañana, pero sabía que no era buena idea mantener a Scott al margen, dada la afición de Lexi a meterse en problemas. Debía contárselo, aunque aquello significara que la chica le retirara la palabra, lo cual… quizá fuera lo más seguro para ambos.

—Tu hermana ha hecho algo muy estúpido esta mañana.

—Algo que ya está solucionado —intervino Lexi de inmediato—, no creo que sea necesario preocupar a toda la familia. —Miró a Luke, rogándole que lo dejara estar—. Si quieres que te haga esa promesa…

—Es tarde, tendrás que hacérsela a Scott.

A Luke le costó encajar la mirada asesina que se ganó con aquel comentario, que era muy diferente a aquella otra con la que lo contemplaba hacía solo unos minutos.

—Y justo cuando casi lo olvidaba… —le dijo la chica entre dientes—, me recuerdas por qué te detesto tanto.

Luke suspiró con resignación.

—Bien, a los dos nos interesa no olvidarlo. —Miró a Scott—. La afición de tu hermana a colarse en el rancho Silver ha estado a punto de costarle muy cara.

Con un gesto de incredulidad, Scott miró a la chica.

—Joder, Lexi…

—Confío en que consigas que recapacite —insistió Luke—. Átala en corto.

—¡Ni que fuera una yegua, gilipollas!

—Y ahí tienes el motivo por el que he terminado esposándola.

—Y mira cómo me has dejado. —Izó las muñecas—. ¡Estarás contento!

—Eso no ha sido aposta y lo sabes —se quejó, irritado, a pesar de ser consciente de que ella solo quería molestarlo.

—No lo tendría yo tan claro —lo enfrentó—. Y si se te vuelve a ocurrir esposarme…

—Lo haré en cuanto te pases de la raya —aseguró

—Y ese día te acusaré de abuso policial —lo miró con los ojos echando fuego—, ya no podrás escudarte en que no sabías de mi alergia.

—No te preocupes, voy a comprarme una de esas esposas con felpa —declaró molesto—, porque estoy seguro de que no será la última vez que tenga que usarlas contigo.

Scott y Alyssa miraban del uno al otro como si estuvieran viendo un partido de tenis. Llegó un momento en que se apoyaron en el coche con resignación.

—¿No vas a intervenir? —interrogó Alyssa observando a Scott con una expresión socarrona.

—¿Y arriesgarme a morir en el fuego cruzado? No sé si me compensa.

La chica rio y miró al amor de su vida con adoración, y Scott recortó la distancia hasta sus labios.

—Tengo demasiado que perder —sonrió el chico, saboreando su boca—, así que de momento voy a dejarlo pasar —frunció el ceño—, al menos hasta el día en que se le ocurra ponerle esas esposas de felpa.

La carcajada de Alyssa, de forma milagrosa, consiguió un alto el fuego momentáneo, el suficiente como para que Scott pudiera intervenir.

—Será mejor que regresemos al rancho —miró a su hermana—, creo que la conversación va a ser larga.

Cuando estaban a punto de dispersarse, una bonita rubia platino que pasaba por la acera se detuvo junto a Luke y exclamó en un tono cantarín:

—Qué suerte la mía encontrarte en la puerta.

Luke se giró hacia la chica y esbozó una enorme sonrisa.

—Julie Bonet —saludó—, dichosos los ojos, estás preciosa.

—Gracias —canturreó—, y tú estás… tan genial como siempre.

Aprovechando un silencio, escucharon a Lexi murmurar:

—¿Hay un baño cerca o vomito aquí mismo?

—Ay, Dios —resopló Scott

Alyssa no pudo contener la risa.

Luke miró a Lexi con una sonrisa ácida.

—¿Te acuerdas de la pequeña de los Michaelson? —dijo escogiendo las palabras a traición —. La que siempre llevaba esas coletitas tan monas.

La tal Julie la miró de arriba abajo con evidente desdén, pero sin borrar la sonrisa.

—Me acuerdo, sí, me encantaba tirarle de las coletas —se mofó—. Vaya, estás…

«Preciosa», contestó Luke por ella para sí, aprovechando la pausa, y se sintió muy incómodo.

—Diferente —acabó completando Julie.

—Dieciocho años es lo que tienen —repuso Lexi con una sonrisa tensa—, nada como eso para cambiar a la gente.

Era evidente que a la tal Julie no le había gustado nada la intervención de Lexi, y más cuando tuvo que acabar desviando su atención también hacia Scott y Alyssa, aunque fue escueta, era obvio que era Luke quien le interesaba.

—Sigo teniendo el mismo número de teléfono —le aclaró en cuanto pudo—. Y me encantaría que quedáramos para tomar café y ponernos al día. —Batió las pestañas con fuerza mientras fingía quitarle una pelusa del hombro—. ¿Me llamarás?

—Claro —asintió Luke, y se despidió con una sonrisa enorme, que esperaba que estuviera molestando a cierto incordio al menos un poco.

Cuando se giró a mirar al incordio en cuestión, la encontró riendo a carcajadas junto con Alyssa. Lexi batía las pestañas de forma exagerada mientras hacía amago de quitarle a Alyssa del hombro algunas pelusas imaginarias.

—¿Qué hace la tía, papi? —preguntó Max ahora riendo también sin saber de qué.

Scott miró a su pequeño con un gesto divertido, pero fue Luke quien contestó:

—Tu tía intenta ganarse sus esposas de felpa.

—Hala, ¿tienes unas esposas de felpa? —Lo miró Max con asombro.

—Aún no —sonrió Luke.

—Aún tiene que acercarse a un prostíbulo a comprarlas —susurró Lexi con cierta mofa.

—¿Qué es un *postibolo*? —interrogó el pequeño, extrañado.

—¡Hora de irse! —exclamó Scott al instante, y ninguno pudo evitar reír—. No me había dado cuenta de que era tan tarde. —Miró a Luke—. ¿Vienes a comer con nosotros?

—No te sientas en la obligación —exclamó Lexi de inmediato—. Será mucho mejor que aproveches el tiempo para buscar el teléfono de doña pestañas batientes, si hace tanto que no la ves…

—¿Cuándo fue la última vez que la viste tú, coletitas? —Clavó en ella una mirada burlona —. ¿Desde que la engañaste para ser tú quien se metiera conmigo en aquel armario?

Lexi se puso de todos los colores, y Luke se dio el gustazo de sonreír con diversión.

—¡Tenía diez años, imbécil! —le recordó con irritación.

—Y yo dieciséis —apostilló divertido—, y era a ese pedazo de rubia a la que quería conmigo en el armario.

—¡Y yo quiero hasta el último detalle sobre el tema! —exclamó Alyssa mirando a Lexi con una sonrisa divertida.

—Ven, que yo te lo cuento —tiró Scott de su mano, atrayéndola hacia sí—, puede que incluso te enseñe el armario. —La besó en profundidad sin cortarse ni un poco.

Luke miró a Lexi con una sonrisa arrogante, y ella le devolvió un gesto irritado. Ambos tenían muy presente lo sucedido allí dentro.

—No volvería a encerrarme contigo en un armario ni aunque fuera el último refugio nuclear y mi vida dependiera de ello —aseguró Lexi cruzando los brazos sobre el pecho.

—Por suerte para mí —apostilló Luke, pero por alguna extraña razón… no se sentía afortunado.

Capítulo 5

La hora de la comida en el rancho Michaelson fue agridulce. Lexi había esperado que la presencia de su abuelo en la mesa evitara el tema, pero el anciano había salido a comer fuera, lo que la dejaba sola frente a un montón de recriminaciones por culpa de aquel bocazas con placa.

Scott había comenzado la discusión con su hermana intentando ser comprensivo. Él tampoco toleraba a Silver, con el que los problemas de la familia Michaelson venían de lejos, desde la época en la que aquel tipejo le propuso a su padre un chanchullo para amañar las principales carreras de caballos del estado, donde sus animales eran los reyes indiscutibles, y Maxwell Michaelson se negó en rotundo. Para Silver, dueño de los principales locales de apuestas deportivas de Kentucky, aquello fue declararle la guerra, algo que no había mejorado con los años. Debían tener mucho cuidado con un tipo como aquel. Por eso Scott reprendía a su hermana en ese momento. A él también le repelía el maltrato al que Silver sometía a sus animales, pero estaba de acuerdo con Luke en que debían buscar una vía legal para solucionarlo. Y lo mismo sucedía con Shadow, por el que lucharían sin tregua, pero sin exponerse tanto. Lexi, sin embargo, era demasiado apasionada y temperamental, y, a pesar de entender las razones por las que debían tener cuidado, no estaba dispuesta a esperar con pasividad a que la lentitud de la justicia, con sus lagunas y su eterna burocracia, tomara partido. No obstante, sería muy estúpido por su parte discutir con todo el mundo a todas horas. Era más práctico fingir que pensaba acatar las normas y acabar haciendo lo que le diera la gana, algo a lo que estaba más que acostumbrada.

Al finalizar la comida, cuando ya estaban tomando el café, todos reían por las ocurrencias de Max, que sabía amenizar la sobremesa como nadie. El niño los entretuvo durante mucho rato dándoles montones de nuevas sugerencias de nombres para su hermanito o hermanita, que tanto él como Scott habían pasado unos días anotando en una hoja. Alyssa estaba embarazada casi de cuatro meses, y todos en la familia esperaban con ilusión el feliz acontecimiento. Lexi miraba el rostro de absoluta felicidad de la pareja, incluido el amor que irradiaban por cada poro de su piel, y no podía evitar envidiarlos un poco. Debía de ser algo increíble amar y ser correspondido de aquella manera. Si le preguntaran a cualquiera de los dos, estaba segura de que dirían que cada lágrima y cada momento de dolor de los últimos seis años había merecido la pena, si era para poder reunirse de nuevo y llegar a aquel mismo punto.

Cuando al fin se levantaron de la mesa, Scott y Max salieron para dar su habitual paseo a caballo, que el niño adoraba. Alyssa no podía montar en su estado, y últimamente se echaba una pequeña siesta, debido al cansancio que le provocaba su embarazo.

—Seguro que te apetece tumbarte un poco —intentó Lexi alejarse con rapidez.

—¡No tan rápido, Speedy!

—¡Mierda! —suspiró Lexi haciendo un gesto cómico—. De verdad pensaba que me libraba.

Alyssa rio con ganas.

—Un optimismo interesante el tuyo —bromeó—, pero tenemos algunas cosas de las que charlar. Para empezar, me he llevado un susto de muerte esta mañana.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —Bajó la voz casi hasta el susurro—. Cuando Max nos ha dicho que Luke te había llevado esposada, por un momento he pensado que era… a la otra tú a quien había

pillado.

Lexi asintió. Entendía su preocupación. Alyssa era de las pocas personas que sabía quién era, ni siquiera Scott tenía aquella información.

—La otra yo necesitaba visitar el despacho de cierto sheriff.

—¿Qué? —La miró alucinada—. ¿Has provocado tu detención aposta?

—¡No! —se mordió los labios—, solo… lo he alentado un poquito cuando el odioso lo ha sugerido.

—Lexi…

—¡No me regañes! Es que ese memoria de pez no recordaba el nombre de la empresa de vigilancia —protestó—, y sin saberlo habría tardado demasiado en encontrarla para borrar esas imágenes. Incluso con el nombre exacto, la cosa ha estado muy justa.

Alyssa soltó aire para relajarse antes de hablar.

—Joder, Lexi, tienes que dejar de…

—Que sí —interrumpió—, he aprendido la lección, iré con cuidado a partir de ahora.

—No, con cuidado no —la miró muy seria—, vas a olvidarte de todo eso y a dejarlo en manos de Luke.

—¡Ja! Menuda ayuda.

—Sabes de sobra que Luke es muy competente y capaz —opinó—, y que hará todo lo que esté en su mano para solucionarlo.

—El problema es que sus manos están atadas por demasiadas leyes —le recordó.

—Tus soluciones tampoco es que sirvan para mucho.

—Al menos les doy un respiro a esos caballos de vez en cuando —declaró testaruda—, mientras que el señor sheriff del condado tiene a bien hacer algo al respecto. Pero claro, él prefiere perder el tiempo buscándome.

Alyssa la miró con perspicacia.

—¿A quién?

Lexi resopló, frustrada, y le devolvió un gesto inequívoco que Alyssa cogió al vuelo.

—¡¿Aún sigue con eso?!

—Morgan está aquí solo para cazarme, al parecer.

—¡Venga ya! —casi graznó Alyssa—. ¿Y tienen algo?

A Lexi le costó confesar:

—Mi nombre —resopló—. Saben que Némesis es el hacker que estuvo trabajando con vosotros.

Para Alyssa aquello fue un gran disgusto. Se puso pálida y miró a Lexi muy preocupada.

—Hablaré con él.

—¿Para qué?

—Bueno, quizá pueda despistarlo.

—Eso sería peor, créeme —aseguró Lexi—. Por mucho que me moleste admitirlo, y fingiré haberlo hecho delante de él —carraspeó—, Luke es muy listo, y no tardaría en preguntarse tus motivos para querer hablarle del tema precisamente ahora, cuando has pasado meses esquivándolo.

—¿Y qué puedo hacer? —interrogó—. Porque me siento responsable, al fin y al cabo, tuviste que salir de tu retiro para ayudarme.

—Sois mi familia, Aly, lo volvería a hacer una y mil veces. —Sonrió con ternura y le acarició su ya abultado abdomen.

—Y siempre te lo agradeceré.

—No es necesario, os adoro.

—Como nosotros a ti, ni Max ni yo ni este chiquitín o chiquitina —se tocó el abdomen— estaríamos aquí siendo tan felices sin tu ayuda

Sí, aquello era una gran verdad y ambas lo sabían.

Tres meses atrás, había salido a la luz un testamento de Maxwell Michaelson, que alguien había ocultado con premeditación durante seis largos años. En él, su padre legaba la tercera parte del rancho a Alyssa, la mujer que había destrozado la vida de su hermano Scott, y los obligaba a convivir durante tres meses para poder repartir la herencia. Scott y Alyssa estaban cegados por el odio hacia el otro, pero para Lexi desde un principio resultó evidente que había demasiadas cosas ocultas por descubrir, incluyendo un niño de cinco años que Alyssa ocultaba celosamente y que era el vivo retrato de su hermano. Para bien o para mal, Némesis había tenido que intervenir. Gracias a su colaboración habían conseguido destapar toda una red de engaños y mentiras, que estuvo a punto de costarles la vida, pero que, por suerte, había devuelto la felicidad más absoluta a las vidas de Scott y Alyssa, tornando una pesadilla de seis largos años en un idílico sueño junto a su hijo.

—No lo pienses más, Aly, no pasará nada.

—Pero no quiero que todo se acabe volviendo en tu contra —dijo preocupada.

—Y no lo hará, Luke no representa ningún peligro —sonrió de repente—, pero creo que ha llegado el momento de que Némesis le haga una visita.

Alyssa soltó una exclamación exagerada.

—Ay, Dios, ya te volviste loca de remate.

—Intentaré hacerle razonar.

—Razonar. —La miró incrédula.

—Sí.

—Como Némesis.

—Eso es.

—A Luke.

—Joder, Alyssa, ¡qué poca fe me tienes!

—Ninguna, porque ambas sabemos que en lo concerniente a Luke no eres lógica ni cabal —opinó—. Por alguna razón —carraspeó—, que no te atreves a admitir, nuestro amigo el sheriff te trastorna demasiado, en todos los sentidos

—¡Qué tontería! —protestó con énfasis—. No sé de qué narices hablas.

—¿No?

—¡No! No inventes, el embarazo te tiene las neuronas agotadas.

Alyssa esbozó una sonrisa pícara.

—Háblame de ese armario.

—¿Qué armario? —Alyssa la miró arqueando las cejas con un gesto mordaz—. ¡No hay nada que contar de aquello, casi no me acuerdo, tenía diez años!

—Él ha dicho que…

—¡A ese idiota le encanta sacarme de quicio con sus tonterías!

A Lexi se le notaba demasiado la incomodidad como para que Alyssa se creyera una sola palabra.

—¿Entonces no lo engañaste para meterte con él en un armario?

Lexi tragó saliva.

—A ver…, tenía diez años.

—Eso ya lo has dicho.

—¡Es que es importante! Era una niña impresionable.

—Entiendo, y él era ya un tipo guapísimo.

—Oh, sí —suspiró—, ¡no! —Alyssa rio con ganas y Lexi le lanzó una miga de pan a la cabeza—. ¡Eres mala!

—¿Por qué no quieres hablarme de ese armario?

«Porque es uno de los momentos más bochornosos de mi vida», pensó para sí, pero aquello no lo dijo.

—No es importante.

—Entiendo —la miró con suspicacia—, de acuerdo, si tanto te afecta recordarlo…

—A mí no me afecta nada de nada, y tampoco hay mucho que contar —interrumpió, y dijo como si hablara del tiempo—: Scott y sus amigos hicieron una fiesta aquí en el rancho, en la que yo me colé sin permiso, como hacía siempre, en realidad.

—Y decidieron acabar la noche jugando a la botella —se aventuró Alyssa.

Lexi frunció el ceño y la miró con sorpresa.

—¿Scott ya te lo ha contado?

—No, pero no hay muchos motivos para meterte con alguien en un armario siendo un adolescente.

—¡¿Y para qué me obligas a contártelo si ya lo sabes todo?! —se quejó.

—Todo no, quiero saber por qué acaba una niña de diez años con un adolescente de dieciséis dentro de ese armario.

Lexi exhaló aire, resignada.

—Por ilusa y gilipollas.

—No entiendo.

No era fácil contar todo aquello. Dieciocho años después aún sentía su cara arder de la vergüenza, pero sería mejor acabar cuanto antes.

—Yo estaba enamoradita de Luke, lo admito —hizo un gesto de desagrado—, y engañé a la tal Julie Bonet para que se fuera y ser yo quien entrara en el armario. —Tragó saliva y apretó los dientes—. Le dije a Luke que Julie se había rajado, pero… que podía darme un beso a mí.

Alyssa estaba haciendo un esfuerzo visible para mantenerse seria.

—¿Y él qué hizo?

—¿Antes o después del ataque de risa? —confesó.

—Entiendo.

—Pero al final acabó enfadándose mucho conmigo, cuando fue consciente de que por mi culpa había perdido la oportunidad de magrearse con la rubia de bote —siguió contando—. Eso por no hablar del momento en el que Scott y Alek abrieron el armario, me mandaron a la cama y arrastraron a Luke entre los dos a la cocina. —Alyssa asintió y agachó la cabeza—. Agradezco el esfuerzo que estás haciendo para no reírte.

—Yo no… —pero era difícil contenerse.

—Te doy permiso, en serio

Alyssa cedió, esbozó una enorme sonrisa y miró a Lexi con verdadera curiosidad.

—Tenías diez años, Lexi, ¿cómo puede seguir incomodándote hablar de ello?

—No lo sé.

—No será… —Entrecerró los ojos y la miró perspicaz—. No. Me lo habrías dicho si siguieras tan loca por él como entonces —dijo casi para sí.

Lexi se puso en pie con cara de malas pulgas.

—*Uf*, pero qué graciositos estáis todos hoy.

—¿Eso incluye a Luke?

—A Payasos Sin Fronteras, lo he mandado —contó mordaz—, no te digo más.

—Lexi, no puedes decirle a ese hombre cualquier cosa que te pase por la cabeza —opinó risueña, y no parecía hablar del todo en broma.

—Claro que puedo —frunció el ceño y sonrió con malicia—, ¿y sabes quién más puede?

Alyssa suspiró y murmuró:

—¿Némesis?

—¡Exacto!

—Eso me temía.

Capítulo 6

A las siete de la tarde del mismo día, Luke estaba mucho más que harto de leer y firmar informes. Se reclinó en el respaldo de su sillón y, casi de forma automática, sus pensamientos volaron al rancho Michaelson, preguntándose si Lexi estaría ya planeando otra de sus locuras.

«Quizá debería ir a comprobarlo», se planteó, pero incluso la parte de su cerebro que tan bien se autoengañaba, protestó al instante frente a la mediocre excusa.

Recordó todo lo sucedido esa misma mañana. Aquella mujer era un torbellino que lo desafiaba de forma constante y lo enloquecía más allá de toda lógica. ¡Le había puesto unas esposas, por el amor de Dios! Solo ella podía alterarlo tanto como para comportarse como un desequilibrado.

«¿Cómo tendrá las muñecas?», se preguntó, sintiéndose culpable de nuevo, y solo entonces cayó en la cuenta de que no recordaba si ella se había llevado el tubo con el corticoide.

Rebuscó entre los papeles y allí estaba.

«Mierda, joder, ¿no debería echárselo algunas veces más hasta curarse? ¿Y si le escuecen? ¿Y si le pican tanto que se tiene que rascar hasta destrozarse la piel?».

—Pues que venga a por él o se compre otro, ya es mayorcita —se contestó en alto, dándole vueltas al medicamento.

Por fortuna, Morgan interrumpió sus meditaciones cuando la balanza comenzaba a inclinarse hacia el lado incorrecto.

—Jefe, he conseguido acceder a la red oscura —informó—, y he hecho algunas preguntas.

—¿Y tienes algo interesante?

—Al parecer, según varias fuentes, hay muchos rumores de que Némesis se ha retirado.

Aquello sí le sorprendió.

—¿Desde cuándo?

—Hay quien asegura que desde hace al menos ocho o diez meses.

—Eso no es posible —le recordó—, no hace más de tres que se coló en nuestros servidores.

—Lo sé, pero al parecer ha borrado todo rastro —insistió—, incluido el *vlog*, del que no queda ni una entrada.

—¿Escribía un blog?

—En realidad no.

—Joder, Morgan, yo no te entiendo ni cuando hablas en mi idioma —se quejó.

El agente sonrió a medias.

—Es que no era un blog convencional, sino escrito con *uve*, un videoblog. —Cogió asiento a la mesa con repentina euforia—. Se me olvida que no sabes nada de la gran labor de Némesis.

—No me jodas, ¡qué labor ni qué leches! —se exaltó, que pareciera admirarla tanto lo enervaba demasiado.

—Némesis no es una hacker al uso, nunca lo ha sido —explicó el agente—. Desde su *vlog*, ha conseguido que encarcelen a más gentuza de la que puedas imaginar, de los de traje y corbata y la billetera llena.

Luke lo miró perplejo.

—No sé si te entiendo.

—Ambos sabemos que hay demasiada gente que se cree intocable, jefe.

—Por desgracia.

—Solemos estar atados de pies y manos porque el dinero lo compra todo, incluida la justicia.

—Sí, todo eso lo sé demasiado bien —asintió—, tengo un principio de úlcera que lo demuestra, ¿qué coño tiene eso que ver con Némesis?

El agente amplió su sonrisa aún más, sabedor de que iba a causarle una honda impresión.

—Para ella no hay nadie intocable, jefe —explicó—, y da igual en qué ordenador o red tenga que colarse para sacar a la palestra los trapos sucios de cualquiera.

Aquello era lo último que Luke esperaba escuchar, tal y como quedaba patente por su expresión de absoluto estupor.

—Lo que nos faltaba —acabó gruñendo entre dientes—, una justiciera, ¿es eso?

Morgan sonrió.

—Algo parecido.

—Y, solo para ver si me queda clara la admiración que leo en tus ojos, ¿tiene sentido que alguien haga justicia saltándose un montón de leyes? —Apretó los dientes—. Porque yo veo lagunas al razonamiento, y eso no explica por qué se coló en nuestro sistema.

—Bueno, supongo que trabajaría junto con el detective que Alyssa Hollister contrató para investigar todo lo sucedido.

«Marty Evans», recordó Luke ahora. Un gran tipo, si no fuera por aquel pequeño detalle.

—Así que también trabaja a sueldo.

—No se puede vivir solo de buenas intenciones.

—Quiero ver ese videoblog.

—Imposible.

—Te encanta esa palabra, ¿no? —se quejó Luke.

—Es que Némesis se encargó de borrarlo del mapa cuando decidió retirarse, supongo que no quiere imágenes suyas por ahí.

—¿Cómo que suyas?

—Bueno, el sistema que escogía para hacer estallar la bomba sobre alguien era ponerse frente a una cámara y hacer una acusación sólida, con pruebas en la mano —explicó—. Después, colgaba el vídeo en los lugares más visitados, como su propia web, donde cada día tenía millones de visitas, además de mandarlo a los principales medios de comunicación.

—Así ponía a todas las autoridades en jaque, haciendo imposible que el asunto se archive —comprendió Luke al fin, y sacudió la cabeza—. Inteligente y estúpido a partes iguales.

Se reclinó de nuevo en su sillón, muy pensativo.

—Esa mujer no es consciente de la diana que lleva en la espalda.

—Bueno, jefe, antes tendrían que encontrarla.

—Está chiflada, Morgan, no la defiendas.

El chico lo miró con cierta preocupación.

—¿Quieres que deje de buscar?

Luke clavó en él una mirada acerada.

—¿Por qué?

Morgan casi titubeó.

—Bueno…, quizá es mejor que nunca se sepa quién es.

—Es una delincuente, Morgan, y todos tenemos que afrontar las consecuencias de nuestros actos antes o después.

—Lo seguiré intentando.

—Bien, mantenme informado —le pidió, y aguardó a que se pusiera en pie y saliera del despacho, pero el agente parecía anclado a su silla—. ¿Querías algo más?

El chico se veía azorado.

—Me preguntaba si habías podido darle mi número a Lexi.

—Pues no, se me ha olvidado, lo siento.

«Y mañana se me olvidará de nuevo, casi seguro».

—Entiendo. ¿Podrías darme el suyo?

—No. —A Luke le salió tan rotundo que incluso él mismo se sorprendió, así que intentó arreglarlo—. No sin su consentimiento, son cosas muy privadas.

—¿Y puedes preguntarle? —insistió el agente—. Creo que esta mañana la he visto receptiva.

Luke lo miró ahora con un gesto más serio.

—¿Te parezco un Celestino?

—No, pero…

—Apáñatelas, Morgan —replicó—, aunque yo en tu lugar me replantearía las intenciones, Lexi puede llegar a ser un dolor de cabeza insoportable.

—Me arriesgaré.

—No digas que no te avisé —lo miró irritado—, ¿algo más?

El agente se puso en pie, se despidió y salió del despacho. Luke se reclinó de nuevo en su sillón y le dio algunas vueltas más entre sus manos al bote de corticoides, preguntándose si a ella de verdad podía gustarle Morgan. Era un tío guapo, eso no iba a negarlo, pero con un carácter demasiado dócil y apacible. Alguien como Lexi lo manejaría con un dedo del pie, aunque quizá aquello fuera lo que a ella le gustaba, ser la que mandara en una relación.

«Pero lo que te gusta y lo que necesitas no tiene por qué ser lo mismo», pensó. Ella merecía un hombre de carácter fuerte, capaz de decirle no a algunas de sus locuras, y de seguirla hasta el fin del mundo si la lucha valía la pena; un igual, alguien dispuesto a sucumbir al fuego que estaba seguro que ardía en su interior, pero capaz de devolverle el mismo incendio hasta hacerla claudicar.

«Alguien que no soy yo», se dijo, irritado, cuando su cuerpo respondió con intensidad al inapropiado rumbo que habían tomado sus pensamientos. Incómodo, se repitió varias veces que Lexi Michaelson ni siquiera era su tipo, lo cual sería mucho más fácil de creer si no tuviera una erección considerable solo con pensar en incendios que no le competían.

«Hermosa e intocable», resopló con cierta ansiedad.

Un pitido proveniente del ordenador llamó su atención. Cuando se centró en ver qué estaba pasando, frunció el ceño. Parecía estar encendiéndose solo. Comprobó la torre y las lucecitas que parpadeaban, y de pronto la pantalla del monitor se iluminó y el símbolo de Windows, junto con su sonido característico, hicieron su aparición.

—Joder, qué cosa más rara.

Pero nada comparado con lo que sucedió a continuación.

En lugar de su pantalla de inicio habitual, se reprodujo una animación que Luke contempló con estupor. Un gato negro con gafas de hacker sonreía con evidente regocijo mientras aporreaba un teclado. El avatar de un policía con la placa de sheriff en el pecho intentaba darle caza, pero el gato tecleaba rápido, llenando la pantalla con un código incomprensible que se interponía entre ambos, hasta que poco a poco se fue transformando en letras, que acabaron formando una frase…

Miau, sheriff, qué gusto poder hablar con usted al fin.

Tras eso, el gato se estiró y ronroneó, y se acostó en una esquina de la pantalla como si acabara de terminar un gran trabajo.

Luke miraba aquella frase con una perplejidad absoluta, que se multiplicó cuando las letras se difuminaron y apareció una ventana de chat.

NEMO:
Puede usar la barra inferior del chat
para comunicarse.

Luke apretó los dientes, no podía creerse que aquella mujer fuera tan descarada. ¿Y si era una broma? Pero ¿quién más iba a tener la poca vergüenza de colarse en su ordenador de aquella manera? Y los conocimientos, porque no debía de ser nada fácil.

NEMO:
Es importante que hablemos, sheriff.

Le costó dar su brazo a torcer, pero acabó haciéndolo…, a medias.

LUKE:
Yo no hablo con gente que
se esconde en el anonimato.

NEMO:
Sabe quién soy

LUKE:
Un pez perdido, según tu usuario.
¿Acaso te da miedo usar tu nombre?

NEMO:
No suelo hacerlo.
Y, sin desmerecer a
los peces perdidos,
Nemo significa *nadie* en latín.

Luke sacó su móvil y consultó la información. Maldijo entre dientes cuando el traductor corroboró la respuesta. Odiaba sentirse tan en desventaja en todos los sentidos con aquella mujer, era como ser el último de la clase y el más tonto en todas las materias.

Regresó la vista al chat justo para ver entrar otro mensaje:

NEMO:
Y una vez que *Google* ha
confirmado mis palabras…
¿podemos hablar en serio?

LUKE:
Odio a la gente que va de lista.

NEMO:
Yo lo considero un igual, sheriff.

LUKE:
Pues no somos iguales,
tú eres una delincuente.
Y, si quieres hablar conmigo,
tendrás que personarte en comisaría.

NEMO:
Eso no va a poder ser, me temo,
y no es por falta de ganas, es
usted alguien digno de
contemplar desde cerca.

Luke se quedó un tanto perplejo. ¿Significaba aquello que ella se había molestado en investigarlo? ¿Y tenía la poca vergüenza de decírselo a la cara? Estaba más loca de lo que había supuesto.

LUKE:
¿Me has estado espiando?

NEMO:
Solo un poco. Usted también
ha ordenado que hagan
demasiadas preguntas.
Ha jugado bien, lo admito,
pero es hora de que deje de buscarme.
No soy el villano de esta historia,
sheriff, solo una gatita que quiere
desaparecer entre las sombras.

LUKE:
Mi trabajo es cazar a gente
de tu calaña. Aquí yo soy el gato
y tú una simple rata.

NEMO:
Es usted muy rudo,
seguro que es de los que le
cuesta expresar sus sentimientos.

LUKE:
No tengo ningún problema en
demostrarte cuánto te detesto.

NEMO:
¿Sabe? Creo que voy a enseñarle
a ser algo más amable y cariñoso
antes de despedirme para siempre.

LUKE:
Genial, aquí te espero para
darte todo mi cariño, te
tengo reservada una suite de lujo.

NEMO:
El sarcasmo no me desagrada
del todo, en usted creo que
incluso me pone un poco.

LUKE:
A mí me ponen las esposas,
no sabes cuánto voy a disfrutar
ajustándolas en tus muñecas.

NEMO:
:)

LUKE:
¿Eso qué carajos es?

NEMO:
Una sonrisa.

LUKE:
¿Y qué te hace tanta gracia?

NEMO:
Las esposas no me sientan bien, sheriff,
no me pegan con ningún vestido.
A no ser que sea de esas forradas con
plumas marabú, que sientan como
un guante a juego con… la desnudez.

LUKE:
Estoy dispuesto
a hacerme con unas si te
comprometes a entregarte.

NEMO:
Buen intento. Si está dispuesto
a probarlas en un ambiente…
relajado, me lo pienso.

LUKE:
¿Cómo de relajado?

NEMO:
Un motel, una botella de
champán… y la calefacción
bien alta para que podamos
probar esas esposas sin pasar frío.

LUKE:
¿Y qué pasa si no eres mi tipo?
Mándeme una foto para
que pueda comprobarlo.

NEMO:
:)

LUKE:
¿Esa sonrisa debería
darme esperanza?

NEMO:
Me cuesta confraternizar
con alguien que lo más bonito
que me ha dicho es rata.

LUKE:
Disculpa, te llamaré Némesis entonces
Nadie es demasiado impersonal.

NEMO:
Me parece bien :)

LUKE:
¿Cuándo dices que tenemos una cita?

NEMO
Déjeme pensarlo…
Nunca, ¿le va bien?

LUKE:
;=?))^*

NEMO:
¿Eso significa…?

LUKE:
No tengo ni puñetera idea,
pero espero que sea un insulto.

NEMO:
LOL

LUKE:
Relaciónate con gente de
verdad, Nemo, Némesis
o como carajos te llames,
alguien con quien puedas
reírte a carcajadas, los LOL
no alimentan el alma.

NEMO:
El que me interesa quiere
ponerme unas esposas.

LUKE:
¿Qué hay de esa foto?
Quizá pueda darte una noche
memorable antes de tomarte las huellas.

NEMO:
No se ofenda, sheriff,

no creo que sea tan bueno
en la cama como para
compensar veinte años de cárcel.

LUKE:
Te sorprenderías.

NEMO:
Es muy posible que el
sorprendido fuera usted.
En fin…

LUKE:
¿Ya te vas?

NEMO:
Eso me temo, pero
no se preocupe, sheriff,
cumpliré mi palabra de
enseñarle a repartir cariño.

LUKE:
Voy a pillarte,
te lo aseguro.

NEMO:
:)

La comunicación se cortó y Luke blasfemó. Aquella mujer lo había hecho de nuevo. Se había colado en su ordenador, tal y como ya lo hizo con anterioridad, con la misma facilidad con la que cualquiera se lleva un bolígrafo del mostrador de un banco. ¡Era desesperante que alguien tuviera ese poder! Él estaba acostumbrado a que tanto los delitos como los sospechosos y los detenidos fueran tangibles, pero la tal Némesis era poco menos que un fantasma, que podía pasearse por delante de tu cara y hacerte una pedorreta sin que tuvieras la más mínima posibilidad de atraparlo.

Llamó a Morgan y le mostró el chat completo, algo que, para colmo, solo sirvió para deleitarlo y que le brillaran los ojos de pura emoción, porque resultó que no había forma de rastrear su ubicación.

Cuando se quedó a solas de nuevo, seguía enfadado, y más cuando sus dedos volaron por el teclado y se encontró haciendo una curiosa búsqueda. Casi sin haberlo pretendido, su pantalla se llenó de un montón de fotos de esposas adornadas con plumas marabú de diferentes colores. Aquella maldita había puesto imágenes en su mente que no necesitaba, concretamente las de las suaves muñecas de Lexi rodeadas de plumas, a juego con lo que Némesis había dicho que mejor conjuntaban…

Capítulo 7

Lexi, agazapada tras un pequeño montículo de tierra justo en la linde del rancho Silver, miraba hacia los establos a través de unos prismáticos con visión nocturna. Era noche cerrada ya, cerca de las doce, no se movía una hoja en lo que parecía un kilómetro a la redonda y solo la tenue luz de la luna iluminaba la amplia extensión de terreno, lo que convertía aquel momento en ideal para lo que estaba haciendo allí.

Soltó los prismáticos y centró su atención en el maletín que llevaba con ella, del que extrajo un precioso dron último modelo, que no era más grande que la palma de una mano.

A lo largo de la tarde, había indagado en el sistema de cámaras de Silver, dispuesta a hackearlo para tomar el control, pero se había llevado la desagradable sorpresa de que el tipo había migrado de compañía de seguridad, en apenas unas horas, a otra mucho más eficiente. Por supuesto que podría colarse en sus servidores sin problema, pero a la larga sabía que acabarían por detectar la intromisión, y no podía arriesgarse. A partir de aquel momento iría con mucho más cuidado. La lección aprendida aquella misma mañana no caería en saco roto, se jugaba demasiado.

Así que allí estaba, dispuesta a variar la fórmula para poder seguir teniendo acceso a aquel establo con algo de seguridad. Solo tenía que volar el dron, ubicar cada una de las cámaras sobre un plano y tomar unos segundos de vídeo para poder después estudiar su movimiento a fondo.

Estaba a punto de encender el mando a distancia para comenzar, cuando una voz muy reconocible sonó a su espalda.

—Lo tuyo es puro vicio —se quejó Luke entre dientes, sobresaltándola.

Y puesto que la frase no llevaba un *coletitas* acompañándola, parecía claro que estaba enfadado.

Lexi maldijo para sí, regresó el dron a su maletín con cuidado y se centró en acariciar a Yako, intentando encontrar una excusa, mientras el perro le hacía la fiesta habitual, al menos hasta que Luke lo regañó para que se calmara y el animal obedeció al instante.

—¿Puedes agacharte tú? —pidió Lexi entre dientes—. Llamas más la atención que el perro.

—¿Eso significa que tienes claro que no deberías estar aquí? —ironizó, agazapándose a su lado tras el montículo de tierra—. Porque no lo tengo nada claro.

Lexi ignoró el comentario.

—La cuestión es qué demonios haces tú aquí.

—¿No es obvio? —se quejó Luke—. ¡Buscarte!

Sacó su teléfono móvil y ella se asomó a ver qué hacía.

—¿A quién le escribes?

—A tu hermano, para que esté tranquilo.

—¡¿Has metido de nuevo a Scott en esto, imbécil?!

—No me toques la… moral, Lexi —dijo mientras se guardaba el móvil—. Estábamos juntos cuando descubrimos que te habías largado.

Aquello la sorprendió.

—¿Y qué hacías tú tan tarde en el rancho?

—¿Y a ti qué carajos te importa? —declaró irritado—. La cuestión es que tu hermano me

debe veinte pavos, porque apostamos a que no estarías tan loca como para volver aquí tan pronto.

—Y has ganado, claro —replicó mordaz.

—Parece que te conozco mejor que él —repuso.

—¿Y cómo narices me has encontrado? —Le pudo la curiosidad—. Esto está muy oscuro.

Luke soltó un gruñido y acabó confesando:

—Ha sido Yako. Por alguna cuestión que no acabo de entender, el perro te adora y siempre quiere encontrarte.

—Qué gracioso.

—Pues no tengo ni puñetera gana de bromear. —Miró el maletín, que Lexi se apresuró a cerrar—. ¿Qué demonios estás tramando ahora?

—Eso no es asunto tuyo. —Observó con atención su atuendo informal—. Vienes de paisano, el sheriff no tiene nada que decir aquí.

—¿Crees que solo soy sheriff cuando llevo puesto el uniforme?

—¿No? Entonces lárgate —exigió—, ya he tenido suficiente sheriff por hoy, es demasiado chivato para mi gusto.

—No te hagas la víctima.

Lexi lo miró con un gesto acusador, que se distinguía incluso en la penumbra.

—¿Tenías que contarle a mi hermano lo de esta mañana?

—¿En serio me lo preguntas cuando no han pasado ni diez horas y aquí estás de nuevo? —acusó—. ¡No tienes solución, Lexi! —La observó y acabó esbozando una sonrisa de mofa—. Y no hay más que mirarte para ver que estás como una cabra. ¿Por qué carajos llevas puesto tu sombrero a las doce de la noche?

—Me gusta cómo me queda —repuso sarcástica.

Él la miró con sorna. El ala del sombrero cowboy le tapaba medio rostro.

—Crees que te servirá para ocultarte —adivinó, y sonrió con sarcasmo—. Pues sí, muy acertado, así Silver no podrá reconocerte entre las decenas de personas que suelen colarse en su rancho a diario.

—Algo tenía que inventarme —se sulfuró—, dado que cierto idiota me ha paseado por media ciudad con el pelo suelto y sin mis gafas, lo que me ha dejado sin camuflaje posible.

—¿Crees que la gente no te va a reconocer sin gafas? —Sonrió a medias—. Ya eres mayor para entender que a Superman le funciona solo por ser un personaje de ficción.

—¡Vete al infierno!

—No, en serio, no tienes forma de esconderte de nadie, Lexi —aseguró—. Llamarías la atención incluso vestida de monja.

La chica lo miró preguntándose si aquello era un insulto o un cumplido, pero él no le dio tiempo a indagar.

—Y ya veo que vuelves a insistir con el modelito de ladrona sexi —se burló—, eso sí te sirve un poco, al menos para camuflarte en mitad de la noche.

«Ladrona sexi», aquello estaba claro que era un piropo, ¿o no? Igual si te lo decía un sheriff era una especie de insulto velado. No, no había forma de que lo de sexi fuera malo. Aquella tontería aplacó un poco su furia.

—Si no te vas a largar, al menos guarda silencio hasta que acabe.

Luke la vio manipular el maletín de nuevo.

—¿Qué tienes ahí?

Con un gesto pensativo, Lexi se planteó si era buena idea enseñárselo, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad de que él se largara y la dejara allí. Mostrarle destrezas como las que

estaba a punto de poner en práctica podía suponer un problema, y más tras la visita de Némesis. Recordó aquella conversación y se acaloró un poco. En ningún momento había tenido intención de tontear con él tras la pantalla, pero se había dejado llevar por la apabullante personalidad de Némesis, o, mejor dicho, se había permitido ser ella misma, en todo su esplendor, y decirle justo lo que deseaba.

Echó aquellos pensamientos a un lado, suspiró y sacó el dron del maletín. Cuanto antes acabaran, antes podría despedirse de él.

—Te presento a Daisy. —Se puso el dron sobre la palma.

Para su asombro, Luke soltó una exclamación de fascinación.

—Ostras, ¡qué pasada! —Lo tomó de su mano.

Que él mostrara tanto interés fue una sorpresa para Lexi.

—¿Te gustan los drones?

—¡Me flipan los drones!

Lexi rio y Luke la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¡Me flipan los drones! —Lo imitó divertida—. Has sonado como el adolescente de entonces.

Luke sonrió.

—Con respecto a estas cosas, no he evolucionado demasiado —admitió—. ¿Cuánto alcance tiene?

—Veintiocho kilómetros.

—¡Sí, claro! —Sonrió Luke—. En serio, ¿cuánto?

—Veintiocho kilómetros —repitió Lexi.

Recibió una mirada perpleja.

—Ni de día puedes ver lo que estás haciendo mucho más allá de quinientos metros —opinó —. ¿Qué sentido tiene que alcance veintiocho kilómetros?

Aquello era aún más delicado, y si tuviera suficiente visibilidad, era posible que hubiera tratado de hacerlo a la vieja usanza, pero la noche era demasiado oscura.

—Mis ojos son los del dron —explicó, y sacó el ordenador de la mochila—, y los veremos a través de la pantalla.

—Estás de coña.

—No, la cámara de visión nocturna que lleva incorporada nos hará la tarea muy fácil —contó—. Veremos mucho mejor que si fuera de día.

Luke la observó con cierta curiosidad.

—¿Qué es lo que pretendes exactamente?

—Ubicar las cámaras y hacer una ruta con el patrón de movimiento.

Aquello le arrancó a Luke un gruñido.

—Para poder seguir colándote sin arriesgarte a que te graben —adivinó el chico—, joder, Lexi…

—¿Podemos no perder más el tiempo? —rogó—. Ya me regañarás en otro momento, si es que te dejo.

El silencio de Luke habló por sí solo. La chica supuso que en realidad estaba loco por ver cómo funcionaba el dron, pero lo aprovechó. Preparó el ordenador, activó la cámara y extendió la mano.

—Vamos, Daisy, a volar.

—¿Le has puesto nombre?

—Sí, y uno de mujer, que son más confiables.

—¿Confiables las mujeres? —soltó un bufido—, no me hagas reír.

—Al menos no hacen las cosas con la esperanza de meterse entre mis piernas a la menor oportunidad —se le escapó—. Algo que no puedo decir de los hombres.

—Y no puedo culparlos.

—¿Perdona? —Lo miró alucinada.

—Eres bastante mona, coletitas. —Se encogió de hombros y observó la pantalla—. Ese sistema de infrarrojos es la leche, parece de día.

«¿Bastante mona?», le pegaría si no tuviera miedo de perder el control de Daisy. Intentó morderse la lengua, pero no pudo.

—No sé si darte las gracias o un sopapo —murmuró casi para sí.

—¿Por qué?

—Déjalo.

Luke esbozó una sonrisa, y eso se reflejó en su voz al decir:

—A ver, coletitas, soy capaz de entender que a algunos hombres puedas resultarle atractiva —declaró divertido—, y mucho más cuando estás calladita.

Con un movimiento lento, Lexi extendió una pierna y le arreó una patada lateral. Luke soltó una carcajada.

—¿Por qué te ofendes? Se supone que es un cumplido —se mofó—. Por ejemplo, a Morgan lo tienes prendado, me ha pedido tu teléfono esta tarde. —Miró la pantalla—. ¿Qué se supone que estás haciendo ahora?

—Localizando la señal de vídeo.

El dron volaba en círculos mientras que una extraña luz parpadeaba en el centro de la pantalla del ordenador, cuyos parámetros Lexi ajustaba de vez en cuando.

—Joder, ¿dónde coño has aprendido todo eso?

—Soy una mujer de recursos. —Tragó saliva.

—Ya lo veo.

—Se lo habrás dado, ¿no? —interrogó para distraerlo de aquello, revisando con minuciosidad todo el perímetro—. Mi teléfono, digo, a Morgan.

—No.

—¿Por qué?

—No soy yo quien para compartir tu número —opinó—. ¿Quieres que se lo dé?

—Sí, me gusta Morgan.

Luke la miró con cierta sorpresa, pero guardó silencio.

—¿Qué? —se quejó Lexi.

—Nada, solo me ha sorprendido, jamás pensé que fuera tu tipo.

—Me gustan los uniformes —aclaró en un tono sereno—, excepto cuando lo llevas puesto tú, claro.

«Uno a uno, imbécil».

—Claro, cómo no. —Sonrió Luke, mordaz—. ¿Puedes izar el vuelo un poco?

—No vas a decirme cómo volar mi dron.

—Es que te estás yendo demasiado lejos del establo.

—Lo sé —observó el monitor—, es que detecto una señal diferente a este lado.

Luke la miró con extrañeza.

—¿De otra cámara?

—Sí, dame un segundo.

La chica voló con algo más de rapidez hacia la valla de linde, doscientos metros más allá, donde estaba el acceso a la finca.

—Es la cancela principal —comentó Luke con curiosidad.

—Hay otra cámara ahí, con una frecuencia diferente —expuso—. Es una señal de radio.

—Es una cámara de circuito cerrado —exclamó el sheriff un tanto perplejo—, pero no se ve por fuera, nadie diría que está ahí.

—Ya sabes por qué todo es paz y armonía siempre que vienes de visita —declaró Lexi—. Te ven llegar, por eso sueltan a los caballos y esto parece *La casa de la pradera*, todo idílico.

—Sí, eso sería muy propio de Silver —admitió.

—Pedazo de mierda ese Silver.

—Esa boca, coletitas.

Lexi se limitó a sonreír. Después, pasaron largo rato centrados en el resto de las cámaras, en localizarlas, acercarse con cuidado y grabar el recorrido. Ella volaba el dron mientras Luke se encargaba de anotarlas sobre un plano que él mismo había dibujado del establo. Solo había que observarlos para darse cuenta de que formaban un gran equipo.

—Creo que hemos terminado —dijo Lexi al fin.

—No pienses que por ayudarte te estoy dando permiso para usar este plano en algún momento.

—Lo tengo claro —replicó—. Voy a sobrevolar la zona desde un poco más arriba antes de acabar, por si nos estamos dejando algo.

Izó el vuelo y planeó desde al menos diez metros.

—¿Qué narices es eso? —Luke señaló el monitor.

—Parece un cobertizo —conjeturó Lexi—. Espera, voy a acercarme.

Descendió hacia la caseta que se veía aislada como a unos doscientos metros, tanto de la casa principal como del establo.

—Es una caseta de aperos —repuso Luke—, ¿qué es la sombra que marca el infrarrojo?

—No lo sé, espera, voy a activar una imagen térmica más precisa.

Ambos miraron con atención.

—No se ve muy bien, pero se mueve, ¿no? —señaló Luke un tanto confuso.

—Voy a activar el sonido.

Y en ese momento unos maullidos se escucharon tan alto que incluso Yako se puso en pie con las orejas tiesas y en guardia.

—¡Es una camada de gatitos! —exclamó Lexi

—Una gata habrá dado a luz hace poco.

—La gata no está —aseguró ella—. Desprendería más calor del que vemos.

—No tardará.

—¿Y si no? —Lo miró con unos ojos como platos cargados de tristeza.

Luke frunció el ceño y se quejó:

—No me mires así.

—Es que si su mamá no regresa, no lo conseguirán.

El chico soltó aire con fuerza y la observó con hastío.

—Quieres entrar a por ellos. —Aquello no fue una pregunta.

—Es que…

—¡No me pongas pucheros, coletitas!

—En ese lado no hay cámaras —le recordó—. Podemos recorrer el vallado por fuera y saltar desde más cerca.

—Lexi…

—Si es Silver quien los encuentra…

—Sí, sí, lo tengo claro —suspiró con resignación—. Trae el dron de regreso.

—Eso significa…

—¡Que eres un puñetero grano en el culo, Lexi Michaelson!

La chica sonrió y un minuto después Daisy estaba de regreso y metida en su maletín a buen recaudo, y este en una mochila.

Recorrieron la linde hasta la altura en la que parecía estar el cobertizo, aunque la oscuridad no permitía divisarlo desde allí. Saltaron la valla y se adentraron con mucho sigilo y casi agazapados en territorio enemigo, pero tuvieron que izar el dron de nuevo para localizar el lugar, que estaba más adentro de la propiedad de lo que habían supuesto.

Cuando forzaron la puerta e iluminaron la estancia con una linterna, se encontraron a cuatro gatitos, que no contarían más de un mes, acurrucados sobre una vieja loneta medio raída en un extremo de la caseta. Dos de ellos maullaban con fuerza, era evidente que tenían mucha hambre.

—Pobrecitos. —Corrió Lexi hasta ellos—. Hola, panteritas —musitó—. Ay, Luke, ¡qué bonitos son!

El chico asintió con ternura.

—Cierto.

Incluso Yako miraba a los pequeñines con lo que parecía un gesto tierno. El más latoso de los dos, y que más alto protestaba, era negro al completo y solo tenía una mancha blanca en el cuello y parte de la pechera, que lo hacía lucir como si llevara puesto un pequeño corbatín; el otro era casi el opuesto, y salvo por unas manchas negras sobre la cabeza, el resto era blanco como la nieve.

—¿Y estos dos por qué no se quejan? —Señaló Lexi a los pequeñines que estaban muy quietos tumbados en la lona.

—Me temo que no lo han conseguido —musitó el chico—. Parece que hace demasiado que la mamá no pasa por aquí.

—¡Oh, vaya! —Sonó tan triste que Luke le apretó el hombro para reconfortarla—. Al menos vamos a salvar a dos, o a intentarlo.

—¿Crees que lo conseguirán?

—Depende del tiempo que lleven sin comer —admitió—, pero suenan fuerte.

Con decisión, Luke se quitó la cazadora de ante que llevaba puesta, la dejó a un lado y tras eso se desabrochó la camisa.

—¿Qué haces? —Lo miró Lexi, sorprendida, siguiendo cada movimiento.

—Hace frío —dijo, quitándose la prenda—, y son muy chiquititos.

La chica lo miró en la penumbra y tuvo que contenerse mucho para no enfocarlo con la linterna en su afán por no perderse nada. Después, observó cómo él envolvía a los pequeños en la tela con sumo cuidado y aquel gesto calentó su corazón. Se quitó el sombrero y se lo ofreció.

—¿Vas a poner en riesgo tu identidad? —se burló Luke mirándola con una sonrisa—. Deben de gustarte mucho los gatos.

—No lo estropees —replicó la chica—. Acabas de ganar algunos puntos extra con el gesto de la camisa.

Luke rio mientras con sumo cuidado usaba el sombrero de camastro. Los gatos eran tan pequeñitos que cogieron sin problema.

—¿Así que he subido un escalafón en tu ranking?

—Puede que de serpiente a lagartija.

—Ah, qué guay.

Ambos sonrieron a un tiempo.

—Vámonos ya, coletitas —sugirió—, antes de que te topes con algún ratoncito al que también quieras rescatar.

Salieron del cobertizo con mucho cuidado y avanzaron de vuelta a la valla de linde. Ambos iban tan distraídos por el dulce aspecto que presentaban los felinos que tardaron en escuchar al perro que ladraba en la distancia, y que no era tan tierno como Yako.

—¡No me jodas! —Miró Luke hacia atrás agudizando el oído—. ¡Es el perro de presa de Silver!

Aún no lo veían en la oscuridad, pero los ladridos cada vez sonaban más cerca.

—No tardará en llegar hasta nosotros —informó Lexi, intentando atisbar algo en la oscuridad.

—Pues te veo muy tranquila, ¿corres más que un pitbull?

—No me hace falta —duplicó la velocidad de sus zancadas—, ¡me basta con correr más que tú!

Echó a correr y Luke hizo lo propio. Ambos hicieron un sprint con todas sus ganas hacia la valla, sin mirar atrás para no perder velocidad, pero conscientes de que los ladridos sonaban a escasos metros ya.

Cuando saltaron la cerca al fin, casi volando, siguieron corriendo unos metros más hasta encontrar un montículo de tierra tras el que esconderse, y se tumbaron en la hierba, intentando recobrar el aliento mientras el pitbull saltaba sobre la valla, por fortuna, sin conseguir traspasarla.

—Joder, qué poco ha faltado —jadeó Luke comprobando que los gatitos estaban bien.

—Creo que le he olido el aliento —replicó Lexi intentando llevar aire a sus pulmones.

Incluso Yako jadeaba a su lado.

—Dios, hemos vuelto a nacer —declaró Luke.

Se miraron entre sí y unos segundos después rompieron a reír sin remedio, fruto de los nervios y de la situación.

—No corría tanto desde… nunca —dijo Lexi sin poder parar de reír—, hostias, qué susto.

Luke intentaba amortiguar también sus carcajadas.

—Joder, *pa´ habernos matao* —exclamó divertido.

La risa de Lexi resonó en la noche, y el chico le tapó la boca con rapidez, chistándole para que bajara la voz, pero intentando controlar a la vez sus propias risas, aunque solo fue hasta que comenzaron a divisar un par de linternas en la distancia.

—Será mejor que no nos movamos —murmuró Luke.

El montículo de tierra levantaba un metro del suelo, pero era más bien estrecho, algo que les jugaría en contra si las linternas iluminaban la zona.

Luke se echó encima de Lexi para que ambos estuvieran bien ocultos.

—Lo siento, pero Yako protestará si me acuesto encima de él.

—¿Y yo no? ¡Me estás aplastando!

—Qué quejica eres.

Luke cambió la postura, la obligó a girarse hacia él y la atrajo contra su pecho.

—¿Así mejor?

«Joder, ¡dónde va a parar!», pensó Lexi, pero se abstuvo de decirlo.

—Tampoco me entusiasma, pero al menos puedo respirar —fue lo que dijo en su lugar.

Permanecieron en silencio unos segundos, escuchando a un par de hombres de Silver hablar entre ellos en la distancia, aunque cada vez más cerca.

—Luke… —susurró Lexi, cuando la curiosidad pudo más que ella—, porque sé que solo me consideras bastante mona y me dejaste claro que nunca te alegrarías de verme, pero…

—Llevo el móvil en el bolsillo delantero, lo siento —se apresuró a aclarar.

—Eso me parecía.

—Por fortuna, ¿no? Sería muy violento que fuera otra cosa siendo el único hombre que no te pone nada vestido de uniforme.

Lexi sonrió, pero él no lo vio.

—Yo nunca he dicho eso.

—Me lo pareció.

—Pues me retracto —carraspeó—, hay muchos otros que tampoco me ponen nada.

—Ah, qué consuelo —ironizó—, me quedo más tranquilo.

Lexi esbozó una sonrisa divertida y se acurrucó un poco más contra él. Le habría encantado saber que aquella protuberancia que notaba contra la pelvis no tenía nada que ver con la telefonía móvil, pero incluso así, estaba descubriendo en aquel preciso instante cuánto le gustaba estar acurrucada contra su cuerpo y que él la abrazara de forma tan estrecha como hacía en aquel momento. No pudo contener un suspiro de deleite.

—Pareces estar muy a gusto —replicó Luke con sorna—. Duérmete si quieres.

—Si consigues que se calle el perro, no te diría yo que no, estoy agotada —bromeó—. Madrugué mucho esta mañana para venir a liberar esos caballos.

Luke soltó un gruñido.

—Preferiría que no me confesaras tus delitos.

—¿Por qué? —se burló—. ¿Vas a volver a ponerme las esposas?

—No hasta que me compre unas antialérgicas —gruñó.

—¿Acolchaditas con felpa?

—Ahora se llevan las de plumas marabú, por lo visto —dijo en un tono agrio.

Lexi se quedó muy quieta, pensando en cómo actuaría si no hubiera sido ella misma quien le hubiera hablado de esas plumas.

—Muy puesto en moda te veo.

—Mejor cambiemos de tema —gruñó—, que me pongo de mala leche.

Que uno de los tipos llegara ahora hasta la valla y paseara su linterna por todo el contorno ayudó a disuadir la conversación. Se quedaron muy quietos, abrazándose con fuerza para asegurarse de estar bien escondidos, y, para su bochorno, Lexi metió una de sus manos por error por dentro de la cazadora de Luke, y se topó contra una piel suave y unos músculos duros que le provocaron un estallido de excitación que la cogió desprevenida. Hasta aquel momento, se le había olvidado que él se había quitado la camisa para envolver a los gatitos, que por fortuna parecían dormir con placidez junto a ellos, y que tenía el torso desnudo bajo la cazadora.

No pudo contenerse y movió la palma de su mano sobre sus pectorales, fingiendo acomodar la postura.

—Se me está durmiendo la mano —susurró para justificar el movimiento—. Oye, estás calentito para llevar solo la cazadora. —Lo palpó a placer con aquel cuento—. ¿No tienes frío?

—Como si eso fuera posible —murmuró Luke con la voz ronca, casi para sí.

Lexi se acurrucó un poco más contra él y su mano amplió el recorrido.

—¿Seguro? Porque puedo intentar darte algo más de calor aprovechando que estamos obligados a estar así —repuso con la misma naturalidad que si le estuviera ofreciendo un chicle.

«Anda, di que sí», rogó para sí mientras aspiraba ahora el intenso aroma de su colonia.

—No es necesario —sonó incómodo.

Uno de los tipos que revisaban el rancho llamó al perro, al fin retrocediendo de regreso a la casa, y aunque el animal se resistió un poco a alejarse de sus presas, terminó cediendo.

«Se acabó la fiesta», suspiró Lexi cuando pasaron unos minutos y todo quedó en silencio.

—Creo que ya podemos irnos —sugirió Luke al fin—. ¿Dónde tienes el coche?

—He venido a caballo.

Él la miró a los ojos por primera vez en la última media hora.

—Tu caballo estaba en el establo —le dijo—, lo hemos comprobado antes de salir a buscarte.

—Lo he alentado para que regresara, no podía dejarlo tan a la vista —contó—. Y hay poco más de cuatro kilómetros hasta la linde norte del rancho Michaelson.

—¿Y cómo pensabas volver?

—Caminando. —Se encogió de hombros.

—¡¿Cinco kilómetros, sola, a la una de la madrugada?!

—*Shh*, no levantes la voz —lo acalló—, que todavía nos cogen por tu culpa.

Luke blasfemó entre dientes, se incorporó y tomó el sombrero con los dos gatitos.

—Vámonos, anda, antes de que termine estrangulándote.

Lexi caminó a su lado jugueteando con Yako.

—¿Cómo has venido tú? —se interesó cuando ya llevaban andados al menos doscientos metros.

—En coche, como la gente normal —aclaró—, teniendo la precaución de dejarlo lo suficiente lejos.

—A caballo se llega bastante antes —opinó—. Puedes venir campo a través y…

Luke se detuvo en seco y se giró a mirarla:

—¿Quieres regresar andando? —interrogó, con una expresión censora.

—No —reconoció alto y claro.

Fue evidente que él esperaba una respuesta menos sincera, porque no pudo ocultar su desconcierto.

—Bien —Se limitó a decir antes de continuar caminando.

Capítulo 8

Cuando entraron en el rancho Michaelson, eran más de las dos de la madrugada. Habían tenido que desplazarse treinta kilómetros para encontrar un veterinario abierto las veinticuatro horas que pudiera ver a los gatitos y comprobar su estado de salud. Por fortuna, salvo por un principio de deshidratación, parecían tener posibilidades de sobrevivir, pero a ellos les había puesto tarea para aquella noche. Cada tres horas, debían darles de comer en un pequeño biberón con un preparado de leche en polvo que les había entregado.

Decidieron que el mejor sitio para los pequeños era la antigua cabaña del guarda que estaba apartada de la casa principal. Estaba preparada para hacer noche, puesto que Alyssa se había hospedado en ella cuando se vio obligada a vivir en el rancho meses atrás, y desde entonces la pareja la usaba a menudo cuando quería estar a solas. Desde el veterinario, habían llamado a Scott para contárselo, y el chico se había comprometido a acercarles las llaves y algunas cosas más que Lexi le había pedido a Alyssa que le preparara.

—¿Estás segura de que quieres quedarte aquí? —interrogó Luke

—No puedo meter a los gatos en la casa con Alyssa —confirmó la chica, bajándose del coche con los pequeños dormidos dentro de una cestita preciosa que habían comprado en la clínica veterinaria.

—¿No le gustan?

—Le encantan, pero los gatos son portadores de toxoplasmosis —explicó—, que, aunque para nosotros es como un pequeño catarro, puede ser muy peligrosa para el feto si se la contagian a Aly. Así que ni ella ni Scott, por si acaso, deben acercarse a los gatitos.

—Vaya, qué puesta estás en embarazos —sonrió burlón mientras ambos caminaban hacia la puerta de la cabaña—, ¿ya te estás informando para seguir su camino?

—Creo que prefiero esperar a tener una relación seria para eso —bromeó mientras le tendía la cesta con los felinos a Luke y se agachaba para rebuscar en una de las jardineras junto a la puerta, hasta localizar la llave que Scott había dejado allí para ellos.

—A tener una relación y a que él quiera también, supongo.

—Claro, pero ¿por qué no iba a querer? —Lo miró con curiosidad—. Los hijos son un paso lógico en una relación.

—No son obligatorios, no todo el mundo quiere tenerlos —expuso—, yo no quiero.

Lexi lo miró con el ceño fruncido y cierta sorpresa.

—¿Nunca?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no, ya tengo un perro y la custodia compartida de dos gatos. —Izó a los felinos.

—Muy seguro estás de que voy a querer compartirlos contigo.

Usó la llave y ambos entraron en la casa.

—Los hemos rescatado juntos, es lo justo —opinó el chico—, y voy a ayudarte a criarlos.

—Sí, claro, ni que pensaras pasar las siguientes dos noches casi en vela.

—Por supuesto que sí. —Soltó la cesta en el suelo junto al sofá.

Lexi lo miró un tanto divertida, hasta que fue consciente de que él no se rectificaba.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí.

—¡No vas a dormir aquí!

—Intenta impedírmelo.

La chica lo miró como si se acabara de volver loco de remate. No podía compartir aquella cabaña con Luke, era demasiado pequeña para el calor que le provocaba aquel metro ochenta y siete de pura testosterona.

—Luke…

—Deja de poner trabas, coletitas —rogó, ahora más serio—. Hay que darles un biberón cada tres horas y son dos, vete a saber lo lento que comen, se te va a terminar juntando una toma con otra. Será mejor que nos turnemos, así podremos dormir unas horas.

Lexi lo miró con cautela, lo último que le faltaba era su evidente preocupación, y prefirió tirar por terreno seguro.

—¿Tienes pensado dejar de llamarme coletitas en algún momento? —Le preguntó con irritación.

—Ni cuando seas una anciana con cuatro pelos.

—¿Y por qué me van a quedar a mí cuatro pelos? —protestó acariciándose su larga y sedosa melena—. Como hombre, tú tienes más posibilidades de quedarte calvo, y entonces me inventaré un mote horrible, que vas a odiar, y te diré cosas como ¡ahora sí que no tienes ni un pelo de tonto!

A Luke se le escapó una carcajada, y Lexi no pudo evitar sonreír a su vez.

—Dime que hay por aquí una camisa de Scott —suspiró el chico poco después—. Estoy bastante incómodo ya.

El veterinario había sugerido que les dejaran a los gatitos la camisa en la cesta, puesto que así reconocerían el olor de alguien cercano, al menos hasta que pasaran unos días y se habituaran a ellos. Además, los felinos dormían con placidez desde que el veterinario les había dado algo de leche en polvo en una jeringa, aún tardarían un rato largo en despertar.

—Le pedí a Alyssa que echara una en la mochila.

Lexi se acercó a mirar dentro de la bolsa de deporte que Scott había dejado allí no debía hacer mucho. Cuando miró a Luke de reojo, él ya se había quitado la cazadora.

—Joder, ¡qué despliegue de medios! —exclamó Lexi sin pararse ni a pensarlo, cuando posó sus ojos sobre su torso desnudo.

Luke sonrió divertido.

—Qué idiota eres.

Pero Lexi estaba absorta en lo que veía, sería mucho mejor bromear sobre ello, porque era demasiado consciente de que no podría evitar mirar.

—Parece que entrenas a diario.

—¿Puedes dejar de mirarme así?

—Creo que no, estás demasiado bueno.

—No me vaciles, coletitas.

—¿Son pintados? —Señaló con una sonrisa traviesa.

—¿El qué?

—Los abdominales.

Luke no pudo evitar sonreír.

—No.

—¿Puedo comprobarlo?

—¿Perdona?

—Es que la relación más normal entre un hombre y una tableta de chocolate así… es que se la haya comido y la lleve por dentro.

—Muy graciosa, pero déjalo ya, al final vas a conseguir avergonzarme de verdad —se quejó —. Voy a terminar pidiéndote que te desnudes para estar en igualdad de condiciones.

—¿Quieres que lo haga? —sonrió con picardía—, porque en este momento podrías convencerme.

Amplió su sonrisa para asegurarse de que él supiera que estaba de broma, claro que…, como entrara al trapo, iba a acabar desnudándose en cero coma.

«Joder, Lexi, que se te está yendo de las manos», pensó, ya sin sonreír, cuando su excitación comenzó a crecer de un modo que empezaba a ser casi imposible de disimular. Se mordió los labios, se esforzó por apartar la mirada de su firme torso y la posó en sus ojos; y solo entonces fue consciente… de que él la miraba también muy serio ahora.

—¿Hay una camisa en esa bolsa para mí? —interrogó con una extraña ronquera.

Lexi se esforzó por recuperarse y regresar a un terreno más seguro, renunciando a regañadientes a la imagen más jodidamente sexi que había visto jamás.

—Supongo que sí.

Sacó la camisa y se la lanzó a los brazos.

—Que conste que me parece un desperdicio llevar tapado todo eso —suspiró Lexi de forma teatral, y se lo comió con los ojos mientras se vestía, esperando que sonara a burla.

—¿Puedes dejarlo ya? —inquirió Luke—, o no vas a saber lidiar con lo que estás provocando, coletitas.

Aquella frase la dejó perpleja, pero no se amilanó.

—Soy buena lidiando con esas cosas, sheriff —aseguró, y fue consciente de que aquel había sido un comentario muy propio de Némesis, así que intentó recular—. Porque los gatitos tienen que comer, que si no…

—¿Qué?

—¿Eh?

—Si los gatitos no tuvieran que comer, ¿qué? —Posó sobre ella una mirada brillante.

—No quieres oírlo.

—¿Y si quisiera? —recorrió su cuerpo con los ojos con evidente descaro—, ¿no te pongo con el uniforme, pero sin él… puede que un poco?

«Ojalá fuera solo un poco».

—¿Qué pasa, Lexi, si juego a lo mismo que tú ya no es tan divertido?

La chica sonrió. Era evidente que él intentaba devolvérsela.

—Luke, ¿tú eres consciente de la locura que puedo decir solo por recuperar el control de la conversación? —preguntó, y caminó hacia él sin dejar de mirarlo.

—¿Quieres saber hasta dónde llegaría yo para cerrarte la boca? —le miró los labios—. No usaría una sola palabra…

«¡Joder! Eh…, ¡joder!», el fuego líquido que sentía entre sus piernas comenzaba a ser demasiado ardiente. Todo lo que dijera en aquel momento saldría de su boca acompañado de un gemido, estaba segura.

—Joder, Lexi, ¡deja de mirarme así, hostias! —Sonó ahora irritado.

—Así, ¿cómo?

Pero sabía cómo, el problema era… que no podía dejar de hacerlo.

—Creo que será mejor que me vaya —declaró Luke de repente, cogiéndola desprevenida.

Estuvo a punto de rogarle que se quedara con ella, pero, en su lugar, dijo otra sandez más de las que se arrepentiría en algún momento.

—¿Acaso temes no poder contenerte y sucumbir a mis encantos, Luke Keller? —Ensanchó su sonrisa todo lo que pudo.

Los ojos de él la retaron de forma evidente.

—En realidad, me preocupa más que saltes sobre mí en cualquier momento, coletitas.

«Sí, y haces bien en preocuparte», pero aquello no podía admitirlo.

—¿Si te digo que antes se congelaría el infierno, estarías más tranquilo?

—No lo sé —entrecerró los ojos y la observó con cierta mofa—, te encerraste conmigo en un armario para besarme.

Lexi lo miró con rabia.

—¡Tenía diez años, imbécil!

—Casi once —sonrió—, y me da miedo pensar lo que harías con veintiocho.

—¿Contigo? ¡Ja! No tienes de qué preocuparte. —De repente estaba muy enfadada—. Por alguna extraña razón, que la adulta de hoy jamás logrará entender, la niña de entonces estaba loca por ti, pero los años ponen a cada uno en su lugar.

—Perfecto, pues si estás segura de poder controlarte…

—¡Absolutamente! ¿Eres idiota? ¡Solo estaba bromeando!

—Entonces me quedaré.

—No lo veo necesario, la verdad, prefiero que te largues.

—Pues lo siento, no vas a tener suerte. —Cogió asiento en el sofá para reiterarse.

Lexi soltó un bufido, tomó la bolsa de deporte y se alejó de allí hacia una de las habitaciones, pisando fuerte para dejar claro que estaba muy enfadada, con lo que solo consiguió que riera.

∞∞∞

A Luke se le borró la sonrisa del rostro en cuanto ella se alejó lo suficiente. Tragó saliva repetidas veces, luchando contra la excitación que tenía en jaque cada parte de su cuerpo, incluida aquella que amenazaba con estallarle los pantalones de un momento a otro. No podía permitirse conversaciones así con Lexi, ya debería haber aprendido aquella lección, ni podía abrazarla tan de cerca como hizo mientras se escondían. Por fortuna, ella nunca sabría el esfuerzo que había hecho para mantenerse impasible, ni tumbados sobre la hierba ni hacía un minuto, cuando su cuerpo exigía que ella pagara prenda por mirarlo igual que si fuera un pastel de chocolate que se moría por comerse. Cada vez le resultaba más difícil no sucumbir al fuego que Lexi encendía en su interior, y no ayudaba que ella lo mirara como si quisiera que él prendiera la llama, aunque sus palabras dijeran lo contrario.

Las cosas estaban cada vez más difíciles entre ellos, sobre todo por su parte, que se encontraba pensando en ella más a menudo de lo que era recomendable, algo que lo enervaba a ratos y que sabía que no podía permitirse. Pero allí estaba, dispuesto a hacer noche en la cabaña, incluso sabiendo que hacía rato que debería haber salido corriendo.

Por algún absurdo motivo, recordó en aquel momento aquella noche, dieciocho años atrás, en la que se vio frente a una Lexi de diez años, con su carita de inocencia y sus enormes ojos verdes con reflejos de avellana, ofreciéndose para sustituir a la rubia que debería estar allí. Él se había reído de lo lindo, a pesar de sentirse halagado, pero había acabado enfadándose mucho con

ella. En aquel armario no solo perdió la oportunidad de morrearse con Julie Bonet, sino que también tuvo que soportar que sus propios amigos, Scott y Alek, lo sacasen a rastras de allí y lo amenazasen con colgarlo de salva sea la parte si se atrevía a tocarle un pelo a la pequeña Michaelson.

Sonrió a medias al recordar el momento en el que Scott le había puesto un tenedor en la garganta…

—¡Te digo que ha sido ella quien se ha colado en el armario! —había asegurado Luke, furioso.

—Por si acaso, prométeme que jamás le pondrás una mano encima —se reiteró Scott—. Ni cuando sea mayor y se haya convertido en la mujer más hermosa que hayas conocido nunca. Siempre seguirá siendo mi hermana.

Estaban tan absortos en la conversación que ninguno de ellos había visto a la niña entrar en la cocina.

—Ni la he tocado ni la tocaré jamás —le había gritado Luke, muy enfadado.

—¡Cómo si yo fuera a dejarme, Luke, tonto del culo, Keller! —se quejó la pequeña, sorprendiéndolos a todos—. Por mí, ya puedes irte al infierno para siempre.

La niña apretaba los dientes con fuerza mirando de unos a otros, y tras eso salió corriendo de la cocina.

Alek miró a sus amigos y obligó a Scott a soltarlo.

—Creo que ya está todo claro.

—No sé yo, aún no lo ha prometido —insistió Scott—. Eres un amigo estupendo, Luke, pero no te quiero de cuñado, no quiero a mi hermana llorando por las esquinas, como pasa con todas cuando te cansas de ellas, lo que suele suceder rápido.

—Te prometo que no tocaré a tu dichosa hermanita jamás —dijo con hastío—. ¿Contento?

—Ni aunque sea tan hermosa que no puedas resistirte.

—Ni siquiera entonces, por hermosa que sea, para mí será intocable. —Izó la mano al aire para prometerlo.

«Hermosa e intocable», repitió Luke saliendo de aquel recuerdo que comenzaba a odiar.

«*Por mí, ya puedes irte al infierno para siempre*», le había gritado aquella niña. Y en el infierno se sentía en aquel momento, ardiendo como la leña seca por alguien a quien ni podía ni debía tocar.

Y no era solo aquella promesa la que lo mantenía a distancia, sino… aquella otra que se había hecho a sí mismo hacía muchos años, una que no estaba dispuesto a romper, ni por Lexi ni por nadie, una por la que se prometía que jamás sucumbiría a aquello que llamaban amor; y meterla en su cama durante un rato solo para satisfacer sus bajos instintos jamás sería una opción.

Suspiró e intentó apartar a un lado todo pensamiento que incluyera a Lexi de alguna manera, y se centró en sacar de la bolsa lo que habían comprado en el veterinario. Cuando los gatos despertaran, seguro que querrían comer de inmediato, y más les valía tenerlo preparado.

Lo puso todo sobre la mesa y casi aplastó las gafas que Scott habría dejado allí para Lexi. Ella llevaba dos días sin ponérselas, así que suponía que no tendría demasiadas dioptrías. Se las probó para comprobarlo y frunció el ceño. Repitió la operación varias veces, extrañado. Aquel era otro misterio más que agregar a la lista.

Capítulo 9

Lexi se dio una ducha rápida y se cambió de ropa, tenía tierra por todas partes. Le habría gustado poder llamar a Alyssa en ese instante para pegarle la bronca por la ropa de cambio que había metido en la mochila. Cuando habían hablado desde el veterinario, Lexi hizo mucho hincapié en que le mandara algo holgado, que le permitiera camuflarse bajo una apariencia mojigata junto con sus gafas, pero Alyssa se había pasado por el arco del triunfo su petición, y lo que iba en la mochila eran unos leggins ceñidos y una camiseta de manga larga que ni siquiera le cubría el trasero; un trasero perfecto que los leggins marcaban con total claridad.

«No te compliques, a él le daría igual que salieras en ropa interior, ni siquiera te va a mirar», opinó su parte más pesimista.

Suspiró y se contempló en el espejo del baño, donde su reflejo se vislumbraba entre la neblina que empañaba el cristal, y tuvo que acabar reconociendo que la imagen que presentaba era muy tentadora, y sospechaba que era lo que Alyssa había pretendido. Su largo y negro cabello, aún húmedo, caía de forma despreocupada hasta más allá de la mitad de la espalda, enmarcando un rostro de una belleza salvaje que se veía acentuada por la intensidad de su mirada, firme, casi desafiante, con unos preciosos ojos de un extraño color entre el verde y el avellana, ligeramente rasgados, de pestañas enormes…

En ese momento no llevaba adornos, artificios o una sola gota de maquillaje, solo la pureza de su belleza al desnudo, no tenía más, así debía presentarse frente a Luke. Acabó agradeciendo a Alyssa que al menos pudiera sentirse un poco más confiada vistiendo algo femenino. La ropa entallada que en principio tanto le había disgustado encontrar en la mochila, de repente dejó de parecerle tan mala idea. Cada línea de su cuerpo, cada detalle, se veía perfecto, y por un instante se permitió admirarse y sentirse poderosa en su propia piel, hermosa, femenina.

«Ya se encargará ese odioso de bajarme la autoestima a los pies», suspiró para sí. Algo que siempre acababa agradeciendo, porque evitaba que el día menos pensado hiciera una tontería, como rogarle otro beso que él pudiera negarle de nuevo entre carcajadas.

Estaba a punto de regresar al salón cuando sonó su teléfono móvil, que contestó con rapidez.

—Alyssa, ¿qué narices haces despierta? ¿Tanto te pitaban los oídos?

Escuchó a la chica susurrar, y por el eco que se oía de fondo, estaba claro que se había metido en el baño para llamarla.

—Me he levantado a hacer pis —contó—, y puedo soportar un pitido de oídos. ¿Luke ya se ha ido?

—No, piensa quedarse a dormir, al parecer.

—¡¿Cómo?! —exclamó en alto.

—Que vas a despertar a Scott.

Alyssa rio.

—Está más que despierto, Lexi, aún tenemos muchos años de sequía que recuperar —confesó risueña—, pero no sabe que estoy hablando contigo. ¿Cómo que a dormir?

—Sí, para ayudarme con los gatitos —explicó—, y gracias a ti solo tengo el modelito de Barbie buenorra para ponerme.

—También te metí el camisón de raso.

—Me parto —suspiró, y protestó—. ¿Tú eres consciente de que aún tengo que pasar desapercibida un tiempo?

—¿Y ya para qué? Ya te ha fichado durante todo el día —opinó—, ahora toca… cambiar de fase.

—Yo me conformo con no salir a hostias de esta cabaña, Aly, porque no pienso pasarle ni una bromita.

—Mujer, es un detalle que se quede a ayudar.

Lexi guardó silencio. No podía decirle a Alyssa que se sentía como sentada sobre un polvorín a punto de estallar todo el tiempo.

—Me crispa los nervios, Aly —le confió.

—En todos los sentidos, ¿no?

—Uf, se entrecorta —bromeó—. Casi no te escucho.

—Es una pena, porque estaba a punto de decirte que se presentó aquí a las once de la noche solo para traerte el corticoide para las muñecas.

—¡No es verdad!

—¿Eh? Tienes razón, Lexi, se entrecorta…

—Venga ya, no me seas cabrita.

Escuchó la cantarina risa de Alyssa alta y clara.

—¡Dímelo, Aly! —rogó—. ¿Te lo estás inventando?

—No.

—¿No?

Por alguna extraña y absurda razón, Lexi se emocionó un poco, a pesar de que solo por el recordatorio comenzaron a picarle de nuevo las muñecas.

—¿Qué te sorprende tanto? —interrogó Alyssa—. No sé si eres consciente, pero… suele protegerte mucho, Lexi, y se preocupa por ti.

—Sí, porque me considera una hermanita tocapelotas.

—Eso no estaría mal, si es que lo de tocapelotas es una opción en sentido literal.

Lexi soltó una exclamación de fingido enfado.

—¡Regresa a la cama, Aly, necesitas que Scott vuelva a aliviarte la tensión, tienes la mente calenturienta!

Solo alcanzó a escuchar las risas divertidas antes de colgar.

—¡Por Dios, está loca! —declaró en alto, pero no pudo evitar sonreír—. La madre que la parió.

Suspiró y salió del baño preguntándose si sería verdad que él había ido hasta el rancho solo para llevarle el corticoide, pero Alyssa no tenía por qué mentirle.

Recuperó su buen humor de inmediato, olvidando por completo la irritación con la que había salido del salón.

Se asomó con sigilo y lo contempló con atención. Luke se paseaba por la cocina, que estaba integrada dentro del mismo salón, mientras preparaba los dos biberones para los felinos. Parecía sereno, muy concentrado en su quehacer, sin un atisbo de ironía, burla o censura en su masculino rostro, que eran sus gestos más habituales cuando la miraba. Lexi se deleitó con la imagen largo rato. Había algo muy íntimo en estar allí juntos para cuidar de los gatitos, y pronto se encontró anhelando que aquella intimidad fuera más… real. Así que sacudió la cabeza y se adentró en el salón antes de seguir pensando tonterías.

—¿Ya se han despertado? —Se asomó Lexi a la cesta, pero los encontró aún dormidos.

—No, pero adelantar trabajo me pareció inteligente.

—Pues sí —dijo, caminando hasta él, y recibió una mirada incrédula—. ¿Qué?

—Me has concedido algo de inteligencia. —Frunció el ceño aún más—. ¿Te encuentras bien?

—¿Prefieres que te insulte?

Luke la miró con una expresión extraña.

—No lo sé —admitió—. Es posible.

La chica esbozó una sonrisa sincera.

—Me pone muy nervioso que seas amable —insistió Luke, y ella ya no pudo contener una carcajada—. En serio, no es necesario.

Sin disimular su diversión, Lexi cogió asiento en uno de los taburetes altos que había junto a la isleta de la cocina.

—¿Eres de los que les gustan las fustas, el cuero y todo ese rollo o qué? —interrogó con una sonrisa pícara.

Recibió una mirada incrédula como respuesta.

—¿A ti qué te parece?

—Que te encanta una discusión —afirmó—, lo que me hace suponer que…

—Contigo —interrumpió.

—¿Qué?

—Solo discuto contigo.

Lexi le devolvió una expresión divertida.

—Sin fustas, por fortuna.

Él apoyó los antebrazos sobre la encimera y la miró con un gesto jocoso.

—No creo que funcionaran entre nosotros —opinó en un tono de mofa—. Ambos querríamos manejar la fusta y acabaríamos como en la lucha libre, pero a fustazo limpio.

La carcajada de Lexi fue inevitable.

—Sí, no me cuesta tanto imaginar la escena —bromeó, pero aún tenía que decidir si estaban vestidos o desnudos durante la reyerta—. Tengo tanto la piel como el amor propio demasiado sensibles para fustas, me temo.

—Hablando de piel, ¿cómo tienes las muñecas? —se interesó Luke ahora.

—Mejor. —Pero se esforzó por esconderlas. El recordatorio las hacía arder de nuevo

—A ver.

—Estoy bien.

Se levantó de la silla y le dio la espalda para regresar al sofá, pero recordó cierto comentario de Alyssa y se giró a mirarlo de nuevo de forma precipitada.

—¿Me dejé la pomada en…? —se detuvo en seco y frunció el ceño—. ¿Dónde narices tenías puestos los ojos, Luke Keller?

Él soltó un gruñido.

—Joder, coletitas, a nadie más que a ti se le ocurriría hacer una apreciación así con tanto descaro.

La chica sonrió. Si, aquello podía ser verdad, pero estaba encantada de la vida de haberlo cazado mirándole el trasero.

—¿Por qué no voy a decirlo?

—¡Porque esas cosas no se dicen!

—¿Te sientes violento o qué?

—No, tú hiciste lo mismo hace un rato.

—Sí, pero también admití que estás muy bueno. —Se encogió de hombros.

—¿Y si yo admito que tienes un culazo, podemos olvidarnos del tema? —suspiró resignado.

Lexi pensó la respuesta

—¿Con culazo te refieres a un ¡madre mía, qué culo más gordo! o más bien a ¡joder, qué pedazo de culo, se me van los ojos solos!?

Luke exhaló con exasperación.

—Es que no es lo mismo —apostilló la chica.

—¿Podemos cambiar de conversación?

—A ver si ahora vas a generarme complejos que no tenía y…

—¡Me refería a lo segundo! —acabó gruñendo—. Hostias, qué cansina puedes llegar a ser —caminó hacia ella—, enséñame las muñecas.

Lexi no se resistió, pero ironizó:

—No me hables como si fuera una suicida.

Pero Luke ignoró el comentario.

—No han mejorado mucho. —Observó con atención las rojeces.

—Tampoco han empeorado —sonrió la chica, y suspiró frente al gesto preocupado del sheriff—. Como te decía…, antes de que te deleitaras con tanto descaro mirando mi bonito trasero, me dejé olvidado el corticoide en tu despacho.

—Pues podías haberte acercado a por él —la amonestó.

—No he tenido tiempo.

—¿Y qué has hecho durante toda la tarde? —se interesó—. ¿Tan atareada estabas?

«Si tú supieras…, hasta con mi sheriff favorito he chateado. Dos puntos, cierro paréntesis», en su cabeza tradujo el gesto y sonrió, casi de forma inconsciente.

—¿Qué? —interrogó Luke mirándola con atención.

—¿Qué de qué?

El chico exhaló aire con falsa resignación.

—¡Déjalo! —Soltó sus muñecas—. ¿No te ha echado Alyssa la pomada en la mochila?

Lexi arqueó las cejas fingiendo no comprender bien.

—¿Qué pomada?

—El corticoide.

—A ver, que Alyssa sea pediatra no quiere decir que tenga una farmacia en casa.

Él se veía incómodo, y a Lexi de repente le inspiraba una dulzura difícil de esconder.

—Te he traído la pomada esta noche.

Lexi lo miró intentando sonar normal.

—Ah, vaya, muchas gracias, qué detalle.

—A ver, no he venido solo a eso, eh —se apresuró a aclarar—, pero pasaba por aquí cerca y he aprovechado.

—Entiendo, pero gracias de todas formas —sonrió—, y ¿adónde ibas a esas horas?

—Eso no es asunto tuyo.

Frunciendo el ceño, Lexi se rascó las muñecas sin ser consciente.

—¿Tenías una cita? —indagó—. ¿Habías quedado con Julie, pestañas batientes, Bonet?

Obtuvo un gruñido como única respuesta y se esforzó por sonreír, aunque la conversación se había tornado algo irritante. Caminó hasta el sofá y tomó asiento.

—No me digas que he vuelto a estropearte un magreo con esa rubia de bote —inquirió intentando sonar normal.

—Es rubia natural, eso te lo aseguro —respondió Luke, ahora con una sonrisa maliciosa—, pero no, no había quedado con ella hoy, no te preocupes.

«¡¿Cómo coño sabes que es rubia natural?!», casi quiso gritarle, a pesar de que solo había una manera de que tuviera aquel dato.

—Me quitas un peso de encima —se esforzó por sonreír—, nunca te he pedido disculpas por haberte robado aquella oportunidad.

—¿Y te sentías pesarosa? —preguntó mordaz.

—Un poco, pero ya no, al parecer hubo otras oportunidades.

Luke se limitó a sonreír, pero no dijo nada.

—Así que es reincidente —insistió Lexi—. Por eso aletea las pestañas con tanto brío, quiere un segundo asalto, ¿o es que ha habido muchos más?

—¿No preguntas mucho? —Sonrió sarcástico.

«¿Yo? Bastante me importa a mí dónde tú metas la… ¡Uf qué hostia le daba!», y de veras sentía ganas de golpearlo. Casi por inercia, se rascó las muñecas con demasiada fuerza mientras recordaba a aquella maldita rubia tirarle de las coletas con cierto ensañamiento cuando era una niña.

—Te vas a hacer daño —observó Luke.

«Y si no era con Julie con quien había quedado, ¿es que había pasado por el rancho de camino a otra cama?».

—Lexi…

—¡¿Qué?! —explotó.

El chico señaló sus manos.

—¡Es que me pica! —Y de forma insoportable ahora.

—Tienes que aguantar un poco —sonó preocupado.

Intentó tomarle las manos para impedir que se siguiera rascando, pero Lexi tiró de ellas con fuerza.

—¡No me toques! —Se puso en pie—. Tú tienes la culpa de que esté así.

En aquel momento quería hacerle daño, y era muy consciente del motivo, algo que solo incrementaba aún más su malestar.

Salió del salón sin agregar palabra, rogando para que Alyssa hubiera recordado meter la pomada en la mochila, le ardían ya las muñecas de un modo insoportable tras ceder a rascarse con tanto ímpetu. Por fortuna, descubrió el corticoide en una de las cremalleras. Corrió al baño, metió las muñecas bajo el chorro de agua fría hasta que sintió algo de alivio y procedió a secarse y aplicarse la crema. Cuando se sentó sobre la cama, tuvo que respirar hondo durante unos minutos hasta que comenzó a sentir alivio, pero tras eso…, se sintió aquejada de otro tipo de mal.

Luke siempre tuvo éxito con las mujeres, solo tenías que observar durante un rato cómo lo miraban a su paso, y no cabía duda de que él había sabido aprovecharlo durante toda su vida. Lexi lo había visto salir con más mujeres de las que podía recordar, ¿en qué momento había sido tan idiota como para pensar que eso hubiera cambiado? ¿Y por qué de repente no podía soportarlo? Era absurdo dejarse engañar por su preocupación, o por el hecho de que le hubiera parecido que él la miraba de un modo intenso en algún momento. De alguna manera, ahora era consciente de que quizá solo estaba viendo lo que deseaba, y no era saludable seguir engañándose.

Por mucho que le doliera, debía aceptar que ella era la única mujer que jamás podría abrirse paso hasta su cama, y él mismo se había encargado de dejárselo claro durante toda su vida, a cada oportunidad.

«Se acabó. El tiempo de las ilusas terminaba allí».

Capítulo 10

Cuando regresó al salón, llevaba el firme propósito de comportarse con fría cordialidad. A partir de aquel momento, sería mucho mejor que pasase con Luke el tiempo justo, discutieran lo menos posible y, por supuesto, no tontearan, bromearan o conversaran lo más mínimo. Sentía, con cierta preocupación, que ya no podía controlar sus sentimientos. Si seguía alimentando todo aquello, acabaría demasiado herida.

Lo localizó sentado en el suelo junto a los gatitos, ahora despiertos, permitiendo que los felinos se le subieran encima para investigarlo a fondo. La imagen era tan tierna que Lexi estuvo a punto de darse media vuelta y volverse a la alcoba, pero no podía hacerlo, debían alimentarlos.

En silencio, fue hasta la cocina, calentó un poco los biberones y regresó a la alfombra para sentarse junto a Luke, al que le tendió uno de ellos.

Se centró en los gatitos, sin mirarlo apenas, limitándose a hablar con los pequeños en un tono dulce.

—¿Estás mejor? —interrogó el chico con cierta cautela.

—Sí, Alyssa había echado la crema en la mochila —explicó.

Sin poderlo remediar, rio cuando uno de los chiquitines subió por su pierna, como si fuera un torpe funambulista en sus comienzos. Acabó cogiéndolo, poniéndoselo sobre el regazo y ofreciéndole el biberón, que el pequeño no tardó nada en aceptar. Luke le daba de comer a su hermanito con la misma facilidad.

—Menudos zampones están hechos —sonrió el chico cuando en apenas unos minutos se habían pimplado el biberón completo.

Después los pusieron sobre la tierra, que ya tenían preparada en un arenero, pero ninguno de los felinos parecía querer estrenarla. Muy activos ahora, no dejaban de pasear por la alfombra intentando investigar cada obstáculo que se encontraban.

Luke se las apañó para levantar un pequeño fuerte de dos por dos sobre la alfombra, usando todos los cojines del sofá, para no tener que estar corriendo tras ellos a cada rato. Tanto él como Lexi se sentaron dentro del círculo, sin dejar de observar a los pequeños, disfrutando de su curiosidad innata.

Emocionada, Lexi acabó suspirando, no podían ser más bonitos. Pero, aunque intentaba disfrutar del momento, sentía los ojos de Luke observarla cada poco, violentándola cada vez más.

—Lexi… —casi susurró él cuando llevaban un rato en silencio—, te he pedido perdón, intenté ayudarte en cuanto descubrí tus heridas y he venido a traerte la pomada a las once de la noche por si la necesitabas —suspiró—, ya no sé qué más puedo hacer.

Por alguna extraña razón, a Lexi se le humedecieron los ojos. Por desgracia, lo único que ella necesitaría en aquel momento, no era una opción.

—No te preocupes —musitó—. Lo de antes solo ha sido por la desazón del momento, no te culpo de nada.

—Pues lo has dicho bien claro.

—Sí, lo siento —admitió—, durante unos segundos el picor y la quemazón me han superado, pero ya estoy mejor.

—Pero sigues seria conmigo —recalcó.

Sí, aquello era inevitable. Debía marcar las distancias si quería preservar su salud mental, ya era demasiado obvio como para seguir engañándose.

—Estoy normal —dijo en un tono neutro—. Tú y yo nunca hemos sido grandes amigos, Luke, aunque hayamos tenido un momento cómplice hoy para salvar a estos chiquitines.

Él la observó con atención, parecía algo descolocado.

—Sabes que te aprecio, Lexi, a pesar de las discusiones…

Aquella frase le dolió de una manera extraña. ¿Aprecio? ¿Cómo el que se siente por el panadero al que conoces desde siempre? Lexi tomó aire con calma y lo exhaló muy despacio, intentando disimular. Necesitaba mantenerse serena.

—…y que me preocupo por ti —insistió Luke.

Si agregaba que la consideraba una hermanita pequeña, su deseada serenidad se iría por el retrete y se convertiría en la peor versión posible de Harley Quinn.

—No pasa nada, Luke, todo está bien. —Se esforzó por sonreír—. En un par de días estaré recuperada, y prometo no darte más motivos para ponerme las esposas, ¿contento?

Él frunció el ceño.

—Incrédulo más bien.

Sonrieron a medias y ambos guardaron silencio durante unos largos segundos, aunque Luke no tardó en sorprenderla.

—Tengo una duda que me corroe —la miró con curiosidad—, ¿por qué usas gafas sin graduar?

—¿Qué…?

Luke señaló las lentes que había sobre la mesa.

—No tienen graduación.

Estuvo a punto de decirle que se metiera en sus asuntos, pero supuso que eso sería peor.

—No, ¿y qué?

—¿Por qué las usas?

—Me gusta cómo me quedan. —Se encogió de hombros.

Con un evidente gesto mezcla de intriga y suspicacia, Luke apostilló:

—¿Qué no me estás contando?

Lexi intentó que no se le notara el desconcierto frente a la pregunta.

—¿Qué ha pasado en Nueva York que te callas con tanto empeño? —se reiteró.

—¿Otra vez con eso?

No era la primera vez que tanto él como Scott se ponían pesados con aquello, e intentaba entenderlos, pero la paciencia no era su mayor virtud en ese instante.

—Es que me desconciertas —reconoció él—. De la noche a la mañana decidiste regresar a Kentucky, sin avisar, fingiendo ser alguien que no eres.

Lexi no podía estar más tensa ahora.

—No sé de qué narices hablas.

—Del hecho de que lleves meses disfrazándote de discípula del Opus Dei —acusó—, cuando los dos sabemos que la Lexi auténtica es la que estoy viendo en este instante.

—¡Estás loco!

—¿De quién te estás escondiendo, Lexi? —ignoró su protesta—. ¿Esto es por un hombre? ¿Hay alguien que te busca o te hizo daño?

—Tú en este momento, con tu desconfianza.

—Solo quiero ayudarte.

—No, quieres satisfacer tu curiosidad, sin más —lo acusó, intentando controlar su ansiedad —. Te vanaglorias de conocer bien a la Lexi que se marchó de aquí hace años, pero ambos sabemos que nunca me has mirado demasiado como para notar los cambios.

Él apretó los dientes y guardó silencio.

—No exageres tu preocupación, Luke —insistió, ya sin filtro—, porque te recuerdo que ni siquiera te molestaste en venir a mi fiesta de despedida…

Recordaba aún cuánto le había dolido. Lo odió mucho aquel día.

—…pero no importa, entiendo que fuera más gratificante tirarte a la rubia de turno que venir a decirme adiós.

—Te vi en el aeropuerto antes de irte.

—Sí, porque el azar quiso que tuvieras que ir por trabajo y casi nos chocamos de frente —acusó—. Pero está bien, cada uno hace con su vida lo que considera y toma sus propias acciones y decisiones, pero sin cinismo, Luke, que el mismo derecho tienes tú a escoger un polvo antes que a mí, que yo a contarte o no lo que me dé la real gana.

El silencio que siguió a aquella frase resultó atronador. Sabía que estaba siendo muy dura, y que quizá en aquel momento él no se había merecido tanto, pero estaba dolida y, sobre todo, preocupada porque él siguiera ahondando en una conversación que lo único que podía traerle eran problemas. Zanjarla de raíz y de manera contundente era lo mejor para todos.

Se sobresaltó cuando la notificación de un mensaje entró en su móvil y resonó en mitad del salón. Con un gesto de sorpresa y el corazón en la garganta, gateó hasta la mesita de café que habían apartado a un lado y tomó su teléfono.

—¿Qué te pasa? —interrogó Luke sin demora.

—Nada.

—Te has puesto pálida.

Y no era para menos. Su teléfono estaba silenciado para todas las notificaciones, excepto… para las que entraban rebotadas desde un repetidor muy concreto, uno seguro, que solo una persona usaría para llegar hasta ella: Bowie.

Y tenía claro que él no la contactaría a las tres de la madrugada solo para saludarla.

Consultó su móvil y se topó con un mensaje proveniente del Cine Paradiso, lo cual acabó de confirmar sus sospechas. Leyó aquellas letras con detenimiento.

Por ser un espectador tan asiduo,
desde Cine Paradiso queremos
invitarte a un evento especial,
donde serás la protagonista.
Te esperamos el
Miércoles, 12 de marzo
No faltes.

No pudo ocultar su preocupación, y se preguntó si Bowie podría querer contarle que habían estado indagando sobre ella en la red oscura. Pero no le cuadraba la fecha, ya pasada, y conocía demasiado bien a su amigo como para saber que jamás dejaba nada al azar. Si la cita era para ayer, solo podía significar que era muy urgente.

—Me estás preocupando, Lexi —insistió Luke al verla tan intranquila y sumida en sus pensamientos—. ¿Quién te escribe a las tres de la madrugada?

—No es asunto tuyo —replicó muy seca.

—¿Está relacionado con la conversación que estábamos manteniendo?

Lexi lo miró ahora con un gesto serio. Para poder llamar a Bowie, debía encender su ordenador y codificar la llamada hasta asegurarse de que no podría ser grabada ni rastreada de ninguna manera, lo que era un proceso complejo; eso por no hablar de lo que fuera que pudiera esperar de la conversación.

—Será mejor que te marches —le pidió a Luke, dejándolo perplejo.

—¿Perdona?

—Necesito estar sola —añadió—, yo puedo encargarme de los gatitos, no hay problema.

Él la miró con el ceño fruncido y no movió ni un pie.

—Luke, por favor…

—Dime qué está pasando —exigió—. ¿Es… alguien de Nueva York?

Lexi comenzaba a desesperar.

—Pues sí, Luke, es alguien de Nueva York —admitió—, y tengo que hablar con él.

—Así que hay un él. —Parecía algo turbado.

—Sí.

—Ya, ¿y vas a correr a llamarlo en cuanto ha chasqueado los dedos? —Sonó a crítica.

—Sí, eso voy a hacer.

Era obvio que él lo estaba malinterpretando todo, pero en aquel momento le daba igual. Desde que llevaba en Kentucky, Bowie solo le había contactado una vez antes de aquella, y fue tres meses atrás, cuando Marty Evans le escribió para pedir ayuda con todo lo referente a Alyssa, y ni siquiera entonces había mostrado aquel sentido de urgencia.

—Hazlo desde la habitación —acabó diciendo Luke en un tono ácido—, porque no voy a irme a ninguna parte.

Por la firmeza de su voz y el gesto desafiante, Lexi supo que perdería el tiempo discutiendo, que no habría forma de convencerlo para que se fuera sin montarle un numerito para el que no tenía fuerzas en aquel momento.

Tomó la mochila del dron, donde estaba su ordenador, y miró a Luke con una expresión irritada, pero no dijo nada, se alejó de allí sin más, deseosa de contactar con Bowie cuanto antes.

∞∞∞

Luke la observó correr hacia la habitación y apretó los dientes con fuerza. Estaba jodido en aquel momento, habían pasado demasiadas cosas y muy rápido en la última media hora. Primero se había enfrentado a su silencio, sintiéndose de lo peor por haberla visto tan rabiosa por culpa de aquella maldita alergia. Después había llegado su gesto condenatorio, cargado de reproches de antaño, en los que era mejor no ahondar, porque habría demasiado que contar. Y lo peor, sin duda, estaba teniendo lugar en aquel momento.

Soltó aire con fuerza e intentó relajarse, pero saber que había un hombre capaz de doblegarla hasta aquel punto lo irritaba de un modo insoportable.

¿Cuánto había tardado en pedirle que se largara desde que había entrado aquel mensaje, un par de minutos?

—Menos —se respondió en alto—, y es absurdo que me afecte de este modo.

Pero no podía dejar de preguntarse qué estaría pasando en la habitación. ¿Aquel tipo intentaba convencerla de regresar a sus brazos? ¿La coaccionaba de alguna manera o… ella estaba deseosa de hacerlo? ¿Qué narices habría pasado entre ellos?

Podría hacer una y mil conjeturas, sin acercarse ni de lejos a la conversación que tenía lugar unos metros más allá…

Lexi estaba perpleja. Acababa de escuchar lo último que esperaba de su conversación con Bowie, que era evidente que aún estaba igual de alucinado que ella.

—¿Y cómo te has enterado? —preguntó la chica cuando superó la sorpresa inicial—. ¿Has investigado algo? ¿Es una información fiable?

—Me ha llamado Minelli.

Aquello era un sí en toda regla.

—Joder —suspiró Lexi, con el corazón acelerado—, ¿y de cuánto dinero estamos hablando?

—Millón y medio de dólares —contó Bowie.

—¡Hostias! —Soltó aire con fuerza para intentar calmarse—. ¿Y por qué están tan seguros de que he sido yo?

—Quien los ha robado ha dejado tu firma.

—Qué hijo de puta.

—Ay, amore, ¿qué vamos a hacer? —se lamentó Bowie en un tono lastimero—. ¿Quieres seguir en la sombra y dejarlo estar o…?

—¡Cualquier cosa que incluya ese *o* me sirve! —exclamó, mientras el desconcierto iba dejando paso a la furia.

—Pero ¿crees que es bueno remover el avispero? —se lamentó el chico—. Ahora que estábamos consiguiendo borrar todo rastro…

—No todo, me temo —declaró abatida—, es evidente que no has bajado a la red oscura en las últimas horas.

—¿Por qué?

—Me dejé un cabo suelto con aquello de Alyssa y Scott —concluyó.

—¡Ni hablar! —opinó Bowie con rapidez—. Mi Nemo no deja cabos sueltos.

—Pues esta vez lo hice —reconoció—, supongo que me afectó el que todo fuera tan personal y me despisté —murmuró, y cogió fuerzas—. Pero eso no es importante ahora. No pienso permitir que me acusen de ladrona, Bowie, y si para eso hay que remover el avispero, no me va a temblar el pulso.

—Ay, amore, cuidado con pillarte los dedos—rogó con una evidente preocupación—, que tendrías demasiadas cosas por las que responder si te cogieran.

—¿Y qué hacemos? —insistió irritada—. ¿Quieres dejar que un cabrón se cargue nuestro legado en segundo y medio?

—No, pero…

—Encontraré su rastro y lo borraré del mapa, eso te lo juro —apretó los puños con fuerza—, y si caigo en el intento, pagaré por mis acciones, pero arrastraré conmigo a ese cabrón. ¡Ha suplantado la identidad de la hacker equivocada!

—¡Esa es mi chica! —exclamó Bowie, y soltó un suspiro teatral a continuación—, aunque te confieso que en este caso preferiría que no tuvieras tantos ovarios y te mantuvieras a salvo y en la sombra.

—No puedo.

—Lo sé.

—Pero eso no significa que no esté acojonada.

—También lo sé.

De repente se le saltaron las lágrimas.

—Daría media vida por un abrazo.

—¡Y yo por dártelo, amore! —afirmó, con la voz tomada por la emoción también—. ¿No tienes a nadie cerca a quien pedírselo?

Lexi pensó en Luke, sentado a escasos metros tras la pared.

—Nadie que quiera dármelo —admitió con más tristeza de la que debería—. Y ni siquiera sé si contarle nada de todo esto a Alyssa.

—Habla con Marty —sugirió Bowie—, quizá él pueda ayudarte un poco. ¿Sigue siendo detective?

—Se ha marchado unos días a Nueva York —contó—. Quiere cerrar la agencia de detectives para trasladarse aquí de forma definitiva.

—¿Y tu poli? —interrogó Bowie con cautela—. ¿Crees que te ayudaría llegado el caso?

Lexi guardó silencio y acabó suspirando.

—Es sheriff —corrigió—, y preferiría no tener que comprobarlo.

En realidad, no tenía ni la más remota idea de cuál podría ser la reacción de Luke a todo aquel embrollo.

—*Mmm*, sheriff…, solo el título ya me pone.

—No está el horno para bollos, Bowie —protestó.

—Pues a mí, si no me entretengo horneando, me va a estallar la cabeza —confesó—. Y fíjate cómo estaré que ni voy a tratar de explicártelo.

Lexi no pudo evitar sonreír a medias.

—Cuídate, mi Nemo —rogó el chico en un tono tenso—, estaremos en contacto.

Cuando al fin colgó, paseó durante unos largos minutos de un lado para otro de la habitación sin poder controlar la ansiedad. Parecía que cuanto mejor quería hacer las cosas, más se le complicaban, y todo aquel asunto era muy grave. Jamás se había enfrentado a algo tan serio, y no podía evitar sentirse demasiado sola y asustada.

Millón y medio de dólares, aquello no era lo mismo que colarse en un ordenador y denunciar delincuentes. No tardando, estaría en la lista de los más buscados si no lograba dar con la persona que había robado aquel dinero y demostraba su inocencia.

De buena gana se habría quedado encerrada en la habitación. No le apetecía nada enfrentarse a Luke, darle explicaciones y, mucho menos, discutir. Su sistema nervioso estaba a punto de colapsar, pero no podía desaparecer más tiempo.

Salió de la habitación y lo encontró en el mismo sitio en el que lo había dejado. Posó sobre ella una mirada seria cuando la vio avanzar hacia él.

—¿Estás bien? —preguntó, poniéndose en pie.

Era evidente que no, aún estaba muy pálida, pero se limitó a contestar.

—Sí, todo perfecto.

Luke la miró ahora con un gesto de condena.

—Genial —sonó irónico—, hasta mañana entonces.

Sin añadir una sola palabra más, caminó hacia la puerta y salió de la cabaña.

A Lexi le costó reaccionar. Miró la puerta cerrada durante unos largos segundos, y deseó como nunca antes que él regresara sobre sus pasos, caminara hasta ella y la abrazara con fuerza sin mediar palabra.

Capítulo 11

Luke apenas había dormido nada aquella noche. Había llegado muy tarde al apartamento que se empeñaba en ocupar cerca de comisaría, en lugar de vivir a tiempo completo en el rancho familiar junto a su abuela. Aquello le permitía saltar casi de la cama a su despacho, algo que en días como aquel agradecía mucho.

Su primer pensamiento al despertar fue para… los gatitos. ¿Habrían pasado buena noche? ¿Lo habían echado de menos aunque fuera un poco? ¿Se habrían… aplicado el puñetero corticoide todo lo que deberían? Suspiró y soltó un improperio.

«No vas a llamarla aún», se prohibió, consultando su reloj. No debía parecer ansioso, pero lo estaba, ni preocupado, aunque tampoco podía evitarlo, y tenía claro que había hecho lo correcto saliendo de aquella cabaña como lo hizo. Se había sentido muy enfadado y confundido la noche anterior, con demasiadas emociones encontradas que no sabía si podía manejar, retirarse fue la opción adecuada. Eso no significaba que sus inquietudes no hubieran viajado con él, robándole el sueño.

Se dio una ducha para despejarse, se puso el uniforme y salió del apartamento dispuesto a empezar un nuevo día.

Saludó a todo el mundo con la mejor actitud que pudo, que no era para tirar cohetes, y se atrincheró en su despacho. Un minuto después, Mary Beth entró con un café para él y una de sus sonrisas de adoración, que Luke fingió no ver.

—¿Me ha llamado alguien? —interrogó como cada mañana.

—Sí, una mujer —él la miró con expectación—, Julie Bonet, creo que se llamaba.

Se irritó al ser consciente de que se sentía decepcionado.

—Ha dicho que te recuerde su número —contó la chica.

—Bien.

—Lo tengo apuntado por ahí.

Él se limitó a asentir. No tenía pensado hacer esa llamada en breve… ¿O quizá sería mejor hacerla?

—No me ha llamado nadie más.

—No, ¿estás esperando a alguien?

En realidad, no, y en todo caso ella llamaría a su móvil, algo que, si era sincero, sabía que no sucedería. ¿Cuándo fue la última vez que Lexi había marcado su número? Si hacía memoria… ¡Qué memoria ni hostias, si no lo había llamado jamás! ¿Y desde cuándo lo cabreaba tanto ser consciente de aquello?

Mary Beth optó por abandonar el despacho al sentirse ignorada, pero Luke ni siquiera se dio cuenta. Casi como un autómata, aún perdido en sus pensamientos, apretó el botón de encendido del ordenador…

…¡y el puñetero gato hacker pasó a saludarlo, sobrevolando la pantalla, subido en su PC mientras agitaba una pata con énfasis. Se detuvo en mitad de la pantalla y saltó del ordenador al tiempo que un mensaje se dibujaba entre exclamaciones bailongas:

¡Buenos días, sheriff!

Otro amanecer, otra oportunidad
para que me busque…
y no me encuentre.
¡Que tenga un día fabuloso intentándolo!

PD. Hoy va a aprender a repartir amor…
Mucha suerte.

Un segundo después, el gato volvió a subirse en el PC y desapareció a toda velocidad, llevándose las letras con él. Tras eso, la pantalla presentó una normalidad absoluta.

Luke blasfemó, se acordó de parte de la familia de la puñetera Némesis y apretó los dientes con fuerza. ¿Aquello iba a ser así cada mañana? ¡Porque no creía que su sistema nervioso pudiera soportarlo!

Llamó a Morgan a su mesa, pero fue Mary Beth quien contestó. Al parecer, el chico había salido a desayunar, así que tuvo que centrarse en seguir trabajando. Necesitaba escribir varios emails antes de poder ausentarse de la comisaría.

Se olvidó de todo durante los siguientes minutos, centrándose en escribirle primero al juez ejecutivo del condado, al que tenía pendiente mandarle el informe de un par de casos. Redactó el email, se despidió con un cordial *atentamente* y escribió su nombre…

…y se quedó perplejo cuando a continuación de la última letra apareció un pequeño corazón de color rojo pasión.

«Pero ¿qué coño…?».

Frunció el ceño, borro el nombre junto con el corazón y volvió a escribirlo, obteniendo idéntico resultado.

—¡No me jodas! —exclamó irritado.

«*Hoy va a aprender a repartir amor*».

—¡Será hija de puta!

Hasta siete fueron las veces que intentó borrar, escribir, borrar…, hasta que terminó aporreando el teclado con una mala hostia del quince.

—¡Morgan! —gritó tan fuerte que el chico se personó en el despacho dos segundos más tarde, con la camisa manchada de un café que era evidente que se acababa de echar por encima.

—Lo siento, jefe, había salido a por un bollo y…

—Sí, vale —se puso en pie y le señaló el sillón—, arréglame este desaguisado.

Frunciendo el ceño, Morgan dio la vuelta a la mesa, cogió asiento y miró la pantalla.

—¿El corazoncito, dices?

—¿A ti qué te parece? —replicó irritado—. Sale siempre que intento escribir mi nombre. ¡Voy a matar a esa maldita mujer!

—¿Eso quiere decir que no lo pones adrede?

Luke se limitó a asesinarlo con la mirada.

—Eso parece, sí —se respondió el agente a sí mismo—. Pues déjame ver qué está pasando.

Soltando un suspiro de resignación, Luke se apoyó sobre la mesa. Una y otra vez, el sheriff vio aquel corazón aparecer y desaparecer, daba igual las mil maneras en las que Morgan parecía intentar solucionarlo.

—Ha modificado el código y lo ha encriptado con *Hashing* —acabó suspirando el agente.

—En cristiano, Morgan.

—No sé si puedo arreglarlo.

—¿Perdona?

Lo miró con tal incredulidad que el chico añadió con rapidez:

—Si pones Keller con una sola *ele* o con dos *erres*, el cifrado no lo reconocerá y no saldrá el corazón —sugirió.

Luke lo miró con un gesto mezcla desconcierto y crispación.

—Espera a ver si lo estoy entendiendo —declaró, fingiendo calma—. ¿Dices que tengo que escoger entre poner mal mi propio nombre o enviarle cariñito a todo al que escriba?

—Eh…, sí —Luke soltó un bufido y el agente se apresuró a decir—: ¡solo de momento, al menos! Necesitaré tiempo para arreglarlo o… abrir otro email.

—¡No quiero otro email! —rugió—. ¡Me gusta el mío!

—Ojalá yo fuera tan bueno como Némesis, pero soy realista —suspiró.

Luke vio tal gesto de desconsuelo en el rostro del agente que se abstuvo de recordarle que el único motivo por el que se le había contratado dos meses atrás era para ser más listo que el dichoso hacker.

Mary Beth se coló en el despacho en ese instante.

—Tienes a Lexi Michaelson al teléfono —informó.

Aquella simple frase consiguió aplacar su ira, al menos… hasta que fue consciente de que Mary estaba hablando con Morgan.

—¿En serio? —El agente se puso en pie como si tuviera un resorte en el culo.

—Sí.

—¿Quiere hablar conmigo?

—¡Que sí! —se reiteró la chica con impaciencia—, ¿qué le digo?

—Que no puede ponerse en este momento —respondió Luke por él en un tono que no dejaba lugar a la réplica.

Para la chica aquello fue ley y se largó del despacho.

—¡Que te deje su número, Mary Beth! —gritó Morgan demasiado fuerte, recibiendo otro gesto hosco—. Perdón, ¿te he atronado?

—¿Qué? —interrogó Luke de mal humor, giró la cabeza e ironizó—: háblame por este oído, que por este no escucho nada.

—Lo siento —sonrió Morgan—, pero es que me he puesto nervioso.

—Sí, Lexi suele causar ese efecto —murmuró para sí, sintiéndose más irritado de lo que debería—. Voy a salir, Morgan, céntrate en arreglarme el dichoso correo, por favor, me gustaría dejar de ser un puñetero oso amoroso cuanto antes.

∞∞∞

A Lexi no le sorprendió recibir un mensaje de Jess Nolan a las once en punto de la mañana, rogándole que la llamara en cuanto pudiera. La chica, periodista de investigación y una de las mejores amigas de Alyssa, era la tercera y última persona que conocía su identidad como Némesis. Estaban juntas cuando meses atrás había acontecido todo aquel problema con su familia, y a Jess la consideraba también parte de la misma ahora. Ella y Alek, que para Lexi era como un hermano postizo, puesto que se habían criado juntos en el rancho, formaban una de las parejas más explosivas e increíbles que había conocido nunca, junto con Scott y Alyssa.

Sabía que Jess no tardaría en enterarse de todo aquel despropósito del robo, era posible que incluso no le hubiera escrito mucho antes por no poder despistar a Alek hasta aquel momento. En cualquier caso, no le extrañaba nada su mensaje, aunque pospuso un poco la llamada, no le

apetecía demasiado charlar con nadie.

La noche había sido muy larga y estaba agotada. Apenas había sido capaz de dar una cabezada, dándole vueltas a cómo proceder a partir de aquel momento. Por precaución, debido al estado de nervios y de agotamiento, se había mantenido lejos del PC, aguantando la necesidad de investigar. Sabía que un paso en falso podía resultar catastrófico en ese momento, y debía estar bien despejada antes de darlo.

Jugó con los gatitos durante un ratito, tras darles el biberón, y después se sentó frente al ordenador para hacerle una videollamada segura a Jess.

Cuando la chica contestó al otro lado, se sintió aliviada y contenta de haberse decidido a llamar. Charlar con alguien la ayudaría a sentirse algo mejor.

—¿Podemos hablar con seguridad? —Fue lo primero que preguntó Jess nada más saludar.

—Sin problema, he cifrado la llamada —informó Lexi.

—Supongo que sabes para qué te llamo —tanteó la periodista.

—Sí, y voy a empezar diciéndote que yo no he robado un centavo.

—Lo sé, Lexi, eso jamás lo he puesto en duda —aseguró Jess con una sonrisa franca.

—¿Cómo te has enterado tú?

—Me pediste que estuviera pendiente si escuchaba algo sobre ti —contó—, así que me puse varias alertas para que no se me pasara nada. —La miró preocupada—. Me ha llegado por tres fuentes distintas.

—Joder, las noticias vuelan.

—Eso me temo, ¿ya lo sabe Alyssa?

—Aún no, y no sé si voy a contarle nada —reveló—. Ya sabes que su primer embarazo fue horrible, y quiero que con este sea feliz, sin preocupaciones.

—Alyssa ya demostró lo fuerte que es —le recordó Jess—, no necesitas meterla en una burbuja.

—Lo sé —se mordió el labio con nerviosismo—, y me temo que acabará enterándose tarde o temprano por… terceras personas, aunque sea de rebote.

Jess la miró confundida.

—¿Te refieres a…?

—Luke —admitió—. Me pisa los talones.

—¡No fastidies! ¿Ya lo sabe?

—No, todo no, pero sí llegó hasta Némesis —confesó—, no creo que tarde en enterarse de lo del supuesto robo, si es que no lo sabe ya.

—¿Crees que te lo dirá cuando lo sepa?

—Sin duda, le encanta echarme en cara todos sus avances en ese campo —reconoció.

Y no quería que la pillara de improviso cuando sucediera. Había llamado hacía un rato a comisaría para hablar con Morgan y tantearlo un poco, pero el chico no había podido ponerse al teléfono. Estar a la espera de en qué momento la bomba iba a caerle encima era una tortura, prefería verla venir de frente.

—¿Qué tienes pensado hacer, Lexi? —interrogó ahora Jess con cautela.

—No lo sé, de momento averiguar qué ha sucedido con exactitud —explicó—, pero debo ir con cuidado, tendrán a los mejores en delitos informáticos investigando. Si me están esperando, cualquier paso en falso puede traerlos hasta mí.

—Dios, Lexi, ten mucho cuidado —rogó Jess—. Intentaré tocar algunas puertas para enterarme de todo lo que pueda, pero sabes que mi nombre no abrirá tantas como el de Alek.

—¡No, Jess, por favor!

—Vamos a necesitar toda la artillería —insistió.

Alek era uno de los periodistas de investigación más reputados, con nada menos que tres premios Pulitzer en su haber.

—Pero… es que…

—¡Ya me he cansado de jugar al escondite, Lexi! —exclamó Alek metiéndose en plano en aquel justo momento y cogiendo asiento junto a Jess.

Lexi se quedó perpleja y guardó silencio.

—Te pedí que me dejaras decírselo a mí —se quejó Jess mirando a su novio.

—No tenemos toda la mañana.

—¡Solo llevamos hablando dos minutos!

—Pues me ha sobrado uno.

—¡Deja de ser tan…!

—No discutamos, por favor, Kanae —interrumpió Alek, y aquel Kanae tuvo el sorprendente efecto de apagar la irritación de Jess—. Todo esto es muy serio.

Ambos miraron ahora hacia la pantalla, donde una Lexi perpleja los observaba con evidente nerviosismo.

—Si me vas a pegar la charla, Alek…

—No, ya tienes bastante encima por ahora —suspiró el chico—, pero lo haré en algún momento.

Lexi no lo dudaba.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Alek miró a Jess, que asintió con un gesto, y él contó:

—Por culpa de mis propios secretos estuvimos a punto de perdernos el uno al otro —le recordó a Lexi—. Tenemos mucho cuidado de no cometer el mismo error, ya no nos guardamos secretos tan importantes.

Y Lexi no podía condenarlos por ello. Unos meses atrás, cuando ambos parecían detestarse con todas sus fuerzas, Jess había jurado frente a él que tendría una aventura con cierto periodista, ganador de tres premios Pulitzer, al que ni siquiera le ponía cara.; Alek no lo había encajado muy bien y… se había callado su verdadera identidad para darle una lección que se le había terminado escapando de las manos.

Lexi resopló con fuerza.

—¿Eso qué quiere decir? —Frunció el ceño—. ¿Se lo dijiste…?

—En cuanto salimos de Kentucky hace unos meses —reveló Jess—, aunque le hice prometer que no diría nada, dado que te habías retirado.

—Pero es evidente que las cosas han cambiado, Lexi —intervino Alek de nuevo—. Todo ese lío del robo puede abrir la caja de Pandora.

—Lo sé —asintió con un gesto preocupado.

—¿Qué datos tienes de lo sucedido? —se interesó Alek.

—Pocos aún —confesó—. Han robado millón y medio de dólares de una empresa llamada… —consultó la nota que tenía sobre la mesa— Omega Capital, que es una especie de plataforma de préstamos y créditos online, pero aún no sé cómo lo hicieron ni quién, solo que ese cabrón dejó mi firma al salir.

—¿La dejó dónde o cómo?

—Vete a saber, hay mil maneras, tengo que investigarlo todo, pero en este momento no es seguro acceder a sus servidores —explicó Lexi—, hay muchas precauciones que debo tomar antes de poder hacerlo.

El timbre de la puerta interrumpió la conversación. Jess y Alek aguardaron en línea mientras Lexi iba a abrir, temiendo que fuera Luke, que viniera a restregarle por los morros lo de aquel robo. Pero se equivocó, eran Scott y Alyssa quienes estaban al otro lado de la puerta, y no sabía qué era peor.

—¿Venís solos? ¿Y mi *sobri*?

—Es hora de cole —le recordó Alyssa, y la observó con atención—. Tienes ojeras. No me extraña que tengas perdido el sentido del tiempo. ¿No has dormido nada?

—No —admitió, suponiendo que los gatitos pagarían la culpa. Pobres.

—¿No ibas a turnarte con Luke? —preguntó Scott, colándose en la cabaña hasta el salón—. Lyssie me dijo que dormía aquí.

—*Joer*, qué porteras sois las dos —protestó Lexi, soltando un exagerado suspiro—. Qué pronto se sabe todo.

—¿Las dos? —Alyssa la miró confundida.

—¡¿Has dormido con Luke?! —gritó la segunda portera de inmediato desde el ordenador.

—¿Jess? —corrió Alyssa hasta la mesa.

Los cuatro se saludaron de forma efusiva y bromearon y charlaron durante unos minutos. Lexi estaba muy tensa, temía que Alek hiciera algún comentario inapropiado sobre Némesis delante de Scott, que era el único en la habitación que no sabía nada.

—Regresando a lo importante… —carraspeó Jess ahora—. ¿Cómo está eso de que Luke ha dormido ahí?

Lexi resopló con fuerza. Hablando de comentarios inapropiados…

—Se quedó a ayudarme con los gatitos —informó la chica, y miró de reojo a Scott, que parecía de lo más normal. ¿Acaso su hermano jamás se había planteado que pudiera pasar algo entre ellos? Porque se comportaba siempre como si Luke fuera otro hermano postizo igual que Alek, y… nada más lejos de la realidad, al menos para ella.

—¿Qué gatitos? —siguió interrogando Jess.

Dado que Lexi parecía en Babia, Alyssa tomó a uno de los felinos ahora con un gesto tierno.

—*Ains*, estos gatitos —se lo mostró a Jess—, mira qué cosita.

—¿No es peligroso que los cojas? —se alarmó Lexi ahora, saliendo del trance—. Me dijiste que la toxoplasmosis…

—*Bah*, yo pasé la toxoplasmosis hace años —contó ahora la pediatra—, estoy inmunizada.

Lexi la miró perpleja.

—Pero anoche me dijiste que no podías venir porque… —guardó silencio al ver la expresión divertida de Alyssa. No tenía ni idea de si se había quedado al margen para pasar la noche en brazos de Scott o… para que ella estuviera a solas con Luke, y, tenía la sensación, por el gesto pícaro, de que había un poco de ambas.

—Luke estaba contigo, Lexi —declaró Alyssa en un tono cantarín confirmando en parte sus sospechas—, no me necesitabas a mí para nada.

—Y yo tampoco habría permitido que trasnochara —intervino Scott ahora.

—A las dos y pico aún no la habías dejado dormir —le recordó su hermana para desviar un poco el tema.

Scott sonrió e intercambió una mirada cómplice con Alyssa, que Lexi adoró ver.

—Nosotros cuidaríamos tan bien de esos gatitos… —suspiró Jess, mirando el otro que Alyssa le mostraba ahora—. ¿Cómo se llaman?

—Ni idea aún.

—Habrá que buscarles nombres chulos.

—Tú mejor no, Jess. —Rio Alyssa—. Visto el que escogiste para vuestro pez…

—Taichí es un nombre bien bonito —se defendió la periodista, aunque sin poder evitar reír —. Vosotros tardasteis dos meses en encontrarle nombre a un potrillo.

—Nos costó convencer a Max de que helado de chocolate no era adecuado.

Todos rieron.

—¿Cómo va la búsqueda para el bebé?

—Pikachu si es chico, es lo mejor que tenemos —bromeó Scott.

Volvieron a reír divertidos.

—¿Y de dónde han salido los gatitos? —preguntó Alek ahora.

Lexi se puso tensa, y no era para menos, sabía que Scott sería quien contestara, y no se equivocó. La miró con un gesto irónico antes de decir:

—¿Aún no le has contado a Alek tu afición a colarte en el rancho Silver?

—No creo que sea momento para…

—Yo creo que sí, a lo mejor Alek tiene más suerte en hacerte recapacitar —opinó Scott, ahora preocupado—, porque yo ya no sé qué más decirte.

—No es para tanto —intentó protestar la aludida.

—Casi acabaste presa por la mañana —le recordó su hermano—, y a las doce de la noche volviste a la carga.

—Ay, Dios —escucharon suspirar a Alek y hablar con Jess—, creo que va a ser mejor que nos cojamos un avión a Kentucky, Kanae.

—Aquí ya sobra gente para regañarme —protestó Lexi—, y recordad que ya soy mayorcita.

—Hablando de eso, se me ha venido el de las coletitas a la cabeza —apostilló Alek—. ¿Dónde está Luke? Ya es mucho tiempo para que esté en el baño.

Todos miraron a Lexi, aguardando la respuesta.

—Discutimos y se largó de madrugada.

—¿Discutisteis? —intervino Jess en un tono de mofa—. Qué cosa más rara.

Lexi sabía que se estaba librando del tercer grado de las chicas porque no estaban solas, algo que agradeció. No estaba segura de poder seguir hablando de Luke sin complicarse la vida.

—¿Y fue grave? —interrogó Scott ahora—. Porque para dejarte aquí sola…

—Ya ni recuerdo por qué fue —mintió Lexi—, pero estuvimos demasiadas horas juntos, ¿qué esperabais?

—¿Puedo contestarte yo? —La miró Alyssa con sorna.

—¡Pues no! —se apresuró a interrumpir—. Era una pregunta retórica.

—Deberías tener algo más de consideración con él, Lexi —le recriminó Scott—, ayer se dio el viaje hasta aquí solo para traerte el corticoide para las muñecas.

La chica suspiró abatida, de modo que sí fue solo a eso…, no iba camino a ninguna cama.

—¿Y qué te pasa en las muñecas? —se interesó Jess.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —intervino Alyssa—. Tiene una alergia al níquel importante, y ayer enfadó un poco a Luke…

—¡Yo no le hice nada! —se quejó—, no tenía derecho a ponerme las esposas.

—¡¿Que Luke te puso las esposas?! —casi gritó Alek al instante.

—Ay, joder, ¡me estáis colapsando! —se exaltó Lexi, desesperada, y justo en ese momento, unos golpes a la puerta vinieron a confirmar que las cosas siempre pueden ir a peor.

—Me gustaría decirte aquello de ¡salvada por la campana! —bromeó Scott—, pero tiene pinta de ser Luke.

«Dios, lo que faltaba, la falta de sueño comenzaba a desestabilizarla».
—¡Pues nada, que pase, al fondo hay sitio!

Capítulo 12

Cuando Luke entró en la casa frunció el ceño. Era obvio que no esperaba a tanta gente allí a la que tener que darle conversación. No parecía estar de buen talante. Su gesto hosco y el modo cortante de sus frases hablaban alto y claro.

—Joder, si estuviera ahí, ahora mismo me liaba a repartir collejas —protestó Alek cuando Luke se limitó a contestarle con otro monosílabo.

El sheriff tomó asiento en el sofá, obviando el comentario, y cogió uno de los gatitos en brazos. Lexi lo miraba con una clara expresión de admiración que a Alyssa no le pasó desapercibida, o eso comprobó cuando la chica le limpió la baba mientras nadie miraba, llevándose un gesto asesino que le arrancó una carcajada.

—¿Qué está pasando ahí? —intervino Jess al escucharla—. Joder, sentaos frente al ordenador, que me lo pierdo todo.

Luke izó la cabeza y miró con curiosidad a todos los que estaban en el salón, hasta detenerse en Lexi. Se le veía más calmado, la ternura del gatito parecía haber amansado a la fiera.

—¿Te han dado mucha guerra? —interrogó a Lexi.

La chica negó con un gesto.

—Tienes ojeras —observó después—. ¿Has dormido algo?

—Poco —admitió, y cogió asiento junto a él en el sofá para acariciar al pequeño, contagiándose de su dulzura—, pero no se han portado mal, es que me desvelé.

—Entiendo. —Apretó los dientes.

No, malentendía, en realidad, aquella era la cuestión, pero Lexi no podía sacarlo de su error, ¿Qué iba a contarle?

Luke aprovechó la caricia que ella le hizo al gato para tomar su muñeca.

—Estás mejor, parece.

—Sí, ya no me pican tanto —y le pareció de ley agregar—: gracias por pasar a traerme la pomada, las tendría despellejadas sin ella.

—De nada —sonaba sorprendido, aunque seguía serio—. He pasado por el rancho Silver antes de venir aquí —le contó ahora—, y he revisado toda la zona para asegurarme de que anoche no nos dejáramos nada atrás.

—¿Y no has encontrado uno de mis pulmones? —bromeó la chica—, creo que lo perdí durante la carrera.

Pero Luke no sonrió, y Lexi se sintió fatal. Al parecer, seguía muy enfadado y no podía culparlo. Lo había echado de la cabaña, aunque él hubiera accedido a irse cuando le dio la gana.

—Espero que no te hayas topado con Silver —declaró para no sentirse tan mal cuando él ignoró la broma.

—En realidad, he llamado a su puerta —explicó, Lexi lo miró sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque supuse que al controlar mi llegada por la cámara, sacarían a pastar a los caballos —se encogió de hombros—, así que aproveché mi interés por saber si ya los habían encontrado a todos para que los soltaran un rato.

Lexi lo miró perpleja.

—¿Y funcionó?

—Funcionó, sí —asintió—, estaban al aire libre cuando me marché.

A la chica le costó contenerse para no abrazarlo. En aquel instante se lo habría comido a besos.

—Guau, gracias, Luke, yo…

—No lo he hecho por ti —se apresuró a decir, tenso—. A mí tampoco me gusta cómo trata a sus caballos.

Miró ahora al resto de sus amigos, como si de repente hubiera sido consciente de que no estaban solos. Todos los miraban en silencio. Alyssa había girado el portátil para que se viera el sofá, y Lexi no se dio cuenta hasta aquel mismo instante.

—¿Qué os pasa a todos vosotros? —inquirió Luke ahora, frunciendo el ceño.

—Es bonito veros charlar sin discutir —opinó Scott, y miró a Alek—. Creo que tenéis un artículo para el Times, es un momento histórico.

Todos rieron divertidos, excepto los dos aludidos.

—Podríamos conseguir una primera página, sí —bromeó Alek.

Luke miró a Lexi con cierta ironía.

—¿A ellos no piensas recomendarles Payasos Sin Fronteras?

—¿Es que quedan plazas? —preguntó divertida.

—No, la última se la han dado a tu amiga la hacker esta mañana —miró a su alrededor—, corrijo, vuestra amiga, ya que todos la defendéis tanto.

—No empecemos, Luke —rogó Scott

En varias ocasiones, Scott había reconocido que le sobraban motivos para estarle agradecido a la persona que estuviera tras la ayuda recibida, sin cuestionarla, algo que el sheriff no había llevado nada bien.

—¿Ha pasado algo, Luke? —intervino Alyssa ahora con un gesto de interés.

—Parece que tiene pensado pasar a saludarme cada mañana —contó—, y ha cogido mi ordenador como su patio de juegos.

«¡Ostras, mierda!», se alarmó Lexi. Con todas sus preocupaciones de las últimas horas, se le había olvidado por completo la sorpresa que le había dejado preparada a Luke el día anterior, tras su conversación por chat. El gato estaba programado para aparecer cada mañana, con hasta diez frases distintas, y lo del corazón le había parecido una buena dosis de humildad para enseñarlo a ser algo más… cariñoso.

«Vale, ha sido prepotente por mi parte, debí pensarlo mejor», acabó admitiendo.

Luke resumió todo lo sucedido en unas pocas líneas y acabó diciendo frente a un montón de caras de estupefacción:

—Así que ahora no puedo escribir ni un puto email en mi propio correo —ironizó—, qué maja, no sé si detenerla o casarme con ella. ¿A vosotros qué os parece? No me contestéis todos a la vez —insistió ante el silencio.

Era evidente cuánto le cabreaba todo aquello. Por fortuna, nadie pudo decir nada antes de que el teléfono de Luke sonara. Cuando lo sacó de su bolsillo, miró a Lexi con un claro sarcasmo.

—Es Morgan, ¿quieres que le diga algo de tu parte? —interrogó mordaz—. No lo cogiste en un buen momento cuando lo llamaste antes.

Aguardó unos segundos sin contestar la llamada hasta que Lexi negó con un gesto. Aquella mañana había sido una cagada tras otra, y hasta aquel momento no fue consciente del todo. Y aquello solo acababa de empezar, porque, en cuanto Luke salió por la puerta para hablar en el

porche, Scott miró a su hermana con un gesto crítico y dijo lo último que Lexi esperaba oír, aunque en un susurro para que no llegara a oídos de Jess y Alek.

—Joder, Lexi, ¿era necesario todo eso?

—¿El qué?

—Meterte en su ordenador a tocarle las narices —murmuró entre dientes, molesto.

Lexi se puso de todos los colores. Miró a Alyssa, que le devolvió un gesto mezcla culpa y alivio.

—¡¿Tú también se lo has contado?!

—¿A qué te refieres con también? —susurró Alyssa frunciendo el ceño, y la miró confusa.

—Alek también lo sabe —señaló el ordenador hablando ya en un tono normal, cargado de irritación—, así que no hace falta que os molestéis en susurrar.

Scott se asomó al PC y miró a su amigo con un gesto de preocupación, pero ni una sola palabra.

Lexi observó el intercambio de miradas con perspicacia:

—¡Ya lo habéis estado hablando entre vosotros! —acusó, y miró a su hermano—. Solo has susurrado porque no sabías que Alek también había confesado estar al tanto. —Se giró hacia Alyssa—. ¡Ya te vale!

Scott le devolvió un gesto de disgusto.

—Es un secreto demasiado grande, Lexi —opinó—, muy pesado de llevar a la espalda.

—Pero podíais haberme dicho que estabais al tanto —se quejó.

—Y tú podías haber confiado en nosotros —repuso Scott ahora—. ¿O es que pensaste que te iba a echar a los leones, que Alek podría hacerlo?

Ahora se sentía avergonzada.

—Como bien dices, es un secreto pesado de guardar —admitió—, y os pongo a todos en peligro al contároslo. Creí que al regresar a Kentucky podía dejarlo todo atrás, pero no funcionó como esperaba.

—Por nuestra culpa —adivinó Scott, con un gesto abatido—. Lyssie me contó que te habías retirado y tuviste que regresar para ayudarnos.

—No, Scott, hasta ayer quizá podría engañarme pensando justo eso —afirmó abatida—, pero la realidad es que un pasado así es difícil de borrar del todo, siempre te encuentra de una manera o de otra.

Se la veía tan abatida que Scott y Alyssa no tardaron en darse cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su hermano—. ¿Es por Luke? Lyssie dice que ya le ha puesto nombre al hacker, ¿por eso te has metido en su ordenador?

—Bueno, en parte, solo quería hacerle desistir de seguir buscándome —titubeó abatida—, y entonces le escribí —se ruborizó—, y una cosa llevó a la otra…

—Joder —repuso Scott y la miró muy serio—, pues deshaz todo con lo que se te haya ocurrido molestarlo, por favor, ya me cuesta mucho guardar el secreto y verlo volverse loco persiguiendo al dichoso hacker, para que encima te burles.

—No pretendía hacerlo.

—No sé cómo encajaría Luke todo este lío, Lexi,

—Me temo que no vamos a tener más remedio que comprobarlo —declaró Alek con firmeza desde la pantalla, colándose en la conversación.

Todos en el salón miraron el ordenador con una expresión de sorpresa.

—¿Te has vuelto loco? —Scott no daba crédito—. Decírselo no es una opción. Si decide cumplir con su deber y detenerla, jamás podría perdonarlo.

—Yo tampoco —reconoció Alek.

—¿Entonces? ¿Quieres ponerle en el brete de tener que elegir entre su trabajo o nosotros? Porque eso es lo que pasará. Si escoge la opción de ser amigo antes que sheriff, pondrá en riesgo toda su carrera, toda su vida. No podemos hacerle eso, joder.

Lexi cada vez era más consciente del lío en el que no solo estaba metida ella, sino que involucraba ya a todo el mundo, de una manera u otra.

—Es que quizá no tengamos más opción, Scott —opinó Alek ahora—, ha pasado algo que no sabes y es posible que necesitemos su ayuda.

No pudo seguir hablando. Luke entró por la puerta de nuevo, procedente del porche, y soltó una bomba en mitad del salón que cogió a algunos más desprevenidos que a otros.

—Vuestra amiga se ha cansado de hacer justicia, al parecer —ironizó—, lo ha cambiado por una tumbona en las Seychelles.

—¿A qué te refieres? —intervino Alyssa de inmediato.

—Anoche Némesis robó millón y medio de dólares de una plataforma de crédito online —resumió—, entró y salió de sus cuentas sin dejar rastro.

—Eso no es posible —afirmó Alyssa, categórica, y tuvo que coger asiento.

—¿Cómo saben que fue ella? —interrogó Scott, perplejo.

—Porque tuvo la prepotencia de firmar al salir —explicó—, pero no puedo contaros mucho más, es una investigación en curso.

Miró a Lexi, que no podía evitar estar muy pálida, lo cual unido a las ojeras le hacía parecer enferma.

—¿Quieres que me lleve yo a los gatitos? —ofreció Luke al posar sus ojos sobre ella—. Creo que necesitas descansar.

La chica no podía ni hablar, pero, una vez más, le resultó muy dulce que él se diera cuenta y le brindara su ayuda.

—Yo cuidaré de ellos —se ofreció Alyssa de inmediato—, a Max le encantarán.

—Pero ¿y aquello que te podían contagiar?

—No hay peligro —aseguró.

Luke asintió, echó una última mirada a Lexi y salió de la casa, donde todo quedó en silencio durante unos largos segundos.

Lexi se puso en pie y miró a su hermano con los ojos acuosos.

—Scott, te juro que yo no…

—No hace falta que digas nada —interrumpió el chico, y caminó hasta ella—, sé que no robarías ni un dólar.

Lexi rompió a llorar y se arrojó a los brazos que su hermano le tendía, donde la acogió con fuerza. Todos observaron la escena muy tocados.

Tras unos minutos, Scott miró a su hermana a los ojos, le secó el rostro y declaró en un tono confiado:

—Todo se va a solucionar, Lexi, y si Luke es el único que puede ayudarte y hay que contárselo, tendremos que apelar a su clemencia.

—¿Tiene de eso? —se estremeció Lexi.

—Sabes que sí, y más contigo.

—Dirás que soy la última con la que la tendría.

Scott sonrió con ternura.

—¿Eso crees?

Ella se encogió de hombros, ya no sabía ni qué pensar.

—Necesito algo de tiempo para ver qué está pasando —rogó Lexi—. Yo misma hablaré con Luke si acaba siendo necesario.

Scott asintió.

—Nosotros vamos a intentar averiguar también todo lo que podamos —dijo Alek ahora.

—Y nosotros, puesto que poco podemos ayudar —intervino Alyssa, poniéndose en pie—, cuidaremos de estos pequeños para que puedas dormir unas horas, lo necesitas.

Y así era. Cayó fulminada en la cama en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, y entonces… cierto sheriff aprovechó para colarse en sus sueños, armado con unas esposas acolchadas con plumas marabú y una sonrisa de infarto. El problema era… que a ratos la abrazaba con fuerza, y al segundo siguiente la lanzaba a un enorme foso, convirtiendo el hermoso sueño en pesadilla.

Capítulo 13

Luke, sentado en la barra de la cafetería que había junto a su apartamento, se zampaba una hamburguesa enorme para reponer energía. Eran cerca de las nueve de la noche, y acababa de darse un palizón en el gimnasio que tenían en el sótano de la comisaría que lo había dejado exhausto, aunque algo más tranquilo. No quería pararse a analizar qué lo tenía tan nervioso en los últimos días, pero tampoco podía dejar de reconocer que estaba inquieto.

«Necesitas echar un polvo», le gritó la parte de su cerebro que siempre se obcecaba en ser práctica. Desde muy joven, había disfrutado de una vida sexual plena y variada, que últimamente brillaba por su ausencia, y no era por falta de oportunidades. La realidad era que estaba inapetente, y, para su desgracia, solo parecía responder a quien no debía.

Sonrió cuando Julie Bonet entró en la cafetería, y se sintió casi como si la vida estuviera respondiendo a sus deseos. Para rematarlo, la chica no se cortó nada y caminó directa hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—De haberme llamado, no habrías cenado solo —le dijo, coqueta, cogiendo asiento a su lado junto a la barra.

—Llegas al postre —sonrió Luke con descaro—, que siempre es lo más interesante.

La chica rio entre dientes

«Joder, pues sí que bate mucho las pestañas…», pensó para sí, divertido, sin poder evitar recordar a Lexi imitándola.

—Y ¿crees que podríamos comernos ese postre en mi casa? —declaró Julie, anticipándose y comiéndoselo a él con los ojos.

Luke sonrió. Aquello era ir al grano, sin miramientos.

—Perdona si soy muy directa, pero ambos somos adultos —insistió la chica—, y sabemos lo que queremos.

Su propio apartamento estaba a diez metros de allí, Julie era una mujer bonita a la que podía tener en su cama en apenas unos pocos minutos y la recordaba muy apasionada, ¿no debería estar ya disfrutando del momento?

—Hoy no puedo —se encontró diciendo—, ya tengo planes.

La decepción en el rostro femenino fue evidente, pero le dio igual. La realidad era que no sentía ningún tipo de… ánimo para nada, salvo para cuidar de unos gatitos y, quizá, discutir durante horas, si era necesario. Y entonces posó sus ojos sobre la persona que entraba en aquel instante en la cafetería, y fue demasiado consciente de cómo… su ánimo mejoraba de un modo alarmante.

«¿Qué narices estaba haciendo Lexi allí tan tarde? ¿Habría quedado con Morgan?».

Se esforzó por sonreírle a Julie, que intentaba convencerlo ahora para que anulara sus planes, recortando las distancias entre ellos; y cuando izó la vista de nuevo, esperando ver algo de irritación en ciertos ojos verdes moteados de avellana, se quedó perplejo al no encontrarlos por ninguna parte. Confuso, paseó la vista por el local, pero no había ni rastro de ella. ¿Se había dado media vuelta desde la puerta? Pero ¿por qué? No entendía nada.

Y de repente la vio entrar de nuevo como una exhalación y caminar con paso firme hacia él, aunque Yako se encargó de interceptarla para exigir su dosis de mimos. Demasiado listo le había

salido aquel perro. Luke suspiró y aguardó a que Lexi llegara hasta ellos.

—La próxima vez exige que te lleve a un restaurante más romántico —dijo la chica como único saludo, mirando a Julie—. Y que escoja una mesa, a ser posible.

—Lo importante es el postre —sonrió la tal Julie como una perra en celo, con total premeditación—, y estábamos negociando ese punto.

Luke se preguntó si el gesto mezcla antipatía e irritación que parecía leer en Lexi tenía algo que ver con que no le gustara nada aquella idea, pero ella acabó sonriendo, miró a Julie y le dijo por lo bajo de forma confidencial:

—Me alegra ver que has superado tu… pequeño problemilla. —Se abanicó la boca con la mano con un gesto discreto.

Luke no tenía ni idea de a qué se refería, pero a juzgar por la mirada asesina que recibió en respuesta, no era nada agradable.

—Siempre fuiste una pequeña arpía —los sorprendió diciendo Julie, y miró a Luke—. Tenemos un postre pendiente.

Le dio un beso en la mejilla demasiado sonoro, mató a la chica de nuevo con la mirada y se largó sin más.

—Menudos humos —se quejó Lexi observando la puerta antes de enfrentarse a él.

El chico estuvo a punto de reír. ¿Qué narices le habría dicho? Le daba igual, porque no tenía ningún interés en Julie Bonet, pero eso no iba a decírselo.

—Acabas de joderme la noche, coletitas —le recriminó con toda su cara—, espero que sea importante.

—¿El qué?

—Lo que sea que te haya traído hasta aquí.

Lexi sonrió irónica.

—Todavía puedes correr tras ella —se encogió de hombros—, yo he venido a ver a Morgan.

Aquel comentario fue como si le diera una patada en la entrepierna.

—Ah, qué bien —repuso mordaz—, pues corre, no sea que le dé por cambiarse, con lo que a ti te gustan los uniformes…

Ahora vio cómo ella lo miraba de arriba abajo. Él se había duchado tras acabar de hacer deporte, así que iba vestido de calle.

—¿A Julie no le gustan? —Sonrió mordaz y señaló su atuendo—. ¿Es más de vaqueros?

—Supongo que le gusto de cualquier manera —opinó—, y cuanta menos ropa lleve, mejor.

Lexi pareció quedarse sin habla, y él aprovechó para preguntar:

—¿Y qué demonios le has dicho para que se haya largado de esa manera?

—¿Yo? —sonó extrañada.

—Eso del pequeño problemilla…

Ahora la chica no ocultó su diversión.

—Es una pequeña broma entre nosotras.

—No la he visto reírse.

—Uy, pues espero que no se lo haya tomado a mal. —Lo miró con una expresión de inocencia absoluta—. ¿Recuerdas aquella noche del armario?

—¡Cómo para olvidarla!

—Pues… de alguna manera tenía que espantarla —contó como si hablara del tiempo—, así que le dije que era muy valiente por querer entrar contigo en ese armario, a pesar de que tú habías comentado que ella tenía problemas de mal aliento.

—¡¿No fastidies?!

—Chico, en el amor y en la guerra todo vale —se encogió de hombros—, y recuerda que yo era joven, ilusa y debía de estar mal de la cabeza, porque estaba loca por ti.

Luke la miró con sorna para esconder su irritación. Lexi tenía una facilidad pasmosa para hacerle un zasca incluso confesando que alguna vez estuvo loca por él. Luke se encontró pensando en cómo sería que fuese la Lexi adulta quien se sintiera así, pero tuvo que echar la idea a un lado porque le resultó demasiado… apetecible.

—Joder, no te andas con chiquitas cuando se trata de defender lo tuyo.

—Sí, salvo que tú no eras mío —suspiró en un extraño tono—, y de haberlo entendido entonces, me habría ahorrado el bochorno más grande de mi vida.

—No exageres.

Ella sonrió, pero no agregó nada más. Luke la observó con intensidad. Las ojeras que lucía en la mañana habían desaparecido por completo. Estaba preciosa aquella noche, apenas con un sutil toque de maquillaje que contribuía a hacerla aún más hermosa, aunque incluso con la cara lavada había pocas mujeres que pudieran igualarse a su belleza natural.

—Te has arreglado poco para Morgan —observó sin pararse a pensarlo.

Aquello pareció desconcertarla y, para su asombro, se puso a la defensiva.

—Siento si no paso tu estandarte de belleza ideal —sonrió irónica.

—No he querido decir eso.

—Quizá te resulte difícil entender que haya quien me encuentre atractiva, pero…

—Estás poniendo palabras en mi boca que no he dicho —se apresuró a aclarar.

—Pero lo has insinuado.

—No es verdad.

«Trataba de decir lo contrario, que no necesitas kilos de maquillaje para estar increíble», pero, por supuesto, se calló la aclaración.

—No tengo que maquillarme como una puerta para sentirme mujer.

—Y haces bien.

—¿Me estás vacilando?

Luke la observó desconcertado. Tenía los ojos húmedos o se lo estaba imaginando. Pero ¿qué narices estaba pasando allí?

—¿Por qué iba a vacilarte?

—Da igual, déjalo —dijo Lexi de repente—. No he debido venir.

La vio tragar saliva, darse media vuelta y caminar hacia la puerta como alma que lleva el diablo.

∞∞∞

Lexi se sentía la idiota más grande del planeta en aquel momento. Cuando había decidido acercarse a la ciudad para intentar coincidir con Morgan y sonsacarle algo de información, se había engañado de una forma demasiado evidente, y tuvo que reconocer la verdad nada más salir de casa. Solo Luke ocupaba sus pensamientos mientras conducía de camino a la comisaría, y verlo era su único deseo cuando cruzó la puerta. Al preguntar por él, uno de los agentes le había indicado que se había marchado ya, pero que era posible que estuviera cenando algo en la cafetería unos metros más allá. Y como una idiota, había corrido hasta allí, solo para descubrir que él tenía unos planes que era evidente que no la incluían a ella. En un principio, el mazazo había sido tan fuerte que solo se le había ocurrido correr afuera para recuperarse, pero la rabia

había invadido cada célula de su cuerpo cuando iba de vuelta al coche, y una mezcla de orgullo herido y mala leche la habían instado a regresar.

Craso error.

Cuando se enfrentó a la pareja, que era evidente que estaba más que acaramelada, estuvo a punto de salir corriendo de nuevo, solo el orgullo la mantuvo de pie frente a ellos con lo que parecía indiferencia. Luke estaba guapo a rabiar, y aquella maldita rubia, a la que le dieron ganas de arrastrar del pelo por toda la cafetería para devolverle las decenas de veces que le tiró de las coletas cuando era niña, estaba preciosa, con su recogido de peluquería, su maquillaje impoluto, su conjunto de ropa combinando incluso con sus zapatos de tacón… Era una Barbie perfecta, de las que te enamoras nada más verlas en el escaparate y que parecen estar gritándote desde su caja de cartón: ¡cómprame, me necesitas en tu vida!

«*Te has arreglado poco para Morgan.…*».

Dios, ¿cómo una simple frase podía doler tanto?

Estaba claro que ella no se podía comparar con la perfecta Julie Bonet, de hecho, apenas si se había dado un brochazo de colorete antes de salir, con algo de máscara de pestañas y un toque de brillo en los labios. En todo caso, ella era una *Barby*, la imitación china de la jodida muñeca rubia tetona. Jamás en toda su vida había tenido un solo complejo hasta aquel momento.

«Maldito odioso». Apretó los dientes mientras caminaba hacia el coche. Iba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que no había salido sola de la cafetería hasta que fue tarde.

—¡Maldita sea, Lexi, para! —exigió Luke tomándola de una muñeca para detenerla tras haberse hartado de llamarla.

—¡Suéltame! —Se giró a mirarlo con rabia y tiró de su muñeca con tanta fuerza que no pudo disimular un gesto de dolor.

—Joder, no me acordaba, lo siento —se alarmó Luke con pesar—, ¿te he hecho daño?

—No.

«No en la muñeca, al menos».

—Déjame verla —pidió.

De nada le sirvió negarse. Él tomó sus muñecas y las revisó a conciencia.

—No se ve bien aquí. —Ya había oscurecido—. Ven.

Tiró de su mano y la arrastró hasta la luz de una farola.

—Estoy bien, ya las tengo curadas. —Las recuperó de un tirón.

—Vale, ahora hablemos de lo que ha pasado ahí dentro.

Lexi soltó un improperio.

—Luke, de verdad, ¿no tienes otra Barbie a la que llamar? —replicó en un tono ácido—. Seguro que tu agenda está llena de mujeres perfectas, de esas que jamás llevan un pelo fuera de su sitio ni los labios sin pintar.

Él ignoró el comentario.

—En ningún momento he querido herirte.

Lexi se sintió en la necesidad de defenderse.

—Ah, no, no te preocupes, si a mí me importa un rábano lo que tú pienses. —Sonrió con mucho esfuerzo—. Tú tampoco eres mi tipo.

La reacción de Luke no se hizo esperar.

—Es verdad, se me olvidaba que a mí no me sienta el uniforme como debería —dijo mordaz —, y ¿dónde está Morgan?, ¿te vas sin verlo?

—En realidad no he venido a verlo a él —se le ocurrió sobre la marcha, ya harta—, sino a ti.

Aquello pareció sorprenderlo.

—¡Guau! —ironizó—. ¿A qué debo tal honor?

—Némesis y todo ese lío del robo —soltó, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No pienso hablar contigo de eso, es una investigación en curso —le faltó tiempo para decir—. Fin de la conversación

—Una investigación sin pies ni cabeza —replicó con el corazón acelerado—, porque sabes que no tiene ningún sentido.

—Eso es muy discutible —declaró—, es una delincuente.

—No es una ladrona.

—Eso está por demostrar.

Lexi respiró hondo para controlarse. Debía tener cuidado para que sus protestas no parecieran demasiado personales.

—Vamos, Luke, tú mismo dijiste que ha dejado su firma.

Él guardó silencio, y ella añadió:

—¿Qué sentido tiene? Autoinculparse de un robo así no es lógico.

—Está claro que le gusta alardear —opinó

—No es verdad.

—Tiene un puto logo, Lexi, una balanza con una espada o algo así.

Y Lexi estaba muy orgullosa de él, que como bien decía era una balanza inclinada, con una espada en el centro, fusionando justicia y poder en un solo símbolo.

—Eso es distinto, no tiene nada que ver con alardear.

—¿Y con qué tiene que ver, según tú?

—Con la necesidad de ganarse una reputación —intentó sonar neutra—, para conseguir cierta fiabilidad y confianza.

—Y grabarse en vídeo tampoco es una fijación por llamar la atención.

Lexi no esperaba que él lo entendiera, pero debía esforzarse un poco.

—Tú lo has dicho, es un esfuerzo por llamar la atención… lo suficiente como para conseguir cosas —intentó sonar indiferente, aquel era uno de los puntos de su trabajo que ella y Bowie habían analizado muy bien—. ¿Has visto alguno de sus vídeos?

«Si le decía que sí, le daba un *parraque* allí mismo».

—No, al parecer no hay forma de encontrarlos, pero Morgan sí los ha visto, y lo hemos hablado largo y tendido.

—Entonces tendrás claro el porqué de esos vídeos —inquirió—. Vivimos en una sociedad en la que la gente no lee, si sus denuncias fueran solo escritas, es posible que hubiera pasado desapercibida —suspiró—. No es cuestión de notoriedad, Luke, sino de la necesidad de crear contenido viral y conseguir que la gente confíe en ti, y la puesta en escena es importante.

Luke la miró en silencio durante unos segundos que se le hicieron eternos.

—Entonces, ¿tú crees que ella representa un papel?

—Por supuesto, uno muy bien creado para lograr sus objetivos —admitió.

—¿Le aplaudimos? —ironizó.

—No, pero esto del robo no tiene sentido, Luke, ¿por qué tirar por tierra una reputación tan bien construida?

—Porque se ha cansado de ser una defensora de causas perdidas —opinó.

—¿Perdidas? —Sonrió con algo de arrogancia—. Jamás ha perdido una causa, no al menos de las que denuncia públicamente.

—Ya veo que la sigues muy de cerca.

Lexi tragó saliva.

—Lo suficiente como para saber que jamás usaría sus habilidades para robar.

—No puedes estar segura de eso.

—¡Pues lo estoy, maldita sea! —se exaltó un poco—. Conozco a Némesis y sé que es idealista, no la mueve el dinero, y si tú tuvieras dos dedos de frente, te centrarías en encontrar a quien le ha tendido una trampa evidente.

Luke estudió su rostro con el entrecejo fruncido, hasta incomodarla.

—Regresemos a ese *conozco a Némesis*.

Ella lo miró desconcertada y estuvo a punto de blasfemar en alto. Aquello se le había escapado.

—Quiero decir… que sé cómo es.

—¿Por qué?

—Porque…, bueno…

Pensó rápido. Quizá podía convertir aquel error en una oportunidad. Lo valoró unos segundos.

—La conozco de cerca, Luke, yo…

Debía de estar loca, pero siguió hablando.

—…tengo un amigo en común con ella.

El chico la miraba perplejo.

—¿Un amigo?

—Sí, alguien con quien estuve hablando anoche mismo.

Fue obvio que aquello le llamó la atención. La miró con una suspicacia evidente.

—¿A las tres de la mañana?

«Joder, Lexi, que te estás liando…», se amonestó.

—Puede ser —repuso.

—Entiendo.

«Mira que lo dudo», estuvo a punto de decir.

—¿Tu amigo es íntimo de Némesis?

Lexi se limitó a asentir, sin saber hacia dónde podía derivar la conversación.

—Quiero verla.

—¿Perdona?

—Quiero hablar con ella, ¿puedes prepararlo?

—Yo… no.

—Pero has dicho que tu amigo es íntimo.

—Sí, pero es de los amigos a los que no puedes pedirles favores.

—¿Porque salíais juntos?

—Eh…

—¿Es la persona de la que vienes huyendo desde Nueva York?

«Joder, qué lío en un momento», se lamentó, sería mejor ganar algo de tiempo para pensar.

—Voy a ver lo que puedo hacer, ¿te parece?

—No has contestado a mi pregunta. —Lexi lo miró confusa—. ¿Es el tipo del que vienes huyendo?

—Eso no es relevante.

—Para mí sí.

—No veo por qué.

—Porque si es él, prefiero renunciar a mi entrevista con Némesis y que no te le acerques.

Aquello la dejó perpleja. Llevaba meses persiguiendo al hacker y ahora lo tenía más cerca que nunca, ¿y renunciaría a una charla por ella?

—¿En serio?

—¿En serio qué?

—Tú… renunciarías a verla por mí.

—¿Qué pregunta es esa? —Sonó molestó—. Tu seguridad es prioritaria, por encima de cualquier otra cosa, y me ofende que lo dudes.

—Eh… déjame madurarlo un poco —pidió con sinceridad, intentando no sentirse tan bien por sus palabras. Quería creer aquello con todas sus fuerzas, pero Luke hablaba a ciegas y de forma genérica, no quería decir que estuviera dispuesto a escogerla a ella antes que a entregar a Némesis si tuviera ocasión.

Vio que él la observaba con un gesto preocupado.

—¿Qué? —acabó interrogando, incómoda.

—¿Con qué tipo de gente te has estado relacionando, Lexi? Ese tipo de gentuza…

Aquello sí la ofendió.

—Oye, ¿a quién llamas gentuza? —interrumpió furiosa—, ella no es el demonio, ¿sabes? Solo se encarga de hacer caer la justicia sobre todos esos que van por ahí creyéndose superiores por estar podridos de dinero, ellos son la gentuza, pero gente como tú deja que se salgan con la suya a diario.

—Y me conoces lo suficiente como para saber cuánto me molesta —replicó—, pero eso no me autoriza a hacer lo que me dé la gana. No sería mejor que ellos si lo hiciera.

—Vale, se acabó, fin de la conversación. —Estaba a punto de pegarle.

—¿Por qué te pones así? —se quejó irritado—. Siempre te lo tomas todo como algo personal.

—¡Déjame en paz!

Lexi se alejó sin despedirse.

—¿Dónde vas?

—Donde me dé la gana —replicó sin girarse a mirarlo.

«¡Vas a llamar gentuza a quien yo te diga!».

—Estábamos hablando.

—No te aguanto un segundo más.

—Lo siento, pero aún te queda un rato —declaró—, quiero ver a los gatitos.

—No.

—¡¿Cómo que no?! —Fue tras ella—. Son tan míos como tuyos.

—¡Que te has creído tú eso!

—Lexi…

—Sigue todas tus normas, leyes y consignas —se giró a decirle—, y pide la custodia.

—No lo dices en serio.

—¡Por supuesto que sí!

Se subió al jeep, arrancó el motor y aceleró con fuerza.

Luke observó el coche hasta que lo perdió de vista. En ese momento se sentía entre irritado, preocupado y perplejo, ¡y quería ver a sus gatitos!

—¿Esa era Lexi? —interrogó Morgan, deteniéndose a su lado, recién salido de la comisaría.

—Sí, está practicando para un *rallye* —ironizó.

—Sería su copiloto sin dudarlo —suspiró el agente con una sonrisa bobalicona en los labios.

A Luke no le molestó aquella frase, sino el hecho de saber que ella quizá estaría gustosa de

permitirlo.

—Yo prefiero conducir —dijo casi para sí.

—Yo por una mujer así hago un esfuerzo.

Luke miró a Morgan con un gesto mordaz.

—Me sorprendes.

—¿Por qué? Es una mujer preciosa.

Con una sonrisa ahora mezcla sarcasmo y diversión, valoró un segundo lo que estaba a punto de hacer y repuso:

—Es bonita, pero no todos los hombres toleran que no siempre haya sido así. —Sonrió—. Te felicito.

Morgan lo miró confuso.

—No sé si te entiendo.

—Bueno, ya sabes lo suyo —carraspeó—, no siempre fue… tan mujer.

El gesto de desconcierto de Morgan estuvo a punto de arrancarle una carcajada, pero se resistió.

—Perdón, pensé que lo sabías, a veces se me olvida que solo llevas aquí dos meses —fingió pesar—, no he debido decir nada.

—Ahora me dejas inquieto.

—Es que es algo muy personal —calló, consultó su reloj con teatralidad y fingió sopesar la situación—, pero creo que tienes derecho a saberlo si quieres salir con ella.

El agente lo miró con una expresión ansiosa.

—Es que Lexi no siempre se ha llamado así.

—¿Qué?

—Que antes su nombre era mucho más… masculino.

A Morgan estuvieron a punto de salírsele los ojos de las cuencas, y Luke tuvo que luchar contra las enormes ganas de reír con fuerza.

—¿Me estás diciendo que antes era un hombre?

—Eso lo has dicho tú.

—No entiendo.

—Pues no preguntes —aconsejó Luke.

—Pero…

—Oye, estás muy pesado con el interrogatorio.

La expresión de desconcierto, confusión y estupor de Morgan era para grabarla.

«A ver cómo lidias con eso, coletitas», pensó Luke para sí, satisfecho de la hazaña.

—Debo irme ya —informó Luke.

—Pero…

—Tengo prisa, no quiero que se me pase la hora del biberón.

—¿Qué biberón?

Luke se limitó a sonreír y alejarse de allí hacia su jeep. Ya se estaba haciendo tarde, y esperaba encontrar a sus pequeños despiertos…

Capítulo 14

En el rancho Michaelson, ya en su alcoba, Lexi tuvo que darse una ducha caliente para lograr relajarse y controlar un poco todas sus emociones, que la habían desbordado por completo esa noche. Desde que traspasó la puerta de aquella cafetería, no había dejado de sentirse abrumada, sin poder disfrutar de un solo momento de paz y normalidad. No podía evitar ser cada vez más consciente de cuánto le afectaba todo lo referente a Luke, y cómo magnificaba cada gesto, cada palabra, cada emoción que él le provocaba, las buenas, las malas, las… intensas y febriles…

Suspiró e intentó dejar la mente en blanco mientras el agua caliente le caía sobre la cabeza y el rostro, hasta que desistió en su empeño:

—¡Es que es un retrógrado cuadriculado y cabezota! —dijo en alto, recordando su última conversación.

Le molestaba mucho, cada vez más, lo poco tolerante y respetuoso que Luke era con Némesis, una faceta de su vida que, a pesar de haber tenido que abandonar, la hacía sentirse muy orgullosa de sí misma.

—¡Para qué va a molestarse en investigar a cuánta gentuza de la de verdad he ayudado a detener! —se sulfuró—. ¡Él solo ve a la delincuente!

¿Para qué querría una cita con Némesis, si era obvio que jamás escucharía nada de lo que tuviera que decir?

—¡No puede ser tan idiota como para pensar que va a convencerme para entregarme! ¡A lo mejor cree que voy a caer rendida a sus encantos! —ironizó—. Todavía si pensara esposarme a su cama…

Se calló en seco, molesta, preguntándose de dónde había salido aquel último pensamiento, y cerró el grifo con irritación. Ni tomar una ducha tranquila la dejaba aquel odioso sin meterse en su cabeza con sus tonterías y sus plumas marabú.

«Te recuerdo que él no tiene ningún interés en lo que llamas tonterías».

—¡Ya está el puto Pepito Grillo tocándome el…!

Unos golpes a la puerta de la alcoba, tan fuertes como para escucharlos desde el baño, interrumpieron sus pensamientos. ¿Alguien intentaba echar la puerta abajo o qué?

Malhumorada, se secó lo suficiente para no chorrear agua, se enrolló una toalla alrededor del cuerpo y corrió a abrir. Como fuera Alyssa para hacerle un tercer grado sobre Luke, iba a mandarla a un lugar lejano y apestoso.

Volvieron a llamar, esta vez aún con más ahínco.

—¡Espero que haya un incendio en alguna parte! —gritó mientras abría, y se quedó perpleja.

Unos increíbles ojos azul cobalto recorrieron su cuerpo de arriba abajo con descaro.

—Hablando de incendios… —lo escuchó murmurar, y no pudo evitar acalorarse a su vez.

—¡Son las once de la noche! ¿Tú no tienes casa? —interrogó, intentando que su evidente inspección visual no la intimidara.

—¿Y tú no tienes ropa?

—Luke, si has venido a molestar…

—He venido a ver a *Kala* y *Midades*.

—¡No vamos a llamarlos así! —protestó de inmediato.

—¿Por qué no? Les pega —opinó—, llevaban días pasando calamidades hasta que nosotros llegamos a rescatarlos.

—¿Y quieres recordárselo durante toda su vida?

Él pareció sopesarlo.

—Tienes razón, me has convencido.

—Vaya, eso es nuevo, jamás pensé que fuera posible convencerte de algo —ironizó.

—Pues en este momento… —la miró de nuevo con descaro—, creo que podrías convencerme de lo que quisieras.

«Solo pretende molestarme», tuvo que recordarse para no hacer o decir nada que pudiera lamentar, pero su condenado cuerpo hervía solo con pensarlo.

—En ese caso, espero poder convencerte de que te largues —acabó diciendo con una nota de esperanza en la voz.

Él fingió valorarlo.

—Rectifico, en este momento podrías convencerme… de *casi* todo —sonrió burlón—. Quiero ver a *nuestros* gatitos —intentó asomarse a la habitación—, Scott y Aly me han dicho que los tienes aquí.

—¿Mi hermano te ha dejado subir?

—¿De no ser así crees que iba a colarme hasta tu cuarto como un vulgar ratero? —se burló —. Además, en ese caso, habría entrado por la ventana.

—Habría sido mejor —afirmó, echando a un lado una imagen tan inquietante… y apetecible —, un ligero empujón y asunto solucionado.

—Serías capaz —repuso en un tono de fingida decepción.

—El arbusto de debajo amortiguaría la caída.

—Qué mala persona —suspiró—, pues lo siento, pero tengo permiso de Scott.

—Obviando el hecho de que no necesito permiso de mi hermano para nada, es raro que te haya animado a subir tan a la ligera.

Lo miró con un gesto acusador y él se obligó a puntualizar:

—Vale, en su defensa debo decir que creo que los he pillado empezando algo que no les apetecía interrumpir —sonrió con sinceridad y Lexi tragó saliva—. ¿Piensas dejarme pasar o…?

—O —escogió con rapidez.

Intentó cerrar la puerta, pero él fue más rápido y metió un pie para impedirlo.

—¡Me tienes muy harta esta noche! —cedió, soltando un bufido, y se hizo a un lado al fin.

Él sonrió con un punto de descaro y arrogancia que la fascinó, tanto que se le habrían caído las bragas solas…, si las llevara puestas.

«Ay, Dios, ¡que estoy desnuda!», su cuerpo ardió de la cabeza a los pies.

—Lexi… —la miró a los ojos cuando pasó ante ella—, será mucho mejor para los dos que te vistas.

—¡No me da la gana! Esta es mi habitación —declaró irritada—. Si te incomoda mi desnudez, lárgate.

—Pues tú verás —le dio un repaso de cuerpo entero de nuevo con la mirada—, pero me has jodido la noche y me he quedado a dos velas, igual me pueden las ganas.

—¡Qué gracioso!

«Y qué calor hace aquí, por Dios».

Luke sonrió, se coló en la habitación y se giró a mirarla.

—Pensándolo bien, quizá deberías responsabilizarte y compensarme —opinó—. Estoy a pan

y agua por culpa de tus bromitas.

¿Y bromeaba con que ella sustituyera a doña pestañas batientes? ¡Como si fuera mujer de segundo plato, alguien con quien conformarse! Incluso siendo consciente de que se estaba burlando de ella, se sentía ofendida.

—Intenta tocarme y te tragas los dientes —advirtió.

—¿Tendría que asustarme esa amenaza? —interrogó divertido.

Lexi apretó los puños. Era evidente que se estaba divirtiendo a su costa, pero a ella no le hacía gracia alguna. Muy a su pesar, sentía montones de mariposas aletear en su pelvis. Estaba desnuda, en una habitación a puerta cerrada, junto a una cama enorme…, con el único hombre al que había deseado toda su vida.

Lo mató con la mirada, confiando en que aquello disimulara… todo lo demás.

—¿Y la amenaza de gritar hasta que Scott tire esa puerta abajo dos segundos más tarde tampoco te intimida?

—Tú eres la que se niega a vestirse. —Izó las manos, eximiendo la culpa—. Y si te comprometes a mantenerme a raya si no logro contenerme, me arriesgaré a quedarme donde estoy.

—Muy bromista te veo —sonrió mordaz—, me dan ganas de dejar caer la toalla solo para comprobar si puedes correr aún más rápido que delante de un pitbull.

Aquello solo consiguió que él clavara una mirada intensa y brillante sobre ella, que la obligó a tragar saliva sin tener muy claro a qué podía deberse, pero no tardó en entenderlo.

—Pues ten cuidado, coletitas, porque acusarme de cobarde en un momento como este no es muy inteligente por tu parte —la miró aún con más intensidad—, a ver si vas a ser tú la que acabe echando a correr.

Lexi también era competitiva, y no llevaba nada bien ser quien tuviera que recular y retirarse. Posó sobre él una mirada cargada con una mezcla de obstinación y atrevimiento, llevó sus manos al borde superior de la toalla y extrajo el pico que tenía remetido. Él permaneció en silencio, aguardando acontecimientos, sin perderse un solo movimiento.

—Que conste… —ahuecó la toalla mostrándole un poco más el pronunciado escote—, que voy a vestirme para no ponerte en ridículo, no creo que necesites mi ayuda para eso. —Se acomodó la tela sobre el pecho y volvió a remeterla.

Él se limitó a guardar silencio. Lexi se dio media vuelta, caminó hacia el baño y…

—Por cierto… —se giró con rapidez hacia él y lo cazó justo donde quería, con la vista clavada en el dobladillo de la toalla.

Lejos de avergonzarse, él se limitó a sonreír y mirarla con descaro.

—Dime.

A Lexi la mató aquella sonrisa canalla. Ya ni sabía qué era lo que iba a decir… Las ganas de dejar caer aquella toalla y ver qué pasaba eran ahora acuciantes, y aquello debió reflejarse en sus ojos, porque, tras sostenerse la mirada durante unos largos segundos, lo escuchó murmurar:

—Ponte algo de ropa rápido, coletitas, porque toda broma deja de serlo en algún momento.

Aquello la noqueo por completo. Sus ojos azules brillaban demasiado como para llamarse a equívoco, y eso la fascinaba.

—Yo no soy una Barbie —declaró acalorada, recordándose así que no era su tipo.

—Lo tengo muy claro —aseguró, sin apartar sus ojos de ella.

Lexi lo miró irritada. Sí, él tenía claro que ella no estaba a la altura de sus preferencias. ¡A la mierda con el puñetero Ken y toda su familia política!

Se alejó de él hacia el baño, se encerró a cal y canto y prometió quedarse allí hasta que él se

aburriera de jugar con los gatos y se largara.

Se secó el pelo, se echó crema por todo el cuerpo, se lavó los dientes…, hizo toda su rutina tras la ducha lo más despacio que pudo.

Diez minutos después, la aburrida era ella.

Cerró la tapa del váter, se sentó encima y se preguntó cuánto tiempo tenía él pensado estar allí.

«Joder, ¿por qué no he cogido mi móvil?», suspiró. No llevaba bien no tener nada que hacer.

—Estoy en mi cuarto, ¡qué narices! —Se puso en pie dos minutos después—. Aquí la que sobra no soy yo.

Se miró en el espejo con atención y frunció el ceño. Había escogido aquel camisón cuando aún estaba sola, uno sencillo y cómodo, que apenas le llegaba hasta la mitad del muslo, pero que no era ni de lejos el más sexi que tenía. Mientras charlaba con los gatitos antes de meterse en el baño, le había parecido gracioso porque justo llevaba el dibujo de un tierno gatito en mitad del pecho, pero ni siquiera había reparado en las letras que se leían justo debajo.

Solo parece inocente…
hasta que se apagan las luces.

Aquella frase tomaba un cariz inquietante con aquel metro ochenta y siete atrincherado junto a su cama.

«Mierda, debí coger una bata».

Se recordó que estaba sola cuando había entrado en el baño, era aquel idiota el que debía aburrirse, pero en otra parte. Y sí, era una frase con un doble sentido evidente, pero el camisón no podía ser más virginal, era posible que él ni se diera cuenta, no era el colmo de la sensualidad, y él no solía mirarla dos veces.

No lo pensó más y salió del baño aparentando más serenidad de la que sentía.

Luke se había acomodado en la cama de un modo… turbador. Con la espalda apoyada en el cabecero, las piernas estiradas sobre la colcha y los pies cruzados uno encima del otro, se le veía tan a gusto que parecía ser ella la que sobraba en la habitación. Para más inri, jugaba con los gatitos de forma distraída con una sonrisa en los labios, que se borró en cuanto posó sus ojos sobre ella.

«Joder, ¿por qué narices me mira así?», se preguntó confundida. «¡Igual le molesta mi presencia al muy…!».

—¿Aún no te has cansado? —inquirió irritada, sintiéndose demasiado acalorada frente a la sensual imagen—. Y no te cortes, eh, acomódate un poco más, como si estuvieras en tu casa —ironizó.

—No te alteres, coletitas, y ponte algo encima que vas a coger frío.

¿Frío con él en la habitación? Iba a tener que volverse a la ducha si seguía allí. Ignoró el comentario y caminó hasta la cama.

—Vas a mancharme la colcha. —Señaló sus botas.

—No estoy tocándola.

—Me da igual, quítalas de mi cama.

Necesitaba que cogiera una postura menos… cómoda, una que no la invitara a sentarse encima y…

—¡¿Qué coño haces?!

—Me has dicho que quite las botas de…

—Que las quites de mi cama…

—¡Pues eso!

—…no que te las quites.

Pero era tarde. Una bota de Luke voló al suelo antes de que hubiera acabado la frase.

—Haberte explicado mejor —opinó mientras lanzaba la segunda.

—¡Cómo me llegue un mal olor te largas! —exclamó molesta.

Luke rio divertido.

—Me he duchado hace hora y media, no te preocupes.

—Ah, es verdad, se me olvidaba que habías quedado con doña pestañas batientes.

—Puede que te sorprenda, pero… suelo ducharme aunque no tenga pensado echar un polvo.

Aquella conversación era lo último que necesitaba.

—¿Y tienes pensado estar aquí mucho rato? —interrogó, poniendo los brazos en jarras para enfatizar su irritación.

Luke posó sobre ella una mirada extraña, que apartó con rapidez.

—Joder, en este momento creo que pasaría días enteros sin salir de esta cama —murmuró entre dientes.

—¿Perdona?

—Es que… estoy muy cansado —suspiró en un tono serio.

Por primera vez, Lexi fue consciente de su expresión de agotamiento. Ella había podido descansar a lo largo del día, pero él lo había pasado trabajando.

—¿No dormiste nada anoche?

—Un par de horas, y ha sido un día duro.

Lexi se negó a apiadarse de él, de hacerlo, estaría perdida.

—¡Haberte ido a tu casa!

—Ya, pero… —parecía avergonzado— me moría de ganas de estar con los gatitos.

Sonó tan dulce que Lexi sintió una punzada de ternura.

—Vale, tendremos que acordar un horario de visitas —aceptó, soltando un suspiro de resignación—, pero no puedes colarte en mi habitación cuando te dé la gana.

—¿Por qué? ¿Scott no puede venir cuando quiera?

«A Scott no quiero arrancarle la ropa con los dientes». ¡Joder! ¿Por qué no podía controlar que le vinieran aquel tipo de pensamientos a la cabeza?

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —se ofuscó de nuevo—. ¿Te estás quedando conmigo? ¡Por razones obvias!

—¿No irás a decirme que no me ves como a un hermano, coletitas? —Sonrió mordaz.

Lexi apretó los dientes.

—Sí, como a uno adoptivo de esos a los que se detesta nada más conocerlos.

—Vaya por Dios, qué desaprensivo soy —replicó con un toque de diversión—, ¿y tú serías la hermanita inocente?

—Por supuesto.

—Solo hasta que se apagan las luces, al parecer. —Señaló su pecho.

Joder, para apenas mirarla, no se le pasaba una. Sintió sus ojos sobre el dibujo del camisón, justo a la altura de sus pechos, y su cuerpo reaccionó sin remedio, casi al instante. Sus pezones se endurecieron de un modo tan evidente que Lexi soltó un grito de protesta y cruzó los brazos sobre el pecho para taparse. Era imposible que él no se hubiera dado cuenta.

—Voy a bajar a llenar el termo de leche caliente para la toma de la madrugada —le dijo, intentando esconder su mortificación—. Te largas en cuanto suba.

No se paró a escuchar la réplica. Salió de la habitación como alma que lleva el diablo, sin saber… lo cerca que había estado de conseguir lo que más anhelaba.

Luke soltó el aire que había estado conteniendo en cuanto la puerta se cerró. En ese instante, le dolían los brazos del esfuerzo que había tenido que hacer para controlarse y evitar tirar de ella hacia la cama para acabar de una vez con aquella agonía. Soportaba una erección del quince desde que había puesto sus ojos sobre ella, chorreando agua, envuelta en aquella toalla, pero aquel camisón había terminado de rematarlo. No creía que ella fuera consciente de la provocativa e irresistible visión que presentaba. No podía evitar desear aquellas largas y perfectas piernas rodeando sus caderas mientras le demostraba… qué ocurría cuando apagaba las luces. De no estar ardiendo ya hasta los cimientos, aquella frase habría acabado de reducirlo a cenizas solo con la simple insinuación.

Inspiró hondo intentando relajarse. Todo en aquella habitación olía a ella, y aquel aroma envolvía sus sentidos cada vez más. El recuerdo de su reacción a su mirada palpitaba entre sus piernas, enloqueciéndolo. Se le hacía la boca agua solo pensando en saborear aquellos pezones que había visto taladrar la tela del camisón con absoluta claridad.

«Joder, ¿hasta cuándo voy a poder resistirme?», se preguntó, de repente muy abatido. No había nada que pudiera ofrecerle a Lexi, salvo… un sexo de primera a juzgar por cómo la deseaba; eso suponiendo que ella estuviera dispuesta, que ya era mucho suponer, pero nunca habría un futuro que planear, algo que convirtiera sus intenciones en honestas. Jamás podría volver a mirar a Scott a los ojos si cedía, era posible que él mismo no se lo perdonara nunca. No, satisfacer sus instintos más primarios con Lexi solo porque despertara de aquella manera al animal que llevaba dentro nunca sería una opción. El problema era que, a pesar de saber que debería mantenerse lejos de ella, no podía, como también empezaba a no poder controlar las insinuaciones, las miradas, el tonteo…, y ella parecía responder a todos aquellos estímulos con la misma moneda; salvo cuando se enfurecía, y entonces él solo quería apagar su furia y doblegarla de la forma más primitiva.

«¿Y por qué sigues aquí?», le gritó su conciencia a pleno pulmón. Sí, hacía rato que debería haberse largado. «No deberías haber entrado, en primer lugar». Eso también lo sabía, y seguía sabiéndolo cuando se acomodó en la cama un poco más, aspirando el aroma floral con un sutil toque de cítricos que le llegaba con claridad desde su almohada; aquel perfume cautivaba sus sentidos, lo enloquecía…

Cerró los ojos e inspiró hondo. Los gatitos ronroneaban acostados sobre su pecho, y él estaba tan cansado…

Capítulo 15

Lexi hizo algo de tiempo en la cocina. Dio largos paseos alrededor de la isleta, se tomó un vaso de leche frente a la puerta abierta de la nevera, se mojó las muñecas bajo el chorro de agua fría y acabó por sacar unos cubitos de hielo que casi la matan de la impresión cuando se los puso sobre el cuello, pero nada funcionó, el deseo que palpitaba entre sus piernas seguía atormentándola. No podía sacar de su mente la imagen sensual de Luke en su cama, ni… la última mirada que él le había dirigido antes de que ella se largara de allí, huyendo del bochorno que las reacciones de su cuerpo le habían provocado. El fuego que creía haber leído en su mirada debía de estar solo en su imaginación, pero a pesar de saberlo, aquello no contribuía a calmar sus ardores.

Cuando creyó que podía enfrentarse a él sin morirse de la vergüenza y sin intentar arrancarle la ropa, calentó la leche de los biberones, la metió en el termo para que aguantara caliente hasta que les tocara la toma y subió las escaleras, dispuesta a echarlo a patadas de allí de ser necesario.

—Se acabó la hora de visitas —dijo antes de arrepentirse, pero se detuvo en seco frente a la imagen más adorable que había visto en mucho tiempo.

Luke, tumbado en la cama, con los gatitos acurrucados sobre el pecho, dormía con placidez. A Lexi se le escapó un suspiro inevitable mientras su corazón palpitaba con fuerza.

«Dios, estoy totalmente pirrada por él, ¿qué narices voy a hacer?». Seguir engañándose ya no era una opción, pero lo más urgente en aquel momento era decidir si lo despertaba o lo dejaba dormir.

Caminó hasta la cama y, con cuidado, tomó a los dos gatitos y los pasó a su cesta, donde siguieron durmiendo, y Luke tampoco se despertó. Lexi lo contempló a placer durante una eternidad, desde su hermoso rostro hasta… la punta de los pies, sin dejarse un centímetro. Después, cuando comenzó a sentir incluso vergüenza por ser tan descarada, le dio pena despertarlo y acabó arropándolo.

Aún faltaban al menos tres horas hasta que los felinos volvieran a demandar comida, y no podía irse de la habitación por si no los escuchaba maullar, pero tampoco iba a permanecer de pie toda la noche. Con cuidado para no despertarlo, se tumbó junto a Luke, intentando mantener una distancia de seguridad adecuada. Ella también seguía acumulando cansancio del día anterior, así que no habían pasado ni cinco minutos… cuando cayó en un profundo sueño.

∞∞∞

Adormecido, con la sensación de laxitud más embriagadora que había sentido jamás, Luke abrazó aún con más fuerza a la mujer que se acurrucaba contra su costado. La tibieza del cuerpo femenino le calentaba hasta el alma. Aquel era uno de los sueños más vívidos que había tenido jamás, y… sabía con exactitud a quién tenía entre sus brazos, casi era capaz de oler su adorable aroma. Entre la bruma, el sonido de los maullidos de los gatos le llegaba cada vez más alto, hasta que de forma fugaz algo en su cabeza encajó y lo puso todo en perspectiva.

Abrió los ojos de golpe, de repente consciente y alerta de la realidad. Aún estaba en la alcoba

de Lexi y era evidente que se había quedado dormido. El reloj de la mesilla marcaba las tres. Al parecer, había dormido a placer durante varias horas.

Suspiró y cedió a la necesidad de mirarla. No tenía ni idea de cómo había llegado ella a sus brazos, pero se resistía a soltarla.

Los felinos comenzaron a maullar cada vez con más fuerza, al mismo tiempo que su cuerpo le pedía a gritos más intimidad, algo que no era posible.

Con mucho cuidado para no despertarla, sacó el brazo con el que la atraía hacia sí y contuvo la respiración cuando ella se revolvió en la cama, dormida. Sonrió al escucharla murmurar algo ininteligible en sueños, y no pudo evitar mirarla a placer, hasta que se obligó a levantarse para que los pequeños no acabaran despertándola con sus maullidos.

Llenó los biberones con la leche caliente del termo y les dio de comer mientras disfrutaba del silencio de la noche, la ternura de los felinos y… la visión más hermosa que había visto jamás, convertida en mujer. Verla dormir resultaba paradójico. Jamás la había visto tan callada durante tanto rato, y por un lado le inspiraba una ternura extraña, difícil de explicar, pero por otro… solo deseaba volver a la cama y despertarla muy despacio, hasta ver reflejado en sus ojos aquel brillo con el que lo había mirado antes de salir de la habitación unas horas antes…

…pero debía marcharse, era lo más honesto.

Cuando los gatos acabaron el biberón, se puso las botas, se sentó en la cama junto a ella y le acarició el rostro con suavidad. No podía irse sin hacerle saber que los pequeños ya estaban atendidos.

—Lexi… —susurró, y aguardó hasta que ella abrió los ojos, adormecida por completo—, ya le he dado de comer a los gatitos.

La chica sonrió de forma perezosa, era evidente que estaba más dormida que despierta. El gesto soñoliento le inspiraba una ternura que le impedía levantarse de la cama, mientras no acababa de estar seguro de si había interiorizado o no sus palabras. Por fortuna, la sábana le tapaba casi hasta el cuello, o dudaba de que hubiera podido contener las manos

—Adiós, preciosa, puedes seguir durmiendo hasta por la mañana —le dijo, acercándose a susurrárselo casi al oído.

—Qué detalle —musitó complacida—, déjame agradecértelo…

—No es necesario que… —No le dio tiempo a completar la frase. Lexi izó la cabeza un poco y llegó hasta sus labios para darle el beso más dulce que Luke había recibido jamás y al que le habría sido imposible resistirse. Hasta que ella acarició los labios masculinos con la punta de la lengua, convirtiendo la ternura en una sensualidad de la que… le fue más imposible aún huir.

«Está dormida», tuvo que recordarse, sintiendo que su cuerpo se rendía cada vez más, pero sus labios tenían un sabor demasiado dulce, idéntico al de la lengua que se coló en su boca buscando la suya, y que provocó un estallido de lujuria en Luke que lo cogió desprevenido.

«¿Y si ni siquiera sabe a quién está besando?». Aquel pensamiento lo golpeó tan fuerte que se hizo a un lado al instante, como si estuviera impulsado por un resorte, antes de permitirse profundizar en su boca. Por un segundo temió incluso haberla despertado, pero suspiró tranquilo cuando ella se revolvió entre las sábanas, se giró hacia un lado y siguió durmiendo.

Luke soltó un improperio entre dientes, maldiciendo su debilidad, y salió de la habitación casi a la carrera para evitar más deslices.

Por suerte conocía muy bien la casa. En penumbra, bajó las escaleras y se coló por el pasillo que llevaba a la cocina, que sabía que era la única puerta por la que podría salir a esas horas y volver a dejarlo todo cerrado. Pero cuando entró en la cocina, se topó de frente con Alyssa, que estaba apoyada sobre la isleta comiendo helado de chocolate con total placidez. Llevaba puesta

una camisa de Scott y en la cara una sonrisa mezcla sorpresa y picardía.

Luke maldijo para sí, diciendo adiós al no tener que dar explicaciones. Vio que Alyssa miraba el reloj de pared de la cocina y sonreía aún más.

—Las tres y media —bromeó divertida—, una hora interesante para visitas.

—Me he quedado dormido —aclaró de inmediato.

—Ya.

—Es en serio.

—A mí no tienes que darme explicaciones, Luke.

—Pero quiero dártelas, no quiero problemas con Scott.

—¿Por qué deberías tenerlos? —interrogó Alyssa—. Lexi es mayorcita, y si entre vosotros…

—Entre nosotros nada de nada —interrumpió de inmediato—. Sigue disfrutando de tu helado y olvida que me has visto, porque no hay nada de lo que estás pensando.

«Bueno, en tus pensamientos sí», atacó su conciencia, haciéndolo sentir fatal.

Se despidió y salió por la puerta de la cocina sin más dilación.

Alyssa sonrió y siguió disfrutando de su helado, sin moverse, hasta que se escuchó el cierre de seguridad y exclamó:

—¡Se te va a quedar el culo helado! —soltó una carcajada que llevaba un rato conteniendo.

Scott la miró desde su posición, sentado en el suelo tras la isleta, y soltó un improperio que hizo estallar a Alyssa en carcajadas de nuevo.

—Si llego a estar vestido, se entera.

—No te quejes, al menos llevas puestos los calzoncillos, y agradece que no haya bajado antes.

Refunfuñando, se puso en pie con una evidente expresión de alivio que hizo reír a la chica. Apenas cinco minutos atrás, Scott disfrutaba del helado directamente desde el cuerpo de Alyssa.

—Si encima nos interrumpe, le retiro el saludo.

—Pobre, ha estado a punto de cobrar sí o sí —sonrió—, y ni lo sabe.

—De pobre nada, ¡son las tres y media! —se puso en pie—, espero por su bien que sea cierto que se ha dormido.

—¿Y si no? —Lo miró burlona—. Es el sheriff, lleva un arma.

Scott la observó con el ceño fruncido.

—Tú quieres guerra, ¿no?

Alyssa posó sobre él una mirada sensual.

—Claro, en cuanto me termine el helado.

—¿Te termines? Perdona, pero me corresponde medio.

—¿Medio? Yo diría que solo una tercera parte que ya te has comido, y con intereses —declaró, alejando la tarrina de Scott cuando intentó alcanzarla—, las otras dos partes nos corresponden al bebé y a mí.

Scott sonrió, puso las manos sobre el abdomen de la chica y se inclinó a decir:

—Menuda lista es tu madre —suspiró de forma teatral—, luego se pregunta a quién ha salido tu hermanito.

—¿A mí? ¡Si es tu mini clon!

Y ambos sabían que era cierto. El chico se incorporó con una sonrisa y besó los labios de Alyssa con apremio. Después, la miró con una expresión inquieta.

—¿Qué te pasa? —se interesó ella, soltando el helado y echándole los brazos al cuello.

Scott acarició su rostro con ternura.

—Me preocupa mucho Lexi —admitió—. Todo ese asunto del robo, de Némesis, la vida que llevaba en Nueva York… no me gusta nada. Está metida en un problema serio, Lyssie.

—Lo sé —asintió—, pero no nos adelantemos, vamos paso a paso.

—También me inquieta Luke —reconoció—. No sé cómo va a reaccionar, y algo me dice que no va a tardar en enterarse.

—Parece que se preocupa por ella —sonó cauta.

Scott asintió.

—Se ha criado en el rancho con nosotros —le recordó—, es casi como una hermana pequeña, tanto para Alek como para…

—No, Scott —sonrió—, no te equivoques, Alek y Luke no miran a Lexi de la misma manera.

—Lyssie… —intentó quejarse.

—No entiendo tu reticencia, Scott —dijo ya sin bromear—, es uno de tus mejores amigos, ¿nunca has pensado que entre ellos…?

—¿Tú los has visto discutir?

—Sí, precisamente porque los he visto discutir te lo digo —sonrió.

Aquel parecía un tema tabú para Scott, que siempre se apresuraba a cambiar de tercio en cuanto se tocaba.

—Lyssie, Luke es el mejor amigo que uno puede tener —empezó diciendo—, pero nada más.

—¿Crees que no sería una buena pareja? —se extrañó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiere —confesó—. Solo hay una cosa que él ha tenido clara toda su vida…

Ella aguardó con curiosidad.

—…y es que no quiere nada de lo que se supone convencional —contó—, amor, matrimonio, hijos…

—Eso es absurdo.

—No para él —aseguró—. Lo tiene muy claro, por eso se limita a ir de flor en flor, sin permitirse anidar en ninguna.

—¿Y por qué crees que lo hace? —interrogó con curiosidad—. No es una actitud lógica, responderá a un motivo.

Scott se encogió de hombros.

—Jamás lo hemos hablado —reconoció—. Se pone a la defensiva en cuanto tocamos el tema.

—Entiendo.

—Pues entiende también que, por mucho que sea de mis mejores amigos, no lo quiera cerca de Lexi como tú sugieres. ¿Sabes qué milagro tendría que darse para que funcionara?

Alyssa lo miró ahora con sincera preocupación. Aquello cambiaba su propia percepción de la situación. Por mucho que Lexi lo negara, la forma en la que miraba a Luke hablaba por sí sola, se diera cuenta ella o no. Algo que… de repente ya no le parecía tan buena idea.

—Ahora me quedo preocupada —protestó, estrechó el abrazo y se esforzó por sonreír—, vas a tener que ayudarme a evadirme un poco, porque…

El porqué no le dio tiempo a pronunciarlo. Scott tenía demasiadas ideas en mente como para esperar a ponerlas en práctica…

Capítulo 16

Cuando Lexi bajó a desayunar a la mañana siguiente, solo quedaba Alyssa en la mesa. Scott se acababa de marchar a llevar a Max al colegio y el abuelo Conrad había salido a dar uno de sus habituales paseos matutinos.

—¿Qué tal la noche? —se interesó Lexi mientras se servía un café.

—No me puedo quejar —suspiró Alyssa—, y no he sufrido ni una sola náusea esta mañana, además. ¿Y tú?

Lexi se encogió de hombros, no tenía por qué contar… de más, ya estaba demasiado jodida sin comentar la jugada.

—Todo bien, he dormido bastante —se limitó a decir mientras se servía un café.

—Sí, supongo que repartiros el trabajo ayuda —aceptó la pediatra como si hablara del tiempo.

Lexi la miró con un gesto perspicaz y no necesitó preguntar.

—Le viste salir —afirmó sin dudarlo. Alyssa asintió—. Pues antes de que me hagas un tercer grado y empieces con tus bromitas, te cuento que se quedó dormido y me pareció feo despertarlo.

—Eso dijo él.

A Lexi le habría gustado ver la cara de Luke cuando Alyssa lo hubiera pillado saliendo de madrugada.

—Y… ¿dijo algo más?

—¿Qué más podría haber dicho?

—Nada, claro —titubeó intentando no ruborizarse—. ¿Le vio Scott?

—No —miró hacia otro lado—, yo había bajado a tomarme un vaso de leche.

Lexi asintió y esperó las guasas de Alyssa, pero, por algún extraño motivo, no llegaron.

—¿Te pasa algo? —interrogó con cierta intriga.

—No, ¿por?

—¿No vas a decir nada más, Aly? —Arqueó las cejas—. No me lo creo.

—Si dices que no hay nada que contar… —Se encogió de hombros.

Lexi prefirió dejar correr el tema. Alyssa estaba rara, pero era mejor así. La noche había sido demasiado intensa y no sabía si podría ocultárselo del todo. Nada más despertar a las siete de la mañana, su mente había volado justo al momento en el que Luke se marchó, en mitad de la madrugada, algo que…, a todos los efectos, solo había pasado en sus sueños, y moriría afirmando justo aquello.

Debió ruborizarse, porque sentía su cara arder, y era evidente que Alyssa también era consciente, pero, una vez más, guardó silencio, sorprendiendo de nuevo a Lexi.

—He tomado una decisión tras consultarlo con la almohada, Aly —le confió ahora, soltando un suspiro—. No sé si vais a estar de acuerdo, pero tendréis que respetarlo.

Aquello pareció incomodar a la pediatra.

—¿De qué hablas?

En respuesta, Lexi sacó su teléfono y marcó un número antes de perder la valentía. Si se lo decía a Alyssa, intentaría convencerla de que no lo hiciera.

—Buenos días, Luke —saludó al teléfono, y frunció el ceño—. ¿Quién carajos voy a ser, es

que no tienes mi número guardado? —Apretó los dientes—. Mira, cuando te canses de bromitas, me devuelves la llamada.

Colgó sin más, irritada. ¡Cómo si decidirse a llamarlo hubiera sido tan fácil!

—Un comienzo de mañana precioso —se burló Alyssa, esta vez sin poder evitar reír.

—¡Es un idiota! —rugió.

—Tienes un carácter de mil demonios, coletitas —la sorprendió Luke entrando en el comedor justo en ese momento.

Lexi se apresuró a mirarlo con un gesto airado, sin poder evitar admirar lo bien que le sentaba el uniforme. Se concentró en saludar a Yako para no delatarse. Aquella mañana todo parecía diferente, y tenía claro el porqué.

«Solo fue un sueño, ¿recuerdas? Nada más. No cometiste… cierta estupidez, y él no se apartó de un salto y se largó como si tuvieras una enfermedad contagiosa».

—¿Ahora vives aquí y no me lo has dicho? —ironizó.

Luke sonrió divertido.

—¿Si te digo que ya te he grabado en la agenda, me preparas un café?

—Es muy posible que te escupiera en la taza. —Cruzó los brazos sobre el pecho, matándolo con la mirada—. Y no hace falta que me agregues, no vayas a quedarte sin espacio y tengas que dejar a alguna de tus barbies fuera por mi culpa.

Con una sonrisa socarrona, Luke atacó:

—Lo que me sorprende es que tú tengas el mío, dado que no lo has marcado jamás.

—Y no lo tenía, me lo ha pasado Alyssa —mintió—. ¿Para qué iba a querer yo tu número?

La aludida suspiró, pero no dijo nada, se limitaba a mirar de uno a otro con un claro gesto de resignación.

—¿Y hay algún motivo para que me hayas llamado tan temprano?

—Pues sí —dijo de carrerilla—, he recibido una llamada esta mañana que te va a encantar.

Él la miró con el entrecejo fruncido y aguardó a que siguiera hablando.

—Anoche, justo antes de que llegaras, moví algunos hilos…

—¿Llamaste a ese tipo?

—¿Qué tipo? —intervino Alyssa con rapidez.

—Del que vino huyendo hasta Kentucky —contó Luke.

Alyssa miró a Lexi con cierta sorpresa, pero se calmó en cuanto recibió un gesto de evidente negación.

—Tú querías hablar con ella.

—¡¿Con quién?! —dijo Alyssa de nuevo, esta vez mucho más preocupada.

—Lexi, te dije que…

—Ha aceptado —interrumpió sin pensarlo.

—¿Qué? —Luke la miró perplejo.

—Me ha llamado esta mañana, ella en persona.

Él la miraba alucinado.

—Ay, Dios, se ha vuelto loca —murmuró Alyssa casi para sí, pero ambos la ignoraron.

—¿Némesis te ha llamado?

—Nemo para los amigos, pero sí.

Joder, estaba cada vez más nerviosa. Cuando había decidido concederle aquella entrevista para ver de qué pie cojeaba e intentar ponerlo de su parte, le había parecido mejor idea, pero ya no podía echarse atrás.

—¿Qué te pasa? —interrogó Lexi ahora, frente a su silencio—. Pensé que era lo que querías.

—Me preocupa lo que hayas tenido que hacer para conseguirlo —admitió—. Si por esto le debes a ese tipo algún favor…

—¡No le he prometido sexo telefónico, por el amor de Dios! —protestó.

No entendía nada. Parecía preocuparle en serio aquello. Por un instante se imaginó presentándole a Bowie y estuvo a punto de reír, solo a punto, porque su enfado estaba en un momento demasiado álgido.

—¿Quieres o no hablar con Némesis?

Luke la observaba con un gesto crítico. Después, desvió la mirada hacia Alyssa.

—¿Tú lo sabías?

El intercambio de miradas entre ellas fue demasiado evidente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alyssa con la voz estrangulada y un gesto de preocupación.

—Acabas de contestarme —se quejó Luke, y soltó un improperio—. Solo falta que Scott también esté al corriente de tus amistades.

—Deja ya de juzgar a todo el mundo —se quejó Lexi, cada vez más enfadada—. ¿Quieres o no hablar con Nemo?

—¡Quiero, sí, obvio! —acabó aceptando—. ¿Dónde?

—Te llamará a…

—¿Llamarme? No, quiero verla en persona.

Lexi estuvo a punto de reír con histrionismo.

—Me temo que eso no va a poder ser.

—Ya hablé con ella por chat, y no te necesité a ti para nada.

—Una videollamada es todo lo que puede ofrecerte —se le ocurrió sobre la marcha—, es un punto intermedio.

Luke pareció valorarlo.

—No me sirve.

A Lexi se la llevaron los demonios, pero intentó disimularlo. Solo a Luke se le podía ocurrir seguir poniendo exigencias.

—Le diré que no te apetece —sonrió cínica, y se concentró en su café.

—Dile que quiero verla en persona, a ver qué dice.

Lexi volvió a mirarlo con hastío.

—¿Quieres que ella coja un avión hasta Kentucky solo para charlar contigo? —Sonrió mordaz—. ¡Ni que fueras el rey de Saba!

—Creo que ella está en Kentucky —la sorprendió diciendo Luke ahora—, o al menos muy cerca.

Lexi lo miró un tanto confusa.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque Omega Capital está aquí, en Lexington.

Aquello la desconcertó. Hasta el momento, solo había podido hacer una búsqueda convencional en Internet sobre la empresa, pero no creyó necesitar más.

—Pensaba que estaban en los Ángeles.

—La central sí, pero la empresa matriz y la que el pececillo en cuestión —Lexi apretó los dientes— ha asaltado está aquí en Kentucky, ¿no te lo ha dicho?

—¡Qué ella no ha robado nada, imbécil! —exclamó acalorada.

—Lexi, por favor… —susurró Alyssa pidiéndole calma con la mirada.

La chica intentó serenarse un poco, pero no era fácil. Acostumbrada a tener toda la

información de primera mano, el tener que recibirla con cuentagotas no lo llevaba nada bien, pero incluso Bowie le había pedido que no se acercara a un ordenador en los próximos días, y no era tan idiota como para desoír al sentido común, aunque sí demasiado impaciente, de ahí que estuviera intentando acercarse al único hombre del que debería correr.

—Que venga a defenderse en persona —insistió Luke.

—Pídeselo cuando hables con ella —sugirió—, y ya verás lo lejos que te manda.

«Al menos algo de información podré sacarte antes de que eso ocurra, digo yo».

Luke pareció valorarlo unos segundos, aunque ambos sabían que acabaría aceptando.

—De acuerdo, ¿cuándo?

—Esta tarde —propuso—. Ella se pondrá en contacto contigo sobre las cinco, pero no me dijo a través de dónde, eso solo lo sabrás tú.

—Es que no va a ser al PC del despacho.

—No.

—¿Por qué?

—Ni idea, pero supongo que no quiere arriesgarse a que Morgan pueda intentar rastrear la videollamada —lo miró irritada—, no es gilipollas, Luke, así que te aconsejo que no la trates como tal.

—La trataré como lo que es, una delincuente.

—Entonces será una conversación inútil —declaró hastiada—, ambos perderéis el tiempo.

—Ya veremos.

Lexi soltó un improperio, pero acabó cediendo.

—De acuerdo, pues espera en tu apartamento a que den las cinco, solo, no quiere a nadie más escuchando. —Aguardó a que él asintiera y añadió—: Le daré el ok en cuanto te marches.

Él la miró con cierta reticencia.

—¿Ahora puedes comunicarte con ella a placer?

—No, tengo que limitarme a poner un anuncio en clave para que sepa que has aceptado.

—Mujer precavida… —murmuró para sí.

—Siempre vale por dos —completó el refrán por él—. ¿Y tú a qué has venido tan temprano? ¿Ya tenías ganas de ver a los gatos? —Cambió de tema a otro más seguro—. Porque te fuiste tarde.

«Vale, igual no es un tema tan seguro…», suspiró, y Luke posó sobre ella una mirada jocosa.

—¿Recuerdas cuándo me fui?

Lexi tragó saliva, pero intentó sonreír.

—La verdad es que no, lo supuse al encontrar el termo vacío —se encogió de hombros—, les diste de comer antes de irte, lo que te agradezco mucho.

Con un gesto ahora más serio, Luke comentó:

—Me lo agradeciste antes de marcharme, ¿no lo recuerdas?

«No te ruborices», se rogó con todas sus fuerzas.

—No, me he despertado a las siete igual que si hubiera salido de un coma —replicó—. Como en el que caíste tú anoche, mira que quedarte dormido…

Él clavó en sus ojos una mirada cargada de intención.

—¿Y quieres que te agradezca el no despertarme? ¿Te gustaría eso?

«La madre que lo parió, ¡qué hostia le daba!». Si no seguía fingiendo haber estado dormida, seguro que él pasaría media vida recordándole su desliz.

—No es necesario el agradecimiento, Luke, somos casi familia —ironizó—. Jamás se me habría ocurrido despertar a Scott, y quedamos en que tú eres odioso y adoptado, pero un

hermano, al fin y al cabo. —Sonrió mordaz—. ¿Quieres ver a *Tik* y *Tok*?

—¡No vamos a llamarlos así! —protestó Luke.

Lexi sonrió a medias. Sí, a ella tampoco le gustaba, se le había ocurrido sobre la marcha.

—Y ya no tengo tiempo —dijo Luke consultando su reloj—. Debo volver a comisaría.

—Tómate un café al menos —sugirió Alyssa, que hasta aquel momento había estado fingiendo estar mirando su móvil.

—No te preocupes, gracias, lo tomaré al llegar.

Cogió el sombrero que había dejado sobre la mesa, hizo una inclinación de cabeza a ambas y salió del salón.

Lexi miró largo rato la puerta por la que había desaparecido, ¿era posible que lo echara de menos cinco segundos después de irse? Porque sentía que…

—A ver, ¡pececillo!

«Mierda, se había olvidado de Alyssa». Se giró a mirarla con cierto pesar.

—¿Podrías obviar toda la conversación que acabas de escuchar?

—No.

—¿Y podrías al menos no mencionárselo a Scott hasta que pasen las cinco de la tarde?

—No hay duda de que podrás alegar locura transitoria en el estrado —opinó resignada.

—No va a pasar nada —la miró con un gesto sereno—, pero creo que es mejor ir teniendo un acercamiento con Luke, necesito saber qué datos tiene e intentar darle mi versión de la historia.

—¿Haciéndole una videollamada?

—No conseguiré que confíe nada en mí por chat.

—¿Y cómo vas a lograr que no te reconozca?

—Usaré el disfraz de Némesis, mi decodificador de voz y un buen juego de sombras —frunció el ceño—, y me llevará un rato largo prepararlo todo, ¿me ayudas? En mi *loft* lo teníamos todo montado, y Bowie se encargaba de controlarlo, pero aquí me siento un poco insegura.

Pero decir *un poco* era quedarse corta, y no solo por aquello. En realidad, y no se sentía orgullosa admitiéndolo, estaba asustada, tanto que no se había atrevido a mover un solo dedo aún para investigar todo lo sucedido con aquel robo, sabedora de que un único paso en falso podía mandarla a la cárcel muchos años.

Escucharon el timbre de la puerta de entrada y a Luke llamar a Lexi desde fuera. Extrañada, la chica corrió al exterior.

—¿Qué pasa? —interrogó llegando hasta él.

—Ha venido a verte un amigo tuyo —señaló.

Una sonrisa enorme iluminó el rostro de la chica cuando posó sus ojos sobre el precioso potro que avanzaba hacia ellos desde la lejanía.

—¡Shadow! —exclamó, feliz de verlo, y miró a Luke—. Te juro que no he tenido nada que ver.

Él asintió.

—Le he hecho una visita a Silver muy temprano —contó el chico—, vengo de allí. Supongo que han soltado a los caballos al verme y Shadow ha vuelto a saltar la valla para venir a verte.

Lexi miró a Luke un tanto asombrada.

—¿Y para qué has ido al rancho?

Él se encogió de hombros.

—A tocarle los huevos a Silver.

«Y a que soltaran un rato a los caballos». Aquello no lo dijo, pero Lexi lo leyó entre líneas.

—Te mandaré a algún agente a buscar a Shadow —le comunicó el chico mientras se ponía

su sombrero con calma—, pero tenemos mucho lío hoy, así que tardará al menos un par de horas. Espero que puedas cuidar del potro mientras tanto.

—Gracias —suspiró con sinceridad, y se lo habría… *agradecido* de otra manera durante una eternidad en aquel instante. Le costó la misma vida contenerse.

Luke posó sobre ella una mirada descarada, cargada de un punto de diversión.

—Me gustó más el agradecimiento de anoche, pero… de nada. —Le hizo una inclinación de cabeza como despedida y se alejó hacia su coche.

Con una expresión de total desconcierto, Lexi lo observó subirse al jeep. ¿Acababa él de decir… lo que acababa de… decir? No daba crédito, y no tenía claro si quería gritar de felicidad o buscar una piedra bajo la que esconderse, pero ya lo decidiría más tarde. Esbozó una enorme sonrisa, miró en la distancia y echó a correr hacia el potro mientras cierto sheriff sonreía complacido frente a la tierna escena.

Cuando Luke entró en comisaría, le aguardaba una sorpresa. Morgan había conseguido que alguien en lo que llamaba la red oscura le mandara unos minutos de vídeo de Némesis, sacados de uno de los artículos de su antigua web. Al parecer eran de muy mala calidad, grabados de una pantalla de ordenador desde un móvil, pero serviría para que al menos se hiciera una idea general de la hacker y su forma de proceder.

—Este fue el primer vídeo que subió —explicó Morgan antes de darle al *play*—. Con él mandó a la cárcel a Ron Sterling, hijo de la multimillonaria y dueña de varios casinos Dorothea Sterling, acusado de violación con agravantes, grabación y distribución ilegal de pornografía y un largo etcétera.

—Lo que viene siendo un hijo de puta. —Luke había oído hablar de él.

—En mayúsculas, sí —asintió—, pero a lo que vamos.

Le dio al *play* y el vídeo comenzó a reproducirse. La imagen era peor de lo que esperaba, pero tendría que conformarse. La mujer que tantos dolores de cabeza le había causado estaba sentada en un butacón enorme, casi en penumbra, junto a una mesa con al menos seis monitores y luces parpadeantes por todas partes. Una melena rubia le caía hasta los hombros y se cerraba sobre sus pómulos, donde unas gafas de sol de buen tamaño colaboraban para ocultar de forma muy conveniente parte de su rostro. Llevaba un jersey de cuello alto, muy ajustado, que de algún modo estilizaba su figura y acababa de darle un punto sexi que no se podía negar. Sus labios estaban pintados de un negro intenso, aunque aquello ya se distinguía demasiado mal en el vídeo, cuyo original ya era de por sí oscuro, por razones evidentes.

El vídeo estaba muy bien grabado y montado con lo que parecían varias cámaras, e iba cambiando de puntos de vista de forma constante. Un plano general de la mujer en penumbra iba alternando con un primer plano de sus gruesos labios, su perfil perfecto, sus ojos azules, perfectamente maquillados, que ella mostraba en primer plano bajándose solo un poco las gafas. Desde luego, sabía seducir a la cámara para ganarse su atención y que nadie pudiera apartar los ojos de ella y de lo que decía en aquel momento, y todo eso a pesar de la pésima calidad de la imagen.

En un momento dado, la pantalla se dividió en dos y las imágenes de Ron Sterling comenzaron a solaparse con multitud de pequeños detalles del individuo en cuestión, fotos comprometidas, movimientos bancarios…, mientras la mujer continuaba hablando al otro lado de la pantalla, haciendo un resumen perfecto de todo lo que mostraba, y preguntándose si el motivo de que aún no estuviera preso era su apellido. El vídeo solo duraba cuatro minutos y estaba narrado con una mordacidad que Luke habría aplaudido de no estar perplejo.

—¿Cuántos vídeos así hay… o había antes de que desaparecieran?

—Entre doce y quince.

Luke soltó un improperio.

—Joder, ¡qué locura!

—Todos ellos cumplieron su cometido —aseguró Morgan.

—¿El de generarse de doce a quince enemigos más todos sus daños colaterales? —ironizó.

—Sí, también, pero el sistema no pudo hacer oídos sordos. Junto con el vídeo cuelga pruebas contundentes e irrefutables.

Y Luke no lo dudaba ni un poco.

—Déjame solo, por favor —le rogó a Morgan—, necesito hacer una llamada.

Marcó al teléfono de Lexi de inmediato.

—Vaya, al final has registrado mi número —fue la respuesta femenina al otro lado—, ¿o es que te has confundido y no querías llamarme a mí?

Pero Luke no estaba para bromitas.

—Dime que no has contactado con Némesis aún.

Tras un ligero silencio, Lexi admitió:

—Estaba disfrutando de Shadow, pero en cuanto entre…

—Olvídalo.

—¿Qué?

—Que no acepto la videollamada —explicó.

—¿Y ese cambio?

—Si va a ponerse frente a mí disfrazada y oculta entre las sombras, tal y como salía en sus vídeos, de poco me sirve.

—¿Para escucharla tal vez?

—Solo la escucharé en persona —indicó—, si no tiene nada que esconder sobre el robo, no tiene nada que temer de mí. —Debía de haberse vuelto loco, pero continuó—: Dile que estoy dispuesto a concederle inmunidad para todo lo demás, al menos durante el tiempo que dure la entrevista.

Al otro lado se hizo el silencio absoluto.

—¿Por qué debería fiarse de ti? —interrogó Lexi.

—Soy un hombre de palabra —le recordó—, y el único que puede ayudarla. Dile que tú respondes por mí.

—¿Y puedo?

—¿Qué?

—Confiar en ti y en que mantendrás tu palabra.

—Si aún tienes que preguntarlo, será mejor que olvidemos el tema —replicó molesto, colgó el teléfono y ya no pudo sacarse la irritación de encima en todo el día…

…y mucho menos cuando tuvo que soportar la visita del gatito que pasó a saludarlo, y las muestras de cariño que seguía mandando con su nombre ¡en cada puñetero email que intentaba escribir!

Capítulo 17

Aquella tarde-noche, cuando Luke pasó a ver a los gatitos, Lexi no estaba en el rancho. Hizo tiempo más allá de las once aguardando su llegada, hasta que ya le supo mal seguir posponiendo su marcha, cuando era más que evidente que Scott y Alyssa anhelaban quedarse a solas. Al parecer, según le confirmaron, Lexi había quedado con un antiguo compañero de instituto, lo que auguraba un regreso a casa tardío, aunque había dejado instrucciones para que le dieran de comer a los pequeños, algo de lo que Luke se encargó en persona antes de marcharse.

Sin poder evitar preguntarse quién era el amigo que la tenía tan entretenida, se subió a su jeep y regresó a su apartamento junto con Yako.

Era viernes, debería estar por ahí intentando relajarse y desconectar, pero lo único que le apetecía era darse una ducha y dormir de un tirón.

Cuando entró en su apartamento, fue directo a su habitación, deseoso de meterse cuanto antes bajo el chorro de agua caliente.

—Tú también estás cansado, eh —le dijo al perro que había corrido a la alcoba nada más entrar por la puerta y que movía ahora el rabo, contento.

Apretó el interruptor y observó, extrañado, que la luz no funcionaba, debía de haberse fundido la bombilla. Por fortuna, por los enormes ventanales entraba suficiente luz de la calle como para iluminar la estancia lo justo para no tropezar.

Luke entró en la habitación y caminó hasta la cómoda. Sacó la pistola de la funda y la puso sobre el mueble, junto con las esposas y la estrella que llevaba prendida en la camisa. Se detuvo unos segundos, aspiró aire muy despacio y acabó exhalando con fuerza y cierto hastío. Después, se desabrochó la camisa, se la quitó y la colgó de la percha que había junto a la cómoda, centrándose después en el cinturón del pantalón, el botón, la cremallera…

—¿Cuánto tiempo más piensas seguir disfrutando del espectáculo antes de descubrirte? —interrogó en alto.

Una risa suave inundó la estancia y ayudó a Luke a ubicar a la mujer que había presentido desde que había puesto un pie en la habitación. Ella estaba sentada en el único butacón de la alcoba, con lo que parecía una tranquilidad pasmosa, la misma con la que hablaba en el vídeo que había visto hacía solo unas pocas horas. Su silueta se dibujaba con total claridad en la penumbra, donde se intuía un look exacto al que lucía en pantalla. No necesitaba acercarse más para saber que llevaría los labios pintados de un negro intenso.

—¿Acaso además de delincuente eres una *voyeur*? —declaró Luke aguardando con ansias a que ella hablara.

—Podría decirle que sus encantos me tenían subyugada…

—Pero solo esperabas a que me alejara de mi arma un poco más —completó Luke por ella —. Pues lo siento, eso no va a pasar.

—Es usted listo, sheriff, además de guapo —sonó divertida—, es una pena que esta no sea una visita social.

Usaba un modulador de voz, no había duda, el mismo que en el vídeo. Luke tuvo que hacer acopio de toda su paciencia para permanecer donde estaba.

—¿Y qué tipo de visita es esta, entonces? —inquirió—. Intuyo que no vienes a entregarte.

—No, aún no me volví loca del todo.

—A mí no me parece que estés muy cuerda.

—La locura es subjetiva, sheriff —sonó divertida—, o no me habría colado en su apartamento.

—Lo loco es pensar que vas a salir de aquí indemne.

—Nuestra amiga en común se la ha jugado por usted, sheriff, espero que esté a la altura de las expectativas.

Luke sonrió.

—Ella es… demasiado inocente, me temo.

—¿Inocente?

—Como una niña con coletas.

Se hizo un silencio incómodo en la habitación.

—Aún no me llegaron las esposas con plumas marabú, pero… —tomó las oficiales— creo que podemos ir probando con estas.

La escuchó chasquear la lengua con cierta mofa.

—No se ponga tan serio, sheriff, ¿aún no aprendió a ser algo más cariñoso?

Luke apretó los dientes.

—Quizá necesito duplicar mis esfuerzos para ayudarle —replicó la mujer.

—¿Has venido a amenazarme?

Ella exhaló aire con fuerza y pareció costarle aceptar:

—No, he venido a pedirle ayuda.

—Muy coherente que te cueles en mi casa sin permiso para pedir favores —opinó—, pero sigue, tengo curiosidad.

Lexi estaba muy nerviosa ya. Fingir frivolidad y descaro en una situación como aquella empezaba a resultarle imposible; por fortuna, cosas como escucharlo referirse a ella como *niña con coletas* la irritaban lo suficiente para mantenerla equilibrada.

—Tú dirás, pececillo —recalcó Luke tras no obtener respuesta.

—¿Tiene usted lagunas de memoria, sheriff, o es que intenta molestarme?

—Lo que tengo es poca paciencia —declaró—. Habla ya, has venido a pedirme ayuda…

—Sí.

—¿Para qué?

—Para limpiar mi nombre.

La carcajada que salió de la garganta de Luke no sorprendió demasiado a Lexi, aunque sí le molestó.

—¿Qué es tan gracioso? —interrogó, intentando esconder su irritación.

—Ah, ¿que no era una broma? —ironizó Luke, pero acabó poniéndose serio frente a su silencio—. Para empezar, no se puede limpiar un nombre falso. ¿Dame el de verdad?

—¿Ahora es cuando me rio yo?

—No, ahora es cuando te largas de mi casa —dijo con calma—, porque no voy a seguir hablando con alguien con nombres como Nemo, Nadie o Némesis.

Lexi soltó aire con teatralidad y se puso en pie.

—Una pena, me habían dicho que era usted un hombre justo.

—¿Alguien como tú me habla a mí de justicia?

—Némesis es la diosa de la justicia, sheriff.

—Discrepamos en la forma de hacer justicia entonces, me temo.

—Y acepto sus críticas en ese sentido —tragó saliva—, pero no soy una ladrona, sheriff, y

necesito que encuentre a la persona que me ha incriminado.

Sintió la mirada de Luke estudiarla con intensidad. Sabía que su disfraz, el modulador de voz y la oscuridad hacían imposible que la reconociera, pero incluso así, estaba cada vez más nerviosa, necesitaba salir ya de allí.

—Tengo curiosidad —acabó diciendo Luke—, ¿por qué no lo haces tú misma?

—Eso no es asunto suyo.

—Lo es si quieres que te ayude.

Para Lexi aquello comenzaba a ser un suplicio. En aquel instante era más consciente que nunca de que necesitaba su ayuda, pero no tenía tan claro si era capaz de pedírsela… a cara descubierta. Decidió comenzar a ser un poco sincera.

—No tardarán en cogerme si intento averiguar algo yo misma —confesó—. Los mejores expertos en seguridad estarán esperando que lo haga.

—¿Por qué estás tan convencida?

—Porque es obvio que me han tendido una trampa —expuso—, yo lo sé, usted lo sabe y ellos también, pero les da igual, lo usarán para cogerme, y no puedo arriesgarme.

—Porque eres inocente del robo, pero no de muchas otras cosas —acabó Luke por ella.

—Más bien… porque le he tocado las narices a demasiada gente influyente —admitió—, que no descansará hasta quitarme de en medio.

Aquella era una realidad, y a esas alturas Luke debía saberlo igual que ella, y lo corroboró al decir:

—Unos por venganza y otros por miedo a que sea su turno.

—Correcto.

Él guardó silencio durante unos eternos segundos, suspiró y acabó diciendo:

—No te ayudaré si no confías en mí.

—No le entiendo, quiere…

—Que me digas quién eres.

—¡Está loco! —exclamó—. Olvídelo.

Le aterraba aquella confesión por la cantidad de repercusiones que podía tener en su vida, en la de Luke, incluso en la de su familia.

—Entonces no hay mucho más que decir —sentenció el sheriff.

Lexi quería llorar. En aquel momento habría dado cualquier cosa porque él simplemente la abrazara y le dijera que todo iba a salir bien.

—Genial, pues podría decirle que ha sido un placer charlar con usted, sheriff —dijo intentando enfadarse un poco con él para no sonar triste—, pero me gusta ser sincera.

—¿Sincera? No me hagas reír de nuevo.

—¿Por qué cree que no lo soy?

—Te ocultas bajo un nombre falso, usas un modulador de voz y sospecho que hasta un disfraz —sonrió con mordacidad—, ¿qué hay de sincero en ti?

Lexi apretó los dientes y caminó unos pasos en su dirección, teniendo precaución de mantenerse a un par de metros.

—Le profeso un afecto sincero, sheriff, eso es cierto —dijo con evidente ironía—, y, en otras circunstancias, puede que hubiera estado abierta a… demostrarle cuánto.

«Por Dios, Lexi, déjalo ya», pero no podía. Recortar aquellos metros había sido un error, sus gafas con visión nocturna le permitían recrearse demasiado en aquel torso desnudo.

—¿Quieres que sea sincero también? —Ahora fue él quien recortó la distancia un poco más hasta quedar a un metro escaso—. No vas a salir de aquí sin unas esposas.

Aquello la cogió desprevenida. Para cuando interiorizó la frase e intentó alejarse, era tarde, Luke había recortado las distancias y la retenía de ambas muñecas. Durante unos segundos, temió que el modulador de voz que llevaba enganchado en la oreja y pendía hasta su boca cayera al suelo, pero tuvo suerte, aunque era consciente de que a esa distancia era muy posible que sirviera de poco.

—¡Suélteme! —exigió en un tono estridente para que él no la reconociera.

La respuesta fue llevarle las manos a la espalda, lo que la dejó a su merced y peligrosamente cerca…

Luke le miró los labios con absoluto descaro.

—¿Qué se te ocurre para convencerme de que te deje marchar? —interrogó en un evidente tono provocativo.

Aquello la desconcertó, al mismo tiempo que sintió un estallido de deseo animal en sus venas. ¿Él quería…?

«Oh, joder, sí, sí… ¡No!». Estuvo a punto de gritar de frustración. ¿Cuánto tardaría en descubrirla si cedía a sus instintos? Pero cuando la atrajo aún más hacia su torso, se encontró preguntándose si aquello importaba mucho, y estaba demasiado oscuro, quizá…

—¿Qué estás dispuesta a darme para conservar tu libertad? —insistió él frente a su silencio, y rozó la nariz con la suya—. ¿Y para ganarte mi ayuda?

Lexi apenas podía moverse. ¡Qué cabronazo! Debería darle un rodillazo en la entrepierna y aprovechar su sorpresa para huir, pero se sentía tan bien entre sus brazos…

Bajó el tono de voz y se concentró en hablar lo más cerca posible del modulador para preguntar:

—¿Me está pidiendo sexo a cambio de su ayuda, sheriff?

Él sonrió mordaz, y entonces hizo algo que desconcertó a Lexi por completo. Soltó una de sus muñecas, tiró del modulador de voz y lo dejó caer al suelo.

—Dime que no te interesa —pidió ahora.

Pero ella ya no podía. Si pronunciaba una sola palabra, la reconocería en el acto.

Luke llevó la mano libre a su rostro, le acarició la mejilla con la yema de los dedos y Lexi se estremeció, estaba tan cerca…

—Si no me frenas, vas a… confraternizar con el enemigo en breve.

Sabía que podría revolverse entre sus brazos hasta forzarlo a soltarla sin pronunciar una palabra, pero era incapaz de moverse, su mente solo podía pensar en volver a saborear aquellos labios de nuevo.

—Pídeme por favor que te suelte y te dejaré marchar.

Ella ni se movió.

—Dime que no me deseas —recortó él la distancia hasta su oído y susurró—: y te demostraré que mientes.

Aquello si fue una verdadera tentación y callar una tortura, deseaba forzarlo a cumplir esa amenaza con toda su alma, pero no podía. Solo tenía que recordar la respuesta de él a su beso de la noche anterior, el modo en el que se apartó y salió corriendo, para saber qué pasaría si él la reconocía.

—El silencio no es una opción —repuso Luke.

Ella intentó soltarse, bueno… hizo el paripé más bien.

—Eres muy terca, ¿sabes? —opinó ahora—. Y si te obcecas en seguir muda, quizá voy a dar por hecho aquello de *el que calla otorga*…

Más silencio.

—…y voy a… enseñarte otro uso de la boca…

Rozó sus labios.

—…uno para él que no se necesitan palabras…

Aún aguardó unos segundos más para darle la oportunidad de decidir.

—Joder, pececillo —murmuró sobre sus labios en un tono sensual y entrecortado—, algo me dice que voy a arrepentirme mucho de esto, pero ya es inevitable.

Ahora sí, Lexi ya no tuvo tiempo ni para interiorizar el comentario, Luke arrasó su boca con un beso ardiente que le arrancó un gemido intenso, y otro y otro más cuando la lengua de él buscó la suya y pudo saborearlo a placer tras años de desearlo con toda su alma. A pesar de haberlo imaginado cientos de veces, nada la había preparado para el estallido de deseo apasionado, caliente y poderoso que ardió en sus venas, que se llevó por delante toda capacidad de raciocinio, incluido el sentido común, aquel que intentaba gritarle a pleno pulmón que no era a ella a quien él creía besar, pero en aquel momento le daba igual.

Cuando él le liberó las manos, no pudo contenerse y ascendió por su torso desnudo disfrutando de su dureza y de la tibieza de su piel, hasta echarle los brazos al cuello para poder atraer su boca hacia la suya aún más, si es que aquello era posible. La lengua de Luke se movía contra la de ella con maestría, y daba la sensación de estar desesperado por estrechar el abrazo y aquel beso más y más, como si hiciera siglos que no besaba a una mujer. Sentir su deseo y desesperación era el paraíso, y el besaba como los mismísimos ángeles…

…y de repente algo empezó a fallar. Luke había dejado de besarla e intentaba apartarla de sí. A Lexi, perdida por completo en la urgencia de su deseo, le costó darse cuenta y aceptar la retirada. Lo miró con una expresión de desconcierto cuando él declaró:

—Sal de aquí.

A ella le costó no protestar con palabras.

—No me obligues a ponerte las esposas.

Ella siguió sin moverse, fuera de juego, y él insistió entre dientes:

—¡Fuera! —Puso distancia—. ¡Lárgate! ¡Ya!

No tuvo que repetirlo. Lexi salió corriendo de la habitación, del apartamento… y se habría ido hasta del planeta de haber podido.

Luke apretó los dientes y los puños con fuerza. Había estado a punto de cometer una estupidez de proporciones bíblicas, y la frustración que recorría su cuerpo en aquel momento era una condena insuficiente.

Se agachó para recoger el modulador de voz que aún seguía en el suelo, le dio varias vueltas entre sus dedos y blasfemó. La furia que corría en aquel momento por sus venas iba a ser difícil de apaciguar.

Capítulo 18

Había sido una noche larga para Lexi. Durante horas le había dado cientos de miles de vueltas a todo lo sucedido, bautizándose a sí misma con calificativos muy poco agradables, por imbécil, y a él con algunos otros que escandalizarían a un camionero. Cuando se cansaba de blasfemar e insultar, recordaba aquel beso y entraba en erupción, sintiendo que su sangre se convertía en lava en pocos segundos, y su incapacidad para evitarlo la enervaba tanto que volvía a comenzar su ronda de insultos.

A las doce de la mañana, había decidido romper con el círculo vicioso y había llamado a Morgan, que resultó no estar en comisaría, puesto que libraba aquel sábado, pero con quien mantuvo una interesante conversación tras conseguir que Mary Beth le facilitara su móvil. Al finalizarla, estaba tan enfadada de nuevo que se sentó frente a su ordenador, dispuesta a echarle un pulso a aquel patán odioso y arrogante.

Entre unas cosas y otras, cuando a la una de la tarde irrumpió en el despacho de Luke, que parecía vivir en comisaría, no estaba para mucha diplomacia. Se coló dentro y cerró la puerta dando un portazo.

—Tú, aprendiz de payaso, ¿le has dicho a Morgan que yo antes era un tío?

Luke se echó hacia atrás en su sillón y posó sobre ella una mirada arrogante.

—Puede ser.

—¿Puede ser? —Estaba perpleja.

—Es posible que saliera en una conversación.

Su sonrisa burlona hablaba por sí sola.

—¡Pero ¿tú eres idiota?! —atacó—. ¿Cómo se te ocurre?

—En el amor y en la guerra todo vale, tú misma lo dijiste.

A ella se le aceleró el pulso.

—Y es evidente que lo nuestro es una guerra en toda regla —concluyó el chico.

Ahora quiso pegarle de nuevo, pero cometió el error de mirarle demasiado antes de devolverle el agravio, y su furia tomó derroteros que no esperaba. Luke estaba guapísimo, siempre lo estaba, y tuvo que esforzarse mucho para evitar cualquier tipo de reacción, pero fue imposible. Aquel beso inundó sus pensamientos un segundo después y comenzó a faltarle el aire, mientras sentía un cosquilleo en los senos y un calor sensual que le hizo apretar los muslos. Para colmo, aquel día había escogido ponerse un vestido corto, a juego con sus botas tejanas, en las que se había rasgado los pantys en su afán por salir corriendo, y estaba tan furiosa que optó por marcharse de casa con las piernas desnudas, con tal de poder insultarlo cuanto antes. Como consecuencia, sentía la humedad entre sus piernas con una intensidad desconcertante.

Sintiendo que perdía la batalla incluso frente a sí misma, se esforzó por retomar su furia y observarlo con irritación.

—No me mires así, Lexi —replicó Luke—, si ya se lo has aclarado, deja de molestarme.

Lexi apretó los dientes.

—Pues no, en realidad le he dicho que es cierto y que tú lo sabes muy bien porque en esa época éramos amantes —se encogió de hombros—, así que a estas alturas supongo que no se habla de otra cosa que de las inclinaciones sexuales del jefe y de lo bien que lo ha escondido

todo este tiempo.

Él posó una mirada cínica sobre ella.

—¿Tú tienes alguna duda acerca de mis inclinaciones sexuales? —interrogó mordaz.

—Podría decirte que no —cruzó los brazos sobre el pecho—, pero en realidad no tengo pruebas.

—Entonces quizá deberías preguntarle a tu amiga, si es que puedes llamarla así.

Lexi tragó saliva. Hablar de aquello era lo que menos le apetecía en el mundo. Tener que seguir disimulando y mintiendo comenzaba a agotarla, y si se trataba de recordar…

—No sé de qué me hablas, aunque tampoco tengo ningún interés.

Pero él no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

—¿Ella no te ha dicho nada?

—¿Sobre qué?

—La visita que me hizo anoche.

Hacerse la sorprendida siempre se le había dado fatal, y la falta de sueño no aportaba naturalidad. Fingió una exclamación de asombro que le sonó falsa hasta a ella.

—Así que Nemo fue a verte —se aventuró tras la sorpresa inicial—. ¿Y qué tal?

—Es justo como esperaba.

Lexi lo miró con cierta reticencia a preguntar, pero su lengua fue más rápida.

—¿Y eso qué significa?

—¿Puedo reservarme esa información?

«No, no puedes…, bueno mejor sí».

—Haz lo que quieras —acabó diciendo.

«Dios, ¿puedo irme ya?», estuvo a punto de preguntar, muy agobiada. Estaba empezando a estresarse mucho. No sabía qué decir, no era buena fingiendo sorprenderse y no quería ni pensar en cuánto había dado de sí la noche.

—Qué poco interés —replicó Luke con un gesto de sorpresa.

—Seguro que ella te diría que es inocente —se atrevió—, aunque supongo que eso ya lo sabías.

Él guardó silencio.

—¿No? —insistió Lexi.

—Admito que ese robo es raro.

—¿Raro? ¡Es mentira! Es obvio que…

—Deja que eso lo decida yo.

—¿Vas a ayudarla? —intentó sonar indiferente.

—No quiso.

—¡Ja! —se le escapó.

—Ja, ¿qué? —La miró con cierta seriedad—. Yo le ofrecí un trato que ella no aceptó.

«¡¿Qué le lanzo a la cabeza?!», rugió para sí, buscando encima de la mesa algo que hiciera daño, pero la grapadora le pareció excesivo.

—¿Y qué trato es ese? —exigió, si tenía suerte, se le caería la cara de vergüenza, y, a ser posible, que fuera antes de que ella se pusiera aún más roja de lo que debía estar.

Luke apretó los dientes y declaró:

—Solo quiero saber quién es, no voy a trabajar con un fantasma.

Para Lexi aquello fue un tanto desesperante.

—¿Solo… le pediste eso?

—Sí.

—¿Nada más?

—Nada más… hasta que intentó seducirme.

«¡Ahora sí se ha ganado un *grapadorazo*!», apretó los puños.

—¿Que ella intentó seducirte? —casi graznó.

«¡No se puede tener más cara!».

—¿Estás seguro de eso? Porque igual te lo estás imaginando…

—Todas las mujeres de su calaña terminan usando sus encantos para salirse con la suya —afirmó—. He conocido demasiadas como para no verlas venir de lejos.

No poder defenderse iba a causarle una úlcera. Aceptaba que estuvo atrevida, muy metida en su papel, pero de ahí a… lo que él insinuaba…

—¿Se puede saber qué fue lo que te dijo para hacerte suponer que intentó seducirte?

—Lo intentó, créeme —replicó con arrogancia.

—¡Y una mierda! —se le escapó, y carraspeó para arreglarlo—: Y una mierda… te voy a creer sin que me lo cuentes bien.

Luke sonrió con una mezcla de prepotencia y mordacidad.

—¿Quieres que te confíe mis escarceos más íntimos, coletitas?

Ay, Dios, quería… algo…, pero aún no había decidido si era repetir lo de anoche o darle una patada en los huevos.

—Solo fue un simple beso —contó Luke sin que le preguntara.

«Aquel beso no tuvo nada de simple, gilipollas», estuvo a punto de gritarle.

—Nada del otro mundo —confesó él.

—¡No haberla besado! —masculló intentando no salirse de sus casillas.

—¿Yo? ¿Por qué crees que fui yo quien dio el primer paso?

Lexi blasfemó para sí.

—¡Porque ella no haría algo tan tonto!

—Pues lo hizo, al igual que se deleitó la vista mientras me desnudaba, antes de alertarme de su presencia.

¡La patada en los huevos! ¡Decidido!

—Seguro que lo estás tergiversando todo —dijo entre dientes—. Claro, como ella no puede defenderse…

—Fue tal cual te lo cuento —aseguró, y sonrió de forma taimada—, y te confieso que de una mujer fatal esperaba un beso algo más… estimulante.

Lexi se puso roja de rabia.

—¡Voy a darte yo a ti *estimulancia*! —rugió.

—Esa palabra no existe, coletitas, no inventes —sonrió mordaz—, pero…

—¡Vete a la mierda, ¿existe eso?!

—¿Literal o metafóricamente?

—¡Eres un gilipollas!

—¿Por qué te pones así?

—Porque me da la gana.

Ya le daba igual lo que pensara, su rabia estaba en tal punto de ebullición que o salía pronto de allí o empezaba a lanzarle cosas.

—No es mi culpa que las mujeres me encuentren irresistible —ironizó—. Y no es que las delincuentes me pongan demasiado, pero ella me buscó.

Aquello fue el colmo.

—Mira, imbécil, tres palabras —lo observó echando fuego por los ojos—: ¡que-te-jodan!

Furiosa, caminó presurosa hacia la puerta, la abrió…, pero no le dio tiempo a salir antes de escuchar a Luke replicar:

—Cuando quieras más lecciones sobre cómo besar a un hombre…, me haces otra visita.

Aquellas palabras la detuvieron en seco y se giró a mirarlo con el corazón acelerado. Él seguía sentado tras su escritorio con una engañosa tranquilidad. Lo observó con los ojos cargados de suspicacia, apenas era capaz de balbucear algunos sonidos inconexos.

¿Y si lo había entendido mal y hablaba de aquel otro beso? Lo estudió con atención, y entonces fue consciente de la furia que ardía en sus ojos azules y que sintió como un latigazo sobre su piel, una amenaza silenciosa de la que no podía huir.

—Cierra la puerta, Lexi, nadie más tiene que enterarse de todo esto hasta que decida ponerte las esposas.

Perpleja, no se le ocurrió negarse. Cerró la puerta y regresó sobre sus pasos con cautela. No sabía a qué atenerse.

—¿Cómo… has…?

—Eso no importa.

—A mí sí.

—Quieres saber dónde ha estado tu error, supongo —espetó—, pero esa no es la cuestión ahora. —Señaló la silla libre frente al escritorio—. Siéntate.

Ella no se movió.

—Estoy bien aquí de pie.

—También puedo llevarte a una sala de interrogatorios, si lo prefieres.

En respuesta, tomó asiento sin protestar más.

Luke sonrió sin pizca de humor.

—Estás acojonada en este momento, ¿no?

No se molestó en negarlo, debía de estar pálida como la cera.

—Haces bien —insistió Luke.

Era evidente que él estaba haciendo un esfuerzo enorme para mantenerse calmado. La furia brillaba en sus ojos con una claridad escalofriante.

Lexi siguió callada. Sabía que todo lo que dijera podría contribuir a empeorar las cosas.

Él la observó en silencio hasta incomodarla.

—Me resulta inquietante verte tan callada —dijo con mordacidad, abrió el cajón del escritorio y lanzó sobre la mesa el modulador de voz que había usado la noche anterior—. ¿Te sentirías más a gusto poniéndotelo?

—La ironía es innecesaria —se atrevió a decir al fin.

—¿Sí? ¿Quieres que vayamos directos a los cargos que pienso imputarte?

Eso debería haberla asustado aún más, pero sabía que para él no podía ser tan fácil tomar aquella decisión, y, a lo mejor pecaba de optimista, pero confiaba en que quisiera hablar con Scott antes de meterla entre rejas. Y, a decir verdad, no soportaba que la mirara con aquella expresión crítica y cargada de superioridad.

—¿Puedo pedir que alguien me traiga también mi peluca? —declaró, e intentó coger el modulador, pero Luke lo impidió.

—Es una prueba, no puedes llevártelo.

—Ese cacharro vale una pasta —osó decir—, ¿qué tengo que hacer para recuperarlo? —Sonrió a medias y clavó en él una mirada sensual—. ¿Necesito esperar a mi peluca o también puedo conseguir seducirte siendo morena?

Añadir un cargo a la lista por lo que él llamaba conducta desordenada tampoco supondría

mucha diferencia, ¿no? En cambio, callar y tragar con todo era exponerse a sufrir un ictus cuando le reventara una vena del cerebro, y eso era mucho más peligroso.

—Que no tengas ni la decencia de mostrarte arrepentida me resulta increíble.

Aquel era el punto en el que debía pedir disculpas e intentar apelar a su compasión, pero, por desgracia, recordó en mal momento la forma en que la había echado de su apartamento.

—¿Y tú? ¿Qué excusa tienes para tratarme como lo hiciste anoche? —atacó—. ¿Sueles ofrecerle acuerdos así a todas las mujeres a las que tienes que detener?

—Solo a las que se comportan con tu poca vergüenza.

—¿Mi poca vergüenza? ¡Hablemos de la tuya! —se exaltó—. ¡Sabes que no fui yo quien te besó!

—No, tú habrías permitido cualquier cosa con tal de no pronunciar palabra para no descubrirte —lo vio apretar los dientes, iracundo—, me pregunto hasta dónde me habrías dejado llegar.

Aquello la mortificó. Ni ella lo sabía. Ni muerta le confesaría que en realidad había perdido el norte en cuanto rozó sus labios.

—Así que ¿por eso me besaste, para forzarme a hablar?

Necesitaba saberlo.

—Por eso y para darte una lección —admitió, y clavó en ella una mirada acerada—. ¿No creerías que me apetecía lo más mínimo besarte después de tratarme como a un imbécil todo este tiempo?

—Para no apetecerte, pusiste mucho empeño.

—Me sacrifiqué por la causa.

Sintió aquella frase como un puñetazo en el estómago, y se vio forzada a refugiarse en Némesis, a Lexi le dolía demasiado.

—Y la causa era darme ¿qué lección exactamente? —sonrió con cinismo—, ¿la de cómo calentar a alguien para después dejarlo con las ganas? —Posó sobre él una mirada sensual—. Eso lo aprendí con quince años, pero se suponía que anoche éramos dos adultos en la misma habitación.

Lo vio apretar los dientes y mirarla con fiereza.

—No se te ocurra hacer eso —le dijo irritado.

—¿El qué, sheriff? —Se mojó los labios con la punta de la lengua.

—¡Ser ella! ¡Sal del puto personaje, Lexi, porque no respondo!

La chica sonrió con malicia.

—¿Eso quiere decir… que ya no estoy en posición de aceptar el trato que me ofreció anoche?

—Lexi… —masculló.

—Puedo ponerme la peluca —suspiró de forma teatral—, una larga, si quiere, ¿que me parezca a una barbie le gustaría?

«Ay, Dios, no puedo parar. Estoy poseída por Némesis». Pero no intentó remediarlo.

—¿Por qué me mira así, sheriff? —Entrecerró los ojos—. En este momento… no tengo claro si quiere matarme o echarme un polvo salvaje sobre la mesa.

Luke sonrió con un sarcasmo que no presagiaba nada bueno y que le aceleró aún más el pulso

—Probemos con lo segundo —la sorprendió diciendo, y a ella casi se le descolgó la mandíbula—. Si insistes en comportarte como Némesis, te trataré como tal.

Se puso en pie y caminó directo a las persianas venecianas del ventanal que daba al interior

de la comisaría y las cerró por completo; después, le echó el pestillo a la puerta y clavó una mirada ardiente sobre ella.

Lexi lo observaba entre asombrada e incómoda, pero no se amilanó.

—Guau, otra de sus lecciones, sheriff… —exhaló con un exagerado entusiasmo—, solo por curiosidad, ¿esta será más larga que la de anoche?

—Lo dejo a tu elección —replicó Luke, caminando hacia ella—. No tengo ninguna hacker en mi harén, no me desagrada la idea.

La mirada de lujuria que clavó sobre ella estuvo a punto de arrancarle un gemido. Sabía que él en algún momento iba a cortar aquello de raíz, pero la estaba poniendo… mala.

Luke llegó hasta su silla y se inclinó sobre ella usando los reposabrazos, y Lexi se sintió tan excitada y acalorada que temió hacer una locura. Lo empujó con suavidad, se puso en pie y se alejó un par de metros.

Lo vio sonreír tan satisfecho de haberla forzado a retirarse que aquello acabó de cruzarle los fusibles.

—Para que me quede claro, ¿qué gano yo si sigo con esto? —interrogó con toda la frialdad que pudo.

Luke sonrió.

—¿Aparte de un polvo impresionante, dices?

—Bueno, eso será recíproco.

—No si follas igual que besas.

¿Aquella frase no debería molestarla? ¡Porque acababa de ponerla como una moto! Joder, desde luego su lección estaba siendo de las grandes, él no parecía ver a Lexi por ninguna parte, jamás le habría hablado así a… coletitas, algo que debía reconocer que no le desagradaba en absoluto.

—Si lo que intenta es ofenderme para que me raje, sheriff —esbozó una sonrisa cínica—, no va a funcionar.

Él guardó silencio, era evidente que había dado en el clavo y ella sonrió.

—Pero sí quiero muy clarito ese acuerdo —se reiteró—. ¿Me libraré de la cárcel, sheriff?

—Solo si quedo satisfecho —recorrió su cuerpo con la mirada—, y no es nada fácil complacerme.

—¿Por qué? —Sonrió mordaz y le miró la entrepierna—. ¿A su… amiguito le cuesta salir a jugar?

Aquello pareció molestarlo mucho.

—No, mi amiguito juega en la primera liga —aseguró con arrogancia—, pero… yo soy exigente con mis animadoras, no me sirve cualquiera.

Lexi sonrió y se desabrochó los dos primeros botones del vestido, mostrándole un generoso escote.

—¿Le parezco cualquiera?

Para su sorpresa y deleite, lo vio tragar saliva mientras miraba con descaro la porción de carne que acababa de desnudar.

«Dios, voy a combustionar», suspiró Lexi para sí, sintiendo la humedad entre sus piernas con total claridad, y tuvo que contenerse para no frotar un muslo contra el otro. Por suerte o por desgracia, que hubiera decidido salir de casa sin pantys parecía llevar las cosas a otro nivel muy rápido. Era obvio que él confiaba en obligarla a recular, lo que no sabía era que no tenía forma de conseguirlo. Si era él quien paraba aquello, ella ganaba, y si no lo hacía y llevaba a cabo sus amenazas…, ¡ella ganaba aún más! Y si podía escoger, se quedaba con la segunda opción. Él

seguía mirándola con intensidad, excitándola cada vez más.

—Así que ¿tenemos un trato, sheriff? —lo miró como lo haría una stripper en un club—, ¿o es de los que ofrecen acuerdos que luego no cumplen?

Aquello pareció irritarlo, pero no apartó su mirada de ella.

—Estás jugando con fuego, ¿lo tienes claro?

—¿Y el fuego es usted?

—Dímelo tú, ¿cómo de caliente estás en este momento?

Lexi tragó saliva. Joder, él también jugaba muy bien a aquello, pero ella estaba desatada.

—¿Me está pidiendo que lo compruebe? —ronroneó—, porque puedo hacerlo… —Se acarició un muslo e hizo amago de ascender pierna arriba.

—No es necesario —interrumpió, y Lexi estuvo a punto de soltar un suspiro de decepción, pero solo fue hasta que lo escuchó añadir—: prefiero hacerlo yo.

Lo miró muy sorprendida, tanto que él lo notó.

—¿Esperabas que me rajara? —interrogó con cierto sarcasmo—. Siento decepcionarte —clavó en ella una mirada ardiente—, así que confío en que estés lista para cumplir con lo que has puesto sobre la mesa.

—Aún no.

Él arqueó las cejas, aguardando, estaba segura, a que ella pusiera una excusa que acabara con todo aquello, pero… en su lugar hizo algo de lo que jamás pensó que fuera capaz. Sin apartar la vista de él, llevó la mano a sus piernas, ascendió por los muslos… y se bajó las braguitas muy despacio, hasta sacárselas por los pies. Y solo por ver su expresión de estupor ya mereció la pena. Después, tuvo la osadía de arrojarle las bragas, que él atrapó al vuelo.

—Ahora sí, sheriff —musitó, mirándolo con descaro—, ¿sellamos ese acuerdo o… tiene pensado asumir su derrota y aceptar que hace rato que se le escapó esta conversación de las manos?

Capítulo 19

Lo contempló con absoluta tranquilidad. Su grado de excitación rozaba la locura, pero él no tenía por qué saberlo. Muy a su pesar, sabía que él no tardaría en encontrar una salida digna, que nada tendría que ver con lo que ella anhelaba. Por eso se sorprendió cuando Luke avanzó en su dirección, y su nerviosismo se multiplicó de forma exponencial. No pudo evitar recular hasta que su espalda chocó contra la pared…

…Luke llegó hasta ella, apoyó una mano en la pared por encima de su cabeza y clavó una mirada lujuriosa en sus ojos.

A Lexi se le cortó la respiración, estaba tan cerca… que casi podía sentir su aliento sobre el rostro. Y, para su asombro, Luke llevó la otra mano hasta su cuello y descendió por su escote hasta los botones del vestido, asegurándose de acariciarle la piel que encontraba a su paso con la yema de los dedos.

—¿Sabes qué es una pena? —interrogó enronquecido

Lexi negó con un gesto y estuvo a punto de estremecerse.

—Que aquí no voy a poder desnudarte entera. —Soltó otro botón del vestido y Lexi comenzó a respirar con dificultad, y aún más cuando él tiró de la tela hacia los lados para tener mejor visión de su escote—. Seda negra, interesante elección —acarició su sujetador con calma, paseando sus dedos por encima de uno de sus pechos hasta llegar al pezón. Con descaro, observó la reacción frente a su caricia y sonrió cuando se erizó hasta casi dañar la tela.

Lexi tuvo que contener un gemido. La sensualidad del momento empezaba a superar sus expectativas y temía el instante en el que él diera por finalizado el experimento. Pero aquello aún no sucedió, en cambio, Luke desabrochó un botón más para tener mejor acceso al otro pecho, al que prestó la misma atención. Después tiró de la fina tela del sujetador hacia abajo… que cedió lo suficiente como para mostrarle la belleza que ocultaba. Para Lexi, permanecer quieta y en silencio era una dura prueba, solo quería atraerlo hacia sí y besarlo hasta la extenuación.

—Guau —lo escuchó murmurar—, me pregunto… si sabrán tan dulces como prometen.

Ahora no pudo contener un gemido de anticipación. Si lo que él pretendía era enloquecerla del todo, iba por buen camino, estaría rogándole en breve.

Y entonces él sonrió con lo que parecía una perversa e irónica diversión.

—Tienes claro que no voy a continuar, ¿verdad? —susurró ahora, mirándola a los ojos.

A Lexi le habría costado un mundo recomponerse… de no haber estado preparada.

—A mí me da igual, sheriff, pero un trato es un trato —sonrió con lo que intentó que pareciera indiferencia—, yo me he sacrificado y usted ha aceptado, que no quiera llevar a cabo el… ritual completo no anula el acuerdo.

No hizo falta que él dijera nada, por su expresión Lexi tuvo claro que acababa de darle con un mazo.

—¿Hablas de sacrificio? —Sonrió con arrogancia—. Veamos cómo de desagradable es tu sacrificio…

—¿Qué…? —Pero no le dio tiempo ni a formular la pregunta. Luke fue muy rápido y metió una mano entre sus piernas sin darle un segundo para protestar. Cuando sus dedos se empaparon casi al instante del fuego líquido que Lexi no podía ocultar, ambos soltaron un sorprendente e

inevitable gemido—. Joder, no pareces muy… a disgusto…

Lexi cerró los ojos para no mostrarle hasta qué punto estaba involucrada en aquel juego. Esperaba que una vez comprobada su teoría, Luke se batiera en retirada con alguna frase mordaz e hiriente que le otorgara la victoria, pero, para su sorpresa, él comenzó a mover sus dedos entre sus piernas cada vez con más urgencia. Durante una milésima de segundo, Lexi luchó contra la necesidad de abandonarse a sus deseos, hasta que dejó de poder controlar nada de lo que ocurría ni en su cuerpo ni en su mente. Sabía que en algún momento él se detendría y que sería muy humillante, pero, a pesar de todo, se encontró frotándose sin contención contra aquellos dedos que se movían entre sus piernas.

—Dios, esto es… una tortura… —lo escuchó murmurar sobre sus labios.

Entre una neblina de deseo, Lexi estuvo segura de que allí se acababa todo, pero, para su deleite, un segundo después él devoraba su boca como si llevara hambriento demasiado tiempo y no pudiera evitar ceder a darse un gran banquete.

Aquello fue el paraíso, Luke embestía con la lengua dentro de su boca… y no tardó en imitar el movimiento con sus dedos, que hundió en el interior de Lexi en profundidad, arrancándole un gemido gutural que él se encargó de amortiguar manteniendo su boca muy ocupada.

Pronto Lexi no podía pensar, respiraba entre jadeos y casi no se tenía en pie, y debió de hacérselo saber de alguna manera, porque él la izó del trasero y recorrió el despacho con ella en brazos, sin dejar de besarla, para sentarla en un extremo de la mesa. Allí continuó con lo que estaba haciendo, con una maestría impecable, y cada vez con mayor intensidad, hasta que fue demasiada como para soportarla sin estallar y su cuerpo explotó tan fuerte que temió no poder volver a recomponerse jamás.

De forma sorprendente, cuando el intenso clímax cedió, lo deseaba más que nunca; tanto que no le importó arriesgarse a un rechazo y tiró de su cinturón con apremio, con las manos temblorosas, buscando esa parte de él que su cuerpo anhelaba de forma desesperada…

…y en el fondo esperaba que él la detuviera, que sonara el teléfono, que alguien llamara a la puerta… Estaba preparada para todo, excepto para el glorioso instante en el que Luke la atrajo de las caderas hasta el borde de la mesa y se hundió en su interior de una certera embestida, que la llevó directa a otro increíble orgasmo casi en el acto. Para cuando comenzó a moverse en su interior, Lexi flotaba en una nube de deseo enloquecedora. Ya no distinguía si las oleadas de placer que la estremecían iban o venían, hasta que lo escuchó contener la respiración y soltar un gemido intenso dentro de su boca, anunciando su culminación…, y aquello la arrastró de la mano a un mundo nuevo que no había visitado jamás, donde ambos flotaron de la mano durante lo que pareció una eternidad.

Brutal. No se podía describir de otra manera lo que acababa de vivir. Toda la vida preguntándose cómo sería hacer el amor con Luke, y ni en sus mejores sueños había esperado aquella locura, y mucho menos… el modo en que había sucedido todo. Cuando pudo descender de la nube y su respiración se fue calmando, se sintió incapaz de mirarlo a los ojos. Seguir comportándose como Némesis ya no era posible, era Lexi quien tenía las emociones a flor de piel en ese instante.

Luke se retiró y se hizo a un lado, pero no pronunció una palabra, ni siquiera la miraba. Ella se entretuvo en abrocharse los botones del vestido, y cuando acabó, buscó por la habitación la prenda que ahora no podía creer que hubiera tenido el descaro de quitarse y lanzarle a los brazos.

—Sal del despacho, Lexi, cuanto antes.

Aquello la dejó perpleja. ¿Eso era todo lo que iba a decir? A ver…, le estaba dando la libertad que se había ganado… Solo pensarlo la horrorizó. Esperaba que él no se hubiera tomado

en serio aquel acuerdo y pensara que… solo le había permitido hacerle el amor para librarse de la cárcel.

«¿Es mejor que piense que estás loca por él y que solo tiene que tocarte para que te derritas?», le preguntó su conciencia con apremio.

—Eso es mucho peor —murmuró entre dientes sin darse cuenta de que lo hacía en alto.

—No hay nada peor que lo que acaba de pasar —le dijo Luke, posando en ella una mirada fría.

Lexi se sentía desconcertada. No podía estar hablando en serio. Podía aceptar que para él no hubiera sido tan impresionante, dada la cantidad de mujeres que había en su lista, pero sabía que había sido agradable, al menos él se había… ¿o no? ¡Sí, no había duda de que lo había disfrutado!

—¿Puedes irte, Lexi? —insistió.

Ella lo miró sorprendida por la rabia que parecía leerse en su voz.

—Ese fue el trato —malinterpretó él su asombro—. Lárgate antes de que cambie de opinión.

Lexi se sintió insultada, pero de alguna manera se sabía igual de responsable de su comportamiento.

—Luke…, necesito…

—No pienso repetirlo —sentenció—, me da igual lo que necesites.

Ella apretó los dientes, lo mató con la mirada, recuperando su irritación, y salió del despacho sin mirar atrás, dispuesta… a llevar aireado el culo hasta el rancho.

Para su desgracia, se topó con Morgan en la puerta. El chico entraba en comisaría justo en aquel momento. Venía vestido de calle y Lexi intuyó que le habían llamado de forma urgente, y sabía el motivo. Sonrió con cierta diversión. Al parecer, el estar a puerta cerrada con ella había disuadido a todos de entrar a hacer partícipe a Luke de ciertos… detalles. Claro que ella no contaba con que él estuviera al corriente de su identidad, y aquello iba a ser un problema añadido a la luz de los últimos acontecimientos, pero no podía deshacer desde allí lo que había dejado programado justo para la una de la tarde.

—¿Qué haces aquí, Morgan? —interrogó con una sonrisa, aunque se sentía algo cohibida y violenta, dado lo… fresquita que iba bajo el vestido—. Creí que me habías dicho que era tu día libre.

—Y lo es, pero ha surgido un problema.

Lexi lo miró fingiendo curiosidad.

—¿Qué tipo de problema?

—Aún no lo sé, algo serio está pasando con los ordenadores —contó.

En ese instante vio a Luke salir del despacho como una exhalación y caminar directo hacia ellos.

«Qué rápido corren las noticias», frunció el ceño. Creía que le daría tiempo a irse antes de que estallara la segunda bomba, la onda expansiva de la primera aún ardía entre sus piernas.

—Seguro que consigues arreglarlo en nada —le sonrió a Morgan mientras fingía quitarle una pelusa del pelo de forma coqueta.

Luke llegó hasta ellos en ese momento, y Lexi se hizo la sorprendida al verlo.

—Te acompaño al coche —le dijo el sheriff, y la tomó del brazo, tirando de ella para dejarle claro que no era una sugerencia.

Permitió que la sacara de comisaría, pero recuperó su brazo con fuerza en cuanto estuvieron en la calle.

—¡¿Qué coño crees que haces?!

—¡Salvarte de ti misma! —Le quitó el bolso del hombro—. ¿Y las llaves del coche?

Con un gesto irritado, Lexi tiró de su bolso y sacó las llaves de uno de los bolsillos, llaves que él le quitó de las manos.

—¿Eres idiota?

Luke no respondió, por el contrario, avanzó hasta su coche, que estaba a unos cinco metros de la comisaría, abrió la puerta y la instó a subirse, algo que Lexi hizo porque estaba perpleja.

—Deja de montar numeritos —exigió Luke.

—¿Yo soy la que monta numeritos?

—Tú eres la que está tonteando con un tío… —le lanzó las bragas al regazo— con el culo al aire.

Lexi lo miró desde dentro del coche con un claro gesto de furia.

—Y tú eres el que me ha echado sin dejarme hablar porque le daba igual lo que necesitara, ¿recuerdas? ¡Pues necesitaba mis bragas!

Él frunció el entrecejo, recordando el momento.

—¡Haber insistido! —dijo acalorado—. ¿O es que te gusta ir por ahí así?

Solo para fastidiarlo, Lexi se encogió de hombros.

—Me da un poco igual, la verdad, solo es un trozo de tela —suspiró fingiendo descaro—, así si decido dejar que alguien… disfrute de mis encantos, lo tengo mucho más fácil.

Aquello pareció llenarlo de una rabia incontrolada.

—Pero ¿qué coño dices? ¡Póntelas! —exigió de inmediato.

—Yo decidiré cuándo, tengo que hacer varios recados.

Luke la miró con los ojos cargados de furia, y de repente cerró la puerta del coche de un portazo, sin avisar, y cuando Lexi estaba a punto de relajarse al fin, él abrió la del copiloto y se coló en el vehículo.

—Ponte las putas bragas, Lexi —ordenó—. No vas a ir repartiendo encantos por ninguna parte.

Ella sonrió a medias, resultaba increíble que él pudiera creerse aquello.

—Solo por curiosidad, ¿esto es una pataleta de hermano mayor o… estás marcando tu territorio, porque…?

—¡Qué territorio ni qué leches! —rugió—. Será mejor que olvides cuanto antes lo que ha ocurrido ahí dentro, porque ni pasará de nuevo ni volveré a pensar en ello.

Lexi contuvo las ganas de pegarle.

—En ese caso, tengo todo el derecho a hablar sin bragas con quien me dé la gana, ¿no te parece?

—No en mi comisaría.

—¿Te molesta que sea con Morgan con quien decida… charlar?

Lo vio apretar los dientes con total claridad.

—¿Habrías firmado el mismo acuerdo con él? —interrogó en un tono bajo, que se contradecía con la furia que se leía en sus ojos azules.

—¿Crees que habría tenido tan poca vergüenza como para ofrecerme algo así? —sonrió cínica.

—Depende, si te cuelas en su apartamento a las doce de la noche…

—¿Sin bragas, para agilizar los términos?

—Cuidado, Lexi, porque a mí no me afectas demasiado, pero ese chico es muy impresionable —sonrió sin rastro de humor—, y si encima sabe que tiene enfrente a la mismísima Némesis, igual se corre antes de que te dé tiempo a disfrutarlo…, y eso que eres

rápida.

Lexi intentó que el bochorno no tiñera sus mejillas.

—¡Pues no habrá sido por tus habilidades, imbécil! —se acaloró—, porque déjame decirte que para tener tanta experiencia, no eres la gran cosa. Mi *Satisfyer* hace el trabajo mejor y emplea la mitad de tiempo.

Luke sonrió con arrogancia, y Lexi se temió lo peor.

—¿Sabes cuál es el problema de ir por el mundo sin bragas, pececillo?

Para su sorpresa, se inclinó hacia su asiento y llevó la mano a su muslo.

—…que es demasiado fácil llegar hasta tu… esencia…

Metió la mano entre sus piernas sin miramientos.

—…para darte una lección que te cierre la boca antes de que te haya dado tiempo ni a decir orgasmo.

Llegó hasta su sexo con una facilidad abrumadora, y Lexi tuvo que contener un gemido ronco.

—¿Sabes decir… or-gas-mo? —Lexi apretó los dientes y se negó a hablar—, ¿no? Pero sabes… gritarlos, ¿verdad que sí? —Sonrió mordaz—. Porque yo sé contar, al menos hasta tres, que son los que has exhalado dentro de mi boca.

¿De qué le serviría desmentir aquello? Debería protestar, cerrar las piernas con fuerza, golpearlo, pero todo lo que hizo fue separar los muslos un poco más para darle mayor acceso, y Luke no desaprovechó el ofrecimiento, acomodó su mano y sonrió con deleite cuando se empapó los dedos al instante.

—Guau, ¿te preparas igual para tu *Satisfyer*?

Lexi no podía hablar, todo lo que dijera saldría acompañado de gemidos intensos. Y en ese momento Luke se empleó a fondo, hundió dos dedos en su interior, haciendo con ellos un movimiento perfecto, en el punto de placer exacto, al mismo tiempo que con el pulgar acariciaba su botón mágico.

«Joder, ¿cómo… hace eso…?». Era algo enloquecedor.

—Reconoce que soy mejor que tu *Satisfyer* —susurró casi en su oído.

Lexi gemía sin remedio, pero no pronunció una palabra. La había llevado al borde del abismo en… ¿cuánto?, ¿treinta segundos?

—¿Tengo que dejar de hacerlo para que lo admitas? —amenazó, e hizo amago de retirar la mano, pero… Lexi lo impidió poniendo la suya encima para detenerlo. Luke sonrió—. Supongo que tendré que conformarme con eso.

La intensidad del placer que asolaba el cuerpo de Lexi amenazaba con enloquecerla. Tuvo que cerrar los ojos para no mirarlo, o acabaría rogándole un beso que algo le decía que él no estaría dispuesto a darle. Gemía de forma incontrolada ya.

—Estás al borde del abismo… —lo escuchó murmurar—, lo sé, lo siento…, apenas necesito un minuto para hacerte explotar. ¿Y quieres que te cuente un secreto? —recortó la distancia hasta su oído para susurrar—: si usara la lengua podría hacerlo en la mitad de tiempo.

Aquellas palabras fueron como arrojar una cerilla sobre un barril de pólvora. Todo a su alrededor voló por los aires con estrépito, con tanta intensidad que cuando todo se calmó, ni siquiera sabía si había gritado o no durante el proceso, ahora que no tenía la lengua de él amortiguando el sonido.

Cuando Lexi abrió los ojos, se encontró con aquellos dos luceros azules clavados sobre ella, y una vergüenza absoluta inundó su pecho, pero se obligó a fingir normalidad.

—¿Ahora es cuando doy mi veredicto? —replicó con lo que parecía total descaro, aunque

por dentro solo quería correr a esconderse.

Luke la miró con arrogancia.

—No hace falta, es imposible que nada más te haga gritar así. —Izó sus bragas frente a su rostro—. Póntelas, o voy a tomármelo como una provocación personal.

Ella sonrió con una expresión traviesa.

—¿Quieres decir que harás esto de nuevo si me niego? —interrogó—, porque… podría yo echar el día aquí perfectamente.

¿Para qué negar lo evidente? Era mucho mejor admitirlo.

Él se incorporó y miró hacia otro lado y, de no saber que era imposible, Lexi habría jurado que le había visto esbozar una sonrisa.

—Este ha sido nuestro último acercamiento —replicó Luke en un tono frío unos segundos después—. Y que conste que solo lo he hecho para darte una lección que te has ganado a pulso.

—Entiendo, se me olvidaba que estás moralmente capacitado para darme todas las que quieras —dijo con mordacidad.

Él asintió.

—Así que te has sacrificado para hacerme entender los peligros de ir sin bragas…

Recibió una mirada acerada.

—…pero tú no lo has disfrutado ni un poquito.

—Nada. Cero.

—Oh, vaya —agachó la cabeza con un gesto compungido—, pues qué bajonazo —suspiró. Y, sin pensarlo, le puso la mano en el paquete, donde una enorme erección hablaba por sí sola—, ah, espera… que igual con lo de bajonazo me he adelantado.

Luke soltó un improperio y le apartó la mano.

—Joder, Lexi, ¡qué poca vergüenza tienes! —protestó irritado.

—Y tú cuánto cinismo —acusó, molesta—. ¿Acabas de masturbarme casi frente a la puerta de la comisaría y la desvergonzada soy yo?

—Lexi…

—¡Lexi nada! —declaró acalorada—. No voy a negarte que he disfrutado de tu… lección, pero a cambio ten la suficiente valentía como para admitir que en este momento en lo único en lo que puedes pensar es en volver a meterte entre mis piernas.

—¡Qué más quisieras!

Aquello fue como darle un lanzallamas y permiso para usarlo. Con un movimiento rápido, se encaramó sobre él y se sentó a horcajadas sobre sus piernas.

—¿Qué coño haces? —se quejó, e intentó apartarla.

—Reconoce que te mueres de ganas de volver a follarme, Luke —exigió, mirándolo a los ojos.

—Apártate…, estás loca.

—¿Necesito recurrir a mi alter ego, sheriff? —Apretó los dientes—. ¿Es eso lo que le pone?

—Joder, no me lo recuerdes.

—¿Por qué?

—Porque la furia me ciega —admitió—, y soy capaz de cualquier cosa para castigarte, así que ten cuidado.

—No me asusta, sheriff —sonrió mordaz—. Hay líneas que sé que no rebasaría frente a la comisaría. —Intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—¿Y cómo lo sabes? —Le puso las manos en la cintura y la instó a moverse sobre su regazo.

Lexi contuvo un gemido, sintiendo su dureza entre sus piernas con total claridad. Desde hacía mucho rato, ambos estaban metidos en una vorágine de deseo de la que ninguno de los dos parecía poder salir airoso.

—Estoy muy enfadado contigo —repuso en un tono crispado, pero enronquecido—, llevas meses burlándote de mí, ¿te has divertido?

—Yo…, sí, la verdad —reconoció—. Puede que un poco.

—Ah, cojonudo.

—¿Prefieres que te mienta?

—Preferiría perderte de vista. —Ahora sí la apartó de él de un movimiento seco y la devolvió a su sitio.

Lexi protestó al caer sobre el asiento y apretó los dientes, sentía el deseo recorrer su cuerpo de forma descontrolada.

—Deseo concedido entonces —dijo entre dientes, irritada—, bájate de mi coche.

—No hacía falta ni que me lo pidieras —repuso, y abrió la puerta.

—Genial, sheriff, avíseme cuando esté dispuesto a pagar el rescate.

Luke frunció el ceño y la miró con cierta preocupación.

—¿Debería saber de qué hablas?

Lexi sonrió con toda la arrogancia de que fue capaz.

—Andaba tan ocupado impartiendo lecciones… —aclaró— que aún no han podido decirle que tengo secuestrada su comisaría.

Supo justo el momento en el que él fue consciente de que no mentía, y de que algo grave estaba pasando, sobre lo que no tenía ni idea.

—No te vayas muy lejos —la amenazó ahora muy serio—, algo me dice que te tendré puestas las esposas al final de la tarde.

Sonriendo con sorna, Lexi le lanzó un beso al aire.

—Suerte, sheriff, la va a necesitar.

Pero la sonrisa solo le duró hasta que él se bajó y cerró la puerta del coche.

«¡Mierda, mierda, mierda! ¿Y ahora qué?».

Capítulo 20

Cuando Luke entró en la comisaría, todos a su alrededor parecían nerviosos. Mary Beth, que tampoco debería estar allí aquel día, corrió hasta él en cuanto lo vio entrar de nuevo por la puerta.

—¿Qué pasa?

—Alguien se ha colado en la red informática, jefe —explicó la chica.

«Alguien con nombre propio», soltó aire con fuerza.

Se acercó al ordenador donde Morgan estaba trabajando.

—Cuéntame, ¿se ha llevado algo o…?

—No exactamente.

Luke miró por encima de su hombro, donde se veía la pantalla en negro con un único mensaje en el centro:

He cogido unas merecidas vacaciones.
Estaré de vuelta cuando alguien aquí
admita que la tecnología informática
no es tan mala y puede facilitarnos la vida.
Mientras tanto, disfruten de resolver sus crímenes
y delitos a la vieja usanza, con lápiz y papel.

Firmado: Su sistema informático.

Luke blasfemó entre dientes. ¿Es que esa maldita mujer no se achantaba frente a nada? ¿Y cuándo había tenido tiempo de preparar aquello? Hasta hacía tres minutos… la había mantenido muy ocupada. Se acaloró demasiado y eso lo irritó aún más.

—¿Todos los ordenadores están igual? —Miró a su alrededor, donde todos los agentes asintieron con cierta perplejidad.

—El mensaje proviene del ordenador central —contó Morgan—, del que pende la red al completo.

—Pues arréglalo cuanto antes.

—No sé si puedo, jefe.

—¿Perdona?

—Es un secuestro en toda regla —aseguró—. Solo la persona que lo ha intervenido puede devolvernos el control.

Luke lo mató con la mirada.

—¡Pero lo intentaré, por supuesto! —indicó Morgan para evitar morir calcinado.

—¡Ponte ya con ello! —rugió—. ¿Desde cuándo estamos así?

—El mensaje ha entrado a la una en punto —confirmó el agente Adams—, yo he llamado a Mery Beth y a Morgan.

—¿Y por qué no me has avisado?

—Estabas a puerta cerrada con Lexi, jefe, así que supuse que era importante y no quería

interrumpir —argumentó—, y adelanté llamando a Morgan.

Luke asintió, aunque por dentro quería gritarle que de haber interrumpido, quizá habrían evitado que cometiera la estupidez más grande de toda su vida, pero aquello no podía decírselo.

¡Joder! Si en aquel momento la tuviera delante…

«¿Qué harías? ¿Echarle otro polvo?», pareció burlarse su conciencia de él. Aquello acabó de destrozarle los nervios.

—Mantenedme informado —pidió—, estaré en mi despacho.

Por primera vez, se encerró a cal y canto. Necesitaba estar solo para poder pensar con algo de claridad y relajarse un poco. Todas sus emociones estaban fuera de control en aquel instante.

Decir que estaba enfadado con Lexi era quedarse muy corto, ¡estaba furioso! Tanto que había dejado que aquella furia lo controlara hasta cometer la mayor locura de su vida. Cuando la había tenido ante sí, comportándose con aquella sensualidad, mirándolo como si se muriera por acabar lo que empezaron la noche anterior, sirviéndose en bandeja a cambio de su libertad, había sentido la rabia quemarle en las venas como un veneno incontrolable, hasta eclipsarlo todo.

Paseó su mirada por el despacho y recordó todo lo sucedido.

Cada palabra que ella decía, cada sonrisa cínica, había avivado más y más un fuego que desde hacía tiempo le costaba mantener extinto, y en algún momento de la conversación el deseo lo había golpeado sin piedad, confundiéndose con su frustración, mezclándose con la ira. Y entonces ella lo había retado con sus palabras, con total descaro, y él no había podido resistirse a jugar, creyéndose ingenuamente vencedor…

…hasta que la vio quitarse aquellas bragas… Y entonces dejó de poder pensar con claridad, y el impulso feroz de poseerla, de dominarla de la única manera que parecía posible en ese momento, resultó incontrolable. Había tratado de parar, de no dejarse seducir por sus pechos perfectos y maravillosos, ni por el fuego líquido que encontró entre sus piernas. Intentó con todas sus fuerzas no ceder a besarla… hasta que su resistencia desapareció, ahogada en una tormenta de rabia y deseo, y su moral se desvaneció como por arte de magia dentro de su boca…

…y entonces dejó de pensar…, echando de su mente todo lo que no alimentara su lujuria, su deseo más primitivo. En aquel momento, su furia fue su mayor aliada y parecía haberle dado permiso para romper cada límite, para hacer lo que realmente quería, como si estuviera más allá del bien y del mal…

…pero no lo estaba.

Y ahora se sentía un miserable, porque ella no era cualquier mujer, era… la única a la que no le estaba permitido tocar, por más hacker que fuera, por más que lo hubiera engañado, por más que la deseara hasta volverse loco. Y él la había tomado de cualquier manera, a la ligera, sobre la mesa de un despacho.

Se sentó en su sillón y se dejó caer hacia atrás intentando relajarse, pero tenía la sensación de que aún olía a sexo en aquella habitación, algo que le impedía pensar en nada más que en ella. Y no precisamente en la ira por ser quien era o por tener secuestrada la comisaría, no, solo podía pensar en la tibieza de su piel, en aquellos pechos que no había podido saborear a placer, en lo sublime del momento en el que se había hundido en su interior, en la dulzura de su boca y en aquellos gemidos que salían de su garganta y que lo habían enloquecido por completo.

Debía reconocer que había sido algo… glorioso. Jamás en toda su vida había deseado a alguien de aquella enloquecedora manera, ni había tenido un clímax tan intenso y alucinante, esa era la realidad, una que debía asumir y a la que tendría que aprender a renunciar.

¿Cómo?, era la pregunta del millón de dólares. Ya le había costado la misma vida dejarla salir de su apartamento la noche anterior, y eso que solo la había besado. Incluso tras lo sucedido

en aquel despacho, aun fustigándose por haber cedido a sus instintos, fue incapaz de contenerse en el coche. Saberla sin ropa interior, tan… a mano…, solo había necesitado un par de frescas al estilo Lexi para hacerle cometer otra locura, una locura digna de contemplar. Su rostro, con los ojos cerrados y crispado de deseo, sería una imagen difícil de borrar de su cabeza, la forma en la que había vivido aquel orgasmo… Ni sabía cómo había podido contenerse para no hundirse de nuevo en ella cuando se sentó sobre él.

«¡Por amor de Dios, basta!», se puso en pie y paseó por el despacho, intentando pensar en cualquier cosa que no fuera ella. Tenía una erección justo en aquel instante que comenzaba a resultar dolorosa.

Necesitó un par de horas de deporte intenso para poder recuperar algo de normalidad. Después, se pasó el resto del tiempo dando paseos de su despacho a la mesa de Morgan, obteniendo siempre la misma respuesta: no había forma de desbloquear los ordenadores.

Todos estaban nerviosos, intentando hacer su trabajo a la antigua usanza, sin saber muy bien qué estaba pasando, por qué ni a qué atenerse, incluso Morgan no entendía nada.

Luke tenía demasiadas cosas en qué pensar, entre ellas, cómo demonios iba a gestionar todo aquello. Tenía ratos en los que blasfemaba y se imaginaba llegando hasta el rancho Michaelson y poniéndole a Lexi las esposas, pero otros… se encontraba preocupándose por todos los daños colaterales que podrían surgir, todo a lo que estaba expuesta por ser quien era.

—¡Ha vuelto! —gritó Mary Beth, de repente eufórica.

—¿Qué ha vuelto? —interrogó Luke que salía en ese momento del despacho de nuevo.

—¡Todo! Los ordenadores ya funcionan —exclamó el agente Adams.

Luke caminó hasta el puesto de Morgan y observó la pantalla, que se veía con total normalidad.

—¡Buen trabajo! —lo felicitó el sheriff.

El chico lo miró con una sonrisa.

—Quisiera poder atribuirme el mérito, pero no he tenido nada que ver.

—¿Cómo?

—Quien estuviera detrás ha levantado el arresto.

Luke frunció el ceño.

«Vaya, arrepentimiento en estado puro», sonrió, imaginando que ella también debía de estar confundida.

Regresó a su despacho, cogió asiento y encendió su ordenador. Miró la pantalla, aguardando con resignación a que saliera el dichoso gato y le obsequiara una de sus frases mordaces, pero aquello no pasó. El sistema operativo arrancó con total normalidad, ni gato, ni mensaje de bienvenida.

Frunciendo el ceño, entró en su correo, escribió su nombre… y comprobó con cierto estupor que el corazón rojo que debería aparecer tampoco lo hacía.

Se dejó caer hacia atrás, pensativo. ¿Era aquella la forma de Lexi de pedir disculpas? No lo sabía, pero debía averiguarlo.

No tenía claro si podía enfrentarse aún a ella, y mucho menos mirar a Scott a la cara, pero optó por valorarlo en el coche, aunque cuando se detuvo en el rancho Michaelson, le costó decidirse a bajarse del vehículo.

Capítulo 21

Luke suspiró con fuerza y le echó narices. Era posible que Scott no estuviera, algo que sería de agradecer, porque no tenía ni idea de qué iba a decirle.

No tuvo suerte. Fue su amigo quien lo recibió en la misma puerta.

—¿Ahora eres el portero? —le dijo Luke, intentando sonar normal, aunque le fue imposible sostenerle la mirada.

Scott no sonrió, y aquello lo puso muy nervioso.

—¿Qué haces aquí? —interrogó su amigo.

Luke frunció el ceño, ¿acaso Lexi podía haberle contado lo sucedido entre ellos? Se sintió fatal.

—Quiero ver a tu hermana —se aventuró a decir antes de arrepentirse.

—¿Por qué?

Ya estaba claro que aquella actitud no era normal.

—¿Puedo pasar o vas a dejarme en la puerta?

Scott se hizo a un lado y ambos caminaron hacia el salón, donde Alyssa entró también en ese instante procedente del piso superior, y, para asombro del sheriff, traía con ella la cesta con los gatitos.

—¿Qué tal, Luke, vienes a por ellos? —Señaló a los felinos—. Le dije a Lexi que podemos cuidarlos nosotros sin problema, ya comienzan a espaciar las tomas.

Aquello desconcertó al chico, ¿qué demonios pasaba allí?

—Quiero hablar con Lexi.

—¿Con Lexi? —Lo miró extrañada—. ¿Ella no te ha llamado?

—No, dile que baje.

—Es que no está.

Luke entrecerró los ojos, suspicaz.

—Su coche está fuera.

—Porque no se ha ido en coche —contó ahora Scott—, yo mismo la he llevado al aeropuerto hace un par de horas. Ha regresado a Nueva York.

Sintió aquella frase como un puñetazo en el estómago. Y debió quedarse lívido, porque escuchó a Alyssa preguntar en un tono preocupado:

—¿Te encuentras bien?

No, no estaba bien, ni mucho menos.

—Creí que ella te habría llamado —insistió Alyssa—. Nos pidió que te hiciéramos llegar a los gatitos, no podía llevárselos.

A Luke comenzó a faltarle el aire. No entendía qué le pasaba, pero… necesitaba salir de allí, se estaba agobiando demasiado. Buscó el frescor de la calle con apremio.

—¿Qué pasa, Luke? —se interesó Scott, saliendo tras él, junto con Alyssa.

—¡No tenía ningún derecho a largarse sin más! —rugió, incapaz de contenerse—. Dios, ¡tu hermana es desesperante! —acusó irritado—. Jamás hace lo que se espera de ella, ¡joder!

Scott y Alyssa lo observaban un tanto asombrados por el arranque de furia.

—¿Y qué esperabas tú? —interrogó Scott con una expresión seria.

El sheriff guardó silencio, lo miró a los ojos, pero acabó apartando la mirada, confuso. ¿Qué esperaba él? Una gran pregunta.

—No que se largara sin despedirse —admitió.

—¿Y qué debía hacer? —inquirió Scott—, ¿aguardar aquí hasta que decidieras si ponerle o no las esposas?

Luke miró a su amigo, perplejo. Una mezcla de culpa y enfado se leía en los ojos de Scott.

—¡Lo sabías! —acusó, y se giró después hacia Alyssa—. ¡Ambos lo sabíais!

Scott no se molestó en hacerse el tonto, y Luke estalló de rabia.

—¡¿Habéis disfrutado riéndoos de mí a mis espaldas?!

Soltando un suspiro, Scott negó con un gesto.

—No queríamos ponerte en una disyuntiva.

—Así que ¿lo has hecho por mí? —Sonrió sin rastro de humor, y estalló—: ¡Vete a tomar por culo, Scott! —Apretó los dientes—. Sigue diciendo eso cuando tengas que ir a declarar a comisaría, verás que defensa más estable.

—Venga, Luke —intervino Alyssa ahora—. ¿No podemos olvidarlo? —sonó a ruego—. Ella… no volverá nunca a Kentucky si así lo prefieres, no tendrás que volver a verla.

«¿Nunca? No volver a verla…», le iba a estallar la cabeza, no podía gestionar sus emociones en aquel momento, empezaban a superarlo.

—Quiero su dirección en Nueva York —exigió entre dientes—. Dámela.

Scott lo miró con preocupación.

—Sabes que no puedo.

—¿Y tú te llamas mi amigo?

—Mi deber como hermano pesa más —afirmó—. Ella te pidió ayuda, Luke. Sí, quizá no de la forma más ortodoxa, lo admito, pero se la has negado.

—¡No es verdad! —Apretó los dientes y soltó un improperio.

—Pero ella dice…

—¡Ni siquiera hemos podido mantener una conversación normal! —protestó, fuera de sí—. ¿Querías que le aplaudiera el haber estado mintiéndome durante meses? ¿Quieres que te aplauda a ti por ocultármelo?

—No, y no me siento orgulloso, pero…

—¡No quiero peros! —rugió—. ¡Quiero su dirección!

—Luke, cálmate —rogó Alyssa.

—¿Es que ninguno de los dos os habéis parado a pensar en lo que se le viene encima? —Miró de uno a otro—. Es obvio que le han tendido una trampa, y no tiene buena pinta.

Scott lo observó confuso.

—¿Y quieres ser tú quien la entregue? Porque no entiendo que…

«¿Entregarla? ¡Mataría antes que permitir que nadie más le pusiera unas esposas!», pero aquello no lo dijo, bastante tenía con haberlo admitido para sí mismo. Desconcertado, se montó en su jeep, sin añadir una sola palabra más, y se largó del rancho, acelerando con fuerza, intentando huir de sus propios pensamientos.

Scott y Alyssa lo observaron alejarse, ambos perplejos.

—¿Qué acaba de pasar? —interrogó Scott.

Alyssa sonrió y el chico insistió:

—¿No estaba demasiado alterado? —dijo casi para sí—. Jamás lo había visto así.

—¿No empiezas a creer en los milagros? —suspiró la chica.

Con un gesto un tanto preocupado, Scott miró de nuevo en la distancia, donde aún parecía moverse en el aire el polvo de la tierra que Luke había levantado al irse.

—Ahora lo que más me preocupa es si estará dispuesto a ayudarla —admitió—, porque tiene razón en que todo esto no tiene buena pinta.

—Haberle dado su dirección.

—Muy graciosa.

Ambos entraron en la casa.

—Voy a llevar arriba a los gatitos de nuevo —informó la chica.

Subió las escaleras, entró en la habitación de Lexi y sonrió al ver la cara de felicidad de la chica.

—¡No se los ha llevado! —exclamó Lexi, feliz de tener con ella a los pequeños, aunque fuera un solo día más.

Le había costado mucho cedérselos a Alyssa para que se los entregara, pero era la única forma de hacer creíble su partida, y, al fin y al cabo, se marcharía al día siguiente, o al otro como mucho, en cuanto encontrara un vuelo.

—Quizá podríais haber mantenido una última conversación —sugirió Alyssa.

—¿Para darle la oportunidad de meterme entre rejas?

—¿De verdad piensas que lo haría? —la observó un tanto coartada—, se le veía… jodido.

Lexi la miró con el corazón acelerado.

—¿Tú crees? —Pero acabó cediendo a su pesimismo—. Seguro que le fastidia que al final consiga escaparme de él.

—No me refería a eso, no he tenido esa sensación.

Era mejor no escuchar las sensaciones de Alyssa, que desde que había vuelto con su hermano y vivía en una nube, creía que historias de amor como la suya caían de los árboles. No, sería mejor no pensarlo, bastantes problemas tenía ya; entre ellos…, uno muy particular que era el primero que debía atajar, y en el que ni siquiera había reparado hasta el momento en el que había mirado embelesada a Luke a través de la ventana solo unos minutos antes.

—Tengo que salir, Alyssa —contó.

—¿A dar un paseo?

—No, a la ciudad.

La chica la miró desconcertada.

—Habíamos quedado en que no te dejarías ver, que solo saldrías para ir al aeropuerto.

—Lo sé, pero me ha surgido un problema —explicó—. Esperaré a que anochezca.

—¡Ni se te ocurra volver al rancho Silver! —se enfadó—, no pienso cubrirte esta vez.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Es que…

—¡O me lo dices o te juro que te encierro con llave! —amenazó.

—Necesito ir a la farmacia.

Alyssa la miró desconcertada.

—¿Es urgente? —interrogó—. ¿No puedes esperar a mañana o pasado? En el aeropuerto hay una farmacia.

Lexi se mordió los labios.

—No quiero… demorarme mucho en el tiempo —tragó saliva, nerviosa.

—Lexi, la farmacia está muy cerca de la comisaría —le recordó.

—Iré cuando anochezca —insistió—, y tendré cuidado.

Con el ceño fruncido, muy confusa, Alyssa propuso:

—Podemos pedirle a Scott que se acerque.

—¡No!

—Pero bueno —dijo ya irritada—, ¿qué puedes necesitar de la farmacia con tanta urgencia como para arriesgarte a salir?

Lexi tragó saliva y aclaró, roja como la grana:

—Levonorgestrel.

Recibió una mirada perpleja. Como doctora, no necesitó preguntar qué narices era aquello.

—Ay, Dios —murmuró, de repente muy nerviosa—, era lo que nos faltaba, pero… ¿cómo? Bueno, cómo no, eso es evidente —parloteó—, pero cuándo y con quién sí es una gran pregunta.

—Alyssa…

—¿Y sabes cuál es otra? ¿Cómo carajos has sido tan descuidada? ¡Eres una mujer adulta!

Lexi estaba a punto de llorar. Aunque se hacía la fuerte, estaban pasándole demasiadas cosas en las últimas horas.

—Vale, perdóname —se arrepintió Alyssa al verla tan compungida—. Esperaré a cuando te sientas preparada para darme respuestas, sin agobiarte.

Pero el agobio de Lexi ya no tenía freno.

—A lo mejor no tengo tiempo para contártelo antes de… irme. —Rompió a llorar sin remedio. Dejar de nuevo Kentucky y regresar sola a la frialdad de Nueva York le resultaba sobrecogedor.

Alyssa recortó la distancia hasta ella y la abrazó con fuerza.

—Quizá no pueda regresar nunca, Aly —dijo entre sollozos.

—¿Y si intentamos otra vía? —sugirió Alyssa—. Quizá si él cede a ayudarte…

—Ni te imaginas lo enfadado que está —admitió—, y… a lo mejor tiene un poco de razón.

—Quizá deberías empezar por ahí. Si te disculpas…

—¡Ni loca!

—El orgullo no ayuda, Lexi, quizá si le cuentas todo con calma…

—¡Ni aunque el levonorgestrel falle y suceda lo peor! —dijo entre dientes—. ¡Ni siquiera de eso se enterará!

—Ay, Dios… —murmuró Alyssa por lo bajo.

Lexi fue ahora consciente de lo que había dicho, pero se limitó a mirarla con aprensión, sin desmentir lo que sabía que la chica había interpretado.

—¡Ay, Dios! —repitió mucho más alto ahora. Se puso en pie de inmediato y caminó hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Lexi, sorprendida.

—A la farmacia yo misma —aclaró.

—Está a punto de anochecer, Aly, no puedo dejarte ir sola —declaró—. Scott me retiraría la palabra.

—Nos arriesgaremos.

—Si te pasa algo, no me lo perdonaré nunca.

—¡No me fastidies, Lexi! —protestó la pediatra—. Estoy embarazada, no enferma.

—Sí, pero…

—Sin peros, necesito que todos dejéis de tratarme como si fuera de cristal —rogó—. Este embarazo no tiene nada que ver con el de Max —sonrió—, y, prepárate, porque voy a querer todos los detalles de tu… escarceo en cuanto vuelva.

Lexi suspiró con aprensión. No sabía si podía hablar de aquello sin mostrar la angustia que ebullía en su interior por montones de razones, pero no quería cargar a Alyssa con todo eso. Si tenía que marcharse por sus malas decisiones, asumiría las consecuencias aparentando irse con algo de ganas.

Capítulo 22

Luke no solía beber, pero aquel día sentía que necesitaba una copa más que nunca, o se acabaría volviendo loco del todo. Saber que Lexi en aquel momento estaba a cientos de kilómetros de allí era algo que tenía que olvidar como fuera.

Su apartamento se le caía encima, así que salió a la calle dispuesto a caminar hasta el bar más cercano, del que pudiera regresar andando… o a gatas.

Cuando llevaba unos minutos caminando, desde la acera de enfrente se sorprendió al ver a Alyssa bajarse del coche y entrar en la farmacia. Scott no parecía estar por ninguna parte, algo muy raro, teniendo en cuenta que era de noche y casi las nueve.

Cruzó la calle y entró también en el establecimiento, que estaba a punto de cerrar sus puertas.

—¿Qué haces aquí sola? —interrogó Luke, llegando hasta el mostrador donde Alyssa ya estaba siendo atendida.

Aquello pareció sobresaltarla, y lo miró con una sonrisa que, si fuera más tensa, le resquebrajaría el rostro.

—No te preocupes —se disculpó Luke—, no voy a gritarte.

Entendía que, tras su visita al rancho de hacía unas horas, ella tuviera reticencias frente a él, había perdido los nervios, debía reconocerlo.

Alyssa volvió a sonreír.

—Eso no me preocupa —admitió la pediatra—. ¿Sigues de servicio?

¿Se lo parecía a él o estaba nerviosa e intentaba desviar el tema a alguno menos transcendental? Claro que no era de extrañar, le debería dar pánico hablarle de Lexi y que él se pusiera hecho un basilisco de nuevo. Algo que no descartaba, porque era pensar en ella y desquiciarse.

Andy, el farmacéutico al que conocía de toda la vida, le tendió a Alyssa una caja acompañada de una sonrisa y un comentario que a Luke le resultó extraño:

—Sabes que lo tuyo ya no tiene remedio, ¿no?

Alyssa sonrió, nerviosa, y se apresuró a coger la caja y guardársela con apremio, algo que de nuevo llamó la atención del chico.

—Bueno, tengo prisa —se despidió de inmediato, y ni siquiera aguardó a que Luke también lo hiciera.

El sheriff la observó correr hasta la puerta.

—Andy, una curiosidad, ¿por qué le has dicho que lo suyo ya no tiene remedio?

El farmacéutico rio, y, para bien o para mal, cuando el sheriff preguntaba algo, todo el mundo se sentía con la obligación y la confianza para responder.

—Bueno, el levonorgestrel es una píldora del día después, y a sus cuatro meses de embarazo…

Se quedó hablando solo. Luke había necesitado una única décima de segundo para atar cabos, y le había faltado tiempo para correr tras Alyssa, que estaba a punto de subirse al coche.

—Tienes mucha prisa, ¿no? —le dijo, caminando hasta ella.

La chica soltó aire con lo que parecía nerviosismo.

—Sí, yo…

—¿Hay alguien enfermo en el rancho?

—No.

—¿Y qué es tan importante como para traerte a la farmacia tan tarde?

La vio titubear.

—¿Me estás interrogando, Luke? —Cruzó los brazos sobre el pecho con un gesto obstinado que le recordó mucho a Lexi.

—No, ni mucho menos —sonrió a medias—, pero te confieso que no he podido contenerme en preguntarle a Andy.

Alyssa se puso lívida.

—Y cuando pregunto, la gente tiende a responderme, ventajas de ser el sheriff.

—Y… ¿qué?

Luke empezaba a perder la paciencia.

—Sabes que esa pastilla no es para ti.

—La cuestión es… ¿cómo sabes tú a quién puede hacerle falta?

Ahora le tocó el turno a Luke de avergonzarse. Parecía evidente que Alyssa sabía demasiado, y lo confirmó al añadir:

—¿Sabes quién no tiene idea de nada? —Esbozó una sonrisa irónica—. Scott, y supongo que quieres que siga siendo así.

Aquello sonó a amenaza, pero Luke lo dejó pasar. Que Scott pudiera enterarse de su desliz era inquietante, pero eso no lo desalentó. Si cabía la posibilidad de llegar hasta Lexi, en aquel momento le daba todo igual. Había vuelto a burlarse de él, haciéndole creer lo que no era, ¿es que no se cansaba nunca de engañarlo? Dios, ¡qué desesperante era!, y se moría por gritárselo a la cara!

—Te acompaño al rancho, Alyssa —proclamó con convicción—, si quieres, se lo cuento yo mismo a Scott.

—¡Tengo una idea mejor! —los sorprendió Lexi a ambos, bajando del coche en ese momento y enfrentándose a Luke—. ¿Ponemos un anuncio en la prensa?

Él posó una mirada crítica sobre ella, pero sintió que parte de su enfado se disipaba al instante. La furia que leía en sus ojos de alguna manera contribuía aplacar la suya, estaba… preciosa, y no podía evitar admirarla.

—Mira tú por dónde… —la observó con toda la seriedad de que fue capaz—, ¿le han dado la vuelta a tu avión en pleno vuelo?

—No me voy hasta mañana —admitió.

—¡No vas a ninguna parte, que es distinto!

—¡Ya estamos! —se crispó—. Y todavía te preguntarás por qué he decidido fingir mi marcha. ¡Eres insufrible!

—No malgastes saliva.

—Siento fastidiarte la diversión, Luke —ironizó con lo que parecía cierto desespero en su voz—, pero no voy a ir a la cárcel para amenizarte la vida.

Alyssa se metió en medio de los dos para asegurarse de interrumpir la conversación.

—¿Podemos no hablar de todo esto en plena calle?

Se apartó a un lado, temiendo morir en el fuego cruzado de sus miradas.

—Yo no tengo mucho más que hablar, sheriff —declaró Lexi, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Pero yo sí tengo mucho que decir.

—Pues si no empieza por eso de *tiene derecho a guardar silencio*, no estoy obligada a escucharlo.

—¡Ganas me dan, si así consigo que dejes de decir sandeces!

—¡Ni se te ocurra! —Lo miró Alyssa, hecha una furia—. O tendrás que detener también a una embarazada, y eso no está muy bien visto.

Luke soltó un improperio. Aquello ya rayaba en lo absurdo.

—La gente empieza a mirarnos —dijo un tanto irritado—. Hablaremos en mi apartamento.

—¡Como que te crees tú que voy a pisar tu apartamento! —repuso Lexi, acalorada.

Aquello le molestó demasiado.

—¡No volvería a tocarte ni con un palo, Lexi, así que no te preocupes!

—Ay, Dios —murmuró Alyssa casi para sí, y se apoyó en el coche.

—¡Como si yo fuera a dejar que me pusieras un solo dedo encima!

—Entonces ¿de qué tienes miedo?

—¿Miedo! ¡Ja! Solo dime dónde vamos.

—Te dejo escoger: mi apartamento o mi despacho.

—A cuál peor —se quejó abatida, y Luke estuvo a punto de reír frente a su gesto azorado, era evidente que aquello no pretendía decirlo en alto.

Luke miró a Alyssa.

—Puedes venir con nosotros, si te parece, sería genial contar con alguien que frene su… —sonrió mordaz— poca vergüenza.

Aquello fue como ponerle una escopeta armada entre las manos.

—¡Ya quisieras tú que volviera a avergonzarte! —se exaltó—. Seguro que eso te daría la excusa perfecta para darme una de tus lecciones.

Luke clavó en ella una mirada acerada y habló con frialdad.

—¿Con lo del palo no te lo he dejado claro?

—*Puf*, ¡que te den, Luke Keller! —replicó entre dientes—. Fin de la conversación, y sin movernos de aquí. Hasta nunca.

Sin más, se subió al coche y cerró la puerta de un fuerte portazo.

Alyssa miró a Luke entre preocupada y perpleja.

—Bueno, pues… —carraspeó—. Adiós.

—Adiós no, hasta dentro de un rato —le aclaró—. Acabo de autoinvitarme a cenar.

—Ya hemos cenado.

—Me haré un sándwich.

La chica resopló.

—¿Es necesario?

Ahora fue Luke quien sonó hastiado.

—No puedo arriesgarme a que se largue de madrugada.

A la chica se la veía preocupada, tanto que no pudo contenerse.

—Y ¿qué pensamientos tienes?

—Si quisiera ponerle las esposas, Aly, lo habría hecho ya, ¿no crees?

Aquello pareció tranquilizarla lo suficiente como para subirse al coche y enfilar la carretera.

∞∞∞

Lexi maldijo para sí el haberse obcecado en acompañar a Alyssa a la farmacia. En un

principio, se había comprometido a no salir del coche, pero casi le había dado un tabardillo cuando Luke entró en la farmacia tras Alyssa. En ese mismo instante, de alguna forma, había sabido que tendría que acabar enfrentándose a él.

—¡Maldito odioso! —rugió, y añadió con voz burlona—: No volvería a tocarte ni con un palo… *Mimimimi mimimimi.* ¡Pues bien que te has puesto las botas esta mañana, imbécil!

Alyssa se subió al coche y la miró con curiosidad.

—¿Estás hablando sola?

—Tengo que irme esta misma noche, Aly —opinó, entre irritada y nerviosa.

—No creo que…

—Puedo coger un hotel junto al aeropuerto.

—Lexi…

—No voy a darle la oportunidad de seguir acosándome.

Alyssa puso el coche en marcha y guardó silencio, ¿qué necesidad había de decirle que tendría que verlo en cuanto llegaran al rancho?

—Si vuelvo a cruzármelo, soy capaz de agredirle —masculló Lexi, irritada.

No, ninguna necesidad, había cosas que era mejor callarse.

—¡Pero ¿qué coño…?! —casi gritó Lexi cuando Alyssa avanzaba hacia la casa, ya en el rancho—. ¡No me jodas! ¿Qué narices hace aquí y cómo ha podido llegar antes? —Miró a la chica—. ¡Sí es que vienes pisando huevos, Aly!

Alyssa se abstuvo de contarle que el coche de Luke las había adelantado a toda pastilla en la carretera, mientras ella blasfemaba y buscaba vuelos a Nueva York que salieran en cinco minutos.

—¿Puedes controlarte un poco y escuchar lo que tenga que decir? —rogó Alyssa—. Quizá puede aportar alguna solución que…

—¡No quiero sus soluciones!

—¿Ni aunque te permitan quedarte en Kentucky?

Aquello la dejó pensativa, y le costó bajar del coche cuando Alyssa lo detuvo junto al de Luke. El chico hablaba con Scott en la puerta de la casa mientras Max correteaba alrededor. El niño corrió hasta ellas como un rayo.

—Tía Lexi, le he dicho a Luke que te habías ido como la broma que me dijiste —le contó el pequeño—, pero no se lo ha creído.

Lo dijo tan alto que habría sido imposible que él no se enterara.

—Pidiéndole a un crío que mienta por ti —fue lo primero que Luke comentó—, debería darte vergüenza.

—¡¿Sabes lo que debería darte a ti vergüenza?! —rugió.

—Ni lo sé ni mi importa.

—Lexi, por favor —intervino Scott ahora—, ¿puedes poner de tu parte para poder mantener una charla lo más cordial posible?

La chica mató a Luke con la mirada. En silencio y frente a todos, sacó el levonorgestrel de la parte trasera de su bolsillo, abrió la caja y se tomó la pastilla.

—Estoy lista —declaró, mirándolo a los ojos con irritación—, por fin está todo controlado.

Luke la miró con los ojos cargados de enojo y replicó:

—Debiste comprarla doble, para asegurarnos.

—¿Se puede saber de qué demonios estáis hablando? —se interesó Scott, un tanto

desconcertado.

Lexi le tendió la caja de la pastilla a su hermano, pero Luke fue más rápido, se la quitó de las manos y casi la estrujó en su afán por hacerse con ella. La chica sonrió complacida… y aliviada.

—¿Podemos hablar a solas? —inquirió el sheriff en un tono que no sonó a sugerencia.

—Por favor, Lexi —intervino Scott antes de que ella se lo cargara todo—. Luke viene de buenas, deberías escucharlo.

Aquello la sorprendió un poco. Por enfadada que estuviera con Luke, no podía olvidar que estaba metida en un tremendo lío.

—Podéis hablar en el despacho —sugirió su hermano de nuevo.

—No, los despachos me dan alergia, prefiero el salón —se apresuró a decir Lexi.

«Con sus sofás enormes, que son mucho más cómodos». Suspiró abatida. Mal asunto, su libido iba por libre.

Preocupada, entró en la casa y caminó hacia el salón, sin ni siquiera volverse para ver si él la seguía. Cuando se detuvo junto al sofá, se giró a comprobarlo…, y sí, allí estaba, con sus impresionantes ojos azules taladrándola, sus perfectos y gruesos labios, su cuerpo de infarto…

«Esto no va a salir bien», protestó acalorada. Agachó la cabeza y le miró las manos, que de momento le pareció lo más seguro, pero fue solo hasta que recordó el modo en el que se habían colado bajo su vestido.

—Creo que no puedo —musitó para sí, e intentó alejarse, pero Luke la retuvo en cuanto pasó ante él.

—Tenemos cosas de las que hablar, Lexi —le dijo en un tono muy serio.

—¿Cómo cuáles? —Tiró de su brazo y los cruzó sobre el pecho, alejándose unos pasos.

—Para empezar… —carraspeó—, ¿cómo de efectiva es la pastilla esa que te has tomado?

Aquello la dejó perpleja, y no pudo disimularlo.

—¿Ahora te preocupa?

Luke la miró con cierta aprensión y pareció costarle confesar:

—No había reparado en ello hasta que he visto a Alyssa comprarla.

Lexi lo último que quería era hablar del tema, pero ¿dejar pasar la oportunidad de avergonzarlo? ¡Nunca!

—¿Y qué pasa, Luke, que el día que dieron educación sexual en el instituto no fuiste a clase?

Lo vio respirar hondo.

—Tú también estabas en ese despacho —le recordó—, y no te escuché pedirme en ningún momento que me pusiera un condón.

—Ah, y como no te lo pedí…

—¡Que no caí, hostias, que… no estaba muy cabal! —Parecía muy molesto—. Pero sí puedo asegurarte que es la primera vez que me pasa. Aunque no lo creas, soy precavido.

Lexi lo miró un tanto sorprendida, y le habría querido hacer un montón de preguntas sobre eso, pero… no debía, ya le costaba mantener la serenidad sin recordar aquello, y empezaban a darle los sudores de la muerte.

—Se supone que la pastilla tiene una efectividad alta —explicó, un tanto azorada—, un ochenta y cuatro por ciento.

Tenía demasiado reciente la información. Él la miró con estupor.

—Joder, eso nos deja un dieciséis por ciento de… incertidumbre.

—¡Anda, mira, si nos ha salido matemático! —ironizó la chica, y le habló a su abdomen mientras se lo acariciaba—. Tú no te preocupes, dieciséis por ciento, que vamos a estar divinamente los dos en una celda de tres por tres, ya verás qué bien.

—Joder, Lexi, ¡no tiene ni puta gracia!

—¿Acaso me ves reírme?

Él se desesperó, lo vio apretar los dientes y esforzarse por respirar hondo, después declaró:

—Hablemos de tu intención de marcharte.

—Es una decisión en firme.

—¿Por qué?

—¿Y tú me lo preguntas? —sonó tensa y lo miró con recelo.

Luke volvió a respirar hondo.

—Quiero que seas sincera conmigo por una vez en tu vida —ella hizo una mueca mordaz—, ¿irte a Nueva York es lo que quieres?

Lexi lo miró un tanto confusa y casi titubeó:

—Las circunstancias mandan.

—Olvídate de las circunstancias —suspiró, la observó durante unos segundos y la sorprendió diciendo—: Si deseas regresar allí, estoy dispuesto a dejarte marchar. —Lexi lo miro alucinada —. Vuelvo a preguntar, ¿es lo que quieres?

—No.

—Bien, vamos avanzando.

—Pero si tengo que escoger entre Nueva York o una cárcel en Kentucky…

—Yo no he hablado de cárcel, Lexi —la miró ahora a los ojos—, de hecho, jamás me lo he planteado como una opción real.

La chica lo observó perpleja.

—Pero ¡si me has amenazado con eso hasta hartarte!

—¡Porque me sacas de quicio, coletitas! —admitió.

—Hacía tiempo que no me llamabas así… —Y de alguna manera aquello la emocionó.

—Sí, y dejar de hacerlo no nos ha traído más que problemas —opinó.

—No te entiendo.

—Ni falta que te hace.

—Oye, si vamos a empezar ya con las salidas de tono…

—Te ayudaré con todo eso del robo —interrumpió—, si es que en algún momento guardas silencio el tiempo suficiente como para llegar a un acuerdo.

Aquello interrumpió en seco su protesta. Lo miró con los ojos llenos de asombro, esperando a que se explicara.

—No lo hago por ti, que quede claro, sino por Scott.

«Era demasiado bonito», pero siguió callada.

—Y, por supuesto, bajo mis condiciones.

—¿Y esas condiciones me van a provocar una úlcera? —intervino ahora—. Porque si pretendes que sea un alma cándida todo el tiempo…

—No te preocupes, no quiero ser responsable de que te estalle la cabeza —ironizó.

—Muy amable.

—Tú y yo no tenemos que llevarnos bien —la miró con hastío—, de hecho, estoy muy enfadado contigo por haberme mentido todo este tiempo y por estar metida en este lío, dudo de que pueda perdonarte en algún momento, pero tu hermano es mi familia, y tú la suya.

Aquello la enervó.

—Que sí, ya sé que yo te soy indiferente y que de no estar Scott de por medio disfrutarías encerrándome y tirando la llave —argumentó.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has pensado —declaró—, no pasa nada, yo no te tengo mucha más simpatía. —Forzó una sonrisa enorme—. Has hablado de condiciones, en plural.

—En realidad solo son dos.

—Dispara.

—Jamás, nunca, bajo ningún concepto vuelvas a mentirme ni ocultarme información. —La miro muy serio—. A la primera mentira en que te cace, se acabó.

Ella asintió. Entendía que solo se refería al trabajo.

—Te lo digo en serio, Lexi.

—Que sí, que acepto la condición —accedió, y lo miró fingiendo una mezcla de descaro e indiferencia—. ¿A que adivino en qué consiste la segunda? No necesitas ni decirla.

Recibió una expresión crítica como respuesta.

—Aun así, prefiero dejar constancia.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó.

—Lo que ha pasado en el despacho, se queda en el despacho —dijo con la voz un tanto ronca—. No volverá a suceder nada parecido, ni siquiera hablaremos sobre ello.

—Salvo que dieciséis por ciento haga una aparición estelar, supongo.

Luke soltó aire muy despacio en un evidente intento por controlarse, y Lexi no pudo contener una carcajada.

—Vale, sheriff, oído cocina.

—¡Y deja de llamarme sheriff!

—¿Ahora eres fontanero o qué?

—Ya sabes a qué me refiero. —Clavó en sus ojos una mirada acerada—. Deja de hablar como ella.

Lexi resopló.

—Soy ella —le recordó mordaz—, vamos, solo por dejarlo todo claro y cristalino.

—Me estás entendiendo.

Ahora sí decidió que era mejor callar. No podía arriesgarse a tirar demasiado de la cuerda.

—Te lo digo en serio, Lexi, al menor tonteo…

Aquella frase debería habérsela ahorrado, porque sacó a la señora Hyde a la palestra en versión irónica.

—No te preocupes, ya tengo tu ayuda y tu palabra de no detenerme —sonrió sin rastro de humor—, ¿por qué querría seguir tonteando? —lo miró a los ojos fingiendo indiferencia—, ¿o crees que follaría contigo solo por placer?

El sheriff clavó una mirada de furia sobre ella.

«Eso parece haber dolido, te jodes», le costó no sonreír complacida, sintiendo su orgullo herido algo más liviano.

—Esto va a ser un puñetero infierno —fue todo lo que Luke declaró entre dientes—. Espero poder demostrar tu inocencia cuanto antes, porque no sé cuánto tiempo voy a tolerar tu presencia.

Lexi se esforzó por seguir sonriendo.

—Al menos admites que soy inocente.

—Solo en lo del robo.

—Sí, a eso me refiero, sobre todo lo demás jamás me defendería.

—Porque no puedes.

—Porque no considero que deba hacerlo.

Luke blasfemó y soltó aire con fuerza.

—Te espero mañana en mi despacho, a las nueve.

—Sí, señor —respondió en un tono militar.

Él la miró con tal irritación que Lexi se sintió en la obligación de excusarse.

—Vale, ya me callo —sonrió—, sé que me estás haciendo un favor, así que intentaré portarme bien.

Con el entrecejo fruncido, él la observó unos segundos.

—Creo que escucharte decir eso mientras sonríes me preocupa mucho más que tus impertinencias.

—Lo digo en serio, sheriff, uy, perdón, Luke —volvió a sonreír con teatralidad—. ¿Quieres ver a Bonnie y Clyde? Ya les toca el biberón.

—¡No vamos a llamarlos así! —protestó de inmediato.

—Es divertido.

—Sí, entiendo por qué a ti te gusta —repuso mordaz—, pero no van a llamarse como dos delincuentes.

—¿No querrás ponerles Starsky y Hutch? —se burló.

Luke fingió sopesarlo, pero acabó admitiendo:

—No, habrá que seguir buscando un poco más —la miró con cierta mofa—, seguro que se te ocurrirá algo, tú eres la experta en nombres: Nemo, Nadie, Némesis…

Se alejó de ella hacia la puerta sin decir nada más.

—Entonces ¿no te quedas a dar los *bibes*?

—No puedo, tengo prisa.

—Te estás escaqueando de tu deber, que lo sepas —insistió—. Intentaré excusarte con Simon y Garfunkel.

—¡Sigue buscando! —lo escuchó gritar ya desde fuera del salón.

Contra todo pronóstico, Lexi sonrió con sinceridad por primera vez aquella noche.

Capítulo 23

Cuando Lexi llegó a comisaría a la mañana siguiente, no tenía muy claro qué iba a salir de todo aquello. Ni siquiera sabía si iba a poder trabajar con Luke sin volverse loca del todo, por mil razones distintas, pero debía reconocer que estaba emocionada y se moría de ganas de empezar. Hasta la noche anterior, no había sido del todo consciente de lo importante que era para ella que Luke la creyera inocente del robo, sin ni siquiera haber tenido que convencerlo, pero así era, por muy estúpida que eso la hiciera sentir. Ahora solo faltaba ser capaz de mantener sus instintos a raya, porque era evidente que él no la deseaba de la misma manera, y parecía sentirse muy agobiado por su pequeño desliz.

«Pequeño lo que se dice pequeño…». Se regañó de inmediato. Por cosas como aquella estaba segura de que iba a terminar desquiciada. Su cuerpo iba por libre y parecía dominar una porción bastante extensa de su cerebro, ¿o era al revés?

—¿Has quedado con Luke? —interrogó Mary Beth nada más verla.

—Sí, pero me temo que vengo pronto —afirmó, consultando su reloj, que apenas marcaba las ocho y media.

Despierta desde las seis, inquieta por aquella cita y demasiado ansiosa, había pensado que quizá podría invitar a Luke a desayunar como muestra de buena fe, pero él no parecía haber llegado. Se sintió un poco absurda al verse en comisaría cargada con café y bollos varios.

—Está en el gimnasio —informó la chica—, puedes bajar, si quieres.

Lexi no lo dudó. Siguió las indicaciones de Mary Beth, sin poder disimular su curiosidad, no conocía aquella parte de la comisaría.

Empujó la puerta indicada muy despacio, sin saber la gente que podría encontrar allí, ¡y cuánto se alegró de su sigilo! Pudo contemplar a placer, escondida tras una columna, una imagen con la que podría soñar durante meses…

Luke estaba solo, ataviado con unos pantalones deportivos y el torso desnudo, y en ese momento estaba colgado de una barra por las manos y se esforzaba por elevar su cabeza por encima de los brazos. Aquel movimiento hacía trabajar cada uno de sus músculos, que se marcaban con una precisión que tenía a Lexi hipnotizada.

La punzada de pura lujuria que invadió su cuerpo explotó en su pelvis con enloquecedora intensidad, y deseó a aquel hombre con toda su alma, tanto que… se esforzó por romper el contacto visual y salió del gimnasio con el mismo sigilo con el que había entrado.

Subió las escaleras con rapidez, pero se detuvo antes de llegar arriba. No, sería mejor enfrentarse a él, o su sistema nervioso la enfermaría hasta que lo hiciera y comprobara si podía comportarse con normalidad. Bajó de nuevo, procurando hacer todo el ruido posible, y entró como un huracán en el gimnasio.

—Buenos días —saludó en un tono cantarín.

Luke se soltó de la barra y la miró con cierta confusión.

—¿No es pronto?

Lexi izó el desayuno.

—Te traigo combustible —indicó—, y eso que no sabía que iba a hacerte tanta falta. —Lo miró intentando no ver su perfecto torso sudoroso—. Tienes ojeras.

Él suspiró, se puso una camiseta, que Lexi agradeció… a medias, y tomó el café que la chica le tendía.

—No he dormido bien —admitió en un tono serio.

—¿Y has decidido rematarte? —Señaló la barra.

—Procuro hacer cien dominadas diarias —informó.

«Pues yo soñaré con verte hacerlas…, eso seguro».

—¿Puedo probar?

Luke la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Puedes intentarlo.

—¡Yo no intento las cosas, sheriff, las hago sin más! —lo miró cohibida—, perdón, te juro que lo de sheriff me sale solo, pero prometo que intentaré controlarme.

Lo escuchó suspirar con resignación.

—¿Qué más traes en esa bolsa?

—Ábrela —sugirió mientras ella caminaba hacia la barra.

Luke no lo dudó, y rebuscó dentro.

—Joder, ¿vas a alimentar a un equipo de futbol?

—La cuestión es quejarse.

Él no agregó nada más, se limitó a coger un donut, que engulló casi de dos bocados, mientras observaba como Lexi miraba aquella barra a su vez.

—¿A qué estás esperando? —la apremió.

Se giró hacia él e hizo un gesto de desinterés.

—*Bah*, estas las tengo… *dominadas* —sonrió—, no necesito ni hacerlas.

Regresó hasta él y cogió un croissant.

Luke la miraba con un gesto aún muy serio, pero parecía haber una pizca de curiosidad en sus ojos.

—¿Qué pasa? —interrogó la chica cuando empezó a sentirse violenta.

—¿Qué deporte practicas tú?

—¿Por qué presupones que hago alguno?

—Porque se te nota.

Aquello le causó curiosidad.

—¿En qué?

Luke se metió otro donut en la boca solo para no tener que contestar, y Lexi rio. No iba a hacerse la tonta solo para escucharlo regalarle los oídos, algo que, por otra parte, él no parecía tener intención de hacer, puesto que la miraba como si le debiera dinero desde que había entrado por la puerta. Ella sabía que tenía un cuerpo de medidas perfectas, con curvas sinuosas, un trasero firme…, y pasaba demasiadas horas sentada frente a un ordenador como para que fuera solo por tener una constitución agradecida.

—Tenía un pequeño gimnasio en mi *loft* en Nueva York —explicó—, pasaba tantas horas sentada que llegó un momento en que me dolía todo, y decidí mantenerme ágil, así que ya por costumbre también uso el de Scott a menudo.

—Puedes usar este siempre que quieras —le ofreció.

—¿En serio?

—Ahora trabajas aquí.

Lexi lo miró un tanto confusa.

—Bueno, aún no —apostilló Luke—, pero lo harás en cuanto informemos a todo el mundo de que vas a incorporarte a la plantilla como asesora informática.

—Tú no estás bien…

—Sí, eso mismo llevo repitiéndome desde anoche —murmuró entre dientes, y posó en ella una mirada acerada para opinar—: Si vamos a investigar juntos qué es lo que está pasando, tienes que tener una buena excusa, ¿o quieres que empiecen a preguntarse el motivo?

A Lexi aquello no se le había ni pasado por la cabeza, pero… no sonaba mal.

—Y ¿eso me permitirá investigar en los ordenadores de todo el mundo?

Luke soltó un improperio.

—Pues no, Lexi, hay procedimientos, ¿sabes?, y normas que seguir.

Ella torció el gesto con un evidente hastío.

—Qué rollo.

—Siempre puedes entrar como Némesis.

—Eh…, no puedo arriesgarme, ya te lo dije.

Y él lo recordaba de sobra al parecer, dada la expresión de arrogancia que le devolvió a continuación.

—¡Oye, no vayas de listillo reparte-lecciones conmigo! —se quejó.

Luke clavó ahora en ella una mirada brillante.

—Entonces no me des motivos.

Durante unos segundos, se palpó el calor en el ambiente.

—Debería haberlo puesto como condición —murmuró Lexi casi para sí.

—¿El qué?

—Que te metas tus lecciones por… donde tengas hueco.

—Tomo nota, no te preocupes —repuso—, aún estamos a tiempo de modificar el acuerdo.

Lexi se mordió la lengua, ¿decirle algo del estilo… ¡quiero un polvo cada cinco minutos! sería demasiado cambio? Venga, con cada diez se conformaba, se sentía dadivosa. Sonrió solo con pensarlo mientras notaba su piel arder.

—Será mejor que nadie más sepa quién eres —estaba diciendo ahora Luke—, así que tendrás que disimular un poco tus… habilidades.

—¿Y tú vas a seguir mirándome todo el tiempo como si fuera una terrorista? —acabó por desmoralizarse.

Él lo valoró muy en serio.

—No sé si puedo evitarlo, la verdad.

—Genial, a ver cuánto tarda la gente en preguntarse por qué me has contratado cuando es evidente que no me soportas.

—Ya se nos ocurrirá algo —opinó—. Voy a darme una ducha.

¿Una ducha? Todo el enfado que empezaba a gestarse se disipó de repente. Tuvo que morder medio croissant para mantener la boca cerrada.

«Con lo limpia que yo soy y lo que me gusta una ducha…», suspiró, intentando no atragantarse, pero no lo consiguió. De repente, tuvo que escupir todo lo que tenía en la boca para no morir ahogada, mientras tosía de forma enérgica. Luke intentaba ayudarla dándole golpecitos en la espalda, pero se le veía ya algo nervioso.

Cuando al fin pudo despejar los pulmones, se avergonzó un poco, pero prefirió disimular.

—Joder, si no me mata el croissant, me matas tú a golpes —se quejó, tosiendo aún.

—¡Come con más cuidado, hostias!

—¿Crees que yo quería atragantarme?

—No, lo que querías era matarme del susto —protestó.

—Venga ya, Luke, no me estimas tanto.

—También es verdad —declaró con lo que parecía indiferencia—, se me habría pasado rápido.

Sonrió, cínico, cuando Lexi lo mató con la mirada.

—Lo dicho, me ducho y nos ponemos a trabajar.

Lexi se paseó por el gimnasio revisándolo todo. No había demasiadas máquinas, pero sí las justas como para mantenerse en forma, y en un extremo de la habitación había un tatami.

Se sentó en la máquina de remo, que le hizo mucha ilusión encontrar, pues era similar a la que ella tenía en su *loft*. Al final iba a acabar aceptando el ofrecimiento de Luke para entrenar allí.

En poco más de cinco minutos, él regresó al gimnasio. Venía incluso vestido de uniforme, con el pelo mojado y oliendo a gloria, y Lexi tuvo problemas para apartar sus ojos de él.

—Joder, ¿eres familia de Flash?

Él la miró, pero ni siquiera le sonrió con un poco de amabilidad, algo que Lexi empezaba a acusar. A pesar de que solían llevarse como el perro y el gato, siempre ironizaban e incluso se divertían lanzándose pullas, no estaba acostumbrada a que él de verdad pareciera odiarla.

—Vale, entiendo que estés enfadado —resopló con preocupación—, pero si vamos a pasar tiempo juntos, tenemos que intentar limar asperezas.

—No voy a limar nada contigo.

—Ah, bien, una actitud muy adulta.

—Es lo que hay. —Caminó hacia la puerta del gimnasio.

Lexi se quedó tan perpleja que no se movió de donde estaba. Luke se giró a mirarla desde la puerta.

—¿Vienes? —interrogó antes de salir—. ¿O piensas remar hasta Nueva York?

Lexi apretó los puños con fuerza, ya irritada.

—Ganas me dan —murmuró entre dientes, y lo mató con la mirada cuando pasó ante él.

En cuanto llegaron arriba, Luke se situó en el centro de la comisaría, entre todas las mesas, aunque tan solo estaba la mitad de la plantilla, unas quince personas.

—Prestadme atención —dijo en alto—. Lexi se incorpora hoy como experta en seguridad informática para ayudarnos con cosas como las que pasaron ayer.

«Mira qué bien les había venido el secuestro», pensó Lexi.

—Protegerá la red informática para que no vuelva a pasar —clavó en ella una mirada cínica que nadie más entendió—, pero también vamos a trabajar codo con codo para acabar con la persona que está detrás de todo esto. —Insistió en mirarla—. ¿No es así?

La chica observó las caras sonrientes a su alrededor y preguntó:

—¿Siempre es tan optimista para todo?

Las risas no se hicieron esperar, y se ganó otra mirada condenatoria por parte de Luke, que supuso que esperaba algo parecido a un *sí, jefe*, que, lo lamentaba, pero jamás saldría de su boca.

A continuación, sacó la bandeja de bollos, donde se había asegurado que hubiera suficientes para todo el mundo, y la puso sobre una mesa.

—Sí, es un soborno para caeros bien —sonrió—. Si una buena dosis de azúcar no lo logra, no tengo nada que hacer.

Aquello fue una fiesta, y pocos minutos después todos le sonreían como si hubiera formado parte de la plantilla toda su vida, algo que le hizo sentirse muy rara, porque estaba acostumbrada a trabajar sola, cuando en realidad era muy sociable. Y en ese instante fue demasiado consciente del precio tan alto que había pagado por ser Némesis, que no solo la había aislado a nivel laboral, sino socialmente también, pues había llegado un momento en el que había dejado de vivir con

normalidad.

—¿Qué te pasa? —la sorprendió Luke de repente.

—Nada —declaró, pero tenía los ojos acuosos.

—Quedamos en que nada de secretos —le susurró casi al oído.

—Laboralmente hablando —le recordó—, ¿o mi intimidad también te interesa?

Luke la miró con irritación y no se molestó en contestar.

—Ven.

Lexi lo siguió hasta el despacho y lo vio abrir las cortinas del ventanal a tope antes de cerrar la puerta. No pudo evitar sonreír con cierto cinismo. ¿Qué pensaba él, que iba a echársele encima si se aislaban por completo?

«Bueno…, no está mal ser precavido», se contradijo cuando montones de imágenes subidas de tono revolucionaron su sangre.

Miró a su alrededor, muy incómoda. No sería capaz de comportarse con normalidad allí dentro, quizá sola…, pero no estando él en la habitación.

De repente, cientos de mariposas aleteaban en su pelvis, solo al recordar cuando la había sentado sobre aquella mesa…

—¡¿Qué demonios te pasa, Lexi?! —interrogó Luke ahora.

—Nada, yo…

—Un trato es un trato, quedamos en que serías sincera.

—Solo en lo concerniente a Némesis.

—No me vengas con chorradas que me obliguen a recordarte quién eres.

—Sabes a qué me refiero.

—No.

—¡Porque eres un cabrito insensible! —estalló.

Él la miró perplejo y Lexi aclaró, irritada:

—¿Cuál de las dos condiciones prefieres que acate, Luke? —tanteó—. Porque si respeto la primera, de alguna manera estaría faltando a la segunda.

—No… sé si te entiendo.

—Pues eres muy lento —se ofuscó, y lo miró a los ojos—. No me siento a gusto aquí dentro, Luke, me asaltan imágenes de lo que sucedió entre nosotros por todas partes.

Él se puso en pie, caminó hasta la puerta y le hizo un gesto en cuanto la abrió para que saliera.

—Hablaremos en el coche.

Lexi entrecerró los ojos y lo miró suspicaz.

—¿Por qué en el coche?

A Luke pareció costarle unos largos segundos entender la duda.

—¡No para eso! —se quejó.

—Tú lo has dicho, no yo.

—Joder, no pongas imágenes en mi mente —masculló muy irritado—, que no sabes el esfuerzo que estoy haciendo para mantenerla vacía.

«Uy, eso resulta interesante», pero no tenía forma de indagar. Lo miró con curiosidad y preguntó:

—Entonces, ¿vamos a alguna parte?

—A Lexington —explicó Luke—. Haremos una visita a las instalaciones de Omega Capital.

—Pero es domingo.

—Sí, lo que significa que habrá poca gente, y eso nos viene de perlas —opinó—. Solo dame

unos minutos para cambiarme.

Lexi lo miró confusa.

—No tengo jurisdicción en Lexington —explicó—, el uniforme solo me juega en contra, llama demasiado la atención.

∞∞∞

Diez minutos después estaban en el jeep de Luke, el particular, puesto que ir en el coche oficial tampoco era una opción.

—Ahora que al fin estamos tranquilos, cuéntame, Lexi —indicó Luke—, ¿Némesis tiene enemigos?

Ella lo miró con las cejas arqueadas.

—No hablo de la gente que querría acabar contigo, de esa prefiero no pensar cuánta, me refiero a los que parecen… compañeros, ¿podríamos llamarlos así?

—Siempre he trabajado sola —aclaró—. Bueno, con Bowie, que es mi otra mitad, que fue quien me avisó de lo que estaba pasando, y estaba tan alucinado como yo.

—¿Fue con quien hablaste la otra noche?

—Sí.

—Entiendo. ¿Habláis a menudo?

—No, acordamos no hacerlo hasta que se calmaran un poco las cosas.

—¿Qué cosas?

Lexi suspiró.

—Eso prefiero contártelo con más calma —rogó—. No afecta en nada a todo esto.

Con un gesto de asentimiento, Luke aceptó la negativa inicial sin protestar, lo que sorprendió a Lexi.

—¿Entonces lo de la otra noche fue algo puntual? —indagó en su lugar.

—Sí, me mandó un mensaje en clave con una alerta de urgencia. —Tragó saliva—. Por eso te eché de la cabaña —aprovechó para explicar—. El que fueran las tres de la mañana lo convertía en muy preocupante, y necesitaba abrir una línea segura desde la que poder llamar.

Él asintió.

—¿Y qué tienes con él? —inquirió sin miramientos—, y, antes de que vengas con cuentos de vida privada, te aclaro que de momento no tienes de eso.

Suspiró resignada.

—No tengo con él nada de lo que supones.

—¿Y qué crees que supongo?

Lexi soltó un gruñido.

—Teniendo en cuenta que crees que soy una especie de vampiresa…

—¿Y no lo eres? —interrogó sin mirarla.

—No.

—Vale.

—¿Vale y ya está? —se sorprendió—. ¿Vas a creerme sin más?

—Has prometido ser sincera —le recordó—, ¿por qué querrías mentir en algo que te juega en contra?

«Para que no pienses que estoy colada por ti», suspiro, y miró su perfil. «Y lo estoy…, ¡vaya que si lo estoy!». Desvió la mirada hacia su ventanilla hasta reponerse un poco.

—Así que, salvo los de confianza, ¿hay mucha gente que conozca tu verdadera identidad?

—Nadie, solo Bowie, él conoce mis secretos y yo los suyos —contó—, y sí, lo hicimos así adrede.

Luke la miró con lo que parecía cierta admiración.

—Así que ambos tenéis motivos para guardar los del otro —sonrió a medias—, muy lista.

—Bowie es único —recordó con nostalgia—, mi compañero de aventuras y el mejor informático que conozco, me encantaría poder presentártelo algún día.

Luke se limitó a asentir y guardó silencio.

—Ahora cuéntame tú algunas cosas —rogó—, porque no tener nada de información de todo lo que está pasando me está matando.

Él la miró con una sonrisa socarrona.

—Estás acostumbrada a enterarte la primera de todo, ¿no?

Ella no lo negó.

—Abre la guantera —le pidió—, y verás una carpeta con toda la información que tenemos hasta ahora, que, antes de que te emociones, debo decirte que no es mucha. A los Marshall, que son quienes llevan el caso, no les gusta compartir, me temo.

—Lo sabrás mejor que nadie, supongo —sonrió—. ¿Qué rango tenías al irte? ¿Inspector U.S. Marshal?

Él asintió y reconoció:

—Lo que no ayuda mucho, como comprenderás, hay quien jamás entenderá que lo dejara todo para ser sheriff.

Lexi lo miró con mucha curiosidad. No le extrañaba nada que hubiera quien se preguntara por sus motivos, ella misma jamás había podido comprenderlo y se moría de ganas de hacerle un interrogatorio, pero sabía que no era el momento.

—Así que no te quedan amigos en los Marshall.

—Yo no he dicho eso —aclaró—. Toda la información que hay en esa carpeta es un favor personal que me cobré hace un par de días.

Aquello fue una sorpresa para Lexi, ¿y había dicho un par de días?

—¿Desde cuándo sabes quién soy? —preguntó, algo sorprendida por no haberlo hecho hasta ahora.

—No es momento para hablar de eso.

—Y… ¿cuándo lo será? —se aventuró—. Me lo contarás en algún momento, ¿no?

—Abre la carpeta, Lexi.

Tuvo que conformarse, pero antes de consultar la información, lo miró con cautela.

—Luke, tú… ¿tienes alguna duda de mi inocencia? —De verdad necesitaba escuchárselo decir.

—Sobre el robo, ni una sola —admitió.

Lexi soltó el aire que había estado conteniendo y se centró en la carpeta y todo lo que había dentro, que con decir poco Luke se había quedado corto.

—¡Esto no puede ser verdad! —protestó Lexi, con los ojos echando chispas.

—¿Qué te pasa?

—¡Que no se han molestado ni un poquito en hacer un buen trabajo! —declaró indignada—. Me siento insultada ahora mismo.

Luke sonrió a medias.

—¡No te rías! —insistió furiosa—. No me puedo creer que un gilipollas incompetente semejante me haya metido en este problema.

—No todos son tan buenos hackers, supongo.

—Este tipo no es un hacker, eso te lo garantizo.

Aquello sí llamó la atención de Luke.

—¿Estás segura?

—¡Del todo! ¡Si no ha hecho nada bien! —se quejó acalorada—. Incluso haciendo un copia-pega de mi firma, sacada de uno de mis programas, la ha incrustado donde no era. Ningún hacker que se precie de llamarse así haría algo tan chapucero —miró a Luke, irritada—. Incluso si no me molestara en demostrar mi inocencia, nada se sostendría frente a los ojos de un experto.

Cada hoja que pasaba del informe parecía indignarla más.

—¿Y esto? —Casi gritó—. ¿En serio? Entraron con las claves de acceso y, aun así, se esforzó en dejar pistas falsas en mi contra y mal puestas. —Frunció el ceño—. Esto no tiene ningún sentido. Da la vuelta Luke, te aseguro que no tengo nada de lo que preocuparme, me descartarán como sospechosa en unos días.

—¿Hablas en serio? —La miró alucinado.

—En que me descartarán sí, eso si no lo han hecho ya; en dejarlo pasar, ¡ni de coña! —aseguró iracunda—. ¡Esto ya es algo personal!

—Lo consideras un insulto a tu inteligencia. —La miró con una expresión casi divertida.

—Mucho más que eso —concedió, y siguió consultando la información—. ¿Y esta cuenta que coño significa?

—Crearon una cuenta con tu alias en un banco de las Maldivas —explicó Luke, que parecía saberse el expediente de memoria—. El dinero pasó por ella el día que lo robaron, pero se le pierde el rastro ahí.

—Vaya, qué conveniente —apretó los dientes—, qué hijos de puta.

Luke la miró con evidente preocupación.

—¿Qué pasa? Te aseguro que no se sostiene, Luke.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Me preocupan los motivos de quien orquestó todo esto —reveló—, como bien dices, hay demasiadas cosas que no tienen lógica.

Ella lo pensó con detenimiento.

—Supongo que la intención era levantar revuelo y desviar la atención para poder hacer desaparecer la pasta.

—¿Crees que por eso te eligieron a ti?

Lexi lo valoró con calma.

—A ver, Luke…, no me gusta alardear, pero ya solo mi nombre habrá causado tal alboroto que…

—Sí, sé que eres la hostia —sonó irónico—, pero me pregunto si solo te escogieron por eso.

—Pues… supongo.

—Será mejor no hacer suposiciones aún —opinó Luke—. Hay algo en todo esto que no me gusta nada.

Lo dijo con tal convicción que Lexi lo miró sorprendida.

—Suenas muy seguro.

—Espero equivocarme —suspiró con sinceridad—, pero el instinto es algo que no se puede explicar —la miró con una expresión de cautela—, estoy casi seguro de que aún vamos a llevarnos alguna que otra sorpresa.

Capítulo 24

Cuando intentaron acceder al edificio de Omega Capital, les salió al paso un mastodonte del tamaño de un armario ropero de dos puertas, que los miró con cara de tener el peor día de su vida y haber encontrado con quien pagarlo.

—Está cerrado.

—Buenos días para ti también —le dijo Lexi con una sonrisa enorme.

—Está cerrado —insistió, y les hizo un gesto para que se largaran.

«¡Será posible!», se indignó Lexi. Se podía decir lo mismo con algo más de educación.

—Queremos ver a Grayson Donovan —dijo Luke en un tono sosegado.

—No está, y está cerra…

—Cerrado, sí, pero sé que hay un turno de trabajo los domingos —siguió diciendo Luke—. ¿Podemos hablar con un responsable?

—No si no tienen uno de estos. —Se señaló el pase con su foto que llevaba prendido de la chaqueta.

Luke sonrió con acidez.

—El mío no es igual —sacó su identificación y se la mostró al tipo—, pero también lleva una foto —señaló—, ¿ves?, justo al lado de donde dice departamento del sheriff.

«*Zaaassscaaaa*», quiso gritar Lexi a pleno pulmón, pero se contuvo.

El gorila se hizo a un lado con evidente desagrado, y ambos entraron en el edificio. Avanzaron por el enorme vestíbulo hacia el mostrador de recepción, hasta el que había que caminar varios metros.

—Eres un poco chulo —bromeó Lexi en susurros mientras avanzaban.

—Reconoce que te ha gustado.

—¿Gustado? He estado a punto de correrme.

Luke la taladró con la mirada, y Lexi rio para esconder su rubor. ¿Cómo se le ocurría decirle algo así?

«¡Por Dios, estoy fatal!».

—Perdón, sheriff —rio de nuevo—, se me ha escapado.

—Habíamos quedado en que no eras una vampiresa.

—Y no lo soy, pero tampoco soy una mojigata. —Se encogió de hombros—. ¿Acaso las mujeres tenemos prohibido usar esa palabra?

—Ni mucho menos —la miró de reojo—, y no se me olvida tu facilidad para llevarla a la práctica.

Aquello fue como rociarla con gasolina y prenderle fuego, pero no pudo agregar nada. En ese momento llegaron al mostrador de recepción, tras el que había un tipo delgado, ya entrado en años, pero con el mismo gesto de estreñido que el gorila de la puerta.

—No se puede estar aquí, hoy solo está abierto para parte del personal.

—Otro de lo más adorable —suspiró Lexi por lo bajo, y vio sonreír a Luke.

El sheriff empezó sacando la identificación en aquella ocasión, y diez minutos después los estaban subiendo a un ascensor rumbo a la tercera planta, donde un tipo trajeado los recibió con una sonrisa enorme y la mano tendida.

—Ay, Dios, que nos hemos equivocado de planta —murmuró Lexi—, esta debe de pertenecer a otra empresa.

—Disculpen la espera —dijo de inmediato el tipo—, pero tenía que llamar al señor Donovan para informarle de su visita.

—Me parece lo lógico —asintió Luke.

—Me ha dado permiso para mostrarles todo lo que soliciten —informó—. Me han dicho desde recepción que están investigando a la tal Némesis desde hace tiempo.

—Correcto.

—La verdad es que todo esto ha sido una locura —continuó el hombre—. Nunca pensé que fuera tan fácil colarse en una cuenta bancaria y vaciarla.

—Tan fácil no es —aseguró Lexi—, hay que ser muy bueno.

—O tener las claves de acceso —apostilló Luke—. Tengo entendido que ese ha sido el caso.

—Sí, eso parece —admitió el chico—, pero esas claves solo las conoce el señor Donovan.

—¿Y el departamento de contabilidad que gestiona los créditos?

—Trabajan con cuentas más pequeñas —explicó—. Las operaciones de más de cien mil dólares las autoriza y tramita el señor Donovan, a través de la cuenta que han vaciado.

—¿Y solo él tiene las claves de esa cuenta? —insistió Lexi, y el tipo asintió—. Y, por curiosidad, si a él le pasara algo…

—Bueno, se guardan en una caja de seguridad en el despacho.

—¿Y han comprobado que sigan estando ahí? —preguntó Luke ahora.

—Esa caja tiene un sistema de control biométrico.

—¿Por huella dactilar? —intervino Lexi.

—Correcto.

—Pero no será la del señor Donovan —replicó Luke de inmediato.

—Bueno, sí, pero…

Lexi esperaba que el *pero* fuera muy bueno, porque era del género absurdo guardar unas claves tan importantes en una caja fuerte por si la única persona que las sabía no podía decírselas a nadie, y que la única persona capaz de abrir la caja… fuera la misma.

—¿Pero? —lo alentó Luke cuando el tipo se detuvo y los miró a ambos como un conejo al que le das las largas—. Espero que no me salga con que el señor Donovan tiene dada la orden de que le corten el dedo para conseguir su huella si sufre un desgraciado accidente —sonó a broma, pero no lo era tanto.

—No, por Dios —rio con algo de nerviosismo—, en realidad, las huellas del señor Donovan están registradas en una base de datos de alta seguridad.

—¿En una base de datos informática? —replicó Lexi—. ¿Segura? Permítame que me ría.

—¿Perdone?

—Está usted perdonado —ironizó Lexi—. ¿Nadie más tiene esas huellas?

—El señor Donovan las tiene en su ordenador personal.

Los chicos se miraron entre sí, y Lexi no pudo evitar reír frente al gesto de desespero de Luke.

—¿Quieres que busque la cámara oculta? —ofreció divertida.

Él asintió con una media sonrisa, soltó aire y miró de nuevo al tipo.

—Puede que me arrepienta de preguntar, pero ¿quién tiene acceso al ordenador del señor Donovan?

Lexi aguantó la risa. Si aquel tipo decía un «solo él», estaba segura de que Luke comenzaría a soltar improperios.

—Siempre lo lleva encima.

—Me rindo —suspiró el sheriff.

—¿Se les ofrece algo más?

—¡Pues algo que nos sirva estaría genial! —se quejó Luke—. ¿Podría mi compañera echar un vistazo al ordenador?

—¿Al del señor Donovan?

—¿Es que está él aquí?

—No.

—Entonces a ese no podrá ser, ¿no le parece? —masculló con irritación—. ¿No ha dicho que lo lleva siempre encima?

—Correcto, sí.

Luke empezaba a salivar, y Lexi tuvo que aguantarse la risa e intervenir.

—¿Puede decirme dónde está el servidor central?

Por una vez no puso impedimentos ni lastres. Los llevó a la sala que necesitaban, donde, de repente, Lexi se sintió feliz de la vida.

—Tardaremos un rato largo —le dijo Luke al tipo que parecía una lapa junto a ellos.

Por fortuna, aquella indirecta la pilló a la primera y salió de la sala.

Lexi sonrió y tomó asiento frente al enorme ordenador.

—Estás como un niño con zapatos nuevos ahora mismo, ¿no? —interrogó Luke.

Ella amplió su sonrisa aún más mientras sus dedos volaban ya por el teclado.

—¿Qué impresión has tenido? —le preguntó la chica al tiempo que trabajaba—. Forrest Gump al lado de este tipo es un superdotado.

Luke arrastró una silla hasta su lado mientras comentaba:

—Nadie es tan tonto, y quien se lo hace tan bien es que algo tiene que esconder, me da demasiado que pensar —declaró—, aunque creo que ese tipo no es más que un recadero que tiene la información justa.

—¿Entonces crees que alguien más de dentro puede estar involucrado?

—Jamás descarto nada antes de tiempo.

Lexi asintió.

—Veamos —se centró en el ordenador—, aunque no tengo mucha esperanza de encontrar algo relevante —reconoció—. De haberlo, estaría en los informes de los Marshall, tienen gente muy buena.

Continuó trabajando, confirmando todo lo que ya sabían, hasta que Luke intervino de nuevo.

—Entonces, recapitulemos: entraron con las claves, hicieron una transferencia a una cuenta creada con tu apodo y de ahí la pasta se volatilizó en el aire —resumió con un tono de incredulidad.

Lexi asintió.

—Eso parece.

—¿Y tú qué piensas? —le consultó Luke.

Para ella, que a él le interesara su opinión fue muy gratificante.

—Dado que quien se llevó el dinero es obvio que sabe lo justo de informática, te aseguro que no ha hackeado una base de datos para hacerse con las huellas que los llevó a las claves —opinó—, así que yo diría que tu primera hipótesis es correcta y que ha sido un golpe desde dentro.

—Sí, tiene toda la pinta —admitió Luke—. Consiguieron las claves de Greyson Donovan a la antigua usanza.

—Una persona muy cercana, al parecer —expuso Lexi.

—Sí, alguien con acceso al ordenador personal que siempre lleva encima.

Era como si Luke fuera capaz de completar sus propios pensamientos, era una sensación asombrosa y muy gratificante.

—La cuestión es el motivo por el que te escogieron a ti.

—Esa respuesta no está en este ordenador —aseguró—, pero por si acaso, habrá que revisarlo a fondo.

Abrió su mochila y sacó de dentro una especie de cajita metálica que Luke miró con curiosidad.

—¿Para qué es eso?

—Voy a clonar el disco duro.

—No.

—Necesitaría horas para rastrearlo entero.

—No podemos llevarnos nada, Lexi.

Ella lo miró con fastidio y se detuvo a pensar en busca de una solución mientras tamborileaba las uñas sobre la mesa.

—Quizá pueda intentar dejarme una ruta de entrada abierta, para poder acceder cuando quiera.

—¿Y eso no es detectable?

—No si lo hago bien. —expuso—. Cuando vuelva a entrar, el sistema registrará la hora que es ahora mismo —miró a Luke—, y ahora tenemos permiso, así que… —Arqueó las cejas de forma cómica.

—¿Puedes hacer eso?

Lexi sonrió con una mezcla de descaro y arrogancia.

—Puedo hacer cualquier cosa que seas capaz de imaginar. —Clavó una mirada brillante sobre él.

—Joder, coletitas, creo que acabo de empalmarme —repuso Luke, sonriendo con sinceridad por primera vez aquel día.

Contra todo pronóstico, Lexi rio a carcajadas.

—No se emocione, sheriff, que la representante del lado oscuro soy yo.

Pero él no borró la sonrisa de los labios mientras la observaba trabajar.

Diez minutos más tarde, salieron de la sala y unos metros más allá se toparon con el tipo que los había atendido, que era evidente que solo estaba allí para esperarlos.

—¿Han podido encontrar algo interesante? —interrogó nada más verlos.

—Poca cosa —se limitó a decir Luke—. Nos gustaría hablar con el señor Donovan, ¿sería posible que nos recibiera en alguna parte?

—Hoy no, me temo —anunció—, se casa su hija. De hecho, la ceremonia se estará llevando a cabo en este momento.

—Ay, me encantan las bodas —suspiró Lexi, y preguntó en un fingido tono confidencial—, y las de los ricos tienen que ser divinas.

Luke la miraba con una expresión de incredulidad, pero a ella le dio igual. O mucho se equivocaba, o aquel tipo jugaba en el equipo de Bowie y eran muy afines.

—Ande, cuénteme —rogó la chica y susurró—: ¿es de esas en las que las mujeres van con pamelas y los hombres con faldones de pingüino?

El tipo rio y se tapó la boca para confesar por lo bajo:

—Tengo entendido que solo el vestido de la novia ha costado mi sueldo de un año.

—Qué mal repartido está el mundo, ¿verdad? —resopló—, pero tiene que ser una auténtica pasada de vestido.

—¡Divino de la muerte! —declaró—. Y eso que solo he visto una foto que me enseñó Becca, de contabilidad, que es amiga de la asistente de uno de los accionistas, cuya esposa le recomendó al diseñador que lo ha hecho.

Luke no daba crédito a la conversación, pero se limitaba a observar.

—Y se estarán casando en un palacio, por lo menos —se emocionó Lexi.

—En el hotel Palazzo di Luna.

Lexi soltó un suspiro teatral y canturreó:

—¡Ya solo el nombre te hace desear querer vivir allí!

—Es una verdadera maravilla —reconoció—. Los novios, toda la familia Donovan y algunos de los invitados más selectos llevan allí desde el viernes, disfrutando de las instalaciones.

—Y tú trabajando un domingo —comenzó a tutearlo—, si es que la vida no es justa.

—¿Verdad? Daría lo que fuera solo por poder asistir al coctel en el invernadero —exhaló con fuerza—, fíjate que he valorado seriamente hacerme pasar por el señor Muller durante un rato…

—¿Quién es?

—El jefe del departamento de recursos humanos. —Sonrió con cierta malicia—. Un pajarito me ha chivado hace un rato que su mujer lo ha pillado con su secretaria en una actitud… poco decorosa cuando ha venido a buscarlo para irse a la boda.

—¡No!

—Como te lo cuento, nena, por lo visto le ha lanzado una grapadora a la cabeza que le ha dado de lleno en una ceja.

—¡Ay, madre!

—Han tenido que llevárselo al hospital, Becca, mi pajarito, dice que tenía pinta de necesitar unos cuantos puntos de sutura.

—Es que una grapadora tiene que doler —miró a Luke—, yo me lo he planteado alguna vez.

—Qué maja —se quejó el sheriff.

—A mí lo que más me habría dolido es perderme esa boda —suspiró el tipo en un tono teatral—. Me fascina la élite, qué le voy a hacer. Tengo que conseguirme uno de esos nuevos ricos. —Lexi rio, le recordaba tanto a Bowie que casi le pareció raro que no intentara explicarle a qué se refería por si acaso no lo había entendido.

—Si das con uno, pregúntale si tiene un hermano hetero —bromeó.

El tipo miró a Luke con evidente admiración, sin esconderse ya.

—Chica, hay veces que el dinero no compensa tanto como… —carraspeó— todo lo demás.

A Lexi se le escapó una carcajada cuando vio el leve azoramiento de Luke, que era obvio, a pesar de que estaba concentrado ahora en su móvil.

—Calla, canalla, que es mi jefe —dijo Lexi muy bajito entre risas cómplices—, pero me planteo dimitir cada mañana solo para poder meter ficha.

—¡Y no me extraña nada! —exclamó, y bajó la voz para añadir—: ¿Entre vosotros nunca…? Porque te mira bonito.

—Una charla muy interesante —interrumpió Luke ahora—, pero tenemos que irnos ya.

«¡Déjalo explayarse!», estuvo a punto de gritarle Lexi, pero se contuvo.

—Gracias por todo —miró la tarjeta que llevaba en el pecho—, ¿Antoine?

—Sí, mi padre es francés.

—Muy glamuroso, te va que ni pintado.

—Gracias, bella. —Sonrió con sinceridad.

El chico los acompañó hasta el ascensor y le lanzó un beso al aire a Lexi mientras las puertas se cerraban, que ella le devolvió idéntico.

Cuando se quedaron a solas, Luke la miró con las cejas arqueadas, con una evidente expresión de incredulidad.

—¿Qué?

—Veníamos a trabajar, no a hacer amigos.

Lexi rio.

—Nunca se tienen suficientes amigos, Luke, y solo un amigo te dice lo que necesitas saber.

Él la miró con una sonrisa que parecía sincera, y ella agitó las pestañas a lo Julie Bonet.

—¿Qué es eso de que me miras bonito?

Luke esbozó una perezosa sonrisa.

—Ni idea, la verdad, haberle preguntado.

—Mira, mira qué batir de pestañas —lo exageró aún más—, de algo me tiene que servir.

—Para espantarte las moscas, quizá.

Ella lo miró con un fingido enfado y suspiró:

—Eres un auténtico peñazo, sheriff.

—No tanto —sonrió—, espero que sea verdad que te gustan las bodas.

—¡Me pirran!

—Qué suerte, porque acabamos de autoinvitarnos a una.

Capítulo 25

De camino a su siguiente parada, Lexi se concentró en su ordenador y accedió al terminal de Omega Capital para comprobar que la puerta que había dejado abierta funcionaba bien. Tenían al menos una hora de camino al hotel Palazzo di Luna, así que una vez accedió sin problema, aprovechó el viaje para seguir chequeando toda la información mientras lo iba comentando con Luke.

—Perdemos el tiempo —acabó diciendo el chico, convencido, tras largo rato de no hallar nada nuevo.

—Sí, eso me temo —admitió Lexi, cerrando por ahora el ordenador, y suspiró un tanto decepcionada—. ¿Crees que Greyson Donovan hablará con nosotros?

—No —negó—, por eso no nos presentaremos de forma oficial.

—No te entiendo —lo miró confusa—, ¿vamos a colarnos de polizones?

Luke sonrió.

—Sí, correcto.

Ella le devolvió la sonrisa y aguardó a que él se desdijera y le contara el plan real, pero lo miró alucinada cuando Luke no lo hizo.

—No lo dices en serio —insistió.

—No vamos a encontrar nada en ese PC, Lexi —aclaró ahora ya más serio—, lo que significa que nos hemos quedado sin vías de investigación rápida.

—¿Y quieres colarte en la boda para…?

—Aún no lo sé —reconoció—. Para ponerle cara a Greyson Donovan, ver con qué gente se codea…, quizá incluso la persona que está detrás de todo esté en esa boda.

Lexi lo miró un tanto alucinada.

—Entonces, ¿tu plan es colarnos y ver qué pasa?

—Improvisar, sí. —Esbozó una sonrisa frente a su expresión de asombro—. ¿Tienes algún problema con todo esto? Porque puedes quedarte al margen si…

—¿Al margen? —casi gritó de pura euforia—. ¡Qué te has creído tú eso! —Su cabeza comenzó a correr a mil por hora—. Solo me sorprende que quieras hacer algo que a priori parece tan… ilegal.

—Investigación de incógnito, lo llamo yo.

—Vaya, qué listo.

—Las ventajas de llevar una placa.

—Pues a lo del incógnito… le veo lagunas —opinó—. Es imposible que pasemos desapercibidos entre pamelas y chaqués. No nos dejarán pasar de la puerta.

—Por eso habrá que hacer una parada extra.

En ese momento Luke detuvo el coche, justo cuando el navegador anunciaba que habían llegado a su destino. Lexi miró por la ventanilla y frunció el ceño.

—Ese no es el hotel —declaró confusa.

—No, es la boutique de una amiga.

«¿Una amiga? ¿Qué tipo de amiga, una con derecho a roce?», se contuvo para no preguntar, y se bajó del coche cuando él también lo hizo.

—Gabrielle nos ayudará con la vestimenta, seguro que tiene el vestido perfecto para ti —le contó—. Le he escrito mientras tú estabas entretenida charlando de bodas con tu amigo Antoine.

—Vaya, qué eficiente.

«Así que Gabrielle, qué nombre tan sofisticado». La odió sin conocerla.

—¿Qué te pasa? —interrogó Luke.

Lexi no podía evitar sentirse imbécil por ser tan extremista, pero se sentía tan bien y tan unida a él aquella mañana…

—Nada —aseguró.

—No tienes cara de nada —insistió—. Si prefieres no hacer esto…

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Comenzó a sentirse absurda. Tener celos de alguien a quien ni siquiera conocía aún era del género idiota, pero no podía evitarlo.

—¿Qué parte del nada no entiendes? —preguntó irritada, y hasta ella misma se regañó.

Lo vio soltar aire en un evidente intento de contención, comenzó a caminar hacia la tienda y Lexi no tuvo más remedio que seguirlo, diciéndose que quizá estaba equivocada y la tal Gabrielle era un travesti italiano de metro noventa.

Pero no.

Una modelo de metro ochenta los recibió con la sonrisa más grande que Lexi había visto jamás, y un evidente interés en Luke que se leía a la legua.

«Súbete las bragas, mona, no vayas a tropezarte», habría querido gritarle Lexi, no tenía claro si antes o después de pegarle un sopapo. No pensaba permitir que aquella mujer le eligiera ni unos calcetines, mucho menos un vestido. Seguro que estaba deseando encerrarla en un probador para poder disfrutar de Luke a solas y…

—Gabrielle nos está esperando —indicó Luke.

«Espera, ¿qué?», se sintió desconcertada.

—¡Luke Keller! —exclamó una voz de mujer tras ellos—. Dichosos los ojos.

Lexi la contempló mientras avanzaba con una sonrisa de bienvenida. Debía tener al menos sesenta años y era la elegancia personificada. Iba vestida con un estilo impecable, bien maquillada y no llevaba un pelo fuera de su sitio. Luke la saludó con verdadera alegría de verla, y ambos se dieron un abrazo sincero.

—Hasta que por fin voy a poder devolverte parte del favor que te debo —repuso la mujer.

—Sabes que estamos en paz —sonrió, y miró a Lexi—. Te presento a Gabrielle, ella es Lexi.

La mujer la contempló con evidente interés y admiración.

—Encantada, Lexi —miró a Luke—. Creí que estabas exagerando, pero ya veo que no —opinó la mujer, tomándola de las manos y abriendo sus brazos a los lados para verla al completo —, eres muy hermosa, niña.

«Espera, ¿Luke le había dicho aquello?», pero no pudo preguntar, Gabrielle continuó diciendo:

—Podrías vestirte de buzo y seguirías estando preciosa, pero da la casualidad de que tengo el vestido perfecto —miró de nuevo al chico—, y espero que dispongas de un rato largo para prestármela, porque he llamado a Arthur, mi estilista, y viene de camino. ¿Qué es un buen vestido sin el maquillaje y el peinado adecuados?

—Tienes una hora —declaró Luke.

«*Creí que estabas exagerando, pero veo que no, eres muy hermosa…*». Aquello no podía malinterpretarse.

—¿Lexi? —interrogó Luke.

Salió del trance y lo miró con una sonrisa sincera, de repente feliz.

—Dime —sonó toda bondad, tanta que el chico frunció el ceño y la miró con cierta confusión—. ¿Qué pasa?

—Creo que prefiero tu mal humor —acabó diciendo Luke—, me desconcierta menos.

Lexi no se hizo la tonta, incluso comenzó a preocuparle que todo lo que él hacía o decía le influyera tanto.

—Le he pedido a Arthur que piense en algo de ropa para ti —le dijo Gabrielle a Luke.

—No voy a ponerme un traje.

—Pero debes estar a su altura —señaló a Lexi—, y te aseguro que ella irá subida en un pedestal.

Luke resopló.

—Algo informal —concedió—, sin corbata.

«Y estará impresionante con cualquier trapillo», se dijo Lexi, intentando imaginarlo. Como para que la boda fuera la suya…

«Sí quiero», suspiró dentro de su cabeza, y el simple pensamiento la paralizó. «Ahora sí me he vuelto loca del todo».

Por fortuna, aquel fue el momento en el que Arthur entró en la tienda, con su aire a lo Jean Paul Gautier, y miró a Lexi con verdadero interés.

—Maravillosa —fue lo primero que dijo.

Lexi se sentía azorada. Notaba los ojos de la dependienta que los había recibido taladrarla con una envidia que no se molestaba en ocultar. A Lexi le preocupaba que intentara saltar sobre Luke en cuanto ella saliera del mapa, pero Arthur lo solucionó en breve. Miró al sheriff con evidente apreciación, sacó una tarjeta y se la tendió.

—Está a dos manzanas, te están esperando.

Luke miró a la chica, de la que ya tiraban hacia la trastienda de la boutique y le hizo un gesto con la mano como despedida. Lexi lo echó de menos en cuanto salió por la puerta.

∞∞∞

Una hora después, Luke paseaba nervioso de un lado para otro de la tienda aguardando a que Lexi saliera. La joven dependienta no dejaba de darle conversación e intentar un acercamiento que comenzaba molestarle, impidiéndole poder pensar en su siguiente movimiento.

Era arriesgado colarse en esa boda y lo sabía, y puesto que no tenía jurisdicción en aquel condado, llamarlo investigación de incógnito estaba cogido con alfileres, pero llegados a este punto no tenía más opción. El mal pálpito que lo asaltaba con respecto a todo aquello le impedía sentir ningún tipo de remordimiento. Ella estaba en peligro, su instinto se lo decía, y él estaba dispuesto a todo para protegerla, incluso a jugarse su carrera, y… tampoco podía negar que las últimas horas estaban resultando de lo más estimulantes.

Lexi poseía una personalidad magnética que lo fascinaba y lo hechizaba cada vez más, y no había duda de que trabajaban bien juntos. Ella tenía una mente ágil que parecía complementar la suya en cada movimiento, como piezas de un rompecabezas perfecto, aunque a veces lo obligara a cuestionárselo todo, haciendo tambalear sus certezas como si le arrancara poco a poco las capas de esa seguridad en la que siempre había confiado, llevándolo a replantearse cada cosa que creía inamovible. Seguía enfadado con ella, pero parecía olvidarlo cada vez que la miraba. Sin

remedio, se dejaba arrastrar cada vez más por su ingenio y ese encanto arrollador que lo atrapaba y le arrancaba una sonrisa sin quererlo, llevándolo a un tonteo inevitable cada dos segundos…

…y luego estaba aquel otro problemilla que palpitaba dentro de sus pantalones y que no sabía cuánto tiempo iba a lograr mantener a raya. Jamás en toda su vida había deseado tanto algo, mucho menos a alguien, y llevaba años negándose a ceder a sus instintos con Lexi, pero… algo había cambiado. Ahora sabía a lo que estaba renunciando. Aquel pequeño desliz en su despacho había abierto una puerta que ya no podía cerrar, por más que se esforzaba. Provocarla y dejarse provocar a su vez era una sensación demasiado estimulante que ni el estar furioso con ella lograba eclipsar.

Intentó prepararse para la Lexi que no tardaría en aparecer frente a él, a sabiendas de que estaría preciosa…

…pero preciosa… ni siquiera se acercaba de lejos a la mujer que salió en aquel momento de la trastienda. Al verla, sintió como si el mundo a su alrededor se desvaneciera y el tiempo se detuviera en un instante. Su belleza deslumbrante lo dejó sin aliento.

Su maquillaje era intenso, resaltando sus ojos con un toque ahumado y labios de un tono profundo que invitaban a mirarlos más de lo debido. Llevaba el cabello recogido en un moño alto, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro, dándole un toque entre sofisticado y salvaje que la convertía en absolutamente irresistible.

El vestido negro era una obra de arte de gasas etéreas que se adherían a su figura de forma sutil, delineando sus curvas con una elegancia casi peligrosa. El corte ceñido abrazaba su cintura y caderas mientras que la falda se alargaba hasta el suelo, dejando una estela ligera que parecía flotar. Sus pechos, perfectos y generosos, se marcaban con absoluta perfección bajo la vaporosa tela mientras un escote de infarto le hacía desear perderse en ellos hasta saciar su hambre, un hambre… que en aquel momento le era imposible esconder. La miraba obnubilado, disfrutando de aquella imagen casi etérea, que parecía un sueño encarnado demasiado perfecto como para ser real.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Lexi, algo confundida frente a su silencio.

Se giró sobre sí misma para mostrarle la trasera del vestido, que no ayudó ni mucho menos a sacarlo del trance. La espalda quedaba al descubierto por completo, la desnudez bajaba de forma atrevida hasta rozar casi el inicio del coxis, dejando una línea de piel expuesta de delicada sensualidad y pura provocación.

Luke intentaba mantener la compostura y encontrar las palabras, pero estaba demasiado perdido en ella.

—Luke, por favor —insistió Lexi, comenzando a ruborizarse.

—Déjalo disfrutar del momento —escuchó decir a Gabrielle casi en la lejanía, con cierto tono cantarín.

—Es que aún no tengo claro si le gusta —susurró la chica cada vez más cohibida.

—Oh, le gusta, cielo —rio Arthur entre dientes—, a cada parte de su cuerpo…

—Sheriff, va a terminar avergonzándonos a todos —intervino Gabrielle de nuevo con evidente diversión.

Casi en contra de su voluntad, Luke parpadeó varias veces para ayudarse a reaccionar. Todo su cuerpo le exigía una sola cosa, que era la única que no podía darle.

—Estás preciosa —pudo decir al fin, y miró a Gabrielle—, pero ese vestido no nos sirve.

Tanto Gabrielle como Arthur protestaron, pero Lexi se limitó a callar, aunque la decepción que leyó en sus ojos lo mató.

—¡Está loco! —se quejó Arthur mirándolo con cierta rabia.

—Luke, mírala bien —pidió Gabrielle.

El sheriff regresó sus ojos sobre Lexi y declaró:

—Ese es el problema, que no puedo hacer otra cosa más que mirarla —confesó, y vio como Lexi lo observaba perpleja—, está absolutamente maravillosa, algo nada recomendable si necesitas pasar desapercibida.

—¡Eres un exagerado! —protestó Lexi—. Si me estás vacilando…

Luke sonrió a medias con cierta ternura, era evidente que ella no era del todo consciente del aspecto que presentaba, y… mucho menos de lo que provocaba en él, si creía que estaba bromeando.

—Te aseguro que no habrá nadie en esa boda para quien puedas pasar desapercibida, Lexi —dijo ahora más serio—. Los hombres te desearán y las mujeres te envidiarán, y no nos podemos permitir nada de eso hoy.

La vio dudar unos segundos y mirar después a Gabrielle.

—¿Tienes algo más discreto?

La mujer suspiró.

—Supongo que sí —asintió—, pero no puedes tapar la luz del sol con un dedo.

—Lo sé, con que sea algo que no eclipse a la novia, me conformo —pidió, y sonrió frente al gesto de incredulidad de Lexi, que estaba seguro de que se estaría preguntando si en realidad la veía tan bonita o solo lo decía para avergonzarla.

Soltando un improperio, Lexi se giró sobre los tacones de aguja en los que iba subida y regresó a la trastienda, contoneando sus caderas de un modo tan provocativo que Luke habría ido tras ella sin poder contenerse si no estuvieran acompañados.

—Quién entiende a los heteros… —escuchó murmurar a Arthur junto a él, y miró a Luke—. Debería darte vergüenza chafarla así.

—¿Perdona?

—¡Estaba emocionada y nerviosa por mostrarse ante ti! —chasqueó la lengua y acabó murmurando—. Capullo…

El sheriff estaba perplejo.

—¿Y por qué no llevas puesto un traje como Dios manda? —siguió regañándolo, sorprendiéndolo aún más.

Luke se miró en un espejo cercano. No se veía tan mal para ir vestido con ropa que no solía usar. Reconocía que podría haber escogido algo más clásico, aunque cada una de las prendas que había elegido parecía estar hecha a medida para él. Llevaba unos vaqueros oscuros que se ajustaban a sus largas piernas de manera perfecta, dándole un toque desenfadado pero irresistible. Los combinaba con una camisa blanca, ligeramente desabotonada en el cuello, y una chaqueta de traje en color negro que llevaba abierta, y que en aquel momento se había remangado para combatir el insoportable calor que corría por sus venas, mostrando unos antebrazos fuertes y trabajados. Completaba el look con unas botas de cuero desgastado que aportaban ese toque de hombre indomable y sexi hasta decir basta. Sin esfuerzo, todo en su apariencia emanaba encanto y magnetismo animal, imposible de ignorar.

—¿Tan mal estoy? —dijo en alto, tras mirarse unos segundos al espejo.

Arthur lo contempló por encima de sus gafas con expresión crítica.

—No pienso regalarte los oídos, no señor.

—¿Qué?

—Esa niña debería poder lucir ese pedazo de vestido en un palacio.

«Y estoy de acuerdo, pero no a costa de su seguridad», claro que aquello no podía decírselo.

—Hoy no es el día —se limitó a comentar—, a pesar de que pocas cosas me gustan tanto como verla feliz.

Y aquello era una verdad sorprendente, de la que acababa de ser consciente. Y ese comentario sirvió para ganarse algo de benevolencia por parte de Arthur, que pasó por su lado de regreso a la trastienda mientras decía:

—Ella te hace sombra por muy poco, sheriff, y siempre dependerá de a los ojos de quién.

El chico supuso que aquello era un piropo, algo que no supo si le incomodó o le alivió, aunque le calmó un poco los nervios. Tenía claro que ella lo eclipsaría por completo, algo inevitable cuando llevas a tu lado a la mujer más hermosa del planeta, solo aspiraba a que no tuviera que avergonzarse por ir colgada de su brazo.

Consultó su reloj, se estaba haciendo tarde, si Lexi no salía pronto iba a…

«!Joder!», gritaron cada una de sus neuronas cuando la vio aparecer de nuevo.

En esta ocasión lucía un vestido corto que, aunque mucho más sencillo que el anterior, no ocultaba ni un ápice de su atractivo. Negro, con las mangas de seda transparente y con un corte ajustado que se ceñía a su figura de manera natural, dejaba al descubierto unas piernas largas y perfectas que parecían interminables, subidas en unos tacones de aguja. Casi sin poder evitarlo, Luke imaginó aquellas piernas rodeando sus caderas…

—Vale, tendremos que conformarnos con ese —interrumpió sus propios pensamientos.

Lexi cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con irritación.

—¿Qué te pasa? —interrogó Luke, un tanto desconcertado.

—¡Eres un cenutrio, eso me pasa!

—No tenemos tiempo para más cambios, Lexi —se quejó—, y es evidente que estarás espectacular con cualquier vestido que te pongas, tanta belleza es imposible de ocultar, así que ¿podemos irnos, por favor?

La chica lo miraba, ahora perpleja, hasta que acabó sonriendo.

«¿Y de repente por qué sonríe?», se preguntó un tanto molesto. «A mí me va a volver loco esta mujer».

Gabrielle llegó hasta ella con un precioso abrigo largo, casi hasta los pies, que la chica no rechazó.

—Esto tendrá un poco más tranquilo a nuestro amigo —oyó Luke que le decía mientras la ayudaba a ponérselo.

—Que te estoy escuchando… —se quejó el chico.

La mujer sonrió y acudió a despedirse de él. Le dio un abrazo con enorme cariño, y aprovechó para decirle casi en susurros:

—¿Por qué ella piensa que te resulta indiferente cuando es evidente que te mueres por sus huesos?

Luke no se hizo el tonto.

—No soy lo que más le conviene —admitió.

—¿Y si dejas que decida ella?

El chico miró con intensidad a Lexi, que se despedía ahora de Arthur con efusividad.

—¿Crees que me elegiría para algo? —Esperó con ansia la respuesta.

—No hasta que dejes de comportarte como un idiota.

—¡Eh! —se quejó.

Gabrielle rio.

—Si tuviéramos más tiempo, te daría un enorme tirón de orejas.

—Ah, ¿qué eso no es lo que acabas de hacer?

∞∞∞

Cuando salieron de la boutique, caminaron en silencio hasta el coche. Lexi no estaba acostumbrada a llevar unos tacones tan altos y necesitaba de toda su concentración para mantenerse sobre ellos. Además, caminar a velocidad de tortuga le exigía un esfuerzo extra a su paciencia que no la ayudaba.

—Las he visto más rápidas —se quejó Luke, mirándola avanzar ya desde el coche.

—Sí, y seguro que calzaban unas botas como las tuyas —se quejó—. ¿Y por qué no llevas un puñetero traje con su chaleco, su corbata…?

Luke frunció el ceño y miró su atuendo.

—¿Crees que alguien me va a mirar a mí llevándote a ti del brazo?

«Pues cualquier mujer hetero que se precie de serlo, incluso un buen puñado de hombres», se dijo, acalorada, sin poder evitar admirarlo de nuevo. Aquel tipo llevaba aquello de sexi hasta la médula a otro nivel, habría babeado al verlo si ella misma no hubiera estado tan nerviosa. Todo el tema de los vestidos había sido… desconcertante, casi como una montaña rusa de emociones dispares.

—Eso me importa un bledo, Luke, lo que quiero es que vayas tan incómodo como yo.

Aquello le arrancó al chico una carcajada.

—Qué susto, por un momento pensé que te avergonzabas de mí.

—También podría pasar. —Se encogió de hombros—. Sobre todo si te comportas como hace un rato.

—¿Qué he hecho?

—Confundirme todo el tiempo —concedió.

Luke le abrió la puerta del coche y la miró de frente antes de que se subiera.

—No era mi intención —reveló—, yo mismo me he sentido un poco confuso.

Aquello la sorprendió, ya no sabía si significaba algo o solo trataba de mofarse de ella, pero no había habido ninguna burla en la forma en que la había mirado al salir de la trastienda por primera vez. Por un instante, había sentido que la admiraba obnubilado, y unos segundos después que la desnudaba con la mirada, aún se acaloraba al recordarlo. ¿A eso se refería al hablar de confusión? Le daba miedo preguntar.

—Bueno, espero que podamos pasar desapercibidos en esa boda —regresó a terreno más seguro.

Luke sonrió y la miró con intensidad.

—¿Qué? —se quejó Lexi, inquieta.

—Tú no podrías pasar desapercibida ni en una convención de modelos.

Lexi estuvo a punto de suspirar y se perdió en sus ojos. Por suerte, él tenía medio cuerpo escudado con la puerta del coche, interponiéndose un poco y evitando que hiciera una estupidez, como intentar arrojarse en sus brazos. Decidió tomárselo de otra manera antes de claudicar.

—Ay, qué bonito, Luke —declaró en un tono teatral—, para resultarte solo bastante mona es un piropo interesante.

La carcajada de Luke no se hizo esperar.

—Te llegó al alma eso de bastante mona —se burló—, es la segunda vez que me lo echas en cara.

—Me da igual. —Se encogió de hombros—. Tú tampoco eres mi tipo, pero reconozco que te sienta bien eso que llevas puesto.

—¿Ahora es cuando yo te digo lo bien que te queda ese vestido? —La miró con descaro.

—No hace falta, ya sabemos cuánto te cuesta salirte de tus dichosas cláusulas —sonrió mordaz—, me pregunto qué te preocupa tanto.

Aquello pareció darle de lleno, a pesar de la sonrisa que lucía en sus labios.

—Está bien, ¿quieres un piropo…?

—No hace falta.

—…claro que no tiene por qué ser fino y delicado.

—Déjalo.

—No, ahora apechugas.

Clavó en ella una mirada de evidente lujuria que estuvo a punto de arrancarle un gemido, tuvo que limitarse a callar y aguardar.

—¿Quieres saber de verdad si me agrada cómo te sienta este vestido, o cuál me gusta más, si este o el primero?

La chica asintió, incapaz de no hacerlo.

—Digamos que con este… te echaría cuatro o cinco polvos seguidos sin pestañear —susurró con la voz ronca—, y con el otro… —fingió valorarlo—, ostras, igual la ropa no va a tener nada que ver.

Lexi casi no podía respirar y se mojó los labios con la lengua, intentando encajar aquello con la mayor naturalidad, algo muy difícil cuando todo su cuerpo ardía de deseo contenido.

—Nemo quiere permiso para contestar, sheriff —repuso en un tono meloso.

Él la miró con una extraña mezcla de lascivia y tristeza.

—Permiso denegado, coletitas —soltó aire con fuerza—, si sacas al pececillo de su pecera, acabaré parándome en el primer descampado que encuentre.

«¡*Omg*, coño, joder, la hostia…!», todo su ser respondió a aquel comentario. Por suerte…, sus labios no lo hicieron, y logró contener la oleada de excitación sin rogarle que buscara mejor un motel.

Se subió al coche, él cerró la puerta y cuando dio la vuelta y tomó asiento frente al volante, ambos habían olvidado aquella insólita y excitante conversación, o eso parecía, al menos.

—Gabrielle me ha dicho que le salvaste la vida —comentó Lexi para calmar los nervios.

—Gabrielle es una exagerada.

—Dice que la ayudaste a huir de un maltratador y a empezar de cero —recordó las palabras de la mujer.

—Solo hice mi trabajo.

Lexi lo contempló con atención. Al parecer, no encajaba demasiado bien los halagos.

—Ella te aprecia mucho —insistió.

—Y eso te sorprende un poco. —La miró de soslayo con cierta mordacidad.

Lexi esbozó una sonrisa maliciosa y se limitó a decir:

—¿Tú no tienes hambre? Porque podría comerme un dinosaurio…

Capítulo 26

El hotel Palazzo di Luna hacía honor a su nombre. El edificio se alzaba imponente como una joya arquitectónica en medio de la ciudad, imitando la grandeza de un palacio renacentista. Su fachada estaba adornada con arcos elegantes y columnas de mármol blanco que parecían tocar el cielo, mientras que enormes ventanales reflejaban la luz del sol, creando destellos dorados. En el centro, una gran escalinata de piedra ascendía hasta la entrada principal, flanqueada por estatuas de figuras mitológicas que parecían vigilar cada paso. Majestuoso era la palabra que mejor lo definiría.

Lexi lo miraba alucinada desde que se había bajado del coche.

—Aquí hay más lujo del que pensaba, Luke, venimos vestidos de trapillo —suspiró un poco abatida.

El chico rio.

—Gabrielle te diría que harás palidecer a cada una de las mujeres que hay dentro.

—¿Y tú piensas igual? —interrogó con descaro.

—Yo… —le devolvió una mirada brillante— no voy a meterme en más jardines por el momento.

Lexi sonrió con diversión. El chico ahuecó su brazo y se lo tendió, invitación que ella aceptó sin demora, agarrándose a él como a un salvavidas. Intentaba hacerse la valiente, pero su corazón se aceleraba un poco más a cada escalón que subían.

—Entiendo el porqué de los tacones, pero ¿es necesario ese pedazo de bolso? —interrogó—. ¿Qué demonios llevas dentro?

—Unas botas de montaña.

Luke la miró con una sonrisa curiosa.

—Como comprenderás —insistió Lexi—, no puedo llevar uno de esos en los que solo cabe un pintalabios.

—¿Y no es lo propio con ese vestido?

—Sí, si viniéramos de fiesta.

En ese momento coronaron el último escalón y se detuvieron a mirar a su alrededor con atención, mientras Lexi fingía que le rozaba un zapato y se acariciaba el lateral del pie.

—La ceremonia ha debido de terminar hace rato —dijo Luke—. Deben de estar en pleno coctel antes de comer.

—Sí, busquemos el invernadero.

Entraron en el hotel, donde Lexi tuvo que contener otra exclamación de asombro. La opulencia y magnificencia de aquel sitio no dejaba de sorprenderla.

En una de las escaleras laterales un estandarte dorado les confirmó la dirección que debían seguir.

Caminaron hasta la misma puerta del sitio y se detuvieron a observar de nuevo. Lexi miró a Luke de frente y fingió colocarle el cuello de la camisa mientras estudiaban la zona.

El personal de seguridad, ataviado con un Ipad, se encargaba de buscarte en una lista para poder acceder al lugar.

—Recemos para que la lista no esté actualizada —opinó Luke, mirándola ahora a los ojos.

—Lo está —sonrió Lexi—, por mí, hace una hora.

La expresión de Luke era de foto. La miró alucinado.

—Antes de que te pongas tiquismiquis —repuso Lexi—, reconoce que no era inteligente jugárnoslo todo a la carta de los Muller sin asegurarnos que siguen en esa lista.

Luke soltó aire con fuerza y se limitó a preguntar:

—¿Y están en ella?

—Por supuesto —aseguró risueña.

—Pues esperemos que no hayan venido.

—No vendrán, no te preocupes.

Otra mirada crítica se clavó en ella, que se mordió los labios.

—Lexi…

—Solo le he echado un pequeño vistazo a su informe de urgencias —contó—, nada, un segundo y medio.

Él pareció valorar si le merecía la pena sulfurarse.

—¿Y? —sonó resignado.

—Van a dejarlo ingresado el día de hoy.

—Joder, ¡tremendo viaje le ha pegado con la grapadora! —le salió del alma.

Lexi rio divertida.

—Y de la puntería poco se habla —bromeó—. ¿Quién le manda… trabajar a deshoras?

—¿Ves? Por eso no suelo repetir con la misma.

Lexi lo miró alucinada.

—¿Nunca?

—No.

—¿Lo dices en serio?

Casi no podía disimular su asombro.

—No te ofendas, coletitas, respeto mucho a las mujeres, pero en posición horizontal para mí sois todas iguales —dijo en un tono de lo más casual.

Lexi lo fusiló con la mirada.

—¿Iguales? —Tuvo que contener la ira—. ¿Quieres decir que todas tenemos dos tetas y un sitio por el que…?

—Joder, ¡no me refiero a eso! —protestó de inmediato.

—Ilústrame pues —ironizó.

—Me refiero a que… me siento igual con unas que con otras —afirmó—. Ninguna me emociona especialmente.

—¿Como para querer repetir, dices?

—Correcto, sí, ¿por qué querría arriesgarme a que alguna se sintiera con derecho a lanzarme una grapadora?

Lexi lo miró con una mezcla de tristeza y pesar.

—Si tienes que preguntarte por qué correr el riesgo, todas las mujeres que se han cruzado en tu vida han tenido mucha suerte de que no las llamaras dos veces. —Se enganchó de su brazo—. ¿Vamos?

Él no se movió.

—Querer solo sexo no es un pecado —le dijo en un tono serio—, y jamás he engañado a nadie con falsas promesas.

Lexi tragó saliva.

—No tenemos tiempo para esta conversación.

—Tú has insistido, no es mi problema que ahora no te guste lo que escuchas.

Con una expresión fría, Lexi tiró de lo único que podía protegerla en ese instante.

—No se confunda, sheriff —sonrió con mordacidad—, personalmente me importa un bledo cómo gestione su vida sexual…

—No hagas eso.

—…y como aludida, debo decir que para mí sí fue un gran polvo —se encogió de hombros —, pero claro, estar jugándome mi libertad era un afrodisiaco potente, así que sería injusto achacarle a usted todo el mérito. —Sonrió y clavó una mirada vacía en sus ojos—. ¿Alguna otra pulla que nos quede por intercambiar o podemos centrarnos?

Luke la observó con atención durante unos largos segundos, y acabó diciendo lo último que ella esperaba:

—No pretendía ofenderte.

—Y no lo ha hecho.

—Venga, Lexi…

—Ella no está aquí ahora mismo, sheriff —replicó con obstinación.

Él apretó los dientes y tuvo que darse por vencido.

Caminaron hasta la puerta del invernadero con un gesto serio, que cambiaron cuando se enfrentaron al tipo que debían franquear. Esperaron con el corazón en un puño a que los encontraran en esa lista y les dieran acceso.

—Bienvenidos, señor y señora Muller.

Aquello sonó a música celestial.

∞∞∞

Media hora después, además de haber probado los canapés más exquisitos de su vida, tenían localizadas a todas las personas más relevantes de la empresa, gracias al estupendo trabajo previo que Lexi había hecho con la lista de invitados mientras la peinaban. Se las había ingeniado incluso para disponer de una foto que los ayudara a identificar quién era quién, además de pequeños detalles de sus vidas.

—Vale, lo admito —aceptó el chico entre dientes—, eres increíble.

Lexi sonrió con frialdad, una frialdad que a Luke comenzaba a molestarle mucho.

—Ser… Nadie es como ser un fantasma —admitió la chica—, y como uno, a veces solo hay que pararse a observar.

—Y saber cómo buscar.

—No es necesario que intentes halagarme, Luke. —Volvió a sonreír.

Él se desesperó. Ella se había vuelto inaccesible desde su último intercambio de impresiones antes de entrar en aquel invernadero, y no podía culparla. Se había comportado como un gilipollas allá afuera, en un intento por protegerse de sus sonrisas, que comenzaban a hacerlo flaquear, y ahora debía asumir las consecuencias. Intentaba decirse que era mejor así, que necesitaba que ella marcara la línea, porque él se estaba quedando sin fuerzas, pero aquello no lo hacía más fácil. Y lo curioso era que no había mentido del todo allá afuera, para él, todas las mujeres eran iguales, todas… excepto la que empezaba a volverlo loco con su frialdad.

—¿Ahora tampoco te puedo halagar? —protestó Luke, muy tocado.

—¿Para qué? —se encogió de hombros—, en realidad no he hecho nada que merezca mucho halago.

—Tienes un puto dossier de cada puñetera cara relevante que hay en esta boda.

—Solo recopilo información.

—Sí, de un modo de película de espías.

Lexi sonrió con sinceridad por primera vez en mucho rato, y aquel gesto calentó el corazón de Luke.

—En realidad, es sencillo si sabes dónde buscar —aseguró—. La vida de todos está expuesta en Internet, Luke, es el precio que pagamos a cambio de que la tecnología nos haga las cosas más fáciles —opinó—. Y, para colmo, la gente facilita mucho la labor hablando a gritos en las redes sociales, contándonos hasta dónde compran las bragas.

—En serio, das un poco de miedo —reconoció Luke—. Por suerte, yo no tengo redes sociales.

—No, pero tienes un smartphone, un email, una tarjeta de crédito, una cuenta en el banco, una identificación estatal…, ¿quieres que siga?

—No, déjalo, ya me has incomodado bastante —replicó frunciendo el ceño.

Ella soltó esta vez una risa cantarina que le sonó a música celestial. Al fin parecía estar relajándose de nuevo.

—Si me pusiera a indagar —insistió la chica—, podría decirte hasta en qué gasolinera paraste a mear hace un año cuando regresabas de vacaciones.

—Por suerte soy más de mear en el campo.

—Te felicito —sonrió de nuevo—, una costumbre muy sana.

—¿Tú también la practicas?

—No, yo tengo una vejiga con mucho aguante y un *firewall* estupendo.

Luke la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Eso del *firewall* es algún tipo de metáfora?

Ella volvió a reír, y él la miró obnubilado.

«Dios, ¡qué bonita eres!», suspiró, y supo que haría cualquier cosa para hacerla reír siempre así.

—Me refiero a un cortafuegos de los de verdad —aclaró divertida.

—¿De esos que impiden a gente como tú descubrir qué tipo de calzoncillos usa alguien como yo?

—Exacto.

—Quiero un cortafuegos de esos, ¿te encargas?

—No.

—¿Por qué no?

—No podrías pagarme.

Él clavó una mirada intensa en ella.

—Todo tiene un precio.

—Yo no.

—¿Y no lo harías por ayudar a un amigo?

—Por un amigo sí, pero no es el caso.

—Ah…, Dios —se llevó Luke la mano al estómago con un gesto de dolor—, esa puñalada ha sido… dolorosa —ella rompió a reír—, no, en serio, me ha matado.

—¡Qué payaso eres! —declaró entre risas—, para ya, que estás llamando la atención.

Luke sonrió y miró a su alrededor.

—Vamos a tener que irnos ya de todos modos —anunció—, llevamos aquí mucho rato, seguro que alguien empieza preguntarse de dónde hemos salido.

—Pero no tenemos nada —repuso Lexi un poco decepcionada—, todo el mundo aquí es muy aburrido, incluidos los Donovan.

—Habrá que buscar la diversión en otro lado —confirmó Luke—. No he dicho que vayamos a irnos aún del hotel.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Y qué tienes pensado?

Antes de contestar, Luke canceló en su cerebro lo único que quería hacer en ese momento y contó:

—Observaremos desde fuera, quizá podamos hacer algunas preguntas, pero desde un lugar seguro.

Caminaron hacia la puerta de salida, pero no habían conseguido poner un pie fuera del invernadero cuando escucharon alto y claro:

—Sheriff Keller, ¿se marcha tan pronto y sin molestarse en saludar?

Capítulo 27

Perplejos, ambos se giraron hacia Greyson Donovan, que les sonreía con una expresión irónica.

Con una sonrisa de compromiso, intentando disimular su estupor, Luke le tendió una mano que el tipo estrechó.

—Vinimos con la intención de hablar con usted, señor Donovan —inventó—, pero al final decidimos no interrumpirlo, está demasiado solicitado.

—Sí, me temo que a mi mujer y mi hija se les ha ido el número de invitados de las manos —confirmó—, ya sabe cómo son las mujeres.

—¿Cómo somos? —interrogó Lexi con una sonrisa taimada.

El hombre miró a la chica con evidente admiración.

—Diga lo que diga no voy a quedar bien con usted, ¿verdad? —sonrió el hombre.

Lexi rio.

—No tiene pinta.

—Entonces déjeme decirle que es usted la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Ya me cae mejor. —Le guiñó un ojo de forma pícara y Donovan rio.

—¿Sería posible que hablemos unos minutos sobre todo lo sucedido? —aprovechó Luke para preguntar.

Donovan asintió y les hizo un gesto para que lo acompañaran. Salieron del invernadero y caminaron hacia una zona de sofás que había muy cerca.

—Usted dirá, sheriff —repuso Donovan sin pérdida de tiempo.

—Tengo curiosidad por saber cómo me ha reconocido —comenzó diciendo Luke.

—Tenía claro que no es un invitado, solo sumé dos más dos —contó.

—Entiendo. —Pero no lo entendía, aunque iba a dejarlo pasar de momento.

—¿Qué quieren saber? —siguió preguntando Donovan—. Ya se lo conté todo a la policía, y tengo entendido que está fuera de su jurisdicción aquí, sheriff.

«Demasiada información de nuevo», se dijo Luke, inquieto. Algo no iba bien con aquel tipo, pero intentó que no se le notara el desconcierto.

—Desde mi oficina llevamos tiempo investigando a la tal Némesis —explicó—, y nos ha llamado la atención su forma de proceder en este caso.

—¿Por qué?

—Mi experta en informática —señaló a Lexi— opina que no es propio de alguien como Némesis ser tan descuidada.

Donovan miró a la chica con atención.

—Así que, además de hermosa, es usted inteligente, señorita…

—Michaelson —indicó Lexi—, y sí, las mujeres tenemos la enorme suerte de poder ser guapas e inteligentes a la vez —bromeó, y Donovan estalló en carcajadas.

—Una virtud que admiro, aunque prefiero no preguntarle qué opina de los hombres.

—Y hace bien.

—Así que usted también piensa que el robo no fue perpetrado por la tal Némesis —se interesó—, los Marshall son de la misma opinión…

«Vaya, gracias por la confirmación, señor Donovan», pensó Luke.

—…pero yo poco puedo decirles, salvo que un millón y medio de dólares se ha volatilizado de mi cuenta como por arte de magia.

—Usando sus claves, tengo entendido.

—Sí, algo insólito, que espero puedan aclararme en algún momento.

—¿Confía en todos sus empleados, señor Donovan? —interrogó Luke, y estudió su expresión con atención al añadir—: nosotros creemos que ha sido un golpe desde dentro.

Si aquello impresionó a Donovan de alguna manera, no lo exteriorizó.

—Confío en mi gente más cercana —dijo con seguridad—, así que no estoy de acuerdo.

—Millón y medio es una motivación importante para quebrar la confianza.

—Tendrán que demostrarlo, mientras eso ocurre, para mí seguirá existiendo una única enemiga, la tal Némesis —manifestó Donovan—, que es a nombre de quien estaba la cuenta de destino.

Luke lo observó con cautela. No podía leer nada en su expresión, en sus gestos, era como si fuera de piedra, y, por su experiencia, diría que aquello no era bueno…

—Nos gustaría examinar su ordenador personal, ¿es posible?

—Lo es, sí, en cuanto me traigan una orden del juez.

Aquello acabó por intrigar a Luke del todo. Lo miró suspicaz.

—No hay motivo para esa orden, señor Donovan, ya que no es usted sospechoso —aclaró—, pero quizá sí nos ayude a encontrar alguna pista de su dinero.

—Mi dinero no salió de mi PC, sino de mi cuenta bancaria.

—Pero alguien ha podido hackearlo —intervino Lexi—, y replicar sus transacciones.

—Eso podrán confirmarlo con el banco.

—Quizá encuentre un rastro en su ordenador, ¿no tiene curiosidad? —insistió la chica.

El hombre la contempló ahora con un gesto serio.

—Mi ordenador es inexpugnable —garantizó—. Se lo dije a los Marshall y se lo repito a ustedes —los miró con frialdad—, no voy a arriesgarme a que nadie más que yo ande campando entre mi información personal a sus anchas. Siento si les soy demasiado franco, pero no confío en el sistema. Nadie tendrá acceso a mis cuentas bancarias, mis proyectos financieros en ciernes o mis huellas digitales más que yo.

—Y la persona que le ha levantado millón y medio —apostilló Lexi, incapaz de contenerse.

—Esa persona no se ha colado en mi ordenador.

—O eso cree.

Donovan resopló con fuerza.

—Repito, si quieren acceso a mi ordenador, muéstrenme una orden —replicó en un tono seco—. Y ahora tengo que regresar con mis invitados, si me disculpan…

Se alejó de ellos con paso firme. La pareja lo observó en silencio hasta que desapareció dentro del invernadero de nuevo.

—Seguro que un juez estará encantadísimo de darte esa orden —declaró Lexi, mirando al chico con evidente ironía.

Luke le devolvió un gesto mordaz.

—No empieces, Lexi.

—Yo no he dicho nada —se encogió de hombros—, es genial cómo funciona de bien el sistema que defiendes.

—Ese tipo es la víctima, no un sospechoso —le recordó.

—¿Te ha parecido una víctima?

—La presunción de inocencia es la base de nuestro sistema legal.

—¿Y qué has visto de inocente en él, Luke? —lo miró de frente ahora—, porque es evidente que esconde algo.

Luke no quería tener que darle la razón, pero era demasiado obvio, y aquello le preocupaba.

—No me gusta nada ese tipo —acabó admitiendo—, y es evidente que está muy bien informado y que controla cada una de sus palabras —opinó—, eso por no hablar de la frialdad que hay en sus ojos y de su falta de emociones.

Lexi asintió.

—Pensé que era solo una sensación mía.

—Pues no —reconoció—, y no me gusta el empeño que parece tener en culparte de todo. —Apretó los dientes, inquieto, y valoró la situación—. Necesitamos acceso a su ordenador.

—Vete rezándole a alguna virgen.

Luke sonrió a medias y la miró con malicia.

—Tengo algo mejor que una virgen —se acercó a su oído—, tengo una hacker.

Con un gesto de evidente perplejidad, Lexi susurró:

—¿Me está pidiendo que use mis poderes mágicos, sheriff?

Recibió un gesto incómodo.

—No se me ocurre nada más —admitió—, y hasta que no demos con la persona que cometió el robo, no quedarás exculpada del todo.

Lexi asintió y lo miró con cierto pesar.

—Entonces te tengo malas noticias —suspiró—, los milagros, a Lourdes. No puedo conectarme a un ordenador personal tan fácil como lo haría a una red pública o a una cuenta en línea —explicó—. Podría colarme en su email, en sus cuentas y vulnerar contraseñas de cualquier servidor en la nube o que esté expuesto a la red wifi, eso es pan comido, pero para obtener acceso completo a todo lo que guarda en el disco duro, necesitaría intervenir el ordenador de forma manual.

—Entiendo… —lo valoró con inquietud y acabó diciendo—: pues no tendremos mejor momento que este para lograrlo.

Lexi lo miró como si se hubiera vuelto loco, y sí, él mismo admitía que quizá estaba cruzando una línea poco cabal, pero su sensación de abatimiento crecía cada vez más, y no por estar a punto de cometer una imprudencia, sino porque cada vez tenía más claro que Lexi estaba demasiado expuesta en todo aquel lío, su instinto se lo gritaba a pleno pulmón.

—Pero ese ordenador estará en su habitación —le recordó la chica.

—Sí, eso espero.

Recibió una mirada mezcla perplejidad y preocupación como respuesta.

—¿Estás seguro, Luke? —interrogó muy seria—. Eso ya no tendrás forma de disfrazarlo de investigación de incógnito.

—Lo sé.

—Pero…

—Solo dime una cosa, Lexi. —La miró a los ojos—. Si alguien vulneró ese ordenador para hacerse con las huellas que después usaron para conseguir las claves de acceso a la cuenta, ¿crees que podrías hallar alguna pista en ese equipo?

—Es posible, sí.

—Me sirve —afirmó Luke, le tomó la mano y ambos se giraron para alejarse de allí.

Nada más hacerlo, Lexi puso sus ojos sobre una mujer de unos sesenta años que aguardaba junto al tipo que comprobaba la lista. La observó con curiosidad y cierto descaro, sabía que la

había visto antes, pero en aquel instante no recordaba dónde. Frunció tanto el ceño que hasta Luke se dio cuenta.

—¿Qué pasa?

—Me suena muchísimo —señaló—, pero no logro ubicarla.

—Estará en la lista.

—Me da que no.

Y el mismísimo Grayson Donovan llegó para confirmar sus sospechas. Saludó de forma efusiva a la mujer, con una sonrisa complacida en los labios.

—No sabía si te decidirías a venir, bella —y miró a los de seguridad para indicarles—, es mi invitada especial.

Ambos entraron de nuevo en el salón, sin reparar en Lexi y Luke, que observaban la escena con disimulo.

—¿Crees que será su amante? —interrogó el chico.

—Su esposa está dentro.

—¿Y qué?

Lexi lo meditó.

—Tienes razón, poco importa, los hombres sois todos unos asquerosos.

—Gracias por la parte que me toca.

—De nada.

—Joder, al menos ríete un poco para que sepa que estás bromeando —se quejó Luke caminando a su lado de vuelta al vestíbulo.

Pero aquella sonrisa no llegó.

Cogieron asiento en uno de los sofás del vestíbulo para valorar la situación y decidir cómo proceder.

Lexi cruzó una pierna sobre otra y no tardó en sentir su piel abrasándose frente a la mirada de Luke, que no parecía ser consciente de que se la comía con los ojos. Intentaba seguir enfadada con él, pero podía resultar tan encantador cuando quería que le era imposible, y no le apetecía renunciar aún a la camaradería que había surgido entre ellos aquella mañana. Al fin y al cabo, él siempre era honesto, y, tal y como había dicho él mismo, no tenía la culpa de que a ella no le gustara oír sus verdades.

Suspiró, abatida. No era momento para pensar en sí misma y sus sentimientos, Luke se estaba arriesgando mucho por ayudarla, era consciente, y aquello era lo único que importaba, ella debía limitarse a facilitar las cosas todo lo posible.

Lo miró a los ojos. La necesidad de hablar en susurros los obligaba a mantener las distancias cortas…, demasiado cortas.

—Tú mandas, ¿qué quieres hacer? —musitó Lexi.

Su corazón se aceleró cuando le pareció ver un estallido de lujuria en sus ojos. Por suerte o por desgracia, sus labios no lo corroboraron.

—Tenemos que conseguir el número de habitación de Donovan —fue lo que dijo, pero pareció perderse en sus ojos.

Lexi asintió y él siguió hablando.

—Subimos, tú haces lo que… sea que tengas que hacer —le miró los labios—, y… eh…

—¿Sí?

Él guardó silencio sin apartar los ojos de los suyos hasta que acabó declarando para sorpresa

de Lexi:

—Ya… no sé qué carajo estaba diciendo.

Lexi esbozó una sonrisa frente a la honesta sinceridad. Parecía un poco avergonzado ahora, esquivando su mirada, y ella no sabía qué había pasado, pero se sentía mejor que bien.

—Estabas a punto de pedirme que me cuele en los ordenadores del hotel —sonrió.

—Me parece que no.

—Si enseñas la placa, te pedirán una orden para entrar.

—Y tú piensas pedir permiso, ¿no?

—Claro, con amabilidad y mi poderoso batir de pestañas.

—De verdad, coletitas, no sé para qué te he traído —se quejó.

—Para divertirte un rato —suspiró de forma exagerada—. No te ofendas, Luke, pero en los últimos días parece que te han metido un palo por el culo que te impide hasta sonreír —declaró, y rio al ver su expresión de indignación—. No se puede vivir tan enfadado.

—Tú eres mi palo en el culo, coletitas.

Lexi lo miró con un divertido gesto de desagrado.

—Joder, eso es, con diferencia, lo más horrible que me has dicho nunca.

Sin remedio, Luke estalló en carcajadas, que no tardó en contagiarle.

Les costó unos cuantos minutos volver a centrarse y retomar la conversación.

—Vale, creo que puedo sacarle el número de habitación a la rubia de recepción —propuso Luke—. Necesitaré unos quince minutos.

Lexi miró a la rubia en cuestión y frunció el ceño.

—Debe de ser muy fácil hacer tu trabajo con las mujeres —dijo con fingida curiosidad—. Entre tu aspecto y el uniforme todas estarán deseando contarte sus secretos.

Recibió una sonrisa socarrona como respuesta, además de una frase mordaz:

—La placa también ayuda.

—Supongo, sí —reconoció Lexi—, lástima que no saben que solo podrán compartir sus secretos contigo una vez.

Aquello le arrancó una sonrisa aún más grande a Luke, y la miró a los ojos para replicar:

—La cuestión es, Lexi, que a mí me importan un pimiento los secretos de ninguna de ellas.

—Joder, pues con los míos me tienes frita —protestó sin pensarlo.

—Sí, por eso dije de ninguna de ellas.

«¿Y qué narices quiere decir con eso?», se preguntó confusa.

—Entonces, a ver si lo he entendido bien —sonó a queja—, ¿me llevo solo la peor parte?

Él sonrió y clavó una mirada brillante en sus ojos.

—¿Y cuál se supone que consideras la parte buena?

—Ninguna —se apresuró a contestar, acalorada por completo, recordando, para empezar, lo bien que besaba.

—Algo bueno tendré —la miró con descaro—. Te estás ruborizando.

—Vete al pedete —replicó, evitando hacer más el ridículo abanicándose con la mano.

—En serio, Lexi, ¿qué ha pasado por tu cabeza para que te hayas puesto tan roja?

Tuvo que respirar hondo para recuperarse.

—En realidad no quiere saberlo…, sheriff —sonrió pícara.

Luke rio con evidente diversión.

—En algún momento ese truco va a dejar de funcionarte —amenazó—, y voy a entrar al trapo, a ver luego qué haces.

—¿Aparte de correr a comprar condones, dice?

Se ganó otra carcajada como respuesta, además de un elegante:

—¡*Touché*!

Se miraron con demasiada intensidad durante unos eternos segundos, hasta que el propio Luke aceptó:

—Por esta vez, y sin que sirva de precedente —repuso—, te doy permiso para conseguir ese número de habitación como creas conveniente.

—¿Cómo consigues que parezca que me estás haciendo un favor a mí? —interrogó—. Si prefieres probar con la rubia…

—¿Puedes o no, Lexi? —interrumpió.

—La duda ofende.

—Pues venga.

—¿Aquí en medio del vestíbulo? —Lo miró como si estuviera loco—. ¿Sabes la cantidad de cámaras que hay en un hotel por todas partes?

—¿Y entonces?

—Tendremos que irnos a un sitio en el que pueda sacar mi ordenador sin ojos extra.

—Y eso sería…

—Un baño.

Resignado, Luke se puso en pie y le tendió una mano, que Lexi aceptó para levantarse.

—¿Señoras o caballeros?

—Hasta donde yo recuerdo soy una mujer —declaró divertida—, y precisamente tú no deberías tener ninguna duda.

—A lo mejor tengo mala memoria —repuso, poniéndose ya en movimiento.

—Memoria selectiva más bien —opinó Lexi—, solo recuerdas lo que te interesa.

—Sí… —lo escuchó murmurar—, qué más quisiera yo que poder filtrar mis pensamientos —suspiró—, igual así no estaría a punto de volverme loco del todo cada diez segundos.

Lexi lo siguió, preguntándose si estaba malentendiendo aquel comentario, porque… de no ser así, Luke parecía ser mucho menos inmune a ella de lo que quería aparentar.

«¿Ya se te olvidó que él no repite?», le recordó su conciencia tocapelotas. «¿Por qué querría hacer una excepción contigo?».

Capítulo 28

Recorrieron toda la planta baja del hotel en busca del baño con menor afluencia de gente, pero incluso en aquel, el de mujeres estaba demasiado solicitado. Si Lexi ocupaba uno de los pequeños cubículos durante mucho rato, terminaría formándose cola en la puerta, algo que llamaría demasiado la atención.

—Si es que sois muy meonas —se quejó Luke, comenzando a agobiarse.

—Es que nosotras no podemos bajarnos solo una cremallera, tío listo —replicó—, somos más…

—¿Complicadas para todo? —completó por ella.

—¿Y no será que vosotros sois más simples que el mecanismo de un chupete?

Luke la miró con una expresión de divertido fastidio.

—Al simple no se le ocurre nada, ¿qué sugieres?

—Cualquier mujer del mundo te daría la solución en el acto —sonrió—, porque es lo que hemos hecho toda la vida antes de que nos reventara la vejiga haciendo cola.

—¿Y eso es…?

—Usar el de caballeros, ¿qué si no?

—¿Qué si no? —la imitó.

—Yo no hablo así, idiota.

—Ahora mismo sí, en un tono de listilla insoportable —opinó—. ¿Y no es más fácil salir a la calle?

—No, me facilitará mucho las cosas poder usar la red wifi del hotel.

Luke resopló y sin decir palabra entró en el baño de caballeros, del que salió un par de minutos después, cuando Lexi ya empezaba a impacientarse.

—Joder, ¿cuánto tiempo necesitas para confirmar si hay gente?

—He aprovechado para hacer pis, ¿algún problema con eso? —se burló—, ¿o querías que lo hiciera delante de ti?

Lexi no se molestó ni en contestar a eso.

—Vale, ¿hay alguien?

Justo en ese instante un hombre salió del baño y Luke aprovechó para decir:

—Ya no.

Con cautela, mirando hacia todos lados, acabaron escabulléndose dentro, donde Lexi corrió a la primera puerta que encontró abierta, de un total de tres.

—Me quedaré aquí fingiendo lavarme las manos —le dijo Luke—. Procura no tardar.

—Difícil —repuso Lexi desde dentro—, aquí no hay donde poner nada, ni el bolso puedo colgar.

—Nosotros somos simples, ¿recuerdas? No necesitamos tanta parafernalia.

—Lo que necesitáis es una taza del tamaño de una piscina olímpica —protestó, cogiendo un trozo de papel para cerrar la tapa—, ¿tan difícil es apuntar dentro? ¡Qué ascazo! Y eso que es un hotel de lujo.

—Baja la tapa, Lexi, y deja de protestar.

—Ya lo he hecho, tío listo, pero no pienso sentarme aquí.

La chica se giró sobre sí misma dentro del pequeño habitáculo buscando cómo organizarse. Lo primero que hizo fue quitarse el abrigo, que era tan largo que le preocupaba acabar rozándolo y arrastrándolo por todas partes. Cuando se vio con la prenda colgada de un brazo y el bolso en el otro, se preguntó cómo carajos iba a sujetar el ordenador, y mucho menos podría trabajar con él.

—¿Hay alguien ahí fuera, Luke?

—Aún no, por suerte, o te habría contestado él.

Con rapidez, Lexi abrió la puerta, arrastró al chico al interior del habitáculo y volvió a cerrar.

—Necesito que me ayudes o no acabaremos nunca.

—Esto no va de sexo, ¿no? —indagó con lo que parecía resignación—, quieres que haga de percha.

Lexi rio y respondió colgándole el abrigo de una mano y el bolso del hombro.

—Quedar reducido a esto, qué triste —murmuró resignado.

—No te quejes, que vas a ser cómplice en tu primer delito informático —bromeó mientras sacaba su pequeño ordenador—, ¿no estás emocionado?

—Pletórico, no se me nota —declaró muy serio.

Debería estar ridículo, con el bolso colgado y el abrigo sobre el brazo, pero todo lo contrario, hasta sexi se veía sujetándole todas sus cosas, apoyado en la pared como si fuera su pose más habitual. Y de repente, Lexi fue consciente de lo reducido que era el espacio allí dentro y la situación se tornó de lo más erótica. Su pulso se aceleró y todas sus terminaciones nerviosas se pusieron en alerta, como si aguardaran a que de un momento a otro él fuera a atraerla a sus brazos para…

—¿Puedes darte prisa? —la instó Luke—. Si nos pillan aquí dentro, tendremos que dar muchas explicaciones.

«Sí, vamos en la misma línea de pensamiento», suspiró la chica mientras arrancaba su pequeño ordenador portátil.

—Bueno, en realidad no tendríamos que dar ninguna —se replicó a sí mismo—. Todo el mundo creerá tener claro qué hacemos aquí.

Lexi sonrió para esconder su acaloramiento.

—No ponga ideas en mi cabeza, sheriff —bromeó sin mirarlo mientras introducía la contraseña.

—Como que tú no has pensado lo mismo —murmuró casi para sí.

«Igual no eran tan diferentes al fin y al cabo».

—¿Sabes cómo tendría que estar de excitada para hacerlo en un baño público?

—Ni lo sé ni pienso averiguarlo.

—Ni yo te dejaría.

—Bueno, eso habría que verlo —opinó—. ¿Ese ordenador es de juguete?

Aquella manía de Luke de lanzar pullas y cambiar de tema para que no pudiera contestar la enervaba. Ya no podría volver a atrás sin parecer interesada.

—En realidad, es más potente que el de tu despacho —explicó.

—Parece el de una Nancy.

—Como en todo, Luke, el tamaño es lo de menos —lo miró con malicia—, lo importante es saber usarlo, ¿no te parece?

—Jamás he tenido que pararme a planteármelo —sonrió con insolencia—, soy afortunado.

La chica no pudo evitar reír. Su arrogancia le resultaba encantadora a veces, no podía negarlo.

—Pon los brazos con las palmas de las manos hacia arriba —ordenó.

—¿Por qué?

—Necesito una mesita de ordenador —contó—, tengo que usar las dos manos.

—Siéntate y póntelo sobre las piernas.

—¿Sentarme ahí? —Miró la taza con asco.

—Joder, la tapa está muy limpia, no te van a comer los bichos.

—No, desde luego, porque no pienso sentarme.

Levantó el ordenador esperando a que Luke extendiera sus brazos, lo que hizo tras dejar escapar un enorme gruñido de protesta.

—Esto lo cobro doble —replicó.

Lexi acabó soltándolo sobre sus brazos, pero cuando intento usarlo, el teclado se movía demasiado.

—¿Puedes poner de tu parte?

—¿En qué?

—Que no se mueva, haz algo de fuerza con los brazos.

—Eso hago.

—No, los tienes flácidos.

—¡Eh! —protestó de inmediato como si hablara de… otra cosa.

Ella intentó escribir, pero nada.

—¡Ponte duro!

—¿Y cómo te crees que estoy? —se quejó irritado—, no sabes lo que daría por un rato de flaccidez general.

Lexi prefirió ignorar el comentario por el bien de los dos.

—¡Pues así no puedo!

—¡Siéntate en la puta taza, que no vamos a acabar nunca!

—Solo necesito unos minutos —intentó escribir—, ¡pero sujétalo! Muchas dominadas de gimnasio, pero…

Luke acabó desesperándose. Para asombro de Lexi, le puso el ordenador en las manos, se sentó él mismo en la taza y se acomodó el abrigo sobre las piernas.

—¿Qué haces? ¿Te pones en huelga?

Sin previo aviso, Luke tiró de ella con fuerza y la sentó sobre sus piernas, mirando hacia la puerta.

—Solucionado —apostilló—, pero date prisa, porque te aseguro que soy un bicho más peligroso que cualquiera de los que hay en la taza.

—Una alimaña, eso es lo que eres —suspiró, centrándose en el PC, mucho más que acalorada.

—Joder, coletitas, déjate de halagos, que me emocionas.

Lexi sonrió y apoyó el PC en sus piernas.

—Oye, Luke —carraspeó—, eso que siento bajo el abrigo es…

—El puñetero teléfono móvil, Lexi —aseguró irritado—. ¿Puedes centrarte?

—Usas un modelo grande.

—Sí, ya deberías saberlo —declaró—. El ordenador, Lexi, sin más comentarios.

Con una sonrisa inevitable, la chica intentó centrarse en su trabajo, algo nada fácil, teniendo en cuenta que se moría por balancear el trasero sobre él… a ver qué pasaba.

Sentía la mirada de Luke por encima de su hombro mientras ella volaba sobre el teclado, donde cualquiera que no fuera un experto solo vería una algarabía de códigos caóticos

imposibles de entender.

—Si ves que me dejo algo, me avisas —bromeó Lexi, cuando ya llevaban unos minutos en silencio.

—De momento vas bien.

Lexi rio.

—Es un alivio saberlo.

—Dos puntos cierro paréntesis.

La chica casi pudo ver la sonrisa dibujada en el aire y sonrió a su vez.

—Vaya, sheriff, he conseguido enseñarle algo.

—También he aprendido mucho sobre las plumas marabú.

—¿Ya ha pedido las esposas? —tonteó sin dejar de trabajar.

—Claro, espero que me lleguen mañana o pasado.

Cómo era capaz de hacer sonar todo lo que decía tan erótico era un misterio y un arte que Luke dominaba a la perfección, a pesar de no estar diciendo nada, en realidad.

El silencio volvió a imperar, algo que ella agradeció para poder concentrarse.

—Oye, Lexi… —regresó a la carga tras unos minutos.

—Dime.

—¿Qué perfume usas?

Aquello era lo último que la chica esperaba oír, incluso se desconcertó un poco.

—¿Qué?

—Es que… tiene un olor muy particular —murmuró mientras aspiraba con fuerza para captar su aroma.

Lexi se estremeció sin remedio cuando él metió la nariz en su cuello y rozó su piel, y no pudo evitar inclinar la cabeza para darle mayor acceso.

—Es una mezcla de flores —siguió susurrando Luke en un tono ronco—, pero con un toque a cítricos.

—Es flor de azahar.

—Flor de azahar… —repitió él igual que si acabaran de revelarle el misterio de la vida.

—¿Te… gusta?

Luke guardó silencio. Lo escuchó soltar aire muy despacio, como si estuviera buscando la manera de controlarse.

—Termina, Lexi —susurró, alejando la nariz de su cuello—. Cuanto antes.

Ella giró la cabeza para mirarlo… y contuvo el aire cuando aquellos ojos azules, turbios como el mar embravecido, se clavaron en los suyos.

—Sigue con lo tuyo, por favor —rogó Luke, desviando la mirada a sus labios como si se muriera por…

—Luke… —sonó a súplica, necesitaba besarlo tanto como respirar, y sus ojos debían de rogar justo aquello.

Y en ese instante la puerta principal del baño se abrió y ambos miraron al frente, en silencio, aguardando a ver qué pasaba.

—Acaba —le rogó Luke al oído.

Lexi se centró en su PC, le quedaba muy poquito.

Se escuchó el agua del grifo correr y volver a cerrarse, y después, alguien los sobresaltó intentando abrir su puerta con estruendo.

—¡Está ocupado! —exclamó Lexi sin pararse a pensarlo.

Luke la amonestó con un gesto.

—Ay, me ha salido solo —se disculpó en susurros.

—Se ha confundido de baño, señorita —escucharon desde fuera—, está en el de caballeros.

—Di algo —musitó Luke.

—¿Ahora sí?

—Ya que has metido la pata…

Lexi negó con un gesto, y él le pellizcó la cintura.

—Lo siento, sí —declaró Lexi en alto, al tiempo que le daba un manotazo en la mano al chico—. Es que había mucha gente en el de mujeres.

—Ya, pero hay que saber esperar turno —repuso el hombre al otro lado.

—¿Es que a usted no le ha dado nunca un apretón? —inquirió Lexi, y vio que Luke sonreía con diversión.

—Sí, pero…

—Pues eso, y yo que usted me iría, esto va a ponerse feo en breve —insistió, y Luke tuvo que contener una carcajada—, y no se le vaya ocurrir pedir el pescado en el restaurante.

—¿Está malo el pescado? —Sonó alarmado.

—Malo no, peor, yo creo que está muerto.

—¡Muerto! —casi gritó el tipo desde fuera—. ¡Ay, Dios mío!

Lexi tuvo que girarse para taparle la boca a Luke, que era del todo incapaz de contener la risa.

—Yo también he pedido pescado —expuso el tipo—, y creo que se me está descomponiendo la tripa.

A los chicos casi les lloraban los ojos del esfuerzo que hacían por contener la risa, lo que ya era imposible.

Oyeron una de las puertas contiguas abrirse y volver a cerrarse, y un segundo después escucharon un pedo que, entre que era alto en decibelios y la acústica del baño, podría haberse confundido con una granada de mano.

—Ay, disculpe, señorita, pero es que soy muy aprensivo.

—Sí, ya veo que se solidariza usted rápido.

—Y creo que la salsa llevaba algo de leche y soy intolerante a la lactosa, por eso tengo tantos gases acumulados.

—Entonces cuidado y no eché usted a volar.

Luke ya no podía disimular. Lexi estaba vuelta hacia él intentando hacerlo callar, lo cual obligaba a Luke a abrazarla para que no se cayera de su regazo.

—*Shh*, qué te va a oír —se quejó en susurros, mientras ella no podía evitar reír a su vez.

Luke sacó la lengua y le chupó la palma de la mano, y Lexi la apartó como si tuviera un resorte.

—¡Eh! —protestó.

—Perdón —dijo el tipo de al lado sintiéndose aludido, pero nada más decirlo se tiró la pedorreta más larga que Lexi había escuchado jamás.

—Pero hombre, que parece que está arrancando usted una motosierra —se quejó la chica.

Para Luke ya fue imposible ningún tipo de contención, incluso le lloraban los ojos mientras se enfrentaba a uno de los ataques de risa más grandes de su vida.

—¿Hay alguien más ahí? —interrogó el pedorro con cierta vergüenza.

—Quizá en el otro baño… —se le ocurrió a Lexi.

A Luke le daba todo igual, no podía parar de reír, y para Lexi tampoco era fácil seguir hablando sin dejarse contagiar por su ataque de risa.

—Lo siento mucho —proclamó el vecino de al lado—, pero… esto va a complicarse…

El siguiente pedo vino con regalito, y aquello comenzó a apestar de un modo insoportable.

—Ay, madre, que es verdad, que el pescado estaba muerto —declaró el hombre con aprensión.

—Muerto y podrido, oiga, al parecer —se quejó Lexi.

Y a Luke debieron escucharlo reírse hasta en la planta subterránea.

—Dios, si esto no me incentiva… —se centró Lexi de nuevo en su PC—, nada lo hará.

Y sus dedos trabajaron más rápido que en toda su vida. Dos minutos más tarde, ambos salieron corriendo de aquel baño, que se había convertido en poco menos que una cámara de gas.

Entre risas, volaron por el pasillo hacia el vestíbulo del hotel, como si aquel insoportable hedor los estuviera persiguiendo.

Se detuvieron tras unas enormes plantas, antes de meterse en el amplio vestíbulo, y Lexi aprovechó para descalzarse un momento para descansar los pies de los tacones.

—Dios, creo que hacía años que no me reía de esta manera —admitió Luke, aún entre risas.

—Sí, ha sido surrealista.

—Has estado brillante —opinó Luke.

—¿Yo? El mérito es de don gasecitos, no mío.

—Tiene mucho mérito hacer un comentario hilarante tras otro —insistió él—. Te juro que me quito el sombrero.

—Será que tenía una banda sonora a la altura.

Luke volvió a reír.

—¿Lo ves? Y sigues. —La miró con lo que parecía admiración—. No cambies nunca, coletitas, por nadie.

Aquello la emocionó e intentó no ruborizarse.

—Eso podría ser lo más bonito que me has dicho nunca, Luke, de no ser por el *coletitas.*… —chasqueó la lengua.

—Es para que no se te suba demasiado a la cabeza.

—Lo entiendo, imagínate que me da por pensar que te agrado un poco —suspiró de forma teatral.

—Sería catastrófico.

—Del todo.

Ambos sonrieron, y Luke acabó interrogando:

—¿Tienes el número de habitación?

—¿Tú qué crees? Busco ganarme el halago perfecto, Luke —sonrió—, uno que me haga sentir tan bien que me haga llorar de emoción. —Señaló un par de metros más allá—. Suite veintitrés de la quinta planta. Tenemos que tomar ese ascensor…

Capítulo 29

El ascensor estaba justo en la planta baja. Se subieron sin pararse a pensarlo, junto a varias personas más.

—¿Eso es posible? —se interesó Luke cuando se cerraron las puertas.

—¿El qué?

—Eso que has dicho antes —indicó—. ¿Hay algo que pueda salir de mis labios que tenga tanto valor para ti como para emocionarte hasta el llanto? —parecía preguntarlo en serio.

—No creo —declaró Lexi en un tono jovial—, lo que mejor se te da es provocar mi instinto asesino.

Luke sonrió con repentina sensualidad y se acercó para susurrarle al oído:

—Entre otras cosas.

Aquello incendió cada uno de sus sentidos.

—De eso ya casi no me acuerdo —murmuró sin mirarlo.

—¿Quién tiene la memoria selectiva ahora? —se mofó Luke—. Igual necesitas un recordatorio.

—¿Y disfrutar de tus… atenciones dos veces? —ironizó, esforzándose por no sonar extasiada—. Cuidado, Luke, a ver si me voy a ganar el derecho a lanzarte una grapadora.

Se miraron a los ojos por primera vez, ambos con demasiados recuerdos de alto voltaje rondando en su cabeza.

—¿Os vais a bajar? —preguntó la única persona que quedaba en el ascensor, rompiendo la magia por completo.

Avergonzados, salieron al pasillo con premura, intentando regresar a la normalidad cuanto antes, y las vistas que se vislumbraban desde allí los ayudaron a cambiar de tema. Eran espectaculares. Todo estaba acristalado y se divisaban todas las plantas que ascendían desde el enorme vestíbulo.

—Madre mía, es alucinante —repuso Lexi—. ¿Cuánto crees que puede costar una habitación?

—La cantidad sonará hasta grosera, seguro —opinó Luke, y miró a su alrededor—. ¿Dijiste que era la habitación veintitrés?

Lexi asintió y caminaron siguiendo las indicaciones incrustadas en dorado de las paredes, hasta detenerse frente a la puerta que buscaban.

—¿No tienes ningún truquito de los tuyos para abrirla? —interrogó Luke.

—¿Crees que soy Harry Potter?

—¿No? Pues qué decepción.

—De haber sabido que acabaríamos de fiesta en un hotel, habría venido más preparada.

—¿En serio podrías hacerlo?

Con una expresión divertida, Lexi aseguró:

—Digamos que, si fuera un tío, diría algo así como que podría abrir esta puerta con la punta de…

—Vale, sí, ya te he entendido —suspiró con fuerza—, pero, como sea, al final me va a tocar bajar a camelarme a la rubia.

Lexi frunció el ceño y miró la puerta con fastidio.

—¿Cómo no hemos caído antes? —exclamó, y se giró hacia Luke—. ¿Cómo pensabas tú entrar?

El chico sonrió.

—En realidad, confiaba en que nos abriera ella. —Señaló el carrito de la camarera encargada de limpiar las habitaciones que se veía unos metros más allá—. He visto los carritos desde abajo en la primera y segunda planta, y confiaba en que aún estuvieran trabajando en todas.

—Muy listo —admitió.

—Debería molestarme que te sorprenda tanto.

Lexi rio, pero solo hasta que cayó en la cuenta de algo:

—Así que ¿vas a tener que camelarte a la de la limpieza?

—Si no hay más remedio…

En ese momento, una limpiadora del tamaño de un camionero de los que conducen un tráiler y fuman como un carretero salió de la habitación que había frente a su carro.

—Pues que tengas suerte —declaró Lexi, y no pudo evitar reír a carcajadas ante el gesto estupefacto de Luke.

—Joder —se quejó—, para una vez que podía lucirme…

La mujer tiró unas sábanas limpias dentro de una bolsa y contestó a una llamada en el móvil.

—Aún me queda un rato para acabar —replicó en un tono rudo—. Voy todo lo rápido que puedo, ¿o acaso crees que llevo toda la mañana rascándome la castaña?

—¡Di que sí! —se le escapó a Luke, y tuvieron que girar en una esquina para esconderse, muertos de la risa de nuevo—. Nos ha tocado la más fina que tienen en plantilla.

—¿Eres creyente? —rio Lexi—, ¿quieres encomendarte ya a alguna virgen?

—Este hotel es surrealista, coletitas, yo creo que nos están haciendo un seguimiento con cámara oculta. —Se asomó a mirar a la limpiadora, que en ese momento se acababa una botella de agua mineral, la tiraba al suelo y la aplastaba como si fuera una cucaracha.

—¿A qué estás esperando? —lo alentó Lexi—. Estoy deseando disfrutar de tus encantos.

—Cuando quieras te hago una demostración.

—A mí no —sonrió—, a ella, le debes aunque sea una primera vez.

Luke le devolvió una mirada de divertido horror.

—Estás disfrutando con esto, ¿no?

—Puede que un poco.

Suspirando con resignación, Luke se asomó de nuevo a mirar, y Lexi lo imitó justo a tiempo para ver salir de la habitación a una segunda limpiadora, de las que podrían estar trabajando allí solo para pagarse la carrera de modelo.

—Mierda —se le escapó a Lexi, y estuvo a punto de golpearlo cuando lo vio sonreír con malicia—. Esta no vale los mismos puntos —se quejó—, me impresionarías mucho más si…

—¿Y quién quiere impresionarte —interrumpió divertido— si puedo disfrutar del momento?

Lexi cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo podría conseguir que me abrieran esa habitación en treinta segundos —aseguró convencida—, y sin esfuerzo.

—Sí, claro —se burló—. ¿A punta de pistola?

—Solo con mi ingenio.

—Entonces venga —la provocó.

—¿Qué me das si lo consigo?

—¿Qué quieres?

—El derecho a tirarte una grapadora.

Él frunció el ceño y la miró confuso.

—Quieres que volvamos a…

—No, solo quiero poder lanzarte cosas cuando me apetezca. —Rio frente a su gesto de desconcierto.

—Estás más loca… —se quejó con una sonrisa.

—¿Yo? Loco tú, que por un momento has creído que iba a pedirte sexo.

—Y lo has pensado —la miró con sensualidad—, reconócelo.

A Lexi se le secó la garganta.

—Sí, en tus sueños.

La sonrisa descarada de Luke la desarmó, por suerte, él no insistió.

Se asomaron de nuevo a tiempo de ver a la camionera escurrir la fregona como si fuera una enemiga acérrima a la que estuviera perdonándole la vida.

Luke sonrió.

—Si consigues que sea ella quien te abra, te concedo un deseo en blanco.

—Hecho —aceptó con rapidez, y le tendió la mano, que Luke estrechó con evidente diversión.

—Cuando tengas que rogarme ayuda —clavó en ella una mirada sensual—, aprovecharé muy bien mi ventaja.

«Dios, aquello sonaba genial», suspiró para sí, preguntándose si no le interesaría más perder; pero era demasiado competitiva como para planteárselo de verdad.

Le dio a Luke su bolso y su abrigo, se quitó los tacones y caminó descalza hasta el carrito bajo la atenta mirada del chico, que no podía ocultar la curiosidad, que fue mucho más grande cuando ella se limitó a tomar un par de toallas y regresar hasta él con sigilo.

—Me puede la intriga, lo confieso.

—Tendrás que esperar —repuso—. Sujétame las toallas.

—No me quedan manos.

Ella se las puso sobre el pecho, no dándole más opción que abrazarlas. Después, miró hacia todos lados con apremio, y entonces hizo lo último que Luke esperaba, tal y como quedó patente por su expresión de estupor. Se quitó primero los pantys y luego se bajó las mangas del vestido y ató una con otra alrededor del contorno de sus pechos. Por último, se subió el dobladillo hasta hacerlo un gurruño en la cintura.

—Se me va a arrugar demasiado —murmuró para sí mientras se lo acomodaba—, debería habérmelo quitado.

—Por mí no te cortes —repuso Luke mirándola de arriba abajo sin perder comba.

—¡Eh! La cláusula, que te la estás saltando —intentó coger una de las toallas, pero él no la soltó—. Dámela.

—¿La ropa interior también te la ha prestado Gabrielle?

Lexi miró sus braguitas de encaje negro.

—No, estás son mías. —Tiró con más fuerza de la toalla—. ¡Suéltala!

Reacio, acabó haciéndolo.

—¿Y el sujetador?

—¿Qué? —Se colocó la toalla alrededor del cuerpo.

—¿También te lo prestó ella?

—No llevo sujetador —confesó sin ser casi consciente.

—Sí, eso me parecía —sonó ronco.

Lexi lo miró ahora con una expresión confusa.

—Oye, estoy medio desnuda en mitad de un pasillo —se quejó, acalorada ya frente a su mirada—. ¿Podemos centrarnos?

—¿Esas no son dos frases incompatibles?

—¡Luke!

—Coño, Lexi, avísame de estas cosas para estar preparado.

La chica ya no tenía claro si bromeaba o hablaba en serio, pero comenzaba a sentirse muy violenta.

—Si alguien viene, todo mi plan se irá al garete —se remetió con nerviosismo la toalla sobre la zona de los pechos, para sujetarla bien. Después, tomó la segunda toalla, agachó la cabeza y, con mucho cuidado, la enroscó alrededor de su pelo tal y como solía hacer a veces al salir de la ducha. Acabó su obra sacando una botella de agua de su bolso y salpicándose pequeñas gotitas aquí y allá.

—¿Parezco recién salida de la ducha?

Él aprovechó para recorrer su cuerpo con los ojos de arriba abajo… y de abajo arriba.

—¡Luke! —se quejó frente al exagerado escrutinio.

—Eres una perfecta actriz de peli porno ahora mismo.

Lexi lo miró perpleja.

—¿Perdona?

—Parece que has salido de la ducha maquillada y perfecta para recibir al tipo de mantenimiento porque falla el agua caliente y…

—¡Vale, ya lo he cogido!

Pensó con rapidez. Se quitó la toalla del pelo con cuidado.

—¿Estoy muy despeinada?

—Sí, ahora eres Cenicienta de las doce en adelante, pero tranquila, sigues siendo la versión porno del cuento.

—No me jodas.

—Eso viene después, esto solo son los preliminares.

Ella lo miró con un gesto mezcla furia y excitación.

—Pero ¿qué pasa contigo? —protestó mientras se peinaba el pelo con las manos—. ¿Intentas sabotearme?

—Estoy en mi derecho, creo que me he precipitado al concederte ese deseo en blanco.

—Eres un idiota.

Lo fulminó con la mirada y decidió ignorarlo. Se secó un poco los brazos mojados.

—Te abriré en cuanto esté dentro de la habitación. —Sonrió con descaro, y recibió una mirada socarrona como respuesta, pero ni mucho menos estaba tan tranquila como quería aparentar.

Con el corazón acelerado, caminó descalza hasta la habitación donde estaba el carrito, preguntándose ya cómo demonios conseguía Luke que hiciera una tontería tras otra. ¿Tan difícil era dejar que él se encargara de camelarse a la limpiadora?

Pero ya estaba hecho. Se asomó a la puerta de la habitación y tocó aparentando nerviosismo.

—¿Puede ayudarme, por favor? —le dijo a la más corpulenta. La mujer la miró anonadada.

—¿Qué le pasa?

—Es que… —tragó saliva—, Dios, qué vergüenza…

—Tranquila, cuénteme —le dijo la mujer en un tono amable—, ¿qué problema tiene?

Un tanto sorprendida, Lexi tuvo más claro que nunca aquello de que las apariencias engañan.

—Es que… se me ha cerrado la puerta de mi habitación.

—¿Y para qué ha salido usted así?

—Soy una idiota —tragó saliva—, yo… tengo una cita a ciegas con alguien que he conocido por Instagram, él no debería haber llegado tan pronto, pero me ha llamado desde el vestíbulo y… bueno…, solo quería ver si es tan guapo como parece en sus fotos.

—Ha salido a mirar por las cristaleras —acabó la mujer por ella.

Lexi se mordió los labios y asintió.

—Sí, debí vestirme antes, ya lo sé, pero me pudo la curiosidad.

—Poco va a ver desde aquí.

—Lo sé, qué boba, ¿verdad?

La mujer se guardó sus opiniones, la miró con una evidente apreciación y declaró:

—Espero que su ropa vaya acorde con todo lo demás.

Lexi sonrió.

—Yo solo espero que el tipo se parezca en algo al de las fotos.

—Eso estará más difícil —opinó—, ¿qué habitación es?

—La veintitrés.

Un minuto después, Lexi sonreía apoyada por dentro en la puerta de la habitación, respirando hondo al fin, tras darle un millón de gracias a la mujer.

Cuando le abrió a Luke al escuchar la puerta, ya se había recolocado el vestido y lo miraba con una sonrisa fanfarrona.

—Bien jugado —admitió él colándose en la habitación también.

—Gracias.

—¿Al menos me parezco al de las fotos, coletitas?

Lexi rio.

—Pues sí, si esto fuera una cita real, igual tendrías suerte esta noche.

—Vaya, eso ha sonado a piropo.

—No te creas, sería más por amortizar la habitación.

Ambos miraron a su alrededor. Todo en la suite era de un lujo digno de contemplar, aunque excesivo.

Observaron cómo estaba colocado todo, pero a simple vista no había ni rastro del ordenador.

Lexi sacó su propio PC y lo abrió para observar la pantalla.

—¿Qué vas a hacer?

—Mantener vigilado el invernadero.

Luke la miró perplejo.

—¿No creerías que iba estar aquí tan tranquila sin un seguro? —Giró la pantalla para que Luke pudiera verla bien. Los Donovan se veían felices junto a los novios, sentados a la mesa presidencial.

—¿Cómo coño…?

—He hackeado el sistema de vigilancia, así podremos ver si salen del salón para algo y… —frunció el ceño y se interrumpió—, ¿puedes dejar de mirarme como si fuera de otro planeta, por favor?

—¿Y estás segura de no serlo? —Sonrió ahora, parecía impresionado—. ¿Has hecho todo eso mientras hablabas con gasecitos y buscabas el número de habitación?

Lexi sintió que se ruborizaba frente a su mirada de admiración.

—Ya que estaba sentada en blandito… —se encogió de hombros, y para no sentirse tan azorada añadió—: aunque blandito del todo no parecía, Luke, también te lo digo.

A él se le escapó una carcajada, pero se limitó a decir:

—Miraré en los armarios.

Lexi se centró en las mesillas, y se sorprendió al encontrar un paquete de preservativos nada menos que de treinta y seis unidades, aún precintado.

—Vaya con el señor y la señora Donovan —repuso, mostrándole la caja a Luke, que se acercaba a la cama ahora con una pequeña maleta en la mano—. Menuda fiesta.

El chico la miró confuso.

—Será cortesía del hotel.

—Mucha cortesía me parece —opinó Lexi.

—Pero la señora Donovan tendrá más de sesenta años —le recordó—. Una sorpresita va a ser difícil que se lleven…

Lexi rio mientras se centraba ahora en la otra mesilla

—Puede que tenga claro que su marido se lo monta con doña *fuera de la lista* y no quiere arriesgarse a que le pegue algo —conjeturó.

—¿Quieres decir que igual hay otra caja de treinta y seis esperándolo en otra habitación? —se burló Luke—, a estas alturas parecería un pitufo de la cantidad de pastillitas azules que habría necesitado.

—A lo mejor es un portento de la naturaleza —rio Lexi—. ¿El ordenador está en esa maleta?

—Eso espero, porque no hay nada más —contó—, la caja fuerte está abierta y vacía.

Y entonces Luke abrió la maleta y ambos se quedaron perplejos mirando su contenido. Dentro había un kit completo de sadomasoquismo, además de juguetes sexuales de toda índole, algunos de ellos difíciles de identificar.

—¡No me jodas! —exclamó Lexi.

—No, antes tendría que atarte como a un conejo y fustigarte un rato.

—Dime que el ordenador no está ahí debajo —rogó Lexi—, en cuyo caso nos iremos sin verlo, porque no pienso tocar nada que salga de ahí.

—No creo que quede espacio para ordenadores —expuso el chico con un gesto divertido—, si solo ese vibrador coge media maleta.

—Yo no lo llamaría vibrador, Luke, eso es un perforador de útero.

El chico rio a carcajadas.

—Sí, admito que es el más grande que he visto jamás.

Siguieron contemplándolo todo sin tocar nada.

—Creo que no sé para qué sirven la mitad de las cosas —se le escapó a Lexi con sinceridad.

Luke la miró con diversión.

—Así que es verdad que no eres una vampiresa —se burló.

—¿Vas a decirme que tú sabes para qué es eso? —Señaló un anillo de metal del que colgaba una extraña pesa.

—Parece una mancuerna —indicó con una sonrisa maliciosa.

—¿En una maleta de sado? Mira que lo dudo.

—Es un anillo de entrenamiento personal.

—Pero es una pesa demasiado pequeña para… —y entonces vio la expresión entre divertida y maliciosa de su rostro y entendió exactamente qué estaba destinado a fortalecer aquella pesa

Luke rio frente a su evidente azoramiento.

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más, coletitas —se burló.

—Como yo nunca he necesitado una… —se encogió Lexi de hombros.

—Ni yo tampoco, te lo garantizo —sonrió con sensualidad—, yo prefiero mantenerme en

forma con entrenamientos más… activos.

«Joder, ¿y no hace demasiado que no practicas, no sientes que ya lo necesitas?», estuvo muy tentada a decirle. Ya era muy difícil mirar todos aquellos utensilios a su lado sin dejarse afectar, como para encima aguantar sus bromitas y miradas seductoras, se estaba poniendo cardiaca.

—Pues te veo muy versado en el tema, Luke —declaró con mordacidad—, ¿te mola todo esto?

Él esbozó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Si a mi pareja le gustan este tipo de juegos y quiere que use alguno en particular, no tengo inconveniente, aunque yo no los necesito. —Clavó en ella una mirada sensual—. Soy lo suficiente imaginativo como para que ella no se aburra jamás sin tanta parafernalia, pero estoy abierto a sus preferencias.

«Y yo estoy… a punto de abrirme de piernas y ver qué pasa».

—Es que es difícil aburrir a alguien en solo una noche, Luke —aprovechó para lanzarle la pulla—, pero es una lástima no haber tenido a mano la maleta cuando tuve mi oportunidad —sonrió intentando que no se le notara el acaloramiento—. Lo habría pasado pipa poniéndote esas pinzas en los pezones y dándote una descarga para recargarte las pilas.

Luke rio haciendo un gesto de desagrado.

—Sabes que hablo de otro tipo de juguetes. —Señaló la parte de los vibradores de diferentes tamaños.

—¿De verdad usarías uno de esos si alguien te lo pidiera? —sonó asombrada—, porque necesitarías mucha vaselina, y a lo mejor la primera vez no te resultaría placentero…

A Luke casi le da un tabardillo.

—¡No me refiero a usarlo yo! —protestó de inmediato—. ¡Joder, Dios!

Las carcajadas de Lexi fueron inevitables.

—Bowie llamaría a eso *la ridícula indignación de un hetero*.

Él la miró con una mezcla de desagrado y curiosidad.

—Así que Bowie es…

—De los que les gusta un chequeo de próstata más que a un tonto un lápiz —aclaró Lexi—, dejémoslo ahí.

Luke rio con fuerza

—Mándale uno de regalo, no creo que se enteraran de que falta —propuso Luke—, hay aquí juguetes como para poner un puesto.

—Si le mando el perforador, acabaría en el hospital. —Sonrió solo con imaginar la cara de franca felicidad que su amigo pondría si recibiera un regalo semejante.

—La verdad es que lo más normalito que hay en la maleta son las bolas chinas —admitió Luke.

—¿Te has puesto alguna vez unas?

—Lexi…

—¿No? Porque estaba pensando en gastar mi deseo en blanco pidiéndote que las uses —bromeó divertida

—Y no tengo ningún inconveniente en usarlas —clavó en ella una mirada lasciva—, estoy dispuesto a colaborar y ponértelas en cuanto me lo pidas.

«No lo descartaría yo…».

—Pero no a ti mismo.

—Antes me colgaría esa pesa de los…

—Vale, me queda claro —declaró fingiendo resignación—. Entonces ¿qué pasa con el

ordenador?

—En el armario no está —aseguró, cerrando la maleta de nuevo—, pero volveré a revisarlo. —Miró el PC de Lexi—. ¿Todo controlado con Donovan?

Ostras, pues… esperaba que sí, se había distraído demasiado, ¿por qué sería? Por fortuna, la comida seguía su curso sin problema.

Dieron una vuelta más alrededor de la habitación hasta que se miraron un tanto desmoralizados.

—Todo esto para nada —suspiró Lexi.

—Será mejor que salgamos ya de aquí.

Caminaron hasta la puerta y cuando fueron a abrirla, Luke centró su mirada en el plano de evacuación de emergencia que había pegado tras ella.

—Lexi… —se detuvo en seco a consultarlo—, dijiste habitación veintitrés, quinta planta, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—¡Porque estamos en la cuarta!

—¡No!

—¡Joder, sí! Nos hemos confundido de habitación —rugió furioso—. ¡Me cago en la puta madre que parió!

—¿Y qué culpa tendrá esa señora?

—Sin coñas, Lexi, que no respondo.

—Ni que la culpa fuera mía —se quejó.

—Claro que es tuya —proclamó—. Empiezas con el tonteo en el ascensor y…

—¿Yo? —se indignó—. ¡Esa sí que es buena! ¿Quién ha empezado con eso de la memoria selectiva y no sé qué más?

—¿Y quién ha puesto imágenes en mi mente que no necesitaba? —se quejó—. Y que si sheriff esto, sheriff lo otro…

—Eres un idiota.

—Idiota o no, es tu culpa que la sangre no me riegue el cerebro desde hace horas, qué coño horas, ¡días! —protestó—. Nos vamos a meter en un problema serio porque no puedo pensar.

—Pero ¿tú te estás oyendo?

Y ella misma anotó en su mente aquella frase para analizarla cuando no estuviera tan enfadada.

—Bueno, es igual —insistió Luke—, la cuestión es que nos hemos bajado del ascensor una planta antes y estamos en la habitación equivocada.

—¿Y qué quieres hacer?

—¿Ves? ¡Si es que me provocas!

—¿Que yo qué? —Estaba perpleja—. ¡Deje de tomar drogas, sheriff!

—Que no me llames sheriff, que no ayuda.

—De verdad, Luke, si tienes que medicarte o algo, este es el momento —ironizó.

Él guardó silencio y soltó aire muy despacio intentando ganar algo de calma. Después, abrió la puerta y la instó a asomarse por si la limpiadora seguía cerca, pero el carrito estaba ya casi al final del pasillo.

—Y entonces… —pensó muy bien sus palabras para no ser malinterpretada—, ¿desistimos o volvemos a intentarlo?

Sin dar una respuesta en alto, se enfilaron en busca de las escaleras y subieron una planta. En silencio, y sin apenas mirarse ni rozarse, buscaron la habitación veintitrés de nuevo, esta vez en

la planta correcta.

Cuando pasaron junto al carrito de la limpieza, ambos, en un gesto idéntico, miraron hacia el interior de la habitación y caminaron después hasta la puerta correspondiente.

—¿Quieres darte otra duchita? —comentó Luke, irónico.

—Quiero darte un guantazo, ¿puedo?

Él la miró con sorna.

—Para eso, haber aprovechado la habitación del sado —declaró—, ya hemos cambiado de registro.

—No pienso contestar a eso —cruzó los brazos sobre el pecho—, no sea que me acuses de desconcentrarte.

—Genial, calladita estás mucho más mona.

Lexi lo mató con la mirada y comentó:

—Pues Matusalén era un chavalito cuando nacieron las dos limpiadoras de esta planta —opinó, los dos habían visto con claridad a ambas al pasar—, así que no sé si tus encantos van a servirnos de mucho.

—Mis encantos sirven a cualquier edad —aseguró.

—¿Por qué presiento un pero para escaquearte?

—No es para escaquearme, pero…

—¡Lo sabía!

—Dios, qué desesperante eres.

—Sí, sí, pero ¿qué?

—Que dos empleadas mayores, con muchos años de antigüedad, no cometerán la torpeza de abrirme la puerta sin más —dijo con convencimiento—, me mandarán a recepción a por una copia de la tarjeta, eso es seguro.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Algo que las obligue a abrirnos por cualquier otro motivo.

—¿Algo como qué?

—Si lo supiera, ya te lo habría dicho, ¿no te parece?

Lexi frunció el ceño, dudando si debía, o más bien quería, compartir sus ideas, que comenzaron a ruborizarla sin haberlas mencionado.

—¿Qué? —interrogó Luke, mirándola con curiosidad.

—¿Crees que pueda servir la vergüenza ajena?

Con un gesto de inquietud, Luke murmuró:

—Joder, no me atrevo ni a preguntar…

Capítulo 30

Lexi tampoco se atrevía a explicarse, pero no se le ocurría nada más. Miró al chico mordiéndose los labios con evidente nerviosismo, un nerviosismo… que él contemplaba con un hambre que solo podía esconder porque ella estaba perdida en sus propios delirios.

—Que conste que lo que voy a proponer no me apetece nada de nada —empezó diciendo—, pero no se me ocurre otra cosa…

—Dispara.

—…y que voy a hacer un sacrificio extremo para…

—Dilo ya, Lexi, que no tenemos todo el día.

Carraspeó y repuso de carrerilla:

—Son mayores y suelen tener más tabúes, así que creo que nos abrirían la puerta sin hacer preguntas si nos pillaran infraganti —opinó, intentando no ruborizarse.

—No sé si te entiendo.

—Me refiero a si nos descubrieran en pleno… fulgor de la pasión.

Luke entrecerró los ojos y la miró con una expresión mezcla interés y desconcierto.

—Tú podrías no encontrar la llave —siguió diciendo Lexi—, pero las cosas no estarían como para perder el tiempo bajando a por otra.

—Resumiendo, quieres que nos pillen a cien, a punto de montárnoslo en el pasillo —sonrió mordaz.

—No te equivoques —se quejó de inmediato—. Yo no *quiero* que nos pillen a cien, lo único que *quiero* es entrar en esta habitación, y si para eso tengo que fingir estar loca porque te metas entre mis piernas, estoy dispuesta.

«Joder, controla las palabras, Lexi, que no ayudan».

Luke la observó con una calma desesperante durante unos segundos, aunque sonó muy ronco al preguntar:

—¿Y qué pasa con cierta cláusula? ¿Nos la saltamos porque sí?

—Esto es trabajo, Luke, y nada sería de verdad.

—¿Quieres que nos enrollemos de mentira, como en las películas? —interrogó con acidez—. No creo que funcione.

—No, nada de películas, tiene que ser real —empezaba a sentirse demasiado acalorada—, pero no tenemos por qué disfrutarlo.

—Ah, ya, rollo peli porno, dices.

—A ver, no tanto…

—De acuerdo.

—…tenemos que… —se interrumpió—, ¿has dicho de acuerdo?

—¿Qué otra opción tenemos? —se encogió de hombros como si estuviera accediendo a un café—, y, total, no sería nada que no hayamos hecho ya, no puede ser tan malo.

«¿No puede ser tan malo?». Estuvo a punto de mandarlo a la mierda justo en aquel instante, pero necesitaban entrar en aquella habitación y debía hacer un sacrificio… ¡Qué coño! No iba a engañarse. El simple pensamiento de poder besarlo a placer, por el motivo que fuera, ya era suficiente para dejar su orgullo herido a un lado por un rato. Ya se fustigaría más tarde, cuando

su cuerpo no ardiera de pura anticipación.

—Genial, pues cuando quieras…, podemos…

Para su sorpresa, Luke la interrumpió atrayéndola de la cintura hacia él, y de repente Lexi casi no podía respirar.

—No sé si esto va a salir bien —susurró él, abrasándola con la mirada.

A la chica se le secó la garganta.

—Siempre puedes imaginarte que soy barbie Malibú —declaró, intentando no desmoralizarse. ¿Acaso para él era tan difícil besarla?

Luke sonrió.

—Tu obsesión con las barbies me inquieta.

—Tengo claro que no soy tu tipo, Luke —intentó sonreír como si aquello no le doliera, y se agarró a su papel—, así que puedo ser quien usted quiera, sheriff, solo tiene que cerrar los ojos e imaginar que tiene entre sus brazos a…

—¿Eso vas a hacer tú? —interrumpió.

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas?

Él clavó una mirada afilada en su rostro.

—¿Eso has hecho cada vez que te he tocado?

«Qué más quisiera que no morirme de necesidad en cuanto me miras», suspiró Lexi para sí, pero aquello no se lo podía decir.

—No saquemos las cosas de contexto, sheriff —sonrió—, nada de todo esto afecta a lo que tenemos entre manos.

—¿En quién vas a pensar? —insistió.

—¿Qué?

—Mientras montamos el paripé, ¿en quién pensarás?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Lo conozco?

—¿Qué parte de a ti qué te importa es la que no entiendes?

—Si voy a ser él, creo que tengo todo el derecho a…

—En Jon Bon Jovi —interrumpió con cierta impaciencia—, ¿podemos centrarnos?

Él la miró con detenimiento.

—¿El de ahora o el de hace treinta años?

—¿Qué más da?

—No da igual, treinta años son toda una vida.

—Es el puñetero Jon Bon Jovi, Luke, la edad me importa un bledo —repuso algo alterada con tanta preguntadera, ¿es que no iba a besarla nunca o qué?

—Vale, no te pongas nerviosa.

—Pensaré en un novio que tuve en la universidad, si eso te parece mejor.

—Creo que prefiero a Jon Bon Jovi.

Lexi soltó un improperio.

—¿Por qué? —atacó—, ¿las comparaciones son odiosas o qué?

Él la atrajo aún más cerca y la acomodó entre sus brazos.

—¿Te parezco un tipo que debería sentirse acomplejado por algo?

«Dios, qué calor».

—¿Cómo voy a saberlo? —fingió indiferencia—. Solo hemos intimado una vez, Luke, y no fue nada del otro mundo.

Aquello pareció molestarle, clavó en sus ojos una mirada cargada de ardor y furia contenida.

—Eso no fue lo que dijiste antes —le recordó—. Fue un gran polvo, ¿no usaste esas palabras?

«Si es que soy una bocazas».

—Bueno, no dejes información atrás—sonrió como pudo—, también dije que se vio incrementado por mi afán de librarme de la cárcel.

—Sí, tras decirte que en posición horizontal para mí todas sois iguales, qué coincidencia…

«Cabronazo, todavía le dolía aquello».

—¿Y eso qué tiene que ver? —Lo miró con fingida confusión.

—Que eso te ha sentado muy mal y habrías dicho cualquier cosa —observó—, reconócelo.

Lexi apretó los dientes y se revolvió entre sus brazos, incómoda, pero solo consiguió que él redujera la distancia, así que acabó diciendo:

—Cuando tú reconozcas que nuestro… encuentro superó un poquito la media a la que estás acostumbrado —se atrevió, y solo esperaba no recibir la estocada de gracia, aunque rogó para llevarse una sorpresa.

«¿Y que admita que para él también fue especial? ¿Te volviste loca?», le gritó su conciencia a pleno pulmón.

Sintió la intensidad de la mirada masculina como una caricia feroz sobre la piel, sus ojos azules parecían arder frente al recuerdo de lo sucedido entre ellos, podía leer la lujuria en sus ojos con total claridad, y por unos segundos tuvo esperanza.

—¿Quieres que te cante al oído? —ironizó, y entonó—. *I wanna lay you down in a bed of roses…*

—No hace falta —interrumpió, decepcionada—, no me lo pongas más difícil.

Lo vio fruncir el ceño, irritado, pero le dio igual.

—Oye, si tan difícil es… —intentó alejarla.

—Cállate —ahora fue ella quien recortó las distancias de nuevo, acorralándolo contra la puerta—, vamos a acabar con esto de una vez.

Él la miró en silencio mientras ella le desabrochaba un par de botones de la camisa.

—Si leváramos largo rato calentándonos… —siguió murmurando mientras ahora ella misma se bajaba un poco las mangas de su vestido—, tú ya estarías intentando colarte en mi escote… —se mojó la lengua con los labios sin ser consciente—, y yo… me moriría de ganas de comprobar cuánto te gusta… —Llevó las manos a la hebilla de su cinturón y lo desabrochó con calma…

Luke sonrió con una sensualidad que estuvo a punto de arrancarle un gemido de anticipación.

—Si quieres realismo… —giró con ella entre sus brazos y ahora fue él quien la acorraló contra la puerta y puso una mano a cada lado de su cabeza—, me siento más cómodo así.

—Entiendo.

—¿El qué?

—Eres un macho alfa.

A Luke se le escapó una carcajada ronca.

—En realidad me encanta que una mujer tome la iniciativa —sus brazos descendieron sobre ella muy despacio—, pero esta postura me facilita el sacar el arma si fuera necesario, la de verdad, digo.

Lexi estaba hambrienta y ya no era capaz de esconderlo. Moría por saborear aquellos labios, por sentir sus caricias y regalarle las suyas…

—Guau, si por algo me gustan tanto los hombres que suelen llevar uniforme.

—Excepto yo —le recordó, estrechando el abrazo poco a poco.

Lexi sonrió.

—Pero ahora eso no importa, en mi mente vas vestido de cuero, ¿recuerdas? —Le echó los brazos al cuello.

—Y en la mía eres una rubia despampanante de ojos azules. —Rozó la nariz con la suya.

—Como desees…, Jon —susurró ya sobre sus labios.

Ambos soltaron un gemido ronco cuando al fin sucumbieron a un beso caliente y embriagador, y sus lenguas se encontraron a mitad de camino, luchando por ser vencedoras en una guerra sensual que amenazaba con hacerles perder el norte. Se devoraron sin contención, poniendo en aquel beso las ganas contenidas de horas de deseo reprimido, hasta que dejó de importar nada más. Minutos después, ninguno de los dos tenía claro ya donde estaban o cuál era el propósito de todo aquello, y solo importaban el deseo y la necesidad de avanzar para satisfacerlo antes de enloquecer.

Cuando las manos de Luke bajaron hasta su trasero y la atrajo con fuerza contra su dureza, a Lexi se le escapó un gemido ronco. Allí estaba la prueba inequívoca de cuánto la deseaba, y por Dios que necesitaba aquella parte de él entre sus piernas tanto como respirar. Luke abandonó ahora su boca para lamerle el cuello, descendió por su escote hasta el principio de sus senos y rozó sus pezones con la punta de la nariz, a través de la fina tela del vestido, con una suavidad enloquecedora, para regresar después a sus labios como si no pudiera estar mucho tiempo sin degustarlos. Y entonces… sintió una de sus manos colarse por debajo del vestido y ascender entre sus muslos desnudos.

—Perdón, pero para eso están las habitaciones —escucharon gritar a alguien a su lado, que era evidente que llevaba un rato intentando sacarlos del trance.

De mala gana, se giraron a mirar a las dos señoras de la limpieza que los observaban rojas como la grana y con un gesto crítico.

Lexi tuvo que parpadear varias veces para poder enfocar algo a través de la nube de deseo en la que flotaba en aquel instante…, y por suerte lo consiguió.

—Es que… mi novio no encuentra la llave de la habitación —explicó de forma entrecortada, como si con aquello fuera suficiente.

—Bajad a recepción a por otra —apostilló una de las mujeres.

—Yo no llego a recepción, preciosa —le musitó Luke al oído lo suficiente alto como para que todas lo escucharan, mientras aprovechaba para lamerle el lóbulo de la oreja.

—Ya, amor, pero aquí en medio no podemos…

—Las escaleras están a la vuelta de la esquina —insistió Luke mientras le besaba el cuello.

—¡En las escaleras tampoco se pueden hacer estas cosas! —se quejó la asistenta que aún no había hablado.

—Pero esto es una urgencia —rogó Lexi con la mirada mientras sentía las manos de Luke descender por su trasero—. ¿Serían tan amables de abrirnos nuestra habitación?

—Lo siento, pero…

Lexi se esforzó por tirar de sus manos hacia arriba y suspiró:

—Amor, por favor… —gimió cuando esta vez sus manos ascendieron por sus muslos y murmuró—: ¿dónde dices que están esas escaleras?

—¡Por el amor de Dios! —acabó exclamando una de las limpiadoras, sacando la tarjeta maestra de un bolsillo de su bata y empujándolos a un lado para poder abrirles la puerta. Después, volvió a empujarlos dentro de la habitación mientras replicaba—: ¡Anden, entren a desfogarse antes de que tengamos que llamar a los bomberos! —Y cerró ella misma sin ni

siquiera despedirse.

Luke y Lexi miraron la puerta cerrada algo perplejos.

—No puedo creer que haya funcionado —declaró la chica, algo incómoda ahora, mientras sentía el deseo vibrar en su pelvis con intensidad.

—Sí, tú y tus ideas del tebeo sois la monda —replicó Luke en un tono crispado.

—Define ideas del tebeo —se quejó por su abrupto cambio de registro—, estamos dentro, ¿no?

—Era esto o la cárcel por escándalo público.

—Oye, estábamos los dos de acuerdo —se quejó—, ¿qué demonios te pasa ahora?

—Nada.

—Estás molesto.

—Son los daños colaterales de abandonarme a los brazos de una rubia despampanante.

Lexi por fin entendió.

—Te sientes frustrado.

Él la miró con irritación.

—¿A ti qué te parece?

—Lo mío es peor —dijo entre dientes—, tú tendrás muchas rubias en tu vida, pero yo no me tiro a Jon Bon Jovi todos los días.

Él se esforzó por mirarla con furia, pero Lexi aún atisbó en sus ojos turbios un inequívoco deseo contenido, y entonces fue consciente de que no era la primera vez que veía aquel brillo vidrioso en sus ojos azules. Y cuando la miraba a ella, sin… rubias imaginarias de por medio.

«*Es tu culpa que la sangre no me riegue el cerebro desde hace horas, qué coño horas, ¡días! Nos vamos a meter en un problema serio porque no puedo pensar*».

El estallido de deseo que explotó en su pelvis de nuevo fue difícil de esconder, y se extendió después a cada parte de su cuerpo: Luke la deseaba, y ella había sido una idiota por no confiar un poco más en lo que le gritaba su instinto…

…pero aquel no era momento para plantearse todo aquello. La cama, la excitación y una habitación en la que estaban de polizones eran una combinación que incitaba al desastre.

—¿Piensas quedarte ahí pasmada mucho más tiempo o vas a ayudarme a buscar el ordenador? —le reclamó Luke cuando empezaba a decantarse por arrastrarlo a la cama, y ella al fin salió del trance—. Al menos que todo este despropósito haya servido para algo.

Lexi estaba demasiado entusiasmada con su último descubrimiento como para enfadarse.

Sacó su ordenador para controlar el invernadero y se aseguró de que todo estaba en orden.

—¿Siguen allí? —preguntó Luke.

—Sí.

—Pues aquí tenemos un problema —manifestó observando la caja fuerte del armario—. Donovan jamás dejaría ese ordenador desprotegido.

—¿Crees que está dentro?

—Estoy seguro, y esta caja fuerte es como un bunker —declaró, mirando decepcionado el panel táctil que parpadeaba frente a ellos

Lexi se agachó frente a la caja y evaluó cada detalle del sofisticado táctil.

—Es inexpugnable para cualquiera, Lexi.

—Yo no soy cualquiera, sheriff —sonrió frente a su gesto mezcla desespero e incredulidad —, no me subestime.

Luke la observó en silencio mientras ella sacaba un dispositivo compacto de su bolso, con una pequeña pantalla y un par de cables.

—Ahora me explico para qué necesitabas un bolso grande —replicó entre dientes—, ¿cuántos juguetitos más tienes ahí dentro?

—No los suficientes, o no habríamos tenido que darnos el lote en la puerta para entrar —lo miró con una sonrisa pícara—, pero me olvidé el emulador Sigma en el otro bolso, ya te lo dije antes, de haber sabido que vendríamos de visita a un hotel, no habríamos tenido que… improvisar tanto.

—Joder, creo que no quiero saber más. —Posó en ella una expresión condenatoria.

—Entonces no mires.

Se centró de nuevo en su trabajo. Casi podía sentir los ojos de él abrasándole la espalda.

—Este modelo es de última generación —murmuró Lexi conectando el dispositivo a la esquina del panel táctil—. La mayoría de los hoteles de lujo creen que nadie puede forzar sus sistemas, pero están subestimando la ayuda de un buen emulador de señales.

Perplejo, Luke la miraba trabajar en silencio, incrédulo, mientras una serie de opciones parpadeaban en la pequeña pantalla del dispositivo.

—¿Puedes engañar al panel solo con eso? —interrogó desconcertado.

—Lo que hago es capturar los datos que envía y devolverle una señal falsa de autenticación —explicó Lexi, programando el dispositivo—. Y con algo de suerte, simularé la última entrada válida sin que se dé cuenta.

Tras unos segundos, en los que ambos guardaron un tenso silencio, se escuchó un clic suave que indicaba que la caja fuerte estaba desbloqueada.

Lexi esbozó una sonrisa triunfal y miró a Luke.

—Bienvenido al lujo digital, sheriff.

Pero él parecía molesto.

—Némesis en todo su esplendor —murmuró entre dientes casi como si fuera un insulto, y soltó un improperio.

Ahora fue él quien se agachó frente a la caja, la abrió y sacó el ordenador portátil que buscaban.

—Todo tuyo —se lo tendió a Lexi—, procura no tardar, tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Tranquilo, yo…

—¡No puedo estar tranquilo, hostias! —replicó irritado—, me siento como un delincuente.

Lexi tragó saliva con pesar.

—Esto no ha sido idea mía, Luke —le recordó en un susurro.

—No, tú solo hackeas ordenadores y abres cajas fuertes de alta seguridad como el que manda un correo.

Lexi detestaba que él la mirara con aquel gesto condenatorio y el tono de censura de su voz, ya no había admiración alguna en él, y podía entender el motivo.

Se centró en el ordenador en silencio, y el primer problema que se encontró fue una contraseña de seis dígitos para acceder al equipo.

—Mierda, tiene una clave de seguridad.

Él la miró con evidente sarcasmo.

—No me dirás que la todopoderosa Némesis no puede hacer nada —se mofó.

Lexi resopló.

—Oye, esto tampoco es fácil para mí —aseguró—. En contra de lo que pareces pensar, no voy colándome en las habitaciones y en los ordenadores de todo el mundo como me dé la gana, ¿sabes?, tengo un código moral.

—Entonces ¿no puedes?

—¡Por supuesto que puedo!

—Y suenas orgullosa, como no.

—¿Puedes dejar de atacarme hasta que estemos a salvo fuera de esta habitación, por favor? —pidió mordaz—. No me dejas pensar.

Luke izó las manos y guardó silencio con un gesto de desagrado. Lexi se sentó en la alfombra con el ordenador frente a ella, pero se la escuchaba mascullar entre dientes cada dos segundos.

—Esto va a tardar más de lo que pensaba —acabó diciendo, tecleando con rapidez con el ceño fruncido—. Está protegido con un sistema de encriptación de alto nivel.

—¿Y eso se traduce en…?

—No puedo simplemente romper la contraseña —explicó—. No es solo una combinación de seis dígitos, está encriptada, y además el sistema bloquea los intentos cada tres fallos.

—Pues me he quedado igual, pero entiendo que eso no es bueno.

Lexi negó mientras sus dedos volaban sobre el teclado abriendo varias ventanas de código.

—¿Y qué quieres hacer?

La chica lo valoró en silencio durante unos largos segundos, y después rebuscó dentro de su mochila en busca de otro de sus juguetitos.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a clonar el disco duro.

—Joder…

—¿Quieres quedarte a vivir en esta habitación? —ironizó—. Descifrar esta contraseña va a ocuparme unas horas. Será mejor llevarse todo el contenido para hacerlo en casa, ¿Tienes algún problema con eso?

Luke emitió un gruñido.

—Supongo que ya da lo mismo todo —se quejó—, ya hemos quebrantado como unas setecientas leyes.

Una vez tuvo permiso, para ella fue coser y cantar. Hizo una copia completa, dejó un acceso remoto preparado por si tenía que acceder de nuevo y tres minutos después devolvió el ordenador a la caja de seguridad y la cerró a cal y canto.

—¿Podemos irnos? —interrogó Luke, mirando el pequeño ordenador de Lexi con inquietud —. No veo a Donovan por ninguna parte.

Juntos fueron hacia la puerta de la habitación, se escabulleron fuera y caminaron por el pasillo, presurosos, en dirección al ascensor. Cuando las puertas comenzaron a abrirse, Luke tiró de Lexi hacia él, giró con ella entre sus brazos y la besó sin decirle una sola palabra.

La chica estaba perpleja, pero respondió al beso como si le hubiera tocado la lotería sin haber comprado un décimo.

Del ascensor salieron un par de personas, que pasaron por su lado charlando entre ellas, y solo entonces Luke la soltó con irritante facilidad y la empujó hacia el ascensor. Desconcertada, Lexi miró hacia el pasillo y solo entonces vio a Greyson Donovan, acompañado de otro hombre, caminando hacia su habitación.

—No nos ha visto —aclaró Luke por si acaso a ella le quedaba alguna duda.

«Sí, lo del beso ha sido una idea genial», se lamentó al comprenderlo. Se limitó a asentir, sintiéndose de lo más idiota.

—Volvamos a casa —sugirió Luke ahora—, tenemos trabajo por delante.

—Puedo hacerlo sola —aseguró, molesta por su expresión de fastidio—. No te necesito para

nada, y menos con esa mala disposición.

—Me da igual —repuso en un tono ácido mientras el ascensor descendía—, no voy a perderte de vista.

—Ah, ¿no? —se ofuscó—, ¿piensas compartir mi alcoba?

—Te encerraré con llave, si es necesario —la miró con cinismo—, con una de las de toda la vida, en una puerta que no puedas abrir desde un ordenador.

Lexi le devolvió un gesto de rabia.

—Odio que hagas eso —replicó, enfadada, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿El qué?

—Cambiar de actitud como el que cambia cromos —se quejó—. No sé cómo hemos pasado de estar divirtiéndonos a querer encerrarme bajo llave.

—Verte abrir esa caja me ha recordado quién eres.

—¿Y quién soy?

—No me hagas hablar.

—No, dímelo, porque tiendes a olvidarlo a tu conveniencia —lo atacó de frente.

—Quedémonos con que, por suerte para ti, eres la hermana de mi mejor amigo —sentenció.

—Sí, claro, pero hasta eso se te olvida cuando tienes que meterme la lengua en la boca, ¿no?

—Eso solo han sido… exigencias del guion.

—Pues tu… —miró su bragueta— guion sigue sin pasar página, Luke. —La erección era evidente aún.

—¡¿Y de quién es la culpa?! —le gritó molesto.

—Mía, espero —proclamó, mirándolo ahora con total descaro, y habría reído al verlo titubear, desconcertado, de no estar tan enfadada.

Por suerte para ella, las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja y no tuvo que escuchar una réplica ácida que contradijera aquella afirmación.

Capítulo 31

Viajaron de regreso al rancho Michaelson en silencio. Además de estar molestos entre ellos, comenzaban a acusar el cansancio del largo día, donde el estrés había jugado una parte importante. A Lexi le habría encantado poder dormirse un rato de camino a casa, estaba segura de que la aguardaba una noche larga, pero tenía demasiados quebraderos de cabeza.

Miró a Luke de reojo cuando estaban a punto de llegar, preguntándose si de veras tenía intención de hacer noche en la casa. Le entristecía acabar el día así, ella había disfrutado de cada minuto a su lado, pero podía entender que él estuviera jodido. Había tenido que hacer cosas aquel día de las que no se sentiría orgulloso, ella tampoco lo estaba, pero sabía que no era lo mismo.

Max se arrojó en sus brazos en cuanto se bajó del coche, y Lexi lo abrazó con fuerza, dejándose invadir por la dulzura y la alegría del pequeño.

—Les he dado de comer a los gatitos dos veces, tía Lexi —contó entusiasmado mientras la chica lo llevaba en brazos hacia el interior de la casa—, y después hemos jugado con ellos con las plumas de indio, y saltaban para cogerlas, y cuando papá se ha puesto el penacho, los dos se querían subir encima para quitárselo.

—Hala, ¿y lo han conseguido?

—Casi, casi, cuando se ha tumbado en el suelo —explicó risueño—, pero papá no quería dejar que lo rompieran, porque dice que le encanta como le queda a mamá.

Lexi rio y miró a Luke, animándose un poco al ver que también sonreía, pero fue solo hasta que posó sus ojos sobre ella y regresó la expresión tosca.

Por fortuna, Scott y Alyssa también estaban allí, aguardando su llegada.

—Guau, ¡estás espectacular! —se asombró Alyssa nada más verla—. ¿De dónde sales, de un pase de modelos?

Lexi soltó un suspiro.

—Es una historia muy larga —declaró—, ha sido un día muy completo.

—Vendréis muertos de hambre, entonces —intervino Scott ahora.

—Nos comimos cuatro canapés minúsculos hace un siglo —recordó Lexi—, así que imagina.

—¿Y ha servido para algo tanto ajetreo?

—Aún no lo sabemos —admitió—, todavía tengo información que examinar.

—Tenemos —apostilló Luke, y recibió una expresión de desagrado en respuesta.

—Imagino que te quedas a cenar entonces —interrogó Scott a Luke.

Lexi prestó toda su atención a la respuesta, aunque no miró al sheriff, lo que fue un error, puesto que él se limitó a hacer un gesto de asentimiento, que ella se perdió.

—¿Prefieres cambiarte antes de cenar, Lexi? —sugirió Alyssa—, vas a coger frío, ¿por qué no llevas pantys?

La chica se miró las piernas desnudas recordando el momento en el que se los había quitado en mitad del pasillo, justo antes de enroscarse en aquella toalla, pero ¿qué había sido de ellos?

—Pues… —frunció el ceño— creo que los he perdido.

Ahora sí miró a Luke, algo desconcertada. El chico metió la mano en su bolsillo, sacó los pantys y se los lanzó a los brazos con una expresión seria.

—Creo que prefiero no preguntar —repuso Scott un segundo después.

—Y haces bien —murmuró Luke, se le notaba algo abatido.

Lexi lo observó ahora con repentina curiosidad, siendo consciente por primera vez de que el chico evitaba mirar a Scott. No tenía claro si seguía enfadado porque le hubiera ocultado que sabía quién era o por haberse tomado ciertas… libertades con ella, pero se inclinaba a pensar que tenía más que ver con lo segundo. Interesante.

Se quitó los zapatos y caminó por la alfombra del salón hasta dejarse caer en uno de los sofás, donde se tumbó todo lo larga que era, pero en una postura de lo más sensual.

—Estoy agotada —confesó.

Todos caminaron hacia aquella zona. Scott y Aly cogieron asiento en el sillón justo enfrente, y Luke la miró desde arriba con un gesto de enojo.

—¿Piensas acaparar el sofá entero? —inquirió.

—¿Tú no te ibas?

—Qué más quisieras.

Lexi suspiró de forma teatral y pareció plantearse si dejarle un sitio mientras se estiraba con pereza, y de paso disfrutó del momento en el que él paseó sus ojos por todo su cuerpo, algo que era evidente que no pretendía hacer, pero que no parecía poder evitar.

Sonrió, acalorada, y encogió las piernas solo un poco, lo justo para dejarle un espacio.

Luke se dejó caer en el sofá como a plomo, sobresaltándola y obligándola a encoger más las piernas. Después tuvo que soportar su sonrisa sardónica.

—¿Eso significa que no vas a darme un masaje en los pies? —interrogó Lexi clavando una mirada sensual sobre él—. Chico, no dejo de decepcionarme contigo.

Recibió una mirada asesina.

—Ni yo contigo —terminó diciendo en un tono censor.

Aquello acabó con la diversión. Lexi se incorporó en el sofá y lo miró con irritación.

—No tienes ningún derecho a estar tan enfadado —le increpó en un tono serio—. Nadie te ha obligado a ayudarme, y parte de las cosas que hemos hecho hoy han sido idea tuya —ya estaba harta de su mirada acusatoria—. Y si tantos problemas tienes conmigo, aún estás a tiempo de entregarme.

—Eh, vamos a calmarnos un poco —intervino Scott justo en ese instante—. No sé qué ha pasado, pero no será tan grave.

Luke lo miró con evidente enojo.

—¿Sabías que tu hermanita es capaz de abrir una caja fuerte de alta seguridad como el que abre una bolsa de pipas?

—¡Eso no significa que vaya desvalijando cajas por ahí! —protestó Lexi.

—No lo tengo yo tan claro.

—¿Por qué no me acusas también de haber robado ese millón y medio?

—Sé que eres inocente de eso —afirmó Luke—, pero no estarías metida en este lío si no jugaras a ser la todopoderosa diosa de la justicia —insistió mordaz.

—Bueno, Luke, alguien tiene que hacer tu trabajo —ironizó.

Antes de que el sheriff pudiera replicar algo que era evidente que no iba a ser bonito, Alyssa se puso en pie.

—¿Qué tal si cenamos ya? —propuso—. Seguro que todo será menos grave con el estómago lleno.

—Y dejar de avergonzarnos también estaría genial —gruñó Scott, y miró a la pareja con un gesto muy serio—. Chicos, no tengo ni idea de qué ha pasado hoy, pero no ayuda nada que no

dejéis de lanzaros pullas. —Miró a Luke—. Te conozco, sé que tu sentido de la justicia es estricto y que estás haciendo un esfuerzo enorme para lidiar con todo esto, además de estar jugándote tu carrera. Te lo agradezco mucho, pero si crees que no vas a poder sobrellevarlo, quizá es mejor dejarlo aquí y que te mantengas al margen.

Lexi miró de reojo a Luke, de repente aterrada con la idea de que él le tomara la palabra.

—Quizá podemos hablar con Marty —sugirió Scott—, y ver qué hacemos.

—Él y mi madre regresarán a Kentucky en breve —apoyó Alyssa—, y es un gran detective, tiene contactos, es de confianza…

Para Lexi aquella no era una opción, por mucho que apreciara a Marty, y estaba poniéndose más nerviosa a cada segundo que Luke pasaba en silencio.

—A mí tampoco me entusiasma el hecho de que ella sea… quien es —continuó diciéndole Scott a Luke, ahora más bajo puesto que Max había regresado al salón—, y lo sabe, porque hemos hablado largo y tendido de todo ello. —Miró a la chica—. Sabes que no te he aplaudido precisamente —ella asintió, y Scott regresó su mirada sobre su amigo—, pero estaba dispuesta a dejarlo atrás.

—Sigo dispuesta —aseguró Lexi casi en un murmullo—, en cuanto logre solucionar todo este lío.

Luke permanecía callado, hasta que el silencio se volvió tenso.

—Llamaré a Marty por la mañana —repuso Alyssa—. Si a todos os parece bien, le pediré que acelere el regreso.

Más silencio. ¿Es que él no pensaba objetar nada? La presión acabó ganándole la partida. Se puso en pie y corrió fuera del salón antes de perder la compostura delante de todos. Las lágrimas le quemaban demasiado los ojos en aquel momento, ya no podía contenerlas más tiempo.

Sobrepasada por sus emociones, subió a su habitación y se dejó caer sobre su cama, dando rienda suelta a sus lágrimas al fin. Intentar hacerse la fuerte empezaba a pasarle una factura difícil de costear. Estaba asustada, metida en un lío enorme, que podía terminar salpicando a toda su familia, y a punto de perder la ayuda de la única persona con la que se sentía segura. Entendía que Luke no quisiera formar parte de aquello, pero no soportaba pensar en alejarse de él.

Minutos después, unos golpes a la puerta la sobresaltaron.

—Ahora no, Aly, por favor —rogó desde la cama, no se encontraba bien.

Los golpes insistieron. Lexi suspiró y se puso en pie; no quería preocupar a Alyssa. Se limpió los restos de lágrimas como pudo, consciente de que sería imposible que no hubieran dejado algo de huella.

—Perdona, Aly, pero…

No era Aly quien estaba tras la puerta, sino Luke, que la observó ahora con un gesto de contrariedad.

—¿Qué te pasa? —interrogó confuso.

—Nada.

Él frunció el ceño y Lexi tragó saliva, rogando para que no siguiera preguntando. No estaba acostumbrada a llevar los ojos tan maquillados, seguro que ahora eran un desastre debido a las lágrimas.

—¿Quieres pasar? —Se hizo a un lado.

Luke la miró con intensidad y al mismo tiempo como si se hubiera vuelto loca de remate.

—No puedo —repuso casi en un susurro, tras unos segundos—. Me marcho ya.

—¿Te vas?

—Ha sido un día largo —acotó.

Lexi asintió, incapaz de hablar. Así que él había decidido tomar la oferta de Scott… Los ojos le escocieron de nuevo.

—Adiós —fue todo lo que pudo decir sin desmoronarse.

Escuchó que él pronunciaba su nombre mientras cerraba, pero ya no le hizo caso. Se apoyó sobre la puerta con las lágrimas rodando por sus mejillas de nuevo, casi podía sentirlo alejarse de allí. Pocos segundos después, escuchó a Alyssa pronunciar su nombre al otro lado y ya no pudo contenerse. Abrió la puerta y miró a la chica haciendo pucheros.

—Oh, Lexi…

Se arrojó a sus brazos sin dudarlo, y le costó un triunfo dejar de llorar.

—Todo se solucionará antes o después —le aseguró Alyssa cuando al fin ambas se sentaron en la cama con más calma.

—Todo no —musitó con tristeza—, hay cosas que jamás volverán a ser como antes para mí.

—No hablamos de Némesis, ¿verdad? —Lexi negó con un gesto—. Ay, mi chica.

Y ya no pudo continuar negándose el motivo de su pesar. Dolía demasiado como para seguir engañándose.

—No sé… cómo ha pasado —sus lágrimas cobraron vida de nuevo—, siempre he estado loca por él, Aly —admitió—, desde que tengo uso de razón, pero ahora es distinto, yo… —se le atragantaron las palabras.

—Dilo, te hará bien admitirlo en alto.

—Me he enamorado de él, Aly —se le quebró la voz—. Menuda estupidez, ¿no?

Alyssa sonrió con ternura, tal y como lo haría si mirara a Max.

—El amor nunca es una estupidez.

—Lo es cuando amas a alguien que jamás te corresponderá —musitó—, alguien para quien solo eres… puros problemas.

—Yo no estoy de acuerdo.

—Pues lo soy, Aly, hoy le he hecho cómplice de dos allanamientos de habitación.

Alyssa la miró un tanto confusa.

—Y querré saberlo todo al respecto en breve —insistió la pediatra—, pero no me refería a eso —aclaró—, con lo que no estoy de acuerdo es con eso de que jamás te corresponderá.

Lexi la miró un tanto sorprendida.

—Venga, Lexi, es imposible que a estas alturas no te hayas dado cuenta de cómo te mira —argumentó—. Incluso Scott y yo hemos sentido algo de vergüenza esta noche cuando te has tumbado en ese sofá, provocándole de manera intencionada, viendo el modo en que él ha intentado controlarse para no comerte con los ojos, sin ningún éxito.

—Lo dices en serio

—¿Por qué iba a mentirte? —Se encogió de hombros.

—¿Y dices que Scott también…? —Estaba perpleja.

—No es imbécil, Lexi, aunque se lo haga a veces —sonrió a medias—, y empieza a estar preocupado.

—¿Por qué?

Alyssa dudó durante unos segundos.

—Puedo afrontarlo —aseguró Lexi—, las cosas ya no pueden ir a peor.

—Al parecer, Luke siempre ha tenido claro que no quiere lo que todo el mundo, matrimonio, hijos, amor…

Sí, a aquellas alturas no era ninguna sorpresa. Ya le había escuchado asegurar una vez que no quería tener hijos, y era evidente que le repelían los lazos emocionales.

—El sexo con la hermana de su mejor amigo tampoco le hace especial ilusión.

—Ya, ¿es que te tomaste el levonorgestrel por gusto?

A los labios de Lexi asomó una sonrisa azorada.

—Parece que no —rio Alyssa.

—Dios, Aly, fue algo increíble —confesó—, no te haces idea.

—Es posible que alguna idea tenga —concedió risueña.

Lexi sonrió.

—Ahora entiendo que Scott y tú lleguéis tarde a todas partes —suspiró—, yo no sé si saldría de casa para nada si pudiera… —guardó silencio, de repente cohibida y con un velo de tristeza.

—Lexi…

—Me emociono rápido, Aly, pero alimentar mis ilusiones es algo inútil —repuso convencida.

—No te fustigues.

—He cometido errores en mi vida, pero enamorarme de alguien empeñado en no hacerlo, es el peor de todos.

—Enamorarnos no es un error —opinó Alyssa—, no es algo que podamos controlar, nadie puede —la miró a los ojos—, ni siquiera poniendo todo el empeño del mundo en no hacerlo. —Le secó las lágrimas con dulzura—. Yo pasé seis años odiando a tu hermano con todas mis fuerzas, Lexi, y ni siquiera así podía evitar amarlo al mismo tiempo.

Lexi asintió, intentando reponerse un poco.

—Yo no pretendo darte falsas esperanzas —continuó Alyssa—, pero tampoco quiero que tires la toalla sin intentarlo.

—¿Crees que debería intentar un acercamiento?

—¿Tú quieres?

—¡A todas horas!

Alyssa rio.

—No me refiero a eso, pero te entiendo.

—Es que él me confunde —se quejó—, porque dice una cosa, pero luego leo otra en sus ojos.

—¿Y qué lees en su cuerpo, Lexi? —bromeó—, porque algún acercamiento más habrás tenido, además de lo del despacho.

—Eh…, vale, puede que sí —sonrió—, y tengo que admitir que él parece interesado, pero al mismo tiempo es como si detestara estarlo, así que no sé muy bien a qué atenerme. Me dice, muy enfadado, cosas como que por mi culpa hace días que la sangre no le riega el cerebro y que vamos a meternos en un lío porque no puede pensar… ¡Oye, deja de reírte!

Pero Alyssa no podía parar.

—¿Y qué es lo que estás dudando, Lexi? —interrogó entre risas.

—Es que nunca sé lo que dice en serio y lo que no —reconoció—. Se ha pasado la vida llamándome coletitas y tratándome como si aún fuera aquella niña.

—Salvo cuando te echó el polvo en el despacho.

—¡Eh! —protestó, Alyssa rio.

—¿Sabes por qué creo que insiste en llamarte coletitas? —Lexi prestó toda su atención—. Me parece que es su forma de recordarse que eres la hermana pequeña de su mejor amigo y que no debe tocarte.

Lexi hizo memoria. ¿No había comentado él algo sobre que dejar de llamarla coletitas solo le había traído problemas?

—No sé, Aly, estoy muy confundida —afirmó—, lo único que tengo claro son mis propios sentimientos.

—Eso ya es mucho —aseguró—. Ve a por todas, a ver qué pasa, el no ya lo tienes.

—¡Si él no quiere ni verme! —Se entristeció.

—¿Quién ha dicho eso?

—Le ha cedido el testigo a Marty —le recordó dolida—, eso ya habla por sí solo.

Alyssa la miró desconcertada.

—Lexi, él se ha negado a que Marty intervenga para nada.

—¡¿Qué?! —casi gritó—. ¿No ha aceptado la sugerencia de Scott?

—No.

Una extraña emoción anidó en la boca de su estómago.

—¿Sigue queriendo ayudarme?

Alyssa asintió.

—De hecho, ha subido a hablarlo contigo, ¿no te ha dicho nada?

—No.

—Qué raro.

—Bueno…, a lo mejor no le he dejado hablar —admitió, ahora con la respiración acelerada —, pero es que no me encontraba bien, Aly, estaba convencida de que iba a aceptar hacerse a un lado y me preocupaba romper a llorar, y como me ha dicho que se iba…

—Lexi…

—…pues he creído que aquí se acababa todo…

—Respira que te vas a ahogar

—…pero no

—No.

—Dios, qué mal rato —las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas—, es que estoy sobrepasada, Aly. —Se le atragantaron un poco las palabras—. Intento fingir que no estoy acojonada, pero todo se está desmoronando a mi alrededor. Me siento perdida y a la deriva, y ya no tengo control sobre nada, ni siquiera sobre mis propias emociones —suspiró y sonrió a medias—, pero dentro de todo este caos, siento que él es mi pedacito de tierra firme, a pesar de que cuando estamos juntos, parezca producirse un terremoto tras otro. —Soltó aire con desesperación—. Sí, ya sé que suena de locos, y que es posible que él corra en dirección contraria si escucha una sola palabra de todo esto, pero voy a volverme del todo tarumba si no lo hablo con alguien.

—A mí puedes contarme lo que quieras —sugirió Alyssa con ternura y sonrió—, pero… sí, quizá con él te convenía ser un poco más sutil

Lexi esbozó una pícara sonrisa.

—Me pregunto cuántas manzanas tendrá que pelar Luke para sucumbir a mis encantos.

Alyssa le lanzó un cojín a la cabeza y Lexi rio a carcajadas. Cincuenta y una era el número que Alyssa había pelado como castigo, cuando Scott se propuso amargarle la vida para conseguir que se largara del rancho renunciando a su herencia, aunque la jugarreta acabó… de un modo nada desagradable para ambos.

—¿Te encuentras mejor? —interrogó Alyssa tras unos minutos.

—Ya no sé ni cómo me encuentro —dijo con honestidad.

—Espero que hambrienta, al menos.

—Eso siempre.

Cuando regresó a su cuarto después de cenar, estaba algo más tranquila, aunque se moría de

ganas de hablar con Luke. No sabía hasta qué punto estarían las cosas raras entre ellos por la mañana, y casi no podía esperar, pero se dijo que la paciencia era una virtud de reyes y se obligó a centrarse en el trabajo.

Cerca de las once de la noche, el sonido de un mensaje de *WhatsApp* la sobresaltó, y se le aceleró el pulso cuando comprobó que era de Luke.

LUKE:
¿Estás mejor?

Conciso y al grano, pero a Lexi le hizo una ilusión tremenda, a pesar de que por el mensaje era obvio que él se había dado cuenta de que algo le ocurría, por mucho que hubiera intentado negarlo.

LEXI:
Sí, gracias.

De repente estaba muy cortada y no tenía muy claro qué esperaba él que dijera.

LUKE:
Bien. ¿Te veo mañana en comisaría?

Lexi soltó un grito de felicidad. No era que no creyera en la palabra de Alyssa, pero necesitaba oírselo decir a él.

LEXI:
Claro.
Espero avanzar esta noche.

LUKE:
¿Cómo vas?

LEXI:
Voy, pero esta línea no es segura.

LUKE:
Entiendo.

LEXI:
¿Tú qué haces?

LUKE:
Nada.

LEXI:
Ah, qué afición más interesante.

LUKE:
**.<:),-+*

LEXI:
¿Eso qué es?

LUKE:
No estoy muy seguro.

LEXI:
LOL

Rio a carcajadas. Siempre había adorado el sentido del humor de Luke, incluso ironizando era único, y en aquel momento ya no encontraba dónde esconder su admiración, disfrazarla de irritación u odio ya no le resultaba nada fácil.

LUKE:
Hasta mañana.

LEXI:
*:**

Lexi sonreía como una boba enamorada, era consciente y le daba igual. Aquella conversación de lo más banal acababa de insuflarle una dosis de vitalidad que necesitaba mucho.

Se puso manos a la obra con la contraseña del disco duro antes de seguir suspirando durante demasiado tiempo.

∞∞∞

Al otro lado del teléfono, Luke, tumbado en su cama mirando al techo, se encontraba mucho mejor que hacía diez minutos tras aquella breve conversación.

Estaba muy tocado y abatido desde que había salido del rancho Michaelson, dejando a Lexi sumida en aquel extraño estado de… ¿tristeza? No lo tenía muy claro. Ver aquellos preciosos ojos empañados de lágrimas recién derramadas, apenas ocultas, le había causado una desazón que dos horas más tarde aún le duraba. No entendía qué podía haberle pasado, había mutado en unos pocos segundos. Sí, había sido duro con ella, pero Lexi no solía achantarse de aquella manera frente a él. Todo lo contrario, parecía crecerse aún más, algo que lo desesperaba y lo admiraba a partes iguales.

Releyó la breve conversación de nuevo. Estaba trabajando a las once de la noche, algo en lo que él debería estar acompañándola, pero para lo que no se había encontrado con fuerzas. Ya no podía más aquel día, necesitaba relajarse un poco para evitar enloquecer del todo.

«¿Tú qué haces?», le había preguntado ella en aquel chat, y se había limitado a contestarle un escueto «nada», cuando debería haberle dicho «pensar en ti», que era la humillante realidad. Porque no podía hacer otra cosa más que pensarla a todas horas cuando estaba solo y desearla como un loco cuando estaban juntos, y tratar de mantenerse a raya empezaba a resultarle imposible, algo que lo contrariaba demasiado. Estaba perdiendo el norte. Le habría hecho el amor en aquel pasillo de no haberlos interrumpido a tiempo, aquella era la vergonzosa realidad,

hasta ese punto llegaba su desesperación, y no tenía ni idea de cómo iba a lograr contenerse.

Reconocía que había sufrido una especie de colapso nervioso esa tarde cuando la vio abrir aquella caja fuerte con tal maestría. Por algún extraño motivo, de repente había sido demasiado consciente de la locura que era el haberse colado en aquella habitación y de lo que podía suponer, no ya para él, sino para Lexi, que alguien los encontrara allí dentro. Y en lugar de afrontar su propia estupidez, había cargado contra ella por… ¿ser quien era?, algo estúpido, puesto que ya lo sabía cuando accedió a ayudarla.

«Te estás desestabilizando, Luke», se dijo, preocupado, algo que siempre le había dado terror que le sucediera, porque… lo llevaba en los genes.

Releyó la conversación de nuevo y acabó buscando en *Google* qué narices significaba su último mensaje.

: Representa un beso*

Sonrió como un imbécil frente al significado, algo que no pudo parecerle más patético y que le borró el gesto en cuanto se dio cuenta.

Dios, quizá lo más saludable para todos sería aceptar el ofrecimiento de Scott y hacerse a un lado…

…pero en el fondo sabía que aquello jamás sería una opción.

Capítulo 32

A las ocho de la mañana, Lexi respiró hondo y entró pisando fuerte en el gimnasio de la comisaría, siguiendo las indicaciones de Mary Beth, que le había asegurado que el sheriff estaba allí.

Llevaba toda una retahíla preparada para decirle nada más verlo, tras una larga noche de insomnio y discusiones con su propia conciencia, pero todo se quedó en el aire cuando se topó con Luke ejercitándose en la barra de dominadas, y ya le costó controlar que no se le cayera la baba, como para encima tener que hablar.

Lo observó con total descaro durante unos minutos, esta vez sin esconderse, aunque a él le costó veinte dominadas descubrirla apoyada en la columna junto a la entrada, y Lexi disfrutó de cada una de ellas.

—Buenos días —le dijo Luke saltando al suelo.

—Buenísimos, diría yo —sonrió Lexi, caminando hasta él.

—¿Hoy no me traes el desayuno?

—No.

Luke suspiró.

—Pues no te haces idea del hambre que tengo —murmuró mientras se secaba el sudor con una toalla.

Lexi intentó recordar lo que quería decir antes de quedarse idiotizada, pero tener la sensación de que él la miraba como si el desayuno fuera ella no ayudaba.

«Te estás inventando cosas, Lexi», se regañó con irritación, e intentó centrarse.

—Oye, Luke, antes de nada, quiero aclarar algunas cosas contigo —empezó diciendo.

Él le prestó toda su atención.

—¿Debería preocuparme?

—Espero que no, ¿por qué?

—No lo sé, lo has dicho en un tono muy raro.

—Es que para mí es importante.

Como respuesta, Luke se apoyó en una de las espalderas que había justo a su lado declarando así su disposición a escuchar, y Lexi ya no lo pensó y habló de carrerilla:

—Cuando me fui a Nueva York, fue para hacer el mejor máster en ciberseguridad que se imparte en el mundo, donde solo entran los ingenieros informáticos con las calificaciones más altas de cada facultad —explicó sin la intención de vanagloriarse, limitándose a dar los hechos —. Tuve la enorme suerte de destacar, y al acabar mi máster me ofrecieron un puesto en una de las mejores empresas de seguridad de Estados Unidos.

—Sí, lo sé, Scott me mantenía al día, aunque confieso que nunca tuve muy claro a qué te dedicabas con exactitud —confesó—. Aun así, ambos estábamos muy orgullosos de ti,

Lexi le devolvió una expresión de asombro, pero no se dejó influir, era mejor no desviarse del discurso que traía preparado.

—La cuestión es que, durante un año entero, mi trabajo fue intentar burlar la seguridad y poner a prueba todo tipo de sistemas y equipos informáticos para comprobar su eficiencia — declaró, y lo miró con más ahínco—. Así es como aprendí a abrir cajas de seguridad. No he

pasado los últimos años atracando sucursales bancarias, si es lo que piensas.

—Jamás he pensado algo así.

—Por si acaso.

—Vale.

—Soy culpable de muchas cosas —resopló—, no voy a quitarme cargos, pero no soy una ladrona…

—Lo sé.

—…un tercio del rancho Michaelson es mío —continuó—, y nunca he sido avariciosa, el dinero jamás fue mi motivo para… ser ella.

Él asintió, como si tuviera muy claro aquello.

—No soy una mala persona, Luke —tragó saliva y se le humedecieron los ojos—, yo… no…

—Joder, Lexi, que lo tengo claro. —Avanzó un paso hacia ella, parecía inquieto.

—No vuelvas a tratarme como si fuera una delincuente —rogó con el corazón en un puño—. Soy consciente de que he cometido errores, de unos me arrepiento y de otros no, porque un simple mensaje de agradecimiento de alguien desesperado a veces tiene el poder de compensarlo todo —lo miró con una sonrisa tímida—, y tú deberías entenderme mejor que nadie, porque en realidad no somos tan diferentes.

Él se limitó a mirarla con un extraño brillo en los ojos. Era una mezcla de admiración y algo más… que comenzaba a ponerla muy nerviosa.

—Sé que para ti ayudarme es un suplicio —siguió Lexi diciendo, un tanto alterada ya.

—Bueno, tampoco nos pasemos —sonrió Luke a medias.

Lexi lo miró con pesar, no podía detenerse ahora.

—Es la sensación que tengo, y quiero decirte que te eximo de tus obligaciones para con mi hermano. —Tragó saliva con dificultad para poder seguir hablando—. Scott también está de acuerdo en que no podemos pedirte que te juegues tu carrera por mí, así que acepta la sugerencia que te hizo ayer, Luke, y mantente al margen de todo este lío y lejos de mí.

Estaba a punto de llorar de nuevo. Tras pensarlo durante gran parte de la noche, supo que darle aquella salida era lo mínimo que podía hacer, aunque su corazón lloraría la pérdida quizá para siempre.

Luke la miraba ahora con una expresión que no pudo identificar.

—¿Eso es lo que quieres, Lexi, que me mantenga lejos?

«Yo te quiero a ti», habría querido poder decirle.

—¿Prefieres trabajar con Marty? —insistió el chico—. Solo dímelo y…

—No.

—¿Entonces?

—Solo trato de darte una salida, Luke, y…

—No la quiero.

—¿Qué?

—Ninguno de los dos podéis decidir por mí —afirmó, mirándola ahora con intensidad—, y si yo estoy dispuesto a jugármela por ti, ni siquiera tú podrás objetar nada.

Por ella. No había dicho por Scott, por su amistad, había dicho por ella.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Su corazón saltó de júbilo, aunque de repente también estaba un poco avergonzada sin entender del todo el motivo.

—Vale, pues… en ese caso… —rebuscó en su mochila y sacó un termo junto con una cajita de cartón—, toma.

Luke cogió ambas cosas y la miró con sorna.

—¿No me habría merecido el desayuno si me hubiera negado? —interrogó mientras abría el termo del que salió un delicioso aroma a café.

—Te lo habría dado igual —sonrió—, pero es que quería que me escucharas con atención.

—Entiendo, y crees que no puedo escuchar y comer al mismo tiempo.

Lexi se encogió de hombros.

—De todos es sabido que a los hombres os cuesta hacer dos cosas a la vez —rio cuando él intentó defenderse con la boca llena—, ¿ves lo que digo? No puedes hablar y comerte medio donut al mismo tiempo.

Masticando a dos carrillos, Luke se afanaba por tragar para poder contestar, pero acabó atragantándose.

—¿Te doy una paliza? —se ofreció Lexi, dándole la primera palmada en la espalda—. Me hace ilusión.

Él despejó sus pulmones con rapidez.

—Vaya, qué pena —repuso Lexi—, he llegado tarde.

—Solo acepto palizas en el ring. —Señaló el tatami unos metros más allá.

—¿Me dejarías pegarte? —Lo miró con malicia.

—No, te dejaría intentarlo, que no es lo mismo.

—A lo mejor te tomo la palabra.

—Antes tendría que darte unas clases para que tuvieras alguna oportunidad —se burló, y bebió un sorbo largo de café.

Lexi lo pensó durante unos segundos. Luchar cuerpo a cuerpo con Luke sería…

—¡Acepto! —exclamó de inmediato.

—¿Qué?

—Las clases de defensa personal.

Recibió un gesto mezcla asombro e incredulidad.

—Tú me las has ofrecido, y yo las acepto.

—¿Que yo te he ofrecido clases de defensa personal?

—¿Ahora vas a retractarte?

Luke la miró con las cejas arqueadas en un gesto irónico.

—Tu capacidad para tergiversar las cosas y volverlas a tu favor no deja de sorprenderme.

—Bueno, Luke, dada mi afición a meterme en follones —insistió—, es vital que aprenda a defenderme, ¿no te parece? —entrecerró los ojos—, ¿o es que crees que no serías un buen profesor?

—No vas a picarme, coletitas, no te esfuerces.

—¿Ves? Me dan ganas de pegarte cada vez que me llamas así.

—¿Y quieres que yo te enseñe a pegarme? —se burló—. No es por nada, pero le veo lagunillas a tu lógica, claro que si quieres gastar tu deseo en blanco…

—No nos adelantemos —intervino Lexi—, no voy a gastar mi ventaja cuando puedo pedirle esas clases a cualquiera.

—Ah, me parece perfecto —replicó mordaz—, seguro que cualquier otro estará encantado de encargarse.

—¿Cualquiera menos tú, quieres decir?

Él asintió en silencio.

—¿Crees que Morgan estaría dispuesto? —interrogó con lo que parecía un gesto de inocencia que le costó un triunfo.

—Seguro, dudo que pueda negarse a nada de lo que le pidas.

Lexi sonrió con esfuerzo.

—Subiré a pedírselo.

¡Y por Dios que lo haría si aquel zopenco la obligaba!

—Ahora está en turno de trabajo —se apresuró a decirle Luke en un tono autoritario.

—Pero seguro que puedes darle una hora libre para…

—No, hoy estamos a tope, lo siento.

—Qué lástima.

—Así es la vida —la miró con jocosidad—, y ¿tú no tienes nada que hacer? ¿Cómo vas con el PC de Donovan?

Lexi sacó su portátil, lo abrió frente a Luke y le enseñó una pantalla donde líneas de código ininteligibles corrían mostrando intentos fallidos de claves, junto con un contador que estimaba el tiempo en horas restantes, de un total de ocho.

—Joder, ¿has dormido algo?

Lexi esbozó una sonrisa cansada.

—Bueno, me llevó una hora desactivar el bloqueo de seguridad —contó—, pero romper la encriptación está siendo un proceso complicado. Por fortuna, conseguí automatizarlo para poder descansar unas horas. Solo tenemos que esperar a que termine, con algo de suerte no queda demasiado.

—¿Y sin ella?

—Si el sistema se recalienta o falla antes de acabar… —le señaló el indicador de temperatura que parpadeaba en la esquina de la pantalla—, podríamos perderlo todo.

Luke la miró preocupado.

—No creo que llevarlo metido en una mochila sea buena idea.

Ella asintió con una sonrisa.

—Por eso este PC solo es un espejo del que trabaja en mi cuarto —explicó risueña.

—No das puntada sin hilo, ¿no? —sonrió Luke mirándola con genuina admiración—. Ya estoy deseando ver qué eres capaz de encontrar dentro.

—Pues no te hagas demasiadas ilusiones.

—¿Por qué?

—No hay mucha gente capaz de burlar un encriptado así —declaró sin afán de presumir—, lo que refuerza la teoría inicial, porque quien se coló en el equipo en busca de las huellas, te aseguro que conocía la contraseña de seis dígitos.

—Así que, casi con total certeza, es del círculo de confianza de Donovan —acabó Luke por ella.

—Estoy segura, y no habrá forma de seguirle el rastro si descargó esas huellas en un *pen* —se lamentó—, a no ser que demos con el ordenador en el que las trató para materializarlas y poder usarlas en la caja fuerte donde se hizo con las claves bancarias.

—Puf, me voy a duchar, a ver si se me despejan las ideas —suspiró Luke—. Tengo la sensación de que hay algo que se nos está escapando.

—Y eso te molesta mucho —entendió Lexi.

—Me desquicia.

Capítulo 33

Cuando diez minutos después Luke regresó al gimnasio vestido de uniforme y oliendo a gloria, Lexi no pudo evitar comérselo con los ojos. Moría de ganas de lanzarse a sus brazos, y se deleitaba pensando en qué haría él si tuviera el descaro de besarlo sin decir una sola palabra. ¿Protestaría, pero cedería o… cedería sin protestar? Sonrió. Puesto que en su imaginación mandaba ella, no había ningún supuesto en el que él la rechazara sin más, para eso estaba la realidad.

—Estaba pensando… —le dijo desde el tatami mientras guardaba su PC.

—Qué novedad —la atacó Luke.

—Ya echaba de menos al payaso sin fronteras —se burló—, pues ahora no te lo digo.

—¿Y eso debería importarme porque…?

Llegó hasta ella y la miró con un gesto interrogante.

—Porque te encanta escucharme hablar, Luke.

—Sí, adoro tu verborrea, sobre todo cuando necesito coger el sueño —se mofó—, pero voy a arriesgarme, ¿estabas pensando…?

Lexi lo miró con los ojos entrecerrados.

—Te odio un poco en este momento, podría pegarte.

—Una vez más, me reitero, solo podrías intentarlo —sonrió mordaz.

—Eso será solo hasta que Morgan me dé sus clases.

—Suerte hasta entonces —sonó ácido.

—Hasta entonces, listo, no hay nada que una buena patada en los huevos no pueda solucionar.

Él soltó una carcajada irónica.

—Me encantaría ver cómo lo intentas, pero acabarías cayendo a plomo al tatami, me temo.

—Igual me arriesgo.

—Que te vas a hacer daño…

—Yo no soy una de tus barbies, sheriff, no voy a romperme.

Luke la contempló con una sonrisa arrogante.

—Lo tuyo son los ordenadores, coletitas.

Casi no había acabado de pronunciar aquel coletitas cuando Lexi lanzó una patada al aire, pero él tuvo los reflejos suficientes como para esquivar el ataque, obligarla a girarse y tomarla por la espalda, reteniéndola con fuerza contra su pecho.

—¡Suéltame!

Pero estaba encantada de la vida.

—No, ahora voy a darte esa lección de defensa personal que querías.

Lexi habría aplaudido de no tener las manos inmovilizadas junto con sus brazos.

—Pero, para empezar, déjame aclararte algo de una vez… —recortó la distancia hasta su oído y casi susurró—, detesto a las barbies, prefiero a las mujeres de verdad.

Aquello sonó tan sensual que le costó hablar sin jadear.

—Y… ¿qué consideras una mujer de verdad, Luke?

—Eso es secreto de sumario, coletitas.

Ella forcejeó, pero solo consiguió que atrajera más su espalda contra su duro torso.

—¿Cómo te las apañarías ahora para darme tu famosa patada? —interrogó Luke—, y los ataques sorpresa por la espalda son los más comunes. A lo mejor podrías parlotear hasta que me muera de aburrimiento.

—Yo no parloteo, idiota. —Se revolvió de nuevo, aunque flojito, no fuera que consiguiera escaparse.

—Forcejear no sirve de nada, Lexi, solo conseguirás que tu atacante te haga más daño —explicó—. Intentar guardar la calma y pensar con frialdad es difícil en estas situaciones, pero muy importante.

«¿Frialdad?», si su sangre comenzaba a hervir por dentro como si estuviera metida en un horno…

—Vale, guardar la calma —murmuró, y se quedó muy quieta.

Luke aflojó un poco su abrazo, aunque seguía teniéndola inmovilizada por completo.

—Imagina que alguien llega y te toma por la espalda —siguió diciendo Luke, acomodando ahora sus brazos un poco más alrededor de su cuerpo—. Es una situación tensa.

—Y ¿se supone que debería molestarme?

—¿Qué? ¿Es obvio que intentan agredirte?

—¿Obvio para quién?

—Trata de meterte un poco en el papel —protestó en un tono incómodo.

Lexi estuvo a punto de reír, acababa de encontrar su talón de Aquiles.

—A ver, es que no sé si soy tan buena actriz —declaró—. Ningún delincuente del mundo me abrazaría así.

Lo escuchó lanzar un improperio entre dientes.

—No, Luke, es que quien me agarre así, es evidente que trae otras intenciones.

—Lexi…

—Que me pone un poco todo esto —suspiró—, no lo puedo evitar.

—Si fuera un delincuente de verdad, no te haría ni puta gracia.

—Ya, supongo, pero como no lo eres, no me hago a la idea.

—Puedo ser algo más rudo. —Dobló la fuerza.

—*Omg*…

—Tómatelo en serio.

—Es que si me abrazas así, solo me apetece hacer esto… —Movió las caderas hacia atrás para frotarse contra él, al tiempo que apoyaba la espalda sobre su pecho e inclinaba la cabeza para darle mayor acceso a su cuello.

Lo escuchó protestar casi con un gruñido, que solo contribuyó a incendiarla más. Era evidente que él comenzaba a estar en dificultades.

—Concéntrate, pececillo —le susurró Luke al oído—, nunca se sabe cuándo estás recibiendo la lección que puede salvar tu vida.

Lexi tuvo que contener un gemido mezcla anticipación y euforia. No sabía si él era consciente, pero el llamarla pececillo dejaba claro que no era la única allí que estaba… fuera de contexto.

—Vale, instrúyame, sheriff —musitó.

Lo escuchó soltar aire muy despacio, como si estuviera armándose de contención, mientras sus brazos seguían abrazándola con firmeza.

—Los puntos débiles más importantes de cualquier agresor…

Subió ahora una mano hasta su rostro.

—…son los ojos, la nariz, el mentón…

Fue rozando cada uno de ellos con la yema de los dedos.

—…la garganta…

Su mano descendió por su cuello con una fina caricia, y continuó hacia abajo sin romper el contacto con su cuerpo hasta que llegó a sus muslos.

—…las rodillas…

Enronquecido ascendió de nuevo y posó la mano sobre su abdomen.

—…y, por supuesto, esa parte tan sensible de la que hablabas antes…

Descendió con la mano hasta el principio de su pubis y a Lexi se le escapó un gemido, aunque él se detuvo ahí.

—¿Y sabes qué es lo más importante cuando alguien más grande que tú te tiene sometida?

Lexi no estaba segura de poder hablar sin jadear, su punto de excitación rozaba cotas demasiado altas.

—El factor sorpresa —repuso Lexi acalorada y sin molestarse en esconder su estado.

—Correcto, muy lista —murmuró Luke casi en su oído.

—Suerte, supongo

Pero de suerte nada, porque tenía muy claro cada paso a seguir, ella no necesitaba aquellas clases para nada; lo que necesitaba era a aquel hombre abrazándola por detrás…, bueno, y por delante, de lado, a pata coja y haciendo el pino si se terciaba.

—Haciendo uso de ese factor sorpresa… —siguió diciendo él casi con una voz de ultratumba mientras sus manos ascendían por su cuerpo de nuevo, acariciándola con total descaro—, ataca la zona que más a mano tengas, sea golpeándolo con la cabeza en el rostro…

Apoyó la nariz contra su cabeza para ilustrarlo.

—…o buscando un hueco para lanzar una pierna hacia atrás y atacar los otros puntos sensibles. Para eso…, tendrías que echar el cuerpo hacia delante…

La instó a agacharse y empujó sus caderas contra ella, que soltó un gemido ronco que ni pudo ni quiso controlar al sentir su excitación masculina con total claridad contra su trasero.

—Jefe, preguntan por ti arriba —entró diciendo Morgan en el gimnasio justo en aquel instante.

Lexi estuvo a punto de gritar de pura frustración, pero se contuvo, aunque masculló un improperio cuando Luke la soltó.

—¿Estás aprendiendo defensa personal? —se interesó Morgan mirándola con interés.

«Por suerte solo es defensa, porque si fuera ataque te pegaba una hostia ahora mismo…», pensó Lexi, aunque se sintió fatal cuando vio la expresión noble del chico.

—Si quieres, puedo seguir yo con las clases —se ofreció el agente—, no se me dan mal.

—¿Quién me espera arriba? —interrumpió Luke ahora.

—La señorita Julie Bonet —aclaró—, te trae unos bollos, por lo visto. —Le guiñó un ojo, cómplice.

—Dile que ya ha desayunado —contestó Lexi por él, sin ocultar su mal humor.

Luke la miró con una expresión indescifrable, aunque sus ojos aún se veían vidriosos.

—Será mejor que suba —repuso.

—No lo creo —murmuró Lexi, pero a él le dio igual, ya no volvió a mirarla antes de enfilarse hacia la puerta.

Para Lexi fue muy complicado guardar silencio cuando lo único que quería era ponerse a gritar.

—Y entonces, Morgan, ¿dices que eres bueno con la defensa personal? —comentó en un

tono sensual.

—Sí, señorita.

—Qué suerte —declaró Lexi forzando una sonrisa—, porque en este momento necesito… seguir aprendiendo.

Fingió estar obnubilada con Morgan, aunque su corazón estaba acelerado esperando a que Luke, que se había girado a mirarlos desde unos metros más allá, pusiera algún tipo de objeción.

—Morgan, ¿no tienes nada urgente que hacer? —preguntó el sheriff en un tono serio.

—Iba a cogerme un descanso para desayunar, jefe.

—Sal a la cafetería —insistió Luke.

—Prefiero quedarme con Lexi —se ofreció el agente.

—Anda, gracias por escogerme antes que un desayuno cualquiera —sonrió la chica, y suspiró—, prometo estarte muy agradecida.

Cruzó una mirada acerada con Luke, que le devolvió un gesto idéntico.

—¿Tienes algún problema con eso, sheriff? —inquirió en un tono frío.

Luke esbozó una sonrisa ausente de humor, pero declaró:

—Ninguno, ¿por qué habría de tenerlo?

Se dio media vuelta y, para sorpresa de Lexi, salió del gimnasio para desayunar con otra, sin importarle un carajo dejarla acompañada y… con un evidente acaloramiento.

Apretó los dientes y por unos segundos imaginó que se tiraba a Morgan solo para intentar fastidiarlo. Ojalá no tuviera tantas ganas de gritar como una loca de pura rabia, lo que le impedía comportarse con normalidad.

—Así que ¿te atrae la defensa personal? —interrogó Morgan mirándola con interés.

«Me atrae… un profesor en concreto», pensó Lexi, muy a su pesar, pero no le dio tiempo a contestar. El agente Adams entró en el gimnasio, saludó y le dijo a Morgan:

—Hoy vienes conmigo al rancho Silver.

«¿El rancho Silver?». Lexi prestó toda su atención.

—¿Yo? —repuso Morgan un tanto confuso—. ¿Desde cuándo necesitas llevar escolta, Adams?

—Desde hoy, al parecer —explicó—. Te espero en el coche.

—Pero…

—Sin peros, que no tiene pinta de estar el horno para bollos por ahí arriba.

Morgan miró a Lexi con un gesto de pesar.

—No te preocupes —se apresuró la chica—, el trabajo es lo primero.

—No suelo hacer trabajo de campo —contó—, no sé por qué hoy me toca.

Lexi sonrió intentando no emocionarse demasiado pensando en que ella pudiera ser el motivo.

—¿Y para qué vais donde Silver?

—Hace un par de días, el jefe dio orden de pasar cada mañana a hacerle una visita —explicó —, el objetivo es que suelte a los caballos durante un rato.

Perpleja, Lexi suspiró con fuerza mientras Morgan se despedía y salía del gimnasio.

«No vas a dejarte engatusar tan fácil», se regañó de inmediato cuando su corazón palpitó de amor por el dulce gesto.

Tomó sus cosas y subió a la comisaría, a tiempo para ver a doña pestañas batientes sacudir su melena y atusarse el pelo con demasiado brío junto a Luke.

«¡A ver si con un poco de suerte te pega los piojos!», pensó, y la rabia corrió por sus venas a una velocidad preocupante, provocándole instintos asesinos. Sería mejor irse antes de montar un

numerito.

Fingiendo no verlos, pasó a un par de metros de ellos y salió de la comisaría con la cabeza en alto, dispuesta a no volver a dirigirle la palabra a aquel odioso.

—Lexi —lo escuchó llamarla, pero le dio igual.

Se subió a su coche y aceleró con fuerza.

—Espero que te guste su café —masculló—, porque el mío no vas a volver a probarlo.

Capítulo 34

Cuando Luke llegó al rancho Michaelson, no le sorprendió que Alyssa le indicara que Lexi había salido a cabalgar hacía ya bastante rato, incluso estaba convencido de dónde podría encontrarla con exactitud, como también sabía que lo mejor era aguardar a su regreso en lugar de ir en su busca.

—¿Me prestas un caballo? —se encontró preguntando unos segundos después.

—Claro, ¿vas a buscarla?

—Me preocupa que se adentre demasiado en el rancho Silver para ver a Shadow —pero sabía que aquello era una excusa—, han debido soltarlo hace una hora.

—Ese caballo vendrá a buscarla hasta la valla de linde —opinó Alyssa, y lo miró con curiosidad—. Tienen una conexión especial, ¿verdad?

—Sí, es bonito verlos juntos —asintió Luke, sonriendo, con un brillo en los ojos del que él no era consciente, pero que a Alyssa no le pasó desapercibido.

Se despidió de Alyssa, pasó por el coche para coger su sombrero y caminó hasta el establo, donde ensilló a Niebla, el caballo que solía usar en el rancho desde hacía años. Observó que Thunder, el purasangre de Scott, tampoco estaba allí, así que supuso que su amigo andaba también en algún punto del amplio terreno.

Cabalgó directo a la valla de linde entre el rancho Michaelson y el de Silver, y no tuvo que buscar mucho para encontrarla.

Lexi estaba sentada en el último tablón de la valla absorta en Shadow, que parecía disfrutar mucho de las caricias femeninas.

Hacía un sol radiante en aquel momento, calentando el mes de marzo, y la imagen de Lexi riendo a carcajadas ahora, en plena conexión con el potro, lo obnubilaba, y mucho más cuando ella saltó de la valla y corrió por el prado, esquivando al caballo que la seguía de cerca, entre risas entrecortadas de felicidad. Shadow con su brillante pelaje negro, parecía entender el juego. Avanzaba a un trote ligero, zigzagueando como si quisiera atraparla, pero sin llegar a hacerlo. Cada vez que ella giraba repentinamente, él se paraba, inclinando la cabeza, igual que si se burlara con un gesto juguetón. Cuando Lexi se detuvo, el potro acercó su hocico con suavidad a su rostro, buscando unas caricias que Luke se encontró deseando con la misma intensidad.

«Empiezas a desvariar, Luke», se dijo con preocupación. Aquella mujer lo exasperaba y lo fascinaba a partes iguales. Podría pasar horas solo contemplándola desde lejos.

Sintió su móvil vibrar dentro de su chaqueta y, con desgana por tener que concentrarse en otra cosa que no fuera ella, lo sacó para atender el visor. Se bajó del caballo para contestar la llamada de Alek.

—Hombre, otro que creía mi amigo hasta hace poco —contestó Luke al teléfono.

—Joder, ese debe de ser el peor saludo de la historia —se quejó Alek al otro lado.

El sheriff soltó un gruñido. Scott le había contado hacía bien poco que Alek también estaba al corriente de la identidad de Némesis, algo que en un principio le había molestado mucho.

—Si te sirve de consuelo —siguió diciendo Alek—, a mí tampoco me lo contó ella, se lo dijo a Jess.

—Y ya habéis aprendido la lección sobre no guardaros secretos entre vosotros, ¿no?

—De la peor manera, ya lo sabes —reconoció—, pero el de Lexi no era mi secreto, Luke, además de ser uno peligroso de compartir, y ponerte a ti en una situación límite no parecía la mejor opción —recalcó—. Espero que algún día puedas disculparme.

—Déjame pensarlo —ironizó, pero acabó suspirando en un tono de preocupación—. Dime que tienes algo que pueda ayudarnos.

Alek soltó también aire con fuerza.

—El informe de los Marshall —contó—, pero estoy seguro de que eso ya lo tienes.

—Sí.

—Nada parece tener mucho sentido, Luke —opinó Alek—, tanto Jess como yo estamos desconcertados.

—Yo no estoy mucho más despejado —admitió el sheriff—, y te confieso que estoy preocupado, Alek, tengo la sensación de que hay algo que se me está escapando, pero no logro dar con qué es.

—Ya sabes que a veces la explicación más simple es la correcta —le recordó Alek—, y la descartamos precisamente por ser demasiado fácil.

Luke estaba muy de acuerdo con aquello, solo esperaba que cuando diera con el cabo que se le estaba escapando, no fuera tarde.

—Estoy algo descentrado, Alek —confesó—, no logro pensar con claridad.

—Por eso nunca es buena idea llevar un caso que te toque tan de lleno.

—Si quieres me reemplazo a mí mismo.

—No le confiaría la vida de la que considero como a una hermana a nadie más que a ti —afirmó Alek con total sinceridad.

—Espero estar a la altura —suspiró abatido, mirando a Lexi, que seguía disfrutando de la compañía de Shadow. Él también debería verla como a una hermana, pero en algún punto de los últimos años había dejado de considerarla así.

—No dudo de que lo estarás —insistió Alek—, aunque si seguís discutiendo como siempre, igual os matáis entre vosotros antes de aclarar qué está pasando.

—Es que es muy desesperante —protestó—, siempre sabe qué decir para sacarme de quicio.

—Es una mujer increíble, Luke, como hecha a la medida para un tipo igual de increíble —carraspeó—, que la reclamará como su compañera en algún momento de su vida, espero.

Luke frunció el ceño.

—¿A qué coño viene eso ahora?

—¿El qué? Solo era un comentario. —Pero Luke casi pudo verlo sonreír.

—Desde que estás enamorado, hablas como un gilipollas —se quejó el sheriff.

La carcajada de Alek le llegó alto y claro.

—¿Por qué te pones a la defensiva?

—Porque hay insinuaciones que te agradecería que te guardaras para ti.

—¿Insinuaciones? —Alek soltó aire con fuerza—. Venga, Luke, hablemos claro, ¿cuánto llevas conteniéndote, diez putos años?

Más.

—¿No sé de qué coño me hablas?

—Vale, olvídalo.

Pero Luke estaba perplejo. Aquella conversación acababa de dar un giro sorprendente.

—Pues deja de decir tonterías.

—Ya no es ilegal, ¿sabes? —argumentó Alek—, hace muchos años que ella es una mujer adulta.

Pero bueno, ¿desde cuándo Alek se había dado cuenta de… todo aquello?

—Hermosa e intocable, ¿recuerdas?

—No lo dices en serio —repuso su amigo—. Luke, han pasado casi veinte años.

—Dieciocho, y yo sigo en el mismo punto —interrumpió acalorado—, sin querer una relación, matrimonio, amor, hijos y todas esas cosas que para Scott y para ti han pasado a convertirse en el centro de vuestra vida.

Alek guardó silencio.

—Así que, sí, sé que no es ilegal, pero sí de moralidad cuestionable —declaró Luke muy a su pesar—, ¿o vas a aconsejarme que la meta en mi cama sabiendo que eso es lo único que estoy dispuesto a darle? —Aguardó a que Alek hablara, esperando de forma ilusa… ¿qué?, ¿que le diera permiso?—. ¿Ahora no dices nada?

—¿Qué quiere ella? —interrogó Alek.

—¿Qué?

—Lexi, ¿qué quiere?

Aquello lo desconcertó.

—¿Y cómo voy a saberlo?

—No me puedo creer que a estas alturas no hayas intentado averiguarlo.

—Joder, Alek, empiezo a sentirme muy incómodo con esta conversación.

—Vale, dejémoslo aquí, pero si necesitas hablar con alguien, levanta el teléfono y llámame antes de volverte loco.

—¿Loco yo? —rio sin rastro de humor—, tú no estás bien.

—Luke, he estado en tus zapatos hace tan poco…

Ese fue el punto en el que le colgó el teléfono, exasperado, ya no quería seguir escuchando, bastante tenía con luchar cada día con sus propios fantasmas sin que nadie los materializara frente a sí.

Miró hacia Lexi y se sorprendió de que ella lo estuviera observando ahora desde lejos. Se sintió muy incómodo, como si le hubiera cogido infraganti haciendo algo de lo que debería avergonzarse, así que se quedó donde estaba, sin avanzar un solo paso…, hasta que escucharon un disparo al aire que resonó en mitad de la nada. Shadow, al que Lexi acariciaba aún, se sobresaltó y se puso sobre sus dos patas traseras, lanzando a la chica hacia atrás al hacerlo, y a punto estuvo de arrollarla al bajarlas, antes de echar a correr; solo los estupendos reflejos de ella al rodar hacia el lado correcto la salvaron de algo muy serio.

Luke corrió también hacia la valla con todas sus fuerzas, al tiempo de ver a August Silver avanzar hacia ellos con un rifle en la mano.

El sheriff llegó hasta Lexi, la ayudó a ponerse en pie y la miró a los ojos con una expresión de evidente pánico.

—¿Estás bien?

La chica asintió, todavía con el susto en el cuerpo. Luke se giró a mirar a Silver y caminó hacia él con la furia escrita en sus ojos azules.

—¡¿Estás loco, cabronazo?! —rugió—. ¡Ese potro ha podido matarla!

—Si no estuviera dentro de mi propiedad…

La expresión con la que Luke avanzó hacia el tipo no auguraba nada bueno. Lexi se interpuso entre ambos y empujó a Luke hacia atrás, pero el sheriff no apartaba sus ojos de Silver.

—Por favor, Luke, no te metas en líos por mi culpa.

—¡Salid de mi propiedad! —exigió Silver, dando muestras de no ser muy inteligente.

Por fortuna, alertado por el disparo, Scott se personó en ese instante, bajó de su caballo y

corrió hasta ellos.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?!

—Este desgraciado ha disparado un rifle —contó Lexi—, y Shadow ha estado a punto de arrollarme.

Scott clavó una mirada acerada sobre Silver. Un disparo al aire había estado a punto de arrebatárselo todo una vez…

—No deberíais estar en mi propiedad —insistió Silver—, ninguno de vosotros.

—Solo me he adentrado unos metros para ver a Shadow —explicó Lexi, mirando a Luke y Scott con un gesto triste—. El caballo ha venido a la valla y solo quería jugar con él un rato.

Luke miró los ojos llorosos de la chica y sintió ganas de matar a Silver.

—Te doblo la cantidad que te ofrecí hace unos meses por el potro —insistió Scott ahora—. Es una pequeña fortuna, Silver, los dos sabemos que para ti el caballo no significa nada.

Silver miró a todos los presentes con una prepotencia absoluta, y casi escupió entre dientes:

—Antes que venderle ese potro a un Michaelson —miró a Lexi—, le pego un tiro.

Lexi se abalanzó sobre él de improviso, incapaz de contenerse.

—¡Ni se te ocurra tocarle un solo pelo, cabrón! —rugió, dándole un empujón con fuerza.

Pero la reacción de Silver fue rápida. Dio un paso hacia atrás e izó la mano dispuesto a darle un guantazo sin contemplaciones, pero Luke interceptó su brazo con fuerza desmedida y una expresión asesina que incluso al propio Silver le descompuso el rostro.

—Tócale un solo pelo y no respondo —repuso entre dientes.

—Esa pequeña arpía…

Luke lo trincó del cuello con la otra mano, ahogando la frase en el acto.

—Ni la toques ni la mires ni le hables —dijo en un tono iracundo— ¡ni siquiera respires a su lado!

Durante unos largos segundos, nadie movió una ceja.

—Luke… —intervino Scott cuando era evidente que el tipo comenzaba a acusar la falta de aire—, ya lo ha entendido, suéltalo, hombre.

Pero dentro de su cabeza, el sheriff solo veía aquella mano izada a punto de caer sobre Lexi. A Scott le costó varios intentos conseguir que aflojara la mano y acabara soltándole el cuello. Cuando lo hizo, Silver tosió con fuerza intentando llenar sus pulmones de aire.

—Voy a denunciarte por abuso de autoridad, Keller, ¡estás igual de desquiciado que tu padre!

En aquel instante, Scott estuvo rápido, se cruzó frente a Luke para evitar que se abalanzara sobre aquel hombre, o mucho se temía que no podría impedir una catástrofe.

—¡Suéltame!

—Quiere hacerte perder los estribos —le dijo Scott, intentando que su amigo lo mirara a los ojos para ayudarlo a entrar en razón—. No le des la satisfacción, o le estarás entregando tu placa en bandeja.

Luke apretó los puños buscando la calma, pero la rabia, la ira y el odio que durante tantos años había sentido hacia aquel tipo estaban a punto de ganarle la partida, y entonces… Lexi recortó la distancia y se abrazó a él con fuerza, rodeando su cuerpo con ambos brazos y apoyando la cara sobre su torso, hasta que él no deseó hacer otra cosa más que devolverle aquel abrazo.

—Si eres listo, Silver, lárgate ahora —le sugirió Scott.

El tipo no lo pensó e hizo caso de la sugerencia. La última mirada de Luke aún debía ponerle los pelos de punta. Todos sabían que Lexi, de una manera sorprendente, acababa de evitar lo que

podía haber acabado en tragedia.

∞∞∞

De regreso en el rancho, Luke estaba demasiado silencioso. Lexi lo miraba de reojo sin poder disimular una mezcla de preocupación y curiosidad. Las cosas se podían haber complicado mucho con Silver, jamás había visto a Luke en aquel estado, a pesar de que sabía que detestaba al tipo igual o más que ella

Cuando se bajó de su yegua en el establo, aún estaba sumida en sus pensamientos. Tenía la extraña sensación de que se había perdido algo, de que entre Silver y Luke la enemistad era mucho más profunda de lo que suponía hasta ahora. ¿Qué demonios había sido aquel comentario que el tipo había hecho acerca del padre de Luke? Algo gordo, porque su hermano había saltado sobre el sheriff sabedor de que aquello lo desestabilizaría por completo. ¿Por qué ella no sabía nada a aquel respecto?

Luke salió del establo para contestar una llamada, y a Lexi le faltó tiempo para asaltar a Scott.

—Oye, ¿qué pasa entre Luke y Silver? —interrogó de inmediato—. ¿Lo sabes?

Scott la miró con un gesto inquieto.

—¿Es por su padre? —insistió frente a su silencio—, ¿acaso se conocían?

—Algo así —admitió Scott—, pero no me corresponde a mí contártelo, Lexi.

—Pero…

—Lo siento, pero lo que quieras saber sobre eso, tendrás que preguntárselo a él —declaró, y zanjó la conversación volviéndose hacia Thunder para quitarle la montura.

Por mucho que quisiera enfadarse, entendió la actitud de su hermano, aunque aquello la condenara a quedarse con la intriga. No era un tema que pudiera sacar como el que habla del tiempo, y su relación con Luke no es que estuviera pasando por el mejor momento, aún no se le olvidaba que estaba enfadada con él.

Cuando salió del establo, pasó ante él, que colgaba el teléfono en ese instante.

—Lexi —la llamó, y la chica se giró hacia él—, ¿podemos hablar un segundo?

Ella lo miró y aguardó a que hablara.

—¿Sería posible que no volvieras a acercarte jamás a esa valla? —sonó a ruego—. Ese tipo es peligroso, no es la primera vez que te lo digo.

—¿Qué pasó entre vosotros? —se atrevió a preguntar ahora que lo tuvo en bandeja.

Luke la miró con un gesto abatido.

—Eso es privado.

—Entonces es cierto que hay algo.

Él se limitó a cruzarse de brazos. No contestó, pero tampoco lo negó.

—Genial —repuso Lexi—, parece que tú puedes conocer todos mis secretos, pero a mí no se me permite ni preguntar por los tuyos.

—Los míos no son relevantes —repuso—, yo no necesito ayuda.

Confianza cero. Aquello le dolió.

—Perfecto. —Se giró para irse, pero Luke la retuvo de la muñeca—. ¿Qué quieres, que te agradezca el que me hayas defendido?

—No es eso.

—Pues gracias —lo ignoró—, pero no se me olvida que sigo muy enfadada contigo.

Con los ojos entrecerrados, Luke interrogó:

—¿Por qué?

—Si tienes que preguntármelo, es que vivimos en realidades diferentes. —Recuperó su brazo con fuerza.

Luke miró hacia el establo, del que Scott no tardaría en salir.

—Esto no es nada fácil para mí —replicó, observándola con cierta pesadumbre.

—Genial, pues cuando estés dispuesto a hablar de lo que sea que esté pasando entre nosotros, me avisas —lo miró con frialdad—, hasta entonces nos ceñiremos al plano profesional, prefiero que no me dirijas la palabra para nada más.

Se alejó de él con paso firme, sabiendo que él no la seguiría. Scott estaba demasiado cerca como para que se aventurara a hacerlo, y era muy consciente de ello, algo que comenzaba a desesperarla.

Por desgracia, rondaba ya la hora de comer, así que tuvo que soportarlo a la mesa, cuando lo único que le apetecía era perderlo de vista para poder relajarse un rato. Aunque siguiendo su propia norma, no le dirigió la palabra ni siquiera para pedirle la sal que tenía a su lado, a por la que prefirió levantarse mientras ignoraba la mirada burlesca que recibió en respuesta. Por fortuna, tenían un tema muy especial del que hablar, que amenizó la comida. A primera hora de la mañana, durante una ecografía rutinaria, a Scott y Alyssa les habían podido, al fin, confirmar que el bebé que esperaban era una niña, algo que a todos les hacía especial ilusión.

Ya durante los postres, el móvil de Lexi emitió un largo pitido que sorprendió a todos, y aquella fue la primera vez que miró a Luke:

—Por fin ha terminado el desencriptado —informó—. Le echaré un vistazo y te contaré en cuanto sepa algo. —Se puso en pie—. Disculpadme, tengo que… —Luke se levantó también y ella se interrumpió—. Tú no vienes.

—Claro que sí.

—No vas a entrar en mi cuarto —aseguró delante de todos, y lo vio mirar de reojo al resto de comensales, inquieto.

—Entonces tendrás que bajar aquí el PC, o al despacho, si prefieres.

—No te necesito mirando por encima del hombro, ni aquí ni en el despacho.

—Bueno, ¿qué está pasando con vosotros dos? —intervino ahora Conrad Michaelson con un ligero ceño fruncido—, parecéis un matrimonio en plena discusión de alcoba.

Nada fue tan efectivo como aquello para cerrarles la boca.

—A tía Lexi no le gusta que Luke le diga coletitas —le contó Max al anciano por lo bajo como si aquella información no fuera de dominio público—, y tampoco le gustó que le pusiera las esposas.

—¿Las esposas? —Conrad miró a Luke con un gesto de asombro.

El sheriff, al que el abuelo Michaelson siempre había tratado como a su propio nieto, miró al anciano con una expresión de cautela.

—Eso no… fue así.

—¿No le pusiste unas esposas a mi nieta?

—Bueno, sí, pero…

—Aún puedo pegarte una reprimenda, Luke Keller —insistió el anciano—, a mí tu placa no me impresiona.

—Pero si solo estaban jugando, *abu* —intercedió Max con una sonrisa sincera—, como cuando tía Lexi se metió en el armario con Luke cuando tenía diez años.

—¡¿Cómo dices?! —exclamó el hombre.

—Ay, Dios —suspiró Lexi y carraspeó—, yo tengo cosas que hacer…

Alyssa ya no podía contener la risa mientras le tapaba a su hijo la boca para que no siguiera hablando.

—Deja al crío que me cuente las cosas —pidió el anciano intentando permanecer serio—. ¿Cómo te has enterado de eso del armario, jovencito?

—La tía se lo contó a mamá cuando estábamos con esa señora que movía las pestañas así —imitó a Julie Bonet y su batir de pestañas de una manera tan exagerada y graciosa que todos en la mesa rompieron a reír a carcajadas.

—Joder, el niño ha salido a ti —le dijo Luke a Lexi.

La chica lo miró aún con una sonrisa, pero replicó:

—Que no me hables, ¿qué parte no entiendes? —Y se alejó de allí antes de tener que dar más explicaciones.

Quince minutos después, Luke se coló en su habitación sin pedir permiso, aunque tuvo la precaución de dejar la puerta abierta de par en par…, por si acaso.

Capítulo 35

Lexi lo miró desde el escritorio con un gesto de fastidio, aunque no pudo evitar que su corazón se acelerara.

—No protestes, Lexi —repuso Luke como primer saludo—, porque no tengo tiempo para rabietas absurdas.

La chica tuvo que respirar hondo para mantener la calma.

—Yo no tengo rabietas, Luke, soy una mujer adulta —declaró en un tono contenido—, aquí no soy yo quien se quedó emocionalmente anclado en los diecisiete.

—Que mis decisiones no te agraden, no significa que no estén tomadas con madurez —repuso con irritación, era evidente que le había molestado el comentario.

—Perfecto, pues aclarado esto, estarás de acuerdo conmigo en que lo mejor es centrarnos en el trabajo, sin interactuar demasiado —argumentó en un tono que esperaba que sonara indiferente, y miró el ordenador—. Acabo de empezar a revisarlo todo, creo que es mejor que te marches y te llamaré si encuentro algo.

La respuesta de Luke fue arrastrar una silla junto al escritorio y coger asiento. Lexi soltó un improperio para sí, pero no dijo nada, aunque tampoco lo hizo durante la siguiente media hora, mientras revisaba el disco duro a fondo en busca de algo que no supieran.

—¿Vas a contarme algo o estoy aquí de adorno? —interrogó Luke, que ya llevaba un rato inquieto, revolviéndose en la silla y levantándose cada poco para jugar con los gatitos.

—De momento no hay nada que me llame la atención —se encogió de hombros—, salvo esta carpeta que tiene su propia clave de seguridad, a la que estoy a punto de acceder.

Luke observó por encima del hombro para ver una secuencia de código que no había un dios que entendiera.

—¿Qué crees que habrá dentro?

—Te lo digo en tres, dos… —ni siquiera tuvo que llegar al uno, la clave se completó y Lexi accedió a la información—. Aquí están las famosas huellas de Donovan.

—¿Necesitaron dos contraseñas para llegar hasta ellas?

Lexi asintió, y Luke frunció el ceño.

—Demasiado trabajo —opinó el chico.

—Pero bien pagado, millón y medio nada menos.

—Eso es verdad, aunque sigue siendo muy raro.

—Sí, pero… —Lexi dejó la frase a la mitad y miró el ordenador muy seria.

—¿Qué pasa?

—Aquí hay una carpeta con el nombre de Némesis…

Paciente, Luke aguardó a que ella clicara para ver la información, aunque a Lexi le costó unos segundos atreverse, le tensaba demasiado no saber qué podía encontrar dentro. Cuando al fin lo hizo, se quedó perpleja.

—¿Qué es todo eso? —se interesó Luke.

—Archivos de vídeo y capturas de pantalla—confirmó tras contrastarlo, casi no le salía la voz del cuerpo—. Parte de mi antigua web parece estar descargada aquí, Luke, a pequeños parches.

Aquello la desconcertó por completo y comenzó a ponerse muy nerviosa.

—Pero Morgan me aseguró que no quedaba nada, salvo el vídeo que me mostró.

Lexi lo miró con cierta turbación.

—¿Tú… has visto uno de mis vídeos? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, aunque de muy mala calidad, debo decir —reveló, mirándola con un gesto censor—. Ya te vale.

Ella se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—¿Así descubriste quién era?

No recibió respuesta, solo una mirada sarcástica.

—¿No vas a decirme nunca cómo lo supiste?

—Eso es demasiado personal —declaró Luke—, ¿no quedamos en ceñirnos solo a lo profesional?

—Y esto lo es.

—No para mí —admitió—, te aseguro que fue muy personal la forma en la que descubrí quién eras.

—Pues qué bien —dijo irritada, y siguió investigando sobre el disco duro—. No me lo cuentes.

—No pienso hacerlo.

—Imbécil… —murmuró por lo bajo, muy molesta, y por suerte no vio a Luke sonreír o habría montado en cólera—. ¿Y cómo disteis con mi vídeo?

—Eso habría que preguntárselo a Morgan.

—Entre otras cosas, porque aún no me ha contado cómo supo que Némesis estaba detrás de lo que pasó hace unos meses.

—¿Dices cuando te colaste en la mitad de los servidores de la ciudad para robarnos información confidencial?

Lexi sonrió con acidez.

—Solo la tomé prestada, no exageres —se quejó—, pero sí, a eso me refiero, me gustaría saber en qué erré. ¿Te ha dicho algo?

—Ese chico y yo no hablamos el mismo idioma —suspiró—, el chino me resulta más fácil de entender a veces. ¿Tú no le has preguntado? ¿No has podido sonsacarle nada?

—¿Cuándo? Si no has dejado de entrometerte cada vez que he intentado acercarme a él —protestó, y se arrepintió de inmediato del comentario, y dudaba de que a Luke se le hubiera pasado por alto.

No se equivocó. Él la observó con una expresión curiosa e indagó:

—¿Por eso querías acercarte a él entonces?

Lexi lo miró con altivez.

—No creo que haya pregunta más personal que esa —replicó—, y será mejor que nos centremos en esto —señaló el PC—, porque abre otra dimensión en todo este lío.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo misma me aseguré de que no quedara un solo rastro de esta web cuando decidí dejarlo —contó—, y de eso hace meses ya.

Luke la miró con cierta inquietud.

—Entonces, es evidente que hay alguien por ahí con toneladas de información tuya —opinó —, que le vendió a Donovan tras el robo; y por una buena suma de dinero, eso seguro.

Lexi comprobó la carpeta central y frunció el ceño.

—Me parece que es mucho más complicado que eso, Luke —expuso—. Esta carpeta fue

creada el uno de febrero, todos los archivos entraron en este disco duro ese día, en realidad.

Recibió una mirada de desconcierto.

—¿Un mes antes del robo? —Lexi asintió—, pero eso no tiene ningún sentido.

Se dejó caer hacia atrás en la silla, perdido en sus pensamientos, era evidente que aquello lo estaba volviendo loco.

—Quizá por eso tenía muy claro quién era yo —murmuró casi para sí—, sabía que desde mi comisaría estábamos investigando a Némesis.

—¿Cómo?

—Supongo que a través de eso que llamáis la red oscura.

Ella asintió, aquello tenía sentido.

—Sí, es muy posible que tenga a gente trabajando en toda alerta que haya sobre mi nombre.

Luke parecía afligido, y supo que se sentía culpable.

—Lexi, ¿tienes forma de saber desde dónde se hizo la transferencia del dinero? —preguntó confuso.

—Quizá pueda encontrar un rastro, pero los Marshall debieron buscarlo también, y en los informes no está.

—Por suerte, tú no eres un Marshall.

Lexi buscó la burla en su voz, pero no la encontró.

—No sé si soy tan buena… —murmuró para sí, nerviosa, poniéndose manos a la obra—, pero intentaré dar con algo. Eso sí, tardaré un rato, así que ponte cómodo.

En lugar de eso, Luke se puso en pie.

—¿Te parece si les doy de comer a Milli y Vanilli mientras tanto?

Lexi lo miró con una expresión de horror tal que fue el propio Luke quien añadió:

—Sí, ya sé, no vamos a llamarlos así.

Durante al menos veinte minutos, sus dedos volaron por el teclado probando diferentes posibilidades, hasta que al fin dio con algo de lo que tirar y soltó un grito de euforia, como siempre que lograba el más difícil todavía.

Luke se acercó a ella y miró desde arriba mientras seguía dándole el biberón a uno de los felinos.

—¿Has encontrado algo?

—Sí, un escape de DNS —confirmó satisfecha.

—Ah…, ya…, y eso es bueno, supongo

Lexi sonrió frente a su expresión de confusión.

—Sí, lo es. —Movió el ratón señalando una serie de números y letras en la pantalla—. Esto son metadatos, y estos paquetes contienen una especie de huella digital. El navegador que usó dejó rastros únicos, y ahí es donde he encontrado un escape de DNS —casi imposible de hallar, debió haber añadido—, que es la clave para rastrear su ubicación real.

—Suena bien, ¿y entonces sabemos desde dónde se hizo la transferencia?

—Dame un par de minutos.

Regresó a la algarabía de códigos que se veían en pantalla mientras Luke la contemplaba como si estuviera hipnotizado por su trabajo.

—No te lo vas a creer —declaró Lexi, mirando la información con los ojos como platos.

—Yo no estaría tan segura.

Lexi lo observó con una expresión de curiosidad y aguardó a que él hiciera su apuesta.

—Esa transferencia se hizo desde el propio ordenador de Grayson Donovan, ¿me equivoco?

Alucinada, casi gritó:

—¡¿Cómo demonios lo sabes?!

—No lo sabía, solo lo intuía.

Estaba perpleja.

—Pero a ver, recapitulemos —indicó Lexi—. ¿Alguien sacó las huellas del ordenador de Donovan, consiguió las claves bancarias de la caja fuerte y regresó a meterlas aquí de nuevo? —Lo miró confusa.

—No parece muy lógico, ¿verdad?

—Supongo que lo hicieron para no marcar su propia ubicación —argumentó Lexi—. Si haces la transferencia desde el PC de otro, no hay forma de que te pillen.

Luke entrecerró los ojos, muy pensativo, era obvio que no acababa de estar de acuerdo con aquella teoría.

—La explicación más simple es la correcta… —murmuró para sí.

—¿Qué?

—…solemos descartarla por ser demasiado fácil.

—No te entiendo, Luke.

—Perdona, estaba rememorando unas palabras que me ha recordado Alek hace nada.

Lexi lo observó con curiosidad, y a través de sus ojos vio el momento exacto en el que todos los cabos parecieron atarse dentro de su cabeza… Aguardó hasta que los afianzara lo suficiente como para compartirlos con ella, lo que no tardó mucho.

—Estamos trabajando desde la hipótesis de que alguien se coló en el PC de Donovan para robar sus huellas y hacerse con las claves bancarias, pero ¿y si no fue así?

—Explícate.

—¿Y si la persona que hizo esa transferencia conocía esas claves de memoria? ¿Y si jamás tuvo necesidad de complicarse la vida con ninguna de estas contraseñas?

La chica lo miró con un gesto suspicaz.

—¿Crees que pudo ser el propio Greyson Donovan?

—¿No tiene sentido?

—Bueno…

—¿Cuánta gente conoce el pin de tu tarjeta de crédito?

—Nadie —admitió la chica.

—¿Y a quién le confiarías la contraseña de un ordenador con todas las facilidades para vaciarte una cuenta bancaria millonaria?

—No lo haría —concedió Lexi.

—Y esto explicaría por qué había información sobre ti en su PC previa al robo.

Lexi apretó los dientes. Sí, aquello tenía sentido.

—Lo planeó con bastante antelación —murmuró irritada—, para colgarme el muerto; aunque un muerto muy vivo, porque solo ha resultado ser un señuelo hasta hacer desaparecer la pasta —le recordó—. Y el propio Donovan nos ha confirmado que los Marshall barajan la misma teoría, que tienen claro mi inocencia.

—¿Crees que llegarán hasta él?

Para Lexi, echarse flores nunca había sido de buen gusto, pero tuvo que admitir:

—Está complicado.

—Sí, eso pensé.

—Ya me encargaré yo de hacérselo saber.

Luke la miró con curiosidad.

—¿Vas a contactar con los Marshall?

—Alguien tendrá que ayudarlos a resolver el caso. —Sonrió a medias—. Si prefieres hacerlo tú, no me importa.

—No, colgarme medallas jamás ha sido de mi interés —manifestó—, además, ¿cómo justificaría tener toda esta información? En cambio, si es más normal que tú la tengas.

—¿Por qué soy una delincuente?

—Yo no he dicho eso.

—Lo has pensado.

—En realidad, solo he pensado en que eres la más interesada en exculparte.

Ella lo miró con el entrecejo fruncido, intentando decidir si él hablaba en serio, pero acabó desechando la conversación.

—Aún tendremos que relacionar a Donovan con todo esto —argumentó—. Aunque todo lo demás sea un despropósito, alguien hizo un buen trabajo para ocultar el rastro de esa transferencia y desde dónde se había hecho, y después para hacer desaparecer el dinero.

—¿Qué quieres decir?

—Que trabaja con un hacker que no es el chapucero que creíamos —aseguró—, pero que se hace el tonto demasiado bien.

Luke la miró con una expresión mezcla de preocupación e inquietud evidentes.

—¿Qué? —acabó preguntando Lexi.

—Sigue habiendo algo que no encaja —opinó inquieto—. Han generado demasiado caos al meterte en esto, Lexi, y me pregunto por qué, si como dices tienen un buen hacker en cartera.

Aquella sí era una pregunta inquietante. Era cierto que, visto lo visto, podrían haber hecho desaparecer ese dinero sin meterla en nada, y de inculparla, ¿por qué hacerlo de manera tan chapucera, era obvio que adrede?

—Habrá que seguir investigando —declaró abatida—. Para empezar, ¿por qué Donovan se robaría a sí mismo?

Luke lo consideró unos segundos.

—¿Puedes comprobar si Omega Capital tiene alguna póliza de seguros contra este tipo de robos?

—Todas las compañías de crédito lo tienen —aclaró—, están obligados por ley, pero no todas cubren el cien por cien de lo robado.

—¿Y tienes forma de averiguar cuál es el caso?

—Por supuesto —lo miró ahora con cierta mordacidad—, pero para no gustarte nada mi trabajo, se te da genial pedir.

Luke sonrió.

—Sí, debo reconocer que eres una solución muy práctica —admitió—, no eres Harry Potter, pero te acercas bastante. Moralmente cuestionable, por supuesto, pero… —la miró con intensidad— la moralidad de cada uno empieza a parecerme demasiado subjetiva.

Para Lexi aquello sonó extraño, o más bien fueron su tono y la mirada que posó sobre ella lo raro. Prefirió no preguntar. Su enfado empezaba a ceder y no podía permitírselo.

—No debería ser difícil dar con la información de la aseguradora —repuso—, pero tendré que saltarme un par de leyes. —Lo miró muy seria.

—¿Me estás pidiendo permiso?

—En este momento eres lo más parecido que tengo a un jefe. —Se encogió de hombros.

Él sonrió a medias.

—¿Qué? —acabó interrogando Lexi frente a su mirada mordaz.

—Que no debería gustarme tanto oír eso —confesó, dejando a la chica perpleja.

Lexi tragó saliva de forma nerviosa.

—Ser mi jefe no te da ningún tipo de potestad sobre mí —se obligó a aclarar.

Él entrecerró los ojos y la miró con intensidad.

—Un poco sí.

Soltando un improperio, la chica se giró de nuevo hacia el ordenador.

—Haré lo que me dé la gana —dijo sulfurada—, no sé ni para qué pregunto.

Se centró en volar sobre el teclado, por eso no se dio cuenta de que Luke se inclinaba sobre ella…

—Eres demasiado irascible, pececillo —le susurró al oído en un tono ronco—, y no me desagrada del todo, así que ten cuidado.

Cada terminación nerviosa de Lexi envió una señal eléctrica a su cerebro, haciéndola estremecer, y no le dio tiempo a encontrar una réplica ácida. Luke se incorporó y declaró en un tono de lo más normal:

—Debo regresar a comisaría, ¿me llamas cuando tengas algo?

—Puede. —Ni lo miró.

Luke sonrió con evidente diversión.

—Genial.

Salió de la habitación y Lexi fue tras él solo para tener el gusto de cerrar la puerta de un portazo, por si se le ocurría regresar. Y se hubiera quedado muy a gusto, de no haberlo escuchado reír desde fuera.

—¡Imbécil redomado! —rugió en alto—. ¡A ver si te caga un pájaro al salir!

Frunció el ceño, muy consciente de que sus insultos dejaban mucho que desear…, y a punto estuvo de sonreír.

Capítulo 36

Para ser lunes, el Sax estaba atestado de gente a la hora de la cena. Las culpables eran sus exquisitas costillas a la brasa, calificadas como las mejores de Kentucky, además del ambiente country que se respiraba en el local. La gente parecía estar disfrutando del bullicio mientras cenaban, y algunos ya se habían animado a bailar en la improvisada pista que cada noche se formaba al fondo del local. Los más atrevidos se aventuraban a probar suerte en el toro mecánico, sobre el que diez segundos podían parecer eternos.

Todo el mundo parecía disfrutar excepto Lexi, que se preguntaba cómo se había dejado convencer por Scott y Alyssa para acompañarlos a cenar, sabiendo que aquel odioso también estaría allí, y, para su desgracia, más sexi que nunca esa noche.

La última conversación que había mantenido con él aquella tarde había sido cuando Lexi lo había llamado, a regañadientes, para hablarle sobre el cuantioso seguro que Omega Capital iba a embolsarse en breve; para ser concretos, del mismo importe robado, lo que le daba a Donovan un millón y medio de razones para haber orquestado todo aquello. Hasta ahí la conversación había fluido con una fría normalidad, hasta que Luke le había mencionado que Scott lo había llamado para invitarlo a cenar en el Sax, algo que a Alyssa se le había pasado comentarle a ella… cuando también la invitó. Tras un intercambio de frases airadas, Lexi le había asegurado al sheriff que antes se depilaría las piernas con una motosierra que compartir la mesa con él, pero allí estaba, tras un bombardeo de ruegos por parte de Alyssa, que se moría de ganas de celebrar que iba a tener una preciosa niña.

Por fortuna para Lexi, estaban ya en los postres, y esperaba que Alyssa y Scott no tuvieran pensado trasnochar demasiado, puesto que no podría irse hasta que ellos lo decidieran.

«Debería haber venido en mi coche», se lamentó mientras esquivaba otra mirada de Luke, cuyos ojos sentía taladrarla más a menudo de lo que su cordura soportaba ya. Llevaba toda la noche ignorándolo y sin dirigirle la palabra, todo un logro teniendo en cuenta que estaba sentada a su lado compartiendo un estrecho sillón, y que a ratos sentía su calor abrasarle la piel con un simple roce accidental. Por suerte, les habían dado la mesa en la zona más oscura del local, lo que ayudaba a disimular sus ardores.

Cuando Scott y Alyssa se levantaron dispuestos a disfrutar de la pista de baile, se tensó por completo.

«Y si me voy al baño un rato», incluso se planteó, pero Luke no le dio demasiado tiempo para tomar acción.

—¿Podrías cambiar el gesto? —le dijo, mirándola con irritación—. Ya que te has decidido a venir, trata de no amargarle la noche a todo el mundo.

—Yo no le estoy amargando la noche a nadie —replicó molesta intentando no mirarlo; cuando lo hacía, sentía que corría el riesgo de perderse en sus ojos con demasiada facilidad—. Estoy de lo más normal con todo el mundo, y si he venido, ha sido porque Alyssa me ha hecho chantaje emocional.

—Lo de normal con todo el mundo…

—A ti ni siquiera te considero parte del mundo —aclaró irritada, y se puso en pie dispuesta a hacer esa excursión al baño, pero Luke tiró de su muñeca con fuerza y Lexi cayó de nuevo en el

sillón—. ¿Eres idiota?

—No vas a huir de la conversación.

—No le veo yo lo profesional, así que… —Intentó levantarse de nuevo con idéntico resultado—. ¡Mira, imbécil…!

—Maldita sea, Lexi, ¡deja ya de castigarme! —exigió en un tono que sonó mitad irritación y mitad súplica.

La chica no pudo evitar mirarlo a los ojos, asombrada por el repentino estallido.

—Yo no…

—¿Qué querías que hiciera? —interrogó, clavando en ella una mirada cargada de lo que parecía amargura—. ¡Quedarme no era una opción, ya no podía contenerme!

«Está hablando del gimnasio», pensó la chica con el corazón ahora acelerado.

—Que Morgan llegara a interrumpirnos fue lo mejor que pudo pasarnos.

—Dirás que Julie Bonet llegara a…

—Me importa un carajo Julie Bonet, toda ella, incluidos sus putos desayunos —interrumpió —, pero reconoce que hoy nos ha hecho un favor a los dos, o habríamos terminado cometiendo un error serio.

Una de cal, otra de arena. Lexi no sabía ni cómo sentirse frente a sus palabras.

—Si no tienes nada bonito que decirme —declaró con un hilo de voz—, prefiero que no me dirijas la palabra. Siento que me consideres un error, pero…

—Me has malinterpretado.

—No lo creo.

—Hay demasiados ojos en comisaría —la miró exasperado—, ¿de verdad quieres pasar de ser la encantadora Lexi Michaelson a ser la tipa que me tiro en el gimnasio? —Apretó los dientes —. No puedes pedirme que te respete tan poco, o que respete a tu hermano tan poco.

La chica estaba alucinada, ¿se suponía que aquellas palabras debían hacerla entrar en razón? Porque… solo demostraban que no se había imaginado nada…, y, lejos de ayudarla a calmar su ardor, lo acrecentaban, algo que no se podía permitir, y que, para su desgracia, estaba disipando su ira a marchas forzadas.

—Así que me has dejado tirada por mi bien, ¿es eso? —inquirió mordaz—, pero te daba lo mismo que Morgan y yo…

—¡Morgan y tú nada, Lexi, que ni se te vaya a pasar por la cabeza!

Lo miró sorprendida, leyendo la ira en sus ojos.

—Además, tardé solo treinta segundos en mandar a Adams a buscarlo.

Ella estaba alucinada.

—Así que se acabó ese cuento con Morgan. Yo mismo le preguntaré lo que quieras saber — siguió diciendo—, no necesitas seguir tonteando con él para nada.

Aquello la sulfuró y la llenó de una extraña emoción al mismo tiempo.

—Ah, ya, porque tú decides ahora con quién puedo o no tontear.

—Pues sí, y la lista es corta y se reduce a un nombre.

—¿Jon Bon Jovi?

Él sonrió con cierta arrogancia, y Lexi se estremeció, sintiendo la sangre arder en sus venas.

—Los dos sabemos que ni siquiera él me haría sombra cuando estás entre mis brazos — replicó con total confianza—. Admítelo.

—¡Ja!

—¿Ja es que no piensas admitirlo? —la miró con un brillo peligroso en los ojos—, porque puedo obligarte.

—¿Con otro ja me repito mucho? —interrogó mordaz, suspirando por la simple anticipación, pero esforzándose por esconderlo.

—No me retes, Lexi, no es inteligente en medio de tanta gente. —Le miró la boca.

Ella se humedeció los labios, sintiéndolos hormiguear, y comenzó a darle todo igual ya. Llevarlo al límite de repente se convirtió en su única aspiración, sin importar el precio.

—¿Eso debería intimidarme, sheriff? —sonrió—, porque los dos sabemos que jamás me tocarías un solo pelo con tantos ojos mirando.

Aún no había terminado la frase cuando sintió la mano de Luke sobre su muslo, por debajo del mantel, y tuvo que sofocar un gemido

—¿Qué decías?

Lexi le devolvió una sonrisa burlona.

—¿Crees que por tocarme una pierna sobre los pantys…? —Guardó silencio cuando aquella mano avanzó y se coló entre sus muslos con destreza.

—Abre las piernas, pececillo.

Ella entrecerró los ojos mirándolo con intensidad, preguntándose hasta dónde pensaba él llevar la lección, pero deseosa de averiguarlo. Ya no podía respirar con normalidad.

—Los dos sabemos que no vas a…

—¿Lo tienes tan claro?

Luke acomodó la postura. Se giró hacia ella y apoyó un brazo sobre el respaldo del sillón, mientras que la otra mano seguía ascendiendo.

—Luke…

—Admite que en tu cabeza no hay nadie más que yo cuando te toco.

Ella tragó saliva, la excitación que anidaba en su pelvis comenzó a correr ya de forma descontrolada por el resto de su cuerpo.

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba pendiente de lo que sucedía bajo la mesa, agradeciendo estar en un extremo del local.

—Lexi, mírame a los ojos —exigió Luke, con una ronquera muy pronunciada ya—. No voy a permitir que olvides en ningún momento a quién pertenece la mano que va a hacerte estremecer.

—Luke…

—Sí, ese soy yo, ni Jon ni Morgan ni ningún otro. —Recortó la distancia hasta su oído y susurró—: Abre las piernas para mí, Lexi.

Se le abrieron solas, no habría podido contenerlas ni queriendo.

Un estallido de lujuria iluminó aquellos ojos azules con absoluta claridad mientras llegaba hasta su objetivo y la acariciaba por encima de la ropa.

—Estos… pantys son un estorbo —protestó con énfasis, sin dejar de mirarla.

Lexi estaba de acuerdo. Maldijo el momento en el que se los había puesto junto con aquel vestido, en ese instante incluso unos jeans resultarían más… accesibles.

—Entonces parece que esto es un punto muerto —le dijo, esforzándose para no jadear.

—¿Lo ves un obstáculo insalvable? —Sonrió con sensualidad, presionó con la fuerza justa sobre su punto más sensible y un gemido intenso escapó de la garganta de Lexi sin pretenderlo —. Vaya, no parece disgustarte demasiado.

Volvió a ejercer presión y Lexi cerró los ojos y gimió de nuevo.

—Mírame —exigió él al instante, y ella lo hizo, como si no tuviera voluntad propia y estuviera obligada a obedecer—. Pronuncia mi nombre…

Pero en eso no podía complacerlo, y no era por orgullo, sino por egoísmo, quería prolongar

aquello todo lo posible.

Negó con un gesto.

—Eres muy terca —murmuró, mirándole los labios con un hambre voraz que ya no se molestaba en ocultar—. Puedo leer el deseo en tu rostro con absoluta claridad. Incluso con la poca luz que nos ilumina, veo el acaloramiento de tus mejillas y tu mirada turbia, rogándome mucho más.

—No inventes —murmuró.

—Acabarás pronunciando mi nombre.

—Ni lo sueñes.

Para su sorpresa, Luke giró la mano que tenía entre sus piernas y apoyó el dorso sobre ella, que no entendió qué pretendía hasta que él tiró de su mano hacia afuera… desgarrando sus pantys con el anillo que solía llevar puesto.

—Pero qué…

No le dio tiempo ni a formular la pregunta. Cuando quiso darse cuenta, él se las había apañado para hacer un agujero tan grande en sus pantys que de repente dejaron de ser una barrera.

Para cuando se coló por el agujero, apartó las bragas y llegó a su sexo, Lexi estaba a punto de estallar sin remedio.

—Oh, joder… —murmuró Luke sin dejar de mirarla—, me vuelve loco encontrarte siempre tan preparada para mí.

«Y a ella la volvían loca sus palabras, sus caricias… y el brillo de absoluta lascivia que leía en su mirada.

—Admite que tal grado de excitación es solo para mí, Lexi, por mí —sonó a ruego—, que te mueres de ganas de sentir entre tus piernas mucho más que mis manos, que mis dedos… —Hundió ahora dos en su interior y ella a punto estuvo de estallar en mil pedazos en ese instante —. Dios, me encanta mirarte cuando estás al borde del abismo. Leer el deseo más primitivo en tu rostro me fascina…

Lexi estaba demasiado al límite, y mirarlo mientras… paseaba al filo del precipicio, a punto de caer, aportaba una excitación extra que la tenía extasiada.

—Dios —susurró—, yo voy a…

—Adelante —la instó con la voz entrecortada sin dejar de mover sus dedos, disfrutando el momento casi tanto como ella, perdido en sus ojos.

—Yo…

—Lo sé.

Ya no podía hablar, las oleadas de placer comenzaban a sacudirla con anticipación, y ella se resistía, un poco temerosa de hacer demasiado ruido y que todos se dieran cuenta de lo que estaba pasando. Luke pareció leerle la mente, porque en aquel momento la atrajo hacia sí, la abrazó con fuerza y Lexi pudo disfrutar del brutal orgasmo con total abandono, escondida en su cuello, regalándole en agradecimiento lo único que él anhelaba escuchar, estremeciéndose en sus brazos y jadeando en su oído:

—Luke, Luke…, oh, Luke…

Cuando al fin pudo relajarse y hacerse a un lado, lo primero que hizo fue mirar a su alrededor, azorada. Entre la vergüenza y el acaloramiento del momento, debía estar roja como un tomate maduro.

—Tranquila, todo el mundo está a lo suyo —murmuró Luke—, nadie sabe que acabas de…

—¿Sería posible que te callaras un poco? —interrumpió, incapaz de mirarlo.

Luke rio.

—Eres la mujer más descarada que conozco, Lexi —dijo divertido—, ¿cómo es posible que te ruborices con tanta facilidad?

Porque en realidad solo era tan descarada con él, y la mayoría de las veces tenía que esforzarse para serlo o recurrir a su alter ego, pero es que aquel hombre sabía provocarla como nadie.

—¿Quieres descaro? —Clavó sus ojos, aún nublados, en él por primera vez.

—Yo no he dicho eso. —Le devolvió una sonrisa intranquila.

—¿No?

—Que nos conocemos, Lexi, y en este momento no sé por lo que te va a dar…

—¿Está preocupado, sheriff? —Ahora fue ella quien sonrió.

—Si te confieso que un poco, prometes no tomar represalias —bromeó mientras le apartaba un mechón de pelo del rostro.

Lexi se estremeció por la ternura de la caricia y la forma en que la miraba, parecía… hechizado en aquel momento. Suspiró y decidió disfrutar del juego.

—¿Crees que te mereces irte de rositas? —interrogó.

—Igual puedo compensártelo… haciéndolo de nuevo —regresó la mano a su muslo—, ya que hemos roto unos pantys tan suaves, deberíamos aprovecharlo.

—¿Hemos? Eso sí tiene gracia. Vas a pagármelos, que lo sepas.

Divertido, Luke siguió ascendiendo por su muslo.

—Ha valido la pena solo por haber podido mirarte a los ojos mientras…

—Calla —musitó.

—Y escucharte gemir mi nombre al oído ha sido orgásmico —declaró con ronquera.

—Te crees muy listo. —Él le devolvió una divertida expresión arrogante—. Pues déjame recordarte… que tú también me mirabas a los ojos, no acabas de masturbar a una rubia cualquiera, sino a mí.

—Lo tengo claro, ¿y qué?

—Quiero comprobar los daños colaterales… —metió la mano bajo el mantel y la puso sobre sus pantalones vaqueros—, y rápido, porque Scott y Alyssa ya no están en la pista.

Lo vio revolverse inquieto en el asiento mientras miraba a su alrededor y sonrió.

—Lexi…

—Lexi nada. —Ascendió sin demora por su muslo hasta llegar a la enorme erección que escondía bajo la mesa—. Guau, supongo que esto es en mi honor.

Cerró su mano sobre su dureza con fuerza, intentando abarcar lo máximo sobre los pantalones.

—Mira, ahí vienen Scott y Aly —señaló.

Luke puso una mano sobre la de ella, nervioso.

—Cuánto desearía poder devolverte el favor en este momento, Luke —casi gimió sin dejar de mirarlo a los ojos—, o mejor, quisiera… dejar caer un tenedor y meterme debajo de la mesa a recogerlo. —Lo acarició con más fuerza—. Dios, no me iba a quedar con hambre, sheriff, todo en usted va a acorde a su estatura…

Él la miraba con los ojos enturbiados del deseo más feroz.

—Joder, Lexi…

—Sí, así me llamo —se acercó a susurrarle ahora al oído—, no hace falta que me mires ni que pronuncies mi nombre, porque tengo muy claro que soy yo… la que está a punto de provocar que te estallen los pantalones.

Se apartó un poco y le sonrió a Scott y Alyssa, que cogieron asiento en la mesa frente a ellos.

—Madre mía, qué calor —suspiró Alyssa, abanicándose con la mano.

—Ni que lo digas —susurró Lexi como un gato relamiéndose los bigotes.

Debajo del mantel, el chico intentó apartar la mano que aún estaba sobre su paquete.

—Te estás arrepintiendo de haber empezado todo esto, ¿verdad? —le preguntó entre dientes, divertida.

Luke le devolvió una mirada brillante.

—En realidad —dijo solo para ella—, estoy a nada de tirar al suelo yo mismo el puñetero tenedor.

A Lexi se le escapó una carcajada, incluso Luke no pudo evitar sonreír con amplitud a pesar de estar frente a su amigo en la peor tesitura posible.

—¿Qué narices os pasa a vosotros dos? —interrogó Scott con una expresión divertida, pero curiosa.

—¿A nosotros? —Lexi los miró con cara de inocencia.

—Sí, ¿estáis raros? —apoyó Alyssa—, aunque al menos parece que habéis limado asperezas en este rato.

—Oh, sí, hemos llegado a un punto de entendimiento —aseguró Luke, y miró a la chica—, para ser concretos, Lexi ha admitido que me tiene en gran estima.

Ella le devolvió un divertido gesto mordaz.

—Sí, es que con Luke todo es a lo grande —repuso Lexi—, desde su estatura hasta su…

—¡Déjalo ahí!, no es necesario que me alabes tanto.

—…gran humildad.

—Ah, bueno, eso sí.

A Lexi estuvo a punto de darle un ataque de risa.

—Joder, creo que he sufrido un *microinfarto* —protestó Luke por lo bajo—, no vuelvas a hacerme algo así.

Incapaz ya de contenerse, Lexi rio con ganas, y Luke la miró con una mezcla de diversión y azoramiento.

Scott se inclinó hacia Alyssa en ese momento y le susurró al oído:

—Lyssie, ¿qué demonios está pasando ahí?

—¿Te hago un croquis? —bromeó.

—Al menos dime que ese brillo de ojos es por culpa del humo.

—¿Qué humo?

—Mierda.

Alyssa rio a carcajadas, y Scott sonrió a medias.

—Aprende a relajarte, que esta pequeña —se tocó el abdomen— también tiene que tener vida sexual.

—Me niego a permitirlo.

Ambos sonrieron al mismo tiempo, con complicidad y el amor más puro reflejado en sus ojos.

—Hablando de vida sexual… —carraspeó Scott, y la miró con intensidad—, ¿nos vamos? Tenemos que llevar a Lexi, así que no podremos… hacer nuestra parada en mitad del camino.

Alyssa miró hacia la pareja, que tonteaba de un modo evidente sin ser consciente, y sonrió:

—Me da que vamos a tener suerte.

Él soltó un gruñido

—¿Puedo oponerme si decide irse con él?

—No, no puedes.

Scott soltó otra divertida queja, y ella rio de nuevo. Tras esto, se puso algo más serio y exhaló con fuerza.

—Solo quiero que esto salga como tú esperas, Lyssie.

—Pero ¿tú has visto cómo se miran?

—Luke tiene aún algunas cosas que superar —le recordó—, y ni siquiera sé si está dispuesto a intentarlo.

—¿Puedes darle un voto de confianza?

Scott la miró indeciso.

—¿Puedo darle también una colleja?

—No.

—¿Una pequeñita?

Las risas de Alyssa llamaron la atención de Lexi, que posó ahora sus ojos sobre la pareja, anhelando con todas sus fuerzas una relación como aquella, pero ni tan siquiera sabía qué pasaba por la cabeza de Luke en aquel momento. El tonteo era intenso y caliente, incluso estando su hermano delante parecía incapaz de contenerse, pero, muy a su pesar, sabía que jamás le pediría frente a Scott que se fuera con él aquella noche, y ella no podía exponerse al rechazo de nuevo.

—Oye, tu hermano me mira raro —le dijo Luke de improviso.

—¿Crees que ve a alguien más que a Alyssa en este momento? —Sonrió con malicia—. Se acerca su *happy hour*, empiezan a estar nerviosos.

—Sí, como todos —murmuró Luke para sí, y por su expresión supo que aquello solo quería haberlo pensado.

—¿Está nervioso, sheriff? —interrogó con cierta diversión.

—Estoy… demasiadas cosas ahora mismo —se la comió con los ojos—, ¿podrías moverte hacia el borde del sillón?

—¿Por qué?

—Estás demasiado cerca.

—Eso no parecía molestarte cuando tenías la mano entre mis piernas.

—De paso deja también de recordármelo —rogó.

Ella lo miró confusa.

—Que no voy a poder levantarme de aquí sin llamar la atención, Lexi —aclaró, un tanto incómodo—, tendré que quedarme arropado con el mantel hasta mañana por la mañana si no te alejas un poco y paras el tonteo.

Con el corazón a mil, Lexi lo miró burlona.

—¿Quieres que te ayude a solucionarlo? —regresó la mano a su muslo—, quizá si pudieras… acabar…

La mirada mezcla deseo salvaje y consternación que Luke puso sobre ella mientras le apartaba la mano le arrancó una carcajada.

—Chico, solo era una idea —provocó—, entonces… de tirar el tenedor ni hablamos.

Luke miró de reojo hacia Scott. Era ya muy obvio que estaba muy incómodo, así que Lexi intentó comportarse. Se movió hasta el borde del sillón, lo que tampoco le daba demasiado margen, y recibió una sonrisa mordaz en respuesta.

—Bueno, será mejor que nos vayamos ya —propuso Scott justo en ese instante.

—¿No es pronto? —le faltó tiempo a Luke para replicar.

A Lexi no le fue nada fácil contener la risa, pero lo consiguió.

—Para nosotros no —insistió Scott—, aún tenemos… algunas cosas pendientes antes de

dormir.

Tanto Scott como Alyssa se pusieron en pie.

—Yo le cubro, sheriff —le dijo Lexi, levantándose también—, pero procure no empalarme a traición.

—¡Joder! —protestó, y Lexi rio—. Te juro que esta me la voy a cobrar.

«Sería mucho preguntar cuándo?», pensó ella con exasperación.

—Esto no lo he empezado yo —le recordó

—Pero te aseguro que vas a terminarlo —lo escuchó murmurar en su oído mientras se escudaba tras ella para salir de los sillones.

«*Omg*, por Dios, qué calor».

—¿Dónde firmo? —Lo miró de reojo.

—Hace rato que lo tienes firmado —aseguró.

Lexi se giró a mirarlo con una sonrisa cargada de sensualidad.

—Guau, al final me alegro de haberme puesto los pantys, sheriff —se mordió los labios—, o en este momento se me habrían caído las bragas.

La sonrisa mezcla lujuria y diversión de Luke le aceleró el corazón.

—Deja de tentarme, pececillo —rogó—, necesito poder pensar con claridad de aquí al coche.

Ella lo miró con curiosidad, ¿qué se suponía que tenía que pensar tanto?

Capítulo 37

Cuando estaban ya enfilando la puerta de la calle, Alyssa se excusó para ir al baño antes de irse. Scott decidió esperarla dentro del local, mientras que a Luke y Lexi les faltó tiempo para anunciar que ellos se iban yendo hacia los coches, que estaban aparcados uno junto al otro en el descampado que había frente al local.

Caminaron en silencio hasta el jeep de Luke, lanzándose miradas fugaces mientras sus manos se rozaban al andar, un gesto que parecía casual que ambos sabían intencionado. Solo cuando estuvieron un poco escondidos tras el coche de Luke, él la atrajo a sus brazos.

—Joder, Lexi, no sé cómo gestionar todo esto.

La chica se frotó contra su erección.

—¿Te refieres a esto? —interrogó—, porque se me ocurren un par de ideas que…

—¿Se las cuentas tú a tu hermano? —interrogó un tanto agobiado, pero, aun así, la atrajo del trasero contra su dureza.

—Somos dos adultos. —Se puso de puntillas para alcanzar sus labios, pero él se alejó unos centímetros—. ¡Eh! ¿Acabas de hacerme una cobra? —inquirió en un tono de protesta.

Luke sonrió.

—Una culebrilla nada más —bromeó, pero a Lexi no le hizo gracia alguna.

—Mira, Luke… —intentó salir de sus brazos.

El chico no le permitió huir, la atrajo aún con más fuerza contra él con una mano y metió la otra entre su pelo.

—Si en este momento cedo a besarte, Lexi… —le dijo ahora con un toque mezcla deseo y preocupación en la voz—, no podré parar. Tu hermano tendrá que hacer palanca entre nosotros para conseguir que te suelte.

La chica esbozó una sonrisa, pero le impresionó la intensidad de su mirada, no parecía estar bromeando.

—Te lo digo en serio —insistió, y rozó su nariz con la de ella—, llevo demasiado tiempo conteniéndome, y estoy… a un solo segundo de tumbarte sobre el capó.

—Bien.

—No, bien no, Lexi.

Pero la realidad era que a ella le daba todo igual.

—Antes me has preguntado si quiero ser… esa que te tiras en el gimnasio —suspiró, rodeándole el cuello con sus brazos—, y… sí, Luke, quiero ser esa mujer —repuso sobre sus labios—, quiero ser la mujer a la que no puedes resistirte, ni en el gimnasio ni en el despacho… ni en mitad de un descampado; la mujer a la que deseas tanto que te nubla el juicio, que te impulsa a cometer una locura tras otra.

Luke le besó el cuello y ascendió lamiendo su piel hasta su oído para murmurar:

—Tú ya eres esa mujer para mí, Lexi —confesó, y ella se estremeció—, y si masturbarte en un bar lleno de gente con tu hermano a diez metros no lo demuestra…

—Quiero más —gimió sobre su boca, con el deseo más primitivo impregnado en su voz.

Él la miró con una mezcla de lujuria y tortura en sus ojos.

—No sé cuánto puedo darte, Lexi —dijo con repentina angustia—. Yo no soy hombre de…

arrumacos y palabras de amor bajo la luz de la luna. Si eso es lo que quieres, yo no…

—Quiero sexo alucinante —interrumpió con ardor—, ¿puedes darme eso?

Luke se la comió con los ojos.

—¡Joder que si puedo! —empujó su erección contra ella, dispuesto a dárselo en ese mismo instante.

Y la voz de Alyssa los interrumpió justo a tiempo.

—¿Dónde estáis, chicos? —preguntó tras pronunciar sus nombres.

Luke la soltó sin demora, pero lo escuchó murmurar:

—Joder, voy a terminar volviéndome loco… —Soltó un sonido de frustración, salió de detrás del coche y anunció—. Acaban de surgir algunos indicios en el caso, debemos acercarnos a comisaría.

Para Lexi aquello sonó a música celestial, todo su cuerpo vibró de deseo.

—¿A estas horas? —se extrañó Scott.

—Sí.

—No puede esperar a mañana.

—No.

Lexi tenía el corazón en la garganta, y fue mucho peor cuando miró a Luke, en cuya expresión leyó una mezcla de lujuria, ansiedad y anticipación que despertaron su lado más salvaje.

—Entonces, ¿te encargas tú de acercarla al rancho?

—Claro, no te preocupes —sonó tan ronco que Lexi entendió que aquel era el motivo por el que hablaba con monosílabos.

—Pero tendrás que desviarte mucho —opinó Scott.

—No me importa.

—Si no tardáis, podemos esperar y…

—Que te ha dicho que no le importa, Scott —interrumpió Lexi, y cuando miró a Alyssa, fue consciente del esfuerzo que estaba haciendo la chica para contener la risa.

—Vale, solo intentaba ayudar —se quejó Scott, aunque intercambió una mirada con Alyssa que a Lexi le sorprendió, como si estuvieran compartiendo una broma que solo ellos conocían.

Alyssa terminó arrastrando a Scott al coche mientras Luke y Lexi aguardaban su marcha, en silencio.

Sin mover un solo músculo, de pie en mitad del descampado, siguieron con la mirada al coche que se alejaba demasiado despacio para su gusto, hasta que Luke llevó una de sus manos a su trasero con el mayor de los disimulos… y la acarició a placer, arrancándole a Lexi una divertida carcajada.

Cuando al fin Scott giró en el stop y lo perdieron de vista, Lexi se volvió también hacia Luke, muy nerviosa.

—Bueno, pues parece que la noche es toda nuestra…

Aquello fue todo lo que pudo pronunciar antes de que él la atrajera a sus brazos y devorara sus labios como si fuera la última voluntad de su vida.

Se derritió y gimió cuando la lengua de Luke se apoderó de cada recoveco de su boca, con la misma desesperación con la que ella anhelaba perderse en la suya. Aquel no era un beso cargado de romanticismo, sino de necesidad, de excitación contenida, de pura locura.

Luke la atrajo del trasero contra su erección, levantándola del suelo, y ella le rodeó las caderas con sus piernas para atraerlo aún más, maravillándose de la sensación de sentir la evidencia de su deseo contra su punto más sensible, presionando ya de un modo enloquecedor.

Cuando la apoyó contra su jeep, Luke intentó controlarse.

—Joder, Lexi, yo… no tenía intención de atacarte de esta manera —declaró de forma entrecortada, atrayéndola más hacia su entrepierna.

—Uy, sí, qué pena —buscó sus labios de nuevo—, se me debió pasar protestar.

—No puedo desnudarte en plena calle —cedió a su boca durante unos largos segundos más —, intentemos llegar a mi apartamento.

—Vale.

—Sí.

—Sí…

Sus lenguas se encontraron de nuevo para contradecir sus palabras. No había manera de frenar aquello, y, de forma inconsciente, ambos lo sabían.

Luke la bajó de sus caderas para poder buscar las llaves del coche.

—Hay quince minutos hasta mi apartamento —jadeó sobre sus labios—, deberíamos… parar y… eh…

Pero fue la puerta trasera del jeep la que abrieron, y se arrastraron el uno al otro al interior de forma salvaje y descontrolada, sin dejar de devorarse del mismo modo.

Lexi se sentó a horcajadas sobre él y se meció con fuerza contra su erección, desesperada por sentirla más y más cerca, mientras que Luke casi le arrancaba dos botones del vestido en su prisa por llegar hasta sus pechos, que se moría por probar desde hacía demasiado tiempo. Sin contemplaciones, tiró de su sujetador hacia abajo y devoró, casi en éxtasis, aquellas dos bellezas con las que había soñado noche tras noche… La maravillosa sensación de su lengua sobre sus erguidos pezones llevó a Lexi a un estado de excitación que amenazaba con hacerla explotar antes de tiempo, pero anhelaba demasiado sentir aquella dureza en su interior…

Desabrochó su cinturón con apremio, junto con los botones del vaquero, y metió la mano por dentro de sus calzoncillos con imperiosa necesidad. Cuando tomó entre sus dedos por primera vez el enorme emblema de su virilidad, soltó un gemido intenso.

—Lexi…, te deseo demasiado… —apartó su mano y la chica protestó—. Quiero darte más antes de no poder contener la necesidad de… tomarte.

Pero aquellas palabras eran como gasolina para el incendio que la asolaba

—No quiero nada más —llevó la mano de nuevo a su miembro—, solo a ti.

Luke metió la mano entre sus piernas y buscó su humedad.

—Deja que te regale…

—No.

—Lexi…

—Te necesito a ti, Luke —suplicó, apartando su mano y meciéndose sobre él con desesperación—, por favor…

No necesitó repetirlo. Luke habría querido al menos quitarle la ropa interior que lo separaba del paraíso, pero la súplica en los labios de Lexi, anhelándolo con aquella intensidad, acabó con cualquier atisbo de contención y el animal que llevaba dentro tomó el relevo… Tiró con fuerza de sus pantys y los desgarró del todo sin contemplaciones, apartó sus braguitas y soltó un gruñido de ultratumba cuando la montó sobre él y Lexi lo tomó entre sus piernas, acogiéndolo en su interior al completo. Y ahí comenzó un largo, intenso y fascinante ascenso a las nubes…

—Dios, Lexi…, esto es… —jadeó dentro de su boca mientras ella se mecía sobre él de la forma más exquisita en que nadie lo había hecho jamás—, Joder…

Ella estaba en trance, como si la droga más dura corriera por sus venas, elevándola a otra dimensión. La sensación de estar flotando en el aire entre una bruma de deseo resultaba

embriagadora, mientras sentía los brazos de Luke rodeando su cuerpo, abrazándose a ella como a un salvavidas, besándola ahora con un hambre cada vez más urgente. Ambos apenas podían pensar, absortos en una lujuria salvaje y cautivadora, alimentada por años de miradas furtivas y deseo prohibido…

…hasta que el ritmo creció hasta la locura y fue demasiado para soportarlo.

—Luke, Luke… yo…, ¡ah! —Dejó escapar un largo gemido antes de explotar de forma feroz y descontrolada, abandonándose a la deriva más asombrosa de su vida. Sin ser consciente, contuvo la respiración y contrajo la pelvis como si así pudiera capturar ese momento para siempre, y aquel simple gesto arrojó a Luke sin remedio por un enorme abismo, provocándole un clímax brutal que exhaló con fuerza en su oído, llevando el de ella a otro nivel.

Y durante unos largos segundos, el mundo pareció detenerse, y cuando volvió a ponerse en marcha, lo hizo a base de besos lentos y perezosos, que en aquel instante sabían a gloria.

—Joder, Lexi —la abrazó con fuerza—, qué… ¡puto alucine!

La chica rio a carcajadas, encantada con sus palabras.

—Siento sonar como un adolescente, pero es que… no se me ocurre otra manera mejor de describirlo.

—Me gusta *puto alucine* —declaró dichosa, entre risas—, aunque debo decir que para mí también fue alucinante lo que sucedió en tu despacho.

Luke le robó un beso antes de confesar:

—Sí, y para mí, pero mi mente y mi cuerpo no hablaban el mismo idioma ese día —admitió —, y estaba demasiado enfadado como para permitirme disfrutarlo a conciencia.

Ella asintió.

—Y… ¿por qué lo hiciste?

Luke sonrió y la miró con ternura.

—Porque no pude evitarlo —reconoció—, porque me vuelves un salvaje con solo mirarme —la contempló algo más serio ahora—, pero necesito que ambos tengamos claro qué podemos esperar de esto y qué no.

Aquello no era lo que ella quería escuchar en ese momento, ni en ningún momento en realidad, así que se adelantó.

—Yo por mi parte espero que esto… —se movió sobre él, que aún estaba en su interior— se recupere pronto para poder repetir —sonrió con lascivia—, ¿o tres polvos es demasiado ambicioso para *Don no repito con la misma*?

Luke rio.

—Creo que puedo hacer una excepción.

—Oh, vaya, me siento afortunada.

—Pues déjame hacer algo más por ti —murmuró sobre su boca, y la besó con intensidad hasta arrancarle un gemido. Después, la miró a los ojos mientras la instaba a echarse un poco hacia atrás hasta apoyar la espalda en la parte trasera del asiento delantero. Él aún estaba en su interior, y parecía tener toda la intención de quedarse así, aunque la ayudó a estirar las rodillas y poner un pie a cada lado de su cadera…

Sin dejar de mirarla, levantó su vestido hasta la cintura… para mostrar en todo su esplendor lo que ocurría debajo. Ambos contemplaron la unión perfecta de sus cuerpos y exhalaron un gemido idéntico. La simple visión era pura gasolina para su libido, incluso sus pantys rasgados representaban un afrodisiaco intenso.

—Dios, Luke —se estremeció de deseo—, estoy…

—¿A cien de nuevo?

Ella asintió y él sonrió con lujuria mientras llevaba una mano hasta la unión de sus cuerpos y comenzaba a acariciarla.

—Joder… —musitó Lexi sin dejar de mirarlo, alternando sus ojos con la imagen más erótica que había visto jamás, justo entre sus piernas.

—¿Te gusta?

—Me… encanta —exhaló entre jadeos de placer—. Oh, sí…

Luke acariciaba su clítoris con el pulgar de la forma más increíble posible mientras la miraba con intensidad.

—¿Tienes idea de lo sexi que te ves en este momento? —dijo él entre jadeos, contemplándola con los ojos nublados—, creo que no voy a olvidar esta imagen jamás.

La chica intentó verse con sus ojos. Estaba recostada con total abandono, con el vestido en la cintura, unida a él de la forma más erótica posible, con los pechos expuestos por completo, y sintió un chute de excitación que se vio incrementado ahora por la plena consciencia.

Se mojó los labios con la punta de la lengua mientras él seguía acariciándola cada vez con más intensidad.

—Joder… —lo escuchó gemir al tiempo que se inclinaba sobre ella para llegar hasta su boca y saborearla a conciencia, pero regresó a su postura anterior, a pesar de las protestas de ella, que deseaba sus labios de un modo desesperado.

—Quiero ver cómo te corres de nuevo, Lexi —murmuró entre gemidos—, me fascina mirarte.

Y no tuvo que esperar mucho para deleitarse. Aquellas palabras, mientras seguía ejerciendo la presión justa, la llevaron de nuevo al paraíso pocos segundos después, perdiéndose en sus ojos y dejándole ver parte de su alma, desnuda ahora frente al deseo más primitivo.

—Qué belleza… —lo escuchó murmurar.

—Me pones… al límite —jadeó acalorada.

—¿Quieres ver cómo me pones tú a mí? —Se movió con fuerza contra ella y Lexi sintió aquella erección en su interior de nuevo en todo su esplendor

—Oh…

—Sí —la atrajo sobre su dureza—, mira cómo estoy de nuevo para ti, por ti…

—Oh, sí —gimió echándose hacia adelante y buscando su boca con desesperación.

Y Lexi comenzó a moverse de nuevo como si hubiera nacido solo para aquello, para cabalgar sobre él hasta caer desfallecida. No había nada que pudiera compararse con sentirlo en su interior, enorme, tan excitado como ella.

—Lexi, oh…, Lexi… —jadeaba en su oído, absorto en una vorágine de locura.

Y segundos después tomó el control de la situación, la instó a tumbarse en el asiento y volvió a hundirse en su interior de una embestida certera que les arrancó un nuevo gemido a ambos. Tras eso el ritmo se convirtió en locura, y no tardó en llevarlos a cotas de placer imposibles de soportar sin estallar en pedazos. El clímax llegó de forma brutal y certera para ambos al mismo tiempo, que exhalaron su intensidad dentro de la boca del otro.

—Por Dios —exclamó Luke cuando pudo articular palabra—, ya me puedo morir tranquilo.

Lexi estalló en carcajadas.

—Y todo esto sin desnudarnos —insistió el chico, con la respiración entrecortada.

—Ya sueño con que me desnudes —musitó.

—Me vas a matar.

—Por suerte morirías tranquilo, ¿no? —bromeó entre risas.

—Si tengo que hacerlo, te garantizo que no se me ocurre mejor manera.

La besó con ternura durante largo rato, y después se acomodaron un poco hasta que llegó la calma. Ambos estaban agotados, pero con una sonrisa en el rostro difícil de esconder.

—Oye, ¿por qué tus cristales son tan tintados? —se interesó Lexi tras un rato—, ¿acostumbras a hacer esto muy a menudo?

—¿Crees que me gastaría la pasta que valen solo para echar un polvo? —pero se desdijo de inmediato—, aunque uno como este bien vale una pequeña fortuna, la verdad.

Lexi se giró a mirarlo con una sonrisa en los labios.

—¿Debería ofenderme ese comentario? —interrogó divertida—, porque todo lo que dices me pone como una moto, empiezo a pensar que no estoy bien.

Luke le acarició un pecho con suavidad.

—Pues yo te veo estupenda —susurró—, y los cristales son cortesía del departamento del sheriff, vienen genial para las vigilancias encubiertas, y es evidente que para otras cosas también, o alguien ya nos habría llamado la atención

—¿También está insonorizado?

Riendo, Luke intentó incorporarse un poco.

—No, me temo que el dinero del contribuyente no da para tanto —declaró—, como tampoco da para asientos más anchos —la miró a los ojos con intensidad—, ¿te parece si nos buscamos un sitio más cómodo?

A Lexi aquello le sonó a música celestial.

—¿Con una cama, una ducha y todas esas cosas?

—Sí, aunque también lleva incluido un perro que necesitará salir cuando lleguemos —sonrió —, pero prometo tardar poco.

—¿Podré darme un baño de espuma mientras tanto?

Luke asintió y la miró con un gesto divertido.

—Pobre Yako, va a dar el paseo más corto de su historia.

La risa de Lexi inundó el habitáculo, decir que estaba feliz era quedarse muy corta, le fascinaba aquel Luke sexi y relajado entregado por completo a ella. Su corazón se aceleraba al mirarlo, sin remedio, pero sabía que debía tener cuidado con sus comentarios y no olvidar que él se había preocupado de dejar claro los términos de su *no* relación antes de empezar, y no debía saber hasta qué punto sus sentimientos estaban involucrados en aquello.

—¿Y si te acompaño a dar ese paseo y después nos bañamos juntos? —propuso.

Él pareció valorarlo unos segundos, y de repente la instó a incorporarse con repentina urgencia.

—Pero qué…

—Ya estamos perdiendo un tiempo valioso —repuso Luke, arrancándole unas divertidas carcajadas cuando intentó cerrarle los botones del vestido y acabó inclinando la cabeza para besar uno de sus pechos y exclamando con desesperación—: Hazlo tú, mejor, o no vamos a salir de este coche en la vida.

Ambos se adecentaron un poco. Luke bajó del coche para ponerse al volante, mientras que Lexi prefirió colarse por entre los asientos hasta acomodarse en el del copiloto.

—Mira que te gusta hacer las cosas complicadas —se mofó Luke cuando la vio retorcerse para ocupar su asiento.

Ella le sonrió con diversión.

—No se meta conmigo, sheriff, no se lo recomiendo.

Recibió una expresión un tanto desconcertada como respuesta.

—¿Qué pasa?

—Se me pone dura cuando te escucho llamarme sheriff —confesó mirándola con lascivia—, da igual cuánto me empeñe en evitarlo, es un hecho insólito.

Lexi volvió a reír, divertida.

—No te rías, porque te juro que lo he pasado mal estos días —insistió.

Con curiosidad y sin ningún pudor, Lexi llevó su mano a su entrepierna.

—Guau, sheriff —murmuró acariciándolo por encima del pantalón y comprobando la realidad que había en sus palabras—, esto merece un poco de atención, que luego me acusa de que la sangre no le riega el cerebro.

—Lexi…, ponte el cinturón —sonó a ruego.

—¿Seguro? —ronroneo—, porque quizá podría… dejar caer un tenedor entre los pedales.

Luke rio y la abrasó con la mirada.

—Necesito que colabores.

—Eso intento —sonrió—, podría poner todo mi empeño en… recuperar ese tenedor.

—Muy tentador —afirmó entre risas—, pero necesito arrancarte ese vestido del cuerpo antes de volverme loco del todo, Lexi, y luego dejaré que busques todos los tenedores que quieras, porque… yo te aseguro que no voy a detenerme hasta encontrar entre tus piernas una puñetera cubertería completa.

A Lexi se le escapó un gemido.

—¡Arranca! —exigió con ronquera.

Luke volvió a reír y Lexi suspiró, y ambos se sobresaltaron cuando una llamada al teléfono de la chica resonó en el silencio.

—Es Scott —informó tras comprobar el visor—, qué raro.

Ambos miraron el móvil en silencio unos segundos.

—Contesta, pero dile que estamos en comisaría —pidió—, seguir aquí es una confesión a gritos.

Pero Lexi no tuvo que dar explicaciones, porque Scott no preguntó, su llamada tenía un objetivo muy claro.

—Pon el altavoz, por favor —rogó su hermano nada más descolgar, y a la chica no se le ocurrió oponerse.

—¿Qué pasa? —tanteó Luke, ya preocupado.

—Esta tarde, nada más irnos, han traído un sobre sin remitente —anunció—, que le han dejado al abuelo.

—¿Un sobre? —se extrañó—, y qué contiene.

—Unas pocas palabras, escritas a ordenador —contó Scott—. Mantente alerta, van a por ti.

—¿Qué?

—Eso pone en la nota: mantente alerta, van a por ti.

A Lexi se le mudó la cara de color. ¿Aquello era una amenaza? Miró a Luke, cuyo gesto preocupado le dio la respuesta.

—No entiendo nada —murmuró Lexi, abatida.

—Quizá solo intentan asustarte —expuso Luke—, pero habrá que llevar cuidado.

—A mí me parece una amenaza en toda regla —opinó Scott.

Lexi miró a Luke, que no lo contradijo.

—Pero, si es una amenaza —preguntó casi para sí—, es para mí… o para Némesis.

Aquella respuesta era inquietante. Si la nota iba dirigida a la hacker, significaba que alguien le ponía nombre y rostro…

—No toquéis mucho esa nota, a ver si en el laboratorio pueden encontrar algún rastro —

pidió Luke—, vamos para allá.

Lexi lo miró con aprensión cuando colgaron el teléfono.

—Acaban de jodernos el plan —se quejó—, a lo mejor no es tan grave y podríamos recogerla mañana.

Luke la miró con una sonrisa tierna.

—No podemos arriesgarnos —declaró—. Será difícil que encontremos huellas o rastros de ADN en esa nota, por no decir imposible, pero si por un milagro los hay, el tiempo es crucial, antes de que se siga contaminando.

Recibió una mirada de fastidio como respuesta y Luke sonrió, recortó la distancia hasta sus labios y los besó con dulzura.

—Ya tendremos tiempo para seguir con lo que estábamos haciendo —aseguró, mirándola a los ojos con una expresión tierna.

Arrancó el motor y tomaron rumbo al rancho Michaelson.

Lexi iba en silencio, dándole vueltas al giro de acontecimientos, preguntándose quién podría estar detrás de esa nota y con qué intenciones.

«Ahora que parecía que todo empezaba a encarrilarse…», pensó con tristeza, y miró a Luke, que era obvio que estaba muy tenso en aquel instante.

—Estás muy serio, ¿tanto te preocupa esa nota? —interrogó con aprensión.

Y entonces Luke dijo lo último que esperaba escuchar.

—Nos siguen desde que hemos salido del Sax —informó.

—¿Qué?

Se giró a mirar hacia atrás, donde un Sedán oscuro acechaba muy cerca, como un lobo persiguiendo a su presa.

Lexi se estremeció.

—¿Estás seguro?

—Sí —afirmó—, voy a intentar disuadirlos.

Bajó la ventanilla, sacó el brazo y colocó la sirena portátil sobre los imanes del techo. Después la activó y las luces rojas y azules estallaron en el asfalto, rompiendo el manto de oscuridad que los rodeaba.

Por un instante, pareció funcionar. El Sedán se quedó atrás, pero solo para acelerar de nuevo, directo hacia ellos, con mucha más virulencia.

—¡Agárrate! —le gritó Luke, y ella solo alcanzó a tomar aire antes de que el impacto trasero los sacudiera.

El coche se tambaleó y Luke forcejeó con el volante, intentando controlar el derrape, pero el atacante se alineó después por el lateral, listo para un segundo embate, aunque, por fortuna, Luke tuvo los reflejos de frenar lo suficiente como para que el tipo se pasara de largo y evitar así el golpe.

Lexi estaba muy asustada, pero intentaba controlarse para que él pudiera concentrarse en conducir. El Sedán, ahora delante, aminoró la marcha, y, antes de que pudieran reaccionar, el destello de un arma les hizo volver la vista como acto reflejo, antes de que un disparo que resonó en la noche, impactara en el cristal delantero y una lluvia de cristales estallara con violencia. La chica se cubrió el rostro justo a tiempo, pero sintió el escozor de los fragmentos sobre su piel.

Por fortuna, Luke frenó del todo y pudo controlar el vehículo antes de salirse de la calzada, y tras esto, apenas lograron ver la silueta del Sedán alejándose de allí a toda prisa.

El sheriff acabó deteniendo el coche al fin, se soltó el cinturón y atrajo a Lexi a sus brazos.

—¿Estás bien? —interrogó con pánico en la voz.

—Sí, solo tengo algún rasguño —confirmó, todavía temblando—, pero vámonos de aquí ya, por favor.

—Dame un segundo…

Llamó por teléfono al agente Adams, informó de lo sucedido y puso a todos sus hombres disponibles sobre su pista. Después al fin se puso en marcha, girando en el siguiente desvío para tomar otro camino hacia el rancho.

—¿Quién sería esa gente, Luke? —preguntó nerviosa.

—No tengo ni idea, pero te prometo que lo averiguaré.

Capítulo 38

Lexi durmió poco y mal aquella noche. La inquietud apenas le permitió relajarse, y, de forma casi paradójica, había echado de menos a Luke de un modo insoportable.

La noche anterior, tras llegar al rancho y asegurarse con Alyssa de que las heridas que los cristales habían provocado en Lexi no eran graves, y de que ella lo obligara a tratarse también las suyas, él había regresado rápido a comisaría para llevarse la nota con la amenaza y la bala que había encontrado incrustada en el respaldo del asiento trasero. Antes de marcharse, Lexi le había rogado que se mantuviera a salvo y dejara que el resto de agentes se encargaran de buscar el Sedán negro, pero Luke ni siquiera se había molestado en mentirle.

—¿Quieres que arriesgue a mi gente y que yo me quede escondido en comisaría?

—Eso sería genial, sí.

—No lo dices en serio.

—Pues no, en realidad preferiría que te quedaras conmigo…

Aquello sonó a broma, aunque no lo era del todo. Si podía elegir, prefería pasar las siguientes horas entre sus brazos y que el resto del mundo se las apañara solo. Sonrió a medias, incluso ella se sintió violenta por ser tan egoísta, pero no podía evitarlo, no estaba preparada para dejarlo marchar aún.

—Y si lo dejamos todo para mañana y…

—Tengo que irme, Lexi —interrumpió Luke, muy serio.

La chica lo observó con un gesto de preocupación. Algo no andaba bien con él desde que habían llegado al rancho, apenas la miraba a los ojos desde hacía rato.

—Lo sé, solo bromeaba. —Frunció el ceño—. Oye, ¿te pasa algo?

—¿Aparte del hecho de que hayan intentado matarnos, dices? —ironizó.

Vale, ya no era una pregunta, le pasaba algo y era con ella.

—¿Puedo llevarme tu coche?

—Claro, pero…

—Te lo traeré por la mañana, vendré temprano con una grúa para llevarme el mío —informó.

Lexi lo miró confusa.

—Y… a verme, espero.

Recibió una mirada esquiva como respuesta y un conciso:

—Sí.

Turbada, Lexi lo retuvo de un brazo antes de que se alejara.

—Luke…, ¿todo bien?

—Sí. —Pero sus ojos no decían lo mismo.

No tuvo más ocasión de preguntar, Scott se acercó a ellos, charlaron durante unos minutos y Luke acabó marchándose sin volver a mirarla, algo que agitó demasiado el corazón de Lexi durante toda la noche…

…por fortuna, la mañana había llegado, y esperaba que él no tardara.

Lexi lo aguardaba sentada frente a la ventana del salón, desde donde tenía una panorámica perfecta del exterior.

Corrió hacia afuera en cuanto vio su vehículo, que avanzaba junto con una grúa y un coche patrulla, pero para cuando se detuvieron frente a ella, Scott y Alyssa también estaban allí, y Lexi tuvo que contenerse para no correr hasta él y echarse en sus brazos.

—¿Alguna novedad? —se interesó tras los saludos iniciales, en los que desde ya fue evidente que él estaba tenso y demasiado serio.

—Esta madrugada hemos encontrado el Sedán abandonado en una gasolinera a las afueras —contó—, pero no había ni rastro del conductor ni del arma.

—¿Sabéis a nombre de quién está? —interrogó Scott.

—Eso no dice mucho —explicó—, lo robaron en Livingston hace dos días, así que por ese lado no vamos a sacar nada, aunque estamos trabajando para ver si es posible hallar alguna huella en el interior.

Lexi se limitaba a escuchar, aguardando a que él la mirara, al menos. Cuando lo hizo, durante un instante pudo ver la evidente preocupación en su rostro.

—¿Has dormido algo? —interrogó Luke.

—¿Es tu forma de decirme que estoy hecha un asco? —bromeó, pero no obtuvo la sonrisa que quería como respuesta, y acabó confesando—. Poco.

Él se limitó a asentir y mirar hacia otro lado, y Lexi sintió deseos de pegarle. ¿Es que no podía darle ni un solo gesto amable? Algo que le recordara lo más mínimo al hombre que le había hecho el amor en el coche hacía apenas unas horas.

—¿Quién crees que está detrás de todo esto, Luke? —preguntó Alyssa, bajando un poco la voz para que no llegara a oídos de Adams.

—Aún no lo sé.

—Pero todo esto es por Lexi o por… —carraspeó.

—Tampoco lo sé —admitió Luke, preocupado—, pero habrá que ir descartando las opciones más lógicas, por si acaso.

Lexi lo miró un tanto confusa.

—¿Cómo a quién?

—Como a Silver, por ejemplo —indicó.

—¿Silver? —Lexi abrió los ojos como platos—. ¿Crees que pudo ser él?

—Ayer no parecía muy contento con todo lo que pasó —les recordó—, y por algún sitio habrá que empezar. —Miró a Adams—. Vete con la grúa, yo voy a acercarme a su rancho.

—Voy contigo —proclamó Lexi de inmediato.

—No.

—No es una sugerencia, Luke —dijo con cabezonería—, yo también iba en ese coche.

—Es peligroso, Lexi.

—¿Qué puede hacernos a plena luz del día y en visita oficial?

Luke suspiró, miró al agente Adams de nuevo y se rectificó.

—Vas a venir con nosotros, por si acaso —indicó—, y pide refuerzos.

—Claro, jefe. —Se alejó hacia el coche para seguir las instrucciones.

—¿Quieres que vaya con vosotros? —se ofreció Scott, preocupado.

—No, te prometo no perder los papeles.

Y cuando media hora más tarde se personaron en el rancho Silver, Lexi habría dado lo que fuera porque el agente Adams se volatilizara durante unos minutos, para poder hablar con Luke a solas y comprobar qué había cambiado y por qué volvía a tratarla como si le debiera dinero.

Había otra patrulla en la puerta aguardando su llegada, charlando con uno de los hombres de Silver.

—Ya hemos sacado a pastar a los caballos —indicó el tipo en cuanto vio a Luke bajar del coche patrulla.

—Hoy queremos ver a Silver —aclaró el sheriff en un tono firme—. Esto no es una visita de cortesía.

El tipo pareció desconcertado. Sacó su teléfono y se comunicó con la casa. Tras unos segundos, les indicó que pasaran hacia los establos, donde Silver se reuniría con ellos.

Todos volvieron a subirse a los coches y aguardaron a que les abrieran el portón para avanzar hacia el establo.

Cuando se bajaron de nuevo, Lexi miró a su alrededor, hacia los pastos donde se veía a los caballos, y buscó a Shadow con apremio, pero no lo encontró. Era posible que el caballo estuviera junto a la valla de linde, aguardando su llegada, y Lexi tuvo que contener la necesidad de correr en su busca.

—¿Has venido a rematarme, Keller, o a pedirme disculpas? —ironizó Silver nada más llegar.

—Ni una cosa ni la otra —contestó Luke en un tono frío.

—¿Y qué demonios hace ella aquí? —Señaló a Lexi—. La quiero fuera de mi propiedad, ahora.

—No te alteres.

—Como sheriff que eres, tendré que tolerarte —dijo entre dientes—, pero no tengo por qué soportar su cara de listilla insoportable.

—Lo lamento, pero la señorita Michaelson trabaja ahora para el departamento del sheriff —informó.

—¿Como tu concubina?

Nerviosa, Lexi vio como Luke entrecerraba los ojos y apretaba los dientes mientras avanzaba unos pasos en dirección al tipo, que no reculó.

—Cuidado, Silver, porque hoy no voy a soportar ni una sola de tus tonterías. Estoy dispuesto a hacerte un tour especial por los calabozos en cuanto me des otro motivo como ese —informó en un tono amenazador.

—¿A qué has venido, sheriff?

Luke lo observó unos segundos, estudiando su rostro antes de hablar.

—Anoche alguien nos atacó en la carretera—señaló a Lexi—, ¿tienes algo que ver con eso?

El tipo lo miró con cierta sorpresa.

—No, aunque no me importaría aplaudirle a quien lo hizo. —Sonrió con cinismo—. ¿Debo suponer que las pequeñas heridas de vuestros rostros son cortesía de esa persona?

—¿Debo suponer yo que me estás diciendo la verdad?

—Me resulta indiferente —clavó una mirada afilada sobre Luke—, porque, una vez más, tendrías que demostrarlo.

Luke seguía mirando a Silver con un gesto asesino que no se molestaba en ocultar.

—Tu tiempo de impunidad acabará en algún momento —aseguró el sheriff entre dientes—, y ese día disfrutaré mucho encerrándote y tirando la llave por el retrete.

—Suerte con eso —declaró el tipo con arrogancia.

Desconcertada, Lexi se preguntaba cuál era la acusación que parecía flotar en el ambiente, y que, era evidente, que se había perdido.

—Los errores se acaban pagando antes o después —aseguró Luke.

—Quizá llamamos *error* a cosas diferentes.

Aquello pareció desestabilizar aún más al chico, y Lexi temió por un instante que él volviera

a perder los papeles. ¿Qué demonios estaba pasando allí?

—Eres un hijo de puta —masculló el sheriff con los ojos echando fuego de pura furia—, y pienso dedicar mi vida entera a darte caza.

Silver guardó silencio esta vez.

—Si tengo el más mínimo indicio de que has tenido algo que ver con lo sucedido anoche —insistió—, volveré y te sacaré a patadas de tu propio rancho.

El tipo sonrió. Parecía tranquilo, pero destilaba odio.

—Hasta entonces, sal de mi propiedad —exigió—. Todos los caballos, excepto uno, están en los pastos, no hay nada que pueda reprocharme.

Lexi no pudo contenerse, aquello no le sonó bien.

—¿Dónde está Shadow? —interrogó con cautela.

Con una sonrisa malévola, Silver contó:

—En su cuadra, es un caballo agresivo, con tendencia a escaparse —declaró—, no puedo dejarlo libre.

—¡Shadow no tiene nada de agresivo!

—Ayer mismo estuvo a punto de arrollarte —le recordó con inquina.

Lexi tuvo que controlarse mucho para no lanzarse de nuevo sobre él.

—Quiero verlo —exigió, abatida.

—No es posible.

—Llévanos hasta el potro —ordenó Luke—, o pongo el rancho patas arriba hasta encontrarlo.

Con el corazón en la garganta, Lexi caminó hacia el interior del establo, junto con Luke, donde escuchó relinchar a Shadow nada más entrar, como si el propio caballo hubiera presentido su presencia. Horrorizada, posó las manos contra las puertas de hierro forjado de la última cuadra, que estaban selladas a cal y canto. No había una sola rendija por la que pudiera ver al potro, ni una por la que el animal pudiera asomarse.

—¡Abre la puerta! —exigió la chica—. ¡No puedes tenerlo ahí encerrado!

—El box es grande y lo tiene solo para él —dijo Silver con evidente regocijo—, no estoy incumpliendo ley alguna.

—Abre —ordenó Luke—, quiero comprobar si está bien.

El tipo llamó ahora la atención sobre un discreto teclado instalado en un lateral de la puerta. Una pantalla táctil se iluminó al tocarlo y mostró un campo para introducir una clave numérica.

—¿Podéis mirar hacia otro lado? —exigió el tipo con cinismo—, a este caballo no lo saca nadie de aquí sin mi permiso, soy el único que conoce la clave.

—Estás enfermo, Silver —replicó Luke, mirándolo con una expresión crítica—. ¿Te has gastado un dineral solo para aislar al potro?

—Para aislarlo de ella, sí —sonrió posando sus ojos en Lexi—, acabaron de instalarlo anoche.

La chica apretó los dientes y miró a Luke, que le rogó calma, mientras Silver metía los cuatro dígitos de acceso. Al ingresarlos, el sistema emitió un leve pitido y con un suave clic, que indicaba que el mecanismo de seguridad estaba desbloqueado, la puerta se abrió sola con un movimiento casi imperceptible, y Shadow apenas tardó un par de segundos en empujarla con la cabeza.

A Silver le faltó tiempo para empujar al caballo al interior a la fuerza, y Lexi se coló en la cuadra para calmar al potro, que ahora relinchó con energía, como si estuviera feliz de verla allí. El animal apoyó la cabeza en su hombro, en un claro gesto de cariño, y a Lexi se le saltaron las

lágrimas. La conexión entre ambos era casi mágica y digna de contemplar.

—¡Esto es como una celda de castigo, cabrón! —gritó indignada cuando miró a su alrededor.

—Que se ha ganado a pulso.

Lexi abrazó al caballo y le dijo dulces palabras de consuelo al oído.

—Ya está todo visto —insistió Silver un minuto después—, no quiero arriesgarme a que se escape.

Con todo el dolor de su corazón, Lexi se vio obligada a salir de la cuadra, pero no sin antes susurrarle al caballo:

—Te prometo que te sacaré de aquí, no pierdas de vista esa puerta.

—Fuera —la apremió ahora Silver.

La chica lo mato con la mirada, y, con ojos llorosos, se giró hacia Luke, que la contemplaba con lo que parecía una expresión mezcla anhelo y dolor.

—Te tengo reservado el mismo trato que le das tú al caballo —repuso Luke con frialdad mirando a Silver—, y me aseguraré de conseguirte la celda más pequeña que haya.

—Eso está por verse.

—Está visto —ratificó—, solo falta decidir la fecha exacta en que vas a entrar a ocuparla.

Silver rio.

—Y las pruebas, Keller, no te olvides de las pruebas.

—Hay delitos que no prescriben —le recordó—, y soy un hombre paciente.

—Pero yo soy más inteligente.

—Un listo, eso es lo que eres —sonrió Luke sin rastro de humor—, con una prepotencia que te juega muy en contra.

Lexi tenía los oídos bien abiertos frente a la inquietante conversación, pero no se durmió durante el intercambio de impresiones. Con sigilo, sacó su móvil y le echó una foto al sistema de seguridad de la puerta, algo que a Luke no le pasó desapercibido, dado que casi la mató con la mirada.

«Lo que faltaba para el dólar…», se lamentó.

Capítulo 39

Cuando al fin salieron del rancho, Luke anunció que él se encargaría de llevar a Lexi a casa y ordenó que el resto de agentes regresaran a comisaría.

Nada más subirse en el coche, el corazón de la chica se aceleró al encontrarse con él por primera vez a solas hoy, pero las cosas se torcieron rápido.

—Ni se te ocurra acercarte a ese establo, Lexi —exigió Luke, girándose a mirarla con un gesto de censura.

La chica se decepcionó un poco, pero no se hizo la tonta.

—¡No voy a permitir que lo maltrate así!

—Lexi…

—Daré con la forma de abrir esa puerta —repuso sin un solo atisbo de duda—, aunque tenga que pasarme días intentándolo.

—Parece que no acabas de entender lo peligroso que es ese tipo.

—A lo mejor es porque tú te empeñas en no contarme nada —lo encaró.

—No creo que Silver haya tenido nada que ver con lo de anoche —opinó—, se ha sorprendido demasiado.

—Y sabes que no me estoy refiriendo a eso —cruzó los brazos sobre el pecho—, pero, una vez más, me dejas al margen de todo lo demás.

Aquello le molestaba cada vez más, ella ya no tenía secretos.

—Es que no es de tu incumbencia —aseguró malhumorado.

—Ah, qué bonito.

—No seas impertinente, coletitas.

—Así que ahora vuelvo a ser coletitas —declaró irritada—. Genial, pero antes quiero hablar con él.

—¿Con quién? —interrogó confuso.

—Con el hombre que estaba conmigo anoche en el asiento trasero del coche.

—Lexi…

—¡Exijo hablar con él! —gritó iracunda—. Tengo algunas cosas que aclarar antes de decirle adiós.

Luke suspiró con fuerza, sonó exasperado.

—¿Es que no son evidentes ya? —La miró con cautela—. ¿Son necesarias las explicaciones?

—Tráelo de vuelta.

—Ese hombre no existe, Lexi —sonó abatido—, solo fue un espejismo del momento, pero creo que también fue claro desde el principio.

Ella quería pegarle, lanzarse sobre él y golpearlo hasta derribar aquella fachada de frialdad que le helaba los huesos. Le dolía el alma en ese instante, y la rabia era lo único que la mantenía a flote.

—Ponte el cinturón, Lexi —replicó Luke con frialdad, dando la conversación por terminada.

—De eso nada, yo con esta versión de ti no voy a ninguna parte.

Salió del coche dando un portazo antes de que él pudiera reaccionar, y caminó presurosa en dirección contraria, dispuesta a regresar a su rancho a pie, atravesando las extensas praderas. Su

corazón latía con furia, tanta que ni siquiera escuchaba a Luke llamarla con énfasis.

—¡¿Quieres parar?! —exigió él, persiguiéndola, hasta que le agarró el brazo para detenerla.

Lexi tiró con rabia de su brazo y siguió caminando.

—¡Lexi! —Su voz sonaba grave, firme, pero ella no miró atrás.

—¡No quiero hablar contigo! —Su frustración pesaba en cada paso.

—No puedes irte sola.

—¿No? —repuso sin volverse, caminando cada vez más rápido—, pues observa.

—Es peligroso que regreses sola —le recordó—, no sabemos quién está detrás de lo de anoche.

Aquello debería haberla frenado, pero el dolor de la pérdida era demasiado intenso, y así se sentía, como si hubiera perdido lo más importante de su vida en unas pocas horas.

«Idiota, más que idiota, ¿pensabas que contigo sería diferente?», le gritaba su conciencia a pleno pulmón. Y sí, eso creía, de forma ingenua, al parecer.

Él la alcanzó de nuevo tras unos metros y esta vez se aseguró de no darle escapatoria, acorralándola contra uno de los árboles.

—¡Suéltame!

Sus ojos se encontraron, chispeando rabia… y algo más, que en ese momento Lexi no quería mostrar, pero que no tardó en ver reflejado en aquellos ojos azules.

—Deja de comportarte como una cría, ¿quieres? —la atacó Luke—. Hay cosas más importantes que…

Lexi recortó la distancia hasta su boca y lo besó de improviso, sin mediar palabra y sin ni siquiera pararse a pensarlo. Y Luke apenas dudó una décima de segundo antes de ceder a la necesidad, a la que Lexi no se dejó sucumbir. Fue ella quien interrumpió el beso y volvió a mirarlo a los ojos, comprobando, con cierta satisfacción, el brillo que ardía ahora en los de Luke.

—Ahora dime que no me deseas —exigió—, que el hombre de anoche no existe, que solo fue un espejismo y que *bla bla bla*…

—Es que no tengo que darte ninguna explicación, Lexi —replicó irritado—. Tú querías sexo alucinante y eso fue lo que te di, jamás me comprometí a nada más y tú estuviste de acuerdo.

Sí, eso era cierto, por desgracia, salvo por el hecho de que le debía aquel baño de espuma y… No, era mejor olvidarse de aquello.

—Genial, pues todo claro entonces —se esforzó por hablar en un tono indiferente—, ¿era tan difícil decirlo? Se llama respeto, Luke.

—Solo quería evitarte la negativa. —Se encogió de hombros—. Creí que era mejor para ambos dejarlo correr sin más.

—Porque para ti no tuvo ninguna importancia —completó—, ¿es eso?

Él guardó silencio.

—Quiero que me contestes.

—Lexi…

—Atrévete a decirme que lo que vivimos anoche te pasa cada fin de semana —exigió con rabia—, que no me has echado de menos ni un solo segundo desde que te marchaste —le miró los labios—, que no te mueres de ganas de besarme en este momento.

Luke parecía atormentado, perdido ahora en sus ojos… y contemplando también de forma inevitable sus labios como si fueran lo único que anhelaba con desesperación.

—Lexi… —recortó la distancia—, yo… —rozó la nariz con la suya.

Antes de que Luke pudiera decir una palabra más, un chasquido seco y brutal cortó el aire, y casi escucharon el silbido de la bala pasando junto a ellos, tan cerca que levantó la corteza del

árbol sobre el que estaban apoyados.

—¡Al suelo, Lexi! —gritó Luke, tenso, mientras la abrazaba.

—¿Qué ha sido eso? —interrogó nerviosa, tumbada sobre la tierra mientras él la protegía con su cuerpo.

—Nos han disparado —susurró—, por favor, no te muevas.

Luke se incorporó un poco y desenfundó su propia arma.

—¿Qué vas a hacer?

—El disparo ha venido desde allí —informó señalando—. Voy a…

—No vas a nada —rogó—, vas a esperar aquí conmigo a que se vaya.

—¿Que se vaya? ¿Y si decide rematarnos?

Las lágrimas inundaron el rostro de Lexi.

—Por favor, no quiero que te expongas.

Y en ese instante escucharon el motor de un coche rugir entre el silencio y acelerar con fuerza. Por el ruido, era evidente que se estaba alejando de ellos a gran velocidad.

Se permitieron relajarse un poco.

—Ha faltado muy poco —declaró Luke, exhalando aire con fuerza, y la miró a los ojos—. ¿Estás bien?

Ella asintió, aunque… no era del todo cierto.

—Estás muy pálida —intentó ayudarla a incorporarse, y ella soltó un jadeo de dolor. Y solo entonces, Luke fue consciente del modo en el que se agarraba el brazo izquierdo con la mano derecha, que había metido bajo su cazadora—. Lexi, ¿qué…?

—Solo es un rasguño —empezó diciendo—, pero… quema.

Luke la ayudó a quitarse la cazadora, e incluso Lexi se sorprendió de la cantidad de rojo que manchaba su camisa. El calor de la sangre comenzó a filtrarse entre sus dedos.

Miró a Luke intentando sonreír para tranquilizarlo. Él la contemplaba pálido como la cera ahora.

—Déjame verlo —pidió.

Lexi, intentando aguantar el dolor, retiró la mano, pero la herida estaba a una altura de difícil acceso con la camisa puesta.

—Solo me ha dado de refilón —aseguró con cierto temblor en la voz—, pero voy a necesitar que Alyssa me la cure.

—Te llevaré mejor al hospital.

—No, Luke, bastante tenemos con lo de anoche —le recordó mientras él la ayudaba a ponerse en pie—, no creo que sea buena idea que tanta gente empiece a preguntarse qué está pasando conmigo, ¿no te parece?

Luke guardó silencio. Se le veía más en shock que ella misma y reticente a aquella opción.

—Llévame con Aly —rogó—, y si ella considera que debo ir al hospital, lo haré, ¿te parece?

Él acabó asintiendo, pero nada más llegar al coche, en cuanto la ayudó a sentarse, tomó la radio y dio una alerta activando un dispositivo de búsqueda, que puso en movimiento hasta al último agente de su comisaría, aunque dando las explicaciones justas.

—No puedo dejar a mi gente fuera de esto, Lexi —le confió—, la única forma de mantenerte a salvo es coger a ese tipo.

—Lo entiendo.

—Como he estado presente en ambos ataques, intentaré poner el foco sobre mí —explicó, y ella asintió—, solo quien sepa sobre la nota que recibiste tendrá dudas.

Tomó de nuevo la radio mientras arrancaba, y pidió un equipo de rastreo para la zona,

haciendo hincapié en encontrar el casquillo, la bala o algún tipo de rastro que pudiera llevarlos hasta el responsable.

—¿Crees que Silver puede estar detrás? —interrogó Lexi abatida.

—No, no se pringaría en dispararnos en su propia puerta, no es tan tonto.

La chica asintió, tenía todo el sentido, y para evitar volverse loca pensando en quién podría quererla muerta, llamó a Alyssa para que estuviera preparada, tranquilizándola en el proceso. Cuando colgó, intentó relajarse. Comenzaba a estar un poco mareada. La herida aún le ardía y seguía apretándola con la mano por encima de la ropa. La cantidad de sangre impresionaba cada vez más.

Lexi miró a Luke, que conducía como un loco y parecía ir desquiciado observando todos los retrovisores cada segundo y medio, y que podría competir en palidez con un fantasma en ese instante. Suspiró y recordó el momento del disparo. La había protegido con su propio cuerpo, sin saber si las balas podrían seguir silbando a su alrededor; él se había echado encima poniéndose como escudo.

«Eres muy desconcertante, Luke Keller», pensó mientras cerraba los ojos para descansarlos un poco, le pesaban demasiado los párpados…

Cuando volvió a abrirlos, estaba en su cama, arropada hasta el pecho. Extrañada, se incorporó un poco.

—No te muevas mucho —le pidió Alyssa llegando hasta ella al verla despierta—. He tenido que darte diez puntos.

Lexi la miró perpleja.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te desmayaste en el coche —respondió Scott, cogiendo asiento en la cama junto a ella.

Perpleja, Lexi los miró a ambos, y le tendió la mano a su hermano para que la ayudara a incorporarse

—¿Tan grave ha sido? —preguntó, sentándose en la cama—. No me encuentro mal.

—Acabo de coserte, aún te dura el vial de anestesia —explicó Alyssa—, pero es una herida superficial.

—¿Y por qué me he desmayado?

—La pérdida de sangre, el susto, los nervios, el cansancio por no haber pegado ojo… —explicó Alyssa—, ha sido un conjunto de todo.

—No es grave, Lexi —intervino Scott—, pero nos has dado un buen susto.

—Sobre todo a Luke, que estaba desquiciado cuando te ha sacado del coche.

Lexi se sorprendió frente a aquel comentario.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido a comisaría en cuanto hemos comprobado que la herida no era grave —contó Alyssa—. Ha dicho algo de activar un protocolo de no sé qué…

El teléfono de Scott sonó en ese momento y el chico informó que era una videollamada de Luke, al que la propia Lexi saludó formando una *v* de victoria con sus dedos.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó el sheriff desde el otro lado.

—He tenido días mejores —repuso Lexi—, pero no me quejo. ¿Se sabe algo de quién nos ha disparado?

—Aún es pronto —comentó—, te iré contando, tú preocúpate solo de recuperarte.

—¿Vas a venir?

«Me muero por verte», pensó.

—Sí, después.

—¿Cuándo?

—En un rato.

¿Insistir en que concretara más sería demasiado?

—Quiero pedirte que te acerques a la farmacia, Luke —rogó Alyssa—, hay algunos antibióticos que necesito, para curarnos en salud y evitar una infección.

Mencionó un par de nombres, de los que Luke tomó nota, además de un analgésico.

—Añade un levonorgestrel —repuso Lexi como si hablara del tiempo.

Alyssa la miró con el ceño fruncido.

—¿Otro?

—A ver, ya que nos curamos en salud… —apostilló Lexi intentando sonar normal.

—Tú eres consciente de que el levonorgestrel no es un método anticonceptivo, ¿no?

A Lexi casi le da un tabardillo frente al comentario, pero intentó sonar normal al añadir.

—Me puse el anillo el domingo.

—Necesitas siete días para estar cubierta.

—¡Por eso!

—Voy a echarte una buena bronca más tarde, Lexi —insistió Alyssa.

—Y yo voy a fingir que no he escuchado esta conversación —apostilló Scott, en el que nadie pareció reparar hasta ahora.

Y todo quedó en silencio justo en ese instante.

—He tomado nota de todo —repuso Luke desde el otro lado del teléfono, muy serio—. ¿Algo más?

—Pues sí, Luke —intervino Scott en un tono seco—, visto lo visto, igual deberías aprovechar que estás en la farmacia y comprar una puñetera caja de condones, ¿no te parece?

—Oye, que acaban de dispararnos —se quejó Lexi de inmediato, roja como un tomate maduro—, y creo que nos estamos desviando de la conversación.

—Sí, hablando de dispararle a alguien… —Miró Scott hacia su teléfono.

—Joder, podría fingir un problema de cobertura —suspiró Luke—, pero es que estoy *agotao*.

Colgó el teléfono sin más, sin despedirse, y todo quedó en silencio durante unos largos segundos.

Scott miró a su hermana con cierta preocupación.

—¿Puedes no decir nada más, por favor? —rogó Lexi—. Ya da todo igual de todas formas.

Intentó controlar las lágrimas, pero no fue capaz.

Scott suspiró con fuerza y miró a Alyssa.

—Ahí lo tienes, justo lo que me temía —susurró—, y te juro que me habría encantado equivocarme.

Ambos posaron sus ojos sobre Lexi.

—¡Que me han disparado, joder! —lloriqueó—. Un poquito de empatía…

Capítulo 40

Cuando un par de horas más tarde Luke entró en el salón del rancho, Lexi estaba sentada en el sofá, con su ordenador portátil sobre las piernas. Se encontraba bien, salvo por el dolor de la herida, pero nada que un buen analgésico no pudiera combatir, aunque su corazón se encabritó de mala manera en cuanto lo vio entrar.

—¿Cómo estás? —interrogó él en un tono tenso.

—No para jugar al tenis, pero no me quejo.

—¿Puedes no bromear? La cosa es seria.

—¿Prefieres que llore?

—Joder, Lexi, me he llevado un susto de muerte —admitió, mirándola desde arriba, todavía sin coger asiento.

—¿Y eso te autoriza a echarme la bronca?

—No te estoy echando la bronca.

—Pues cualquiera lo diría —replicó—, me miras como si todo esto fuera culpa mía.

—No era mi intención, pero…

—Pero nada, si no vas a consolarme, al menos deja de atacarme.

—No pareces necesitar consuelo —la observó con intensidad.

Lexi le devolvió una mirada irónica.

—¿Acaso te habrías planteado dármelo?

—No.

No esperaba que fuera tan directo.

—Ah, genial.

Luke le tendió la bolsa de la farmacia y la miró con una expresión de censura.

—Tu *levo*… lo que sea. —Lexi tomó la bolsa un tanto azorada, se le había olvidado aquella jugarreta.

—Gracias.

—¿Era necesario pedírmela en público? —la amonestó—. ¿Qué coño pretendías?

Eso la ofendió de veras.

—Yo solo pronuncié el nombre, no pensé que se fuera a… viralizar la conversación —dijo irritada—, pero no te preocupes, Scott no se ha sorprendido tanto como esperabas.

Luke miró inquieto hacia la puerta.

—¿Eso quiere decir que no va a aparecer con una escopeta?

—No, se va a limitar a correrte a hostias hasta la calle.

—Qué guay, muchas gracias —ironizó.

—De nada —repuso mordaz. Sacó el levonorgestrel, se tomó la pastilla y se acarició el abdomen—. Bienvenido de nuevo dieciséis por ciento.

—Treinta y dos. —Apretó los dientes.

—Treinta y dos —sonrió irónica—, se me olvidaba que eres Pitágoras ahora.

Luke se dejó caer en el sofá frente a ella con un gesto agotado.

—Vale, ¿podemos no discutir durante un rato? —pidió.

—En cuanto dejes de mirarme como si te hubiera arrastrado a ese coche en contra de tu

voluntad.

—Perfecto, dejemos de hablar de ello y olvidémoslo de una vez.

—Ningún problema con eso.

Se centró en su ordenador, aparentando frialdad, para no levantarse a golpearlo.

—¿Qué haces? —se interesó Luke un minuto después.

—No quieres saberlo.

—Joder —protestó, entendiendo sin más explicaciones—, ¿por qué buscas más problemas? ¿Es que no tienes bastantes?

—Si no me concentro en hacer algo productivo, me voy a volver loca.

—¡Entonces ponte la tele, joder! —se quejó.

—Dije productivo —acotó—, ¿y no querrás que deje a Shadow encerrado para siempre en esa cuadra? —Lo miró con pesar—. Casi no le entra ni la luz.

Luke soltó un improperio, pero no tardó en preguntar:

—¿Y crees que podrás abrirle a distancia?

—No lo sé —admitió—, ese dispositivo no parece estar conectado a una red wifi convencional, y en la empresa de seguridad tampoco está registrado, es posible que solo pueda abrirse in situ.

—Pues no te vas a colar en el rancho Silver —ordenó imperativo.

Ella lo miró en silencio con un gesto de desagrado.

—En realidad, no vas a salir de aquí hasta nueva orden —apostilló—, a ninguna parte.

—¿Te has vuelto loco?

—No, hay que ser precavidos.

—¿Y hasta cuándo se supone que tengo que estar presa?

—Hasta que cojamos a ese tipo, o al menos hasta que sepamos un poco qué narices es lo que está pasando.

Lexi suspiró y lo miró ahora con preocupación.

—¿Y qué crees que está pasando? —indagó, sin disimular ya su inquietud—, porque yo ando perdida.

Luke frunció el ceño y emitió un gruñido.

—Aún no lo sé —reconoció—, estoy igual de desconcertado que tú, pero tiene que estar relacionado con Donovan y ese robo —opinó—, o sería demasiada coincidencia. Y no nos olvidemos de todos los vídeos y fotos de Némesis que había en su disco duro.

—Entonces… —se mordió los labios, nerviosa—, ¿crees que han dado con mi identidad?

Sin disimular su preocupación, a Luke le costó admitir con pesar:

—Tiene toda la pinta, Lexi.

—¿Y crees que lo que quieren es silenciarme?

—¿Con qué objetivo? Si incluso los Marshall te han descartado ya como sospechosa.

—A lo mejor les preocupa que encuentre el dinero.

Luke la miró con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

—¿Y puedes hacerlo?

—Todo es posible, pero necesito tiempo para rastrearlo —informó—, y acceso remoto al PC de Donovan también ayudaría.

—¿Y qué necesitas para eso?

—Solo que lo encienda —contó—, dejé abierta la puerta trasera cuando cloné el disco duro.

Él la miraba sin disimular su estupor.

—Joder, no se te escapa una.

—Por supuesto —sonrió—, ¿con quién se cree que está hablando, sheriff?

«*Se me pone dura cuando te escucho llamarme sheriff, da igual cuánto me empeñe en evitarlo*», oyó Lexi dentro de su cabeza, y, por como la miraba en ese momento, supo que él estaba pensando lo mismo. Disimuló como pudo.

—Espero que no te importe que borre todos mis vídeos en cuanto pueda conectarme a ese portátil —declaró ahora—, aunque, por lo que he podido comprobar, la persona que los grabó se encargó de que fueran de un solo visionado.

—¿Solo se pueden ver una vez? —se sorprendió.

—Sí, en cuanto le das al *play*, ni puedes detenerlo ni conservarlo —explicó Lexi—, se autoborra solo.

—¿Por qué? —se preguntó el sheriff casi para sí—. Estoy seguro de que Donovan pagó una pasta por esos vídeos.

Lexi se encogió de hombros.

—Joder, ¿por qué coño no pasa nada normal en todo este lío? —protestó Luke—. Y si lo que pretenden es eliminarte para que no encuentres ese dinero, ¿para qué carajos te metieron en todo esto para empezar? —sonaba de veras alterado—. Sigo sin entender ni un poco qué narices pintas en todo eso del robo, Lexi.

Sí, ella tampoco. Aquello era un rompecabezas de los que hacían honor a su nombre.

—Y luego está… el resto de opciones —opinó Luke—, porque que nosotros creamos que todo está conectado, no significa que sea así. —La observó preocupado—. Tendremos que echar un rato en hacer una lista de sospechosos.

—¿Una lista?

—De toda la gente para la que eres persona *non grata*.

—¿Debería apuntarte en esa lista?

—Ganas de matarte no me faltan a veces —repuso, y pareció arrepentirse en el acto—. Quiero decir…

—Es igual.

—Ha sido un comentario desafortunado.

—Pero sincero.

—No.

Lexi lo mató con la mirada, pero no añadió nada más. Por suerte, Alyssa entró en el salón en ese instante, y saludó a Luke con énfasis.

—¿Se sabe algo nuevo?

—Aún no.

Luke miró a la recién llegada con una expresión de cautela, como si estuviera incómodo y quisiera preguntar algo, pero no se atreviera, y no había que ser un lince para saber qué era. Lexi incluso habría reído de no estar tan molesta de nuevo.

—¿Y Scott? —acabó claudicando.

—Ha ido al cole a recoger a Max —explicó Alyssa—, debe de estar al caer.

Él no agregó una palabra, aunque Lexi sabía que estaría preocupado por la actitud de su hermano sobre lo sucedido entre ellos.

Como si lo hubieran conjurado con el pensamiento, Scott entró en el salón en ese instante, y el pequeño Max se encargó de que el ambiente estuviera algo más relajado, en lugar de que se pudiera cortar el aire con un cuchillo.

Lexi observó a su hermano, la forma en que miró a Luke, con una silenciosa expresión de condena, y cómo el sheriff le sostuvo la mirada durante unos largos segundos, hasta que el

sonido de su teléfono móvil interrumpió aquel tenso intercambio de opiniones.

Luke se alejó hacia la ventana del salón para contestar la llamada, que fue breve, pero que no parecía contener buenas noticias, dada la expresión taciturna y preocupada que el sheriff ya no pudo borrar de su rostro.

—¿Qué pasa? —interrogó Scott pocos segundos después.

Perdido en sus pensamientos, Luke tardó unos largos segundos en contestar, y cuando lo hizo, dijo lo último que todos esperaban escuchar:

—Prepara una maleta con tus cosas, Lexi —exigió en un tono imperativo.

—¿Qué? —Estaba perpleja—. ¿Por qué?

—Aquí estás demasiado expuesta —repuso—, será mejor esconderse por un tiempo. Date prisa.

—¿Tú no sabes lo que es la amabilidad?

—¡Haz la maleta!

—¡Ja!

—¡Ni ja ni hostias, no empecemos!

—A ver, ¿podemos calmarnos un poco? —intervino Scott, y miró a Luke—. Si yo me contengo y no te calzo una hostia, seguro que tú también puedes calmarte y contarnos qué carajos pasa.

Luke guardó silencio, pero resultaba demasiado evidente que estaba muy nervioso.

—Habla ya —insistió Scott—, o te aseguro que mi hermana no va contigo a ninguna parte.

Al sheriff le costó aventurarse.

—Han hallado el casquillo de un .308 Winchester frente al rancho Silver —explicó—, lo que significa que usaron un Remington 700 para efectuar el disparo.

—¿Un rifle de asalto? —Scott le devolvió ahora un gesto aún más preocupado—. Pero eso no es un arma común, que nadie vaya paseando por ahí.

Luke asintió y confirmó:

—Exacto, es un rifle para francotiradores profesionales.

—Entonces ese tipo…

—No es un asaltante del montón —acabó confirmando Luke—, es un sicario.

Aquellas palabras parecieron flotar por la habitación, acechantes como buitres sobrevolando sus cabezas…, o al menos así fue como se sintió Lexi.

—¿Un sicario? —murmuró casi para sí.

Luke suspiró abatido.

—No va a parar hasta completar su encargo, Lexi —afirmó con pesar—. Tenemos que alejarnos del rancho, ni tú ni nadie en esta casa estará seguro si sigues aquí.

A Lexi se le descompuso el cuerpo. Miró a Max, que jugaba distraído un poco más allá y se le mudó la cara de color.

—¿Tú… vendrás conmigo? —preguntó en un susurro.

Luke asintió muy serio.

—¿Y dónde vamos?

—Mi abuela se marcha esta tarde a Ohio, a casa de mi tía —contó—. Podemos escondernos en el rancho Keller por unos días, nadie nos buscará allí.

¿Estar escondida a solas con Luke durante unos días?

—Haré la maleta.

∞∞∞

Cuando Lexi salió de la sala, seguida de Alyssa y Max, Luke estuvo a punto de poner una excusa para alejarse también, pero huir de los conflictos jamás había sido su estilo. Miró a Scott, muy serio, y prefirió ser él quien hablara primero.

—Sé que tenemos una conversación pendiente —empezó diciendo—, pero ya tenemos suficientes problemas en este momento, no creo que añadir uno más sea…

—Si ya empiezas llamándolo problema —interrumpió Scott, irritado—, es evidente que no puede salir nada bueno de esta conversación.

El sheriff se sintió fatal. No podía mirar a su amigo a los ojos, en realidad ni siquiera podría mirarse a sí mismo en un espejo en aquel momento.

—Scott…

—Me queda todo claro, Luke —aseguró—, no te preocupes.

—Lo hablaremos cuando esto acabe…

—Bien.

—Ahora debemos irnos y…

—Debes marcharte, sí —declaró Scott en un tono firme—, pero solo.

Aquello lo desconcertó por completo.

—¿Qué?

—Lexi no va contigo a ninguna parte.

—¿Te has vuelto loco? —repuso acalorado—. No puede quedarse aquí, Scott.

—Eso no lo decides tú.

—Soy el único que puede protegerla.

—Contrataré un batallón de guardaespaldas para mantenerla a salvo, no te preocupes —informó Scott—. Gente para la que mi hermana no suponga… un problema.

Luke sintió cada una de aquellas palabras como un pequeño dardo que se clavaba y retorcía en sus entrañas.

—Scott…

—Márchate —sentenció, y se giró para retirarse.

—¡No sin ella!

Pronunció aquellas palabras con firmeza, y cuando Scott se volvió a mirarlo de nuevo, Luke clavó sobre él una mirada cargada de determinación mezclada con furia.

—Lexi se viene conmigo —afirmó categórico—. Y ni tú ni nadie va a impedirlo.

—¿Ella tampoco? —interrogó mordaz—, porque no parece encantada con la idea de irse contigo a ninguna parte.

Luke apretó los dientes. Sí, aquello era cierto, y si ella se negaba…, no podría llevársela a rastras, pero el simple pensamiento de tener que irse sin ella lo enfermaba.

—Nadie puede mantenerla a salvo mejor que yo —replicó con ferocidad.

—No creo que…

—¡La protegeré con mi vida, maldita sea! —rugió, sintiendo aquellas palabras como una verdad absoluta—. ¡Tendrán que matarme para llegar hasta ella! ¿Cuánta gente más puede decir lo mismo?

Scott lo observó ahora con una expresión extraña que Luke no supo identificar, pero le dio igual. Si seguía negándose, no respondía de sus actos, empezaba a perder los nervios.

—Esto no es negociable, Scott —repuso en un tono firme, clavando una mirada afilada sobre

él—. No me voy sin ella.

Scott entrecerró los ojos.

—¿Y si me niego?

Luke llevó su mano derecha a la cintura y la apoyó sobre su cartuchera.

—No lo hagas —rogó, la amenaza era inequívoca.

Max entró corriendo en el salón en ese momento y fue directo hacia Luke, aliviando la tensión.

—Dice tía Lexi que si podéis llevaros a Mulder y Scully a esa casa —frunció el ceño y aclaró por si acaso—: habla de los gatitos…

Antes de responder, Luke intercambió otra mirada tensa con Scott, rogando para que él no insistiera en sus negativas.

—Dile que sí, que nos los llevamos —acabó diciéndole al pequeño con una sonrisa—, pero que no vamos a llamarlos así.

El niño rio y salió del salón a toda prisa, dejando tras de sí un silencio denso, casi palpable, que se alzaba en el ambiente como una barrera infranqueable.

Luke odiaba tener que irse así.

—Scott…, no quiero que lo último que intercambiemos antes de irnos sean palabras airadas —intentó sonar amable.

No obtuvo respuesta. Por suerte o por desgracia, Alyssa entró en el salón en ese instante, y no paró de hablar desde que lo hizo. Le mostró a Luke los antibióticos, le pautó las tomas, cómo debía comprobar si la herida estaba cicatrizando bien y la forma en la que tenía que hacerle las curas. Le pidió que le mandara una foto si empezaba a supurar o sentía que algo no iba como debía. Él se limitó a asentir, tomando nota mental de todo. Después, se entretuvo en gestionar la marcha hasta que Lexi hizo su aparición.

Las despedidas fueron tensas y emotivas, aunque para Luke fue un alivio ver a Scott abrazar a su hermana, sin oponer más resistencia a su marcha.

—Regresad a salvo —rogó Scott, y miró a Luke—, los dos.

El sheriff asintió, al menos no se llevaba clavada del todo aquella enorme espina en el pecho.

Aunque Scott reclamó la atención de Lexi antes de que salieran al exterior. La tomó de la mano y caminó unos metros más allá, buscando algo de intimidad.

—Si por algún motivo no quieres irte con Luke…

—Debo irme, Scott, aquí os pongo a todos en peligro —opinó.

—Pero puedo irme yo contigo, si lo prefieres —propuso—. Nos esconderemos y contrataremos toda la protección que haga falta para que estés a salvo, hasta que cojan a ese tipo.

—Debo trabajar con Luke —le recordó—. Tenemos que dar con quien esté detrás de todo.

Scott suspiró y la miró con resignación.

—Quieres… realmente estar con él, ¿no? —Sonrió a medias.

A Lexi le costó asentir, pero acabó haciéndolo con un gesto azorado, mirando a Luke de reojo, que parecía inquieto mientras los observaba desde el otro lado del salón.

—Me preocupa tu seguridad, Lexi, pero también tu corazón.

Ella lo miró con cierto pesar.

—Mi corazón ya no tiene remedio —confesó.

—Sí, eso suponía —la contempló con ternura—, pero ten cuidado, Lexi, no sabes cómo duele el desamor, puedes ser un auténtico infierno.

—Me arriesgaré.

No hubo más que decir. Scott acabó abrazando a su hermana con fuerza y no dijo una sola

palabra más.

Cuando salieron a la puerta de la casa, dos coches patrulla los aguardaban. Luke miró el gesto de asombro de Lexi y explicó:

—Nos escoltarán hasta comisaría, donde habrá que ver cómo nos alejamos para asegurarnos de que nadie nos sigue la pista.

La chica asintió y ambos subieron al coche de Lexi, con Luke al volante.

Mientras se alejaban, Scott y Alyssa observaban la comitiva partir con un gesto de preocupación.

—Dios, no veo el momento de que todo este infierno acabe —se lamentó Alyssa, girándose a mirarlo.

Scott la abrazo con ternura.

—Todo saldrá bien.

—¿Has discutido con Luke?

—Algo así —admitió—, le he sugerido que se marchara solo.

—¿Y…?

—Casi me muerde un ojo.

A pesar de lo tenso de la situación, Alyssa rio.

—En serio, jamás lo había visto defender algo con tanta vehemencia —aseguró el chico—, creo que se la habría llevado a punta de pistola de haber insistido.

Era obvio que a Alyssa le hacía mucha ilusión escuchar aquello.

—Pues parece que le gusta un poco…

Scott exhaló aire muy despacio.

—Está enamorado hasta la médula —opinó al fin—, pero que esté dispuesto a aceptarlo… es otra historia.

Capítulo 41

Eran casi las cuatro cuando entraron por el portón de acceso al rancho Keller. No había más de veinte minutos desde la comisaría, pero habían perdido mucho tiempo en jugar todo lo posible al despiste para alejarse de allí sin ningún riesgo. Luke parecía obsesionado con la idea de que alguien pudiera estar observando, acechando entre las sombras, dispuesto a ir tras ellos. Cualquier paso en falso podría ponerlos en peligro, así que habían tenido que ser creativos. Para empezar, en lugar de tomar el coche de Lexi, el sheriff había pedido que le consiguieran cualquier otro vehículo que no llamara la atención.

Antes de salir de comisaría, Luke le había conseguido a Lexi un uniforme y un sombrero cowboy que la ayudara a pasar desapercibida entre el personal. Con el cabello oculto y el rostro medio cubierto, quien los mirara, solo habría visto a dos agentes ocupados en un día cualquiera.

Y la cosa no había terminado ahí. Para despistar, Luke había coordinado con otros agentes que salieran en diferentes direcciones, creando un vaivén de vehículos alrededor de la comisaría que distraería a cualquiera que pudiera estar observando. Luego, usando una salida secundaria, Luke y Lexi al fin se habían escabullido y caminado hacia la cafetería de la esquina, mezclándose con el gentío de la calle.

Habían recorrido varias manzanas a pie antes de doblar por un callejón estrecho donde Luke había dejado estacionado el vehículo prestado. Solo entonces, a una distancia prudente de la comisaría, se habían subido al coche y arrancado hacia su destino final…

…un destino que para Lexi era muy especial…

Siempre había adorado aquel pequeño rancho, y se sintió como en casa nada más bajar del coche.

Miró a su alrededor y suspiró de dicha.

El rancho estaba rodeado de colinas suaves y prados amplios que parecían extenderse hasta el horizonte. No era tan grande ni tan ostentoso como el rancho Michaelson, pero tenía un encanto único que lo hacía sentir como un refugio escondido.

La casa, de una sola planta y del tamaño perfecto para resultar cómoda y acogedora, estaba construida en madera, envejecida por el sol y el tiempo. Tenía una cálida tonalidad miel que encajaba a la perfección con los campos verdes a su alrededor. Las ventanas, grandes y cuadradas, reflejaban el cielo abierto y la inmensidad del paisaje, dejando entrar luz natural y ofreciendo vistas de las colinas, donde los atardeceres eran dignos de admirar.

El porche, amplio y acogedor, estaba salpicado de macetas con plantas y hierbas aromáticas que Dottie, la abuela de Luke, cuidaba con dedicación. Una vieja mecedora crujía al viento, situada junto a un banco de madera desgastado, donde la mujer solía sentarse al final del día.

A unos metros de la casa, una hilera de álamos crecía junto a un pequeño arroyo, cuya agua murmuraba con suavidad al correr entre las piedras. Era un lugar que invitaba a la calma y a la reflexión, y Lexi, cada vez que estaba allí, sentía que dejaba atrás las preocupaciones del mundo exterior.

—Dios, Luke, este sitio sigue siendo maravilloso, siempre que vengo me asombro de que no quieras vivir aquí.

—Vengo a diario a ver a mi abuela.

—No es lo mismo —opinó—, y no entiendo por qué demonios prefieres vivir en un apartamento de ciudad —suspiró, respirando en profundidad la calma del lugar.

—¿Porque casi caigo desde la cama en mi escritorio?

—Eso no es motivo suficiente.

—Para mí sí. —Se encogió de hombros.

Ella lo miró con una expresión de censura, y él acabó interrogando.

—¿Qué?

—Eres muy raro.

—No todos queremos la idílica vida en la que estás pensando.

—¿Y se puede saber en qué crees que estoy pensando?

—Una familia modélica, con un marido amoroso y niños correteando por todas partes —la miró con absoluta seguridad en sí mismo—, ¿me equivoco?

«Y caballos, solo te has dejado los caballos».

—Presupones demasiado —declaró irritada—, en realidad, el marido me sobra, prefiero cambiarlo por un perro —acarició ahora a Yako—, que son más cariñosos y dan menos problemas.

—También dan menos… de todo lo demás, Lexi. —La observó con sorna.

—Anda, mira, como tú.

Sin aguardar respuesta, caminó hacia la casa deseosa de saludar a Dottie, a la que se moría de ganas de darle un abrazo. Y como si la conjurara con el pensamiento, la anciana los llamó justo desde su espalda. Salía del pequeño granero que estaba al otro lado del arroyo, atravesando un mini puente de madera.

Lexi sonrió con alegría al verla y corrió hacia ella.

Dottie Keller era una mujer menuda y dulce, con su cabello gris recogido en un moño y los mismos hermosos ojos azules de su nieto, incluida aquella pizca de travesura que Lexi tanto adoraba ver en los ojos del sheriff. Su rostro, marcado de arrugas, parecía siempre a punto de sonreír, y miraba a Lexi con una ternura especial, que la convertía en adorable.

Vestía siempre delantales de flores y telas suaves, que solía coser ella misma, y tenía manos delicadas y cuidadas, un poco temblorosas ya, pero que transmitían una paz especial cuando se posaban en el rostro de Luke o tomaban las manos de Lexi. Su voz era un susurro amable y cálido. Para la chica, estar con ella era como estar en casa. Dottie era esa abuela que siempre tenía una taza de chocolate caliente y una historia lista para contar.

—¡Dottie! —corrió a abrazarla sin demora, y la alcanzó justo cuando cruzaba el puente.

—Mi preciosa niña. —La recibió con ilusión y ternura—. Hace casi tres meses que no te veo, ya te echaba de menos. —Izó una cesta que traía colgada del brazo, cargada de huevos—. Mira, recién puestos, acabaréis de comer, pero…

—En realidad no —le confió—, y tengo algo de hambre.

—Eso habrá que solucionarlo.

Charlando, caminaron de regreso a donde Luke estaba descargando el coche. El chico besó a su abuela en una mejilla con cariño.

—Hace unos días te dije que te la traería pronto, nana —repuso el sheriff con una sonrisa mirando a Lexi.

—No te creí —admitió la anciana—, pero ¿por qué la traes muerta de hambre? ¿No te da vergüenza?

El chico torció el gesto.

—Nana, Lexi es una mujer adulta, ¿sabes? —sonrió mordaz—, ya come sola, sin ayuda de

nadie.

—*Bah*, excusas —suspiró la anciana, y soltó una exclamación cuando vio a los gatitos que Luke sacó ahora del coche, metidos en su cesta—. Oh, son muy chiquititos, ¿ya comen solos?

—Qué obsesión con la comida —rio Luke.

—Somos lo que comemos —repuso la mujer—, ya lo sabes.

El sheriff la miró con dulzura. Aquella debía de ser la vez un millón que escuchaba esa frase.

—Están a punto —contó Lexi sobre los gatitos—, ayer ya comieron algunos granos de pienso húmedo.

—No me habías dicho nada. —La miró Luke ahora.

—¿Es que tengo que contártelo todo?

—Sobre nuestros gatitos sí.

—Lo siento, pero ayer no eras mi persona favorita —le recordó, y frunció el ceño—. Bueno, durante un rato sí lo fuiste, pero no era momento de acordarse de los gatitos.

Aquello le cerró la boca a Luke al instante, que miró hacia otro lado, y Lexi no supo si sentirse orgullosa o darle una patada en el culo.

Dottie miraba de uno a otro con una sonrisa.

—Será mejor que entremos antes de que se desate el desastre —ofreció la anciana, divertida.

Quince minutos más tarde, la pareja se sentó frente a un plato de huevos con bacon que era una delicia, aunque Lexi resultó no tener tanto apetito como pensaba, a pesar de ser tan tarde. Todo lo sucedido aquella mañana le había cerrado el estómago.

Tras llevarse algunas regañinas por comer tan poco, Dottie comentó:

—Gracias por hacerte cargo de todo aquí —le dijo a su nieto—. La tía Mandy te manda recuerdos, y dice que a ver cuándo vas a verla con buenas noticias.

El chico la miró con exasperación y Dottie rio.

—Lo siento, pero es lo único que nos hace ilusión a la gente ya con nuestra edad —le recordó.

Ahora Luke se levantó con rapidez a llevar el plato al fregadero, pero antes miró a la mujer con un gesto de horror.

—Tampoco te pedimos tanto —canturreó Dottie con una sonrisa divertida.

Para Lexi estaba resultando una charla un tanto confusa. Claro que ella no sabía que aquel era motivo de conversación entre abuela, tía abuela y nieto más a menudo de lo que pensaba, para exasperación de Luke.

—Tanto no, nana, lo que pides es un imposible —le recordó—. Dile a la tía que adopte un perro de una vez.

Dottie rio y miró a Lexi con curiosidad.

—¿A ti te parece que pedimos tanto?

—Ella no tiene nada que opinar aquí —intervino Luke de inmediato.

—No sé si estoy entendiendo —confesó la chica, divertida—, pero todo lo que le ponga tan nervioso me interesa.

—Pues igual podías colaborar para…

—¡Nana!

La mujer miró a su nieto con cara de inocencia, aunque se leía con claridad la picardía en sus ojos.

—¿Qué pasa? Quizá ella quiera darme…

—Te aseguro que no —insistió Luke.

—¡Eh, no hables en mi nombre! —se quejó Lexi—. Dime, Dottie, si está en mi mano,

considéralo hecho, ¿qué quieres?

—Un biznieto.

Ahora fue Lexi quien se levantó a llevar su plato al fregadero, donde Luke estaba apoyado mirándola con evidente sarcasmo.

—Me podías haber avisado —protestó en susurros.

—¿Y perderme esa cara? —se permitió Luke el lujo de sonreír.

Lexi lo insultó por lo bajo y se giró a mirar a la anciana.

—Un biznieto no es como pedir un abrigo —declaró, intentando sonar divertida—, y la única forma sería… —miró a Luke, acalorada, y después a la anciana de nuevo—, supongo que la recuerdas…

Dottie rio.

—…y a mí tu nieto me cae bien solo a ratos, ya lo sabes, y… además no es mi tipo.

Ambos estaban apoyados ahora sobre la encimera, codo con codo, y la mujer no dejaba de mirarlos con atención sentada a la mesa.

—Hacéis una pareja preciosa —opinó, cogiéndolos desprevenidos—, tendríais unos niños tan bonitos…

—Nana, estás avergonzando a Lexi.

La chica lo miró con una expresión canalla.

—¿A mí, Luke? —repuso—. Creo que me confundes contigo. —Regresó sus ojos a la mujer —. Pero lo siento, Dottie, lo del biznieto no va a ser posible, me temo que… hacer bebés debería de ser algo agradable.

«¿Agradable? ¡Coño, Lexi, pero qué dices!

—Quiero decir que… hay que… —carraspeó— tener algo de *feeling*.

—Y tú y yo no tenemos de eso, claro —ironizó Luke, mirándola de refilón.

—No, tú no me gustas nada, lo siento.

«Lo estaba arreglando». Miró a la anciana algo azorada.

—Que no digo que tu nieto no sea… interesante para muchas otras mujeres, para decenas —frunció el ceño—, para cientos, en realidad.

—¿Interesante? —Luke la miraba con burla ahora.

—Sí, Luke, interesante o atractivo, llámalo como quieras.

—No, tú sabrás cómo quieres llamarlo.

—A ver…, que es una cuestión de química.

—Claro —comentó Luke en un tono de mofa—, y la química sin la física…

Lexi se desesperó y lo miró ya irritada.

—Pues sí, la física es importante —repuso—, y cuando te niegas a la física, los bebés son muy improbables, ¿sabes?

—Justo como debe ser —apostilló Luke.

Para Lexi aquella conversación comenzaba a ser molesta.

—Sí, justo como siempre debería haber sido. —Apretó los dientes y se giró hacia el fregadero para esconder su repentina furia.

—No te sulfures tanto, coletitas, a ver si se te va a acidar la comida.

—Vete a la mierda —murmuró entre dientes solo para él.

Luke rio y se giró también hacia el fregadero.

—Si es que te metes sola en unos berenjenales…

—Igual he debido darle esperanzas —comentó en susurros para resarcirse—, y hablarle de ese dieciséis por ciento. En realidad, nunca ha estado tan cerca como ahora de convertirse en

bisabuela.

—Lexi… —la amonestó.

—Perdón —sonó arrepentida, pero lo estropeó al añadir—: se me olvidaba… que en realidad es un treinta y dos. Dios, no sé si felicitarla antes de que se vaya, por si acaso.

—Eso no tiene ni puta gracia, Lexi.

—¿Me ves reírme? —apostilló—. Porque dudo de que me pudiera pasar nada peor en la vida que eso.

—Salvo que ese sicario logre su cometido, supongo.

—Igual prefiero que me maten, fíjate.

—¡No digas más tonterías!

—¿Y tú? ¿Por qué narices te burlas de mí en lugar de ayudarme a salir del atolladero?

—¿Querías que le confirmara que no tenemos *feeling*, nada de química? —interrogó.

—¡Sí! ¿Era tan difícil?

—No me gusta mentirle a mi abuela.

—Bah, eso es…

«…muy interesante…», se interrumpió, desconcertada.

—¿Qué?

—Yo no voy a negar cosas tan absurdas —insistió él.

Ella lo miró malhumorada.

—Haberle dicho la verdad, Luke —se giró a observarlo de frente—, que la química está, pero que no tienes los huevos suficientes como para enfrentarte a todo lo que te hace sentir.

Lo vio apretar los dientes con fuerza.

—No es una cuestión de huevos, sino de sentido común.

—Ah, ya —ironizó—, y tú tienes más que yo, ¿eso dices?

—Mira, no voy a volver a mantener esta conversación —manifestó con una mezcla de incomodidad e irritación—. Siento si te molesta tanto mi negativa a seguir acostándonos, pero es lo que hay. —Clavó una mirada acerada en su rostro—. Y espero que tengas muy claro que no volverá a pasar nada entre nosotros, porque, sinceramente, coletitas, empieza a cargarme un poco tu insistencia. Fue un polvo impresionante, no te lo voy a negar, pero ya, pasa página y olvídalo, porque yo ya lo he hecho.

A Lexi le costó la misma vida mantener la calma. Cada una de aquellas palabras fueron demoledoras para su dolorido corazón, que se resintió sin remedio. Ella no respondió una sola, no habría podido hacerlo en aquel momento. Se limitó a asentir, dar media vuelta y salir de la cocina, donde se tropezó con Dottie, que venía de regreso. Al parecer, en algún momento de la conversación la mujer había salido sin que ella hubiera sido consciente, había olvidado por completo que no estaban solos.

∞∞∞

—¡¿Qué demonios pasa contigo, Luke Keller?! —lo amonestó su abuela nada más entrar en la cocina.

—Ahora no, nana, por favor —rogó el chico, mirando aún hacia el fregadero, agarrándose con fuerza a la encimera para no correr tras Lexi.

—Luke, mírame.

Le costó dos intentos conseguirlo, y cuando lo hizo, no pudo ocultar del todo su expresión

atormentada.

—¿Qué está pasando?

—Nada.

—¿No es momento ya de avanzar? —La mujer clavó sobre él una mirada intranquila—. Puedo renunciar a los biznietos, Luke —suspiró—, pero sí necesito verte feliz, que te permitas vivir de una vez con plenitud.

—No… quiero mantener esta conversación.

—Llevas años loco por esa chica —declaró la mujer ahora—, y, por cómo te mira, es evidente que ella siente lo mismo, ¿dónde está el problema, mi niño? —se acercó y le tomó las manos—, ¿por qué ella va derramando lágrimas silenciosas en lugar de llevar una sonrisa en el rostro?

Aquello fue como si le diera con una maza. El dolor se reflejó en sus ojos sin remedio, y su abuela era experta en leer en ellos.

—Luke…

—Déjalo, por favor.

La mujer lo miró con pesar, demasiado conocedora del mal que lo aquejaba.

—Empiezo a estar muy preocupada —le acarició el rostro con ternura, hizo una pausa y se aventuró—: Tu padre tomó sus propias decisiones, mi niño, muchas erróneas, pero amar con tanta intensidad como lo hizo no fue una de ellas, eso no fue un error.

—Eso díselo al niño que fui —ironizó, y apretó los dientes—, el que jamás pudo disfrutar de un padre como Dios manda, porque él solo podía lamentarse y beber para olvidar su pérdida.

—Luke, el amor no mató a tu padre —insistió—, fue su propia debilidad, sus adicciones…

—Y alguien con nombre propio —dijo entre dientes—, que pagará por ello algún día, eso te lo juro.

—Deja que la vida se encargue de eso y decide ser feliz.

Luke sentía un dolor intenso en el pecho en aquel momento. Todas sus emociones estaban demasiado alteradas en los últimos días, y aquello lo aterraba.

—¿Y… si soy como él, nana? —interrogó casi en un susurro—. ¿Y si no sé amar sin enloquecer?

La anciana sonrió y lo miró con una ternura inmensa.

—El amor tiene un punto de locura inevitable —opinó mientras sostenía las manos aún entre las suyas—, pero es la única cosa por la que merece la pena arriesgarlo todo, incluso la cordura.

Luke tragó saliva, muy incómodo.

—Ya basta, mi niño, por favor, no puedes seguir controlando tan férreamente tus sentimientos —aconsejó—. Tienes que dejar de verlos como enemigos que deben ser suprimidos a toda costa, o acabarás perdiendo más de lo que jamás esperas.

Luke soltó aire con fuerza.

—Este no es el mejor momento para dejarse llevar —dijo con evidente amargura—, hay demasiado en juego. Y si fallo…

«…no quedará nada por lo que merezca la pena seguir adelante», pensó para sí, muy consciente ahora de que dentro de su pecho palpitaban cosas inevitables ya.

—…no puedo fallar —se rectificó frente a la anciana.

—Concéntrate en lo que debas —sonrió la mujer—, pero no seas tan duro, que una verdad de vez en cuando hace milagros.

Luke asintió, sabiendo que sus verdades… estaban demasiado acostumbradas a esconderse.

—¿Sabes que ella cree que no fuiste a su despedida tres años atrás porque preferiste andar

por ahí divirtiéndote con otra?

Aquello lo avergonzó.

—Sí.

—¿Y cuándo vas a decirle la verdad?

Luke tragó saliva.

—No creo que eso importe ya.

—Todo importa, mi niño, porque todo ayuda a sanar.

∞∞∞

Lexi escogió aposta la habitación de Luke para establecerse y colocar todas sus cosas. Decidió que estar enfadada era mucho más práctico y menos doloroso, y se esforzó por permitir que fuera su orgullo y no su corazón quien encajara el golpe y se hiciera cargo de la situación a partir de ahora. Si él no quería nada más con ella…, ¡qué se fuera a paseo, él se lo perdía!

—¡Imbécil arrogante! —dijo en alto—. Como si fueras un regalo de los dioses para todas las mujeres.

Miró a su alrededor, disgustada. Aquella alcoba era un reflejo perfecto de él, sin demasiados adornos y con un estilo de intensa masculinidad. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura que desprendían un tenue aroma a pino, y en el suelo una gruesa alfombra de tonos neutros amortiguaba cada paso. La cama, amplia y sólida, estaba cubierta de una colcha de lana beige y unas cuantas almohadas que parecían muy cómodas, y que la llamaban a gritos.

En una esquina había un perchero de hierro donde estaba colgado uno de los sombreros de Luke, junto con una chaqueta de cuero desgastada que Lexi adoraba. El resto de muebles de la alcoba también eran sencillos, pero hablaban de la masculinidad del hombre que solía ocuparla.

Para Lexi, todo en aquel espacio era tranquilizador y sólido como el propio Luke, sin pretensiones, pero lleno de una fuerza silenciosa que lo hacía único.

Abrió el armario y se topó con toda la ropa del sheriff en su interior.

—¡Mierda! —exclamó cuando se encontró acariciando la manga de una de sus camisas preferidas—. ¿A que la corto en pedacitos?

Decidió que el baño sería un sitio más seguro para empezar a organizarse. Sacó su neceser de la maleta, entró en el baño y salió de allí al segundo y medio. Su maquinilla de afeitar, su *aftershave*, su cepillo de dientes, su colonia… todas las cosas de Luke estaban allí.

—¿Y qué coño esperabas? —se dijo en alto—, debería haber escogido otra habitación.

¿Iba a amargarse toda la estancia allí solo para fastidiarlo?

Suspiró.

Pues sí, eso era exactamente lo que iba a hacer.

Sonrió, dejó el neceser sobre el aparador que había junto a la puerta y sacó su propio perfume. Echó un par de pulverizaciones o tres por la habitación y respiró hondo el agradable aroma a flor de azahar que inundó el ambiente.

—Listo, como en casa —suspiró.

Y estaba a punto de ponerse a sacar ropa de la maleta cuando la puerta se abrió de par en par y Luke la miró contrariado.

—¿Qué demonios haces aquí?

—¡Podrías llamar a la puerta! —se quejó—. ¿Y si me estuviera cambiando?

—Es que estás en mi cuarto.

—Tu abuela me ha dicho que podía escoger el que quisiera.

—Menos el mío.

—¿Y yo cómo iba a saber que era el tuyo? Nunca he pasado del salón.

—¿El que estén todas mis cosas aquí no te dice nada?

—No —se encogió de hombros—, y no hagas un berrinche, ¿quieres? Vete a otro y ya.

—Es que solo este y el de la abuela tienen baño propio.

—Ya, ¿por qué te crees que lo escogí? —Le hizo gestos para que saliera—. Me pillas ocupada, estoy deshaciendo la maleta.

Luke la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Es que no piensas irte?

—Yo llegué primero.

—¡No, yo llegué hace treinta y cuatro años!

—Entonces lo siento, pero ahora es mío.

—¡No lo dices en serio! Ya te habrás dado cuenta de que no he traído maleta conmigo —insistió—, todas mis cosas están aquí.

Lexi abrió ahora ambas puertas del armario y chasqueó la lengua.

—Pues saca algunas, Luke, porque tengo poco espacio para las mías.

—¿Perdona? —Parecía indignado.

Lexi habría reído de no estar tan enfadada, pero Luke se coló ahora en la habitación y la obligó a recular, parecía dispuesto a sacarla a rastras de allí. Y de repente se detuvo y la miró con desespero.

—¿Por qué toda la habitación apesta a tu perfume? —interrogó irritado.

—¡Mi perfume no apesta, idiota! —protestó dolida—, pero no te preocupes, si tanto problema tienes con todo —cerró la maleta—, me voy a otro, métete tu cuarto por donde te quepa.

—Es igual, ya me voy yo. —Caminó hacia la puerta—. De todas formas, ya no podría pegar ojo con ese dichoso olor por todas partes.

—Oh, vaya, qué delicadito.

Él salió de la habitación sin replicar nada más, y se sintió tan sola de repente que ni toda la furia e irritación del mundo pudieron ganarle la partida a la tristeza.

—Cretino insoportable —dijo, apretando los dientes, pero las lágrimas le restaron fuerza al insulto.

Cuando poco después tuvo que salir a despedirse de Dottie, a la que vendrían a recoger en breve, con mucho esfuerzo había recuperado su gesto ácido para Luke y su sonrisa para la anciana.

—Me encantaría tener más tiempo para charlar contigo, Lexi —declaró la mujer, dándole otro fuerte abrazo—, pero seguro que habrá tiempo a mi regreso.

—Claro que sí, y tendremos que hacer juntas uno de tus bizcochos de naranja —sonrió la chica—, ya es momento de que me confíes la receta, ¿no te parece?

—Lo pensaré —rio la anciana—, siempre y cuando me prometas que de vez en cuando seguirás viniendo a hacerlo conmigo.

—La compañía es uno de los secretos de que esté tan bueno —opinó—, así que no lo dudes.

La anciana asintió y miró a su nieto.

—Tenéis la despensa llena de comida —explicó ahora—, como para aguantar unos días sin salir de aquí. —Miró a Lexi—. Espero que tus cosas se solucionen pronto y ese acosador deje de molestarte.

Le habían contado lo justo para no preocuparla, pero algo tenían que decirle para justificar estar allí.

—Saluda a la tía de mi parte —le dijo Luke ahora.

—Seguro que me va a insistir en que me traslade a su villa de forma definitiva —suspiró la anciana mirando a su nieto con un gesto tierno pero firme—, y me gustaría poder aceptar su ofrecimiento algún día, Luke.

El chico asintió.

—Hazlo, sabes que yo estaré encantado de que estéis siempre acompañadas.

—Pero no quiero cargarte con el rancho —reconoció la mujer—, y me da tanta pena venderlo…

—Bueno, lo hablaremos a tu regreso, ¿te parece?

La mujer asintió y miró a Lexi.

—¿Le echarás de comer a mis gallinitas? —le preguntó con una sonrisa.

—Por supuesto.

—Y la semana pasada han nacido pollitos —le contó ahora.

La emoción en el rostro de Lexi era evidente.

—Estaré pendiente de que todos se alimenten bien.

La anciana sonrió y miró a su nieto.

—Y tú cuida de que coma ella.

En ese instante, sonó un claxon que anunciaba que el coche que venía a recogerla estaba en la puerta, y los tres salieron a la calle.

Dos minutos después, quedaron a solas de pie frente a la casa mientras el aire se podía cortar con un cuchillo.

—He visto un despacho al final del pasillo, ¿puedo usarlo para trabajar?

Él asintió.

—¿La señal de internet es buena aquí?

—Debería, sí.

—Bien.

Entró en la casa dispuesta a empezar a trabajar ya. Con un poco de suerte, pronto daría con información importante que les permitiera acabar con aquel suplicio cuanto antes…

…porque no se le ocurría nada peor y más agónico que tener que compartir las veinticuatro horas del día con Luke a solas bajo aquel techo… y no poder tocarlo.

Capítulo 42

Dos horas más tarde, a Lexi le dolía demasiado la herida del brazo como para seguir trabajando. Intentaba moverlo lo menos posible mientras usaba el teclado, pero incluso la postura no ayudaba.

Hizo un gesto de dolor y se lo acarició con suavidad.

—¿Duele mucho? —la sorprendió Luke. Estaba apoyado en el quicio de la puerta del despacho y la observaba.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Lo suficiente como para obligarte a descansar —contó—. Llegó hasta la mesa, le tendió un analgésico y llenó su vaso de agua con la botella que había sobre el escritorio.

Lexi lo miró con reticencia a aceptar tanta amabilidad sin protestar, pero necesitaba aquella pastilla.

Cuando se la tomó, se dejó caer hacia atrás sobre el respaldo de la silla.

—¿Han encontrado algo tus hombres? —se interesó ahora—. ¿Algún rastro del tipo que nos disparó?

—No, y tampoco hay huellas en el Sedán de anoche ni en la bala que rescatamos en mi coche —explicó.

—¿Y en el casquillo de hoy?

Luke negó con un gesto preocupado.

—No, y seguiremos buscando algo que pueda llevarnos hasta él, pero ese tipo de gente no suele cometer errores. —Caminó hasta el sofá y cogió asiento.

—Pues yo he registrado a fondo las cuentas bancarias de Donovan —explicó Lexi—, sus mensajes, emails y todo a lo que tengo acceso online, y parece estar en orden. No hay ninguna cantidad alta que me haya llamado la atención, ni mensajes raros —admitió—. Si contrató y le pagó a un sicario, lo hizo en persona y en metálico. Algo que, por otro lado, es lo más coherente.

Luke asintió.

—Sí, para una cosa coherente que hace, nos juega en contra —opinó—. Me temo que no tenemos forma de dar con ese tipo, ni siquiera soy capaz de entenderlo del todo.

—¿A qué te refieres? —interrogó, confusa.

—Atacar desde un coche en movimiento no es inteligente, y esta mañana tampoco escogió el mejor sitio para volver a hacerlo —explicó con un gesto de desconcierto—. No podía saber que tú correrías entre los árboles, Lexi, así que no tuvo tiempo para prepararse. Eso por no hablar de que su ángulo de tiro era muy complicado, había demasiados obstáculos.

—Y aun así faltó muy poco —se estremeció.

—Sí, porque es muy bueno, hay que serlo para manejar un Remington 700 —argumentó—, pero se precipitó, al igual que lo hizo ayer en la noche, y me pregunto por qué. Estoy seguro de que podría haber encontrado momentos mucho más certeros solo con algo de paciencia.

—Por suerte no la tuvo.

—Cierto, pero no es lógico —declaró perdido en sus pensamientos—. Un sicario vive de su reputación, y dos intentos fallidos le juegan muy en contra. —Sacudió la cabeza y miró a la chica —. ¿Has podido rastrear el dinero robado?

—Lo he intentado, pero reconozco que ese hacker hizo un trabajo muy bueno ahí, necesitaré tiempo —explicó—. Espero que Donovan no tarde en encender su PC, desde dentro habrá más posibilidades.

—Si no avanzamos, tendré que hacerle otra visita —se planteó Luke—. Por cómo reaccione nos haremos una idea de hasta qué punto está involucrado.

—O lo pondremos sobre aviso.

—Sí, pero si está detrás del sicario, Lexi —la miró muy serio—, tendremos que presionarlo. Para preservar tu identidad, no puedo pedirle ayuda a los Marshall, y como sheriff no tengo jurisdicción sobre Donovan, lo único que puedo intentar es ponerlo nervioso.

—Dame algo de tiempo —rogó—. Si encuentro el dinero, lograré poner a los Marshall sobre su pista, y quizá ellos consigan que Donovan desista de perseguirme.

El gesto de Luke no cambió.

—¿No te parece que eso pueda ayudar? —se vio Lexi forzada a preguntar de nuevo frente a su extraño silencio.

—A mantenerte con vida sí —la miró con pesar—, pero también hay que mantenerte fuera de la cárcel.

Lexi tragó saliva.

—Me quieren muerta, no en prisión.

—De momento, pero no conocemos sus motivos —insistió—, quién sabe qué pueden decidir hacer si no logran su objetivo.

—Aun así, tendrán que demostrar quién soy —valoró Lexi, intentando aparentar más serenidad de la que sentía—, algo que te garantizo que no será nada fácil.

—Eso espero, pero no quiero riesgos —repuso—. ¿Cómo sabrás que Donovan ha encendido su PC?

—Tengo puesta una alerta.

—Bien, esperemos que lo haga pronto —apostilló Luke—. Regístralo a fondo en cuanto puedas. Pero antes de buscar el dinero, asegúrate de borrar todo rastro de Némesis de su disco duro —le pidió—. Y si para conseguirlo tienes que aniquilarlo al completo, ni lo dudes, que le den al dinero, ¿me explico?

Lexi lo miró un tanto alucinada.

—Si me lo cargo todo, no habría forma de demostrar nada en su contra —le recordó.

—Ni en la tuya —opinó Luke—. Si él tiene tu identidad en ese PC, no podemos ponerlo en manos de los Marshall.

Perpleja, Lexi miró para otro lado. Él quería protegerla a toda costa, incluso saltándose todas las normas, y no podía evitar que aquel instinto de protección tan férreo la emocionara un poco.

«Dios, no te entiendo, Luke Keller», lo miró de reojo.

—Bien, ahora vamos a centrarnos en hacer la lista que tenemos pendiente, Lexi —repuso el sheriff poniéndose en pie. Abrió uno de los cajones del despacho y sacó una libreta, que le lanzó sobre la mesa—. Intenta anotar a todos los que puedan tener motivos para odiarte.

Lexi suspiró.

—Esa libreta es pequeña.

Luke frunció el ceño y la miró con una mezcla de crítica y abatimiento.

—No solo estamos hablando de la gente que sacaba en mis vídeos —confesó Lexi con cierta preocupación—, también nos centrábamos en ayudar a todas esas personas a las que de alguna manera estaban extorsionando.

—Joder, Lexi… —Se dejó caer de nuevo en el sofá.

—Antes de aceptar un trabajo, siempre nos asegurábamos de que lo merecían y que hacíamos lo correcto.

—Sí, a costa de echaros los enemigos por decenas a las espaldas —se apretó las sienes con las manos como si estuviera aquejado de un incipiente dolor de cabeza—, y cuanto más hijo de puta, mejor, al parecer.

Lexi tragó saliva. Sí, aquello no era discutible.

—Si hubieran sido hermanitas de la caridad, nadie habría necesitado ayuda.

Luke se puso en pie, caminó hasta el escritorio y se tomó uno de los analgésicos que había sobre la mesa.

—Vamos a centrarnos primero en los casos mediáticos —pidió—, los que publicasteis en la web. ¿Cuántos fueron?

—Trece —confirmó—. Exponíamos aquellos que solo podían resolverse llevándolos a escarnio público, para desafiar al sistema y forzarlo a actuar.

El sheriff la miraba con una expresión de censura.

—¿Manipulándolo?

—No, jamás manipulé una prueba —garantizó—, eso te lo juro. Nosotros nos limitábamos a encontrarlas y hacerlas visibles, en un formato atractivo.

—Lo convertíais en un circo.

—Lo que hiciera falta para llamar la atención —concedió—. El fin justifica los medios.

—No siempre.

Lexi se desesperó, sintiéndose juzgada.

—¡No me mires así, Luke! Es evidente que algo en el sistema no funciona, que el dinero y el poder siempre tienen algo que decir, que esconder.

—Lo sé demasiado bien, Lexi, pero gente como yo lucha cada día para cambiarlo desde dentro.

—¿Sin armas? —Lo miró escéptica—. No hay guerra que se gane con las manos vacías, Luke, y tú no solo las tienes vacías, sino atadas a la espalda por culpa de tus leyes, tus normas y tus cientos de trámites legales para poder intervenir.

—Es lo que tiene vivir en un sistema amparado en la presunción de inocencia.

—¿Y quién protege al verdadero inocente? —Lo miró, irritada ya—. ¿Por qué coño siempre pagan los mismos? ¿Por qué el que tiene una cuenta bancaria de siete ceros parece más inocente que el que no tiene donde caerse muerto?

Luke soltó aire y asintió con tristeza.

—Todo eso lo sé, Lexi, y me revuelve las tripas —aseguró con pesar.

—Pues yo decidí hacer algo.

—¿Y quién te dio el derecho para ser juez y verdugo?

—Mi propia libertad como individuo.

—No me hables de libertad, Lexi, porque tu libertad acaba donde empieza la mía —le recordó—, mi derecho a la intimidad, a la privacidad, a una defensa justa…

Lexi se desesperó.

—Quizá si una de esas injusticias te tocara de lleno, no serías tan benévolo y considerado con tus normas y tus leyes —replicó, frente a su mirada acusatoria—, quizá si tuvieras que ver como alguien que te importa…

—¿Cómo alguien que me importa es asaltado, tirado y abandonado a su suerte en una zanja, por ejemplo? —interrumpió Luke con un gesto irritado.

Lexi lo miró perpleja. Estaba hablando de su padre.

—Luke…

—Creo que de eso sé un poco —insistió el chico en un tono cargado de angustia—. Y sí, yo también tomé partido, ¿sabes qué hice? —La miró muy serio—. Entré en los Marshall para poder coger al culpable y meterlo entre rejas, y años después lo dejé todo para convertirme en sheriff solo para poder estrechar el círculo un poco más sobre ese cabrón.

El silencio inundó la estancia. Lexi observó su tensión, la forma en que apretaba los dientes, los puños, y le costó preguntar:

—¿Sabes… quién fue? —tragó saliva—. ¿Sabes quién mató a tu padre?

Su rostro lo dijo todo incluso antes de asentir.

—Sí, siempre lo he sabido —confesó—, no tengo pruebas, pero tampoco tengo ninguna duda. Aun así, no voy saltándome por ahí todas las leyes, impartiendo mi propia justicia, porque si todos hiciéramos lo mismo, aún viviríamos en el viejo oeste y el mundo sería un caos absoluto.

—Lo entiendo, Luke, pero… ¿y si yo pudiera encontrar las pruebas que necesitas? ¿Y si… solo tuviera que saltarme algunas leyes de privacidad para ponerlas en tu mano?

—¿Y de qué me servirían si jamás podría usarlas en un juicio para hacerle pagar? —le recordó—. Por eso hay protocolos de recogida de pruebas, ¿sabes?

—Sí, tengo muy claro todos vuestros protocolos —afirmó—, y por el módico precio que puedes saltarte cada uno de ellos también lo sé.

—No siempre, Lexi —declaró en un tono firme—. Llevo muchos años trabajando al servicio de la ley, y sí, he conocido a muchos hijos de puta de los que hablas —admitió—, pero también me he topado con mucha gente honesta que no se deja sobornar, y que incluso arriesga su vida a diario para asegurarse de que el sistema cumple con su deber y trata por igual a un mendigo que a un jeque.

—¿Sí? —sonrió irónica—. ¿Y cuántos conoces de esos?

—Lexi…

—¿Y de paso cuántos jeques conoces que cumplan sus condenas en una celda común, en una cárcel de mala muerte?

Luke suspiró y concedió:

—Ese es otro debate, y aún más complicado —se tumbó en el sofá y cerró los ojos—, uno por día, coletitas…

Lexi lo observó con atención, en silencio. Se moría de ganas de preguntarle más cosas acerca de su padre, pero en ese momento fue consciente de que él parecía estar realmente agotado.

—Empieza con esa lista —pidió casi en un susurro, sin abrir los ojos.

—¿Desde cuándo no duermes, Luke?

Él ya no contestó, su respiración se normalizó y Lexi comprendió que se había dormido.

Capítulo 43

Sentada en el granero, dentro del pequeño espacio habilitado para los pollitos, Lexi reía cada vez que extendía las manos llenas de comida y los chiquitines le picoteaban las palmas para tomarla, haciéndole cosquillas.

Apenas si los veía ya, puesto que las luces del granero eran demasiado tenues para el grado de oscuridad que de repente se le había echado encima. Debían ser al menos las ocho de la tarde, pero no podía saberlo con exactitud, puesto que se había dejado el móvil olvidado en la casa.

—Voy a tener que irme ya —les dijo a los pollitos, preguntándose si Luke se habría despertado.

«A lo mejor piensa dormir hasta por la mañana», se planteó. Ella se había encargado de arroparlo antes de salir, y si no había descansado nada la noche anterior, era posible que…

—¡Lexi! ¡Lexi! —creyó escuchar fuera, y agudizó el oído, pero antes de que pudiera moverse, Luke entró en el granero como una exhalación—. ¡Lexi!

—Sí, estoy…

No pudo terminar.

—¡Joder! —interrumpió, y caminó hasta ella haciendo aspavientos—. ¡Te he buscado por todas partes!

Jadeaba, como si hubiera llegado corriendo hasta allí.

—Pues estaba aquí.

—¡Sí, y tan tranquila, ya te veo!

—¿Puedes dejar de gritarme?

—¡No! —rugió—. Jamás vuelvas a hacerme algo así.

Lexi no daba crédito. Salió del habitáculo de los pollitos y lo miró de frente, y solo entonces fue consciente de que parecía desencajado.

—No creí que…

—¿Tanto puto trabajo te costaba dejar una nota?

—Ni que me hubiera ido a la Patagonia, Luke —estaba perpleja—, que estoy a cien metros.

—¿Y qué? —replicó—. ¡Qué no estamos aquí de vacaciones, joder!

¿Era una sensación suya o le faltaba el aire? De veras parecía muy angustiado. ¿Por ella?

—Luke… —recorrió la distancia hasta él para mirarlo a los ojos—, lo siento, no pensé que pudieras preocuparte tanto, solo quería estirar las piernas un rato y me acordé de los pollitos…

—¿Por qué no me has despertado?

—Porque necesitabas dormir.

—Pero no puedes salir a tu aire, sin el móvil y sin decírmelo —insistió—. ¿Y si te hubiera pasado algo?

—Estamos a salvo aquí, Luke, intenta relajarte un poco. —Le puso la mano en el pecho para ayudarlo.

—No puedo relajarme, Lexi —tiró de su mano para quitársela de encima—, y, por favor, no me toques.

Aquel desprecio le dolió demasiado como para ser capaz de esconderlo.

—¿Tanto… te repele mi contacto? —interrogó con un hilo de voz.

—¿Qué? No… es eso…

—No te estaba asaltando —declaró con tristeza—, solo quería ser amable.

—Entonces no lo seas, no hace falta.

Lexi agradeció la casi penumbra para poder esconder su dolor y se agarró a la rabia.

—¡Tampoco hace falta que finjas tú que te importo tanto! —le gritó.

Él soltó aire con fuerza para controlarse.

—Piensa lo que quieras —dijo en un tono seco—. Volvamos a la casa.

—¡No me da la gana!

—No empieces.

—¿Que no empiece qué? —rugió—. ¡Aquí la que sufre de un serio trastorno bipolar no soy yo!

—Lexi…

—¡¿Qué coño ha cambiado desde anoche, Luke?! —acabó preguntando, incluso sin pretenderlo—, ¡porque te juro que no lo entiendo!

Lo escuchó blasfemar.

—Yo soy la misma de ayer —tuvo que tragar saliva para poder hablar—, la que te morías de ganas de llevar a tu apartamento —se le quebró la voz.

A él le costó pronunciar palabra.

—Pensé que estaba claro que…

—¿Claro para quién? —inquirió dolida—. Será para ti, porque yo necesito entender cuál de los dos Luke es el de verdad.

—¿Es que no puedo ser ambos? —se quejó—. Yo no te prometí nada, dejé muy claras mis intenciones desde un principio.

Lexi apretó los dientes, ya no podía fingir más que todo aquello no le importaba, y mucho menos callar.

—¿Qué te da tanto miedo, Luke?

—Lexi…

—No, ¿qué crees que puede pasar si decides abrirte un poco y darle una oportunidad a… lo que sea que haya entre nosotros?

—Déjalo ya. —Intentó alejarse, pero ella le cortó el paso.

—No, dímelo —exigió—, ya no puedes seguir huyendo.

Él trató de esquivarla de nuevo, pero no le dejó.

—Aparta.

—No.

—Joder, Lexi…

—¿Qué te asusta tanto, Luke?

—¡Que te maten, maldita sea! —acabó gritando, fuera de sí—, ¡que te metan una bala en el pecho porque yo estoy tan embobado mirándote y tan obsesionado con meterme entre tus piernas que no lo vea venir!

Lexi lo miró perpleja.

—Luke…

—Alguien pasó media noche vigilándonos, Lexi —repuso de forma acalorada—. Ese tipo pudo estar sentado en el Sax justo en la mesa de al lado, acechando, mientras yo… jugaba bajo ese mantel ajeno a todo —apretó los dientes—, y es obvio que después nos siguió hasta el aparcamiento ¡y no me di cuenta, joder! Pudo matarte allí mismo mientras… —No fue capaz de completar la frase.

Para Lexi aquello estaba resultando demasiado esclarecedor, estaba perpleja.

—Me distraes demasiado, Lexi, y no me lo puedo permitir —sentenció—. Hemos tenido suerte dos veces, si a la tercera va la vencida… —se le quebró la voz y acabó suspirando antes de decir—: Mantente lejos de mí, Lexi, por tu propio bien.

Caminó hasta la puerta del granero y se giró a mirarla desde allí.

—Está demasiado oscuro —le recordó en un tono frío—, necesito que seas lógica y vuelvas a la casa.

Lexi no pronunció una palabra. Se limitó a caminar junto a él de regreso, sumida en sus pensamientos. En aquel momento no sabía si reír, llorar o gritar como una loca de pura euforia, cualquiera de aquellas opciones era mejor que el silencio, pero… optó por callar, aunque su corazón latía con tanta fuerza que casi podía escucharlo en el silencio de la noche. No tenía muy claro si él era consciente de lo que acababa de confesar, pero aquel rayito de esperanza crecía ya en el corazón de Lexi a la velocidad de la luz.

«*Mantente lejos de mí, Lexi, por tu propio bien*», había dicho él.

Sonrió, amparada por la oscuridad.

«Será cuestión entonces… de conseguir que seas tú quien se acerque…».

∞∞∞

Cenaron en silencio. Dottie había dejado preparado un asado, solo para calentar, que estaba para mojar pan en la salsita hasta hartarte, y de repente Lexi tenía mucha hambre.

Luke la miró con un gesto serio.

—¿Qué? —interrogó ella al cabo de unos segundos de sentirse observada.

—Puedes lamer el plato, no te cortes —repuso en un tono que sonó algo más jovial que todo lo que había dicho hasta ahora.

Lexi sonrió.

—Es que Dottie cocina muy bien.

—Dímelo a mí, que intento hacer coincidir mi visita diaria con la hora de la comida —admitió.

—Se te va a acabar el chollo si se traslada a Ohio.

Él asintió con un gesto de pesar.

—La voy a echar mucho de menos —reconoció—. No podré verla tan a menudo, pero a cambio estará acompañada todo el día, y mi tía también, ambas son mayores ya.

—¿Y por qué no se traslada tu tía aquí?

—Porque tiene su casa adaptada a su movilidad reducida, recuerda que desde que se rompió la cadera apenas camina —contó—, y aquí habría que hacer demasiadas obras incluso para que pudiera dar un paseo.

Lexi asintió, casi no se atrevía a preguntar, pero…

—¿Y tú no te planteas vivir aquí? —Él negó con un gesto—. ¿Por qué?

—Esto es un rancho familiar —declaró incómodo.

—¿Y qué? Llénalo de gatos —sugirió divertida.

—Seguiría sintiéndolo vacío.

«Curiosa elección de palabras», pensó Lexi, mirándolo con una intensidad de la que ni siquiera era consciente, pero él sí lo fue, tanto que se levantó a meter el plato en el fregadero.

—Bueno, tú eres quien elige estar solo —opinó Lexi en un tono que esperaba sonara

indiferente—, deberías sentirte cómodo en cualquier parte con esa decisión.

—Alyssa me pidió que mirara tu herida tras la cena —ignoró por completo el comentario—, para asegurarnos de que todos los puntos están bien.

Lexi suspiró.

—Los pollitos son bonitos —repuso mordaz—. Ahora tú puedes decir algo sobre… lo limpia que baja el agua del arroyo, por ejemplo.

Soltando un improperio, Luke protestó:

—Joder lo que te gusta tocarme los huevos.

—Pues mira sí, la verdad, entre otras cosas —se cruzó de brazos—, pero no me lo pones fácil.

A él pareció costarle unos segundos interiorizar la ironía implícita en la frase.

—Tú no has entendido nada. —La miró ahora muy serio.

Para Lexi controlarse y decir lo justo tampoco era fácil.

—Al contrario, creo que por fin empiezo a ver la luz —repuso como si hablara del tiempo.

Luke tardó en dar la réplica. Tras unos segundos, en los que la miró con atención, repuso:

—Voy a por el botiquín. —Y salió de la cocina con premura.

Lexi soltó un improperio. Ella llevaba toda la cena lanzándole miraditas y comentarios incómodos, que caían en saco roto. No podía evitar sentirse ya como una acosadora a ratos, y él no daba muestras de ir a ceder en breve.

Cuando regresó a la cocina, estaba tan sumida en sus pensamientos que se sobresaltó cuando le tocó el hombro.

—¿En qué pensabas?

«En ti», habría querido ser sincera. ¿Cómo era posible? Tenía problemas serios acechándola por todas partes…

—Estoy fatal —murmuró para sí.

—¿Te vuelve a doler mucho? —se preocupó Luke, malinterpretándola—, aún no puedes tomar más analgésicos.

Lexi lo miró con anhelo.

—Ojalá lo que me pasa se curara con analgésicos —murmuró, y sintió su mirada tan seria sobre ella que se obligó a sonreír—: sí me vendría bien un chupito.

—Entonces lo siento, pero no creo que Alyssa lo autorice —confirmó—, demasiada medicación junta.

—Aguafiestas —se quejó.

—Vamos a conformarnos con que la herida esté perfecta —sonrió.

Lexi se puso en pie mientras se desabrochaba los botones de la camisa con total calma.

—Espera, ¿qué haces? —intervino Luke de inmediato.

La chica se detuvo y lo miró con fingida inocencia.

—¿No necesitas comprobar la herida?

—Sí, pero…, a ver…

—Está muy arriba —le recordó—, la manga no sube tanto.

Lo escuchó blasfemar entre dientes con total claridad, y a ella a punto estuvo de escapársele una carcajada.

«Interesante tanta reticencia…»

Se desabrochó otro botón y lo vio tragar saliva.

«Muy interesante, mejor dicho».

—Tranquilo, que llevo una camiseta de tirantes debajo —informó irónica—, no eches a

correr aún.

Él sonrió con acidez.

—¿Crees que soy un adolescente?

Ella debía serlo, porque sentía la excitación calentarle la sangre a cada botón que abría…

—¿No? —interrogó—, pues me alegra saberlo, porque ahora recuerdo que no me puse la camiseta —siguió desabrochándose—, me dolía demasiado al levantar el brazo.

Una mirada asesina se clavó en sus ojos.

—Acabemos cuanto antes, Lexi —exigió Luke, y sus ojos prometieron venganza. Sin dejar de mirarla, ahora fue él quien terminó de desabrocharle la camisa, la abrió para descubrir su sujetador de encaje… y le desnudó el brazo, rozándoselo con la yema de los dedos, para centrarse después en la herida como si no acabara de prometerle el cielo con la mirada.

«¿Quién te manda?», se amonestó Lexi, conteniendo un gemido.

Con solo mirarla, Luke conseguía que se sintiera enfebrecida. Era como si un chorro de calor concentrado la incendiara por dentro mientras sentía sus erguidos pezones arañar la tela del sujetador y el deseo se instalaba entre sus piernas.

«Dios, lo deseaba de un modo… insoportable».

—Tiene buen aspecto —opinó Luke con un punto de ronquera, mirando la herida—. Y no parece tan grave como creía.

Lexi no pronunció una palabra. Todo lo que dijera saldría en forma de súplica, estaba segura.

—Parece que todo va bien, coletitas.

Aquel coletitas trajo a su cabeza un comentario que Alyssa había hecho en su día.

«*Me parece que es su forma de recordarse que eres la hermana pequeña de su mejor amigo y que no debe tocarte…*».

—¿Por qué insistes en seguir llamándome así? —le preguntó mientras él le tapaba de nuevo la herida.

—¿Coletitas?

—Sabes cuánto me molesta.

—Y tú sabes que me da igual —aseguró con una sonrisa cínica—, para mí siempre serás la niña de las coletas —la miró con sorna—, la dulce y tierna hermanita de mi mejor amigo.

—Si tratas de enfadarme…

—No, lo digo en serio —proclamó—. Cuando pienso en ti, esas coletitas son lo primero que me viene a la cabeza.

—Las coletitas…

—Eso es.

«Será…».

—Qué gracioso.

—Todo sería perfecto si siguieras siendo esa niña —suspiró, y se alejó de ella para poner la mesa de por medio—, la colegiala de las coletitas.

«*…es su forma de recordarse que… no debe tocarte*», volvió a escuchar a Alyssa dentro de su cabeza.

¿Y si tenía razón? Quizá iba siendo hora de… cambiarle el enfoque a las dichosas coletitas.

—¿Sabes qué? —se le ocurrió de repente—, voy a hacer algo por ti, Luke, para que estés a gusto.

Él la miró con el entrecejo fruncido.

—No temas, que es algo bueno —insistió con una sonrisa inocente—. Voy a devolverte a aquella niña, a la colegiala de las coletitas.

Él rio irónico.

—¿Tienes una máquina del tiempo?

—Algo parecido.

«Tengo coleteros y una minifalda escocesa», pero aquello no lo dijo.

—Entonces sería genial, sí —repuso Luke, mirándola ahora con sarcasmo.

—Estupendo, dame diez minutos.

—¿Qué…?

Pero Lexi ya no contestó. Se alejó hacia su cuarto, dispuesta a traer de vuelta un pasado que iba a transformar el recuerdo de las dichosas coletitas… en algo que jamás pudiera volver a usar como escudo.

Capítulo 44

Dos coleteros, una minifalda escocesa, una camisa blanca y un par de calcetines, con aquellas cuatro simples cosas, Lexi se convirtió en una versión adulta de la niña que fue. Su uniforme de colegiala no distaba mucho de aquel atuendo, salvo por algunos pequeños detalles sin importancia…

La camisa le quedaba bastante entallada, tanto… que se vio *forzada* a dejar desabrochados los tres primeros botones, mostrando así un escote mucho más que generoso, que cuando se movía, dejaba asomar parte de su sujetador de encaje con bastante facilidad. Los dos últimos botones tampoco los abrochó, tomó los dos picos de la camisa y se hizo un nudo, que dejó al descubierto su liso abdomen junto con su coqueto ombligo.

La minifalda escocesa era perfecta, pero… larga, a criterio de Lexi, a pesar de que solo le llegaba hasta la mitad del muslo. Lo solucionó dándose una vuelta en la cintura y sonrió. Tendría que tener cuidado de no agacharse demasiado, o corría el riesgo de mostrar sus braguitas de encaje.

Completó el atuendo poniéndose unos calcetines hasta el tobillo, luciendo unas largas y perfectas piernas, que no recordaba tan bonitas cuando era una niña.

Le costó un poco hacerse las coletas, una a cada lado usando todo el pelo, sin dañarse demasiado el brazo herido, pero, para su sorpresa, le quedaron perfectas y le sentaban de maravilla también. Le enmarcaban el rostro de una forma inesperada, resaltando sus pómulos y dando una ligereza que le estilizó el cuello, haciéndola lucir radiante. ¡Estaba guapísima! ¿Quién iba a decirlo?

Cuando se miró en el espejo, ya completa, sonrió con cierta picardía. Era una colegiala, eso no se podía negar, solo que… quizá una recién salida de una peli porno.

—¿Qué le vamos a hacer? —esbozó una maliciosa sonrisa—, sin tener máquina del tiempo…, una hace lo que puede.

Antes de irse, tomó de su bolso una de las piruletas que compraba a menudo para Max y se la metió en la boca.

Cuando salió al pasillo estaba nerviosa, pero no se detuvo a pensarlo. Solo tenía que atravesar el salón para llegar a la cocina, aunque sí dudó antes de traspasar la última puerta. Si él ni la miraba, haría el ridículo más grande de la historia, más que cuando se metió tras él en aquel armario…

«Es imposible que no te mire», opinó su conciencia, aunque los imposibles con Luke existían, ella los había sufrido toda su vida, pero ya no iba a dar marcha atrás, aquel era el momento en el que lo arriesgaba todo.

Soltó aire, levantó la cabeza y entró con paso firme en la cocina.

Él estaba apoyado en la encimera mirando su móvil, y justo daba un sorbo a su café cuando Lexi traspasó la puerta.

—Espero que esto sea de tu agrado.

Luke se atragantó con el café y tuvo que toser para despejar sus pulmones.

«Ay, Dios, ¡que me lo cargo!», corrió Lexi hacia él para socorrerlo y darle pequeños golpecitos en la espalda, que Luke rechazó. Se revolvió y se alejó de ella, tosiendo de forma

enérgica. La chica tuvo que limitarse a mirarlo, hasta que el ataque de tos fue cediendo.

—Por el amor de Dios, Lexi, ¡cámbiate ahora mismo! —exigió en un tono tosco.

—¿Perdona? —Lo miró con inocencia—. Tú querías a la colegiala de las coletas.

—Me refería a la dulce y tierna, no a la versión erótica de Harley Quinn.

Lexi se sintió extrañamente complacida con el comentario.

—En realidad, jamás fui una niña dulce y tierna —le recordó—, así que he hecho lo que he podido —clavó en él una mirada de erótica inocencia—, ¿no te agrada?

Luke se tomó su tiempo para inspeccionarla de arriba abajo y… de abajo arriba, provocándole un incendio incluso desde un metro de distancia.

—Me da un poco igual, la verdad —aseguró, clavando en ella una mirada desafiante.

«Ja, eso se lo dices a otra que a estas alturas no sepa leer en tus ojos», pensó para sí, pero si él quería jugar…, jugarían.

—Una pena —se encogió de hombros—, solo deseaba complacerte.

Lo vio apretar los dientes.

—Lo importante es que tú estés a gusto —dijo en un tono seco.

—Coletitas —agregó Lexi por él.

—¿Qué?

—Lo importante es que tú estés a gusto, coletitas —sonrió mordaz—. Ahora que por fin tienes un motivo para usarlo en cada frase…

—Ah, es verdad, que llevas coletas —ironizó—, ni me había fijado.

Lexi rio de forma cantarina y tuvo la sensación de que aquellos ojos azules brillaron aún con más fuerza.

—Pues ese era el motivo principal, Luke —le recordó—, el resto es solo atrezo de acompañamiento.

—Genial, pero con las coletas me conformo —afirmó—. Ponte algo encima, a ver si con la tontería vas a coger un catarro.

—Hace calor aquí, Luke —se giró y caminó hacia la nevera—, ¿tú no tienes calor?

—No, ni un poquito —declaró aparentando tranquilidad.

—Entonces debo de ser yo —suspiró, y se agachó un poco simulando querer aprovechar el frescor de la nevera—. *Uf*, estoy ardiendo, igual tengo algo de fiebre.

Casi le daba miedo volverse y descubrir que él había mirado para otro lado mientras ella… se refrescaba, pero él no la defraudó. Tenía sus ojos puestos justo donde se suponía que debían estar y la observaba sin ningún tipo de pudor.

—Eh, sheriff, ¿dónde está mirando?

—¿Quieres la verdad? —Ella asintió—. Me preguntaba si habrías tenido el descaro de no ponerte bragas.

Lexi se acaloró de más y fingió escandalizarse.

—¡Toda colegiala que se precie lleva bragas!

«Joder, ¿cómo no se me ha ocurrido quitármelas?», se preguntó, y ella misma se ruborizó por sus pensamientos. Era evidente que el calor comenzaba a freírle el cerebro.

—Pero si que las lleve es un problema para ti…

—No, a mí me da igual —se apresuró a asegurar Luke—, era mera curiosidad.

Se giró hacia el otro lado de la encimera para seguir mirando su móvil, y parecía muy tranquilo.

Lexi se acercó a la barra y tomó su taza.

—¿Café a estas horas? —se extrañó—. ¿No piensas dormir o qué?

—Prefiero estar alerta.

—Ah, genial, supongo que me tocará vigilar a mí por la mañana —lo miró con un gesto crítico—, ¿o ahora eres inmortal y no necesitas perder el tiempo en nimiedades como dormir?

Luke posó sobre ella una mirada hastiada.

—¿Puedes dejarme en paz?

Encogiéndose de hombros, Lexi cogió su taza.

—¿Qué haces?

—Solo quiero un sorbito —informó—, ¿me sujetas la piruleta?

Le tendió el caramelo, que, para su asombro, Luke tomó con la boca.

—¡Eh! —protestó Lexi, pero en el fondo… aquel simple gesto la excitó de forma inevitable —. ¡Devuélvemela!

—¿O qué? ¿Vas a golpearme con un bate, Harley?

Ella recortó la distancia, tiró del palo de la piruleta, que él le permitió recuperar, y devolvió el caramelo a su boca sin dejar de mirarlo. Los ojos de ambos refulgían como centellas.

—Nada va a terminar como pretendes, Lexi —anunció Luke, ahora mucho más serio—. Déjalo ya.

No pudo evitar desmoralizarse un poco, ¿se estaba pasando? Durante unos minutos, le había parecido que él estaba receptivo.

—Cámbiate de ropa, Lexi —exigió en un tono imperativo—. Te aseguro que el largo de tu falda no me afecta.

La chica lo miró con obstinación.

—Entonces, ¿qué más te da que la lleve puesta?

—Es que no procede.

—Ah, que no procede… —canturreó burlona, e hizo un gesto irónico—, haber empezado por ahí. ¿Me la quito entonces?

—Sí.

—Sin problema.

—Gracias.

Lexi se bajó la falda y se la sacó por los pies sin moverse de donde estaba.

—De nada —replicó, poniéndola sobre la encimera frente a él—. ¡Qué cansino eres!

Suspiró, resignada, y caminó de nuevo hacia la nevera con total tranquilidad, como si no llevara puestas las bragas más provocativas del mundo, vistiendo el trasero más perfecto que alguien pudiera imaginar.

Con un gesto de indiferencia, bebió agua y pasó ante Luke dispuesta a salir de la cocina con la cabeza en alto, pero… una mano de hierro la retuvo de la muñeca con determinación.

—Eres una cabrona —susurró Luke en su oído con una voz de ultratumba.

El corazón de Lexi se aceleró y todo su cuerpo rugió de deseo contenido.

—¿Sí? ¿Y es delito?, ¿piensa a hacer algo al respecto, sheriff? —se atrevió a preguntarle, sintiendo su aliento en la oreja.

—Solo me has dejado una opción. —La obligó a girarse hacia él y clavó en sus ojos una mirada turbia, empañada de lujuria.

Lexi tragó saliva. No se atrevía a preguntar, a hablar… ni siquiera a moverse, aguardando su siguiente movimiento.

Luke llevó las manos a su pelo, le quitó ambas coletas y revolvió su cabello mientras ella se dejaba hacer sin protestar. Se limitaba a mirarlo con los ojos en llamas, las mejillas encendidas y los labios entreabiertos aguardando mucho más.

—Jamás podré volver a llamarte coletitas sin recordar este momento —musitó, acariciándole el rostro—. Eres… la imagen misma del pecado en este instante.

—¿Y… quieres pecar? —se aventuró a preguntar.

Sin apartar sus ojos de los de ella, las manos masculinas descendieron ahora por su cuerpo hasta el nudo de la camisa y lo deshicieron en silencio. Lexi empezó a inquietarse aguardando su respuesta; si él acababa echándola a un lado y aquello solo era una estratagema…

—Luke, si lo que pretendes es vengarte por todo esto…

Él interrumpió la frase tirando de los picos de la camisa con fuerza, provocando que los únicos dos botones con los que permanecía cerrada saltaran por el aire. Lexi gimió y sintió que la lujuria más fiera estallaba en su interior junto con los botones, y un deseo acuciante, primitivo, se instaló entre sus piernas.

—Vengarme es tentador —admitió el sheriff mientras metía sus manos por dentro de la camisa para acariciar la tibieza de su piel, sin dejar de mirarla a los ojos—, y sabes que te lo mereces…

Subió las manos ahora hasta sus hombros y tiró de la camisa hacia abajo muy despacio.

—…pero será una venganza dulce para ambos —murmuró, mordiéndole con suavidad un hombro mientras terminaba de despojarla de la camisa del todo.

Lexi se estremeció, y él ascendió por su cuello en busca de su boca, que lo aguardaba con los labios entreabiertos, deseosa de saborear los suyos. Luke mordisqueó con cuidado sus labios… mientras estrechaba el abrazo cada vez más.

—Dios, Lexi, me vuelves loco… —rozó la nariz con la suya—, y ya no tengo fuerzas para seguir resistiéndome.

Aquello sonó a música celestial para ella.

—Entonces deja de hacerlo —rogó—, porque yo… me muero de ganas de que desates tu locura conmigo, Luke, para que la mía parezca algo más cuerda…

Él posó sobre ella una mirada brillante que le prometía enloquecerla hasta el delirio.

—Y ¿cuánta locura estimas necesaria para… saciar la tuya? —interrogó mientras sus manos descendían por su espalda hacia su trasero.

—Toda la que puedas darme hasta caer exhaustos —jadeó sobre sus labios.

Luke llegó a su trasero y la atrajo contra su erección con fuerza, arrancándole un gemido.

—Vaya, sheriff, ¿siempre lleva usted el móvil en el bolsillo? —ronroneó, frotándose contra él

—En realidad —sonrió, y lamió sus labios—, siempre me alegro de verte.

Y ya no pudo seguir conteniéndose. Asaltó su boca con la misma hambre de siempre, una tan voraz que daba igual cuánto se hubieran prometido ir más despacio, porque el mundo de ambos se disipaba a su alrededor en cuanto sentían el sabor del otro en los labios.

Luke la izó sobre sus caderas y caminó con ella hacia el salón mientras sus lenguas danzaban desesperadas entre gemidos de placer. El ardiente deseo crepitaba entre ellos con un punto de urgencia inevitable.

—Lexi, yo… —la sentó sobre la mesa del salón— querría tomármelo con más calma esta vez…

—Por favor, dime que ahora viene un pero… —gimió llevando ya las manos hasta su cinturón—, porque no me importa nada empezar por el final.

Luke sonrió sobre sus labios y volvió a besarla.

Y mientras ella buscaba su tesoro más preciado dentro de sus pantalones, Luke se centraba en quitarle el sujetador y devorar sus pechos con avidez…, una avidez que Lexi disfrutó hasta el

punto de renunciar a sus vaqueros para abandonarse a lo que aquella boca caliente y experta provocaba en su cuerpo. Metió las manos entre su pelo y se deleitó no solo con sus caricias, sino con el momento de éxtasis del que él parecía disfrutar en ese instante.

—Dios, Lexi, sueño con devorarte así cada noche… —jadeó, usando las manos y la boca de un modo experto—, desde… hace demasiado tiempo.

Lexi suspiró frente a sus palabras y reclamó su boca, que regresó a sus labios para seguir devorando con ansia cualquier parte de ella. Después, la instó a levantarse un poco, lo justo para tirar de sus braguitas, que le quitó con apremio. Tras eso, una de sus manos ascendió desde el tobillo hasta sus muslos, acariciando su piel de seda, hasta… perderse en aquella parte de ella que reclamaba sus caricias ya a gritos, empapándose al instante de su excitación.

—Dios, Lexi…, esto es…

—Por ti —jadeó—, siempre estoy y estaré así para ti —gimió cuando él apenas rozó su clítoris y no pudo contenerse, estalló en cientos de destellos de colores sin remedio, balanceándose sobre sus dedos, jadeando extasiada.

—No me canso de verte culminar tu éxtasis —confesó Luke, y reclamó sus labios de nuevo.

Lexi no había podido descender del todo aún, su cuerpo ardía como la leña seca mientras se mecía en una nube de deseo.

Tironeó de la camisa de Luke con manos temblorosas y él la ayudó a quitársela, y por fin se deleitó paseando sus manos sobre aquel torso firme que se moría por acariciar, por besar… Cuando los pantalones siguieron el mismo destino que la camisa, Lexi metió la mano entre sus piernas y tomó su erección con fuerza por encima de sus calzoncillos, besándolo con ardor de nuevo.

—Quiero más —gimió en su oído cuando Luke abandonó sus labios para besarle el cuello.

—Y voy a darte mucho más —aseguró casi en un susurro.

La tomó entre sus brazos y caminó solo unos metros para tumbarla en el sofá, donde sus cuerpos, ya desnudos, ardieron al contacto con el del otro por primera vez… Lexi reclamó sus labios y suplicó:

—Tómame, Luke.

—Aún no.

—Sí, sí…

Intentó llegar hasta su dureza, pero él le retuvo la mano y susurró en su oído.

—Necesito… probar el resto de ti —Lexi se estremeció—, me muero por… saborear cada centímetro de tu cuerpo. —Descendió por su cuello hasta sus pechos, que lamió de nuevo, pero esta vez no se detuvo ahí, continuó bajando por su abdomen…

Cuando al fin metió la cabeza entre sus piernas, ambos dejaron escapar un gemido intenso, y para Lexi dio comienzo ahora uno de los momentos más fascinantes de toda su vida. La maestría con la que Luke usaba los dedos, la boca, la lengua… sobre su parte más íntima resultaba enloquecedora, hasta el punto de llevarla hasta el delirio una y otra y otra vez. Era como si él estuviera dentro de su cabeza y supiera a cada segundo qué deseaba, cómo, con cuánta intensidad. Y cuando flotaba ya en una nube de deseo tan irracional que parecía volar de un orgasmo a otro igual que si tuviera alas, Luke la sorprendió ascendiendo por su cuerpo, ya del todo desnudo, y se hundió en su interior de una embestida certera, que Lexi acogió y festejó con un grito de euforia.

—Oh, Lexi…, eres… tan cálida… —jadeó en su oído, moviéndose de una manera tan exquisita que la llevó hasta la cima y la mantuvo jugando al borde del abismo durante lo que pareció una eternidad, alcanzando cotas de deseo que amenazaron con enloquecerla para

siempre…

…y él no parecía estar mucho más cuerdo…, sino flotando en un éxtasis total y absoluto, que ella casi podía sentir como propio, como si en aquel momento fueran uno solo, sumergidos en la locura y dispuestos a dejar que los arrasara hasta las últimas consecuencias…; y las consecuencias fueron brutales y abrumadoras. El clímax llegó al unísono, y compartieron una caída libre de infarto que arrasó con cualquier atisbo de raciocinio que les quedara, y que ambos proclamaron a los cuatro vientos.

Tardaron en poder hablar. Y no solo era que estuvieran exhaustos, sino también perplejos. La intensidad de lo sucedido era… casi mágica.

—¡Mamma mía! —proclamó Lexi cuando creyó poder articular palabra.

Luke rio y Lexi insistió:

—¿Se te ocurre alguna expresión tipo… *puto alucine* que describa…?

—Nada de lo que diga estará a la altura. —Sonrió y beso sus labios de nuevo—. No hay palabras suficientes.

Luke se acomodó sobre un costado mientras ella se acurrucaba junto a él. Llevó la mano a su brazo herido y acarició la zona con dulzura.

—¿Te duele?

—¿Dolerme? Si estoy anestesiada ahora mismo —repuso emocionada por su preocupación —. Sigo en trance.

Él esbozó una sonrisa enorme, volvió a besarla y después la miró algo más serio.

—Lexi…

—No.

—Si no he dicho nada aún.

—Por el tono, ya te veo venir —declaró mientras le acariciaba el torso desnudo—, y no voy a permitir que te eches atrás de nuevo

—Pero…

—Sin peros —interrumpió, y montó una de sus piernas sobre sus muslos—. Voy a aguardar con mucha paciencia a que te recuperes, y después será mi turno para… degustar todo lo que tengas para ofrecerme —lo miró con los ojos teñidos de deseo de nuevo—, y al acabar volveremos a empezar, y así hasta que entre la madrugada —suspiró—, y en ese punto quizá te deje dormir algo, pero poco rato.

Luke sonrió y la miró sin disimular cuánto le gustaba aquella idea.

—Me parece perfecto, lo que me lleva a mi «Lexi» inicial.

Ella lo miró con el ceño fruncido y guardó silencio, a la expectativa.

—Iba a decir, señorita exigente, que creo que llegó el momento de probar una cama.

Lexi suspiró ilusionada.

—Eso sería genial, sí —se ruborizó un poco—, entonces ¿no ibas a poner ninguna de tus trabas?

—Para lo que me sirven… —sonó resignado, y ella rio—. Si vas a distraerme de todas formas, al menos quiero algo a cambio —le acarició el rostro con ternura, y ahora sí se puso serio—, pero Lexi…, tenemos que intentar estar alerta, por favor, no nos podemos permitir bajar por completo la guardia y olvidarnos del todo del motivo por el que estamos aquí.

—Vale.

—¿Sí?

—Sí a todo —sonrió—, aprovecha para pedirme lo que quieras, me siento dadivosa.

Él fingió sopesarlo.

—Quiero recuperar mi cuarto.

—Eso tendremos que negociarlo. —Lo miró con picardía.

—No, me temo que eso no es negociable —clavó en ella una mirada de pura lujuria—, regresaré a mi cuarto… y te obligaré a compartirlo conmigo.

Lexi resopló.

—No sé si debería ponerme tanto escucharte decir algo así.

—No estaría mal que te sintieras violenta por algo de vez en cuando. —La miró con una divertida expresión de crítica—. Hablemos del numerito de la colegiala…

—¡No! —Lexi escondió la cabeza en su pecho, fingiendo lloriquear.

Luke rio a carcajadas.

—¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

—La abstinencia, que es muy mala —confesó—, y, lo siento, pero yo no tengo tu autocontrol.

—Oh, sí, mi autocontrol es ejemplar —ironizó divertido—, el problema es que acaba en cuanto me miras con los ojos nublados de deseo, y ya solo puedo pensar en darte lo que me pides a gritos. —Lexi sonrió feliz, le encantaba escucharlo decir cosas así—. Mi cuerpo va por libre y me traiciona sin que pueda controlarlo, justo como en este momento…

—¿Ahora? —Se frotó contra él para comprobarlo y lo miró como un gato relamiéndose los bigotes antes de pegarse un festín.

—Joder, Lexi, no me mires así… —rogó mientras paseaba ya su mano por su cuerpo—, que me gustaría llegar a la cama esta vez.

Sin previo aviso, Lexi hizo acopio de fortaleza, salió de sus brazos y se puso en pie, aunque no estaba preparada para la visión de él, desnudo por completo, con el emblema de su deseo por ella palpitando entre sus piernas.

—Dios, Lexi, ¡cuánta belleza! —La miraba él de arriba abajo, embelesado—. Eres digna de admirar…

—Espero que quieras hacer mucho más que eso —ronroneó—, porque yo… tengo hambre, y por mucho que me fascine esa imagen de póster porno que presentas en este momento —se mordió los labios—, prefiero el formato vídeo.

Lo vio llevarse la mano a su erección sin ser ni consciente de lo que hacía, y aquello la trastocó demasiado.

—¿Vienes o vuelvo al sofá? —interrogó, ronca, avanzando de nuevo hacia él.

Luke clavó en sus ojos una mirada de lujuria que se hizo eco en ella. Se puso en pie, la atrajo de la cintura y la montó sobre sus caderas al mismo tiempo que devoraba su boca en profundidad, sin miramientos. Después, antes de tener la tentación de dejarse caer de nuevo en el sofá, caminó con ella en brazos hasta su alcoba.

—Dios, una cama, por fin —susurró Lexi en su oído, aprovechando para lamerle el lóbulo de la oreja.

—Oye, siento… traer al matemático en este momento —murmuró Luke sin dejar de acariciarla—, pero no podemos seguir sumando porcentajes, te aseguro que la noche va a ser larga. ¿Lo del anillo…?

—Lo llevo puesto, pero aún no es fiable del todo —reveló.

—Entonces deja que vaya a… por algo…

—¿Ha traído condones a nuestro retiro, sheriff? —ronroneó—, y yo que pensaba que sus intenciones eran del todo honestas…

Luke recorrió su cuerpo con las manos.

—Ni intentándolo podía engañarme tanto —admitió, y cometió el error de besarla de nuevo.

Un minuto después la tumbaba en la cama y se olvidaba por completo del matemático.

—Luke, abre la mesilla —rogó Lexi entre jadeos ya incontrolables, luchando para no perder del todo el norte aún.

—¿Qué…?

—La mesilla. —Señaló.

A regañadientes, Luke alargó la mano y obedeció, topándose con una caja de preservativos que miró asombrado.

—¿Treinta y seis? —Miró a Lexi con una mezcla de deseo y suspicacia—. Dime que no es cortesía del hotel Palazzo di Luna.

Lexi sonrió con una expresión culpable demasiado obvia.

—¡Lexi!

—Seguro que los tenían a montones dentro de esa maleta —opinó—, y este paquete está cerrado, y tenemos suficientes para… ¿un par de días?

Lo miró poniendo morritos y Luke acabó riendo.

—Eres única, Lexi Michaelson —declaró, desprecintando la caja—, rompieron el molde contigo.

Lexi posó sobre él una mirada sensual, y Luke se apresuró a abrir la caja. Sacó un preservativo y lo lanzó sobre la cama, pero cuando fue a cerrar el envase…, la miró de arriba abajo, lo abrió de nuevo y extrajo dos más, tres cuando ella se mordió los labios, cuatro cuando una carcajada le quebró la voz…

—Dios, Luke… —dijo enronquecida, abriendo las piernas en silenciosa invitación—, creo que vamos a tener que empezar por un *pero*…

Él acabó poniendo la caja bocabajo y vaciándola completa sobre la cama. Después se lanzó sobre ella, que rio con fuerza, contagiándolo en el acto…

…hasta que la risa fue dando paso a otro tipo de complicidad…

∞∞∞

Compartir la cama con Luke tras el sexo resultó ser una experiencia casi igual de excitante. Poder conversar, bromear y reír a carcajadas mientras se robaban besos y caricias furtivas a cada instante era, para ella, el verdadero paraíso. Daría lo que fuera porque aquel momento durara para siempre. Se le escapó un suspiro cuando fue consciente de que no tenía ni idea de qué quería él, o de qué no quería, que era lo que más le preocupaba, pero se obligó a echar sus pensamientos a un lado y disfrutar del momento; y resultaba muy fácil ser feliz estando entre sus brazos.

En ese instante se centraban, divertidos, en los dos gatitos que jugueteaban un par de metros más allá, donde les habían puesto todas sus cosas.

El gatito blanco avanzaba ahora con sigilo, casi a ras del suelo, con los ojos fijos en su hermano, que jugueteaba despreocupado. Cada paso era cuidadoso, lento, mientras su cola se agitaba con suavidad de un lado a otro, acumulando toda su energía en silencio. De pronto, con un pequeño impulso, saltó sobre su hermano, lanzando un maullido agudo. El gatito negro se giró sorprendido y, en un instante, ambos rodaron por el suelo enredados en una nube de patitas y suaves zarpazos. Entre mordisquitos juguetones y giros, sus cuerpos se revolvían en una danza caótica y adorable, hasta que, agotados, quedaron tumbados uno al lado del otro, ronroneando

satisfechos.

—¡Son tan monos! —suspiró Lexi—. Podría mirarlos durante horas.

—El blanco es un trasto —sonrió Luke, observándolo con atención—. Seguro que es hembra.

—¿Y eso por qué?

—No hay más que ver lo tocapelotas que es.

Lexi le arreó un manotazo en un brazo, que Luke le sujetó entre risas.

—Pídeme perdón —exigió Lexi—, has insultado a todo el género femenino.

—Pídemelo tú a mí por pegarme.

De un impulso, Lexi se encaramó encima de él y lo miró con una expresión de guerrera aguerrida.

—Se lo advierto, sheriff —se meció sobre él—, voy a…

Sintió la erección bajo ella casi al instante y gimió.

—…decirle un par de cosas…

Luke se incorporó en la cama y se abrazó a su cuerpo, enterrando la mano entre su pelo.

—Tienes una lengua afilada —murmuró llegando hasta su boca—, por seguridad, será mejor que la mantenga ocupada…

La besó con avidez, y Lexi decidió… que era mucho más interesante perder aquella batalla y guardarse sus comentarios para después.

—Espero que no quieras seguir echándome la bronca —declaró Luke entre jadeos de agotamiento cuando ambos cayeron rendidos sobre el colchón tras mantener… una discusión intensa—, porque no sé si puedo seguir defendiéndome por esta noche.

Lexi rio.

—¿En serio? —tomó un puñado de condones de los que tenían regados por la cama y los tiró hacia arriba—, pero si aún nos quedan por lo menos treinta de estos…

—Tú quieres matarme —sonrió el chico, y llevó la mano a su pelo para quitarle algo que brillaba entre los mechones—, ¿qué es esto?

—¿El qué?

Luke tomó el minúsculo objeto entre los dedos y se lo mostró a la chica, que lo miró con curiosidad.

—Es una Nano-SIM —anunció—, ¿de dónde ha salido?

—Mía te aseguro que no es —repuso Luke mirándola con atención—. Creo que ha caído al lanzar los condones al aire.

Ambos se miraron con cierta perplejidad.

—¿Crees que estaría dentro de la caja? —se preocupó Lexi.

Luke se incorporó y buscó la caja de cartón por la cama. Después, le dio varias vueltas entre sus manos hasta encontrar una minúscula abertura en el precinto del culo de la caja, que él no había quitado del todo al abrirla. Se lo mostró a Lexi.

—¿Crees que pudieron meterla por ahí? —interrogó el chico.

—Por ahí cabe —opinó—, la cuestión es por qué carajos metería alguien una SIM en una caja de preservativos.

—¿Para esconderla? —planteó Luke—. Y muy bien, porque jamás se te ocurriría mirar en un sitio así, y menos en una caja precintada —frunció el ceño—, lo que me lleva a pensar…

—Que esconde algo importante —completó Lexi por él.

Se miraron en silencio un par de segundos, y después ambos saltaron de la cama a la velocidad del rayo. Luke apenas se puso unos calzoncillos con unos pantalones deportivos, y

Lexi una camisa junto con sus braguitas, y así corrieron al despacho en busca del ordenador para poder descifrar el misterio…

…un misterio mucho más grande de lo que ambos jamás esperaron encontrar en algo tan pequeño…

Capítulo 45

Lexi rebuscó en su bolsa y sacó un diminuto USB, con una ranura apenas visible en un lateral, donde insertó la tarjeta.

—Espero que funcione.

Se sentó sobre las piernas de Luke, que se había asegurado una primera fila en la silla de escritorio frente al ordenador, y metió el USB.

Ambos aguardaron, expectantes, a que el PC reconociera la tarjeta.

—Hemos tenido suerte —declaró Lexi cuando un pequeño indicador LED parpadeó al detectarla. Y un par de segundos después, el dispositivo hizo un sonido de conexión.

Con unos rápidos clics, Lexi abrió una ventana de exploración de archivos, que inspeccionaron con atención.

—Aquí no hay mucho —dijo, deslizando la mirada por el monitor—, unos mensajes, un par de contactos sin nombres y algunas llamadas recientes.

—Pues qué desilusión —se quejó en un tono de fastidio—. ¿Podemos saber al menos de quién es la tarjeta?

—Podemos saber muchas cosas más aún, sheriff, la paciencia es una virtud —y sonrió con los ojos brillando de emoción contenida—, a veces las mejores pistas están en los detalles, ya lo sabe. Mira esto…

Señaló un contacto guardado como 857.213.109

—¿Un número de teléfono? —Frunció el ceño—. No me suena para nada ese prefijo, no es del estado de Kentucky.

—Yo apostaría… —miró la pantalla muy concentrada— a que ni siquiera es un número de teléfono. —Sus dedos volaron por el teclado con precisión—. Podría ser una dirección IP, voy a probar algo.

Unos pocos segundos después, la pantalla mostró un aviso: conexión establecida. Lexi soltó un gritito de dicha.

—Dios, me encanta cuando haces ese sonido —repuso Luke, besándole el cuello, sin dejar de mirar la pantalla por encima de su hombro—, significa que has encontrado algo.

—Sí —suspiró, se giró hacia él y le plantó un beso en la boca—, acabo de acceder a un servidor con una lista de archivos —contó—, pero tendrás que darme unos segundos para ver si hay alguno interesante —murmuró, explorando el contenido con rapidez.

Luke miraba el monitor con atención.

—Abre ese —señaló—. *Acc_fondosnem*.

Cuando clicó en el archivo, observaron la pantalla con perplejidad.

—¿Eso son extractos bancarios? —interrogó Luke tras consultar varios—. ¿De dónde?

—Este es de la cuenta de Greyson Donovan —afirmó Lexi con asombro—, y el resto… son movimientos de dinero entre diferentes cuentas, adivina el importe —sonrió.

—¿Millón y medio?

—¡Millón y medio! —confirmó eufórica.

—¡No me lo puedo creer!

—Créelo, aquí están todas las cuentas de origen y destino, incluyendo la que abrieron a

nombre de Némesis —prestó atención a las fechas y confirmó—, y sí, todas las transferencias se hicieron el día del robo.

Luke no daba crédito.

—¿Y por qué coño no borraron el rastro?

—Creo que lo hicieron, porque nada de esto está en el PC de Donovan —informó—, pero se quedaron con una copia que creyeron guardar a buen recaudo.

—¿En una caja de condones? —La miró con el ceño fruncido—. Es del todo absurdo.

—No es un mal escondite —opinó—, la caja estaba precintada, ¿quién iba a buscar nada ahí?

Casi pudo escuchar pensar a Luke, que miraba la pantalla con un gesto de lo más concentrado.

—¿Qué?

—Tienes razón en que es un buen escondite —reconoció—, pero momentáneo. —Lexi se giró a mirarlo y Luke argumentó—. Creo que Donovan le hizo llegar a alguien esta información ese mismo fin de semana, durante los previos a la boda.

—Y usaron el mejor escondite que tenían a mano —completó por él.

—¿No tiene sentido?

—¡Ya te digo que lo tiene!

—Pero no contaron con tu afición a… los condones.

—¡Eh! —protestó—, eso no suena nada bien, me hace parecer una pervertida.

Entre risas, Luke se rectificó.

—¿Tu afición a meterte en follones? —La miró con una expresión divertida, que Lexi también condenó—. Ya lo tengo: no contaron con tu irresistible encanto para desentrañar misterios incluso sin pretenderlo.

—Eso me gusta un poco más.

—Me alegró. —Le besó los labios con apremio y frunció el ceño, reparando en algo—. ¿Quién narices se alojaría en esa habitación? Además de un pervertido, me refiero. —Sonrió recordando aquella maleta—. ¿Podemos saberlo?

Lexi lo miró con una expresión divertida.

—¿Quieres decir que si puedo volver a saltarme unas cuantas leyes y colarme de nuevo en el ordenador del hotel para consultarlo?

Rio cuando Luke le devolvió una expresión de fastidio.

—¿Puedes? —acabó preguntando a regañadientes.

—Podría, sí, pero no hará falta —admitió—. Me descargué el archivo cuando aquel día buscaba la de Donovan, por si acaso —contó—. Pero lo encripté y lo guardé en la nube. Vamos a terminar con la SIM primero y lo miramos, ¿te parece?

—Me parece, sí. —La contempló sin ocultar su admiración.

Lexi se centró de nuevo en la pantalla y clicó varios archivos más, hasta que llegó a uno llamado *loc_final*, que les llamó mucho la atención.

—Esto parece prometedor. —Abrió el archivo y en la pantalla aparecieron unas coordenadas y una clave de autenticación para una cuenta en línea.

—¿Eso qué es?

Lexi, de repente nerviosa, puso todos sus sentidos en la pantalla.

—Creo que es un acceso directo al dinero robado. —Sus dedos volaron por el teclado. Copió la clave y abrió otra ventana en el navegador—. Hasta hace apenas cuarenta y ocho horas, el dinero estaba en esta cuenta. Lo transfirieron a otra el domingo por la noche.

—En cuanto fueron conscientes de que había desaparecido la caja de preservativos donde estaba la SIM con la información.

—Correcto.

—¿Y por qué pareces contenta?

—Porque lo que se hace con prisas, no se hace bien, Luke

Se movió de nuevo por el teclado a una velocidad de vértigo. Era evidente que estaba disfrutando mucho de aquel momento.

—Aquí está —casi gritó eufórica unos minutos después—. Tengo la cuenta con el dinero, y con un poco de suerte, podré sacar todo antes de que descubran que estamos dentro.

—¿Puedes trasladarlo? —Una mezcla de sorpresa y admiración se reflejó en sus ojos.

—¡Ni lo dudes!

Durante unos tensos segundos, en los que ambos permanecieron en silencio, Lexi se movió de nuevo por el teclado y envió los fondos a una cuenta segura. Un par de clics más tarde señaló:

—¡Observa! —Apretó la tecla *return* y el balance de la cuenta cayó a cero—. ¡Así se recupera millón y medio de dólares, sheriff!

Luke soltó una exclamación de entusiasmo.

—Joder, pececillo, acabo de empalmarme —repuso, y Lexi rio a carcajadas—. Creo que vas a seguir teniendo suerte esta noche.

Muy animados, siguieron consultando el resto de información que había en la SIM, por si se les había pasado algo importante.

—Aquí no hay nada más —declaró Lexi unos minutos después.

—¿Y te parece poco? —Sonrió el sheriff—. Ahora podremos negociar con Donovan. Le tenemos contra las cuerdas y todas las pruebas están en esa tarjeta.

Lexi asintió y se le pasó una locura por la cabeza.

—Luke, ¿crees que es posible que vengan a por nosotros no por ser Némesis, sino por haberme llevado esa tarjeta? —Se le ocurrió de repente.

Él contempló aquella opción.

—Bueno, es rebuscado, pero posible —titubeó un poco—, aunque son demasiadas coincidencias, me temo.

—Sí, es verdad, además, nadie puede saber que nosotros nos la llevamos —opinó, desechando la hipótesis—. No hay cámaras en las plantas. Fue lo primero que comprobé al volver, por si debía borrar las imágenes.

—Joder, qué precavida.

—Bueno, aprendí la lección con lo de Silver —se le escapó—. Pasé un mal rato hasta que pude deshacerme de… —se interrumpió sola—. ¡Uy, pues se está quedando buena noche!

—No me lo puedo creer —suspiró resignado y la instó a volverse—. ¿Borraste esas imágenes? ¿Por eso Silver no pudo denunciarte?

—Eh…, puede ser.

Luke frunció el ceño.

—¿Y cómo? Porque te lo dije en el establo y luego te… puse las esposas… —Lexi se mordió los labios mientras era consciente del momento en el que él ataba todos los cabos—. ¡Qué cabrona!

—A ver, no podía arriesgarme a…

—¡Por eso te empeñaste tanto en que te detuviera!

—Eso fue idea tuya.

—Y tú lo aprovechaste.

—Es que necesitaba el nombre de la empresa de seguridad —argumentó, como si aquello fuera una excusa válida—, de haber tenido mejor memoria, Luke…

—Si todavía tendré yo la culpa.

—Bueno…

—¡Usaste mi ordenador para borrar las imágenes! —Sonaba enfadado—. ¿Qué habría pasado si Morgan lo hubiera descubierto?

—¿Morgan? No me hagas reír —replicó frente a su gesto de irritación—. A ver, es buen chico, pero no es un lumbreras.

—Te recuerdo que descubrió quién eras —sonrió irónico—, a lo mejor no eres tan lista como crees.

Lexi soltó un improperio y se puso en pie, él se levantó tras ella.

—Vale, insúltame si eso te hace sentir mejor, pero tenía que borrar esas imágenes, Luke —lo enfrentó—, ¿qué querías que hiciera.

—No tratarme como a un gilipollas habría sido genial.

—¿Permitiendo que Silver me metiera en la cárcel?

—¡Yo mismo tendría que haberlo hecho!

—Todavía estás a tiempo —dijo irritada.

—No me tientes.

—¿Eso es una amenaza?

—Pues sí, lo es. —Avanzó hacia ella y Lexi reculó hasta topar contra la mesa.

Se contemplaron con los ojos echando fuego. Ella le miró los labios, él la atrajo de la cintura…

—Joder, ¿cómo es posible que me ponga hasta discutir? —suspiró, apoyando la frente sobre la suya—. Creo que en este momento tengo las mismas ganas de estrangularte… que de follarte duro.

Aquellas palabras tuvieron el efecto de la gasolina sobre un incendio.

—¿Y qué piensas hacer? —interrogó, frotándose contra él, con un punto de excitación fuera de toda lógica.

En respuesta, Luke la atrajo con fuerza hacia su dureza. Después, sin dejar de mirarla a los ojos con una mezcla de deseo e irritación, sacó un condón del bolsillo del pantalón y abrió el envoltorio con los dientes.

Aquellos segundos previos a lo inevitable convirtieron su sangre en lava. Luke la instó a girarse, la abrazó por detrás y apretó las caderas contra sus nalgas. Lexi soltó un gemido de anticipación mientras se abandonaba a él, y su lujuria se disparó de un modo salvaje cuando tiró de sus braguitas con fuerza, sin miramientos, hasta sacárselas por los pies.

No se molestó en quitarle la camisa, solo la instó a inclinarse un poco sobre la mesa y se hundió en ella de una certera embestida, que a Lexi casi la arrastró al abismo. El punto de excitación era tal que ya no se tenía del todo en pie, así que apoyó la espalda sobre su pecho con abandono mientras él le besaba el cuello y gemía en su oído, extasiado. Lexi giró la cabeza todo lo que pudo buscando su boca, de la que él bebió con ardor.

—Oh, joder…, Lexi… —declaró lamiendo sus labios, sin dejar de moverse entre sus piernas —, ¿cómo puedo desearte así… de nuevo…?

Ella respondió a sus palabras con un gemido intenso mientras intentaba profundizar mucho más dentro de su boca, aunque la postura no era la más cómoda para eso. Luke pareció leerle el pensamiento, en ese instante salió de su interior, la instó a girarse y volvió a tomarla por delante sin demora. Lexi le rodeó las caderas con sus piernas y lo besó con abandono mientras él

caminaba hacia el sofá y cogía asiento, arrastrándola con él, sin salir de entre sus piernas en ningún momento, sentándola a horcajadas sobre su erección. Cuando ella pudo tomar el control y comenzó a moverse, se sintió extasiada. Luke tenía las manos sobre sus caderas y se dejaba cabalgar abandonado por completo a las sensaciones, a ella, hasta que ninguno de los dos pudo más y visitaron de la mano el paraíso.

Cuando todo quedó en calma, aún jadeante, Luke la miró a los ojos.

—Nunca vuelvas a ocultarme nada, Lexi —rogó casi en un susurro.

Ella asintió.

—En ese momento no podía decírtelo —le recordó—, y luego se me ha pasado, no ha sido premeditado.

—Pues si hay algo más que aún no me hayas contado… —insistió—, este es un buen momento.

«Te amo», era todo lo que restaba por decir, su corazón quería gritarlo a pleno pulmón, pero sabía que él aún no estaba listo para escucharlo.

—Si recuerdo algo, te lo diré —propuso.

Él asintió y se concentró en quitarse el preservativo. Lexi se mordió los labios con cierto nerviosismo, y se aventuró:

—¿No crees que la confianza debería ser recíproca?

Luke no se hizo el tonto, soltó aire con fuerza, pareció valorar la cuestión y asintió. Después, la ayudó a acomodarse en su regazo, donde la acunó con dulzura entre sus brazos.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, acariciándole el dorso de la mano.

A Lexi había algo que la atormentaba desde hacía tiempo y estaba segura de que él esperaba justo aquello.

—Tu padre… —hizo una pausa y al fin se atrevió—: ¿fue Silver quien lo mató?

Luke apretó los dientes y un destello de dolor cruzó su rostro.

—Sí.

La chica se estremeció, a pesar de que estaba convencida de aquella respuesta afirmativa incluso desde antes de preguntar.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde siempre —admitió—, pero jamás he podido demostrarlo.

Lexi aguardó a que siguiera hablando. No se trataba de que tuviera que hacerle un tercer grado, sino de que él quisiera compartir aquella historia con ella. Por fortuna, estaba preparado para hacerlo.

—Mi padre no era un santo, Lexi, y tampoco competía por la medalla a padre del año —empezó admitiendo con pesar—, pero no se merecía morir así. Jamás fue capaz de superar la muerte de mi madre, y su pena lo convirtió en un alcohólico, que solo encontraba un aliciente para vivir en el juego, algo a lo que también era adicto.

Sí, aquella parte no era del todo desconocida para Lexi, pero lo dejó seguir hablando.

—Al principio, se limitaba a las apuestas deportivas.

—En los establecimientos de Silver —adivinó.

—Sí, hasta que un día ese hijo de puta lo invitó a una de sus timbas de póker ilegales —explicó—, y ahí empezó el verdadero infierno para todos. —Hizo una pausa y continuó—. Durante años, se jugó todo lo que tenía, hasta que acabó con el último centavo de su cuenta bancaria y mi abuela tuvo que comenzar a cubrir sus deudas. Cuando eso pasaba, y Silver venía a reclamar sus ganancias, mi padre siempre decía que aquella sería la última vez, pero… ese cabrón le tentaba una y otra vez con préstamos y anticipos para que pudiera seguir jugando.

Lexi imaginaba lo duro que aquello habría tenido que ser para toda la familia. Por todos era sabido que el maldito Silver vivía de gente tan desesperada como Sammuel Keller. Sus locales de apuestas deportivas, que se suponían legales en Kentucky, escondían mucho más, que aquel tipo no tenía problemas en explotar.

—No sabes la de veces que tuve que ir a buscarlo a una de esas timbas a alguno de los locales de Silver, Lexi —declaró en un tono de angustia—. La de veces que tuve que arrastrarlo a casa con un ojo morado, dientes o dedos rotos…, o lo que Silver consideraba un aviso suficiente para que todos nos aseguráramos de que él recibía su dinero. —Apretó los dientes—. Dios, ya en ese punto te juro que odiaba a ese tipo con todas mis fuerzas, y me llevé más de una paliza de sus matones por intentar llegar hasta él. Hasta que un día lo logré, aunque solo pude calzarle una hostia antes de que él sacara una navaja con la que me rajó el brazo. —Mostró la cicatriz que Lexi siempre pensó que se había hecho al caerse desde la casa del árbol de Scott.

La chica estaba horrorizada, se abrazaba a él con fuerza intentando consolarlo.

—Tras eso, las cosas se pusieron muy feas en casa, Lexi —afirmó con pesar—. Mi abuela tuvo que terminar echando a mi padre del rancho para evitar que nos arrastrara a todos en su declive. —Tragó saliva y suspiró con tristeza—. Jamás la he visto llorar tanto y con tanta amargura como el día en que tuvo que pedirle que se fuera.

—Qué horror…

Luke asintió.

—Intentamos que se rehabilitara en varias ocasiones más, pero no hubo forma —confesó—. La policía lo encontró tirado en una zanja seis meses después de aquello.

Lexi asintió.

—Lo recuerdo —murmuró—. Lo apuñalaron, ¿no?

—Primero le dieron una buena paliza —contó con la voz impregnada de dolor—, incluso sin la puñalada, el forense nos dijo que era difícil que hubiera sobrevivido, lo reventaron por dentro.

Lexi se estremeció y le acarició el rostro con ternura.

—La navaja que le asestó la estocada final estaba en la zanja junto a él —reveló con una expresión de tortura—. Supongo que se le debió caer a su asesino y no logró encontrarla en la oscuridad de la noche.

—¿Y cómo sabes que…? —Se le atragantaron las palabras.

—¿Que fue Silver?

La chica asintió y aguardó a que Luke encontrara la fuerza para continuar.

—Porque era la misma navaja con la que me había rajado el brazo —explicó—. Uno de los policías que estaba peinando la escena era amigo de la familia y me avisó en cuanto hallaron el cadáver. Cuando llegué, aún no habían recogido las pruebas. Presencié el momento exacto en que encontraron esa navaja, y la habría reconocido en cualquier parte, era muy peculiar.

Lexi lo miró perpleja.

—¿Y se lo dijiste a la policía?

—Hasta hartarme, pero alguien… le consiguió a Silver el milagro de que no hubiera una sola huella en ella —confirmó—. No hubo forma de relacionarle con el arma, así que es evidente que existieron algunas irregularidades, además de hacerse la vista gorda por parte de todas las autoridades competentes —admitió con irritación—. El día que archivaron el caso por falta de pruebas fue el mismo que decidí entrar en los Marshall, dispuesto a trabajar duro para coger algún día yo mismo a ese cabrón.

—Y años después te postulaste a sheriff para estar más cerca —completó por él.

Luke asintió.

—Como sheriff podía centrarme más en él, en un ámbito más local, más cercano, pero ni así he conseguido probar nada en su contra; y te aseguro que a estas alturas me da igual por lo que sea, mientras pueda meterlo entre rejas por algo —soltó un improperio—. ¡No te haces idea de cómo tengo que controlarme cada vez que lo veo para no matarlo!

—Dios, Luke —recortó la distancia hasta su boca y lo besó con ternura—, lo siento tanto…

—Me enfermo cada vez que te veo enfrentarte a él, Lexi —repuso en un tono de angustia, abrazándola con más fuerza—. Por favor, necesito que te mantengas lejos de ese tipo. Te juro que no me olvidaré de Shadow, pero…

—Vale, vale —interrumpió Lexi, llegando hasta sus labios y besándolo para calmar su agitación—. Te prometo que no volveré a ese rancho. Intentaré buscar una solución a distancia para abrir esa puerta.

—¿Podrás?

—No lo sé —aceptó, ya no quería mentirle—. Según parece, es una cerradura con radiofrecuencia de alta potencia. Por la marca diría que funciona hasta unos doscientos metros —contó—. Debería estar dentro del rancho para poder abrirla.

—Lexi…

—¡Te juro que no me acercaré tanto! —insistió—. Es una promesa que te hago, para que puedas estar tranquilo.

Luke soltó aire y la miró con algo más de calma. Tras besarla con ternura unos largos segundos, confesó:

—Toda mi vida ha girado en torno a todo lo que pasó con mi padre, Lexi —declaró ahora mirándola con un gesto inquieto —, cada decisión que he tomado, incluso… en las cosas más nimias.

—¿A qué te refieres?

—No solo fue mi vida profesional la que se vio afectada —reveló—, mi vida personal también. —La miró a los ojos—. Él era un borracho, lo que lo llevó a su adicción al juego, y todo porque… jamás fue capaz de superar la muerte de mi madre, ni siquiera yo fui suficiente. La amaba tanto y con tal intensidad que enloqueció, Lexi, dejó de vivir junto con ella, el día que murió. —Tomó aire y siguió hablando con evidente pesar—. La vida de mi padre marcó la mía, y me dejó algunas lecciones que me grabé a fuego…: jamás bebo más de una copa, no juego ni al ajedrez y… —se le atragantaron las palabras, hasta el punto de que no pudo decirlas.

Lexi lo observó aturdida, con los ojos anegados en inevitables lágrimas que tuvo que esforzarse por contener.

—Y no te enamoras —completó por él—, porque el amor fue la causa de todos sus errores.

Él asintió.

—Tú no eres tu padre, Luke —le recordó Lexi—, y te mereces la dicha de tener una familia que te ame de forma incondicional.

—Lexi… —era obvia su desazón en aquel momento—, el riesgo es demasiado grande.

—¿Y no crees que merezca la pena correrlo?

Lo vio tragar saliva.

—Yo… aún no lo sé.

«Aún», aquello fue un matiz importante, que significaba que en algún momento se había hecho esa misma pregunta, algo que la llenó de esperanza.

—Por eso era tan reticente a dejarme llevar contigo —siguió confesando Luke—, no sé si puedo darte mucho más que sexo…

Aquello era otra duda, que a Lexi no le pasó por alto.

—…y tú no eres cualquiera, coletitas —sonrió con tristeza y suspiró—, pero mira dónde estamos.

Lexi lo miró intentando no sonreír como una idiota enamorada y se aventuró a provocarlo un poco:

—Entonces, ¿prefieres que lo dejemos aquí? —interrogó en un tono que pareció de lo más indiferente.

—¿Qué? —La miró perplejo.

—Bueno, ya nos hemos divertido —intentó incorporarse—, así que será mejor…

—¿Mejor para quién? —Tiró de ella hacia su regazo de nuevo y a Lexi casi se le escapó un suspiro.

—Mejor para los dos, Luke, mantenías relaciones esporádicas por algo, ¿no? —le recordó, arriesgando demasiado.

—Bueno, sí, pero…

—Creo que conmigo ya te has saltado todas tus reglas —opinó—, así que será mejor que…

—¡Ni se te ocurra terminar la frase! —protestó.

Lexi estuvo a punto de reír. Estaba tan mono con aquella expresión de desconcierto en el rostro… En cambio, al final lo miró muy seria.

—Luke, ¿qué pasa si yo estoy dispuesta a amarte hasta el día en que me muera?

Con una expresión extraña de perplejidad, mezclada con… una emoción que parecía inconfesable, Luke indagó:

—¿Me estás… diciendo que me amas?

Lexi dudó, con el corazón en la garganta, aquella era demasiada confesión en un momento muy delicado.

—¿Y si lo dijera? —preguntó con un ligero titubeo.

—¿Lo estás diciendo? —insistió Luke, que por algún extraño motivo parecía muy interesado en la respuesta.

Para Lexi era complicado salir de aquel atolladero. O le confesaba la verdad y se arriesgaba a que él corriera en dirección contraria, o mentía…, algo que no quería seguir haciendo.

Por suerte o por desgracia, el inconfundible sonido de una notificación muy peculiar entró en su teléfono móvil, que tenía conectado a su ordenador. Se incorporó de inmediato con una expresión de alerta.

—¿Qué pasa?

—Es Bowie, acaba de escribirme.

—Y eso no es bueno —entendió Luke.

—Nada bueno.

Capítulo 46

Ambos se levantaron y caminaron hacia la mesa del despacho de nuevo, donde un mensaje entrando a través del repetidor que solo Bowie usaba llamó su atención:

Cine Paradiso informa:
Oferta especial para
sus entradas.
Llame cuanto antes
para reservarlas.

Lexi consultó su reloj, comprobando que era bien entrada la madrugada, y frunció el ceño.

—Algo ha pasado —afirmó sin ninguna duda—, y no pinta bien.

Cogió asiento y se puso manos a la obra para hacerle a Bowie una videollamada segura, que su amigo no tardó ni dos segundos en contestar.

—¿Qué pasa?

—Ay, mi Nemo —lloriqueó Bowie del otro lado—, esto se está poniendo color de hormiga, es que…, bueno, de hormiga negra, claro, no de esas rojas que…

—¡Cuéntame, Bowie! —A veces la exasperaba un poco—. ¿Eso que tienes en la frente que es?

El chico se llevó una mano a la tirita y entonces Lexi también vio la venda del brazo.

—¿Qué te ha pasado? —se alarmó.

—Un tipo me ha atacado esta noche, amore, acabo de salir del hospital —confesó, y se adelantó a confirmar—, pero estoy bien, solo tengo dos puntos y un esguince en el brazo.

—¿Y dónde te ha atacado?

—En mi portal, justo antes de entrar —contó—. Me ha dicho que llegó el momento de ajustar cuentas, conmigo y contigo —sonaba aún nervioso—. Menos mal que justo llegaba Jossie…

—¿Jossie?

—El del supermercado, ¿te acuerdas?

—Sí.

—El de los congelados que…

—Que sí, Bowie, sigue contándome.

—Eso, que Jossie lo ha enfrentado y ha huido —explicó—, pero no sin antes decirme que ya me pillaría sin escolta —sonó asustado—. Ay, Nemo, qué está pasando, ¿quién sería ese tipo?

Lexi miró a Luke, muy preocupada, que le devolvió un gesto idéntico.

—No lo sé, Bowie, pero estamos en ello —aseguró.

—¿Estamos? —La miró confuso—. ¿Tú y quién más?

Luke se metió en plano ahora y saludó al chico con un gesto.

—¡Virgen santa del amor hermoso! —exclamó Bowie con su habitual descaro—. ¿Y tú de qué pedazo de cielo te has caído?

A pesar de lo serio de la situación, tanto Lexi como Luke sonrieron, reparando ahora en que

Luke tan solo llevaba puestos los pantalones y, a criterio de Lexi, incluso comedido había sido Bowie para la imagen que mostraba.

—Te presento a Luke Keller —dijo Lexi.

—¡¿El sheriff?! —casi gritó Bowie con los ojos fuera de las órbitas.

—Sí, el sheriff —respondió Luke por ella—. Céntrate, por favor, y dime, con exactitud, qué te ha dicho ese tipo.

Bowie tragó saliva.

—Ay, Nemo, parece un Dios griego, pero a mí me impone un poco —susurró, tapándose la boca, como si así fuera a conseguir que solo lo escuchara ella.

—No muerde, Bowie, cuéntanos, por favor —rogó Lexi.

Su amigo exhaló con fuerza.

—Ha dicho: ha llegado el momento de ajustar cuentas contigo y con tu amiguita la hacker —confirmó de forma textual—. Ay, diosito, ¿a qué crees que se refiere con lo de ajustar cuentas?

—No lo sé —confesó preocupada, y miró a Luke para susurrarle—, aún no le he contado nada sobre mis atentados.

—Debes decírselo, tiene que esconderse —opinó Luke

—Eh, ¿por qué estáis cuchicheando vosotros dos? —inquirió Bowie, suspicaz—. Hay algo que no me estás contando, Nemo, lo presiento.

Lexi no tuvo más remedio que hablarle de los dos intentos de asesinato que había sufrido ya. Bowie puso el grito en el cielo, y durante unos segundos largos tuvieron que dejarlo explayarse de forma histriónica.

—¿Y estás bien, amore? —Se centró al fin.

—Sí, pero escondida, lo mismo que tienes que hacer tú.

Bowie resopló abatido.

—Estoy en casa de Jossie por esta noche —informó—, pero yo no tengo un Kentucky al que huir.

—Entonces tendrás que venir al mío. —Se le ocurrió de repente.

—Lexi… —protestó Luke por lo bajo.

La chica le quitó el sonido a la llamada.

—Míralo bien, Luke —señaló—, ¿cuánto crees que sobrevivirá solo ahí fuera?

Esperó a que Luke contestara antes de añadir nada más, al que le costó dar su brazo a torcer:

—De acuerdo, pero tendrá que tomar precauciones para llegar hasta aquí.

—Le diseñaremos el camino entre los dos —sugirió.

—Llamaré a Alek para que le ayude —propuso el sheriff—. Él se asegurará de que pueda subirse a un avión sin dejar rastro.

Lexi asintió y volvió a ponerle el sonido a la llamada.

—Escucha, Bowie, vamos a mandarte a alguien para que te ayude a salir de Nueva York de forma discreta.

Su amigo escuchó con atención y asintió a todas sus peticiones sin objetar.

—¿Crees que es lo mejor, Nemo? —interrogó al final—, no quiero ponerte en riesgo.

—Empezamos juntos en esto —sonrió la chica— y saldremos juntos.

—¿Vivos?

—Sí, Bowie, vivos —afirmó.

«Espero».

—¿Has hablado con Minelli últimamente? —se le ocurrió a Lexi ahora.

—No desde que me avisó de lo del robo, ¿crees que debería?

Ella dudó por unos segundos. Aquello quizá no era una mala idea, pero debía hablarlo con Luke antes.

—Yo me encargo —fue lo último que dijo, antes de despedirse.

Cuando colgó, miró a Luke con un gesto de preocupación. El chico se había sentado en el sofá para escribirle un mensaje a Alek, al que no quiso llamar en plena madrugada.

—¿Quién es Minelli? —preguntó, demostrando que no se había perdido una palabra de la conversación.

Lexi suspiró, se puso en pie y caminó de nuevo hacia el sofá para coger asiento en su regazo.

—Parte del motivo por el que… Némesis decidió que ya era suficiente.

Con aquello se ganó toda la atención masculina.

—Trabajamos con él durante los últimos meses —contó, acomodándose sobre él.

—Habla claro, Lexi, si era un delincuente, quizá esté metido en todo esto y…

—No.

—Pero…

—Es un federal.

—¿Perdona?

—Durante los últimos cuatro meses, antes de dejar Nueva York —explicó—, hicimos varias colaboraciones con el FBI.

—¿Trabajaste con los federales? —Era evidente que estaba perplejo.

—Sí, te dije que en algún momento te contaría con calma qué había motivado mi regreso —tragó saliva—, pues ese momento es ahora.

Luke la miró en silencio, aguardando a que hablara.

—Uno de los casos que Bowie y yo expusimos en la web lo llevaban los federales y… de alguna manera consiguieron cerrarlo gracias a nuestra colaboración —explicó—, así que no tardaron en contactarnos para proponernos un par de casos más en los que poder ayudar. A cambio, nos prometieron un acuerdo de inmunidad completa que incluía todo lo que habíamos hecho hasta ahora.

—¿Y es otra cosa que se te había pasado decirme? —la amonestó, y sonó agotado con todo aquello.

—En realidad, he estado a punto de comentártelo como algo anecdótico en varias ocasiones, pero comunicarnos nunca ha sido nuestro fuerte, y todo ha pasado tan rápido…

—Trabajar para el FBI no es algo anecdótico, Lexi —se quejó—. ¿Conocen tu identidad?

—No, Minelli siempre fue nuestro contacto —confirmó—, pero, incluso él, solo me pone cara, siempre he sido solo Némesis para él.

—¿Y qué pasó?

—Que tras varias colaboraciones, el propio Minelli se sinceró con nosotros —tragó saliva— y nos confesó que las altas esferas jamás nos concederían un acuerdo de inmunidad, que estaríamos a salvo mientras siguiéramos trabajando para ellos, pero… en cuanto dejáramos de hacerlo…

—Se acabó.

Lexi asintió.

—Y eso era peor que la cárcel misma, Luke —declaró en un susurro—, siempre coaccionados y expuestos. Yo necesitaba regresar a casa, a mis orígenes, estaba agotada —reveló —, y todo aquello me alentó y me motivó para dar el paso, aunque me habría gustado hacerlo sin presiones de nadie —admitió—. Borré a Némesis del mapa para que ni el mismo FBI pudiera encontrarme, y dejé aquella vida dispuesta a empezar de cero. El resto es historia, como suele

decirse.

Luke guardó silencio. Era evidente que estaba encajando toda aquella información antes de hablar, aunque a Lexi le sorprendió que lo primero que dijera fuera:

—¿Hasta qué punto el tal Minelli es de confianza?

—Bueno, nos aprecia —afirmó—, él avisó a Bowie de lo del robo para que estuviéramos alerta.

—¿Y crees que estaría dispuesto a ayudarnos?

Lexi se encogió de hombros.

—Es que… tenemos un problema serio, Lexi, no te voy a engañar —expuso Luke en un tono de pesar—. No sé si puedo parar a Donovan y mantenerte a la sombra al mismo tiempo —confesó—, y es algo que me quita el sueño.

—No te entiendo.

—No tengo jurisdicción ni potestad para ir a por Donovan —le recordó—, y si pongo el caso en manos de los Marshall, me preocupa que acabes cayendo junto con él. Si conoce tu identidad, ¿crees que se lo callará en cuanto lo cojan? —interrogó abatido—. Así que…, joder, no se me ocurre nada más allá que largarnos del país, lejos, y olvidarnos de todo.

Lexi lo miró perpleja.

—No lo dices en serio.

—Muy en serio —dijo angustiado.

—No puedo robarte tu vida, Luke.

—Eso no importa —proclamó con la voz impregnada de una extraña emoción—, yo lo que no puedo es verte en prisión, Lexi, no voy a permitirlo, y si para eso tengo que dejar que Donovan nos gane la partida, lo haré.

Con una mezcla de emoción y desconcierto, Lexi leía en su rostro la veracidad de sus palabras.

—¿Te estás rindiendo, Luke?

—Necesito mantenerte a salvo —proclamó con énfasis, y la abrazó con fuerza—, y me da igual lo que tenga que hacer para conseguirlo.

—Pero ahora tenemos su dinero —repuso—, quizá si negociamos…

—Aún no conocemos los motivos de Donovan para ir a por ti, ¿qué pasa si nunca ha sido una cuestión de dinero? —se preguntó preocupado—. Ajuste de cuentas, esas han sido las palabras que han usado con Bowie, y eso es mucho más peligroso que cualquier otra cosa.

—Quizá ni siquiera sea Donovan, Luke, ¿y si no está detrás del sicario? —interrogó—. ¿Y si ese tipo no tiene ni la más remota idea de quién soy?

Él la miró muy serio.

—Debemos estar preparados para cualquier cosa, Lexi —le acarició el pelo—, incluida la posibilidad de huir y confiar en que el tal Minelli se asegure de que Donovan pague su deuda.

Ella asintió, y recordó:

—Intentemos avanzar —se incorporó—, vamos a ver quién más está metido en todo esto —propuso—. Empecemos por buscar a quien demonios ocupara la habitación cuatro veintitrés en el hotel.

Se pusieron en pie y regresaron al ordenador, donde Lexi desencriptó el archivo con el listado de huéspedes.

—Cuarta planta… —paseó sus ojos por la lista—, habitación veintitrés. Vamos a ver de quién era la famosa maleta, junto con nuestra caja de preservativos…, ¡aquí está!

—Dorothea Sterling —leyó Luke por ella—, ¿y esta quién será? ¿Trabajará en Omega

Capital?

—Sterling… —murmuró Lexi entre dientes, mirando la pantalla con el ceño fruncido, y de repente, su mente se iluminó con un destello de reconocimiento—, ¡Sabía que la había visto en alguna parte! —casi gritó.

—¿Qué?

—¡A la mujer que Donovan recibió en la puerta del invernadero el día de la boda!

—¿Esa era la tal Dorothea? —La miró extrañado—. ¿Y la conoces de algo?

Lexi aún estaba desconcertada.

—Solo la vi una vez en televisión —contó—, cuando la prensa la asaltó a la puerta de los juzgados el día del juicio de su hijo, Ron Sterling, por violación, trata de personas y un largo etcétera.

—Espera, ¿hablas del multimillonario, del Ron Sterling que subastaba mujeres y las drogaba para grabar vídeos pornográficos que después distribuía? —interrogó perplejo.

—¿Te suena?

—Claro, fue un caso que trascendió por todo Estados Unidos. ¿No se cargaron al tipo a la semana de entrar en prisión? —Lexi asintió, y Luke frunció el ceño y no tardó en mirarla con asombro—. ¡Ahora recuerdo que ese fue el vídeo que Morgan me mostró! —rememoró con preocupación—. Creo que me dijo que… ese fue el primer vídeo que subiste…

Lexi se mordió los labios, nerviosa.

—Sí, el de Rob Sterling fue el primer caso que expuse en la web —tragó saliva—. Yo… me convertí en Némesis para meter a ese hijo de puta en la cárcel.

La expresión inicial de sorpresa de Luke pronto dio paso a otra de horror y preocupación.

—Por Dios, Lexi, ¿sabes lo que eso implica?

—Que tienen un motivo de peso para ir a por mí. —Tragó saliva para arrastrar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Sí, Lexi, uno muy peligroso, que nada tiene que ver con el dinero, ni siquiera con un ajuste de cuentas al uso —opinó con evidente desazón—. Es una venganza planificada y muy bien orquestada.

La chica se estremeció y sintió la diana sobre su espalda con demasiada claridad ahora.

—Dios, Luke… —se angustió.

Él la abrazó con fuerza.

—Jamás dejaré que te pongan un dedo encima —aseguró el chico—. Tendrán que matarme primero.

Lexi comenzaba a hiperventilarse. Solo de imaginar que a él pudiera pasarle algo…

—Eso no me ayuda.

—¿Y esto? —Recortó la distancia hasta sus labios y la besó con ardor hasta que ella comenzó a relajarse. Después volvió a mirarla a los ojos—. Esto lo cambia todo, Lexi —afirmó —. Las piezas acaban de encajar como en un puzzle perfecto.

Pero ella no podía pensar, era como si el miedo y la inquietud paralizaran todos sus sentidos, incluida su capacidad para razonar.

—Yo ya no sé nada, Luke —reconoció—. ¿Si querían acusarme del robo…? —Iba a estallarle la cabeza.

—El robo acaba de pasar a un segundo plano, solo fue una trampa, Lexi.

—¿Para qué?

—Para obligarte a salir —expuso ahora con certeza—. Sabían que no tardarías en intentar defenderte, estaban muy atentos.

—Pareces muy seguro.

—Y lo estoy —admitió—, porque es lo único que tiene sentido. —Frunció el ceño—. Por eso te pusieron como señuelo, pero se aseguraron de que los Marshall tuvieran claro casi desde un principio que no estabas implicada.

—¿Por qué?

Luke tragó saliva y le costó admitir:

—Porque quieren ser ellos quienes impartan su propia justicia, Lexi —repuso con pesar—. Si te detienen, no habrá venganza que puedan ejecutar, y buscan un *diente por diente*.

Sí, aquello tenía sentido, y el final de Ron Sterling era el mismo que trataban de darle a ella.

—Lo que aún no sé es cómo supieron que tú eras ella —afirmó Luke—, en algún momento nos hemos descuidado.

—Soy cuidadosa, pero su hacker ha debido seguirme el rastro —declaró.

Luke soltó aire con fuerza.

—Habla con el tal Minelli —acabó pidiéndole tras valorarlo—. Quizá si conseguimos negociar algún tipo de acuerdo con los federales, consigamos salir airosos de todo esto.

Lexi asintió.

—Cuéntaselo todo —insistió el sheriff—, y me gustaría estar presente en la conversación.

—Lo llamaré a primera hora —aceptó—, pero… ¿tú eres consciente de que mi identidad quedará al descubierto si lo hacemos?

Luke la miró con los ojos cargados de angustia.

—Tu identidad ya está en las manos equivocadas, Lexi —opinó—. Si no pueden llegar hasta ti, acabarán entregándote a las autoridades —expuso—, adelantarnos e intentar hacer un pacto primero es nuestra única opción.

Ella asintió y decidió dejarse guiar. Él era el experto y estaba dispuesto a jugárselo todo para ayudarla, no pensaba ponerle un solo impedimento más.

—Y ahora, por favor, quiero que me cuentes por fin cómo y por qué te convertiste en Némesis —rogó con cierto pesar—. He estado tan enfadado contigo y después tan preocupado, que ahora soy consciente de que no sé nada de todo aquello. ¿Quieres contármelo?

Lexi sonrió a medias.

—Llevó siglos esperando a que me haga esa pregunta, sheriff.

Capítulo 47

Decidieron pasar por la cocina a por algo dulce antes de sumergirse en más explicaciones, y cargados de chucherías regresaron a la cama. Tras darse a probar varias y degustar otras tantas saboreando los labios del otro, Lexi se decidió a hablar.

—No soy una hermanita de la caridad, Luke —empezó diciendo.

Él sonrió.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Ahora fue ella quien rio.

—Me refiero a que no siempre he usado mis habilidades como algo altruista —aclaró—, también me he divertido mucho al principio, cuando aprendí los primeros trucos —admitió—. Colarme en los ordenadores de mis profesores más odiados en el instituto a hacerles gamberradas fue mi pasatiempo favorito durante un tiempo.

—¿Ya en el instituto? —Luke la miró perplejo.

—¿No creerías que aprendí todo lo que sé en un rato?

—Supongo que no, pero… ¡¿el instituto?! —Volvió a alucinar.

—Al principio era autodidacta, y comencé a moverme en la red oscura en mi quince cumpleaños —contó—, y desde ese momento descubrí a todo un arsenal de gente dispuesta a enseñarme lo que necesitara aprender.

—Entiendo.

—Como es lógico, jamás quise estudiar otra carrera más que ingeniería informática —explicó—, pero confieso que para cuando entré en la facultad, y sin ánimo de alardear, podría haberles dado clases a algunos de mis profesores.

—No me cuesta creerlo.

—Dejé un poco de lado mis aficiones un tiempo para centrarme solo en la carrera —se puso muy seria—, hasta que… mi padre falleció, y la vida tal y como la conocía dejó de existir.

Aquello había ocurrido seis años atrás, y fue un golpe brutal para todos en la familia.

—Recuerdo muy bien aquellos años —asintió Luke—, yo también sentí mucho su muerte.

—Y yo no solo perdí a mi padre, pieza fundamental de mi vida —suspiró al recordarlo—, además, Alyssa salió de nuestras vidas cuando Scott la acusó de todas aquellas cosas…, y él estaba tan destrozado que apenas podía hacerse cargo de sí mismo. Mi madre…, bueno, su punto fuerte jamás fue consolar a nadie, ya lo sabes.

Luke tragó saliva y comprendió:

—Los perdiste a todos al mismo tiempo.

—Y me sentí a la deriva —admitió.

—Siento no haber estado ahí para ti —declaró con pesar, y le robó un beso tierno.

—Fue una época muy dura —aceptó Lexi—. Me sentía muy sola, perdida, y de alguna forma necesitaba pensar que controlaba algo, así que me sumergí de lleno en lo único que sabía hacer.

—Hasta convertirte en la mejor. —La miró ahora con admiración.

—Bueno… —sonrió algo azorada por el cumplido—, el día tiene muchas horas.

Siguió contando sobre su traslado a Nueva York para hacer aquel máster, del que salió con

nota y que acabó por convertirla en quien era.

—Conocí a Bowie y a Angie haciendo ese máster —contó ahora—, y nos hicimos inseparables. Yo solo tenía a Alek en Nueva York, y él viajaba de forma constante, lo veía poco, así que los vínculos que se crearon entre Bowie, Angie y yo misma fueron intensos.

—¿Quién es Angie?

Lexi perdió el color del rostro.

—Mi mejor amiga —confirmó con un hilo de voz—. Vivimos juntas durante unos meses, hasta que… —se le atragantaron las palabras y le costó seguir— Angie tuvo la mala suerte de cruzarse en el camino de Ron Sterling, guapo, rico y, a simple vista, todo un encanto.

Suspiró y buscó las fuerzas para seguir. Luke la observaba con un gesto de anticipación, pero aguardó a que estuviera lista.

—Como ya supondrás, él la invitó a una de sus fiestas —tragó saliva—, a la que Angie asistió feliz, flotando en una nube… —se le quebró la voz—, desde la que la arrojaron al más absoluto de los infiernos.

Ahora sí tuvo que hacer una pausa.

—Puedo imaginarme el resto, Lexi —le acarició Luke el rostro con ternura—, si te duele demasiado…

—Estoy bien. —Tomó aire y continuó—. Ese hijo de puta la drogó, la subastó al mejor postor y grabó todo lo que sucedió después. —Apretó los dientes—. Bowie fue quien encontró el vídeo subido a una red de porno ilegal, pocos días después de lo ocurrido, cuando empezamos a investigar aquellas fiestas.

Luke ni siquiera tenía palabras para expresar su rabia.

—Y tu amiga denunció lo sucedido o…

—Sí, Luke, tanto Bowie como yo la acompañamos a comisaría en dos ocasiones —explicó —. Primero cuando salió de aquella fiesta, y días después cuando hallamos el vídeo.

—¿Y nada?

—Nos pusimos a investigar y no tardamos en darnos cuenta de que el tal Ron Sterling era intocable —confesó con pesar—, que incluso la de Angie no era la primera denuncia que había en su contra, acumulaba al menos cinco más, pero todas se acabaron archivando o traspapelando tarde o temprano. Y el muy hijo de puta, no contento con arruinarle la vida, la castigó por la denuncia enviándole aquel vídeo a sus padres.

—Joder…

—Y ella no lo soportó, acabó tomándose un bote entero de somníferos un mes después de todo aquello. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas y declaró con rabia—: Pudo evitarse, Luke, si tan solo el sistema hubiera funcionado como debiera, si la justicia hubiera hecho su trabajo y detenido a ese hijo de puta en la primera denuncia. ¿Tienes idea de la de vidas destrozadas que dejó a su paso?

Hizo una pausa mientras se serenaba un poco. Durante aquel último par de años había aprendido a controlar la rabia, o a vivir con ella más bien, pero cuando lo revivía, le ardía la sangre.

—No podía quedarme de brazos cruzados, Luke —le confió ahora—, necesitaba canalizar mi rabia hacia quien la merecía.

—Y Bowie y tú decidisteis inventaros a Némesis —completó por ella.

—Sí, y lo hicimos muy bien. Expusimos a ese cabrón de tal forma a la luz pública que abrimos una caja de Pandora que se lo llevó por delante —apretó los dientes—, y, lo siento, pero no me arrepiento en absoluto.

—Y no seré yo quien te juzgue, ya no más —manifestó Luke ahora, perdiéndose en sus ojos —, esté o no de acuerdo con tus métodos.

La chica le devolvió una mirada interrogante.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió y repuso:

—Solo lamento que la justicia no funcionara para tu amiga —admitió—, que tuvieras que verte obligada a ser tú quien interviniera —le acarició el rostro—, porque… de alguna manera eso también está a punto de destrozar tu vida, Lexi —suspiró con fuerza y repuso con angustia entre susurros—: Debería haber impedido que subieras a ese avión…

—¿Qué?

Luke tragó saliva.

—Tendría que haber estado ahí para ti —susurró, como si se lo estuviera recriminando a sí mismo—. ¿Por qué fui tan cobarde?

Lexi no entendía nada, pero lo que veía en sus ojos, en su forma de mirarla en aquel instante, a pesar de estar mezclado con pesar, era tan bonito…

—Luke, ¿qué…?

—¡Te sacaré de esta! —proclamó el chico con ardor, tomándole el rostro entre sus manos—, aunque sea lo último que haga, te lo prometo.

Lexi lo miró extasiada, y no tuvo ninguna duda de que lo intentaría hasta sus últimas consecuencias, pero que lo consiguiera… estaba color de hormiga…

…de hormiga negra, claro.

∞∞∞

A las siete de la mañana, tras saludar al día con intensidad, como mejor se les daba, Luke había despertado a Alek para ponerlo al tanto de todo y pedirle que ayudara a Bowie a desaparecer y llegar hasta ellos. Su amigo, como buen periodista acostumbrado a trabajar de incógnito, era un genio para aquellas cosas, así que lo dejaron todo en sus manos sin dudarlo. Después, Lexi habló con Bowie para pedirle que abriera una línea de llamada segura y se pusiera en contacto con él, quien lo estaría esperando. A continuación, marcó el teléfono de Minelli, que se llevó la sorpresa de su vida al escucharla al otro lado, y quien, para asombro de ambos, solo tuvo que escuchar el nombre de Dorothea Sterling metida en todo aquello para comprometerse a coger un avión a Kentucky aquel mismo día.

Con todo el mecanismo puesto en marcha, Lexi y Luke decidieron regresar a la cama durante parte de la mañana; matar el tiempo mientras esperaban, lo llamaron, para no aburrirse. Después, decididos a desconectar hasta que hubiera que enfrentarse a la realidad, se divirtieron de lo lindo jugando con los pollitos y luchando con las gallinas para recoger los huevos. Entre risas, acabaron rodando por la pila de heno que se almacenaba en un lateral del granero, para disfrutar de nuevo el uno del otro.

A las cuatro de la tarde, tras haber tomado el mismo vuelo por azares del destino, Bowie y el agente Minelli hicieron su aparición en el rancho.

El federal recibió una llamada justo cuando se bajaba del coche y se hizo a un lado, lo que permitió a Bowie y Lexi disfrutar de un conmovedor encuentro, que incluso emocionó al propio Luke, al verlos abrazarse con aquella efusividad, con lágrimas en los ojos.

—Ay, mi Nemo, qué guapísima estás —declaró Bowie, mirándola con atención—. ¿Y ya no

usas esas gafas horrorosas?

—No, alguien me dijo que a Superman solo le funcionan por ser un personaje de ficción —repuso, y miró a Luke—, que yo llamaría la atención incluso vestida de monja, así que opté por deshacerme de mi disfraz ese mismo día.

El sheriff sonrió a su vez recordando aquel momento. Parecía que hacía un siglo de aquello.

—Ese hombre era un sabio —opinó Bowie mirando a Luke, consciente de que era de quien hablaba.

En ese momento, Lexi hizo las presentaciones y ambos estrecharon sus manos.

—Uy, sí que estás fuerte —aplaudió Bowie, se inclinó hacia Lexi y murmuró demasiado alto —: Por favor, amore, dime que te lo estás tirando.

La chica se ruborizó y le dio un manotazo a su amigo, y Luke sonrió con genuina diversión. Tras unos segundos, se sorprendió al descubrir que tanto Lexi como Bowie lo observaban con una expresión de adoración.

—Ay, Nemo, debería estar prohibido tener una sonrisa como esa —volvió a decir Bowie por lo bajo.

—Pues sí —suspiró Lexi, y miró a su amigo—, pero en algún momento habrá que ponerse serios.

—Ay, no —se quejó haciendo pucheros, paseando la mirada a su alrededor—. Déjame disfrutar un poco más del paraíso.

Lexi esbozó una sonrisa pesarosa y le acarició la venda del brazo.

—¿Te duele?

—Solo un poco —admitió—, me duele más el acojone que llevo encima. Por Dios, Nemo, gracias a que mi increíble iceberg llegó a tiempo para socorrerme.

—Por suerte.

—Y lo de iceberg no lo digo porque sea frío, eh, que todo lo contrario…

—Sí, ya lo sé.

—…es por eso de trabajar en la sección de congelados…

—Ya entendí —sonrió Lexi, divertida.

—Por si acaso.

—Ay, Bowie, ¡cómo te he echado de menos!

Volvieron a abrazarse. Luke los observaba con una sonrisa en los labios. Verla tan emocionada alimentaba su propio espíritu, y las cosas podían dar un giro en el momento menos pensado que les borrara la sonrisa a todos.

Se volvió a mirar al agente Minelli, que seguía hablando por teléfono unos metros más allá, sobre el que solo tenías que poner los ojos para saber que era un federal. Como casi todos ellos, parecía llevar la palabra FBI escrita en la frente. Debía tener más o menos su misma edad, pero vestía un traje con un corte muy serio que lo hacía parecer mucho más mayor, aunque era guapo y, para su desgracia, no se molestaba en ocultar su interés por Lexi, a la que miraba demasiado a menudo.

«Mirar no es un delito», tuvo que decirse, cuando sintió ganas de gritarle que había mucho paisaje con el que deleitarse.

Al fin, el tipo colgó y se acercó a ellos, tendiéndole la mano a Luke en primer lugar, que la estrechó con fuerza. Después, no se cortó en abrazar a Lexi con cariño.

—No pensé que volvería a verte —repuso el agente.

—Gracias por venir —le dijo la chica con sinceridad—. Las cosas se nos han complicado.

—Eso parece —asintió Minelli, y miró a Luke—. ¿Este rancho es seguro, sheriff?

—Hemos tenido cuidado, sí.

—¿Y está en su jurisdicción?

—Sí, pertenece al estado de Rockcastle —contó Luke.

—¿Y ese tal Donovan dónde reside?

—En el condado de Fayette, en la ciudad de Lexington, para ser exactos.

Luke contestaba de la misma forma telemática en la que el tipo hacía las preguntas. Jamás había podido soportar a los federales y sus aires de superioridad, ni siquiera cuando trabajaba en los Marshall, y aquel tipo no era ninguna excepción.

—Pues Dorothea Sterling opera en Nueva York —declaró Minelli entrando en faena—, y no suele viajar demasiado.

—Este fin de semana estaba en Kentucky —afirmó Luke ahora—, alojada en el hotel Palazzo di Luna.

—Y cuya habitación pagaba Grayson Donovan —completó Lexi.

—Interesante —aceptó Minelli casi para sí.

Entraron en la casa para seguir con la conversación, y los cuatro fueron directos al despacho.

Entre Luke y Lexi expusieron la información que tenían hasta aquel momento, junto con todo lo sucedido. Al acabar, Minelli tenía un gesto serio y parecía valorar todo lo escuchado.

—Dorothea Sterling es lista —dijo tras unos segundos de silencio—. Estoy seguro de que no habrá una sola prueba en su contra en todo este lío, pero si está detrás, no cejará en su empeño —aseguró, y miró a Lexi—, intentará llegar hasta ti una y mil veces.

Luke sintió estremecerse a Lexi y tuvo que contenerse para no correr a abrazarla.

—Solo haciendo que caiga conseguiremos acabar con la amenaza —insistió Minelli

—¿A qué se dedica la tal Dorothea? —interrogó Luke.

—Trata de blancas, prostitución, drogas, toca todos los palos —explicó—, pero, como digo, es lista, y tiene mucha pasta con la que comprar silencio y colaboración. —Miró a Lexi—. Haz tu magia y encuentra algo de lo que podamos acusarla, es la única manera de quitártela de encima —afirmó, y señaló el ordenador.

Lexi cogió asiento frente al escritorio y comenzó a teclear, mientras Minelli observaba a su espalda. Luke se limitaba a mirar sin poder disimular su desazón al verlos trabajar juntos. Por cómo se relacionaban, era obvio que no era la primera vez que lo hacían, incluso se notaba cierta complicidad entre ellos en ciertos momentos, con alguna sonrisa y broma fugaz, que Luke detestó ver con todas sus fuerzas. Aquel tipo se comportaba muy diferente cuando se relacionaba solo con ella, sin la frialdad que mostraba al resto, y era más que evidente que no la miraba como un federal, sino como un hombre, sin más, lo que explicaba qué hacía allí intentando ayudarla.

Unos celos abrasadores lo arrasaron por dentro y ya no le sorprendieron. Todas sus emociones con respecto a Lexi eran demasiado intensas, y tendría que ser un necio para continuar negando el motivo, algo que lo aterraba, pero de lo que ni podía ni quería seguir huyendo.

Como si hubiera presentido sus elucubraciones, Lexi izó la mirada un segundo del ordenador y le regaló una sonrisa maravillosa, que a Luke le cortó la respiración al mismo tiempo que le aceleraba el pulso.

«No puedo perderte», se dijo con los nervios a flor de piel, y decidió arriesgarse y cobrarse un último favor, por si todo lo demás fallaba. Levantó el teléfono y marcó un número.

—Gabrielle… —susurró cuando contestaron del otro lado—, necesito que me ayudes con algo muy delicado…

Capítulo 48

Una hora después, Lexi seguía sin tener nada más allá de los datos básicos de Dorothea Sterling. Resultaba curioso, pero, salvo algunas multas de tráfico, parecía estar más limpia que un pastor de iglesia. Iba a resultar mucho más difícil de lo que pensaba colgarle algo a aquella mujer.

—Sigue buscando —le pidió Minelli, para el que aquello no representaba ninguna sorpresa —. Nosotros iremos a por Donovan.

—¿Nosotros?

—El sheriff y yo —la miró con una ligera sonrisa—, ¿no querrás que me lleve a Bowie?

Lexi observó a su amigo, que estaba acurrucado en el sofá con una manta echada a modo de chal por los hombros, mientras trabajaba en el ordenador que él mismo había llevado.

—No, pero…

Minelli la miraba aguardando la objeción, pero Lexi acabó suspirando, sin poder contener cierta angustia, aunque decidida a comportarse como debía. Separarse de Luke le generaba demasiada ansiedad, pero era necesario.

Lo miró ahora que regresaba al despacho, y no pudo disimular su desazón.

—¿Qué pasa? —interrogó el chico, caminando hasta ella.

—Llegó el momento de ir a por Donovan, sheriff —informó Minelli—. Usted conduce. —Se dirigió hacia la puerta.

—No tan rápido —declaró Luke sin moverse un centímetro—. En cuanto vayamos a por él, agitaremos demasiado el avispero.

—No hay más remedio —opinó Minelli—. Si cogemos a Donovan con la guardia baja, quizá nos sirva a Dorothea en bandeja.

—Eso lo entiendo —asintió—, y estoy más que dispuesto, pero antes quiero un seguro para Lexi —exigió muy serio—. Si Donovan revela su identidad, ella debe estar cubierta.

—No sé si puedo conseguirle un acuerdo de inmunidad hasta tener algo más.

—Entonces no voy con usted a ninguna parte —aseguró Luke, rotundo—. Vaya solo.

—¿Para que podáis desaparecer con todas las pruebas mientras tanto? —Entendió.

Luke no lo negó.

—Sin inmunidad, no hay colaboración que valga —se reiteró el sheriff.

—Aguardemos a tener algo antes.

—¿Para que luego puedan decidir que su pez no es lo suficiente grande? —acotó Luke—, no me tome por idiota, Minelli.

—Tengo claro que no lo es —repuso en un tono conciliador—. Diez años en los Marshall curten a cualquiera.

—Vaya, me tiene bien estudiado —sonrió sin rastro de humor.

—¿Esperaba otra cosa?

Ambos se miraban a los ojos, como si estuvieran echándose un pulso evidente. Lexi no podía dejar de observar a Luke con el amor palpitando en su pecho más alto que nunca, verlo defenderla con aquella férrea determinación la fascinaba.

—Voy a hacer una llamada, a ver qué puedo conseguir —acabó cediendo Minelli, y salió del

despacho.

Aquel momento fue el que Lexi aprovechó para levantarse y correr hacia Luke, echándosele al cuello sin ningún pudor. Lo besó con intensidad y él le devolvió idéntico fervor.

—Ya echaba de menos el sabor de tus labios —afirmó, mirándolo con los ojos en llamas.

Luke le demostró que era recíproco atrayéndola contra sus caderas y volviendo a besarla con ardor. Cuando Lexi dejó escapar el primer gemido…

—No es que no me guste el porno hetero —intervino Bowie desde el sofá, sobresaltándolos —, pero dudo de que ninguno de los dos recordéis que estoy de espectador.

Sin poder evitar avergonzarse, Lexi se apartó un poco. Sonrió, pero se asombró del punto de locura que la invadía en cuanto la tocaba, provocando que se olvidara de todo.

Bowie los miró desde el sofá con una sonrisa sincera.

—Sois una pareja tan divina… —resopló—. Ay, mi Nemo, ojalá y se nos conceda el milagro, porque te mereces ser feliz como nadie más que conozca.

La chica le lanzó un cojín que tenía a mano en una de las sillas.

—Oye, ¡no te pongas tan serio que me vas a hacer llorar!

Caminó hasta el sofá y se sentó junto a él.

—Tengamos fe.

—No lo sé, amore…

—Tú eres el optimista, ¿recuerdas?

—Minelli ya se sinceró una vez —suspiró Bowie—, y nos aseguró que jamás obtendríamos ese acuerdo.

Sí, Lexi también recordaba cada palabra de aquella conversación.

—Dorothea Sterling os va a conseguir ese milagro —dijo el federal regresando al despacho justo en ese momento, portando un IPad que le tendió a Luke—. Inmunidad total, a cambio de una condena de Dorothea.

El chico se concentró en leer el escrito que le mostraba, y después se lo tendió a Lexi con una sonrisa y un gesto de asentimiento. Tanto ella como Bowie lo leyeron con atención y, emocionados, firmaron al instante.

Lexi miró a Luke con los ojos cargados de emociones contenidas. Si todo salía bien, aquello podía representar el inicio de una nueva vida, sin sombras del pasado que pudieran interponerse, algo que ansiaba con todas sus fuerzas, si es que Luke estaba dispuesto a darse una oportunidad con ella.

—Seguid trabajando —insistió Minelli mirándolos a ambos—. Necesitamos una condena para Dorothea para sellar del todo el acuerdo. —Se giró hacia Luke—. ¿Nos vamos, sheriff?

—En cuanto llegue mi gente —asintió, y miró a Lexi, que se puso en pie y saltó sobre él sin importarle ya ni Bowie ni el propio Minelli.

Volvió a besarlo con abandono, y después se hicieron a un lado para poder charlar con algo más de intimidad.

—Dejaré un par de patrullas con vosotros —le contó Luke—, llegarán en unos minutos. Y Yako también te protegerá con su vida. —Ambos miraron al perro que estaba tumbado en un rincón—. Y permanece pendiente del teléfono, por favor —rogó—, te llamaré a cada rato y necesito que me contestes.

—Al primer toque, te lo prometo.

Luke la abrazó con fuerza.

—No me gusta nada tener que dejarte aquí.

—Estaré bien. —Sonrió para tranquilizarlo—. Trabajaremos duro, y Bowie se encargará de

ruborizarme cada diez minutos, por si acaso me olvido un segundo de ti, lo que ya te digo que no va a pasar. —Lo besó de nuevo.

—Alguien está encoñada del todo… —canturreó Bowie por lo bajo desde el sofá.

—¿Lo ves? ¡Ya empieza! —se quejó la chica mirando a su amigo con un divertido ceño fruncido—. Eh, ¡finge que no escuchas!

—No puedo, pero intentaré cerrar mi boquita de piñón.

Luke rio y le susurró a Lexi al oído.

—¿Ha dicho boquita de piñón? Si parece un rape…

La chica soltó una carcajada.

—No te cortes y díselo —lo instó—, seguro que le encantará hablarte de las ventajas de ser gay y tener la boca grande…

—Y además intentará explicármelo al detalle, ¿no?

—Por si acaso, claro.

Ambos rieron y volvieron a abrazarse. Trataban de bromear para hacer más fácil la separación, pero no estaba funcionando. Los ojos de Lexi terminaron llenándose de lágrimas, aunque intentó no derramarlas.

—Esto acabará pronto —aseguró Luke—, te lo prometo.

La besó por última vez y al fin se alejó de ella, cuando el sonido de un claxon anunció que el relevo acababa de llegar.

Lexi salió a la puerta a darle un último adiós con la mano, justo cuando se subía al coche…, y en ese instante la asaltó un extraño presentimiento, que le cerró la garganta mientras contenía la necesidad de correr tras el coche para rogarle que no la dejara sola.

«Solo son los nervios, Lexi», se dijo, con una sensación de desasosiego que le impedía respirar.

—Yo también me echaría a llorar si tuviera que separarme aunque fuera una hora de alguien así —bromeó Bowie cogiéndose de su brazo, y señaló a los agentes que había revoloteando a su alrededor—, pero mira, nos ha dejado con quien alegrarnos la vista.

Lexi rio y saludó a Morgan cuando llegó hasta ella.

—Será mejor que entremos —sugirió el agente con una de sus agradables sonrisas.

—Uy, qué mono, ¿también eres hetero? —interrogó Bowie con total descaro, y Morgan casi se atragantó con la saliva.

Lexi tuvo que contener la risa.

Una vez dentro, mientras los agentes inspeccionaban toda la casa como parte del reconocimiento del terreno, Lexi le contó a Bowie.

—Morgan fue quien descubrió que fue Némesis quien intervino en lo de Scott y Alyssa hace unos meses.

—¿Ese polluelo? —frunció el ceño—, ¿y cómo? Si parece un pajarillo recién caído del nido.

—Cometí un error en algún momento.

—Tú no cometes errores —opinó Bowie.

—Soy humana, ¿sabes? —sonrió y suspiró—, y me temo que estaba demasiado nerviosa siendo mi familia la implicada.

En cuanto Morgan pasó ante ellos, a Bowie le faltó tiempo para asaltarlo.

—Me estaba contando mi Lexi que fuiste tú quien descubrió que fue esa tal Némesis quien estuvo detrás de los ataques de hace unos meses —dijo sin cortarse, y el chico asintió—. Soy fan de esa divina, lo confieso, y me provoca mucha curiosidad saber cómo lo hiciste.

—Eh…, bueno… —Miró a Lexi.

—En realidad, yo también siento curiosidad. —Sonrió para ablandarlo un poco—. Fue una gran hazaña.

—Anda, no seas malito —rogó Bowie—, nos encantan los chismorreos, y aquí tampoco tenemos mucho que hacer.

El chico pareció dudar, pero acabó por no poder resistirse a la sonrisa de Lexi, de la que la chica era muy consciente; aquel pobre era tan transparente…

Cuando se animó a hablar, lo hizo en un tono jovial, con la evidente intención de alardear.

—Fue un poco de suerte, la verdad —reconoció—. Encontré su identidad porque ella tuvo un descuido y dejó el código binario de su ataque a medio cifrar en los servidores —declaró como un pavo real—. Ahí vi con claridad su firma de identidad, como si estuviera incrustada en el código binario.

—Guau, ¡qué increíble hazaña! —repuso Bowie con un punto irónico que Morgan no reconoció.

—Fue un gran momento —se vanaglorió el chico, que parecía encantado con tanta admiración. Pero el agente Adams lo llamó en aquel momento y no pudo seguir disfrutando de las atenciones.

Lexi intentaba sonreír, pero ya no le resultaba nada fácil.

—¿No te parece fascinante, Nemo? —preguntó Bowie entre dientes con una sonrisa postiza para no llamar la atención—. El tipo descifró tu firma en el código binario nada menos.

—Sí, pero le ha faltado contarnos si estaba firmado con tinta invisible o con un hechizo de rastreo… —repuso mordaz, y tragó saliva.

Se miraron entre sí, ahora muy preocupados. Ambos sabían que nada de lo que acababan de escuchar de boca del agente tenía sentido alguno. Era imposible dejar un nombre o firma en el binario por accidente, porque los binarios compilados no guardaban ninguna información personal o identificativa de ese tipo. Aquello era… sencillamente imposible.

Se alejaron hacia el despacho, informando a los agentes de que estarían allí si los necesitaban. Con un ligero temblor de manos, Lexi sacó su teléfono del bolsillo y marcó el número de Luke, pero miró el móvil con preocupación un segundo después.

—¿Qué pasa? —interrogó Bowie.

—No tengo señal.

De forma automática, Bowie sacó el suyo y comprobó su cobertura.

—Nada. Está muerto —afirmó también con cierta alarma en la voz justo cuando cerraban la puerta del despacho—. ¿Y el wifi?

Corrieron a los ordenadores. Lexi sentía una opresión en el pecho cada vez más fuerte.

—Tampoco —informó con nerviosismo—. La red está caída.

—Pero hace unos minutos estaba bien.

—Alguien está bloqueándolo todo —confirmó Lexi, con una certeza absoluta.

—¿Habrá sido el polluelo? —casi graznó Bowie, alarmado.

—No lo sé, pero tiene que haber un inhibidor de señal en alguna parte —aseguró—, y cerca, si está bloqueando toda la casa.

—Ay, mi Nemo, ¿y qué hacemos? —lloriqueó—. No podemos avisar a nadie, estamos atrapados aquí con la persona que haya bloqueado las comunicaciones. ¿Qué demonios pretenderá?

—No lo sé —admitió con los nervios de punta—, y no tengo forma de avisar a Luke.

Capítulo 49

Una unidad táctica del FBI esperaba con suma discreción junto al edificio de Omega Capital, anticipando la llegada de Minelli. En cuanto este salió del coche, el grupo se unió a él, y juntos ingresaron al edificio con determinación.

Luke observó con asombro el enfoque meticuloso y calculador de la unidad de inteligencia. Aunque no dejó de impresionarlo, también agradeció la rigurosidad con la que Minelli manejaba la situación.

Con precisión, el tipo dio órdenes claras para bloquear todas las posibles rutas de escape de Grayson Donovan, y uno de los agentes se encargó de que nadie pudiera avisarlo de su llegada.

Sin titubear y sin solicitar aprobación, Minelli y Luke se dirigieron al ascensor, acompañados de dos agentes más, y ascendieron directos a la quinta planta y de allí se personaron en el despacho de un desconcertado Grayson Donovan, que se incorporó en su silla.

—¿Qué demonios es esto?

—Siéntese, Donovan —exigió Minelli de inmediato—, y ponga las manos donde pueda verlas.

—No entiendo nada.

—De usted depende que acabemos pronto con esto.

Luke miraba la escena conteniéndose mucho. Lo único que le apetecía era coger a aquel tipo de la solapa y zarandearlo hasta que confesara todo lo que necesitaban saber.

—Si van a detenerme, háganlo —volvió a ponerse en pie—, si no, salgan de mi despacho.

Era evidente que intentaba tirarse un farol, creyéndose intocable, pero no le salió bien.

—Si así lo prefiere… —sonrió Minelli, y avanzó hacia él—. Grayson Donovan, queda usted detenido por estafa al seguro e intento de asesinato.

—¡¿Qué?!

—Tiene derecho a guardar silencio…

Entre protestas de Donovan, Minelli le leyó sus derechos mientras le ponía las esposas. Después, lo sentó de nuevo en la silla.

—Y ahora que le hemos bajado los humos —insistió Minelli—, hablemos.

—Se han sacado esos cargos de la manga.

Minelli miró a Luke y señaló.

—Haga los honores, sheriff.

El chico agradeció el gesto con un leve asentimiento y después posó sobre Donovan una mirada acerada, cargada de una advertencia clara, que indicaba que no pensaba tolerar ni una sola tontería.

—La buena noticia, Donovan —empezó diciendo Luke—, es que hemos encontrado su dinero.

El tipo lo miró asustado.

—Por desgracia, la mala es que sabemos que lo robó usted, y tenemos suficientes pruebas como para acusarlo de fraude al seguro, para empezar —sonrió sin rastro de humor—, y es mucha pasta como para que sean benévolos.

—Yo… no…

—No se moleste en negarlo —intervino Minelli—, cuente con entre cinco y veinte años.

—Y yo tiraría por lo alto —apostilló Luke—. Gracias a su estupenda idea de intentar incriminar a una inocente, podemos añadir difamación a la lista.

—¡Esa mujer no tiene nada de inocente! —se exaltó ahora—. ¡Es una delincuente!

A Luke le faltó muy poco para calzarle una hostia, pero se contuvo. Puso en él una mirada incisiva.

—Eso da igual, Donovan, el abanico de posibilidades es grande —opinó con frialdad—, obstrucción a la justicia también me gusta.

—Pero…, pero… —Ya no le salían las palabras.

—Pero podemos ayudarle —intervino ahora Minelli—. Sabemos que Dorothea Sterling está metida en todo esto.

Al tipo se le mudó la cara de color.

—Ayúdenos a cogerla y seremos benevolentes con su pena.

El hombre se veía vencido.

—Sabemos que todo esto lo hizo por ella —intervino Luke de nuevo—, para ayudarla a llegar hasta la hacker, Némesis, a la que debe culpar por todo lo sucedido con su hijo.

Asombrado, Donovan izó la mirada, como si no diera crédito a que dispusieran de tanta información.

—Yo… no sé nada de eso, casi no conozco a Dorothea.

—A lo mejor es que tú la conoces más como *Dominatrix* o algo similar.

Aquello fue como si le hubiera asestado un puñetazo en el estómago. Se puso rojo como un tomate maduro y agachó la cabeza.

—¿Sigue sin hacer memoria?

El tipo guardó silencio. Era evidente que estaba muy avergonzado porque alguien conociera su pequeño secretito.

—Bien —inquirió Luke—. Hablemos entonces del cargo por intento de asesinato.

—¡¿Asesinato?! —Casi hiperventiló ahora.

Luke miró a Minelli.

—¿Cuántos años podemos sumarle por ahí? —interrogó—, porque los federales tenéis muy mala baba para esas cosas.

—Sí, y nos molestan especialmente las conspiraciones criminales —le contó Minelli como si comentara sobre el tiempo—. Yo diría que podíamos estar hablando de entre diez años y… cadena perpetua.

A Donovan parecía a punto de darle una apoplejía.

—No sé de qué demonios están hablando —dijo con un ligero temblor en la voz—. Admito lo del robo, pero… ¿intento de asesinato? ¡Ese muerto no me le cuelgan!

—Contratar un sicario es idéntico a apretar el gatillo, Donovan —declaró Luke ahora, con la furia brillando en sus ojos.

—¿Un sicario? Pero ¿de qué demonios están hablando? —se exaltó—. ¡Yo no he contratado ningún sicario!

Luke lo miró con rabia.

—¿Va a decirme que no ha mandado matar a la tal Némesis?

—¿Qué? ¡Para eso tendría que saber primero quién demonios es esa mujer, ¿no les parece?!

Aquello sí hizo mella en Luke, que lo observó con atención.

—Si no fue usted, fue Dorothea Sterling —insistió—, buscando venganza para su hijo.

Donovan parecía abatido.

—Dorothea odia a esa mujer, eso no lo niego —aseguró—, y no sé qué pensaba hacer con la identidad de Némesis cuando ese tipo nos la diera, pero…

—¡Espere! —interrumpió Luke, alerta—. ¿De qué tipo me habla?

—Del que orquestó todo este lío —casi lloriqueó—. Ay, Dios mío, debí negarme, yo no pinto nada en todo esto, pero… no sé decirle que no a Dorothea.

Comenzó a divagar, hasta que Luke acabó dando un golpe sobre la mesa y Donovan se sobresaltó y guardó silencio.

—Céntrese, Donovan, hábleme de ese tipo, ¿quién es? —exigió.

—No tengo ni idea —confesó—. Jamás lo vimos, pero nos ofreció darnos la identidad de Némesis a cambio de seguir todas sus indicaciones y de ese millón y medio que a nosotros nos reintegraría el seguro —contó—, pero hasta el día de hoy, él no ha cumplido con su parte.

A Luke aquello lo puso en alerta.

—Así que ni la propia Dorothea ni yo podemos haber mandado ningún sicario —se reiteró —, porque no tenemos ni la más remota idea detrás de quién se esconde la maldita hacker esa —izó la voz ahora—. Y quiero un abogado, no pienso decir una sola palabra más.

Pero para Luke habían sido suficientes. Siempre había tenido un sexto sentido para aquellas cosas, y en aquel momento estaba convencido de que el tipo estaba diciendo la verdad, lo que los mandaba de vuelta a la casilla de salida.

Mientras los agentes se llevaban ahora a Greyson Donovan, él sacó su teléfono y marcó el número de Lexi, algo dentro de su pecho lo alertaba y lo impulsaba a hacerlo…

El tono no llegó. Solo escuchó un pitido seco y un mensaje: l*lamada no completada.* Con el corazón latiendo a un ritmo cada vez más frenético, volvió a intentarlo, pero esta vez el teléfono ni siquiera reaccionó.

Un sudor frío recorrió su cuerpo. Aquello no era normal, le había pedido que estuviera pendiente del teléfono.

Apretó los dientes intentando dominar su inquietud, junto con el pánico que comenzaba a apoderarse de él.

«Algo no está bien», le gritó su instinto. Ni siquiera esperó a Minelli. Su pulso se aceleró mientras corría fuera del despacho, desesperado por ganar la calle y llegar al coche. Casi voló por la carretera de regreso a casa, intentando contactar con cada uno de los agentes que había puesto a su cuidado, sin éxito, mientras que en comisaría las líneas parecían estar colapsadas también.

La llamada de Scott cuando casi estaba llegando a la ciudad le revolvió el estómago, incluso antes de contestarla.

—Luke… —su amigo sonó con una voz de ultratumba.

«¡No!», gritó cada fibra de su ser.

—Escucha…, tienes que venir al hospital…

Aquello estuvo a punto de costarle el control del coche.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien la atacó en el rancho.

—¡No! ¿Cómo… —le daba miedo preguntar— está, Scott?

Hubo un silencio demasiado largo al otro lado de la línea.

—¡Scott! —gritó desesperado.

—Es grave —admitió, y casi no le salía la voz del cuerpo—. Ven rápido.

Y voló por la carretera como nunca en su vida, con el corazón a mil y una única idea en la cabeza: llegar hasta ella antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando entró en el hospital como alma que lleva el diablo, fue directo a urgencias. No tardó en divisar a su amigo, quien tenía abrazada a Alyssa con fuerza, que lloraba a mares. Ambos estaban junto a un box que permanecía cerrado y no permitía ver ni oír nada desde el exterior.

—¿Qué está pasando? —interrogó con el rostro desencajado.

—Luke…

—¿Dónde está?

Intentó colarse por la zona acotada, pero Scott se interpuso.

—¿Quiero verla? —exigió, y miró el rostro de su amigo, cuyas lágrimas eran bien visibles, anunciando la gravedad a la que se enfrentaban—. ¡No…, Scott…! —gritó, intentando sobrepasarlo mientras su amigo lo retenía—. ¿Qué tiene?

—Un disparo en la femoral —aclaró con la voz rota—. Ha perdido mucha sangre.

—Dios, Lexi… —trató de rebasarlo de nuevo para llegar hasta ella, demasiado consciente de la gravedad de la herida.

—Tienes que dejarles hacer su trabajo, Luke, por favor —le rogó Alyssa entre lágrimas—. Acaba de sufrir una parada, intentan reanimarla.

—No… puede ser… —Tuvo que morderse el dorso de la mano para no gritar de impotencia.

Y un segundo después, la puerta del box se abrió y una enfermera salió de allí con un gesto demasiado apagado, esquivando la mirada de todos los presentes. Luke empujó a Scott incapaz de seguir esperando.

—Por favor, aguarda —intentó retenerlo.

No lo consiguió. El sheriff se coló como una exhalación en el box para encontrarse con la imagen más desoladora de su vida. Lexi, su Lexi, estaba tumbada sobre la camilla, blanca como la cera, mientras un incesante y agudo pitido, plano como la muerte, inundaba la estancia como un grito de silencio que se clavó en el pecho de Luke con la fuerza de una cuchilla invisible. Era el sonido de un mundo detenido, el eco interminable de todo lo que nunca llegaría a ser.

Alguien apagó la máquina que anunciaba el fin de todo, llevándose junto con el horrible pitido ese trazo plano y cruel sobre la pantalla, y sintió como si su propia alma hubiera sido borrada, reducida a una línea infinita… Y en ese instante, el doctor que había junto a Lexi consultó su reloj y pronunció unas palabras que lo perseguirían en sus pesadillas durante el resto de su vida.

—Hora de la muerte… veinte cuarenta y cinco.

Luke sintió que el aire se espesaba a su alrededor, como si el universo mismo hubiera decidido dejar de respirar junto con ella. Caminó hacia la camilla muy despacio, con la mirada fija en su cuerpo inmóvil, en su precioso rostro. Se sentía aletargado, casi no podía moverse, no podía llorar, ni siquiera podía aceptar aún que la persona que yacía allí fuera quien su cerebro se empeñaba en hacerle creer que era.

—No…, no… —acarició su rostro con delicadeza—, despierta, mi amor, por favor… —rogó con la voz rota—, por favor…, por favor…, abre los ojos…

—Lo lamento —declaró el doctor a su lado—. Llegó en muy mal estado, no hemos podido hacer mucho.

Pero no había palabras que pudieran llenar el abismo que poco a poco se abría frente a él, a medida que la realidad le retorcía las entrañas con un dolor lacerante, insoportable… Y justo en aquel instante, sintió que algo en su interior se quebraba de un modo que jamás podría reparar, dejando un vacío que se expandía por todo su cuerpo, que notaba cada vez más entumecido, como si estuviera entrando en un letargo paralizante en el que era preferible perderse para no tener que enfrentarse al horror que lo asolaba por dentro.

—Luke… —murmuró Alyssa a su lado casi en un susurro.

Aturdido, izó la vista hacia la pareja que compartía su dolor, pero fue incapaz de mirarlos a los ojos, sobre todo a su amigo, al que le había prometido dar su propia vida por ella, y al que le había fallado de forma estrepitosa…

…igual que le había fallado a ella, a la niña de su vida, a la única mujer por la que habría atravesado el infierno de haber sido necesario, y que nunca lo sabría, porque… no había tenido la valentía suficiente como para aceptarlo y gritarlo a los cuatro vientos.

Scott le puso una mano en el brazo intentando un acercamiento, algo de consuelo, pero Luke sintió que no se merecía nada de aquello.

—Lo siento… —susurró sin mirarlo, y eso fue todo lo que pudo decir antes de acariciar el rostro de Lexi por última vez y salir corriendo de allí, intentando ser más rápido que sus propios pensamientos, que su propio dolor…

Capítulo 50

Luke yacía en el sofá de su apartamento, como si fuera una sombra de sí mismo. Apenas podía levantar la cabeza un palmo antes de que el peso invisible que cargaba lo hundiera de nuevo contra los cojines desgastados. Su mirada estaba fija en el techo, aunque realmente no veía nada. La botella de whisky, su única compañera esa noche, resbaló de sus manos cuando se aseguró de que ya no quedaba una sola gota de ese líquido ámbar que había prometido silenciar sus pensamientos, pero que no había cumplido su palabra.

Había sido incapaz de regresar al rancho, ni siquiera para asegurar la casa y recoger sus cosas. Era posible que jamás pudiera volver a pisarlo. Solo pensar en cruzar sus puertas lo enfermaba. Todo allí le recordaría a ella, su mente olería el aroma de su perfume flotando en el aire para siempre, los ecos de su cantarina risa resonarían por todas partes, en cada recoveco.

Se llevó una mano temblorosa al rostro y cerró los ojos con fuerza, pero eso solo empeoró las cosas. En la oscuridad de sus párpados cerrados, las imágenes llegaban sin piedad: Lexi riendo bajo la luz del atardecer, Lexi jugando con Shadow llena de vida, Lexi durmiendo junto a él, con una paz que ahora le parecía inalcanzable… Cada recuerdo era un fantasma, y esos fantasmas lo atormentaban hasta enloquecerlo.

Intentó incorporarse, pero el cuerpo no le respondió; tal vez por el alcohol, tal vez por el dolor que le carcomía hasta los huesos… En ese estado, una acusación se repetía, cruel, insidiosa, implacable, gritándole demasiado alto que todo aquello era culpa suya, que no había sabido protegerla, que ni siquiera había sabido amarla como merecía.

Sintió un nudo en el estómago al pensarlo, y unas terribles arcadas estuvieron a punto de ganarle la partida. Era la culpa lo que en realidad lo mantenía tumbado, no el whisky. La certeza de que cada discusión, cada momento en que no supo decirle cuánto la amaba, cada instante en que no se dio cuenta de lo que tenía hasta que lo perdió… ahora pesaban como cadenas alrededor de su cuello.

El eco de la botella vacía al caer del sofá y golpear el suelo lo devolvió por un instante al presente. No se tenía en pie, no sabía si alguna vez podría volver a hacerlo, pero mientras estuviera allí, atrapado en ese sofá, las paredes de su apartamento se cerraban sobre él como un ataúd que él mismo había construido. Y lo peor era saber que el único que podía liberarse de ese infierno era él…, pero no quería, solo anhelaba enterrarse en vida junto a ella.

Se abandonó al sueño cuando su cuerpo alcanzó el límite de la extenuación, un sueño que llegó como un remanso de paz inesperado, un rincón de calma en medio de la tormenta. Allí estaba ella, Lexi, con la misma sonrisa que solía iluminar sus días, su cabello alborotado por el viento y esos ojos que siempre lo miraban como si él fuera su mundo. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Sus sentimientos por él eran tan evidentes en aquella mirada…

Corrió a abrazarla y Lexi rio cuando él la tomó con énfasis entre sus brazos y giró con ella, deleitándose con el simple hecho de ser capaz de hacerla feliz. Estaban en el rancho, con el atardecer tiñendo el cielo de naranja y púrpura. Cuando la bajó, ella le tomó las manos y el tacto era cálido, tan real que podía sentir la tibieza y suavidad de su piel, el roce delicado que hacía que su corazón palpitara con fuerza en su pecho.

Ella lo miró como si nada hubiera cambiado y todo el dolor que cargaba hubiera sido solo

una pesadilla. Cuando sus labios se encontraron, el sabor fue inconfundible: una mezcla de dulzura y promesas. El beso era suave, pero ardía con la intensidad de todo lo que no pudieron decirse. Sus caricias eran una sinfonía de ternura, como si intentara grabar en su piel lo que nunca debería olvidar.

En ese instante, Luke sintió que la felicidad volvía a ser posible, que el mundo tenía sentido otra vez. El tiempo se detuvo, y por un breve momento creyó que podría quedarse allí, en ese sueño, para siempre.

Pero entonces, con una ráfaga de viento helado, todo se desmoronó. El atardecer se apagó, Lexi se desvaneció como humo entre sus dedos y el vacío lo arrastró de vuelta a la realidad.

Luke se despertó de golpe, jadeando, con el pecho ardiendo. La luz del día inundó sus sentidos y lo asaltó sin piedad. Tardó un segundo en comprender dónde estaba, y cuando lo hizo, el dolor lo golpeó de forma implacable. Un grito desgarrador y visceral escapó de su garganta sin aviso, un rugido de alma rota que resonó entre las paredes como una herida abierta. La rabia, la impotencia, la culpa… todo estalló en él como un torrente incontenible, insoportable, un dolor que lo devoraba desde dentro, eclipsando incluso el terrible dolor de cabeza que comenzaba a marearlo.

Intentó incorporarse, pero no pudo. Terminó dejándose caer hacia atrás de nuevo, con las lágrimas arrasando sus ojos. El eco de su grito aún parecía vibrar en el aire. Todo su cuerpo estaba rígido, tensado por una desesperación que no sabía cómo soltar.

—Me cambiaría por ella sin dudarlo… —pensó, como si darse a la vida como ofrenda pudiera cambiar algo. Pero el silencio de la habitación fue la única réplica, tan cruel como el vacío en su pecho.

Una hora después, era incapaz de enfrentarse sobrio al dolor y las sombras que Lexi había dejado atrás, esas que lo esperaban en cada rincón de su memoria. No podía soportar el silencio ensordecedor sin el sonido de su voz llenándolo todo. Con la cabeza palpitando, a punto de estallarle, y el estómago ardiendo, se sentó en el borde del sofá y agarró otra botella que descansaba a medio vaciar sobre la mesa. Quitó la tapa con un movimiento torpe y llevó el vidrio a sus labios, dejando que el ardor del alcohol recorriera su garganta.

«Matar el dolor con más dolor», pensó, y siguió bebiendo, ignorando como el vodka le quemaba las entrañas, decidido a ahogar lo que quedaba de sí mismo en el fondo de aquella botella, que poco a poco lo sumergió en un estado de engañosa languidez…

…y así fue como lo encontró Alek cuando casi tuvo que echar la puerta abajo para poder entrar en el apartamento.

∞∞∞

Alek caminó hasta el sofá con una mezcla de dolor y preocupación en el rostro. Perder a Lexi había sido un auténtico mazazo para todos, aún estaba intentando encajarlo, pero ya no podía hacer nada por ella. En aquel instante quien más le inquietaba era Luke, cuyo tormento se reflejaba con una claridad desgarradora en su mirada. Estaba sentado en el sofá con una botella de vodka en la mano y su pistola en la otra, que se había apresurado a empuñar, con unos reflejos pésimos, cuando Alek se había colado en el apartamento. Ni siquiera Yako se había molestado en levantarse para recibirlo, lo miraba desde el pie del sofá con ojitos tristes, como si también estuviera afectado por la misma intensa agonía que aquejaba a su dueño.

—Alek, ¿cuándo has…? —Una arcada seca le impidió acabar la frase.

—Hemos llegado hace un rato —contó—. Cogimos el primer vuelo cuando Scott nos avisó. —Se detuvo frente a él—. Dame esa pistola, hombre, que pueda darte un abrazo sin temor.

Luke lo miró como un *zombie* que apenas puede con su cuerpo.

—No merezco ningún abrazo —se dejó caer hacia atrás en el sofá—, no me merezco nada.

—Esto no ha sido culpa tuya.

—Sí lo ha sido —replicó con una voz de ultratumba—, yo debía protegerla.

La desolación en su mirada se clavó en el corazón de Alek como un fino aguijonazo.

—No debí dejarla sola.

—La dejaste protegida, Luke, se suponía que a salvo —le recordó Alek—, y te alejaste apenas un par de horas para intentar acabar con la amenaza.

Pero sabía que nada de lo que dijera lo sacaría de aquel bucle de culpa y dolor en el que estaba sumido. Y si su amigo tan solo amaba a Lexi una décima parte de lo que él mismo amaba a Jess, jamás se recuperaría de la pérdida.

Luke miraba su pistola, sumido en sus pensamientos. Jugaba con el arma de forma distraída, empuñándola de vez en cuando con fuerza.

Nervioso, Alek le tendió la mano y acabó rogando:

—Dame el arma, por favor.

Luke posó sobre él una mirada inquietante.

—No voy a pegarme un tiro, Alek —declaró, arrastrando las palabras—, antes tengo que llevarme por delante a todos los que me la han arrebatado —apretó los dientes—, y esta vez me aseguraré de impartir mi propia justicia.

—El vodka y las armas no se llevan bien, Luke —insistió con su mano tendida.

Al sheriff le costó ceder, pero acabó poniendo la pistola en la palma de su amigo, al tiempo que un destello de dolor estalló en sus ojos, llenándolos de lágrimas.

—Alek… —se le quebró la voz—, nunca se lo dije…

Aquello lo mataba, y era evidente por su expresión torturada.

—…dejé que se fuera sin decirle… que ella era todo mi mundo…

Las lágrimas cobraron vida sin remedio, desgarradoras.

—…y ahora jamás lo sabrá…, porque fui un cobarde hasta el último segundo…

Alek no podía evitar que sus ojos también dieran muestras de la emotiva confesión.

—Lexi era una mujer inteligente, Luke, estoy seguro de que lo sabía.

—Era… —repitió, roto por completo—. No… voy a poder soportarlo, no puedo vivir en un mundo donde ella no esté.

Rompió a llorar, desconsolado, desgarrado por las emociones. Un dolor lacerante amenazaba con enloquecerlo a cada segundo.

Alek lloró con él. Por la mujer que se había ido y por el hombre que la lloraba, ambos eran como dos hermanos a los que adoraba. Y luego estaba Scott, también destrozado por completo, que además se esforzaba por calmar a Alyssa, que lo estaba llevando muy mal. La tragedia había sido devastadora para todos a su alrededor, y aún tenía una noticia muy dura que darle a su amigo.

Cuando Luke se calmó un poco, Alek intentó que comiera algo, pero fue inútil, lo único que quería meter en su estómago estaba dentro de una botella.

—Tienes que intentar reponerte un poco, Luke —suspiró Alek, sabedor de la conmoción que estaba a punto de causarle—. Van a enterrarla hoy, a última hora de la tarde.

Aquello fue como asestarle una puñalada.

—¡No! ¿Por qué tan pronto?

—Por recomendación médica —explicó el periodista—. Ni siquiera vamos a poder velarla.

—No entiendo…

—Se desangró, Luke —dijo casi en susurros—. El médico que la atendió anoche ha hablado con Alyssa y Scott esta mañana. La pérdida masiva de sangre ha dejado el cuerpo en muy malas condiciones —contó con precaución—. Al parecer, han hecho todo lo posible para limpiarla y prepararla, pero… no es suficiente.

—No, esto… no puede ser…

—Como las razones de la muerte son obvias, una autopsia es innecesaria —explicó—, así que, por protocolo, aguardarán a última hora para sepultarla, para que haga veinticuatro horas del fallecimiento.

«Hora de la muerte veinte cuarenta y cinco». Luke jamás olvidaría aquellas palabras.

—Lexi habría querido que no prolongáramos la agonía —siguió diciendo—, sobre todo por Alyssa, ella está muy mal, anoche sufrió un desmayo.

Luke asintió, con el corazón destrozado.

—Reponte un poco, por favor, es ya la una y no puedes ir en esas condiciones, así que…

—No voy a ir —interrumpió.

—¿Qué? —Lo miró perplejo—. ¿No vas a asistir al funeral?

Luke negó con un gesto desolador.

—Pero Luke…

—No puedo ver cómo la meten bajo tierra, Alek —declaró con la voz rota—, solo pensarlo me mata.

Dio un largo trago de vodka en un evidente intento de olvidar los últimos minutos de conversación.

—¿Puedes… dejarme solo, por favor? —rogó a continuación.

El timbre interrumpió la respuesta, y ambos miraron hacia la puerta con una expresión de sorpresa.

—No quiero ver a nadie —rogó Luke—, ¿podrías…?

Alek asintió y caminó hasta la puerta, tras la que esperaba un Bowie muy nervioso, ataviado con un sombrero y unas gafas de sol enormes, que le tapaban medio rostro. Se coló en el apartamento sin ser invitado.

—Menos mal que he llegado a puerto —repuso el chico, que traía en cabestrillo el brazo contrario al que tenía aún vendado.

Cuando llegó hasta Luke, se quitó las gafas y fue evidente para todos que había llorado durante horas, a juzgar por la hinchazón y el enrojecimiento de sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —interrogó Luke, perplejo.

—Acaban de darme de alta en el hospital —explicó—, y no sabía dónde ir.

El sheriff lo observaba con atención. Por lo poco que había podido atender y entender las indicaciones de su equipo el día anterior, Bowie estaba junto a Lexi cuando los encontraron. El chico había recibido un balazo en el omoplato izquierdo, y dos de sus agentes también presentaban heridas de bala, que no revestían gravedad, pero que les impidieron llegar hasta Lexi a tiempo.

—¿Cómo estás? —se interesó Alek.

—Bien, la herida es limpia, la bala entró y salió sin provocarme lesiones graves —sollozó ahora—, no como… mi Nemo que…

Rompió a llorar de forma histriónica y Alek le tendió la mano para que cogiera asiento, gesto que pareció molestar a Luke, que era evidente que lo único que quería en aquel momento era

quedarse a solas con su dolor.

—No sé qué voy a hacer ahora. He pedido el alta voluntaria para poder esconderme, en el hospital me siento demasiado expuesto. —Suspiró cuando el llanto cedió, y puso sus ojos en Luke—. ¿Puedo quedarme aquí, sheriff?

Luke lo miró como si se hubiera vuelto loco de remate.

—Solo serán unos días —se apresuró a decir—, hasta que me reponga un poco y pueda tomar decisiones.

La mirada de ruego que Alek recibió de Luke fue evidente, pero quizá aquel tipo era justo lo que su amigo necesitaba en ese momento.

—Creo que sería buena idea —empezó diciendo, agradeciendo el haberle quitado a Luke el arma o era posible que le hubiera disparado—. Así no estarás solo.

—Eso es lo que quiero —le recordó el chico.

—Tengo que regresar al rancho, Luke —repuso Alek con total sinceridad—, y me iré mucho más tranquilo si te dejo acompañado.

—Sí, pero…

—También puedes venir conmigo —ofreció—, eso sería bueno para todos y…

—Déjalo —interrumpió Luke—, sabes que no voy a ninguna parte.

—Entonces, por favor, danos un respiro a todos sabiéndote a salvo —suplicó—. Scott estaba muy preocupado también por ti, y ya tiene bastante.

A Luke se le humedecieron los ojos de nuevo.

—Jamás podré volver a mirarlo —se lamentó.

Alek esperaba que el tiempo ayudara y cerrara un poco las heridas. Vio como su amigo apuraba el resto de líquido de la botella e intentaba levantarse del sofá.

—¿Qué haces?

—Tengo que ir al baño —informó, y se negó a que Alek lo ayudara, a pesar de que iba dando tumbos por el apartamento.

En silencio, Bowie y Alek lo siguieron con la mirada hasta que desapareció.

—Pobre, no sé cómo logrará vivir sin mi Nemo —sollozó el chico—, se les veía tan enamorados… Ay, qué pena…

—¿Cuidarás de él, por favor? —rogó Alek.

—Claro, mi linda Nemo así lo querría.

—Estoy seguro de que Luke querrá hacerte un millón de preguntas en algún momento —opinó Alek—, ahora mismo apenas si puede pensar.

—Y yo tengo algo que contarle —dijo Bowie en un tono misterioso.

Alek lo miró con atención.

—¿Pasa algo?

—Es por… una cosa que mi Nemo y yo descubrimos justo antes de que nos dispararan.

—¿Sobre qué?

—Sobre uno de sus agentes.

—¿De quién estás hablando? —interrogó Luke avanzando desde el baño, con un ligero vaivén.

Bowie lo miró con cierta preocupación.

—De Morgan.

—¿Qué pasa con él?

Con premura, Bowie les relató cómo habían pillado a aquel tipo en un renuncio cuando le preguntaron cómo dio con Némesis.

—Te aseguro que nada de lo que nos contó tenía ningún sentido —siguió diciendo—, pero cuando intentamos llamarte, nos dimos cuenta de que alguien nos había dejado sin señal de ningún tipo.

Luke lo miraba con los ojos llenos de angustia, aún no se había sentido con fuerzas para escuchar cómo se dieron los hechos. No tenía ni idea de todo aquello.

—Por eso salimos de la casa —explicó Bowie—, para intentar alejarnos del inhibidor de señal y poder avisarte.

—Inhibidor de… —tuvo que coger asiento, presa de un mareo extremo—. Dios, ¿yo… llevé a su enemigo hasta ella…, se la puse en bandeja…?

Miró a Alek presa de un tormento inimaginable, mortificado, y comenzó a hiperventilar.

—Alek…, noquéame, por favor —suplicó intentando coger aire. El dolor en aquel instante era tan intenso que su rostro se desfiguró por completo.

—Luke, no…

—¡Por favor! —se llevó la mano al pecho—, yo… no lo aguanto… ¡Dame un descanso! —imploró, y se agarró las sienes con ambas manos—. Me voy a volver loco…

Alek jamás pensó que accedería a algo así, pero… cogió asiento junto a Luke.

—Está bien, seré rápido —suspiró mientras llevaba una de sus manos a su cuello para buscar aquel punto clave detrás de la oreja, donde los nervios se entrecruzan… Cuando lo localizó, lo apretó con la presión justa y Luke cayó fulminado al instante.

—¡Ay, diosito! —exclamó Bowie mirándolo alucinado—. Recuérdame que nunca me meta contigo.

Alek le puso un cojín bajo la cabeza a su amigo y lo miró con tristeza.

—Por la cantidad de vodka que lleva en el cuerpo, yo diría que dormirá mínimo un par de horas —le dijo a Bowie—. Si cuando despierte intenta hacer alguna tontería, me llamas, por favor.

El chico asintió y Alek salió del apartamento rezando para no recibir aquella llamada.

Capítulo 51

Cuando Luke abrió de nuevo los ojos, eran casi las seis de la tarde. Bowie se abalanzó sobre él, muy nervioso.

—Al fin —exclamó—. ¡Creía que a Alek se le había ido la mano!

Luke apretó los dientes, maldiciendo el haberse despertado. El dolor seguía allí, impidiéndole incluso respirar con normalidad, mientras su cuerpo protestaba por el trato recibido en las últimas horas. En aquel momento, no tenía muy claro si seguía borracho o estaba sufriendo una resaca de campeonato, quizá una mezcla de ambas.

Consultó su reloj con el corazón acelerado, temeroso de que ya fuera la hora en la que… tendrían que despedirse de Lexi para siempre. Como si al sepultar su cuerpo también enterrara la última chispa de esperanza, la de despertar algún día y descubrir que todo había sido solo una pesadilla.

—Toma, he hecho café, te vendrá bien. —Le tendió Bowie una taza con un gesto de preocupación.

—No quiero, solo necesito… seguir bebiendo.

«Estoy demasiado sobrio», pensó para sí, y recordó que había agotado todas sus reservas.

—¿Crees que ella querría verte así, bebiendo hasta matarte? —dijo Bowie con lágrimas en los ojos.

Aquella frase golpeó a Luke como una losa. ¿Cuántas veces le había dicho él eso mismo a su padre?

Pero aquel día no era el apropiado para dejar que su conciencia tuviera voz ni voto. No soportaría el momento de su entierro sobrio, necesitaba anestesia, beber hasta perder el conocimiento.

Se puso en pie con premura, y tuvo que aguantar un poco sin moverse hasta que cedió el mareo inicial.

—Voy a salir.

Bowie lo miró con inquietud.

—¿Y dónde vas?

—Necesito otra botella —proclamó sin remordimientos.

—Luke…

—Ahórrate la charla —repuso, pasando ante él para ganar la calle.

—Yo iré a comprarla, no sé si estás en condiciones para…

—No, será mejor que no te expongas —suspiró—, Lexi me mataría si dejara que te pasara algo.

Parpadeó con fuerza para alejar las lágrimas y salió por la puerta.

El aire fresco le sentó bien y logró que el mareo cediera un poco, aunque caminar en línea recta era un imposible. Cuando pasó frente a comisaría, apretó los dientes y se le nubló el juicio.

Entró en el edificio y caminó hasta la mesa de Morgan, ganándose un montón de miradas inquietas. Nadie parecía atreverse a hablar.

—¿Dónde está Morgan? —interrogó a Mary Beth.

—Hoy está librando —contó—. Jefe, siento mucho…

—Déjalo —cortó, incapaz de soportar pésames—. Necesito el atestado de todo lo sucedido en el rancho —pidió—, ¿quién lo ha puesto por escrito?

—Adams.

—Bien.

Aquello fue un alivio. No habría podido fiarse de nada de lo que Morgan dijera. Aunque, por fortuna, siempre podría contrastarlo todo con la versión de Bowie.

Se apoyó en el mostrador mientras Mary Beth le conseguía la información.

—Jefe, ¿qué tal si te preparo un café y…?

Pero ¿qué le había dado a todo el mundo con el café? ¿Es que nadie podía entender que lo único que necesitaba era más whisky y que lo dejaran en paz? Estuvo a punto de rugir aquello mismo, pero le dolía demasiado la cabeza.

—El atestado, Mary Beth —insistió, intentando controlarse.

La chica se afanó por conseguirlo, y Luke salió de comisaría en cuanto lo tuvo en la mano, siendo consciente de la cantidad de ojos que tenía sobre él.

Casi arrastrando los pies, entró en el bar más cercano y compró una botella de whisky. Y cuando iba de regreso a su apartamento, un tipo se cruzó en su camino para entrar en la farmacia y un perfume inconfundible asaltó sus sentidos…

…flor de azahar, no había duda, la mezcla de flores con aquel toque de cítricos resultaba inconfundible.

Su corazón sufrió un vuelco y no pudo resistirse a entrar tras el tipo en la farmacia, sintiendo una necesidad imperiosa de seguir respirando aquel aroma.

Fue tras él hasta el mostrador, donde Andy lo estaba atendiendo ya. El farmacéutico miró a Luke con un gesto triste.

—Ya me he enterado, y lo siento mucho —dijo de inmediato—, sé que estabais muy unidos.

Él se limitó a asentir, y el hombre no siguió insistiendo al ver su reticencia. Se centró en seguir atendiendo, y Luke no pudo evitar preguntarse, abatido, qué demonios hacía él allí.

—Aquí tienes, esto debería aliviar rápido los síntomas. —Puso una caja frente a él.

Perplejo, Luke reconoció la pomada en el acto. Era la misma que había comprado para Lexi el día que las esposas le provocaron aquella reacción alérgica.

—Que se la eche varias veces al día.

—¿Qué ha pasado? —se dejó Luke llevar por un impulso.

El tipo posó sobre él una mirada sorprendida.

—Mi novia tiene una reacción alérgica.

—¿A qué?

—No lo sé.

El sheriff arqueó las cejas.

—¿Que no lo sabe?

—No, pero ¿a ti qué carajos te importa? —acabó diciendo, de malos modos—. ¿Acaso eres poli?

—¿Y si lo fuera? —repuso Luke, sorprendido por tanta agresividad repentina.

—Está frente al sheriff del condado, amigo —intervino ahora Andy, inquieto—. Será mejor que conteste a sus preguntas.

El hombre se sorprendió y pareció ponerse algo nervioso, a criterio de Luke, que lo observaba con expresión crítica, esforzándose mucho por aparentar estar del todo sobrio. Era evidente, por el aspecto desaliñado que presentaba y el color marrón casi ocre de sus dientes, que aquel tipo no parecía saber ni lo que era un perfume.

—No creo que mi vida privada sea de la incumbencia de nadie —repuso en un tono seco—, pero no tengo inconveniente en decirle que ni siquiera el doctor Collins tiene ni idea de a qué es alérgica, así que cómo voy a tenerla yo.

Luke asintió y aspiró con fuerza.

—¿Y puede decirme qué perfume lleva? —interrogó casi por inercia.

El desconcierto del tipo fue evidente.

—¿Perdone?

—Su olor.

Lo vio tomar el cuello de su camisa y llevárselo a la nariz, como si ni siquiera supiera a qué se refería.

—Es el perfume de mi novia —aclaró—, huele a gloria, ¿verdad? No tengo ni idea de cuál usa.

Aquello golpeó a Luke con fuerza. Él ya no podría oler aquel perfume sobre su piel nunca más.

—Flor de azahar —susurró, y se alejó de allí con el corazón dando alaridos de dolor.

Durante unos largos segundos, se había permitido fantasear con la idea de que el universo le estuviera enviando una señal: la pomada, el perfume…, pero la imagen de Lexi, pálida y sin vida en aquella camilla, no le permitió engañarse mucho tiempo.

Corrió a su apartamento para poder perderse en el whisky antes de volverse loco.

Cuando el líquido ámbar al fin entró en su cuerpo, miró a Bowie con un gesto inquieto. Algo diferente y extraño lo incomodaba ahora dentro del pecho. Era irracional, lo sabía, pero no podía ignorarlo, a pesar de ser consciente de que la esperanza acabaría destrozando lo poco que quedaba de su dolorido corazón.

«No puede ser», pensó, y, sin embargo, la duda, insidiosa y absurda, se coló en su mente como un susurro imposible de acallar.

Miró la carpeta con el atestado que había sobre la mesa y se aventuró:

—Cuéntame todo lo que pasó, Bowie —pidió al fin.

El chico le devolvió una mirada inquieta.

—¿Estás seguro?

—Sí. Dijiste que salisteis al exterior para intentar buscar señal.

Bowie asintió e informó:

—Había un inhibidor de señales en la casa, lo que solo podía significar que nos habían encontrado… y aislado para nada bueno. —declaró con pesar—. Nemo sabía que nuestra única oportunidad era poder llegar hasta ti de alguna manera —Luke apretó los puños con fuerza—, así que nos escabullimos a escondidas de la casa —explicó—. La primera opción fue llegar a la radio de alguno de los coches patrulla, pero estaban cerrados, y no queríamos llamar la atención de los agentes, sobre todo de Morgan, que no sabíamos hasta qué punto estaba metido en todo aquello, así que seguimos avanzando hacia el granero… Y es evidente que, al correr campo a través, nos pusimos demasiado a tiro.

Para Luke, imaginar aquella escena estaba resultando muy angustioso. Lexi era audaz, pero sabía que en el fondo debía de estar aterrada.

—¿Los disparos llegaron desde la casa? —preguntó, intentando mantener la cabeza fría.

—No, desde alguna parte del granero, creo —supuso—. Estábamos llegando al puente que hay sobre el riachuelo cuando Nemo sintió el aguijonazo.

—¿Te refieres al disparo?

—No, al dardo —aclaró—, las balas comenzaron después y…

—Para —interrumpió Luke, confuso—, ¿a qué demonios te refieres con el dardo?

—Al que Nemo recibió en el muslo —explicó—. Estará en el informe.

Aquello descolocó a Luke por completo.

—No he leído el atestado aún… ¿Alguien le lanzó un dardo? —interrogó casi para sí—. ¿Por qué?

—No lo sé, pero ella cayó y luego comenzaron a silbar las balas. —En su voz podía apreciarse el horror del momento—. Yo recibí un disparo y caí sobre ella, que se giró sobre mí y se afanó en protegerme —sollozó—. Y después tus hombres salieron de la casa y corrieron a socorrernos disparando a su vez. Fue horrible.

Luke, con el pulso acelerado, tomó el atestado policial que había sobre la mesa, pero la documentación médica no estaba adjunta al expediente.

—Necesito el informe clínico de urgencias —murmuró para sí.

—¿Qué pasa, sheriff? ¿Qué te inquieta tanto?

—El dardo —confesó—, no tiene ningún sentido.

Clavó una mirada intensa sobre el chico.

—¿Recuerdas algo más?

—No, todo fue muy rápido —suspiró entre lágrimas—. Los servicios de emergencias no tardaron ni cinco minutos en llegar.

Luke frunció el ceño de nuevo y consultó el informe de su gente. Era posible que Bowie hubiera perdido la noción del tiempo.

Pero no, las horas coincidían. Según el informe del agente Adams, que solía ser minucioso y recoger cada detalle al milímetro, apenas pasaron unos minutos desde que pidió ayuda por radio desde el coche, hasta que se personaron los equipos de emergencias.

—Esto… no es posible… —murmuró Luke, perplejo, estudiando la información.

—¿Qué pasa?

—Que el rancho está demasiado aislado —contó—. No hay forma de que emergencias llegara en cuatro minutos, ni siquiera volando.

—¿Y eso es importante?

—Lo es si alguien tenía preparada la ayuda a poca distancia.

—No entiendo nada —admitió Bowie.

Pero Luke sentía un pellizco cogido en el pecho que lo incitaba a continuar profundizando en aquello. Su sexto sentido dominaba ahora la situación, quizá alentado por el alcohol, eclipsando al sheriff cabal, el que sabía que era posible que se estuviera agarrando a un clavo ardiendo que acabaría por destrozarlo.

—¿Crees que la persona que nos disparó fue quien mandó a emergencias? —insistió Bowie.

Luke asintió.

—¿Por qué?

—Para llegar hasta ella antes que nadie. —Se puso en pie y paseó por la habitación con inquietud—. Tengo que conseguir ese informe.

—¿El de emergencias?

—Y el del hospital, ambos —consultó su reloj, comprobando que eran las ocho de la tarde —, pero no creo que hoy sea posible.

—¿Qué no? ¡Solo préstame un ordenador y verás!

Luke lo miró con el corazón acelerado.

—¿En serio?

—No soy Nemo, nadie es tan bueno como ella —musitó—, y quizá necesite un rato, pero…

No había terminado la frase cuando Luke le puso su portátil sobre las piernas.

Bowie voló por el teclado. Lo escuchó protestar como unas diez veces y suspirar exasperado otras, pero veinte minutos más tarde, soltó un eureka y le tendió el ordenador al sheriff, que ya para ese entonces tenía los nervios destrozados, tras conjeturar con lo ocurrido de todas las formas posibles. Lo estudió con un nudo en el pecho.

—No hay ni rastro del dardo en estos informes —repuso tras leerlos dos veces—. Aquí no se menciona.

—Quizá se le cayó de la pierna mientras la trasladaban y no se dieron cuenta —sugirió el chico—. Aunque era grande, como uno de esos con los que duermen a los animales salvajes para tratarlos.

«Y con el que tumbaron a Lexi en unos pocos segundos», pensó abatido y muy nervioso. «Pero ¿por qué? ¿Para qué si iban a terminar disparándole?». Y entonces un presentimiento lo asaltó como un rayo.

—¿Lexi tenía un disparo, Bowie? —interrogó casi sin voz.

—¿Qué? —Lo miró desconcertado—. Supongo, en la femoral, dijeron…

—Sí, pero ¿tú viste la herida?

—La vi caer por el dardo, y luego yo caí, y ella… me protegió hasta que se desmayó.

—La herida de bala, Bowie —sus nervios ya no soportaban todo aquello—, ¿la viste en algún momento?

El chico hizo memoria y acabó diciendo:

—No. Estaba aterrado —confesó—, y ella estaba sobre mí y perdió el conocimiento en unos pocos segundos.

—¿Tan rápido?

—Sí.

—Pero… Lexi es fuerte y tardaría en desangrarse —dijo casi para sí.

—Pues dejó de responder rápido —aseguró—, pero no entiendo todas estas divagaciones, sheriff. —Consultó el informe—. Como causa de la muerte, el doctor Collins certifica con claridad que ingresó con un disparo que…

—Espera.

—¿Qué?

—El nombre del médico… —Se le aceleró el pulso.

—¿El que certificó su muerte? —Luke asintió con la garganta seca—. Ethan Collins.

«*Ni siquiera el doctor Collins tiene ni idea de a qué es alérgica mi novia*…», escuchó dentro de su cabeza, mientras que casi podía oler aquel aroma a flor de azahar… y su mente se empeñaba en conjurar una imagen de Lexi torturada por unas esposas que le dañaban la piel.

Su respiración se aceleró, y pequeños retazos de conversaciones mantenidas inundaron su cabeza, como destellos cegadores en medio de una niebla densa que comenzaba a evaporarse…

«*Atacar desde un coche en movimiento no es inteligente, y esta mañana tampoco escogió el mejor sitio para volver a hacerlo… Un sicario vive de su reputación, y dos intentos fallidos le juegan muy en contra…*».

—¿Y sí… jamás quisieron matarla? —murmuró para sí, sintiendo que todas y cada una de sus terminaciones nerviosas entraban en alerta.

—No entiendo nada —se quejó Bowie.

Luke ya no escuchaba. Las palabras del chico eran un murmullo lejano, insignificante frente al torbellino que rugía ya en su mente, ensordeciéndolo. Estaba demasiado absorto en un infierno de angustia y teorías desesperadas y disparatadas, pero que, a medida que se aferraba a ellas,

comenzaban a encajar con una lógica aterradora.

«*Por recomendación médica, ni siquiera vamos a poder velarla…*».

—¿Y si había un motivo oculto para impedirlo?

—No te entiendo, Luke.

—Y si… ella no…

No se atrevió a terminar la frase. El latido de su corazón retumbaba ahora en sus oídos, con una mezcla de esperanza, confusión y terror a estar solo imaginando fantasmas para poder aceptar la insoportable realidad, pero aquello no lo detuvo. La duda fue suficiente para arrastrarlo a la calle, en un estado de desesperación y delirio, intentando que su maltratado cuerpo aguantara; aquel no era momento para rendirse.

Consultó su reloj y comprobó que eran casi las nueve menos cuarto, no podría llegar a tiempo al cementerio. Enterrarían su cuerpo en minutos, y con cada paso tambaleante que daba, la certeza de que no podía permitirlo se hacía más fuerte. Si estaba equivocado, si todo aquello era solo un delirio impulsado por el alcohol y la desesperación, tendría que vivir con ello, pero si tenía razón…

«Dios, necesito llegar hasta ella», se dijo, avanzando a trompicones hacia el coche. Y solo entonces fue consciente de que Bowie iba tras él.

—¿Dónde vas? No debes salir.

—No sé qué está pasando, pero voy contigo.

Luke no tenía tiempo para discutir. Se subió al coche y vio que Bowie cogía asiento al otro lado y se persignaba; ambos sabían que el sheriff no estaba en las mejores condiciones para conducir.

Abrieron todas las ventanillas para que el aire frío lo ayudara a despejarse, y aceleró con fuerza.

Voló por la carretera, con la sirena puesta para abrirse paso. Su mente era un torbellino, cada pensamiento una daga que lo empujaba a seguir adelante…, y quince minutos después, de puro milagro, consiguieron llegar sanos y salvos al cementerio.

Luke casi se tiró del coche en movimiento. Con una fuerza que no sabía de dónde salía, corrió por entre las tumbas, impulsado por algo más fuerte que el dolor, más intenso que el miedo: la diminuta posibilidad de que sus sospechas fueran ciertas y ella lo esperara al otro lado del abismo.

Estaba seguro de que Lexi sería enterrada junto a su padre, Maxwell Michaelson, pero no recordaba del todo dónde estaba aquella tumba. Aunque en la oscuridad del cementerio, no tardó en encontrar un resquicio de luz, la que indicaba el punto exacto hacia el que debía correr.

Cuando se detuvo y afinó la vista, pudo distinguir con total claridad a sus amigos entre las decenas de personas que se habían congregado para darle el último adiós. Con horror, se dio cuenta de que los enterradores ya arrojaban paladas de tierra sobre el ataúd, que yacía sepultado en la oscura profundidad de la fosa. Siguió corriendo, ahora como nunca antes, con los pulmones ardiendo y el sabor metálico de la desesperación en su boca. El aire frío quemaba su garganta, pero nada importaba más que llegar hasta la fosa.

—¡No! ¡Basta! —gritó entre jadeos, casi sin poder hablar.

Todos los presentes se giraron a mirarlo con una expresión mezcla sorpresa y preocupación.

—Luke, ¿qué…?

—Scott, tienes que pararlo —rogó—, hay que abrir ese ataúd.

—¿Abrirlo? —su amigo lo miraba horrorizado—, pero ¿te has vuelto loco?

Luke apenas se mantenía ya en pie, pero la urgencia lo sostuvo mientras se giraba hacia los

enterradores.

—¡Sacadlo! —pidió con evidente desesperación.

El sheriff miró a su alrededor, donde sus propios amigos lo contemplaban con una mezcla de tristeza y horror. Alyssa lloraba a mares abrazada a Scott, que a su vez lo miraba a él con evidente angustia y el rostro desfigurado por el dolor.

—Luke, por favor, cálmate. —Caminó Alek hacia él con una expresión de consternación.

—No te acerques —exigió Luke, y señaló la fosa—. Tienen que abrir el ataúd.

Su voz era un ruego, entrecortada por la mezcla de lágrimas y jadeos por la carrera.

—Amigo, entiendo tu dolor —susurró Alek intentando un acercamiento—, pero debes dejarla descansar. Esto no es justo para nadie.

Pero Luke no escuchaba. Su mirada estaba fija en el ataúd, en la tierra que comenzaba a cubrirlo y en la posibilidad de que todos estuvieran equivocados.

—Ahora no tengo tiempo para explicaciones —declaró—, tendréis que confiar en mí.

Miró a sus amigos con una expresión torturada. Sabía que su teoría se sostenía apenas por hilos… El problema era que lo único que todos veían, con lágrimas en los ojos, era la desesperación de un hombre enamorado, incapaz de asumir la pérdida. Incluso Minelli, que siempre parecía tan frío, lo contemplaba ahora con tristeza.

—Scott…, por favor… —rogó.

—Joder, Luke…, ¿sabes lo que me estás pidiendo? —Parecía a punto de desmoronarse.

—¡¿Cuándo has visto su cadáver por última vez?! —preguntó con la voz rota, y miró a Alyssa—. Aly, tú eres médico, deja tu dolor a un lado por un segundo —rogó—, ¿es lógica tanta prisa por enterrarla?

Ambos le devolvieron una mirada de angustia y contrariedad. Después, Scott miró a Alyssa con evidente inquietud durante unos largos segundos, en los que no necesitaron decirse una sola palabra para entenderse…

—Lyssie… —fue todo lo que musitó, y la chica se limitó a asentir.

Luke aguardaba la decisión con el corazón encogido y casi conteniendo la respiración, y cuando Scott acabó asintiendo, soltó una exclamación de alivio mientras todos los presentes lo hacían de asombro por el giro de acontecimientos. Los enterradores recibieron una señal de Scott para proceder a desenterrarla, pero no tuvieron tiempo de acatarla; el propio Luke fue quien se lanzó a la fosa, incapaz de soportar más la espera.

—Por favor, Luke, deja que lo hagan ellos —rogó Alek.

Fue inútil. Con las manos temblorosas, Luke comenzó a escarbar en la tierra con desesperación, arañando con sus dedos, sin prestar atención al dolor de sus nudillos, que pronto empezaron a desgarrarse.

—Alek, por favor… —rogó Jess, desolada frente a la escena.

Pero el chico negó con un gesto.

—Necesita abrir ese ataúd —opinó Alek mirando a su amigo con lágrimas en los ojos—. Solo espero… que pueda asimilar lo que halle dentro…

En ese instante, Luke alcanzó la madera, con las manos ensangrentadas, y reunió cada gramo de fuerza que le quedaba para abrir la caja, sin detenerse ni por un segundo a contemplar la posibilidad de que ella… pudiera yacer sin vida allí dentro.

Cuando tiró de la tapa y abrió el ataúd, lo que encontró ante sus ojos fue un vacío que le arrancó el aliento, una verdad tan brutal como maravillosa: Lexi no estaba allí.

Por un instante, el peso que lo había aplastado hasta ese momento se disipó, y algo que había olvidado cómo se sentía floreció en su pecho: esperanza. Su respiración se cortó, como si el

universo mismo hubiera dejado de girar solo para darle ese momento. El aire frío llenó sus pulmones, y aunque su mente estaba envuelta en un torbellino de preguntas, una certeza brillante lo atravesó como un rayo: ella estaba viva. El caos, la incertidumbre y el miedo quedaron relegados ante esa chispa luminosa. Y en ese instante, escogió creer que no todo estaba perdido. Ella estaba ahí, en algún lugar, viva y esperando a que la encontrara.

Desde fuera, todos miraban el féretro vacío con una mezcla de asombro y desconcierto. Nadie era capaz de articular palabra. El ataúd gritaba una verdad que hasta aquel momento parecía increíble.

—Está… vacío. —Alyssa estaba casi al borde del desmayo—. ¿Cómo es posible?

Luke apretó los dientes y tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerse. Su cuerpo estaba llegando al límite.

—¿Dónde está mi hermana, Luke? —interrogó Scott casi en un murmullo, con la voz quebrada por la angustia y la incredulidad, y un temor que empezaba a reflejarse en su mirada.

Luke levantó la vista desde el fondo de la fosa. Sus ojos, aún marcados por el cansancio y el dolor, brillaban ahora con una intensidad que nadie podía ignorar, como si hubieran encontrado un propósito irrenunciable.

—No lo sé, Scott —declaró con la voz cargada de una intensidad que hizo que todos contuvieran el aliento—, pero te juro por mi vida que la encontraré.

Y a nadie se le ocurrió cuestionar una sola de sus palabras.

Capítulo 52

Lexi se acarició las muñecas lastimadas con un gesto que mezclaba dolor y desesperación. Había pasado demasiadas horas esposada a la silla a la que ahora solo tenía encadenadas las piernas, aunque las marcas en su piel contaban otra historia. Las pústulas y heridas causadas por su alergia al níquel habían llegado a un punto de escozor y dolor insoportables, arrancándole pequeños gemidos involuntarios. Pero, por encima de ese sufrimiento físico, había algo mucho peor: el miedo.

La destartalada cabaña donde la retenían era lúgubre y fría, como un espejo de su propio estado emocional. El aire húmedo y rancio la envolvía, intensificando la sensación de aislamiento. Su mente no dejaba de divagar, atrapada en un bucle de incertidumbre y angustia. Cuando había despertado allí por primera vez, la extraña familiaridad del lugar le produjo cierta inquietud. Sin embargo, a medida que las horas habían avanzado, esa sensación pasó a un segundo plano, eclipsada por la necesidad urgente de entender por qué estaba allí y quién la retenía. ¿Todo aquello era obra de Grayson Donovan? ¿O era la tal Dorothea Sterling quien entraría por la puerta en cualquier momento para darse el gusto de ejecutarla en persona?

Sintió un escalofrío e intentó no alimentar aquella posibilidad en su mente mientras se masajeaba el muslo, donde aún sentía el pinchazo del dardo que la había derribado. La piel estaba enrojecida, el punto de impacto le dolía, pero el recuerdo era más punzante: los gritos de Bowie, el miedo en su mirada mientras ella trataba de protegerlo… Y luego, solo oscuridad. Una culpa silenciosa se sumaba ahora a su miedo, preguntándose si Bowie habría logrado escapar o si también había caído en manos de esa gente.

El misterio de sus captores había persistido hasta hacía nada, cuando un hombre desaliñado y sucio, con una sonrisa macabra y dientes que parecían sacados de una pesadilla, le había llevado un ordenador portátil y exigido que revisara los archivos en su interior. Por un momento, Lexi había contemplado la idea de negarse, esperando arrancar algo de información en el proceso, pero no había tardado en comprender que no tenía margen de negociación. La posibilidad de que el portátil pudiera conectarla con el exterior resultó ser demasiado tentadora, aunque su esperanza se había desmoronado en minutos. Los captores habían tomado todas las precauciones. El ordenador estaba capado a cal y canto, no había acceso a Internet ni aplicaciones externas, ni siquiera una carpeta personal que no estuviera bloqueada. Todo lo que podía hacer era explorar los archivos que le habían dejado y observar, impotente, una interferencia constante de radiofrecuencia que parecía diseñada para cortar cualquier comunicación externa.

La frustración y el miedo la consumían, pero no podían apagar su determinación, ella no era del tipo que se rendía con facilidad. Mientras sus ojos recorrían de nuevo los archivos en busca de algo, cualquier cosa que pudiera usar a su favor, su mente trabajaba a marchas forzadas, trazando posibles planes y evaluando sus escasas opciones. Su corazón latía con fuerza, pero no por ello permitiría que el pánico ganara. No ahora.

Dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla. Cerró los ojos y una punzada de nostalgia y dolor le oprimió el pecho, al recordar la forma en que Luke solía mirarla, con esa mezcla de fuerza y ternura que siempre lograba hacerla sentir segura, incluso en medio del caos. ¿Cómo lo estaría llevando él? Se lo imaginó desesperado, recorriendo cada rincón, cada pista, aferrándose a

cualquier indicio que pudiera conducirlo hasta ella. Conociéndolo, no habría descansado ni un segundo desde que desapareció. Su determinación era inquebrantable, pero eso no significaba que no estuviera sufriendo.

La idea de verlo angustiado, consumido por la incertidumbre y el miedo, le rompía el corazón. Lo conocía demasiado bien como para no saber lo mucho que estaría culpándose por no haber podido protegerla. Deseaba con toda su alma poder aliviar ese dolor, estar a su lado y asegurarle que estaba bien, que lucharía hasta la muerte por salir de aquella pesadilla.

«Lo siento, Luke», murmuró en su mente, mientras un nudo se le formaba en la garganta.

Lo echó de menos con una intensidad que le dolió en el pecho, como si su ausencia dejara un vacío que nada más podía llenar. Lo amaba con toda su alma, más de lo que nunca había admitido, incluso a sí misma. A pesar del frío de la cabaña, el recuerdo de su calidez la reconfortaba.

«Tengo que resistir», se dijo mientras una lágrima rodaba por su mejilla. «Luke me encontrará». Esa certeza, más que cualquier otra cosa, era lo que la mantenía en pie.

Se obligó a guardar la calma mientras repasaba los archivos en el portátil. Entender por qué estaba allí era primordial para su supervivencia, quizá con lo único que podría negociar.

Al principio, todo lo que había en el ordenador parecían simples planos, un puñado de mapas arquitectónicos sin mucho sentido. Pero cuanto más avanzaba, más evidente se hacía el patrón: cada archivo correspondía a un casino diferente. No era solo la distribución física de los lugares lo que se veía allí. Los diagramas estaban repletos de detalles sobre sistemas de seguridad, cámaras, entradas de servicio y hasta rutas de evacuación. Sus manos se tensaron sobre el teclado mientras la verdad empezaba a tomar forma en su mente, una posibilidad que la dejó helada.

«No quieren matarme, ¡quieren que hackee los casinos!» La idea se abrió paso como un rayo, su lógica era aterradora y obvia. Los planos, los esquemas… eran un rompecabezas diseñado para alguien con sus habilidades. Si esos archivos contenían todo lo necesario para comprender la infraestructura de seguridad de los casinos, entonces el siguiente paso sería neutralizarla. No solo pretendían que los hackeara, sino que vaciara las cuentas, que tomara todo el dinero mientras ellos permanecían en las sombras, moviendo los hilos.

Un escalofrío recorrió su espalda mientras cerraba los ojos, tratando de calmar la oleada de miedo y rabia que la invadía. Ahora todo tenía sentido. Habían estudiado su historial, sus habilidades, la habían elegido porque sabían de lo que era capaz, y después se las habían ingeniado para hacerla salir a la superficie, acusándola de aquel robo en el que nada tenía sentido, solo para poder ponerle nombre y rostro… Tragó saliva, sintiendo que las paredes de la cabaña se cerraban un poco más sobre ella.

«¿Y si me niego?», pensó, pero la respuesta era evidente. No le habían dado opciones. Era una marioneta en su juego, y hasta aquel momento ellos sostenían los hilos con fuerza.

Aún no se había recuperado del impacto cuando el tipo que le había llevado el portátil entró de nuevo en la cabaña. Traía una bandeja con algo de comida y una bolsa que parecía ser de la farmacia.

Con un gesto de asco, Lexi se negó a tomar la bandeja. Se moría de hambre, pero prefería desfallecer antes que aceptar nada de aquel tipo, con pinta de no haberse lavado las manos desde que lo obligaron en el comedor del colegio en quinto curso.

—Tienes que comer —le dijo con un gesto hosco.

La respuesta de Lexi fue volver a sacarse el pequeño pulverizador de perfume que llevaba en el bolsillo del pantalón y rociar el ambiente de nuevo, a ver si se daba por aludido.

—A tu sheriff también le encanta tu perfume —la sorprendió diciendo.

—¿Has visto a Luke? —No pudo contenerse, con el corazón en la garganta—. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Por casualidad —admitió—, y confieso que al principio me costó reconocerlo. —Le lanzó la bolsa que llevaba en la bandeja y soltó el resto a un lado—. Lo encontré en la farmacia cuando fui a comprarte eso.

Lexi se quedó perpleja cuando vio el bote de corticoides para sus heridas.

—Tienes suerte de que quien me paga —alardeó con maldad— haya dado la orden de mantenerte a salvo y bien cuidada.

«Sí, supongo que enferma no le sirvo», dedujo.

—¿Y puedes decirme su nombre o no se te permite pensar por tu cuenta?

El tipo sonrió.

—Buen intento.

Lexi apretó los dientes.

—Y… ¿cómo has visto a Luke?

Tenía pocas posibilidades de una respuesta honesta, pero, sin duda, no esperaba escuchar:

—Borracho y hecho un guiñapo, te digo en serio que me costó reconocerlo.

—¡No es verdad! —se quejó, y lo miró con desprecio—. Luke no bebe.

—Si tú lo dices…

—¡Pues sí, lo digo! —replicó, de repente muy malhumorada por la calumnia—, y mucho menos bebería sabiéndome secuestrada.

—¿Y creyéndote muerta? —interrogó una voz muy reconocible desde la puerta.

Lexi no interiorizó aquella frase, se distrajo demasiado mirando con un odio visceral al tipo que traspasó el umbral. De no estar atada por los pies a la silla, se habría abalanzado sobre él dispuesta a sacarle los ojos, sin importarle nada más.

—¡Tú! ¡Pedazo de mierda! —gritó acalorada—. ¡Debí suponer que estabas metido en esto!

Intentó levantarse y la silla se tambaleó y a punto estuvo de tumbarse.

—Tranquila, fiera, no te vayas a hacer daño.

—¡Suéltame y enfréntate a mí como un hombre!

August Silver soltó una carcajada irónica y caminó hasta Lexi, que maldijo entre dientes. Era evidente que no tenía ninguna intención de soltarla, y parecía divertirle mucho todo aquello.

—¡Voy a disfrutar cuando Luke te meta entre rejas! —insistió acalorada—. ¡Entonces seré yo quien te haga la visita a ti!

Silver volvió a reír con una arrogancia que le habría querido borrar de un guantazo.

—Qué mona —miró a *dientespochos*—, pero si piensa que en algún momento vamos a liberarla…

—¡Luke me encontrará!

—Me temo que está demasiado ocupado… llorándote.

Desconcertada, frunció el ceño de forma evidente.

—Ah, ¿que nadie te dijo aún que acaban de enterrarte?

—¡Mientes!

—Me temo que no —se jactó—. Para el resto del mundo, te desangraste hasta la muerte por culpa de un balazo. Y, según me han dicho, nuestro amigo el sheriff asistió en primera fila a la certificación de tu muerte.

—No.

—Habría dado dinero por verle la cara.

¡Dios!, el simple pensamiento le heló el alma. Lo imaginó destrozado, daba igual que él no

la amara como ella a él, la culpa lo consumiría, de eso estaba segura, y el dolor de esa posibilidad fue casi peor que el suyo propio. Eso por no hablar de todos sus seres queridos, que debían estar sufriendo muchísimo. La sola idea la llenó de angustia.

—No vas a salirte con la tuya, Silver —aseguró entre dientes.

«Aunque sea lo último que haga», se juró a sí misma.

Silver sonrió, arrastró una silla hacia ella, con lo que parecía una tranquilidad pasmosa, y cogió asiento.

—Siento curiosidad —la observó con atención—, ¿qué te hace tan especial?

Lexi lo miró confundida. ¿Es que aquel tipo no sabía quién era?

—¿Por qué alguien se ha molestado tanto en hacerte desaparecer del mapa? —indagó—. Eres bonita, no lo niego, pero no puede ser solo por eso.

Aquello confirmó sus sospechas. Sorprendida, comprendió que Silver no era más que un simple intermediario. Donovan y Dorothea regresaron al tablero de nuevo…

—Te responderé a esa pregunta si antes me contestas tú a otra —declaró Lexi, mirándolo muy seria.

—No estás en posición de exigir nada.

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras, pero tu jefe no parece confiar demasiado en ti.

—¡Yo no tengo jefes! —se exaltó con rapidez—. Solo colaboradores a cambio de un cheque mucho más que sustancioso.

Lexi conocía demasiado bien su prepotencia como para no intentar usarla a su favor.

—Sí, ya tiene que ser grande para convertir al gran August Silver en un pelele —murmuró casi para sí.

Aquello lo desestabilizó por completo. Se puso en pie y blasfemó haciendo aspavientos:

—¡Yo no soy el pelele de nadie!

—¿No? Yo podría ser la terrorista más buscada y aquí me tienes, atada a una silla, exponiéndote a volar por los aires sin saberlo.

—Eso es absurdo, ¡tú no eres nadie!

—Han fingido mi muerte —le recordó—. Y toda la pasta que te están pagando…, bueno, tú mismo lo has dicho, esto no es solo por mi cara bonita.

Silver posó sobre ella una mirada cargada de odio, pero mezclada con una curiosidad ya desmedida.

—¿Sellamos el trato, Silver? —insistió Lexi—. Una confesión por otra.

Al tipo pareció costarle decidir, pero la chica estaba segura de que solo se hacía el interesante. Para darle la razón, volvió a coger asiento unos segundos después, con un gesto de fingido desinterés.

—De acuerdo, tú primero, niñata.

Lexi rio para expresar su opinión.

—Si lo que pretendes es que te dé un nombre… —repuso Silver—, ya sabrás de lo inútil de tu insistencia.

—No es eso.

—¿Entonces?

Silver le hizo un gesto para que hablara y Lexi inquirió:

—¿Por qué mataste a Sammuel Keller?

Un silencio atronador cortó el aire. Silver la estudió con una expresión que parecía mezcla cautela y prepotencia.

—No te molestes en decirme que no fuiste tú, Silver, porque…

—No pensaba hacerlo.

—¿Qué?

—¿Por qué mentirte a estas alturas? —sonrió con sadismo—, nunca podrás contárselo a nadie más, Lexi Michaelson, porque jamás serás libre de nuevo, y, en cualquier caso, ¿quién iba a creerte?

—Entonces lo aceptas.

—Sin problema —anunció orgulloso—. Yo maté a Sammuel Keller, sí. Mis hombres le dieron una paliza por orden mía y yo mismo le di la puñalada que lo mató —se jactó con maldad —, y lo único que lamento de aquella noche fue perder mi preciosa navaja, que era un regalo de mi padre.

—¡Qué hijo de puta!

—Ese maldito de Sammuel se convirtió en una molestia —repuso sin ningún tipo de arrepentimiento en la voz—, ya no me daba más que problemas, y matarlo fue la solución más rápida y eficaz.

A Lexi le dolía en el alma escuchar aquella confesión.

—Luke te cazará algún día —aseguró entre dientes.

Silver respondió a su afirmación con una risotada que heló la sangre de Lexi. Aquel tipo era maldad pura, y solo esperaba que Luke pudiera algún día darle su merecido, y ella estaría más que dispuesta a ayudarlo, si la vida le permitía volver a verlo. De repente, el nudo que sentía en el pecho se hizo más intenso. Si Luke la creía muerta…, significaba que no la buscaría. Estaba condenada a su suerte, sentenciada a ser solo un fantasma en el recuerdo de quienes la amaron alguna vez. El horror de aquella certeza resultaba difícil de soportar, pero no le daría a Silver el gusto de verla hundida.

—Te toca, niñata. —La miró el tipo con un gesto de interés—. Confesión por confesión. ¿Qué narices puedes tener de interesante para nadie?

Era evidente que estaba ansioso por la respuesta, aunque tratara de ocultarlo. De saberlo, Lexi estaba segura de que intentaría jugársela a Donovan y Dorothea de alguna manera.

—Habla —insistió—. ¿Qué coño quieren de ti?

—Sinceramente, Silver… —suspiró—, yo creo que me confunden con otra.

El tipo la miró iracundo.

—¿Es una broma?

—No, es lo único que se me ocurre.

—¡Eres una perra! —Se puso en pie y recortó la distancia hasta la silla de Lexi para apoyarse en los reposabrazos de forma intimidatoria—. ¿Crees que puedes burlarte de mí sin consecuencias?

Ahora sí estaba asustada, pero en algún momento merecería la pena el riesgo.

—Silver —exigió *dientespochos* avanzando desde la puerta—, contrólate.

—¡Tú te callas!

—Tengo órdenes estrictas de mantenerla sin un rasguño —insistió.

Lexi lo miró con curiosidad. Así que aquel tipo no trabajaba para Silver…

—¡Le pegaste un tiro en un brazo, payaso! —le recordó Silver, mirándolo ahora con rabia.

—Sí, aquello también fue una orden —admitió—. Debíamos hacer real la amenaza de muerte, la sugestión hace milagros para lograr que la gente crea lo que desees.

Aquello sorprendió a Lexi. Así que aquel tipo era el famoso sicario…

—¿Y por qué? —exigió saber Silver, ya sin tapujos—, ¿qué coño tiene de especial esta…?

—No lo sé, yo no hago preguntas —interrumpió el tipo—, Bossman paga bien, es lo único que importa.

Lexi miraba de uno a otro con una mezcla de angustia y curiosidad. ¿Quién coño era Bossman? Además de alguien con mucha prepotencia o con poca imaginación para los apodos, una de las dos cosas. Incluso a riesgo de llevarse la peor parte, no pudo contenerse y preguntó:

—¿Llamas Bossman a Donovan?

A *dientespochos* pareció llamarle la atención la pregunta.

—¿Qué sabes tú de Donovan?

—¿Quién coño es Donovan? —intervino Silver ahora.

Ella lo miró con cierta mordacidad.

—¿Ves como eres un pelele, Silver? —replicó Lexi—. Yo que tú le partía los dientes para enseñarle quién manda.

Dientespochos la miró con rabia.

—¡Cállate, víbora!

—A ver, que solo trato de ayudar —apostilló Lexi—, que te partan los dientes a la larga sería una ventaja, necesitas una visita al dentista, yo lo sé, tú deberías saberlo…

Contra todo pronóstico, Silver rio a carcajadas y el sicario estuvo a punto de saltar sobre él.

Lexi sabía que se estaba arriesgando demasiado, pero que se partieran la cara entre ellos era lo único que podía intentar para darle un giro a la situación. Con un poco de suerte, ambos quedarían para el arrastre y ella podría llegar hasta ellos, aunque fuera a rastras, para encontrar la llave del candado que mantenía sus piernas atadas a la silla por las cadenas.

—Los odontólogos son caros —inquirió Lexi—. Bossman no te paga tan bien como a Silver, y eso que eres más leal.

El sicario posó una mirada de odio sobre Silver, pero este observaba a Lexi con el ceño fruncido.

—¿Tú también sabes quién es Bossman?

«Ni puta idea…, ya estoy perdida», reconoció Lexi para sí, y cada vez estaba más confundida, pero declaró:

—¿Tú no?

Silver se giró hacia el sicario, furioso.

—¡Exijo que me digas…!

No pudo acabar la frase antes de que *dientespochos* lo cogiera de la solapa.

—¿Qué exiges tú, a ver? Ella tiene razón, no eres más que un pelele.

—¡Suéltame! Que te apesta la boca con esos dientes asquerosos…

—A ella no puedo tocarla, pero contigo no tengo problema

Por desgracia para Lexi, uno de los hombres de Silver entró en ese instante en la cabaña como una exhalación. Traía la cara mudada de color.

—Jefe, traigo noticias.

Aquello terminó con la trifulca al instante. Ambos se giraron para prestarle atención.

—Acaban de regresar los hombres que enviamos a vigilar el cementerio.

Lexi se puso tensa, y Silver posó una mirada acerada sobre ella.

—Genial, así que ya está enterrada —sonrió con acidez sin dejar de mirarla—, me habría encantado asistir a…

—No.

Silver se giró a mirarlo.

—¿No qué?

—Es que ha habido un problema —contó—, por eso vengo con esta prisa.

—¿Lo han pospuesto?

—No…, eh…

—Habla ya, hostias —exigió *dientespochos*—, que todos aquí sois igual de gilipollas.

El tipo aguardó a que el propio Silver asintiera, dejando claro que no pensaba aceptar órdenes de extraños.

—¿Qué ha pasado?

—El sheriff Keller se ha presentado en el cementerio y… —tragó saliva, preocupado— ha exigido…

«¡¿Qué?!», estaba a punto de gritar la propia Lexi.

—…que abran el ataúd.

Tanto Silver como el sicario miraron al tipo con absoluto estupor.

—Pero no lo habrá conseguido…

—Me temo que sí.

«¡Sí! ¡Ese es mi chico!», quiso gritar Lexi, con los nervios desbordándola y una emoción arrolladora que le inundaba el pecho. ¿Cómo había podido pensar por un solo instante que estaba todo perdido? Luke era… ¡su todo! Su roca, su faro en la tormenta… Dios, ¡cómo lo amaba! Y tenía claro que él no se rendiría jamás, no ahora que sabía que ella estaba viva. Aquella certeza encendió en su interior una chispa de esperanza que se extendió como un fuego cálido y reconfortante. Luke estaba allá afuera, y no tenía dudas de que, en ese mismo instante, estaría moviendo cielo y tierra para encontrarla.

—¿Ese cabrón ha abierto el ataúd? —casi graznó Silver—. ¿Cómo es posible que se lo hayan permitido?

—Al parecer, llegó enloquecido al cementerio —explicó—, incluso se lanzó a la fosa y escarbó con sus propias manos.

A Lexi se le escapó un gemido de horror, solo al imaginar la escena.

—Mi amor… —murmuró para sí, con el corazón lastimado, pero con la esperanza latiendo al mismo tiempo en el pecho.

—¡Ese maldito de Keller! —bramó Silver, encolerizado, y señaló a Lexi—. Tenemos que sacarla de aquí.

A eso *dientespochos* sí tuvo algo que decir.

—¡Ni hablar!

—Debimos hacerlo ayer mismo —se quejó Silver.

—¿Con todas las carreteras cortadas por el departamento del sheriff?

—¿Y de quién fue la culpa? —gritó—. ¡Tú calculaste mal el impacto de tus intentos de acabar con la niñata!

—Todo está pensado al milímetro —insistió el sicario—, solo hay que esperar unos días.

—Sí, eso era posible cuando se suponía que ella estaba muerta y nadie la buscaba —le recordó Silver—, estando viva, unos días son una eternidad.

—No te exaltes.

—¡Está en mi propiedad! —le recordó, sin poder controlar sus nervios—. Si Keller la descubre aquí, no tendré forma de librarme.

—Silver…

—No voy a escuchar nada más —interrumpió—. La quiero fuera de aquí esta misma madrugada.

—Hay controles en todas las carreteras.

—Me da igual —aseguró con vehemencia—. Yo mismo llamaré a Bossman para decírselo.

Sacó su teléfono y marcó. Mientras contestaban al otro lado, se hizo el silencio absoluto en la cabaña.

Lexi estaba igual de expectante que todos. De lo que decidieran en los próximos minutos dependía en gran parte no solo su futuro, sino también su vida.

—Bossman… —dijo con celeridad—, puesto que tienes ojos en todas partes, no dudo de que estás al corriente.

Alguien le habló del otro lado.

—Me da igual, no voy a comerme este marrón, ¿me oyes? Hola…, ¿me escuchas? ¡Puta mierda de cobertura!

Todos salieron de la cabaña mientras Silver buscaba algo de señal donde continuar la conversación, y Lexi se quedó con la angustia de saber qué iba a pasar con ella, pero algo le decía que Silver no estaría dispuesto a claudicar. En el fondo, le tenía miedo a Luke, al que sabía obsesionado con meterlo entre rejas y al que nada detendría en aquella ocasión.

Lexi pensó con rapidez en sus alternativas. Desde que Silver había entrado en la cabaña, resultaba obvio dónde la tenían encerrada. La única vez que había estado allí estaba demasiado oscuro como para ver mucho alrededor, pero al sumar dos más dos no hubo duda: estaba en la cabaña donde Luke y ella encontraron a los gatitos. Por desgracia, recordaba muy bien lo aislada que estaba de la casa principal y del propio establo, incluso habían tenido que sacar el dron por segunda vez para encontrarla. Si Luke llegaba hasta aquel rancho, era posible que jamás le diera por recordar aquel lugar…, y, de hacerlo, nunca lo encontraría de noche, y la oscuridad sería ya total y absoluta. Por prudencia, habían tapado todas las ventanas en el mismo momento en el que pusieron en marcha el pequeño generador que usaban para tener una luz tenue y enchufar el ordenador.

«¡El ordenador!». Lexi se centró de nuevo en el PC y buscó la señal de radiofrecuencia con la que se había topado al intentar hallar una salida al exterior. Saber que estaban en el rancho Silver lo cambiaba todo, porque lo que había creído una interferencia para interrumpir las comunicaciones, resultaba no serlo. Y no era que pudiera hacer mucho con aquella señal, estaba atrapada igualmente, pero… sí había algo que podía intentar, y, si no servía para sacarla de aquello, al menos cumpliría una promesa antes de irse.

Capítulo 53

A la una de la madrugada, Luke, de regreso en el rancho Michaelson, llevaba suficiente cafeína en el cuerpo como para permanecer despierto tres días, aunque tampoco la habría necesitado. La adrenalina por sí sola lo mantenía eufórico y alerta. Lexi estaba viva, y la certeza lo llenaba de una energía incontrolable, como si una corriente eléctrica recorriera su cuerpo. Su mente, que durante las últimas horas había estado envuelta en la niebla opresiva de la culpa y el dolor, ahora brillaba con una claridad abrasadora. El problema era que a ratos se sentía muy optimista, impulsado por la tormenta de alivio y esperanza que ardía en su interior, pero en otros momentos, el miedo tomaba las riendas, nublando su mente y llevándolo al borde de la desesperación, mientras la preocupación lo devoraba por dentro. Pero cada segundo sin encontrarla era un segundo que le robaban, y no iba a detenerse hasta que ella estuviera de vuelta entre sus brazos.

Cuando entró en el salón del rancho, junto con Minelli, todos continuaban muy despiertos, aguardando su regreso, y casi se abalanzaron sobre ellos muertos de la preocupación

—¿Se sabe algo?

—El médico, el tal Collins, ha cantado rápido —contó Luke—. Le dieron una buena suma para planificarlo todo. Él mismo se encargó de facilitar el tranquilizante que usaron para tumbarla, mandó al equipo de emergencias y se aseguró de ser quien la atendiera al llegar, junto con la enfermera que estaba con él. —Apretó los dientes con fuerza recordando el horrible momento en aquel box.

—Pues el hijo de puta lo hizo muy bien —sollozó Alyssa—, porque hasta a mí me la coló. Incluso lo vi comenzar a practicarle la RCP…

—Creíste verlo, como yo —le recordó Scott con pesar—, hasta que cerraron las puertas. Y ambos estábamos demasiado afectados como para darnos cuenta de que hubiera algo raro.

—¡Qué cabrones!

—Hay pocas cosas que no compre el dinero, me temo —declaró Minelli—, pero daremos con todos los involucrados.

Luke paseaba por el salón incapaz de parar quieto. Sí, en algún momento rodarían todas las cabezas necesarias, de eso se encargaría en persona, pero ahora lo importante era encontrarla.

—Se nos acaba el tiempo —murmuró para sí, muy angustiado.

—Calma, amigo —rogó Alek—, daremos con ella.

Pero el sheriff se veía demasiado preocupado. Sentía un nudo en el pecho que comenzaba a dificultarle cada vez más la respiración.

—Estamos obligándolo a actuar con precipitación —soltó aire con fuerza buscando control —, y eso nunca es bueno.

—¿Crees que puede querer hacerle daño? —se alarmó Bowie.

—La persona que la retiene ha orquestado todo un plan maestro —opinó Minelli—, no creo que pretenda dañarla; no de momento, al menos, la necesita viva.

—¿Estáis convencidos de que lo que quiere es usar sus habilidades como Némesis? —interrogó Jess ahora.

—Del todo —aseguró Luke. Aquello era lo único que tenía sentido—. El puzzle está

completo, a excepción… de lo más importante, por desgracia. —Se le erizó la piel.

—La identidad del secuestrador —acabó Scott por él, Luke asintió—. ¿Habéis podido hablar con el tal Morgan?

El sheriff soltó un improperio, aquello lo enfurecía sobremanera. El propio Minelli había tenido que acudir en rescate del tipo, porque Luke había perdido los nervios en pleno interrogatorio y lo había cogido del cuello.

—De lo único que es culpable ese tipo es de querer colgarse más medallas de las que le corresponden —argumentó Minelli.

—Al parecer, le dieron un soplo —explicó Luke—. El propio secuestrador lo puso sobre el rastro de Némesis, y Morgan decidió agenciarse el mérito de haber encontrado la pista.

—¿Y ese vídeo que te mostró?

—También se lo mandaron —concedió Luke, exasperado—. Supongo que se cansó de esperar a que atáramos cabos y tomó la iniciativa. Necesitaba levantar la liebre para hacer salir a Lexi, el robo se orquestó al mismo tiempo —contó—. Y sabía que yo la perseguiría sin descanso. —Se le quebró la voz—. Dios, en parte soy responsable de todo lo que está pasando…

Se obligó a respirar despacio para poder llevar algo de aire a sus pulmones.

—El único culpable es ese hijo de puta —afirmó Alek, apretándole un hombro a su amigo para insuflarle algo de ánimo.

Minelli recibió una llamada en ese momento y se hizo a un lado del salón, y Alyssa aprovechó para obligar a Luke a coger asiento.

—Ahora sí tienes que dejarme curarte un poco las manos.

Las tenía destrozadas, llenas de heridas desde los mudillos hasta las puntas de los dedos, debido a la desesperación con la que había removido la tierra de la fosa.

—Es igual, Aly…

—No es igual, amigo —intervino Scott—, no me obligues a sujetarte.

Luke suspiró y tendió sus manos. Ni siquiera había prestado atención a su estado. Su mente estaba tan sumida en el caos a ratos y tan centrada en Lexi el resto del tiempo que todo lo demás era secundario.

Cuando Minelli colgó el teléfono, sorprendió a todos diciendo:

—Mis hombres han interrogado a Dorothea Sterling hace media hora —expuso—. Está en Nueva York, no ha salido de la ciudad en ningún momento.

—¿Y ha dicho algo? —preguntó Luke.

Minelli asintió.

—Sostiene la misma versión que Donovan, sin variar ni una coma.

Luke se enfermó, sintiéndose atrapado en otro callejón sin salida. Jamás llegaría hasta Lexi si se topaba con un muro cada segundo del camino. Tiró de sus manos y se puso en pie de nuevo, desquiciado.

—Seguimos sin tener nada —se lamentó, con el corazón gritando de desesperación—. ¡No hay una sola pista!

—Lexi es fuerte —opinó Alek—, resistirá.

—Cuanto más tiempo tardemos en encontrarla, más posibilidades tenemos de que se la lleven lejos —replicó Luke—. Estoy seguro de que sigue cerca, no creo que se hayan arriesgado a moverla con todas las carreteras cortadas, pero cada minuto es crucial —exhaló con fuerza—. Necesitamos un milagro.

Y en ese instante, el relincho de un caballo se escuchó alto y claro en el silencio de la noche, cargado de una extraña urgencia.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Scott.

—¡Shadow! —exclamó Luke con una certeza absoluta, y corrió a la calle con el corazón desbocado ahora.

Perplejo, observó al potro que estaba a tan solo unos cuantos metros de él, nervioso, poniéndose sobre dos patas y relinchando sin descanso. Su pelaje oscuro brillaba bajo la tenue luz de la luna, y sus ojos, desorbitados y llenos de agitación, parecían esconder una urgencia que no podía ser ignorada.

Todos salieron tras Luke y miraron al animal con el mismo desconcierto.

—¿Qué hace aquí? —murmuró Scott.

—¿Y qué le pasa? —apoyó Alyssa.

«…es una cerradura con radiofrecuencia… por la marca parece que funciona hasta a unos doscientos metros…», escuchó decir Luke a Lexi dentro de su cabeza.

Miró ahora al animal con los ojos húmedos por la emoción, sin atreverse a creer del todo lo que su corazón y su alma le gritaban a pleno pulmón.

—Ahí tenéis nuestro milagro… —murmuró con un presentimiento aleteando en su pecho.

—¿Qué?

Caminó hacia el potro sin pararse a pensarlo, dispuesto a correr el riesgo que fuera necesario.

—Luke, está desbocado —murmuró Alek—, no te acerques.

—Solo está igual de nervioso que todos nosotros —susurró Luke, sin detenerse.

Cuando llegó hasta él, el animal resopló con fuerza y sus patas delanteras golpearon el suelo con un nerviosismo palpable. Después, inclinó la cabeza hacia él, como si intentara transmitirle algo, y Luke sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—¿Tú sabes dónde la tienen, Shadow? —interrogó en un susurro.

El potro avanzó un par de pasos, jadeando, y luego se detuvo. Se giró hacia la oscuridad y emitió un relincho corto y agudo, como una respuesta desesperada. Luke lo entendió al instante, y, por primera vez, comprendió la conexión que Lexi tenía con aquel animal. Era increíble, pero… estaba seguro de que el potro había venido a buscarlo.

—Llévame con ella —murmuró Luke, sin pensarlo dos veces.

Shadow giró hacia él con un relincho, como si entendiera cada palabra, y avanzó otro par de pasos, acercándose casi a empujones. Luke no sabía si era la adrenalina o algo más, pero sintió que la conexión con el animal crecía. No había dudas: Shadow quería que lo montara.

Con un movimiento rápido, agarró el lomo del caballo, pero sus manos se resbalaban por el pelaje empapado de sudor debido a la intensa carrera para llegar hasta allí.

—Luke… —murmuró Scott preocupado.

—Lexi lo ha mandado a buscarme —dijo con total certeza—, me llevará hasta ella.

Y su amigo ya había aprendido a no dudar jamás de sus palabras. Entrelazó sus manos y se agachó un poco para que Luke pudiera impulsarse en ellas y subir a lomos del potro, que no protestó.

—Te seguiremos de cerca —aseguró Alek ahora, corriendo ya hacia el establo junto a Scott.

—Ve con ellos, Yako —le ordenó al perro—, si me pierden la pista, tendrás que llevarlos hasta mí.

Y el perro acató la orden como si entendiera al milímetro cada palabra.

Después, Luke acarició el cuello de Shadow con determinación.

—Vamos, chico, Lexi nos espera —lo apremió, y apenas había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando Shadow resopló y arrancó a galopar, obligándolo a agarrarse con fuerza a su cuello.

El viento frío golpeaba el rostro de Luke, apenas era capaz de mantenerse sobre el caballo cabalgando a pelo, pero no se permitió vacilar. Shadow avanzaba con una urgencia casi sobrenatural, no necesitaba guía, parecía tener muy claro adónde ir. Luke apretó los dientes, sintiendo que cada galope lo acercaba un paso más a ella.

—Estoy en camino, Lexi, espérame… —murmuró entre dientes, mientras se adentraba en la oscuridad de la noche.

∞∞∞

Lexi estaba cada vez más inquieta. Silver y *Dientespochos* discutían con creciente intensidad frente a ella, sus voces reverberaban en la lúgubre cabaña. El primero parecía decidido a sacarla de allí de inmediato; su insistencia era casi desesperada. De hecho, ya tenía un todoterreno preparado en la puerta, listo para la huida, pero el sicario no dejaba de interponerse, cruzándose en su camino con gestos amenazantes, dispuesto a imponer su autoridad y frustrar los planes de Silver. La tensión en el aire era palpable, y Lexi no podía evitar pensar que cualquiera de ellos podría acabar explotando y de rebote ser ella quien pagara las consecuencias.

—He mandado a mis hombres a comprobar las carreteras —apostilló Silver—, en cuanto estén de vuelta con la ruta más despejada, te largas de aquí con ella.

—¿Y si me niego? —sonrió el sicario, mostrando sus asquerosos dientes—. ¿Piensas atarme el pie al acelerador?

—Tengo otros métodos.

—¿Eso es una amenaza? —Avanzó hacia él

—Un aviso.

—¿Tienes idea de lo que hará Bossman contigo cuando te ponga las manos encima?

Silver apretó los dientes.

—¿Quieres que te lo diga? —insistió el tipo—, porque suele mandarme a mí a hacer esos trabajitos, y no son nada agradables.

El relincho de un caballo cortó la conversación en seco. Sonó cerca, demasiado cerca, casi en la misma puerta…

«¡Shadow!», adivinó Lexi, y se puso alerta. Desde que había conseguido liberarlo, aquella era la segunda visita que el potro le hacía esa noche. Durante la primera, hacía muy poco, Lexi le había gritado desde dentro que fuera en busca de ayuda, y solo había recibido silencio tras aquello. ¿Era posible que… el potro la hubiera comprendido y no viniera solo? Se agarró a esa posibilidad con el corazón en la garganta.

—¡Calla a ese puñetero caballo, Silver! —exigió el sicario de mal humor—. Llama demasiado la atención.

Silver miró a Lexi con cierta satisfacción.

—Pégale un tiro —declaró—, ya estoy harto de él.

—¡No! —gritó la chica.

Silver se agachó ahora frente a ella y le desató los grilletes mientras sonreía con malicia.

—Y no te puedes perder la ejecución, niñata, va a ser memorable.

—Cabrón, ¡ni se te ocurra tocar a mi caballo!

—Jamás será tuyo.

Tiró de ella y la obligó a ponerse en pie.

—Que lo veas morir será mi último regalo para ti antes de irte. —Miró hacia el sicario que

estaba junto a la puerta—. Prepara el arma.

Lexi se revolvió, forcejeando para escapar, pero Silver no estaba dispuesto a ceder un milímetro.

—Me haces daño.

—¡Pues para quieta!

Dientespochos abrió la puerta de golpe, más dispuesto a callar al caballo por interés propio que por obedecer la orden de Silver. Sin embargo, no tuvo tiempo de hacer nada. Un puñetazo brutal impactó de lleno en su rostro, tan inesperado y contundente que lo noqueó al instante. Cayó al suelo desplomado, inconsciente, mientras la silueta de su agresor se recortaba contra la penumbra exterior, apenas iluminada por la pálida luz de la luna.

Silver miró hacia la puerta, aún tirando de Lexi, que se retorcía de dolor, justo a tiempo para ver caer a plomo al sicario y escuchar un bramido que cortó el aire como una daga.

—¡Suéltala!

—¡Luke! —suspiró Lexi con el corazón tan acelerado que parecía querer llegar a él antes que ella. Sentía el latido en los oídos mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, no de miedo esta vez, sino de un amor tan fuerte que casi dolía.

Cuando sus miradas se encontraron, Lexi vio algo en el rostro de Luke que nunca había visto antes. Sus ojos estaban inundados de una mezcla imposible: el dolor más desgarrador y el alivio más profundo. Era como si todo su ser se hubiera quebrado y reconstruido al mismo tiempo en ese instante. Su mirada era intensa, fija en ella, como si temiera que pudiera desvanecerse si parpadeaba.

—No… te acerques, Keller —titubeó Silver sin poder disimular su inquietud.

Justo en ese instante, los ojos de Luke se posaron en él, e incluso Lexi sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Su mirada era fría, afilada como una navaja, cargada de una furia contenida a punto de estallar.

—Si le encuentro un solo rasguño… —dijo entre dientes con las mandíbulas apretadas—, te mato.

Y no había duda de que hablaba en serio. El odio brillaba tan puro y feroz en sus ojos que, por instinto, Silver soltó a Lexi y retrocedió.

Luke avanzó en su dirección.

—No… le he hecho ningún daño, yo… no…

Pero lo que decían los ojos de Luke no era una advertencia, sino una sentencia. Eran los ojos de alguien que ya había decidido el destino de su enemigo, y ese destino era ineludible.

El instinto de supervivencia obligó a Silver a correr intentando ganar la puerta, pero Luke fue más rápido. Lo alcanzó de una zancada, impulsado por una rabia imposible de contener. Lo derribó de un brutal puñetazo, pero no se quedó ahí, lo izó del suelo de nuevo para descargar su furia una y otra vez. La sangre caliente del tipo manchaba ya sus nudillos.

—¡Luke, basta, por favor! —suplicó Lexi, con la voz quebrada por la desesperación, tirando de su brazo—. Tú no eres así, no podrás vivir con ello —rogó entre lágrimas—. Te necesito, mi amor, regresa conmigo…

Aquellas palabras atravesaron su furia como si fueran un dardo directo al corazón. Luke detuvo sus puños, izó la cabeza y miró a Lexi. Sus ojos, antes llenos de rabia, ahora estaban oscurecidos por algo mucho más profundo y hermoso, una certeza que hablaba más fuerte que las palabras. Lexi vio el amor que lo consumía, el miedo que había cargado en el alma y la promesa silenciosa de que nunca volvería a perderla.

Caminó hasta ella muy despacio, casi como si temiera que se volatilizara en el aire. Sus

labios temblaban, queriendo formar palabras que no lograban salir, atrapadas en el torbellino de emociones que lo invadían. Pero todo lo que necesitaba decir Lexi lo leía con total claridad en sus ojos, que la miraban como si ella fuera el milagro que jamás se atrevió ni a soñar.

—Mi amor… —susurró Lexi, estallando en lágrimas, dejando al fin que todo lo que había contenido se desbordara: el miedo, la angustia y un amor tan feroz que le dolía en el pecho.

—Oh, Dios…, Lexi… —fue todo lo que pudo murmurar. Dio un paso hacia ella, con sus ojos brillando con una mezcla de amor, devoción y ternura. Cuando la tomó entre sus brazos, la estrechó contra su pecho con tanta fuerza que parecía querer fundirla con él, como si nunca más fuera a dejarla ir. Lexi enterró su rostro en su cuello, sintiendo su calor, su presencia, y, por primera vez en las últimas horas, el mundo pareció detenerse en un lugar seguro, en el único sitio donde quería estar: entre sus brazos.

Tras unos eternos y maravillosos segundos, Luke la miró a los ojos y bebió de sus labios como si el mundo entero dependiera de ese instante, como si al hacerlo pudiera borrar todo el dolor y el miedo que habían vivido…

…y funcionó, porque nada malo tenía cabida entre ellos en momentos como aquel, porque el resto del mundo se desvanecía, dejando solo la ternura, la calidez, el amor, el deseo…

—Lexi… —la miró a los ojos sin disimular las lágrimas que pugnaban por salir—, si esto es otro sueño… no podré soportar despertarme.

La chica dejó correr sus propias lágrimas y lo besó de nuevo.

—Soy real —le tomó las manos y se las llevó a su rostro—, te lo prometo.

—Dios, Lexi… —murmuró sobre sus labios—, creí haberte perdido para siempre sin poder decirte tantas cosas…

Y aquel tampoco parecía ser el momento. Yako entró a todo correr en la cabaña y se abalanzó sobre ella, mostrando una felicidad inmensa. La chica rio y acarició al animal con entusiasmo, y entonces izó la cabeza y descubrió a las dos personas que la observaban desde la entrada con lágrimas en los ojos. Corrió hacia Scott y Alek llorando de nuevo para fundirse con cada uno en un emotivo abrazo, al igual que hicieron con Luke. Sobre todo Scott, que miró a su amigo a los ojos y declaró:

—No sé cómo darte las gracias.

—No es necesario —repuso Luke, y miró a Lexi, que abrazaba ahora a Alek—, yo… no lo he hecho por ti.

Scott sonrió.

—Sí, ya lo sé, se te vio el plumero hace tiempo, amigo.

Ambos rieron por primera vez en muchas horas, todavía con un punto de nerviosismo por todo lo acontecido.

—Scott, yo…

—No hace falta que digas nada.

—Pero quiero hacerlo —dijo solemne—, quiero que sepas que la amo, amigo, con toda mi alma

El chico asintió sin dudar ya de una sola letra.

—Lo sé —concedió Scott, feliz, y ambos miraron a Lexi ahora, que les devolvió una sonrisa maravillosa—, ¿y a ella ya se lo dijiste?

—Aún no he tenido ocasión —admitió—, pero me muero por hacerlo.

Scott asintió, pero no pudo agregar nada más. Alek llamó la atención de todos al preguntar:

—¿Este tipo quién es? —comprobó que *Dientespochos* seguía grogui.

Lexi sorprendió a todos al contar:

—Es el sicario que intentó matarme. —Se corrigió sola—. Que *fingió* intentar matarme, ¿no? —Miró a Luke.

—Sí —confirmó el sheriff—, a estas alturas es evidente que solo era una distracción para que nos tragáramos tu muerte cuando decidiera secuestrarte —suspiró—. Supongo que eran tus… habilidades las que buscaba.

La chica les habló de los planos de los casinos, pero acabó su discurso con algo que los dejó perplejos de nuevo.

—Silver no tiene ni idea de quién soy —aseguró en un susurro—. Él cumple órdenes.

Aquello alarmó cada rostro.

—Pero ¿de quién?

—Lo llaman Bossman —contó Lexi—. Quizá Donovan o Dorothea…

—Tampoco parecen estar detrás —explicó Luke—. ¡Joder, esto es una pesadilla sin fin! —se lamentó, y caminó hasta Silver—. Veremos a ver qué le sacamos a este cuando podamos interrogarlo.

Intentó incorporarlo y el tipo se permitió el lujo de sonreír entre dientes, aunque casi no se tenía ni sentado.

—No te diré una palabra, Keller —replicó.

Luke izó el puño de nuevo, y Alek tuvo que intervenir antes de que se ensañara más de la cuenta. Después, con ayuda de Scott, lo sentó en una silla.

—Minelli no tardará en llegar —le recordó Scott—, ya le he mandado la ubicación.

Luke asintió.

—En esta ocasión estás jodido, Silver —repuso el sheriff mirándolo con odio—. El secuestro es un delito grave.

Aquello pareció borrarle la sonrisa del rostro, pero, aun así, el tipo argumentó.

—No tenéis nada, esta niñata se ha colado en mis tierras de nuevo y me he visto obligado a darle una lección —declaró—, no van a crucificarme por eso.

—No, lo harán por asesinato —intervino Lexi ahora, clavando sobre él una mirada acerada —, el de Sammuel Keller, para ser exactos, que me has confesado sin ningún pudor.

Luke la observó con cierta sorpresa, y Silver rio como pudo.

—¿Confesado? No sé de qué me hablas, no inventes.

—No necesito inventar, Silver.

—Eres una ilusa si crees que algún juez del mundo va a tener en cuenta tu palabra para…

Todos guardaron silencio cuando la voz de Silver se escuchó alta y clara en mitad de la cabaña, pero no de su boca, sino a través de los altavoces de un ordenador… Lexi giró ahora el pequeño PC hacia el tipo para que no solo escuchara, sino que viera su propia imagen en pantalla…

—Yo maté a Sammuel Keller, sí. Mis hombres le dieron una paliza por orden mía y yo mismo le di la puñalada que lo mató…

Lexi cortó la grabación allí para evitarle a Luke el resto de las afiladas palabras.

—¡Zorra! —Gritó Silver, despavorido.

Y tuvieron que sujetar a Luke entre Alek y Scott para evitar que lo matara. Cuando consiguieron que se calmara, Lexi lo miró a los ojos.

—Haz uso de tu placa, Luke, has esperado media vida para esto.

El chico le devolvió una mirada cargada de agradecimiento y de un amor tan profundo que durante unos segundos se quedaron perdidos uno en los ojos del otro. Cuando al fin reaccionó, entre Alek y Scott pusieron a Silver en pie. Luke lo cacheó, le quitó el móvil y lo miró a los ojos

mientras tomaba las esposas de su cinturón. Todo por lo que había luchado y sufrido en los últimos años culminaba en aquel instante…

—August Silver —dijo con solemnidad—, quedas detenido por el asesinato de Sammuel Keller.

Ya no hubo respuesta, ironía ni sonrisas por parte del tipo, al que Luke disfrutó esposando mientras le leía sus derechos. Después, abrazó a Lexi con fuerza, y le robó un beso delante de todos que bien podría haber sido el cierre de una película romántica en su desenlace final, aunque, por desgracia, allí aún quedaba una escena post-créditos con nombre propio: Bossman.

Pero ahora era momento de descansar, de relajarse y tomar fuerzas para seguir buscando, todos estaban demasiado exhaustos.

El agente Minelli llegó con rapidez a la cabaña, escoltado por una patrulla de la oficina del sheriff y un equipo de emergencia sanitaria, preparados para enfrentar lo que fuera que les aguardaba. Bowie también venía con él, y a punto estuvo de sufrir un desmayo cuando vio a su Nemo frente a él. Corrió a abrazarla dando saltitos de felicidad, haciendo sonreír a todo el mundo.

—¡Ay, mi Nemo, qué alegría más grande! —gritaba entre lágrimas de dicha.

—¿Tú estás bien? —interrogó Lexi, mirándole el brazo en cabestrillo.

—Gracias a ti, si no te hubieras echado encima de mí para protegerme, no lo habría contado. —Volvió a abrazarla y le susurró en tono confidencial—: Y, con sinceridad, amore, menos mal que estás viva, porque ese sheriff tuyo no habría sobrevivido demasiado sin ti.

Lexi miró a Luke, que en ese momento resumía para Minelli todo lo sucedido. Él pareció presentirla, porque la miró a su vez y sonrió, acelerándole el corazón como un loco.

—Jamás vi a nadie tan desolado —insistió Bowie.

Para Lexi, saber de su sufrimiento era doloroso, pero no podía evitar pensar en que él debía quererla un poco para sentirse así, no solo la culpa era la responsable…, ¿o sí? Miró a Luke de nuevo con aquella espinita clavada en el pecho.

—Caramba, diva —seguía diciendo Bowie ahora mirando a su alrededor, también a Alek y Scott—, ¿qué les dais de comer a los hombres en Kentucky?

Lexi rio.

—Lo digo por cómo están todos de buenos…

—Sí, ya…

—Por si ponéis en la comida algo que los haga crecer tan fuertotes y…

—Ya te entendí, Bowie —aceptó divertida.

—Por si acaso.

—No tienes remedio —aplaudió Lexi, y sonrió cuando Luke se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Scott y Alek van a regresar al rancho a caballo —informó—, y van a llevarse a Shadow con ellos, de momento.

La chica asintió con una sonrisa tímida. Ojalá la vida le permitiera quedarse con el potro ahora que Silver salía de escena. El caballo se había colado hasta dentro de la cabaña hacía unos pocos minutos, para sorpresa de todos, que contemplaron emocionados cómo el animal llegaba hasta Lexi solo para hacerle un tierno arrumaco. Había sido un momento emotivo y especial.

—Quizá sería bueno que los sanitarios te echaran un vistazo —sugirió Luke ahora, tomándole las muñecas y acariciando las heridas con ternura y preocupación.

—Estoy mejor que nunca, Luke —suspiró—, solo necesito el corticoide y que me abraces fuerte.

El chico sonrió y la apretó contra su pecho, soltando un suspiro de dicha.

—Le pediré a Adams que os lleve a ti a Bowie al rancho —propuso tras unos segundos—, yo tengo que quedarme con Minelli hasta que los sanitarios den el visto bueno para que nos llevemos a Silver y al otro tipo a comisaría, los están atendiendo fuera.

—Me quedo también —repuso Lexi de inmediato.

—¿Seguro? Tardarán un rato, y estarás loca por darte un baño.

—Sí, pero contigo —susurró la chica con toda sinceridad—. No pienso separarme de ti hasta entonces.

Luke asintió y le robó un beso dulce.

—Bien, pues que lleven a Bowie y…

—Ni hablar, yo me quedo con mi Nemo —indicó, y carraspeó—, bueno y con los que llevan pistola, llamadme cobarde, si queréis.

Minelli se unió al grupo en ese instante con una sonrisa, y miró a Lexi.

—Eres todo un milagro —repuso, y se volvió hacia Luke—. Y a ti confieso que estuve a punto de detenerte cuando te presentaste en el cementerio exigiendo que abrieran el ataúd, menos mal que me contuve.

Luke exhaló aire y contempló a la chica, embelesado.

—Sí, quizá equivoqué las formas —la atrajo hacia sus brazos—, pero estaba desesperado.

Para Lexi, solo pensar en aquella imagen resultaba doloroso, y aún más cuando leyó el horror del recuerdo en los ojos de Luke. Acarició con ternura sus nudillos magullados y, con un gesto dulce, depositó un beso suave sobre las heridas.

—Tenemos que encontrar a Bossman —les recordó ahora Luke, incapaz de relajarse del todo.

—Puede estar en cualquier parte —opinó Minelli—. En Estados Unidos, casi con toda seguridad, pero eso acota poco la búsqueda.

—Si él localizó a Némesis, nosotros podremos hacerlo con él —aseguró Luke, que quería ser optimista por Lexi.

—Ese tipo siempre supo por dónde empezar a buscarme —resopló la chica—, por eso no le costó ubicarme cuando trabajé para salvar a Alyssa y Scott, y por eso también escogió a Donovan en Lexington, sabía que yo estaba aquí en Kentucky.

Frunció el ceño, un tanto preocupada ahora frente a sus propias palabras, e intercambió una significativa mirada con Luke, que arqueó las cejas.

—¿Y cómo lo sabía? —preguntó el sheriff con urgencia, con sus ojos fijos en ella—. Lexi, ¿cuánta gente podía ubicarte en Kentucky?

La chica sintió un nudo en la garganta mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza desbocada. No…, aquello no podía ser…

—Como Némesis… —balbuceó con un hilo de voz, tragando saliva antes de girarse hacia Bowie—, solo una persona.

Y no hicieron falta palabras para confirmar sus sospechas. El rostro de Bowie, cargado de culpa y dolor, lo dijo todo, y Lexi sintió el peso de la traición aplastarla como una losa.

—Tú…

Capítulo 54

Lexi miró a su amigo con una mezcla de sorpresa, desilusión y dolor, como si, de repente, se hubiera convertido en un completo extraño para ella.

—Nemo… —susurró el chico, abatido—, no es lo que piensas…

Pero la culpa en su rostro lo decía todo, y era demasiado obvia como para ignorarla.

—¿Tú… me has vendido? —repuso en un hilo de voz.

Incredulidad, ira y una profunda tristeza la inundaban, quemándole el pecho, mientras daba un paso atrás, tomando distancia.

—Mi Nemo… —intentó acercarse, pero ahora fue Luke quien se interpuso y alargó la mano para impedirlo.

—¿Por qué, Bowie? —interrogó Lexi con un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla. El dolor de la traición era como un puñal que aún sentía retorcerse dentro de ella.

—Yo no soy Bossman —aseguró Bowie con un gesto de pesar y lágrimas en los ojos—, pero sí, ese tipo me presionó, y sí… —tragó saliva—, tuve que confesarle dónde podía encontrarte, pero le dije que solo sabía que eras de Kentucky, te lo juro —declaró—, nada más.

—¿Cómo puedo creerte?

—Pude darle tu nombre, Lexi, incluso tu dirección, y es obvio que no lo hice.

Sí, aquello era cierto, porque el tal Bossman había necesitado meses y un plan de locos para ponerle cara y llegar hasta ella, algo que Bowie pudo evitarle desde el primer día.

—Amore, te juro que intenté ponerle mil trabas —lloró ahora—, pero ese tipo lo sabe todo sobre mí —la miró con angustia—, ¡todo! Y solo tenía que hacer una llamada para mandarme a prisión.

Lexi también sabía de lo que hablaba. En la universidad, Bowie había creado por error un virus informático que causó estragos en bancos, hospitales y agencias gubernamentales, provocando pérdidas financieras masivas. Aunque logró solucionarlo, los daños fueron catastróficos, y se había visto obligado a huir de su Detroit natal, cambiar de nombre y desaparecer, pero su identidad real jamás había salido de la lista de los delincuentes informáticos más buscados. Sí, no había duda de que alguien malintencionado podía cagarle la vida con solo una llamada, pero…

—Y para salvarte tú, me arrojaste a mí a los leones —replicó Lexi con la voz cargada de amargura.

—Nemo, perdóname —rogó angustiado—. Te lo contaré todo, te lo juro.

—¿Qué sabes del tal Bossman? —intervino Luke con voz firme, pero con un matiz contenido de ira.

—Poco —confesó Bowie, evitando sus ojos—. Siempre me ha contactado por chat. Todas sus órdenes me llegaban por ahí, cada vez desde una IP diferente, imposible de rastrear. Nunca deja un rastro claro, sabe lo que hace.

Luke entrecerró los ojos, procesando la información mientras su mente trazaba posibles nexos. Lexi, en cambio, no podía apartar la mirada de Bowie, luchando por contener las emociones que la asfixiaban, hasta comprender otra dolorosa verdad.

—¿Órdenes? —Lo miró horrorizada—. Entonces… no solo lo pusiste sobre la pista del

estado en el que debía buscarme…

Vio que Bowie se mordía los labios con nerviosismo; su cuerpo temblaba bajo el peso de lo que estaba por admitir.

—No, yo… me vi obligado a… —balbuceó, apenas capaz de hablar entre hipidos, con evidente desazón.

—Bowie… —sintió un nudo de horror en el pecho—, dime que no eres el hacker que ha estado trabajando con Donovan, el que abrió la cuenta a mi nombre, robó todo ese dinero y… me incriminó para… —se le quebró la voz al ver las lágrimas de su amigo, que confirmaban la desgarradora verdad.

—Bossman quería hacerte salir —sollozó—, y yo no podía darle tu nombre.

—¡Y qué más daba ya, Bowie! —gritó desesperada—. ¡Si al final lo has traído hasta mi puerta igual!

—Intenté avisarte —musitó, bajando la vista al suelo.

—¿Avisarme? —Lexi lo fulminó con la mirada, suspicaz, hasta que lo comprendió—. Tú mandaste la nota a mi casa.

El chico asintió, derrotado.

—Quería prevenirte —suspiró con evidente angustia—, que supieras que te habían descubierto e iban a por ti, para que estuvieras alerta, pero no podía decirte mucho más. —Tragó saliva con esfuerzo, sus palabras sonaban cargadas de culpa—. Siempre he intentado protegerte de él, Nemo, te lo juro, pero encontró tu rastro por su cuenta cuando trabajaste para solucionar lo de Scott y Alyssa, y desde ahí lo tuvo más fácil. Él eligió a Donovan y Dorothea, pero nunca me dijo por qué, solo me dio instrucciones claras de lo que debía hacer.

Tanto Luke como Minelli observaban el intercambio de palabras con completo estupor, dejando que fuera la propia Lexi quien procesara la maraña de traiciones y secretos que se desplegaban frente a ellos.

—¿Tú pusiste a Morgan sobre su pista? —interrogó Luke ahora.

—No, yo me sorprendí igual que todos al hablar con tu agente, y… —tragó saliva y se le atragantaron las palabras.

—¿Qué? —lo instó Luke—. Habla.

—Al principio creí que Morgan podría ser el propio Bossman.

Lexi y Luke intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Cuándo comenzó Morgan a trabajar en tu comisaría?

El sheriff tragó saliva.

—Lo contraté hace un par de meses, cuando lo de Scott y Aly —explicó—, para que descubriera quién estaba detrás de los ataques informáticos —se exasperó—. ¡Joder! ¿Crees que puede ser él? —Lexi se encogió de hombros y Luke miró después a Minelli—. ¿Puede habernos engañado tanto durante el interrogatorio?

El federal meditó su respuesta durante unos segundos, y acabó aceptando:

—Nunca lo habría dicho —opinó—, pero si lleva infiltrado en tu comisaría dos meses, es obvio que es un gran mentiroso.

Lexi vio a Luke apretar los dientes con un gesto mezcla ira y culpa.

—Tú no eres responsable —le aseguró de inmediato, leyéndole la mente al vuelo—. Habría encontrado la manera de llegar hasta mí de una forma u otra.

—¡Voy a matar a ese cabrón! —masculló el sheriff, furioso, y sacó su teléfono dispuesto a llamar a comisaría, para que quien estuviera de guardia se asegurara de que Morgan no salía de la sala de interrogatorios en la que lo habían dejado encerrado hasta nueva orden.

Bowie miró a Lexi con los ojos cargados de angustia.

—Lo siento, mi Nemo.

Intentó avanzar hacia ella, pero ahora fue Minelli quien se interpuso.

—Será mejor que mantengas las distancias, Brooks, aún tienes muchas respuestas que darnos —dijo en un tono formal.

Pero algo en aquellas palabras cayó sobre todos los presentes como lo haría una bomba estallando en mitad de la cabaña. La mención de aquel nombre, Brooks, dicho con tanta seguridad por quien no debería conocerlo, fue un impacto brutal. Durante un instante eterno, todo quedó suspendido, como si incluso el tiempo contuviera la respiración. Nadie habló, ninguno se movió…

Luke, con el teléfono aún pegado a la oreja, observó a Lexi y su mirada le heló la sangre. Sus ojos, cargados de horror, estaban clavados en Bowie, que miraba a Minelli a su vez como petrificado, con su rostro desbordado de terror y reconocimiento. Y de forma súbita todo encajó para el sheriff: el nombre, las miradas, la parálisis de Bowie… Solo necesitó un segundo para comprender lo que estaba pasando; por desgracia…, Minelli también.

Y entonces todo sucedió muy rápido. Luke desenfundó el arma al mismo tiempo que el federal la suya mientras tiraba de Lexi con fuerza, colocándola contra él como un escudo humano, con una expresión despiadada.

—Suéltala —exigió Luke, con la voz firme, apuntándole con su arma.

Minelli mantenía la suya presionada sobre el costado de Lexi mientras su otro brazo la sujetaba con una brutalidad que la inmovilizaba contra su pecho. La chica, con los ojos llenos de lágrimas, miraba a Luke suplicante, con el pánico reflejado en su rostro, sintiendo el frío e implacable metal de la pistola amenazando con acabar con todo.

—¡Eres el puñetero Bossman! —declaró Bowie, en su línea, como si a aquellas alturas no fuera más que obvio para todos.

—No hagas tonterías, Minelli —repuso Luke, intentando mantener la calma, aunque su nerviosismo se reflejaba en su mirada.

—¿Crees que a estas alturas tengo algo que perder? —replicó el tipo con una sonrisa amarga.

—¡Maldito desgraciado, yo confiaba en ti! —gritó Bowie, aún aturdido por la traición.

—Sí, y ella en ti —le recordó el federal con una expresión cargada de inquina—, y mira cómo se lo has pagado. Así que mejor no me provoques más, Brooks, o te aseguro que ella será quien pague por tu estupidez. —Sonrió con amargura—. Un plan maestro, meses de trabajo y todo se va al traste por pronunciar un simple nombre, ¡qué paradójico!

—Lo paradójico es que alguna vez pensaras que ibas a salirte con la tuya —apostilló Luke con su voz cargada de desprecio mientras lo miraba con odio—. Suéltala, y quizá te libres de la pena capital.

Una risotada amarga cortó el tenso silencio.

—¿Sabes cuánto dura un federal en prisión, Keller? —preguntó Minelli en un tono impregnado de cinismo—. Exacto, ni un maldito día. Así que, si voy a caer, lo haré luchando.

—Lexi no tiene la culpa de nada —insistió Luke, con el corazón en la garganta y su voz temblando entre la desesperación y la furia mientras intentaba razonar con él.

—¡Por supuesto que la tiene! —replicó Minelli, apretando con más fuerza a Lexi contra él, arrancándole un gemido de dolor. Se inclinó hacia su oído y le habló a ella con un tono cargado de veneno—. Te largaste de Nueva York sin despedirte, perra desagradecida, y me has obligado a buscarte durante meses, cuando deberías haber pedido mi ayuda. ¡Habríamos sido invencibles

juntos!

El silencio que siguió fue como un relámpago que iluminó la verdad para todos los presentes. El órdago de Minelli había fracasado, y todas sus intenciones quedaban ya al descubierto. Había manipulado las cosas desde el principio, provocando que Lexi huyera del FBI al asegurarle que nunca llegarían a un acuerdo, todo con la intención de mantenerla bajo su control y solo para él; pero Lexi había desbaratado sus planes al irse sin darle la oportunidad de volver a verla y sin dejar rastro.

—Aún podemos tener el mundo a nuestros pies —repuso Minelli, provocándole a la chica un escalofrío que no pudo reprimir—. Vente conmigo, Némesis, por voluntad propia, es tu única posibilidad de sobrevivir

—No vas a salir con ella de aquí —interrumpió Luke, con su arma fija en Minelli, aunque el pánico lo recorría por dentro. Su voz era firme, pero sus ojos delataban el miedo.

—Entonces tendrás que enterrarla, sheriff —respondió Minelli con frialdad—, esta vez de verdad.

—Ay, no —lloriqueó Bowie incapaz de contenerse—, llévame a mí, si quieres, pero deja a mi Nemo ser feliz —rogó con desesperación.

Minelli lo fulminó con una mirada feroz. Bowie tragó saliva, su cara era un poema de nerviosismo y culpa.

—Tú cállate, rata —espetó entre dientes—, que no se me olvida tu traición. Así que siempre supiste su nombre y su ubicación, ¿eh? Me has hecho perder un tiempo muy valioso. Por tu culpa he pasado meses buscándola, y he tenido que organizar todo un castillo de naipes para Donovan y la maldita Dorothea Sterling.

—¿Tú? ¡Eso me obligaste a hacerlo a mí! —protestó Bowie con un tono cargado de indignación.

—¿Y quién tuvo que comerse cientos de horas de vídeo de la cámara que le puse a Donovan hasta localizarla? —replicó Minelli con frialdad.

—De modo que así le pusiste nombre —intervino Luke ahora, con un pesar que no pudo ocultar, sintiéndose culpable de nuevo, fustigándose por haber permitido que Lexi lo acompañase en su investigación.

Minelli asintió.

—Conocía su rostro —sonrió con cinismo—, solo tuve que esperar a que saliera a defenderse. Sabía que iría en persona a enfrentarse a Donovan, aunque, lo admito, no contaba contigo.

—Vaya, pues lamento haberme interpuesto en tus planes —ironizó Luke, sin dejar de apuntarle con su arma, aunque la rabia en su tono traicionaba la aparente calma de sus palabras.

—Sí, tú y esta rata amanerada —miró a Bowie con fiereza—. ¿Le mandaste una puñetera nota de aviso? ¡Deberías ser el primero en ganarte un tiro!

—¿Crees que iba a ponérsela en bandeja a un monstruo como tú? —replicó Bowie, con un valor que no sabía de dónde sacaba.

—Debí matarte cuando descubrí que habías manipulado esos vídeos para que fueran de un único visionado —gruñó Minelli, con una furia contenida que parecía a punto de estallar—, pero te disculpé porque, en el fondo, me venía bien. —Regresó al oído de Lexi de nuevo y susurró—: porque jamás le habría dado tu nombre a nadie más, ni a cien Donovans ni a mil Dorotheas —le lamió el cuello y Lexi no pudo disimular la cara de asco—, porque tú eres solo mía… —volvió su mirada hacia Luke con una sonrisa cruel—, ¿te enteras, sheriff? ¡Mía!

Luke sintió cómo esas palabras le ardían en las entrañas, pero no permitió que lo

desestabilizaran. Su mayor tormento no era la enfermiza obsesión de Minelli, sino la pistola presionando el costado de Lexi. Cada movimiento, cada palabra era una danza mortal que podía terminar en un instante. Un mal paso y todo se acabaría para la mujer de su vida… y, lo sabía con absoluta certeza, también para él, porque no viviría sin ella, no de nuevo.

De momento, todo lo que Luke podía hacer sin poner a Lexi en un riesgo aún mayor era ganar tiempo. Entretenerlo, mantenerlo hablando y rezar para que sus hombres, distraídos con los sanitarios, fueran conscientes de lo que estaba sucediendo en el interior de la cabaña. Aunque esa misma esperanza lo inquietaba. Tenía frente a sí a un hombre acorralado que ya no tenía nada que perder, y aquello lo hacía impredecible y muy peligroso.

—Tienes millón y medio de dólares, Minelli —insistió Luke, manteniéndose firme y evitando caer en sus provocaciones—. Estoy seguro de que la cuenta que le diste a Lexi para el traspaso era la tuya. —Tragó saliva, tratando de controlar su creciente tensión—. Te doy la opción de largarte y desaparecer para poder disfrutar de ese dinero, les diré a mis agentes que te dejen marchar, pero… ella no irá contigo.

Sus palabras resonaron en la habitación como un ultimátum, cargadas de firmeza y un desafío que no dejaba lugar a dudas.

Por un instante, el tipo pareció considerar la oferta, sus ojos se entrecerraron como si realmente la estuviera sopesando, pero acabó negando con la cabeza y declaró con frialdad:

—No hay trato. Ella es mi billete de lotería premiado, además de mi única opción para salir vivo de aquí —apuntó ahora su arma hacia el sheriff—. Aparta y déjanos pasar, o serás el primero en caer.

Luke apretó los dientes con fuerza, conteniendo la mezcla de furia, miedo y desesperación que amenazaba con desbordarlo.

—Luke, por favor —intervino ahora Lexi con la voz cargada de angustia y súplica—, yo… estaré bien, pero si a ti te pasa algo… —No pudo acabar la frase y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No puedo, Lexi… —se le quebró la voz sin dejar de mirarla—, porque yo prefiero morir que vivir sin ti.

Una carcajada amarga, carente de humor, brotó de los labios de Minelli.

—Dios, ¡qué conmovedor! —replicó con mordacidad y con su sonrisa torcida cargada de desprecio—. Me vais a hacer llorar, sobre todo cuando acabéis como en una tragedia shakesperiana.

La pareja intercambió una mirada intensa, cargada de amor, miedo y una determinación silenciosa que ninguno necesitaba expresar con palabras. Debían encontrar la manera de ganar aquella batalla, ambos se merecían su final feliz.

—Luke, yo… siempre recordaré aquel día en el tatami… —suspiró, mirándolo a los ojos, como si fuera una despedida—. Aquella… sorpresa fue una lección importante.

Luke la observó, desconcertado, tratando de descifrar sus palabras. ¿Se refería a cuando intentó enseñarle algo de defensa personal? La forma en que sus ojos se clavaron en los suyos le confirmó que estaba en lo cierto. Ella hablaba del factor sorpresa, de cómo superar a alguien más grande y fuerte que tú cuando te tiene sometida…

¡No, Lexi, aquello no se aplicaba cuando esa persona tenía un arma!

—No me acuerdo, Lexi — dijo con nerviosismo, con el pánico latiendo en su voz—. Por favor…, no…

—Luke… —susurró ella con una calma que contrastaba con la tormenta que brillaba en sus ojos.

—Debí ser mejor maestro —se lamentó con la voz rota empañada de culpa—, lo he hecho todo mal.

—Luke, mírame —pidió con los ojos cargados de un brillo especial—, Alek se encargó de eso el primer año que llegué a Nueva York…

¿Alek? Aquel sí era un dato a tener en cuenta. Su amigo era cinturón negro de full contact. Aquello no era un simple detalle…

—¡Ya está bien de tanta cháchara! —rugió Minelli con su paciencia agotada—. Consideradlo vuestra despedida…

Luke y Lexi intercambiaron una mirada cómplice no exenta de miedo, pero también cargada de una resolución inquebrantable. Sin necesidad de hablar, ambos entendieron que solo tenían una oportunidad de acabar con aquello, y que los dos estaban dispuestos a asumir el riesgo.

Luke asintió, Lexi asintió…, y tras eso no titubeó un solo instante. En una décima de segundo y con un movimiento decidido, pisoteó con fuerza el empeine derecho de Minelli, girando después con precisión para golpear la cara interna de su rodilla con el talón. El impacto fue tan contundente y lo pilló tan desprevenido que lo obligó a aflojar la presión, lo que Lexi aprovechó para tirarse al suelo… Y en cuanto estuvo fuera del punto de mira, sin que Minelli tuviera un solo segundo para reaccionar, Luke actuó con precisión letal, apretó el gatillo y lo abatió de un certero y único disparo en mitad del pecho.

El federal cayó fulminado, a plomo, y Lexi corrió hasta Luke y se arrojó en sus brazos, que la recibieron con una mezcla de alivio y desesperación contenida, todavía atrapado en el eco del miedo que lo había consumido en los últimos minutos.

Los hombres de Luke entraron ahora en tropel en la cabaña y miraron perplejos la escena.

Minelli yacía en el suelo, sin vida, con los ojos abiertos aún por la sorpresa de todo lo acontecido, y que no había visto venir.

—Está muerto —confirmó el agente Adams después de comprobarlo, y miró al sheriff con una expresión desconcertada—. No entiendo, jefe…

Luke no respondió. Ya habría tiempo para explicaciones más tarde. Su prioridad ahora era alejar a Lexi de aquel lugar, del dolor y el horror que acababa de vivir. Sin decir nada más, la tomó de la mano y la guio hacia afuera.

Cuando salieron al exterior, una brisa fresca los envolvió, arrastrando con ella el peso sofocante de la cabaña y ayudándoles a despejarse y recuperar, aunque fuera un poco, la claridad en medio del caos.

Los agentes, junto con los sanitarios, corrían ahora de un lado para otro desconcertados, en un contraste absoluto con la calma que al fin envolvía a la pareja, que se abrazaba con fuerza bajo la suave luz de la luna, ajenos a todo. Tras tantos días de miedo, angustia y peligro constante, aquel instante de tranquilidad se sentía casi irreal. Al fin se había acabado, ambos podían respirar sin el peso del mundo sobre sus hombros, y aquello era como un paraíso soñado hecho realidad; y aún más cuando Lexi izó la cabeza y se perdió en los ojos de Luke, que se inclinó sobre sus labios para darle el beso más tierno y especial de toda su vida.

Después, Lexi lo miró a los ojos y suspiró de dicha. No necesitaba que él se lo dijera para saber que la amaba, lo sentía en cada mirada, cada caricia, cada beso…, aunque algo en su expresión, en la forma en que sus ojos la contemplaban como si fuera su mundo entero, le decía que estaba a punto de pronunciar esas palabras que ansiaba escuchar. Quizá debía ser ella quien las dijera primero. Las sentía ardiendo en su pecho, deseosas de escapar de sus labios…

—Mi Nemo… —murmuró Bowie ahora justo a su lado con una expresión de pesar.

Ambos se giraron a mirarlo.

—Quiero pedirte perdón —susurró abatido—. Sé que te he fallado y que nunca podrás perdonarme, pero…

—Te perdono, Bowie —anunció sin una duda.

El chico la contempló con una expresión de asombro.

—¿En serio?

Ella asintió, pero él notó la tristeza en sus ojos y esbozó un gesto inquieto.

—Hay un pero…, ¿verdad?

Para Lexi aquello no era fácil.

—Jamás podré volver a confiar en ti —admitió con una mezcla de dolor y determinación.

—Lo sé.

—Nuestros caminos se separan aquí —insistió Lexi mientras las lágrimas comenzaban a brotar—. Yo conozco tus secretos y tú los míos, y ambos debemos respetarlos para siempre.

Bowie asintió, también con las lágrimas corriendo por sus mejillas, mientras intentaba contener un sollozo.

—Lexi…, no podemos dejarlo ir —intervino Luke en un tono cauteloso pero firme—, aún tiene que responder a algunas preguntas…

La chica lo miró con pesar, volviéndose hacia él.

—Todo está claro ya, Luke —musitó casi como un ruego—. Bowie se marchará en este momento… y para siempre.

Sus ojos suplicaron que no la contradijera en aquello, y Luke acabó accediendo. Bowie izó su mirada hacía él.

—Cuídala bien, sheriff, y ámala mucho —rogó entre lágrimas—, es una mujer increíble.

—Lo sé —asintió Luke atrayéndola hacia sus brazos aún con más fuerza—, y… seguiré tu consejo.

Lexi se estremeció. Después, salió de sus brazos para darle un último abrazo al que siempre seguiría considerando su amigo, a pesar de todo.

Cuando Luke ordenó a Adams que llevara a Bowie donde le indicara, y el coche patrulla se alejó con su amigo a bordo, Lexi no pudo evitar que las lágrimas fluyeran con libertad, pero entonces Luke la besó… y su mundo se iluminó de luz y colores brillantes.

Capítulo 55

Las pocas horas que Lexi llevaba aguardando la llegada de Luke desde que había amanecido se le estaban haciendo eternas. Moría por verlo, por abrazarlo, besarlo y sentirlo cerca, pero los acontecimientos recientes lo habían obligado a priorizar sus obligaciones como sheriff. Un secuestro, dos detenciones y un federal muerto habían sido imposibles de ignorar, a pesar de que lo único que él hubiera deseado, y que dejó claro antes de irse, era quedarse a su lado.

No habían tenido tiempo para hablar, y aún había demasiadas cosas por decir y cientos de besos y caricias por dar, y Lexi apenas podía esperar ya.

Alyssa llegó hasta ella y la envolvió en un cálido y fuerte abrazo, arrancándole una sonrisa tierna. El reencuentro con ella y con su abuelo la madrugada anterior había sido muy emotivo. Todos, incluida Jess, habían pasado largo rato llorando, abrazados, casi sin poder creer que aquello no fuera un sueño y que Lexi estuviera allí con vida.

—¿Cómo estás? —se interesó la doctora, tomándole las muñecas para comprobar por sí misma su alergia.

—Bien, pero inquieta —aceptó—, necesito ver a Luke.

Alyssa sonrió y abrió su maletín sobre la mesa.

—Sí, puedo imaginarlo, no creo que tarde —opinó—, pero vamos a asegurarnos de que la herida del brazo está curando bien, por si quieres… —esbozó una sonrisa pícara— hacer esfuerzos extra.

Lexi se apresuró a desabrocharse la camisa.

—Quiero, sí —afirmó—, de hecho, hacer todo tipo de… esfuerzos hasta caer exhausta es lo único que quiero hacer con mi vida a partir de ahora, bueno y con la de Luke. —Su cuerpo reaccionó al simple pensamiento.

Alyssa rio con ganas.

—Y os lo habéis ganado con creces —declaró mientras comprobaba la herida.

—Ahora solo falta que él también quiera —suspiró.

—¿Y aún lo dudas?

Con una sonrisa un tanto inquieta, admitió:

—Aún no lo hemos hablado, pero confío en que esté dispuesto.

—¿Dispuesto a qué? —preguntó una voz a su espalda, cogiéndola desprevenida.

Todos los sentidos de Lexi estallaron de emoción al verlo cruzar la puerta. Sin detenerse a pensarlo, corrió hacia él y se arrojó en sus brazos con total abandono, como si nada más importara. Luke la recibió con un beso intenso mientras la abrazaba con fuerza, dispuesto a no soltarla jamás.

Alyssa pasó ante ellos camino a la puerta con una sonrisa en los labios.

—Yo tengo que ir a… —pero no se molestó en terminar la excusa al ser consciente de que ninguno de los dos le hacía el menor caso.

Y es que, en aquel momento, no habrían reparado ni en un dragón de dos cabezas lanzando fuego en mitad del salón. El incendio que pudiera provocar no sería más abrasador que el que ambos sentían en aquel instante.

—Y entonces…, ¿a qué debería estar dispuesto? —murmuró Luke sobre sus labios, tras

saborearla a conciencia.

Lexi gimió.

—A esto, a todas horas.

—¿Dónde firmo? —interrogó, ronco, metiendo la mano por dentro de su camisa para acariciar su piel de seda—. ¿Y has decidido esperarme medio desnuda por si tenía dudas?

Una carcajada de Lexi inundó la estancia.

—Esto ha sido pura casualidad —aseguró—. Alyssa iba a mirarme la herida del brazo.

—Llamémoslo destino entonces —sonrió Luke, y volvió a besarla, pero acabó suspirando y haciendo un sacrificio evidente para mantener sus manos a raya—, aunque no sé si tu abuelo y tu hermano lo van a ver así si entran por esa puerta.

—Alyssa ha cerrado muy bien —se ruborizó.

—No me tientes, bruja —suplicó—, porque tengo mucha hambre…

Lexi rio y observó su esfuerzo por abrocharle los botones de la camisa, o por intentarlo, al menos, porque se distraía de forma constante acariciando cada centímetro de piel que se exhibía frente a él, y ella no ayudaba mirándolo con los ojos ardiendo de deseo contenido.

—Joder, Lexi —suspiró, y volvió a besarla—, yo… necesito…

—¿Qué? —Le lamió los labios.

—…que te comportes —rogó con una sonrisa—. No quiero que me echen a patadas de la casa el primer día que podemos…

Se detuvo, cohibido, y Lexi lo miró con curiosidad.

—¿Que podemos…? —lo instó.

—Dejar de escondernos…

Para la chica, aquello sonó a música celestial, por todo lo que implicaba.

—…y de contenernos —añadió, mirándola con una intensidad que la hizo estremecer.

—Te has contenido poco en los últimos días —replicó Lexi con una sonrisa pícara, frotándose contra él.

Luke sonrió con una mezcla de felicidad y azoramiento.

—Pero sí lo he hecho… durante demasiados años —confesó.

Aquello la sorprendió y lo miró con curiosidad.

—No te entiendo.

Luke la atrajo del trasero contra su erección, y Lexi dejó escapar un gemido.

—Guau, sheriff, de verdad te alegras de verme.

—Sí —murmuró Luke con sus ojos clavados en los de ella—. Y lo hago desde hace mucho tiempo…

—¿Desde cuándo? —ronroneó con expectación.

Y no esperaba que la respuesta la sorprendiera tanto.

—Desde que no era ni legal hacerlo.

—¿Qué?

—Que se me iban los ojos detrás de tus faldas de colegiala cuando aún ibas al instituto —reveló, esbozando una sonrisa azorada.

Aquello la dejó boquiabierta, y su corazón se aceleró aún más.

—¿Lo dices en serio? —susurró, deseosa de creerlo.

—Tú tenías quince años y yo veintiuno… —contó—, y no podía evitar mirarte como no debía, y me sentía fatal cuando mi cuerpo reaccionaba… de formas poco apropiadas —la atrajo con más fuerza contra su dureza—, siempre de esta manera.

Aquella confesión, de una forma quizá absurda a esas alturas, le llenó el alma de una calidez

inesperada. Saber que para él no había sido invisible durante aquellos años significaba más de lo que habría imaginado, sobre todo porque para ella habían sido tiempos difíciles, llenos de emociones que nunca se atrevió a expresar.

—Luke, yo he estado loca por ti toda mi vida —confesó—, tanto que insultarte era lo único que evitaba que te rogara otro beso.

Él sonrió con los ojos cargados de una emoción palpable.

—Y yo recurría al coletitas —admitió—, porque era la única manera de recordarme quién eras y por qué no debía tocarte.

—¿Y sigue sirviendo? —interrogó con cierta malicia.

Rio cuando Luke clavó en ella una divertida mirada condenatoria.

—Sí, sirve —la estrechó aún más entre sus brazos—, pero para ponerme cardiaco… solo con imaginar ese día.

No pudo ni terminar la frase, la besó con ferocidad, como un loco, hasta hacerla suspirar y gemir de excitación…

…y estaba a punto de tumbarla en el sofá cuando alguien tosió con fuerza desde muy cerca, donde se escuchaban también algunas risas, ya algo nerviosas.

Cuando se giraron para buscar la procedencia, el salón parecía una escena sacada del camarote de los hermanos Marx en su clímax más caótico. A juzgar por lo alto que había sonado aquel tosido, ya como si fueran a expulsar un pulmón, llevaban largo rato carraspeando sin éxito.

—Mira, Scott —repuso Alek con sorna—, por lo visto viene a pedirte su mano.

—¿Tú crees? —sonrió Scott divertido—, no le veo yo con mucha intención de pedir permiso para nada.

Las risas se intensificaron.

—Tampoco creo que se conformara solo con la mano —dijo Alyssa risueña.

—Sí, tiene pinta de interesarle también el resto del cuerpo —opinó Jess.

Lejos de dejarse intimidar, Luke miró a Lexi, feliz, y bromeó:

—¿Crees que quedarán vacantes en Payasos Sin Fronteras?

—Tantas no sé yo… —Rio la chica, roja como un tomate, pero demasiado feliz como para que le importara.

Durante unos minutos, ninguno pudo disimular su felicidad. Del desenlace más trágico habían pasado a estar muy agradecidos con la vida por tanta dicha. Las bromas iban y venían y nadie parecía cortarse para hacerlas, incluido Luke, que incluso las aceptaba con una sonrisa radiante, que tenía a Lexi cada vez más obnubilada. Hasta que llegó el momento de ponerse serios para que pudiera ponerlos al día sobre cuánto había dado de sí la noche, y todos cogieron asiento.

Lexi se sentó junto a Luke sin soltar su mano.

—No hay mucho que contar —aseguró el sheriff, y la miró con una sonrisa—, salvo que al fin se terminó la pesadilla.

Recortó la distancia hasta sus labios y le dio un tierno beso, que todos aplaudieron.

—Silver ha colaborado con todo lo referente al secuestro —contó Luke después, volviendo a un tono más serio—, para intentar congraciarse y reducir su pena todo lo posible por el asesinato de mi padre, aunque no le va a servir de mucho. —Sonrió y volvió a mirar a la chica—. Por cierto, aún no te di las gracias por eso.

—No es necesario.

—Claro que sí — insistió Luke, perdiéndose en sus ojos con una intensidad que la hizo estremecer—. No te haces idea del peso que has quitado de mis hombros, me has liberado de

todos mis yugos, Lexi —declaró con una emoción tan palpable que no le importó que hubiera tantos oídos escuchando. Su sinceridad llenó la sala de un silencio que solo podía ser descrito como respetuoso, porque todos entendían lo mucho que esas palabras significaban para él.

La besó de nuevo, con una ternura que hablaba más alto que mil palabras, y Lexi no pudo evitar acurrucarse en sus brazos entre suspiros.

—Por lo demás, Donovan se enfrenta a cargos por estafa al seguro y Dorothea Sterling también tendrá que enfrentar algunas preguntas incómodas —siguió explicando—, aunque no es tan fiero el perro como lo pintan. El FBI no tiene constancia de que esté relacionada con nada de lo que Minelli la acusaba, y el sado no es delito, así que…

Lexi lo miró perpleja.

—Con razón no encontrábamos nada.

—Correcto, nunca sabremos qué hubiera hecho de haberte puesto nombre —afirmó—, pero todo apunta a que lo único que habría estado en su mano sería llevarte hasta la justicia como represalia por la muerte de su hijo.

Y por aquello tampoco podían condenarla. Aunque Ron Sterling hubiera sido un monstruo, el corazón de una madre no atendía razones ni lógica cuando se trataba de un hijo.

—Minelli fue el que nos engañó bien —admitió Luke, con evidente irritación—. Inventó todo lo de Dorothea como excusa para presentarse aquí —apretó los dientes, conteniendo la rabia — y estar cerca de su único objetivo…

—Yo.

Luke asintió y la estrechó con más fuerza contra él, como si quisiera protegerla incluso de la memoria de aquel hombre.

—Pues lo preparó todo muy bien —se lamentó Alek—. Se aseguró una coartada yendo contigo a Lexington mientras secuestraban a Lexi.

—Sí, y, según hemos descubierto en su teléfono —declaró Luke—, activó el inhibidor de señales desde su móvil en cuanto pusimos un pie fuera del rancho.

—¡Qué cabrón! —blasfemó Scott, incapaz de contenerse—. Salir con los pies por delante de esa cabaña era lo que se merecía.

—Y la única forma de estar tranquilos —les recordó Jess con seriedad—, porque no se habría callado tu identidad, Lexi, eso está claro.

Lexi exhaló aire, preocupada, aún había algo que le quitaba el sueño.

—¿Qué te pasa? —interrogó Alyssa, que la conocía demasiado bien.

—Bueno, yo… no sé qué va a pasar conmigo ahora —acabó confesando con el peso de la incertidumbre reflejado en sus palabras, y clavó sus ojos en Luke, buscando respuestas —, porque doy por hecho que el acuerdo que firmamos con Minelli para eximir a Némesis no era real.

Luke la miró con pesar y asintió, entrelazando los dedos con los suyos, como si ese simple gesto pudiera transmitirle toda la seguridad que necesitaba.

—En este momento nadie conoce tu identidad —le recordó—. Minelli no se la confió a nadie más.

Lexi asintió.

—Lo sé —intentó sonreír, pero solo lo consiguió a medias—. Pero confieso que me costará acostumbrarme a vivir con el miedo constante a que alguien me descubra en algún momento.

Y era algo que todos entendían. Ahora era demasiado consciente de las consecuencias de sus actos y de lo cerca que había estado de perderlo todo.

—Lexi… —le confió Luke con un toque de ternura y esperanza en la voz—, hace unos días

pedí un favor importante que espero que nos obre un milagro, pero aún prefiero no contarte nada, por si… se tuerce.

Era evidente que ni siquiera él las tenía todas consigo, pero a Lexi el gesto le llegó al corazón. Asombrada, lo miró a los ojos.

—¿En serio? ¿Has hecho eso… por mí?

Luke le regaló una de esas sonrisas que siempre lograba calmar sus tormentas, y la miró con dulzura infinita.

—Haría lo que fuera por ti, Lexi —aseguró con vehemencia con su voz cargada de sinceridad—, ¿es que aún lo dudas?

La emoción de aquellas palabras le aceleró el corazón, y de haber estado a solas le habría demostrado… hasta qué punto estaba agradecida por todo lo que había hecho por ella, algo que debió reflejarse en sus ojos, porque vio los de Luke brillar en respuesta, con un azul tan profundo como el de un mar embravecido.

—Luke…, todas mis cosas están en tu rancho aún —le recordó sin dejar de mirarlo a los ojos.

Él respondió con una sonrisa sensual que cosquilleó con intensidad en la parte baja de su abdomen.

—¿Y necesitas recuperar algo urgente?

«Sí, empezaba a ser urgente», tragó saliva, ardiendo por dentro solo con pensar en volver allí con él.

—Muy urgente —aseguró con una mezcla de diversión y picardía, buscando una excusa—, allí está… ¡mi ordenador!

Luke se puso en pie de inmediato, tirando de su mano e instándola a levantarse.

—Ay, Dios, pues habrá que ir a por él —dijo con una rapidez exagerada, haciendo que Lexi riera feliz—. Que tú estés más tiempo sin ordenador es como privarte de oxígeno —se alarmó con teatralidad—. No te rías, no quiero ser responsable de que te asfixies —insistió, y susurró solo para ella—, y no te cuento el poco oxígeno que me riega a mí el cerebro ahora mismo.

—Uf, eso sí hay que solucionarlo…, que puede ser peligroso…

Se giraron a mirar a todos los presentes, que sonreían de lo más divertidos.

—Eh… —titubeó Luke—, joder, ni excusas se me ocurren ya.

La carcajada colectiva fue inevitable, llenando el salón con una calidez contagiosa. La pareja, sin pensarlo dos veces, aprovechó la oportunidad para escaquearse, haciendo un simple gesto de despedida acompañado de una sonrisa radiante que decía mucho más de lo que las palabras podrían expresar.

Cuando salieron del salón, Alyssa dejó escapar un suspiro.

—Ay, estoy tan emocionada… —murmuró, secándose una lágrima antes de que cayera.

Y no era la única. Hacía tan solo unas pocas horas, todos habían estado sumidos en una tristeza desgarradora, convencidos de que habían perdido a Lexi para siempre, y ahora todos intercambiaban sendas miradas cargadas de lágrimas contenidas de nuevo, pero esta vez no eran de dolor, sino de alivio y felicidad.

Scott suspiró con teatralidad.

—Lo que hay que ver, Alek. Hermosa, sí, pero intocable… —repuso con una sonrisa divertida—, al final ha terminado pasándose nuestras amenazas por el arco del triunfo.

—¡Ya te digo! —Rio Alek—. Y solo ha necesitado dieciocho años…

Capítulo 56

Cuando Luke aparcó en el rancho, bajó del coche con rapidez y se apresuró a abrirle la puerta a Lexi. Le tendió la mano para ayudarla a salir, y la chica la tomó entre risas.

—Qué caballeroso —se burló, con un brillo divertido en los ojos.

Luke sonrió, sin soltar su mano, y la atrajo a sus brazos.

—Pues lo siento, pero no es gratis —murmuró con una sonrisa traviesa, y bebió de sus labios con intensidad.

Tras varios segundos, aún abrazados, sus miradas recorrieron el lugar con un gesto algo más serio, como si evaluaran las sombras del pasado que podían acechar allí.

—Si estar aquí te trae malos recuerdos, nos vamos —dijo Luke con suavidad, con su voz cargada de preocupación mientras la observaba con atención.

Lexi acabó sonriendo y soltó un suspiro profundo, dejando que el aire fresco del lugar inundara sus pulmones.

—Adoro este sitio, Luke, me llena de paz —anunció al fin con determinación—, y no voy a permitir que unos minutos de horror me roben todo eso.

Luke la miró con devoción, estrechándola un poco más entre sus brazos, como si quisiera protegerla del mundo entero.

—¿Por qué me miras así? —sonrió Lexi, algo cohibida, al ser consciente de un brillo especial en sus ojos.

Él tragó saliva.

—No sé si te lo he dicho, pero te admiro mucho, Lexi —musitó con ternura mientras le acariciaba el rostro con la yema de los dedos—. Te has enfrentado a todo lo que has vivido con una valentía y una entereza que merecen mi reconocimiento. —Ella se ruborizó—. Estoy muy orgulloso de ti, y quiero que lo sepas.

A Lexi se le humedecieron los ojos e intentó bromear.

—No busques más, ya encontraste el halago que puede hacerme emocionar —suspiró—, misión cumplida, ese es casi perfecto.

Ambos recordaron cierto ascensor en cierto hotel…

«¿Hay algo que pueda salir de mis labios que tenga tanto valor para ti como para emocionarte hasta el llanto?», le había preguntado Luke

El chico esbozó una sonrisa tierna.

—*Casi*… no es del todo perfecto.

—Me conformo.

—Pero yo no —declaró con un mundo de emociones contenidas reflejado en sus ojos azules —, quiero darte todo cuanto anheles.

Cohibida, Lexi agachó la mirada. Solo había una cosa que… deseaba con toda su alma escuchar de sus labios, pero perdería su valor si tenía que pedírselo.

—Tengo todo lo que deseo —murmuró con una sonrisa suave, tomando su mano—. Ven, vamos adentro.

Comenzó a caminar, pero Luke no la dejó avanzar. Tiró de ella con suavidad, devolviéndola a sus brazos con un movimiento decidido que la tomó por sorpresa.

—¿Qué…? —preguntó desconcertada

—¡Te amo, Lexi! —proclamó con ardor y un brillo cegador en sus ojos, dejándola sin aliento—. Ya no puedo ni quiero seguir callándolo, las palabras me han estado quemando dentro del pecho durante demasiado tiempo. —Se le quebró la voz, perdido durante unos instantes en el dolor de los recuerdos—. Me volvía loco no haber podido pronunciarlas cuando creí haberte perdido para siempre…

Lexi contuvo la respiración, sintiendo cómo su corazón estallaba de felicidad, y sus lágrimas brotaron ahora sin contención.

—Te amo, te amo —repetía Luke sin cesar, mientras le acariciaba el rostro y le robaba pequeños e incontenibles besos—. Y te juro que he vivido el infierno más insoportable que jamás puedas llegar a imaginar. —Soltó aire para poder seguir hablando—. No puedo vivir sin ti, amor, ya no sé —tragó saliva y rozó la nariz con la suya con ternura—, eres… mi todo, Lexi, y estoy dispuesto a compensarte mi ceguera durante el resto de mi vida…

Lexi estaba extasiada frente a sus palabras, con el corazón bombeando sangre a una velocidad de vértigo.

—…si me aceptas, y estás dispuesta, un te amo será lo último que escuches cada noche y lo primero que te diga por la mañana, junto con un beso.

—¿Si te acepto? —suspiró entre lágrimas con el pecho estallando de amor—. ¿Cómo podría no hacerlo? Llevo toda mi vida aguardando escuchar esas palabras de tus labios —le acarició el rostro—, y muero por… poder devolvértelas…

Él la contempló con los ojos cargados de anhelo, y Lexi se vio reflejada en ellos y comprendió que él también necesitaba escucharlas.

—Yo también te amo, Luke —proclamó emocionada—, desde siempre y para siempre.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse para ambos mientras se contemplaban embelesados. Luke sonrió con una mezcla de alivio y felicidad desbordante y, sin dudarlo, la atrajo hacia él para besarla con una intensidad que hacía eco de todo lo que sentían.

—Dios, Lexi —murmuró después sobre sus labios—, jamás debí dejarte marchar hace años sin decirte cómo me sentía. —Las palabras casi se le atragantaron en la garganta—. Hemos perdido tanto tiempo…

Aquello la pilló desprevenida y lo miró con creciente curiosidad.

—¿Te refieres a cuando me fui a Nueva York? —Él asintió, y Lexi reconoció—: Me dolió mucho que no vinieras ni a despedirte por estar con…

—Con una botella.

—No te entiendo. —Lo miró descolocada.

—Solo he bebido hasta perder el conocimiento en dos ocasiones, Lexi —declaró, con un gesto de pesar—. Una, hace solo unas pocas horas, cuando creí que habías muerto; la otra, aquella tarde, la de tu despedida.

Perpleja, la chica lo miró con los ojos llenos de asombro.

—Pero me dijiste que tenías mejores planes —recordó cómo le dolió aquello—, me hiciste pensar que estabas con otra mujer.

Luke la miró con los ojos cargados de pesar.

—Lo sé.

—¡¿Por qué?

—Porque quería castigarte un poco, supongo —suspiró—, porque no podía soportar tu marcha, Lexi, me mataba tener que decirte adiós y era incapaz de aceptarlo —soltó aire con fuerza—, pero cuando amanecí al día siguiente, supe que no podía dejar que te fueras sin

despedirme.

—¿No fuiste al aeropuerto por trabajo, no fue una coincidencia?

Luke sonrió a medias y negó con un gesto.

—Fui solo para verte una última vez —reconoció—, y estuve sentado en aquella terminal hasta que vi tu avión despegar, sintiendo que me faltaba el aire a cada metro que te alejabas de mí —confesó, un poco abatido—. Y ahora no puedo dejar de pensar que, quizá, si hubiera sido más valiente para impedir que te fueras… —titubeó—, no habrías pasado por todo este infierno, porque jamás te habrías convertido en Némesis.

—No te fustigues con eso, Luke —rogó con ternura—. Habría adorado poder estar antes contigo, no te lo niego, estuve muy perdida —admitió—, pero no me arrepiento de haberme convertido en Némesis, a pesar de todo —reveló con firmeza y la cabeza bien alta—. Arrepentirme sería como estar dispuesta a abandonar a todas esas personas que solo la tuvieron a ella para defenderlas.

Luke la miraba en silencio, con los ojos reflejando una mezcla de amor y admiración que no necesitaba poner en palabras. Lexi sonrió, algo cohibida y bromeó.

—Pero ¡¿cómo te has callado tanto tiempo?! —lo golpeó con suavidad—. ¡Ahora mismo no sé si quiero pegarte o comerte a besos!

Él esbozó una sonrisa risueña, la abrazó aún con más fuerza y pidió:

—Si puedo escoger, me quedo con los besos…

Lexi intentó fingir algo más de enfado, pero era demasiado feliz. Le echó los brazos al cuello con un gesto risueño.

—Tienes suerte de que me muera de ganas de besarte a cada segundo del día.

Luke le regaló una sonrisa que le arrancó un suspiro mientras la atraía contra su cuerpo con fuerza.

—Y ¿te importaría darme una demostración? —musitó sobre sus labios—, porque empiezo a sufrir un síndrome de abstinencia que…

No pudo terminar la frase. Que se moría por besarlo era una verdad inexorable.

—Oh, Dios, Lexi —suspiró Luke con deleite—, pasaré el resto de mi vida compensándote todos los besos que te debo.

Ella rio, con el corazón latiendo a un ritmo desbocado.

—Espero que disponga de tiempo, sheriff, porque son muchos —susurró con una sonrisa traviesa—, empezando por el que me negaste dentro de aquel armario.

Luke dejó escapar una carcajada de felicidad absoluta.

—Tendré que empezar cuanto antes entonces… —recortó la distancia hasta sus labios y la besó a conciencia, dispuesto a comenzar su penitencia en aquel mismo instante… y para siempre.

Y ya no fueron capaces de contener la vorágine de emociones que los envolvió. Luke la izó del trasero, y Lexi se aferró a sus caderas, rodeándolo con las piernas, mientras sus brazos se enlazaban alrededor de su cuello. Entre besos cargados de pasión y promesas silenciosas, caminaron hacia la casa, como si nada más en el mundo existiera en ese momento salvo ellos dos y el deseo que los consumía, alimentado por un amor al fin liberado…

…un amor que representaba un nuevo comienzo, que los transportó a un universo desconocido en aquella ocasión, mucho más intenso, brillante y cargado de emociones, que parecían estallar con cada mirada cómplice, envolviéndolos por completo.

Hicieron el amor durante una eternidad, con los sentimientos a flor de piel, y se entregaron el uno al otro en cuerpo y alma. Cada caricia, cada beso… se convirtieron en un bálsamo capaz de borrar hasta el último vestigio del sufrimiento vivido en las últimas horas. Después, al fin,

descansaron uno en brazos del otro, y se sumieron en un profundo y reparador sueño, envueltos en una paz absoluta, como si el universo mismo les hubiera concedido ese momento de plenitud, ganándoselo a pulso.

Horas más tarde, tras despertarse y tomar rumbo de nuevo al paraíso, comieron algo y salieron por primera vez a dar un paseo juntos por el rancho. Podría parecer algo insignificante, pero para ambos era un momento especial. Hasta entonces, la presión y la necesidad de esconderse les habían arrebatado cualquier oportunidad de disfrutar de lo que podía considerarse normal.

Caminaron junto al arroyo, siguiendo su curso hasta bordearlo, entre risas y un constante tonteo, y de regreso acabaron tomando asiento junto al enorme roble que se alzaba cerca del agua, a unos pasos de la casa.

Luke apoyó la espalda contra el robusto tronco del árbol y acogió a la chica entre sus brazos, arrullándola con ternura. Después, se comieron a besos dulces y embriagadores, disfrutando de la paz del lugar, hasta que el teléfono de Luke los devolvió al presente, del que comenzaban a evadirse.

Con extrañeza, Lexi vio que él se ponía tenso al comprobar el visor y tragaba saliva con evidente nerviosismo.

—¿Qué pasa? —preguntó con cautela.

—Es Gabrielle —respondió Luke, sin apartar la vista de la pantalla—. ¿Te acuerdas de ella, de la boutique de moda?

La chica asintió, pero no entendía nada.

—Es a quien le pedí el favor del que te hablé —confesó Luke, manteniendo el tono serio —. Su actual marido es un alto cargo en la NSA.

Lexi se enderezó de inmediato, ahora igual de nerviosa.

—¿Seguridad Nacional?

Luke asintió y ella tragó saliva. Sabía que Gabrielle se consideraba en deuda con él, a quien le debía la vida, pero… el favor que él le pedía era demasiado grande.

—Él es el único que puede obrarnos el milagro que necesitamos.

Por fin, Lexi entendió su nerviosismo. Esa llamada tenía el poder de decidir su futuro. Era imposible no sentir el peso de lo que significaba.

—Contesta… —lo instó, aunque su propia voz temblaba un poco.

El miedo en los ojos de Luke era evidente, y Lexi, con un gesto firme, tomó su rostro entre las manos, obligándolo a mirarla.

—Afrontaremos lo que sea, Luke, juntos —declaró, respirando hondo—, sean buenas o malas noticias.

Él la contempló durante unos segundos, buscando fuerzas en ella, y al fin deslizó el dedo para contestar la llamada.

El minuto escaso que estuvo al teléfono se hizo eterno para Lexi, que aguardaba las noticias con el corazón encogido, aunque parecía que Luke sonaba algo más relajado.

Cuando colgó, Lexi casi no se atrevía a preguntar.

—No sé si quiero saberlo —reconoció con el corazón en la garganta.

—Quieres —sonrió él para tranquilizarla—, o eso espero.

—Dilo —se aventuró al fin—, sin paños calientes.

Aguardó, abatida, a que él hablara.

—Te conseguirán una identidad y un acta de defunción para Némesis —explicó—, si estás de acuerdo.

Aquello la desconcertó un poco.

—No entiendo bien…

—Solo enterrándola serás libre, Lexi —explicó—. Crearán una identidad para ella y, bueno…, a ojos del resto del mundo tiene que morir. Sé que es como deshacerte de una parte de ti —titubeó con cierto nerviosismo—, y si no quieres renunciar a ella, lo entenderé, yo he aprendido a amar también esa faceta tuya, pero…

Lexi recortó la distancia a sus labios y los besó para silenciarlo. Después lo miró a los ojos con el corazón reflejado en ellos, y la sonrisa de Luke iluminó su mundo.

—¿Eso quiere decir que estás de acuerdo?

—¿De verdad lo dudabas?

—Sé que Némesis es importante para ti.

—Tú lo eres más —puntualizó, y se le humedecieron los ojos frente a la emoción que leyó en los suyos—. Eres mi ángel de la guarda, Luke Keller, y acabas de hacerme el mayor regalo de mi vida: una segunda oportunidad para empezar de cero y hacer las cosas mejor, a tu lado.

Él la miraba embelesado, y le robó un beso intenso unos segundos después. Tras eso, Lexi sonrió con picardía.

—Pero que conste que seguiré estando aquí para usted, sheriff —ronroneó feliz sobre sus labios—, aunque será nuestro secreto. —Entrecerró los ojos—. Lo que me recuerda… que aún tiene que contarme qué me delató.

Luke la miró divertido.

—Creo que voy a dejarte con la duda.

Lexi le arreó un manotazo, y él rio de buena gana.

—¡Dímelo ya! —se quejó, ahora con repentina curiosidad—. ¿Me reconociste en el vídeo?

—Ese vídeo era de una calidad penosa —contó—, no me habría identificado ni a mí mismo, aunque… ahora me doy cuenta de que, de alguna manera, mi subconsciente sí te reconoció, y por eso me obsesioné con la idea de verte en persona.

—Así que no lo supiste al cien por cien hasta que me colé en tu apartamento.

Él guardó silencio solo para provocarla un poco más.

—¡Venga! Ya te lo has callado demasiado tiempo —insistió exasperada—, ¿fue porque Yako no ladró?

—Eso influyó —admitió.

—Pero no fue decisivo —entendió.

—No, podría ser cualquiera a quien conociera un poco.

—¡Habla ya! ¿Cuándo tuviste claro que era yo?

—En cuanto entré en la habitación —sonrió.

—¿Qué…?

—Tu perfume —confesó al fin—. Todo en el ambiente olía a ti, Lexi, supe que estabas allí nada más cruzar la puerta, y… mi cuerpo también te dio la bienvenida.

Ella lo miraba perpleja. Luke metió la nariz en su cuello y aspiró con fuerza.

—Me enloquece tu perfume —reconoció—, toda tú me enloqueces demasiado como para no presentirte con todo mi ser estando en la misma habitación.

La besó para demostrarle cuánto y Lexi acabó suspirando.

—En cuanto te reconocí —siguió contando—, todo encajó como en un engranaje perfecto: lo sucedido en los últimos días, tu interés en ayudar a Némesis, lo ocurrido con Scott y Alyssa, incluso el misterio de tu regreso a Kentucky. —Frunció el ceño y la miró algo más serio—. Me enfadé mucho contigo, Lexi, no te haces idea de la furia que me invadió en ese instante.

—¿Que no me hago idea? —se quejó fingiendo irritación—. ¡Bien que te resarciste! Me trataste como a una… una…

—¿Y vas a decirme que aquello no te gustó? —interrumpió divertido, con una sonrisa arrogante—, porque te recuerdo que fui yo quien tuvo que parar y echarte del apartamento.

Lexi lo miró fingiendo estar molesta, pero sin poder disimular del todo una pequeña sonrisa.

—Vale, como lección admito que fue magistral.

—Pero ¿qué lección, Lexi? —declaró resignado, y sonrió frente a su desconcierto—. Si apenas podía pensar con coherencia, como para planear lecciones…

—¿No me besaste para darme una lección?

—Te besé… porque ya no pude resistirme a ti, a la tentación que suponías —reveló—, ni siquiera estando furioso contigo. —Se perdió en sus ojos—. No mentía antes cuando te dije que llevo años conteniéndome, Lexi, y lo lograba ya a duras penas, hasta que… la noche anterior, antes de irme de tu cuarto, sucumbí al sabor de tus labios —titubeó ahora—. Tú no lo recuerdas porque estabas dormida, pero…

—¡¿Como que sucumbiste?! —interrumpió con impaciencia—. ¡Si te largaste de mi cuarto como si tuviera lepra!

Luke la miró atónito.

—¡¿Estabas despierta?!

—¿Crees que me perdería nuestro primer beso? —confesó, divertida frente a su gesto de estupor—. Así que define sucumbir, Luke, porque yo solo te vi correr tan rápido como un gamo.

—¡Porque creía que estabas dormida y no sabía si tenías ni idea de a quién besabas! —contó.

Lexi sonrió a medias y confesó:

—Pues me dolió, Luke, huiste de mí.

—Y no tienes ni idea del esfuerzo que supuso —reconoció—, apenas pude pensar en nada más que en volver a saborear tus labios desde ese momento —suspiró—, lo que nos devuelve a la noche siguiente en mi apartamento…

Lexi soltó un gemido inevitable frente al recuerdo y lo miró con los ojos en llamas.

—Joder, ese sí fue un pedazo de beso que… —incapaz de contenerse, recortó la distancia hasta sus labios y los besó a conciencia, a lo que Luke correspondió con el mismo entusiasmo—. Dios, me muero por besarlo a todas horas, sheriff —ronroneó sobre sus labios.

—¿Solo besarme? —metió la mano por dentro de su camiseta—, porque se me ocurre alguna otra cosa interesante…

—¿Aquí? —se ruborizó un poco.

—Yo estoy cómodo… —confirmó, y su mano descendió por su abdomen y se coló entre sus muslos, sobre los leggins.

—Cuidado, sheriff, a ver si voy a terminar enamorándome del todo de este lugar —repuso, exhalando un gemido—, y luego no voy a ser capaz de regresar a mi casa.

Luke sonrió y le robó otro beso intenso antes de decir con cierto titubeo:

—Y… ¿tendrías mucho problema con eso?

La chica lo miró algo cohibida.

—¿Qué?

De repente, él parecía nervioso.

—Lexi, ya hemos perdido demasiado tiempo —balbuceó en un tono inseguro, mirándola con evidente inquietud—, y a ti te gusta estar aquí y… conmigo, creo.

El corazón de Lexi bombeaba ahora sangre como un loco.

—Y yo… quiero… estar contigo, diablos ¡quiero todo contigo! —declaró con ardor—. Y

estoy dispuesto a darte un anillo, un montón de te amos y… todos los dieciséis por ciento que desees.

La chica estaba flotando en una nube, que cada vez la izaba más del suelo, y que él pareciera tan nervioso frente a la posibilidad de que ella se negara resultaba tierno y encantador.

—Luke… —le acarició el rostro con la yema de los dedos—, si lo que intentas pedirme es que me quede aquí contigo…

—Quizá te parezca pronto, Lexi…

—Sí.

—Sí, ya lo sé —pareció consternado—, pero…

—¡No! ¡Que sí a todo!

—¿Qué?

—A lo de vivir aquí, a los te amo, los dieciséis por ciento… ¡Sí a todo! —afirmó entre lágrimas contenidas, que derramó al comprobar cómo él exhalaba un suspiro de alivio y felicidad —, pero a los niños habrá que buscarles un nombre mejor, porque…

No pudo acabar la frase, Luke interrumpió su discurso con un beso intenso y cargado de promesas, que a ambos les supo a gloria bendita.

—Pero por algo habrá que empezar, sheriff… —susurró sobre su boca largos segundos después, y lo miró a los ojos, que se veían igual de nublados de deseo que los suyos—, y… quiero… acabar de enamorarme de este sitio como lo estoy de ti, aquí y ahora…

Luke se mordió los labios y clavó en ella una mirada de lujuria que le arrancó un gemido de anticipación, justo un segundo antes de que tirara de la cinturilla de sus leggins sin un solo titubeo, hasta despojarla de ellos. Después, Lexi tomó la iniciativa y lo ayudó con sus vaqueros.

Cuando al fin lo acogió entre sus piernas, y fueron uno solo de nuevo, durante unos largos y eternos segundos se miraron a los ojos y el mundo entero pareció desvanecerse a su alrededor, igual que si el tiempo y el espacio se hubieran detenido para regalarles un instante perfecto…

…como perfecto fue su ascenso a las nubes… y su salto al vacío.

Epílogo

Lexi, repantingada en la cómoda butaca del porche, con las piernas estiradas por encima del reposabrazos, trabajaba en su ordenador portátil a la espera de que Luke regresara al rancho. Adoraba hacerlo al aire libre, y siempre escogía aquella butaca o la sombra bajo el imponente roble junto al riachuelo, para dejarse envolver por la serenidad del lugar.

Jamás en toda su vida había sido tan feliz como durante los últimos dos meses, que era justo el tiempo que llevaba viviendo allí con Luke. Disfrutaba de cada segundo que compartían, tanto de las risas y las conversaciones como de la pasión, el amor y la ternura que llenaban sus días y sus noches.

Por fortuna, Némesis era ya historia, tras aquel favor que Luke se había cobrado, pero eso no significaba que ella hubiera tenido que renunciar por completo a aquella parte de su vida. Morgan había pedido un traslado, avergonzado por su conducta, dejando un puesto vacante. El propio Luke, en nombre de la oficina del sheriff, le había ofrecido a Lexi un acuerdo de colaboración para facilitarles algunas gestiones que ayudaban a que el trabajo fuera mucho más fluido y eficiente en comisaría.

Además, Marty Evans, quien había trasladado su agencia de detectives al propio Kentucky, recurría a menudo a ella, pidiéndole ayuda en todo aquello que no supusiera un riesgo. Aquello era algo a lo que Lexi se había comprometido con Luke, a quien le había prometido que jamás volvería a ponerlos a ninguno de los dos en una situación límite. Pero sus dones eran demasiado valiosos para dejarlos de lado, y hasta el propio Luke lo tenía claro. Formaban parte de lo que era, de lo que disfrutaba haciendo, e incluso él había comenzado a encontrar cierto placer en algunos de los retos que se le presentaban con los casos en los que ella colaboraba. Trabajaban juntos, cada uno en su área, y aquello no solo les permitía mantener viva la chispa de sus talentos, sino también fortalecer su vínculo, compartiendo lo mejor de sí mismos.

Su vida era perfecta, aunque aún había una espinita que seguía clavada en lo más profundo de su corazón: Shadow. Silver iba a pasar muchos años en la cárcel condenado por el asesinato de Sammuel Keller, además de por retenerla contra su voluntad, pero el muy desgraciado había encontrado la manera de vengarse. Se había asegurado de que el potro fuera vendido y enviado a un rancho muy lejos de ella, un lugar que solo él conocía, cerrándole cualquier posibilidad de volver a verlo.

Para Lexi, enterarse de aquella noticia había sido un golpe duro, y desde entonces trataba de consolarse con la esperanza de que al menos el caballo estuviera en buenas manos, feliz y cuidado como merecía. Era lo único que podía desear para él ahora.

Consultó su reloj y frunció el ceño. Eran casi las tres y media de la tarde, y Luke ya tardaba demasiado. Aquella mañana había salido de casa muy temprano, incluso antes de que ella se levantara, y Lexi había tenido la sensación de que estaba un poco raro, cuando intentó retenerlo en la cama un poco más y él, con una sonrisa esquiva, alegó que tenía demasiadas gestiones pendientes aquella mañana.

Se incorporó en la butaca y tomó su teléfono. Hasta aquel momento, ni un solo día habían renunciado al placer de comer juntos, ya fuera allí, en la ciudad o en el rancho Michaelson, buscando siempre después un lugar apartado donde poder darse unos arrumacos… para bajar la

comida, antes de regresar a sus obligaciones.

Estaba a punto de marcar su número cuando vio su jeep avanzar por el camino de gravilla hasta detenerse frente a ella.

—Estaba empezando a impacientarme —reconoció Lexi, corriendo hasta él para dejarle claro cuánto se alegraba de verlo.

Lo besó a conciencia, algo a lo que él correspondió con la misma intensidad.

—Guau, creo que voy a retrasarme más a menudo —bromeó el chico.

Lexi recorrió su pecho con las manos y lo miró con los ojos cargados de un brillo de lujuria.

—¿Le he dicho alguna vez cómo me pone verle de uniforme, sheriff?

Aquello le arrancó una sonrisa divertida a Luke, que la atrajo contra su cuerpo.

—¿Sí? ¿Estás segura? —indagó, fingiendo sorpresa—, ¿Yo?

—Solo tú.

Volvió a besarlo a placer, y acabó suspirando entre sus brazos.

—¿Cómo te ha ido la mañana? —interrogó Luke, caminando con ella abrazada hasta el porche.

Cogieron asiento, él en la butaca y Lexi sobre su regazo, y le mostró todos sus avances en los dos casos que estaban investigando juntos. Luke le devolvió una mirada mezcla asombro y admiración.

—Joder, creo que te estoy pagando poco —bromeó—, haces el trabajo de cinco agentes sin despeinarte.

Con un gesto risueño, Lexi se lo comió con los ojos.

—Prefiero cobrarme en especias —ronroneó sobre sus labios—, y ha sido una mañana… larga.

Volvió a besarlo con abandono, pero cuando la cosa se ponía demasiado intensa, Luke suspiró y se apartó un poco, aunque era evidente el esfuerzo que estaba haciendo.

—¿Qué pasa? —Lo miró confusa—. ¿Ahora eres pudoroso?

Habían cedido a la pasión en aquel porche más veces de las que podía recordar ya hasta el momento.

Luke sonrió.

—Sabes que cualquier lugar me viene bien para hacerte el amor —la besó de nuevo—, pero estamos esperando una visita que llegará en cualquier momento.

Curiosa, lo miró sin perder la sonrisa.

—¿Ahora? ¿Quién? —preguntó—. ¿Se va a quedar a comer? Porque solo he hecho comida para dos. —Se incorporó nerviosa—. ¿No será Dottie?

Luke rio frente a su gesto de alarma. La anciana se había ido a vivir a Ohio, junto a su hermana, feliz de la vida al dejar a su nieto tan bien acompañado al fin, y la última vez que fueron a visitarlas las encontraron muy entretenidas haciendo patucos de lana.

—¿Tan nerviosa te pondría ver a mi abuela?

—¡Sí! Quiero que lo encuentre todo recogido y cocinar algo más sofisticado —se inquietó —. Ay, Dios, ni siquiera he recogido los huevos esta mañana, he estado liada con los casos y…

Intentó levantarse, pero Luke tiró de ella de nuevo hasta su regazo.

—No es ella, no te preocupes.

Lexi frunció el ceño.

—¿No? ¿Y quién es?

—Tendrás que esperar, señorita impaciente. —Sonrió divertido frente a su gesto de fingida irritación—. Solo puedo decirte que no viene de visita, sino para quedarse.

A lo lejos divisó un jeep avanzando por el camino de gravilla, que parecía traer una especie de remolque enganchado.

Luke la instó a ponerse en pie y Lexi obedeció y lo miró desconcertada, preguntándose qué narices estaba pasando allí.

—He pasado la mañana con Scott en Nashville —contó ahora, y recibió una mirada de absoluto estupor.

—¿Nashville en Tennessee? —Luke asintió—. No entiendo nada.

—Es que llevamos toda la semana haciendo gestiones y negociando con uno de los ranchos de la zona…

El coche casi llegaba hasta ellos, y estaba claro ya que era un remolque para caballos de lo que tiraba.

—…y al fin ha dado sus frutos.

El corazón de Lexi se aceleró sin remedio y miró a Luke con los ojos cargados de una esperanza que hacía días que había perdido.

El tipo que conducía se bajó del jeep y caminó hasta la parte trasera del remolque.

—Luke… —se le quebró la voz mientras su corazón palpitaba a marchas forzadas—, has encontrado a…

Se interrumpió temerosa de que sus ilusiones pudieran venirse abajo, pero Luke sonrió con una dicha desbordante mientras decía:

—Prometí hacerte feliz cada día de tu vida —le recordó.

Lexi lo miró con el amor más sincero brillando en sus ojos, antes de concentrarse en la parte trasera del remolque con todo su cuerpo temblando de emoción contenida. Cuando la puerta se deslizó por completo, un caballo tan negro como una sombra bajó con paso firme, levantó la cabeza y olfateó el aire; pero fue un instante, un solo segundo, lo que bastó para que sus miradas se encontraran. El caballo se quedó quieto, como si también estuviera procesando lo que veía.

—¡Shadow! —exclamó Lexi, con su voz quebrándose mientras las lágrimas caían sin control.

El relincho que salió de él fue como una respuesta, un llamado lleno de reconocimiento y emoción. Lexi corrió hacia el potro al tiempo que el animal trotaba hacia ella, feliz de verla, y presionaba su hocico contra su pecho mientras la chica lo envolvía con sus brazos y enterraba su rostro en su cuello.

—¡Creí que no volvería a verte!

El reencuentro fue tan emotivo que hasta Luke tuvo que contener las lágrimas. Su pecho se llenó de un amor tan profundo que le arrancó un suspiro. Verla así, radiante y dichosa le alimentaba el alma de una manera casi adictiva. Hacerla feliz se había convertido en su mayor propósito, y en aquel instante, todo su mundo parecía estar en perfecta sintonía.

Lexi se giró a mirarlo, sonrió con una felicidad plena brillando en sus ojos y un instante después corrió hacia él y se lanzó en sus brazos.

—Dios, te amo, te amo, te amo, Luke —susurró en su oído, abrazándolo con fuerza, y lo miró a los ojos—. Gracias por este regalo.

—No tienes que darme las gracias, solo con verte tan feliz ya ha merecido la pena.

Lexi lo atrajo hacia ella.

—Pues pienso seguir agradeciéndotelo… muchas muchas veces —ronroneó sobre sus labios y lo miró con ojos brillantes—, en todas las posturas…

Luke rio y la atrajo contra él.

—No es necesario, pero… —se la comió con los ojos— si te quedas más tranquila…

Rieron y bebieron el uno de los labios del otro durante unos largos segundos, hasta que acabaron girándose hacia Shadow de nuevo.

—Bueno, chico —declaró risueña—, habrá que acomodarte.

—En el remolque viene todo lo necesario para que esté cómodo los primeros días —explicó Luke, caminando hacia la parte trasera—. Y Scott se ha encargado de escoger la montura.

—¿Por qué no me habéis dicho nada antes?

—¿Y perderme esa cara de sorpresa y felicidad? —repuso, y la miró algo más serio para contar—. Ha costado encontrarlo, y el nuevo dueño tampoco estaba por la labor de venderlo, así que no te dije nada para que no te decepcionaras si al final no conseguía traerlo a casa.

—A casa… —repitió Lexi obnubilada, y lo besó de nuevo—, aún me asombra escucharte hablar así.

—Entonces acostúmbrate, porque tengo mucho que compensarte, a ti y a mí mismo —admitió—. He sido un necio durante demasiado tiempo, Lexi —sonrió—, convencido de que podía contener mis sentimientos para siempre, negándome lo único que deseaba con toda mi alma —suspiró—: tú.

La chica lo miraba casi subida en una nube, de la que llevaba dos meses sin poder bajarse.

—¿Te has propuesto decir todo lo que me muero por escuchar para ruborizarme? —bromeó Lexi con los ojos cargados de amor—. Doy mi deseo en blanco por cobrado, ya puedes relajarte.

Luke rio. En los dos últimos meses, habían pasado horas enteras rememorando aquella boda y todo lo sucedido en el hotel, muertos de la risa, cuando al fin pudieron admitir que para ambos fue una aventura épica que disfrutaron mucho, a pesar del follón en el que estaban metidos en ese momento.

—Tu deseo en blanco… es para siempre —anunció Luke sin ninguna intención de bromear —. Siempre podrás pedirme lo que quieras, Lexi, que te lo concederé si está en mi mano.

—Yo solo quiero que me ames —musitó, pero después entrecerró los ojos con un divertido gesto—, y quizá un establo.

Él soltó otra carcajada.

—Ampliaremos el granero —señaló—, hacia esa parte, ¿te parece?

Perpleja, la chica lo miró algo más seria.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro, ¿para diez caballos, de momento, estaría bien?

A la chica se le saltaron las lágrimas, asintió y recortó la distancia hasta sus labios, para decirle todo lo que su corazón necesitaba que supiera y la emoción no le permitía poner en palabras en ese instante.

—Vamos a acomodar a Shadow, para que descanse —propuso Luke tras unos intensos minutos, y le susurró al oído—: es demasiado joven aún para presenciar nada de lo que tengo en mente…

Unas horas después, se acomodaron bajo la sombra de su roble preferido, junto al agua cristalina del arroyo. Luke se apoyó contra el tronco, y Lexi, acurrucada entre sus brazos, dejó escapar un suspiro de pura felicidad mientras contemplaban juntos el paisaje. Ante ellos, su hogar se desplegaba como un cuadro vivo, lleno de vida y calma, el lugar donde ambos soñaban ya con formar una gran familia. Aunque, de momento, no podían quejarse… Shadow pastaba en libertad cerca del granero, moviendo la cola con tranquilidad. Yako, fiel como siempre, dormía a sus pies, mientras los gatitos correteaban felices a unos metros, jugando incluso con las briznas

de hierba que la suave brisa hacía bailar.

Rieron cuando vieron a los felinos rodar por el suelo, enredados en un torbellino de patas y colas, con una energía y alegría desbordantes. Ambos eran igual de juguetones, aunque la gatita blanca era mucho más avispada que su hermano, que parecía aceptar, resignado, cada una de sus travesuras.

—¡Qué buen trabajo hemos hecho con este par! —declaró Lexi, dichosa.

Luke asintió.

—Pues sí, podemos estar orgullosos —suspiró con teatralidad—, excepto por ser incapaces de encontrarles un buen nombre.

Cada día en los últimos dos meses, sugerían al menos un par de ellos que acababan descartando, aunque las risas no se las quitaba nadie.

—Hay que encontrarles uno ya —repuso Lexi, jovial—, o no vendrán nunca cuando los llamemos.

Él la miró con un divertido ceño fruncido.

—Lexi, son gatos —le recordó—, no vendrán de todas formas, el nombre es lo de menos.

—Venir vendrán, Luke —opinó—, pero cuando les dé la gana.

—Mira, como tú.

—¡Eh!

—Aunque últimamente… sueles venir cuando te llamo —la miró con picardía—, ¿por qué será?

Lexi ronroneó y se frotó contra él, arrancándole una carcajada y un montón de besos. Y, para asombro de ambos, la gatita caminó hasta Yako y escaló a su lomo, algo que el perro aceptó sin protestar. Un segundo después, su hermano tomó el mismo rumbo y caminó hacia el perro.

—El otro va siguiendo sus pasos siempre —rio Lexi—. Son dos polos opuestos, pero no pueden estar el uno sin el otro.

—Como nosotros, ¿no crees? —bromeó Luke, abrazándola con fuerza.

Lexi lo miró entre divertida y reflexiva.

—Sí, durante mucho tiempo estuvimos en extremos opuestos del tablero—sonrió—, pero juntos conseguimos que todo encaje.

—Somos la dualidad perfecta —afirmó Luke—, como el Yin y el Yang…

De repente, se miraron entre sí con una sonrisa, contemplaron con atención a los gatos y ambos pensaron lo mismo, sin necesidad de hablarlo.

—¡Les va perfecto! —se emocionó Lexi—. Uno blanco, otro negro, la luz y las sombras, el caos y la calma…

Se miraron a los ojos con un amor inmenso alimentando su corazón y su espíritu.

—…un equilibrio perfecto, incluso estando un poco desbalanceados a ratos —concluyó Luke, y ambos sabían que volvían a hablar de ellos mismos.

Emocionada, Lexi tuvo que esconder sus lágrimas con una leve nota de humor.

—No le tenía por un romántico, sheriff —bromeó.

—¿No? Quizá debí ponerle un lazo al caballo…

Él la observó reír, obnubilado, con el corazón latiendo como un loco. La risa de Lexi siempre tenía aquel poder sobre él.

—Dios, te amo, Lexi —le salió del alma junto con un suspiro mientras se perdía en sus ojos —, amo tu forma de ver el mundo, tu osadía para intentar cambiar las cosas y tu valentía para afrontarlas, incluso cuando el precio ha sido alto. —Tragó saliva y su voz se quebró por la emoción, antes de besarla con un amor tan profundo que parecía imposible de contener—. Amo

la forma en la que siempre me obligas a cuestionármelo todo, incluso lo que creía inamovible.

Se detuvo un instante, acariciándole el rostro con la yema de los dedos, como si necesitara asegurarse de que ella realmente estaba allí, con él, que no era un sueño.

—Lexi, has transformado mi vida, no te haces una idea del milagro que significas para mí —repuso, dispuesto a vaciarse sin dejarse nada adentro—. Después de ver cómo a mi padre lo destruía, me prometí a mí mismo que nunca me enamoraría, pensé que el amor solo traía dolor, que atarte a alguien era un riesgo que no valía la pena correr.

Sus ojos se llenaron de emoción mientras hablaba.

—Pero tú lo has cambiado todo. Tú me has enseñado que el amor no tiene que ser un lastre, sino una fuerza que te libera, que te completa. Contigo he aprendido que no quiero vivir sin arriesgarme, porque tú eres la mejor decisión que he tomado en mi vida —se le quebró la voz—. Sé que no soy un hombre perfecto, pero por ti, para ti, quiero ser la mejor versión de mí mismo cada día de mi vida.

Sus palabras eran un torbellino de emociones, pero cada una de ellas estaba llena de una sinceridad que tocaba lo más profundo del alma de Lexi, que moría de amor por él. Lo miró con los ojos brillantes, atrapada en la intensidad del momento, y una suave sonrisa se dibujó en sus labios mientras acariciaba su rostro con ternura.

—Luke… —susurró, y su voz temblaba por la emoción—. ¿Sabes lo que yo amo de ti? —suspiró al ver la ilusión con la que él aguardaba sus palabras—. Amo tu fortaleza, esa que no solo te hace enfrentarte a lo que venga, sino también proteger a los que amas sin importar el precio, aun a costa de ti mismo. Amo tu sentido del deber, incluso cuando te obliga a cargar con más peso del que deberías, porque nunca dudas en poner a los demás por delante —le robó un beso—. Amo que…, a pesar de todo, hayas sido tan valiente como para abrirme tu corazón y aceptarme como soy…, aunque a veces ponga tu mundo patas arriba.

Se acurrucó aún más contra él y musitó sin dejar de mirarlo a los ojos:

—Eres mi compañero, Luke, mi roca, mi refugio…, mi hogar —sonrió—, y no hay nada que ame más que eso.

Dando muestras de la emoción en sus ojos, Luke bebió de sus labios ahora como si el mundo se fuera a acabar en los próximos minutos. Después, la tumbó con suavidad sobre la hierba sin abandonar su boca y ambos suspiraron, dispuestos a corroborar cada una de las palabras pronunciadas… en el idioma que mejor hablaban cuando estaban juntos…

…Aunque a Yin y Yang pareció llamarles la atención verlos allí tirados, y no tardaron en decidir que era el momento perfecto para investigar y comprobar si la pareja podía ser más blandita y cómoda que Yako. Pronto encontraron la forma de escalar por ellos, usando piernas y brazos como improvisadas rampas, entre las risas de Lexi y los intentos inútiles de Luke por detenerlos.

—Creo que es el momento de prohibirles el acceso a nuestra alcoba —rio Luke, dándose por vencido y apoyándose sobre un codo para permitir que los felinos se metieran entre ellos a inspeccionar si el pecho de Lexi era un cojín tan mullidito como parecía. Yin acabó acomodándose encima y los observó a ambos con curiosidad.

—¿Estás cómodo? —sonrió Luke hablando con el gato—. Sí, a mí también me gusta mucho hacer una parada larga en esa zona. —Lexi rio—. Supongo que tendré que aprender a compartir para cuando llegue dieciséis por ciento…

—Tranquilo, siempre me encargaré de reservarte sitio —suspiró la chica, divertida.

Yang se encaramó también ahora en su pecho y se acomodó, haciendo gala de la misma descarada pero encantadora inocencia que su hermanito.

—Di que sí, muy bien —ironizó Luke.

Miró a Lexi y ambos estallaron en carcajadas divertidas. Luego, sus miradas se encontraron de nuevo, cargadas de complicidad y ternura, conscientes de aquel instante perfecto. El momento era mágico, ambos lo sentían en cada poro de su piel, en cada latido sincronizado de sus corazones.

—Te amo, mi audaz y preciosa hacker.

—Y yo te amo a ti, mi valeroso e irresistible sheriff.

—No hay Yin sin Yang… —sonrió Luke justo antes de beber de sus labios.

…ni luz sin sombras, caos sin orden, calma sin tormenta…

Y así eran ellos, dos polos opuestos en la superficie, pero perfectamente equilibrados en su esencia, como si el universo hubiera tejido cada una de sus diferencias para encajar a la perfección.

Juntos, habían sido capaces de transformar la oscuridad, la incertidumbre y las heridas del pasado en algo puro, una luz que brillaba con fuerza en sus vidas y tenía un solo nombre: amor.

Nota de la autora:

Gracias por leerme y espero que hayas disfrutado de la historia.

Si te ha gustado la novela, te agradecería mucho un breve comentario en su página de Amazon. Los autores nos nutrimos de ellos para llevar nuestro trabajo a otros lectores, así que tu opinión en muy importante y valiosa para poder seguir creciendo y creando historias

¡Gracias de todo corazón!

Otros de mis títulos







También puedes seguirme en Facebook e Instagram si te apetece comentarme algo o estar al día de las próximas publicaciones.

@keilyfoxescritora

Descubre todas mis novelas en la siguiente página...

Libros de este autor

Enemigo Íntimo

Mark y Maddie
Novela Autoconclusiva

Suéñame Hasta Que Me Ames

Selena y Joss
Novela Autoconclusiva

Te Odio, Pero Solo A Ratos

Kirsty y Mike
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, Pero Dame Un Beso

Jess y Alek
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, Pero Dime Que Me Amas

Alyssa y Scott
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, Pero Abrázame Fuerte

Luke y Lexi
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Tentados Por El Deseo

Nick y Pat

Serie Custom
Novela Autoconclusiva

Tentados Por El Destino

James y Jennifer
Serie Custom
Bilogía Volumen 1

Tentados Por El Destino 2: Desafiando Al Destino

James y Jennifer
Serie Custom
Bilogía Volumen 2

Tentados Por El Amor

Rob y Sarah
Serie Custom
Novela Autoconclusiva

Tentados Por Un Beso

Dannie y Judd
Serie Custom
Novela Autoconclusiva

¿Quién Eres? Un Solo Segundo, Un Tablero Ouija Y Una Mala Decisión

Thriller Romántico Sobrenatural
Novela Independiente y Autoconclusiva

Acerca del autor

Keily Fox

Nací en Madrid hace 47



inviernos, ciudad en la que sigo viviendo en la actualidad, y tengo la sensación de haber escrito durante toda mi vida.

Comencé a escribir poesía allá por los 10 años y mi primera novela romántica a los 14, novela que, aunque en aquel tiempo era insufrible, sería la base para una de las más conocidas que tengo: Tentados por el Destino.

Estudié arte dramático, locución y doblaje, así que durante muchos años me dediqué a escribir para teatro y audiovisuales, hasta que escogí precisamente uno de mis guiones para regresar a la novela y escribir «¿Quién Eres? Un solo segundo, un tablero Ouija y una mala decisión», un thriller romántico sobrenatural que publiqué en el año 2018.

Tras esta historia me volqué por completo en la novela romántica, género que más disfruto leyendo y sobre el que me apasiona escribir, siempre aderezada con tramas secundarias que me permitan trabajar el resto de géneros.

La bilogía "Tentados por el Destino" fue de las primeras en darme montones de alegrías y ahí comenzó realmente a materializarse el gran sueño de dedicarme cien por cien a crear historias. Después llegaron "Tentados por el Deseo", "Te odio, pero solo a ratos", "Tentados por el Amor", "Te Odio, pero dame un beso", "Te Odio, pero dime que me amas", "Suéñame… hasta que me ames", "Enemigo Íntimo", "Tentados por un Beso" y esta última recién publicada: "Te Odio, pero abrázame fuerte". (2025)

Doce novelas después, estoy feliz y agradecida con la vida y con cada uno de mis lector@s por soñar conmigo y ayudarme a vivir de lo que me apasiona hacer. Esto me recuerda una frase que hace muchos años tomé como filosofía de vida y que jamás pierdo de vista…: "Tanto si crees

que puedes hacerlo, como si no, en los dos casos ¡tienes razón!" (Henry Ford)